

QUEEN OR TRAITOR? ONLY SHE CAN DECIDE.



HEIR *of* FIRE

SARAH J. MAAS

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

BLOOMSBURY

HEREDERA DE FUEGO

Sarah J. Maas

*Tronos de
Cristal #3*

A large, stylized white graphic on an orange background. The graphic depicts a sword with a long, straight blade and a simple hilt, angled diagonally from the bottom left towards the top right. From the base of the sword, a large, stylized flame or fire shape rises, with several pointed, flowing tongues of fire. The entire graphic is rendered in a clean, minimalist style using only white lines and shapes.

Este libro que tienen ahora en sus manos es el largo trabajo de un gran grupo de personas que, por amor a la lectura, se dieron el trabajo de traducir y corregir el libro sin compensación alguna.

Este trabajo fue hecho sin fines de lucro, con la única intención de que todas las personas que gozan de la saga Trono de Cristal, pudiesen acceder a él a pesar de no hablar la lengua original.

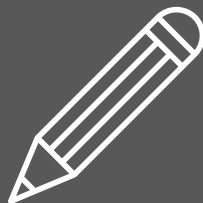
Por eso, este libro es de distribución gratuita, es decir, que este donde este, debe de ser descargado gratuitamente y sin problemas.

La intención con este libro no es causarle problemas a la autora, solo acelerar el tiempo en el cual las lecturas de habla hispana van a poder acceder al material. Recomendamos, como siempre, si les ha gustado el libro o la saga, adquirirlo una vez que llegue a sus respectivos países.

*Ahora los dejamos para que puedan disfrutar del libro.
Recuerden distribuir este libro para que así más personas puedan conocer la historia.*

Saludos, Traducciones Independiente

**TRADUCCIONES
INDEPENDIENTES**



CRÉDITOS

traductores

Kira

Noemia

Menny

Nereza

Roxy

Alex

Lu Na

Vanety

Andrea

Yomi

Katia

Daaf

Jeanna

Carla

Micaela

Jackie

Karen E.

Wendy

Gi_gi

Sara

Edel

Tay

Maaf

Melody Hamort

Stefany Vera

Montse

Rory Cáceres

Karolina

Melissa

Carlena

Laura

Melody

Marina

Lau Vidas



CRÉDITOS

correctores

Melody

Minamoon

Estefania R.

Sabrina

Yuki

Diana Gonher

Constanza

Lu Na

Stefania

Abril

Michelle Polo

Alex

Paola

Aida

Agus

Rubirturquesa

Paz

Sofia

Agustina

Nicole

Karolina

Stefany Vera

Micaela

Fiore Vita

Katia

Emily

FranH

Blue Anto

Flor M.



***Diseño:
Lu Na***

***Recopilación:
Melody***

***Revisión:
Melody***

TRADUCCIONES
INDEPENDIENTES



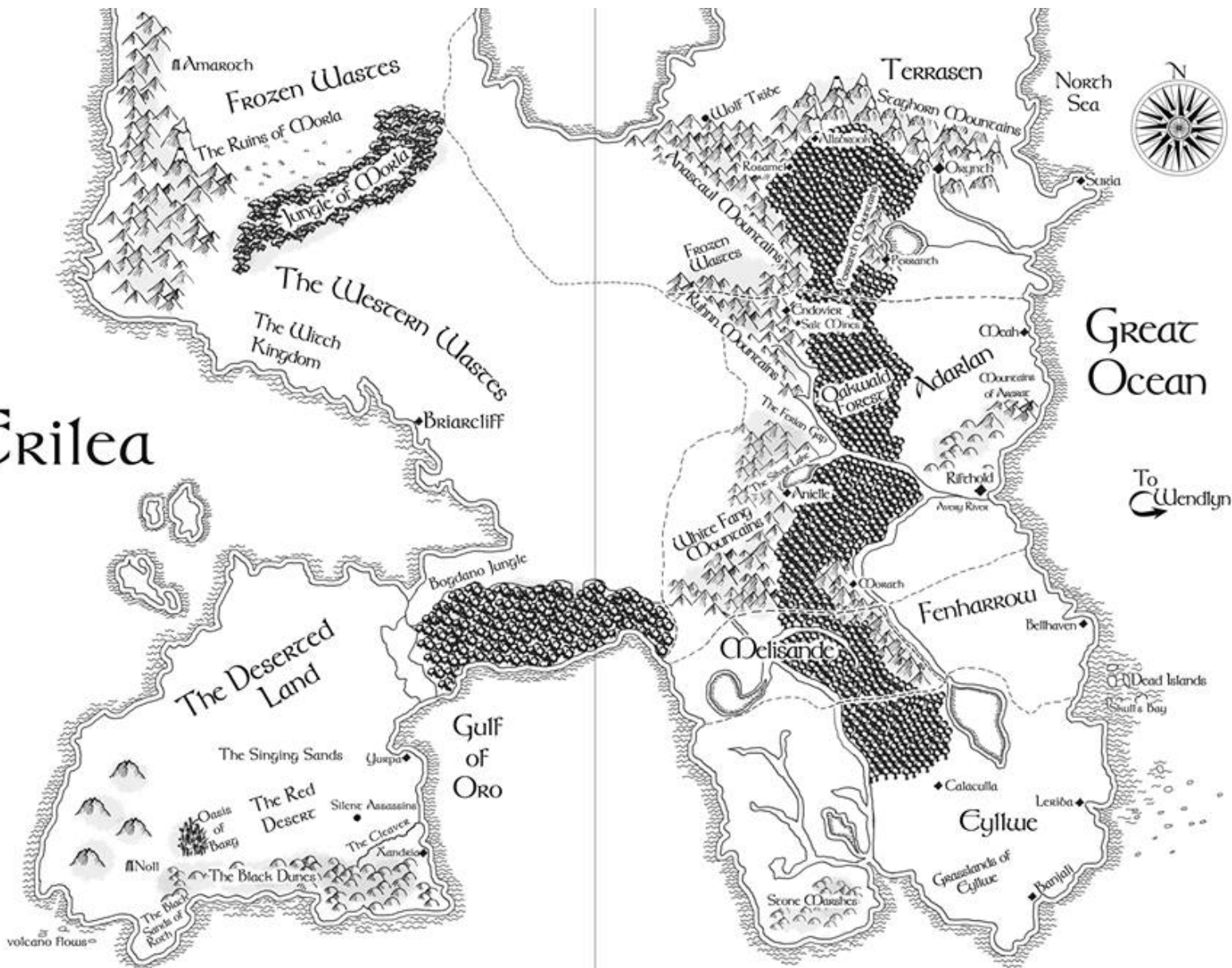
SINÓPSIS

Celaena ha sobrevivido a concursos mortales y a un catastrófico desamor, pero a un coste indescriptible. Ahora, ella tiene que viajar a una nueva tierra para enfrentarse a su realidad más oscura...una verdad... acerca de su herencia que podría cambiar su vida y su futuro para siempre. Mientras tanto, fuerzas brutales y monstruosas se están reuniendo en el horizonte, con la clara intención de esclavizar a su mundo. ¿Será Celaena capaz de encontrar la fuerza para no sólo luchar contra sus demonios internos, sino a asumir la responsabilidad del mal que está a punto de ser liberado?

La serie de éxito en ventas que ha capturado a los lectores de todo el mundo alcanza nuevas alturas en esta secuela del best-seller New York Times Corona de medianoche. Repleto de acción trepidante, nuevos personajes feroces, y desmayos dignos de romance, este tercer libro cautivará a los lectores de principio a fin.

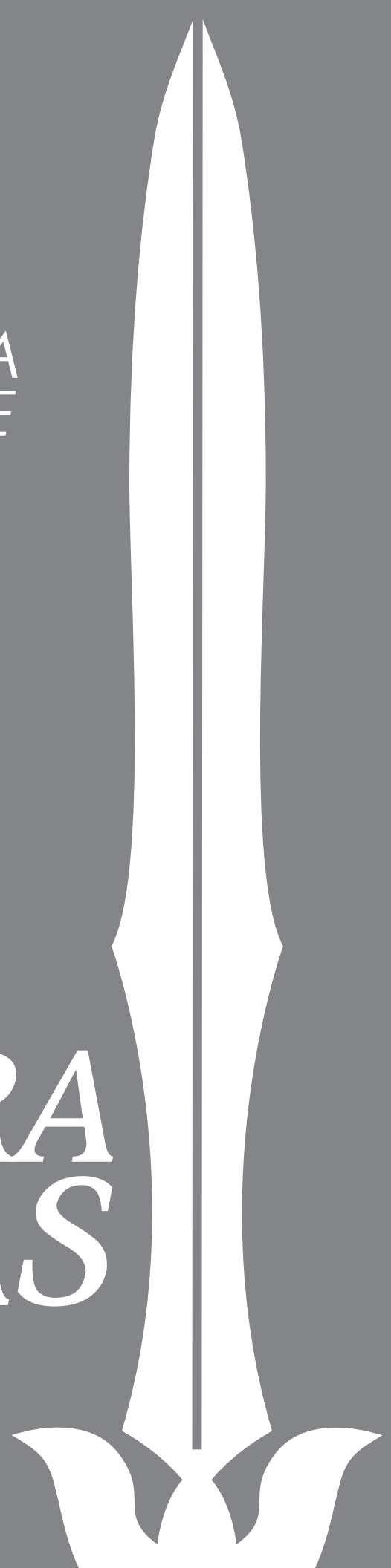
*De nuevo, para Susan–
Cuya amistad ha cambiado mi vida para mejor
Y le dio a este libro su corazón.*

Erilea



*PRIMERA
PARTE*

*HEREDERA
DE CENIZAS*





Capítulo 1

Traducido por Kira

Corregido por Melody

Dioses, estaba hirviendo en este inútil pretexto de un reino.

O quizás se sentía de esa forma porque Celaena Sardothien había estado holgazaneando en el borde del techo de terracota desde media mañana, un brazo echado sobre sus ojos, quemándose lentamente en el sol como las barras de pan sin levadura que los ciudadanos más pobres dejaban en el alfeizar de sus ventanas porque no podían costear hornos de ladrillo.

Y dioses, ella estaba cansada del pan sin levadura, *pan ácimo*, como ellos lo llamaban. Cansada del crocante sabor a cebolla que ni siquiera los tragos de agua podían quitar. Si ella nunca comía otra mordida de ácimo nuevamente, sería demasiado pronto.

Mayormente porque era todo lo que ella había sido capaz de permitirse cuando había llegado a Wendlyn dos semanas antes y había hecho su camino hacia la capital, Varese, justo como ella había sido ordenada por su Gran Majestad Imperial y Maestro de la Tierra, el Rey de Adarlan.

Ella había recurrido al robo de ácimo y vino de las carretas de los vendedores desde que su dinero se había acabado, no mucho luego de que había dado una mirada al demasiado fortificado castillo de caliza, a los guardias de elite, a los estandartes de color cobalto ondeando tan orgullosamente en el seco y caliente viento y había decidido no asesinar a sus objetivos asignados.

Así es que había sido robar ácimo... y vino. El amargo vino rojo de las viñas revistiendo

las ondulantes montañas alrededor de la amurallada capital, un sabor que ella había repudiado al comienzo pero que ahora disfrutaba demasiado. Especialmente desde el día en que ella decidió que ya no le iba a importar absolutamente nada.

Ella se estiro por las tejas terracota inclinadas detrás de ella, acariciando por la jarra de vino que ella había arrastrado hasta el techo esa mañana. Palmeando, tanteando por ella y luego-

Ella maldijo. ¿Dónde diablos estaba el vino?

El mundo se tambaleo y se volvió cegadoramente brillante mientras que ella se levantaba sobre sus codos. Las aves circulaban sobre ella manteniéndose lo suficientemente lejos del halcón de cola blanca que había estado posado sobre una chimenea cercana toda la mañana, esperando para atrapar su próxima comida.

Debajo de ella, la calle del mercado era un brillante tejido de color y sonido, lleno de rebuznantes burros, mercaderes ondeando sus bienes, ropas familiares y extranjeras, y el repiqueteo de las ruedas contra el pálido adoquín. Pero donde diablos estaba el-

Ah, ahí. Insertado debajo de una de las pesadas tejas rojas para mantenerlo frío. Justo donde ella lo había almacenado horas antes, cuando ella había trepado sobre el tejado del enorme mercado interior para sondear el perímetro de las murallas del castillos dos cuadras más allá. O lo que sea que ella pensó que sonase oficial y útil antes de que se diese cuenta que prefería tumbarse en las sombras. Sombras que habían sido quemadas lejos por el implacable sol de Wendlyn.

Celaena trago de la jarra de vino, o lo intento. Estaba vacía, lo que ella pensó fue una bendición, porque Dioses su cabeza estaba dando vueltas. Ella necesitaba agua, y más pan ácimo. Y quizás algo para el magnífico labio partido y el araño en su mejilla que ella se había ganado la noche anterior en una de las *tabernas* de la ciudad.

Gruñendo, Celaena rodo sobre su estómago y sondeo la calle cuarenta metros bajo ella. Ella conocía a los guardias que la patrullaban justo ahora, había marcado sus caras y armas, justo como lo había hecho con los guardias en la cumbre de las grandes murallas del castillo. Había memorizado sus turnos y como ellos abrían las tres enormes puertas que guiaban dentro del castillo. Parecía que los Ashryver y sus ancestros tomaban la seguridad muy, muy en serio.

Habían sido diez días desde que ella había llegado a Varese, luego de arrastrar su trasero desde la costa. No porque ella estuviese particularmente entusiasta de asesinar a sus objetivos, pero porque la ciudad era tan condenadamente grande que parecía como su mejor opción para esquivar a los oficiales de inmigración, de quienes se había escapado una vez de registrarse en su oh-tan-benevolente sistema de trabajo. Apresurarse hacia la capital también le había permitido cierta actividad de bienvenida luego de semanas en el mar, donde ella realmente no había sentido ganas de hacer nada excepto tenderse en la estrecha cama, en la estrecha cabina o de afilar sus armas con un fervor casi religioso.



No eres nada más que una cobarde, Nehemia le había dicho.

Cada centímetro de la afilada piedra le había hecho eco. *Cobarde, cobarde, cobarde*. La palabra la había seguido cada legua a través del océano.

Ella había hecho una promesa, una promesa para liberar Eyllwe. Por lo que, entre momentos de desesperanza, furia y tristeza, entre los pensamientos acerca de Chaol y las marcas del Wyrd y todo lo que había dejado atrás y perdido, Celaena había trazado un plan de acción para cuando llegase a la costa. Un plan, sin importar lo descabellado e improbable, para liberar al esclavizado reino; encontrar y destruir las marcas del Wyrd que el rey de Adarlan había utilizado para construir su terrible imperio. Ella se destruiría a si misma con gusto para llevar esto a cabo.

Solo ella, solo él. Justo como debería ser, sin la pérdida de vidas más allá de las suyas, ningún alma manchada además de la suya. Se necesita un monstruo para destruir a otro.

Si ella tenía que estar aquí gracias a las mal direccionadas buenas intenciones de Chaol, entonces al menos ella recibiría las respuestas que necesitaba. Había solo una persona en Erilea que había estado presente cuando las marcas del Wyrd eran empuñadas por una raza de demonios que las habían transformado en tres herramientas con un poder tan inmenso, que habían sido escondidas por miles de años y casi borradas de toda memoria. La reina Maeve de las Hadas. Maeve lo sabe todo, como es de esperar cuando eres más vieja que el polvo.

Así es que el primer paso de su estúpido, tonto plan había sido simple: buscar a Maeve, conseguir las respuestas sobre como destruir las marcas del Wyrd y luego regresar a Adarlan.

Era lo mínimo que ella podía hacer. Por Nehemia, por... un montón de gente. No había nada dentro de ella, no en realidad. Solo cenizas y un abismo, y la promesa irrompible que había tallado en su piel, a la amiga que la había visto por lo que ella era en realidad.

Cuando habían atracado en el puerto más grande de Wendlyn, ella no pudo evitar admirar la precaución que el barco tomo mientras llegaban a la costa, esperando hasta una noche sin luna, luego escondiendo a Celaena y a las otras mujeres refugiadas de Adarlan en la cocina mientras navegaban los canales a través de la barrera de arrecife. Era comprensible: el arrecife era la mayor defensa manteniendo a las legiones de Adarlan fuera de sus costas. También era parte de su misión como campeona del Rey.

Esa era la otra tarea que residía en el fondo de su mente: encontrar una forma de evitar que el rey ejecute a Chaol o a la familia de Nehemia. Él había prometido hacerlo si ella fallaba en su misión de entregarle los planes navales de Wendlyn luego de asesinar a su rey y al príncipe en el baile anual de mediados de verano.

Pero había empujado todos esos pensamientos a un lado cuando atracaron y las mujeres refugiadas fueron arreadas a la costa para ser procesadas por los oficiales del puerto. Muchas de las mujeres tenían cicatrices por dentro y por fuera, sus ojos brillando con los ecos de los horrores que habían vivido en Adarlan.



Por lo que, incluso luego de que se desvaneció del barco durante el caos al atracar, se había mantenido en un techo cercano mientras las mujeres eran escoltadas dentro de un edificio para conseguirles un hogar y empleos. Sin embargo, los oficiales de Wendlyn podrían llevarlas a una tranquila parte de la ciudad y luego hacer lo que quisieran con ellas. Venderlas. Herirlas. Ellas eran refugiadas: despreciadas y sin ningún derecho. Sin voz.

Pero ella no se habría quedado solo por paranoia. No. Nehemia se habría quedado para asegurarse de que estuviesen a salvo. Dándose cuenta de eso, Celaena se sumergió en el camino hacia la capital en cuanto supo que las mujeres estaban a salvo. Aprender como infiltrarse en el castillo había sido algo para mantenerse ocupada mientras decidía como llevar a cabo los primeros pasos de su plan.

Mientras intentaba dejar de pensar en Nehemia.

Todo había estado bien, bien y fácil. Escondiéndose en los pequeños bosques y graneros en el camino, ella era como una sombra atravesando los campos.

Wendlyn, una tierra de mitos y monstruos, de leyendas y pesadillas hechas realidad.

El reino en sí mismo era solo una extensión de arena caliente y rocosa, y de un denso bosque creciendo aún más verde mientras las ondulantes colinas del interior se convertían en cumbres elevadas. La costa y la tierra alrededor de la capital eran secas, como si el sol hubiese cocinado todo excepto la vegetación más dura. Ampliamente diferente del húmedo, congelado reino que había dejado atrás.

Una tierra de plenitud, de oportunidades, donde los hombres no solo tomaban lo que querían, donde ninguna puerta era cerrada con llave y donde la gente te sonreía en las calles. Pero ella no estaba particularmente interesada en si la gente le sonreía o no, mientras los días pasaban ella encontró que era muy difícil hacer que algo le importase en lo absoluto. Cualquier determinación, cualquier ira, cualquiera *cosa* que fuese lo que había sentido al dejar Adarlan se había desvanecido, devorado por el vacío que ahora la carcomía.

Cuatro días pasaron antes de que Celaena viese la enorme ciudad capital construida a lo largo de la ladera. Varese, la ciudad donde había nacido su madre, el vibrante corazón de todo el reino.

Mientras que Varese era mucho más limpia que Rifthold y tenía mucha más riqueza repartida entre las clases altas y bajas, era una ciudad capital como cualquier otra; con suburbios y callejones oscuros, prostitutas y apostadores, no le había tomado demasiado encontrar su barrio bajo.

En la calle debajo de ella, tres guardias del mercado se detuvieron a charlar, y Celaena descansó su barbilla sobre sus manos. Como cada guardia en este reino, cada uno estaba ataviado con una armadura ligera y portaba un buen número de armas. Los rumores decían que los soldados de Wendlyn eran entrenados por las hadas para ser despiadados, maliciosos y veloces. Y ella no quería descubrir si era cierto o no, por alrededor de una



docena de razones. Ciertamente parecían un buen asunto, mas observadores que los guardias de Rifthold, incluso si aún no notaban a la asesina en medio de ellos. Pero en estos días, Celaena sabía que la única amenaza que planteaba, era para sí misma.

Incluso cocinándose bajo el sol cada día, bañándose cada vez que podía en una de las muchas fuentes de la plaza, aun podía sentir la sangre de Archer Finn empapando su piel y entre su cabello. Incluso con el ruido constante y el ritmo de Varese, aun podía oír el gemido de Archer mientras ella lo destrozaba en el túnel bajo el castillo. E incluso con el vino y el calor, aun podía ver a Chaol. El horror contorsionando su cara cuando había aprendido lo que su herencia hada y el monstruoso poder que fácilmente podría destruirla, acerca de lo oscura y vacía que estaba por dentro.

Ella se preguntaba constantemente si acaso el habría descifrado el acertijo que ella le había dicho en el embarcadero de Rifthold. Y si él había descubierto la verdad... Celaena nunca se dejaba a si misma ir tan lejos. Ahora no era el momento para pensar en Chaol, o la verdad, o ninguna de las cosas que habían dejado su alma tan débil y agotada.

Celaena toco su labio partido suavemente y frunció el ceño a los guardias del mercado, haciendo que su labio doliese aún más con el movimiento. Ella se ganó ese golpe en específico en la pelea que ella había comenzado en la taberna la noche anterior, le pateo las bolas a un hombre hasta su garganta y cuando el recupero el aire, estaba furioso, por decir lo menos. Bajando su mano desde su boca, ella observo a los guardias por algunos momentos. Ellos no aceptaban sobornos de los mercaderes, ni molestaban o amenazaban con multas como los guardias y oficiales de Rifthold. Cada soldado u oficial que ella había visto hasta ahora había sido igualmente... bueno.

Del mismo modo en que Galan Ashryver, príncipe coronado de Wendlyn, era bueno.

Dejando salir un indicio de molestia, Celaena saco su lengua. A los guardias, al mercado, al halcón en la chimenea cercana, al castillo y al príncipe que habitaba dentro de él. Deseo no haberse quedado sin vino tan temprano en el día.

Había pasado una semana desde que había descubierto como infiltrarse en el castillo, tres días luego de llegar a Varese. Una semana desde aquel horrible día cuando todos sus planes se derrumbaron a su alrededor.

Una brisa fría paso a través, trayendo consigo el aroma de las especias de los vendedores establecidos en la calle cercana, nuez moscada, tomillo, comino y verbena de limón. Ella inspiro nuevamente, dejando al aroma limpiar su desconcertada cabeza debido al vino y al sol. El repique de las campanas flotaba desde una de las ciudades de la montaña, y en alguna plaza de la ciudad una banda ministerial entonaba una melodía de mediodía.

Nehemia habría amado este lugar.

Así de rápido, el mundo se tambaleo, tragado por el abismo que ahora habitaba dentro suyo. Nehemia nunca vería Wendlyn, nunca vagaría a través del mercado de especias ni oiría las campanas de la montaña. Un peso muerto se presionó en el pecho de Celaena.



Había parecido un plan tan perfecto cuando ella llegó a Varese. En las horas que paso descifrando el castillo real y sus defensas, había debatido como encontrar a Maeve para aprender todo acerca de las llaves. Todo funcionando suavemente, sin problemas, hasta que...

Hasta ese día maldito por los dioses, cuando ella había notado como los guardias dejaban un agujero en la defensa de la muralla sur cada día a las dos de la tarde, y compendió como operaba el mecanismo de las puertas. Hasta que Galan Ashryver había salido por esas mismas puertas, a plena vista de donde ella estaba posada; en el techo de la casa de un noble.

No había sido la vista de su piel olivácea y su cabello oscuro lo que la habían detenido de matarle. No había sido el hecho de que, incluso a la distancia, podía ver sus ojos turquesa, *sus* ojos, la razón por la que usualmente usaba una capa en las calles.

No. Había sido la forma en que la gente lo vitoreaba.

Aclamaban por él, su príncipe. Lo adoraban, con su galante sonrisa y su liviana armadura brillando en el infinito sol, mientras él y sus soldados montaban tras él hacia la costa norte para continuar forzando el bloqueo. *Un rompedor de bloqueos*¹. El príncipe, su objetivo, era un maldito rompedor de bloqueos en contra de Adarlan, y su gente lo *amaba* por eso.

Ella siguió al príncipe y a sus hombres a través de la ciudad, saltando de techo en techo, y solo necesitaba una flecha a través de esos ojos turquesa y él habría estado muerto. Pero ella lo siguió todo el camino hasta las murallas de la ciudad, las alabanzas creciendo más fuerte, gente lanzando flores, todos radiantes de orgullo por su perfecto, perfecto príncipe.

Ella había alcanzado las puertas de la ciudad cuando las abrían para dejarle pasar. Y cuando Galan Ashryver monto hacia el ocaso, camino a la guerra y la gloria, a pelear por dios y la libertad, ella se posó sobre ese tejado hasta que él fue solo un punto en la distancia.

Entonces entro a la taberna más cercana y se involucró en la pelea más sangrienta que había provocado nunca. Hasta que los guardias fueron llamados y ella se desvaneció momentos antes de que todos fuesen lanzados a las celdas. Y entonces decidió, mientras su nariz sangraba sobre el frente de su camisa y ella escupía sangre en los adoquines, que no iba a hacer *nada*.

No había razón para sus planes. Nehemia y Galan podrían haber liderado el mundo hacia la libertad, y Nehemia debería haber estado respirando para eso. Juntos, el príncipe y la princesa podrían haber vencido al rey de Adarlan. Pero Nehemia estaba muerta y la promesa de Celaena, su lamentable y estúpida promesa, valía tanto como el lodo cuando había herederos amados como Galan que podrían hacer mucho más. Ella había sido una tonta al hacer esa promesa. Incluso Galan, Galan apenas estaba causando una

¹ Se refiere a un bloqueo militar, en donde uno de los contrincantes cierra las vías de comercio, ya se marítimas o terrestres, para dificultar las transacciones a su enemigo, y el afectado, intenta quebrar ese bloqueo.



abolladura en contra de Adarlan, y él tenía una flota completa a su disposición. Ella era solo una persona, un completo desperdicio de vida. Si Nehemia no había sido capaz de derrotar al rey... entonces ese plan, de encontrar una forma de contactar a Maeve... ese plan era completamente inútil.

Afortunadamente ella aún no había visto a ningún hada, ni una sola maldita hada, o a las hadas, o incluso un poco de magia. Ella había dado todo de sí para evitarlo. Incluso antes de haber visto a Galan, se había mantenido lejos de los puestos del mercado que ofrecían desde piedras sanadoras, hasta pociones, áreas que usualmente estaban llenas de artistas callejeros o mercenarios cambiando sus talentos para obtener sustento. Porque a veces, si ella sentía un ligero cosquilleo, despertaba una *cosa* vibrante en sus entrañas cuando captaba un destello de energía.

Había pasado una semana desde que renunció a su plan y abandono cualquier intento de preocuparse en lo absoluto. Y sospechaba que serían muchas semanas más antes de que decidiese que estaba harta de ácido, o de pelear cada noche solo para sentir algo, o de beber vino amargo mientras se tendía en los tejados todo el día.

Pero su garganta estaba seca y su estómago gruñía, por lo que Celaena se movió lentamente desde el borde del tejado. Lentamente, no por los guardias que vigilaban, porque si cabeza estaba realmente girando. No confiaba en si misma lo suficiente para evitar una caída.

Miro la delgada cicatriz a lo largo de su palma mientras se deslizaba hacia abajo por la canaleta y dentro del callejón fuera de la calle del mercado. Ahora no era más que un recordatorio de la patética promesa que hizo en la tumba medio congelada de Nehemia más de un mes atrás, y de todo y a todos los demás que había fallado. Justo como su anillo amatista, el cual apostaba cada noche solo para recuperarlo antes del amanecer.

A pesar de todo lo que había sucedido, y del rol de Chaol en la muerte de Nehemia, incluso luego de que destruyó todo lo que había entre ellos, no fue capaz de dejar ir su anillo. Lo había perdido en tres ocasiones, en juegos de cartas, solo para recuperarlo luego, por cualquier medio necesario. Usualmente una daga presionada entre las costillas hacía un mejor trabajo de lo que las palabras hacían.

Celaena supuso que era un milagro que en realidad hubiese llegado al callejón, donde las sombras la cegaron por un momento. Colocó una mano sobre la helada pared de piedra, dejando que sus ojos se acostumbrasen, deseando que su cabeza dejase de girar. Un desastre. Era un maldito desastre. Se preguntó cuándo se iba a molestar en dejar de ser uno.

El fuerte hedor de la mujer golpeó a Celaena antes de que ella la viese. Entonces aquellos amplios ojos amarillos estaban frente a su cara y un par de labios secos y partidos comenzaron a sisear.

-¡Inmunda! No dejes que te atrape frente a mi puerta otra vez.

Celaena retrocedió, parpadeando hacia la vagabunda y su puerta, que... era solo una



alcoba en la pared, llena de basura y lo que tenían que ser bolsas con las pertenencias de la mujer.

La mujer estaba encogida, su cabello sin lavar y sus dientes podridos y arruinados. Celaena parpadeo nuevamente y la cara de la mujer entro en foco. Furiosa, medio loca y sucia.

Celaena levanto sus manos, dando un paso atrás, luego otro.

-Lo siento.

La mujer escupió una bola de flema en los adoquines, cerca de las botas empolvadas de Celaena. Fallando al juntar la energía suficiente para estar disgustada o furiosa, Celaena habría caminado lejos, de no haberse visto a si misma reflejada mientras levantaba la mirada de un charco.

Sucias ropas, manchadas, polvorientas y rasgadas. Sin mencionar que olía horrorosamente y la mujer la había confundido con una... vagabunda, como ella. Compitiendo por un lugar en las calles.

Bueno, ¿No era eso *maravilloso*? La peor de todas las bajezas, incluso para ella. Quizás sería gracioso un día, si se molestaba en recordarlo. No podía siquiera recordar la última vez que había reído.

Al menos tenía cierto consuelo al saber que no se podía poner peor.

Entonces, una profunda voz masculina rió entre las sombras a su espalda.





Capítulo 2

Traducido por Kira

Corregido por Minamoon

El hombre al final del callejón era un hada.

Luego de diez años, luego de todas las ejecuciones y hogueras, un hada masculina estaba caminando hacia ella.

Un hada sólida, pura. No había forma de escapar de él mientras emergía de las sombras a unos metros detrás de ella.

La vagabunda en el agujero y los demás a lo largo del callejón estaban tan tranquilos que Celaena podía oír las campanas sonando en las montañas distantes.

Alto, de hombros amplios, cada centímetro de él parecía rezumar poder. Se detuvo en un polvoriento rayo de sol, su cabello plateado brillando. Como si sus orejas delicadamente puntiagudas y sus caninos ligeramente alargados no fueran suficientes para asustar la mierda viviente fuera de todo el mundo en el callejón, incluyendo a la ahora lloriqueante y loca mujer detrás de Celaena, un tatuaje de apariencia malvada estaba estampado a lo largo del lado izquierdo de su dura cara, las espirales de tinta negra contrastando contra su piel besada por el sol.

Las marcas podrían fácilmente haber sido decorativas, pero ella aun recordaba lo suficiente del lenguaje Fae para reconocerlas como palabras, incluso en aquella versión tan artística. Comenzando en su sien, el tatuaje fluía sobre su mandíbula y a lo largo de su cuello, donde desaparecían debajo de la pálida túnica y la capa que el vestía. Ella tenía el presentimiento de que las marcas continuaban a lo largo del resto de su cuerpo, también,

escondidas junto con al menos media docena de armas. Mientras ella buscaba su propia daga escondida dentro de su capa, se dio cuenta de que él podría haber sido apuesto, de no ser por la promesa de violencia en sus lánguidos ojos verdes del color de los pinos.

Habría sido un error llamarle joven, justo como habría sido un error llamarle otra cosa más que un guerrero, incluso sin la espada colgando a través de su espalda y las sangui-narias dagas a sus costados. Él se movió con gracia letal y precaución, escaneando el callejón como si estuviese caminando dentro de un campo de batalla.

La empuñadura de su daga estaba caliente en su mano, y Celaena ajustó su postura, sorprendida de estar sintiendo miedo. Y lo suficiente para limpiar la pesada niebla que había estado nublando sus sentidos las pasadas semanas.

El guerrero hada caminó a lo largo del callejón, sus botas, hasta la rodilla, de cuero silenciosas en contra de los adoquines. Algunos de los vagabundos retrocedieron, algunos se retiraron por la soleada calle, por entradas al azar, a cualquier lugar con tal de escapar su desafiante mirada.

Celaena supo, antes de que sus afilados ojos encontrasen los suyos, que él estaba allí por ella, y quien lo envió.

Ella buscó su amuleto de Ojo, sorprendida de descubrir que ya no se encontraba alrededor de su cuello. Ella se lo había dado a Chaol, el único trozo de protección que ella podría concederle, antes de irse. Probablemente, él lo habría tirado lejos tan pronto como descubrió la verdad. Entonces él podría regresar al cielo de ser su enemigo. Quizás él le dijo también a Dorian, y ambos estarían a salvo.

Antes de que ella pudiese ceder al instinto de regresar corriendo hacia arriba por la canaleta y sobre el tejado, consideró el plan que había abandonado. ¿Acaso algún Dios recordó que ella existía y decidió lanzarle un hueso? Ella necesitaba ver a Maeve.

Bueno, aquí estaba uno de los guerreros de elite de Maeve. Listo. Esperando.

Y por el temperamento rabioso emanando de él, no estaba completamente feliz al respecto.

El callejón se mantuvo tan quieto como un cementerio, mientras que el superior guerrero hada la estudiaba. Sus fosas nasales se movieron delicadamente, como si él estuviese-

Él estaba obteniendo una bocanada de su aroma.

Ella obtuvo un poco de satisfacción al saber que olía horrorosamente, pero no era ese el olor que él estaba obteniendo. No, era el aroma que la identificaba a ella como ella, el aroma de su linaje y su sangre, de lo que y de quien era ella. Y si él decía su nombre en frente de esta gente... entonces ella sabía que Galan Ashryver regresaría corriendo a casa. Los guardias estarían en alerta máxima, y eso no era parte de su plan en lo absoluto.



El bastardo parecía capaz de hacer algo como eso, solo para probar quien estaba a cargo. Por lo que ella convocó toda su energía lo mejor que pudo, y se la concedió toda a él, tratando de recordar lo que ella hubiese hecho meses atrás, antes de que el mundo se hubiese ido al infierno.

—Buen hecho, mi amigo— ella ronroneó —Buen hecho, de verdad.

Ella ignoró las caras en shock alrededor de ellos, enfocándose únicamente en evaluarlo. Él se mantuvo con una quietud que solo un inmortal podría conseguir. Ella deseaba que su corazón y su respiración se calmasen. Él probablemente podría oírlos, probablemente podía oler cada emoción desencadenándose a través de ella. No había forma de engañarlo con bravuconerías, ni en un millón de años. Probablemente él había vivido todo ese tiempo.

Quizás no había forma de golpearlo, tampoco. Ella era Celaena Sardothien, pero él era un guerrero hada y probablemente lo ha sido desde hace un largo tiempo.

Ella se mantuvo un par de metros lejos de él. Dioses, él era enorme. —Que adorable sorpresa— dijo ella fuertemente para que todos la oyesen. ¿Cuándo fue la última vez que había sido tan amable? Ni siquiera podía recordar la última vez que habló con oraciones completas. —Pensé que debíamos de vernos en las murallas de la ciudad.

El no hizo una reverencia. Gracias a los dioses. Su dura cara no cambio en lo absoluto. Déjenle pensar lo que quiera.

Estaba segura de que no lucía como a él le habían dicho que esperase, y ciertamente se había reído cuando esa mujer la confundió con una vagabunda.

—Vamos— fue todo lo que él dijo. Su profunda, de alguna forma aburrida voz parecía hacer eco en las piedras mientras se dirigía a la salida del callejón. Ella apostaría un buen dinero a que los brazaletes de cuero en sus antebrazos escondían dagas.

Ella podría haberle dado una respuesta un tanto desagradable, solo para sentirlo un poco más, pero la gente aún estaba mirando. Él merodeo junto a ella, sin dignarse a mirar a ninguno de los observadores. Ella no podía decir si estaba impresionada, o repugnada.

Ella siguió al guerrero hada hacia la brillante calle y a través de la ciudad bulliciosa. El no prestaba atención a los humanos que detenían su trabajo y su caminar y que pululaban alrededor para mirarle. El ciertamente no la esperaba para que lo alcanzase mientras daba zancadas hacia un par de yeguas comunes atadas en un bebedero en una plaza común. Si su memoria era correcta, las hadas usualmente poseían caballos mucho más finos. Probablemente él había llegado de otra forma y compró estos aquí.

Todos las hadas poseían una segunda forma animal. Celaena estaba en la suya en ese momento, su cuerpo mortal y humano, tan animal como las aves revoloteando por encima. ¿Pero cuál era la suya? Él podría ser un lobo, pensó, con su capa sobrepuesta, que fluía hasta la mitad del muslo, como una segunda piel, sus pisadas tan silenciosas. O un gato montés, con esa gracia depredadora.



El montó la yegua más grande, dejándole la bestia colorida que parecía más interesada en encontrar una comida rápida que en viajar a través de la región. Eso hacía dos de ellas. Pero habían ido demasiado lejos sin ninguna explicación.

Ella colocó su morral dentro de la alforja, posicionando sus manos de modo que sus mangas escondiesen las estrechas cicatrices en sus muñecas, recordatorio de donde sus esposas solían estar. De donde ella había estado. No era de su incumbencia. Ni tampoco era asunto de Maeve. Mientras menos supiesen acerca de ella, menos podrían usar en su contra. —He conocido algunos guerreros del tipo melancólico en mis días, pero creo que eres el más melancólico de todos—. El batió su cabeza en su dirección, y ella arrastró las palabras —Oh, hola. Creo que sabes quién soy, así que no me molestaré en presentarme. Pero antes de ser acarreada a Dios-sabe-donde, me gustaría saber quién eres *tú*.

Sus labios se fruncieron. El inspeccionó la plaza, donde la gente los estaba mirando, y de pronto todos encontraron algún otro lugar donde estar.

Cuando se dispersaron él dijo —Ya has reunido lo suficiente acerca de mi hasta éste punto para haber aprendido lo que necesitas saber—. Hablaba la lengua común, y su acento era sutil, adorable, si se hubiese sentido lo suficiente generosa como para admitirlo. Un suave, ondulante ronroneo.

—Muy bien. ¿Pero cómo debo llamarte?— Ella agarró la silla pero no montó.

—Rowan— su tatuaje parecía ahogar el sol, tan oscuro que parecía recién tatuado.

—Bueno, Rowan— oh, a él no le gustó su tono ni un poco. Sus ojos se estrecharon ligeramente en advertencia, pero ella continuó. — ¿Me atrevo a preguntar a dónde vamos?— Ella tenía que estar borracha, aun ebria o quizás descendiendo a un nuevo nivel de apatía, si le estaba hablando de esa forma. Pero no podía detenerse, incluso mientras los Dioses, o el Wyrd, o los hilos del destino se preparaban para empujarla por la espalda en dirección a su plan de acción original.

—Te estoy llevando a dónde has sido convocada.

Mientras pudiese ver a Maeve y hacerle preguntas, ella no estaba interesada en como llegaban a Dorianelle, o con quien viajaba.

Haz lo que necesita ser hecho, Elena le había dicho. Como siempre, Elena omitió especificaciones acerca de que era lo que tenía que ser hecho una vez que ella llegase a Wendlyn. Al menos era mejor que comer pan sin levadura y beber vino y ser confundida con una vagabunda. Quizás ella podría estar en un barco de regreso a Adarlan en menos de tres semanas, poseyendo las respuestas que lo solucionarían todo.

Esto la debería haber motivado. Pero en cambio se encontró a si misma montando su yegua en silencio, sin palabras y sin la voluntad para utilizarlas. Solo los pasados minutos de interacción la habían agotado completamente.

Fue bueno que Rowan no pareciese interesado en hablar mientras lo seguía fuera de la



ciudad. Los guardias simplemente les saludaron a través de las murallas, algunos incluso retrocediendo.

Mientras ellos montaban, Rowan no pregunto porque estaba allí y que era lo que había estado haciendo por los pasados diez años mientras el mundo se iba al diablo. El tiró de su pálida capucha por sobre su cabello plateado y hacia adelante, a pesar de que aun así era fácil marcarlo como diferente, como un guerrero por sí mismo.

Si realmente era tan viejo como ella creía, entonces probablemente ella no era más que una mota de polvo para él, una efervescencia de vida en la llama eterna de su inmortalidad. Probablemente la mataría sin pensarlo dos veces, y luego avanzaría hacia su siguiente tarea, sin problemas en absoluto por haber terminado con su existencia.

No le molestaba esto tanto como debería haberlo hecho.





Capítulo 3

Traducido por Vicky

Corregido por Estefania R.

Desde hace ya un mes, había tenido siempre el mismo sueño. Todas las noches, una y otra vez, hasta que Chaol lo pudo ver en sus horas despierto.

Archer Finn gruñendo mientras Celaena encajaba su daga entre sus costillas y hacia su corazón. Ella aceptó al guapo cortesano como un amante, pero cuando miro sobre el hombro de Archer, sus ojos estaban muertos. Vacíos.

El sueño cambiaba, y Chaol no podía decir nada, hacer nada mientras el café-dorado cabello se oscurecía a negro y la cara agonizante no era de Archer sino de Dorian.

El Príncipe heredero se retorció, y Celaena lo sostenía más fuerte, girando la daga una última vez antes de dejar caer a Dorian en las piedras grises del túnel. La sangre de Dorian ya estaba formándose en un charco demasiado rápido. Pero Chaol aún no se podía mover, no podía ir hacia su amigo o hacia la mujer que amaba.

Las heridas en Dorian se multiplicaban y había sangre, mucha sangre. El conocía estas heridas. Sin embargo, nunca había visto el cuerpo, él había buscado en los reportes detallados lo que Celaena había hecho al asesino Grave en ese callejón, la manera en que ella lo había masacrado por matar a Nehemia.

Celaena bajo su daga, cada gota de sangre de la brillante hoja de su daga mandando ondas en el charco ya alrededor de ella. Ella echo hacia atrás su cabeza, respirando profundo. Respirando la muerte delante de ella, llevándolo hasta su alma, venganza y éxtasis mezclándose por la matanza de su enemigo. Su verdadero enemigo. El Imperio

Havillard.

El sueño cambio de nuevo, y Chaol estaba sujeto bajo ella, mientras ella se retorció arriba de él, su cabeza aun echada hacia atrás, la misma expresión de éxtasis escrita sobre su cara salpicada de sangre.

Enemiga. Amante.

Reina.



La memoria del sueño se rompió cuando Chaol parpadeo hacia Dorian, quien estaba sentado a su lado en su vieja mesa en Gran Salón, y esperando por una respuesta para lo que sea que había dicho. Chaol hizo una mueca apologética.

El Príncipe Heredero no regresó la media sonrisa a Chaol. En su lugar, Dorian calladamente dijo —Estabas pensando en ella.

Chaol dio una mordida a su estofado de cordero pero no le supo a nada. Dorian era muy observador para su propio bien. Y Chaol no tenía interés en hablar de Celaena. No con Dorian, no con nadie. La verdad que él sabía sobre ella podría poner en peligro más vidas que tan solo la de ella.

—Estaba pensando sobre mi padre, — Chaol mintió —Cuando el regrese a Anielle en unas pocas semanas, iré con él. — Era el precio por llevar a Celaena a la seguridad de Wendlyn: el apoyo de su padre a cambio por su regreso a Silver Lake para tomar su título como el heredero de Anielle. Y estaba dispuesto a tomar ese sacrificio; haría cualquier sacrificio por mantenerla a ella y sus secretos a salvo. Incluso ahora que él sabía quién, *que era ella*. Incluso después de que ella le dijo sobre el rey y las llaves del Wyrd. Si este el precio que él debe de pagar, que así sea.

Dorian miró hacia la alta mesa, donde el rey y el padre de Chaol cenaban. El Príncipe Heredero debía de estar cenando con ellos, pero el escogió sentarse con Chaol en su lugar. Era la primera vez que Dorian lo había hecho en años, la primera vez que hablaban desde su tensa conversación después de decidir mandar a Celaena a Wendlyn.

Dorian lo entendería si supiera la verdad. Pero Dorian no podía saber quién y qué era Celaena, o lo que realmente estaba planeando el rey. El potencial de desastre era muy alto. Y los secretos de Dorian ya eran bastante peligrosos.

—Escuche los rumores que te ibas, —Dorian dijo con recelo —no pensé que fueran verdad.

Chaol asintió, tratando de buscar algo, lo que sea, que decir a su amigo.



Ellos aún no habían hablado de la otra cosa entre ellos, la otra pequeña verdad que había salido la noche en los túneles: Dorian tenía magia. Chaol no quería saber nada sobre eso. Si el rey decidía interrogarlo. . . El esperaba resistirse, si eso llegara a pasar. El rey, él sabía, tenía métodos más oscuros de sacar información que la tortura. Así que él no había preguntado, no había dicho ni una palabra. Ni tampoco lo había hecho Dorian.

Se encontró con la mirada de Dorian. No había nada amable en ella. Pero Dorian dijo, —Estoy tratando, Chaol.

Tratando, porque Chaol no había consultado con él sobre el plan de sacar a Celaena de Adarlan fue una prueba de confianza, una que lo avergonzó, pero Dorian podría saber eso nunca, tampoco.

—Lo sé.

—Y a pesar de lo que paso, estoy ciertamente seguro de que no somos enemigos.— La boca de Dorian se movió hacia un lado.

Siempre serás mi enemigo. Celaena había gritado esas palabras a Chaol la noche que Nehemia había muerto. Gritado con diez años validos de convicción y odio, una década pasada teniendo el secreto más grande del mundo tan profundamente en ella que se convirtió enteramente en otra persona.

Porque Celaena era Aelin Ashryver Galathinius, heredera al trono y legítima Reina de Terrasen.

La hacia su enemiga mortal. La hacia la enemiga de Dorian. Chaol aún no sabía que hacer sobre eso, o que significaba para ellos, para la vida que él había imaginado para ellos. El futuro que el una vez había soñado esta irrevocablemente desaparecido.

Él había visto la muerte en sus ojos esa noche en los túneles, junto con la ira con el cansancio y dolor. Él la había visto estar al borde cuando Nehemia había muerto, y sabía lo que le había hecho a Grave a cambio. Él no dudaba ni por un segundo que ella podía atacar nuevamente. Había una oscuridad brillante en ella, una grieta interminable a través de su núcleo.

La muerte de Nehemia la había roto. Lo que él había hecho, su papel en esa muerte, la había roto, también. Él sabía eso. El solo rezaba que ella pudiera unir sus piezas otra vez. Porque una rota, impredecible asesina es una cosa.

Pero una reina. . .

—Parece como si fueras a estar enfermo, — Dorian dijo, apoyando sus antebrazos en la mesa. —Dime que está mal.

Chaol había estado mirando hacia la nada otra vez. Por un segundo, el peso de todo presiono tan fuerte en el que abrió su boca.

Pero el sonido de espadas golpeando sobre escudos en saludo hizo eco desde el



pasillo, y Aedion Ashryver, el infame General del Norte del Rey de Adarlan y primo de Galathynius, entro en al Gran Salón.

El salón quedo en silencio, incluyendo su padre y el rey en la mesa alta. Antes de que Aedion estuviera a la mitad del salón, Chaol estaba posicionado abajo de la tarima.

No era que el joven general fuera una amenaza. Por el contrario, era la forma en que Aedion caminaba hacía la mesa del rey. Su pelo dorado a la altura del hombro brillaba en la luz de las antorchas mientras sonreía hacía todos.

Guapo era una leve forma de describir a Aedion. Abrumador era lo correcto. Alto y musculoso, Aedion era cada pulgada el guerrero que los rumores afirman que es.

Aunque sus prendas son mayor mente para la función, Chaol puede decir que el cuero de su armadura fue echo cuidadosamente y exquisitamente detallado. Un pelaje de lobo blanco fue colgado sobre sus musculosos hombros, y un escudo redondo fue atado en su espalda, junto con una espada que parecía vieja.

Pero su cara. Sus ojos. . . Dioses santos.

Chaol puso una mano sobre su espada, estudiando sus características para parecer neutral, desinteresado, aun cuando el Lobo del Norte estuvo lo bastante cerca como para masacrarlo.

Eran los ojos de Celaena. Los ojos de Ashryver. Un sorprendente turquesa con el núcleo color oro tan brillante como su pelo. Su pelo, incluso su tono era el mismo. Podrían haber sido gemelos, si Aedion no tuviera veinticuatro y si no estuviera bronceado por los años en las nevadas montañas de Terrasen.

¿Porque el Rey se había molestado en mantener a Aedion con vida todos estos años? ¿Porque molestarse en forzarlo como uno de sus más terribles generales? Aedion era un príncipe de la línea de la realeza de Ashryver y había sido criado en los hogares de Galathynius, y aun así servía al rey.

La sonrisa de Aedion permaneció mientras se paraba enfrente de la mesa alta y hacia una reverencia bastante superficial que Chaol estuvo momentáneamente sorprendido. —Majestad, — el general dijo, esos malditos ojos brillaron.

Chaol miro hacia la mesa alta a ver si el rey, si alguien, había notado las similitudes que podrían condenar no solo a Aedion pero también a Chaol y Dorian y a todos los que él quería. Su padre solo le dio una pequeña, satisfecha sonrisa.

Pero el rey estaba frunciendo el ceño, —Te esperaba desde hace un mes.

Aedion en realidad tuvo el descaro de encogerse de hombros. —Disculpas. Los Cuerno del Alce fueron cerrados con una última tormenta de invierno. Me fui cuando pude.

Cada persona en el salón sostuvo su aliento. El temperamento de Aedion y su insolencia eran casi legendarias, parte de la razón por la cual fue estacionado en lo más lejano



del Norte. A Chaol siempre le pareció prudente dejarlo lejos de Rifthold, especialmente como Aedion parecía ser un pequeño bastardo de dos caras, y Bane, la legión de Aedion, era notoria por sus habilidades y brutalidad, pero ahora. . . ¿Porque el rey lo había llamado a la capital?

El rey agarró su cáliz, moviendo el vino dentro. —No recibí ni una palabra de que tu legión estaba aquí.

—No lo está.

Chaol se preparó para la orden de ejecución, rezando para no ser el quien lo hiciera. El rey dijo, —Te dije que los traieras, General.

—Aquí estaba yo, pensando que querías el placer de mi compañía. — Cuando el rey gruñó, Aedion dijo, —Llegaran en una semana más o menos. No quería perderme nada de la diversión. — Aedion otra vez encogió esos musculosos hombros. —Al menos no vine con las manos vacías. — Él chasqueó los dedos detrás de él y un sirviente se precipitó adentro, trayendo una gran bolsa. —Regalos del Norte, cortesía del último campo rebelde que saqueamos. Usted los disfrutará.

El rey rodó sus ojos y movió su mano a la página. —Envíelos a mis aposentos. Tus *regalos*, Aedion, tienden a ofender compañía educada. — Una risa sofocada, de Aedion, de algunos hombres en la mesa del rey. Oh, Aedion estaba bailando en una peligrosa línea. Al menos Celaena tenía el buen sentido de dejar su boca cerrado alrededor del rey.

Considerando los trofeos que el Rey había recolectado de Celaena como Campeona, los artículos en esa bolsa no van a ser mero oro ni joyas. Pero recolectar cabezas, pedazos de la gente de Aedion, la gente de Celaena. . .

—Tengo una junta del consejo mañana; te quiero ahí General, — el Rey dijo.

Aedion puso una mano sobre su pecho. —Tu voluntad es la mía, Majestad.

Chaol tuvo que reprimir su miedo mientras contemplaba lo que brillaba en el dedo de Aedion. Un anillo negro, el mismo anillo que el Rey, Perrington, y la mayoría bajo su control usaban. *Eso* explica porque el rey aceptaba su insolencia: al fin y al cabo, la voluntad del rey era realmente de Aedion.

Chaol permaneció con la cara en blanco mientras el rey le daba un asentimiento de cabeza, permiso para irse. Chaol se inclinó silenciosamente, ahora impaciente por volver a su mesa. Lejos del rey, del hombre que tiene el destino del mundo en sus sangrientas manos. Lejos de su padre, quien observaba mucho. Lejos del general, quien ahora estaba dando vueltas por el salón, dando palmadas en los hombros a los hombres y guiñando a las mujeres.

Chaol había dominado el vuelco de horror en su estómago para el momento que se sentó nuevamente en su silla y encontró a Dorian frunciendo el ceño. —Regalos, claro, — el príncipe murmuró, —Dios, es insufrible.



Chaol no estaba en desacuerdo. Sin importar el anillo negro del Rey, Aedion parece tener una mente propia, y era tan salvaje como en la batalla en la que estaba. El usualmente hacia ver a Dorian célibe cuando buscaba viciosamente maneras de impresionarse a sí mismo. Chaol nunca ha pasado mucho tiempo con Aedion, ni quiere, pero Dorian lo conoce desde ya hace un tiempo. Desde...

Se conocieron de niños. Cuando Dorian y su padre visitaron Terrasen en los días antes de que la familia real fuera masacrada. Cuando Dorian conoció a Aelin, a Celaena.

Es bueno que Celaena no estuviera aquí para ver en lo que Aedion se ha convertido. No solo por el anillo. Entregar a tu propia gente...

Aedion se deslizó en la banca frente a ellos, sonriendo. Un depredador acechando a su presa. —Ustedes dos estaban sentados en esta misma mesa la última vez que los vi. Es bueno saber que algunas cosas nunca cambian.

Dios, esa cara. Era la cara de Celaena, el otro lado de la moneda. La misma arrogancia, el mismo incontrolable enojo. Pero donde Celaena crepitaba con él, Aedion parecía... pulsar. Y había algo más sucio, mucho más amargo en la cara de Aedion.

Dorian recargó sus antebrazos en la mesa y dio una sonrisa aburrida. —Hola, Aedion.

Aedion lo ignora y agarra un pedazo de pierna de cordero rostizada, su anillo negro brillando. —Me gusta tu nueva cicatriz, Capitán, — dijo levantando su barbilla hacia la línea blanca en la mejilla de Chaol. La cicatriz que Celaena le había dado la noche que Nehemia murió y ella trató de matarlo, ahora un recuerdo permanente de todo lo que ha perdido. Aedion continuó, —Parece que no te han masticado aun. Y al fin te dieron una espada de niño grande también.

Dorian dijo, —Me alegro de ver que la tormenta no bajo tu espíritu.

— ¿Semanas adentro con nada que hacer más que entrenar y acostarse con mujeres? Fue un milagro que me molestara en bajar de las montañas.

—No había realizado que te molestas en hacer algo a menos de que sirva a tus mejores intereses.

Una risa baja. —Ahí está ese encantador espíritu Havillard.— Aedion procedió a devorar su comida, y Chaol estaba a punto de demandar porque se había molestado en sentarse con ellos, por otra razón que atormentarlos cuando el rey no estaba mirando, cuando se dio cuenta de que Dorian lo estaba mirando.

No la armadura o escudo de Aedion, pero a su cara, a sus ojos. . .

— ¿No deberías estar en una fiesta o algo así?— Chaol pregunta a Aedion. —Estoy sorprendido de que estés merodeando cuando tus usuales tentaciones aguardan en la ciudad.

— ¿Es esa tu cortes manera de preguntar por una invitación a mi reunión mañana,



Capitán? Sorprendente. Siempre insinuaste que estabas por arriba de mi tipo de fiesta. — Esos ojos turquesa se estrecharon y le dio a Dorian una pequeña sonrisa. — Tú, por el otro lado... la última fiesta que di resulto muy bien para ti. Gemelas pelirrojas, si es que lo recuerdo correctamente.

—Estarás decepcionado de saber que cambie de ese tipo de existencia, — Dorian dijo.

Aedion siguió devorando su comida. —Más para mí, entonces.

Chaol cerró sus puños bajo la mesa. Celaena no fue exactamente virtuosa en los últimos diez años, pero nunca mato a un naturalmente nacido de Terrasen. Se negó, de hecho. Y Aedion siempre ha sido un bastardo, pero ahora. . . ¿Sabía lo que estaba usando en su dedo? ¿Sabía que a pesar de su arrogancia, su rebeldía e insolencia, el rey lo *podía* hacer agacharse sin su permiso? No podía advertirle a Aedion, no sin que potencialmente se mate y provoque la muerte a todos los que él le importa debido a que Aedion verdaderamente tenga lealtad hacia el rey.

— ¿Cómo están las cosas en Terrasen?— Chaol pregunto, porque Dorian estaba estudiando a Aedion otra vez.

— ¿Que te gustaría que te dijera? ¿Que todos estamos bien alimentados después de un brutal invierno? ¿Que no perdimos a muchos por enfermedades?— Aedion resoplo. — Supongo que cazar rebeldes siempre es divertido, si tienes un gusto por ello. Con suerte, Su Majestad ha convocado el Bane al Sur para al fin darle algo de acción. — Mientras Aedion se inclinaba por el agua, Chaol vio la empuñadura de su espada. Metal puro marcado con rasguños, su pomo un poco agrietado, un cuerno redondo. Tan simple, una espada llana para uno de los guerreros más poderosos de Erilea.

—La espada de Orynth. — Aedion presumió, —Un regalo de Su Majestad por mi primer victoria.

Todos conocían esa espada. Era una herencia de la familia real de Terrasen, pasada de gobernante a gobernante. Por derecho, era de Celaena. Perteneció a su padre. Para la posesión de Aedion, considerando lo que la espada ahora hizo, las vidas que tomo, era una cachetada para Celaena y su familia.

—Me sorprende que te molestes con sentimentalismos, — Dorian dijo.

—Los símbolos tienen poderes, Príncipe, — Aedion dijo, fijando su mirada en él. La mirada de Celaena, inflexible y llena de desafío. —Te sorprendería el poder que esto aún conserva en el Norte, lo que hace para convencer a personas a no arruinar perfectos planes.

Tal vez las habilidades de Celaena no eran inusuales en su línea familiar. Pero Aedion era un Ashyver, no un Galathynius, lo que significa que su tatara abuela fue Mab, una de las tres Hadas Reinas, en generaciones recientes coronada una Diosa y renombrada Diana, señora de la caza. Chaol trago duro.

El silencio cayo, tenso como la cuerda del aro. — ¿Problemas entre ustedes dos?—



Aedion pregunto, mordiendo su comida. —Déjenme adivinar: una mujer. ¿La campeona del Rey, tal vez? Dicen que ella es. . . interesante. ¿Es por eso por lo que ya no tienes interés en mi tipo de diversión, príncipe?— Escaneó el salón. —Me gustaría conocerla, creo.

Chaol peleó por la necesidad de agarrar su espada, —Esta fuera.

Aedion en vez le dio a Dorian una sonrisa cruel, —Lastima. Tal vez también me podría haber convencido de cambiar.

—Cuidado con lo que dices. — Chaol gruñó. Tal vez se hubiera reído si no quisiera estrangular al general tanto. Dorian solo tocaba sus dedos en la mesa. —Y muestra algo de respeto.

Aedion se rió, terminando se su cordero. —Soy el leal servidor de Su Majestad, como siempre he sido. — Esos ojos de Ashryver se posaron nuevamente en Dorian, —Tal vez sea tú zorra algún día lo sea, también.

—Si aún estas vivo— Dorian ronroneo.

Aedion siguió comiendo, pero Chaol aun sentía la tensión entre ellos —Dicen que mataron a una Matrona² de un clan de brujas en los locales no hace mucho. — Aedion dijo casualmente. —Ella se desvaneció, pero dicen que puso una muy buena pelea.

— ¿Cuál es tu interés en eso?— Dorian dijo bruscamente.

—Lo hago de mi interés cuando los que rompen el poder de la realeza encuentran su final.

Un escalofrío recorrió la espalda de Chaol. Él sabía poco sobre las brujas. Celaena le había contado algunas historias, y el siempre rezaba porque fueran exageraciones. Pero algo como temor atravesó la cara de Dorian.

Chaol se inclinó hacia adelante. —Eso no es asunto tuyo.

Aedion otra vez lo ignoro y guiño al príncipe. Las fosas nasales de Dorian se abrieron, la única señal de la ira que estaba flotando hacia el superior. Eso, y el aire en el salón cambio, energía. Magia.

Chaol puso una mano en el hombro de su amigo. —Vamos a llegar tarde, — mintió, pero Dorian lo entendió. Necesitaba sacar a Dorian, lejos de Aedion, y tratar de calmar la desastrosa tormenta que estaba ocurriendo entre los dos hombres. —Descansa bien, Aedion. — Dorian no se molestó en decir nada, sus ojos zafiro helados.

Aedion sonrió. —La fiesta es mañana en Rifthold, si te sientes como revivir los viejos tiempos, Príncipe. — Oh, el general sabía exactamente que botones apretar, y no le importaba que desastre hiciera. Y lo hacía peligroso, mortal.

Especialmente cuando Dorian y su magia estaban involucrados. Chaol se forzó a sí

2 Título de las brujas que gobiernan un clan.



mismo a decir buenas noches a unos de sus hombres, para parecer casual y no preocupado mientras caminaban por el salón. Aedion Ashryver había venido a Rifthold, apenas perdiéndose de conocer a su prima perdida.

Si Aedion supiera que Aelin seguía con vida, si supiera quién y en qué se había convertido o qué había aprendido sin contar el poder secreto del rey, ¿Se pondría de su lado, o la destruiría? Dadas sus acciones, dado el anillo que usaba. . . Chaol no quería al general en ningún lugar cerca de ella. Ni en ningún lugar de Terrasen tampoco.

Él se preguntaba cuanta sangre se derramaría cuando Celaena se dé cuenta de lo que su primo ha hecho.

Chaol y Dorian caminaron en silencio por la mayor parte del camino hacia la torre del Príncipe. Cuando se voltearon a un callejón vacío y se dieron cuenta de que nadie los podía oír, Dorian dijo, —No necesitaba que te metieras.

—Aedion es un bastardo, — Chaol gruñó. La conversación se pudo terminar ahí, y parte de él estaba tentado a hacerlo, pero se hizo decir a si mismo, —Estaba preocupado de que lo golpearas como lo hiciste en los pasadizos. — Soltó un tenso aliento. — ¿Estás. . . estable?

—Unos días son mejores que los otros. Enojarme o asustarme parece desatarlo.

Entraron al pasillo que acababa con una arqueada puerta de madera que daba hacia la torre de Dorian, pero Chaol lo paro con una mano en su hombro. —No quiero detalles, — murmuró para que los guardias afuera de la habitación de Dorian no lo escucharan, —porque no quiero mi conocimiento usado en tu contra. Sé que he cometido errores, Dorian. Créeme, lo sé. Pero mi prioridad siempre ha sido, y aun es, mantenerte seguro.

Dorian lo miro por un largo momento, inclinando su cabeza hacia un lado. Chaol de seguro parecía tan miserable como se sentía, porque la voz del príncipe era casi gentil cuando dijo, — ¿Cuál es la verdadera razón por la que la enviaste a Wendlyn?

Sentía golpes de agonía, crudos y filosos. Pero no importa cuánto quería contarle al príncipe de Celaena, no importa cuánto quisiera descargar todos sus secretos para que así pudiera llenarse el vacío en su núcleo, no podía. Así que solo dijo —La mandé a hacer lo que se necesita hacer, — y caminó de nuevo a través del pasillo.

Dorian no le llamó tras él.





Capítulo 4

Traducido por Noemi

Corregido por Minamoon

Manon tiró su manto del color de la sangre firmemente sobre sí misma y se cobijó entre las sombras del armario, escuchando a los tres hombres que habían entrado en su casa de campo.

Ella había notado el miedo y la rabia en el viento todo el día y se había pasado la tarde preparándose. Había estado sentada sobre el tejado de paja de la casa de campo blanquecina cuando descubrió sus antorchas moviéndose sobre las altas hierbas del campo. Ninguno de los aldeanos había intentado detener a los tres hombres, aunque tampoco se habían unido a ellos.

Dijeron que una bruja Crochan había llegado a su pequeño valle verde al norte de Fenharrow. En las semanas que había estado viviendo entre ellos, forjándose una existencia miserable, había estado esperando por esta noche. Era lo mismo en cada aldea en la que había vivido o visitado.

Contuvo su aliento, quedándose quieta como un ciervo cuando uno de los hombres, un granjero alto, barbudo, con las manos del tamaño de platos, caminó en su dormitorio. Incluso desde el armario, podía oler la cerveza en su aliento, y la sed de sangre. Oh, los aldeanos sabían exactamente lo que planeaban hacer con la bruja que vendía pociones y encantos por la puerta de atrás, y que podía predecir el sexo de un bebé antes de lo previsto. Estaba sorprendida de que les hubiera tomado tanto tiempo conseguir el valor de venir aquí, a atormentar y luego destruir lo que les petrificó.

El granjero se detuvo en medio de la habitación. —Sabemos que estás aquí—, persua-

dió, incluso cuando caminó hacia la cama, exploraba cada centímetro de la habitación. —Solo queremos hablar. Algunos de los ciudadanos están aterrorizados, más asustados de ti que tú de ellos, te lo apuesto.

Lo supo antes de escucharlo, especialmente cuando una daga destelló en su espalda mientras él miraba detenidamente debajo de la cama. Siempre era lo mismo, en cada ciudad estancada y en cada pueblo mortal.

Cuando el hombre se enderezó, Manon se deslizó del armario y entró en la oscuridad detrás de la puerta del dormitorio.

Un tintineo amortiguado y un golpeteo le dijo lo suficiente sobre lo que estaban haciendo los otros dos hombres: no sólo buscarla, sino también robando todo lo que ellos querían. No había mucho para tomar; la casa ya había sido amueblada cuando había llegado, y todas sus pertenencias, por formación e instinto, estaban en un saco en una esquina del armario que acababa de dejar. No lleves nada contigo, no dejes nada atrás.

—Solo queremos hablar, bruja— el hombre pasó de la cama, finalmente notando el armario. Sonrió, con el triunfo, anticipado.

Con dedos delicados, Manon aflojó la puerta de la habitación cerrándola, tan silenciosamente que el hombre no se dio cuenta cuando se dirigió al armario. Ella había lubricado las bisagras en cada puerta de esta casa.

Su enorme mano agarró el pomo del armario, la daga ahora a su lado. —Salid, pequeña Crochan, — coreó.

Silenciosa como la muerte, Manon se deslizó detrás de él. El tonto no sabía que ella estaba allí hasta que ella no acercó su boca a su oreja y le susurró, —Especie de bruja equivocada.

El hombre giró, golpeándose con la puerta del armario. Levantó su daga entre ellos, su pecho elevándose. Manon simplemente sonrió, su cabello de color blanco plateado brillando a la luz de la luna.

Él notó la puerta cerrada, emitiendo un aliento para gritar. Pero Manon sonrió más ampliamente, y una fila de dientes de hierro afilados como una daga sobresalieron en las encías, chasqueando como una armadura. El hombre comenzó, golpeando la puerta detrás de él una vez más, los ojos tan amplios que el blanco brilló alrededor de ellos. Su daga golpeó el suelo.

Y entonces, solo para realmente hacerle ensuciar sus pantalones, ella chasqueó sus muñecas en el aire entre ellos.

Las garras de hierro se dispararon sobre sus uñas en un destello mordaz, reluciente.

El hombre comenzó a susurrar una súplica compasiva a sus dioses cuando Manon le dejó atrás hacia la ventana solitaria. Lo que le dejó una oportunidad mientras ella andaba con pasos majestuosos hacia él, todavía sonriendo. El hombre ni siquiera gritó antes de



que ella arrancara su garganta.

Cuando terminó con él, se deslizó a través de la puerta del dormitorio. Los dos hombres todavía estaban saqueando, todavía creyendo que todo esto le pertenecía a ella. Había sido simplemente una casa abandonada, sus anteriores dueños estaban muertos o fueron lo suficientemente inteligentes como para dejar este lugar antes de que se pudriera.

El segundo hombre tampoco tuvo la oportunidad de gritar antes de que lo destripara con dos golpes de sus uñas de hierro. Pero el tercer granjero vino buscando a sus compañeros. Y cuando la vio ahí, con una mano entre las entrañas de su amigo, y con la otra sosteniéndolo, cuando ella usó sus dientes de hierro para arrancar su garganta, huyó.

El gusto común, acuoso del hombre, condimentado con violencia y temor, cubrió su lengua, y escupió en el suelo de madera. Pero Manon no se molestó en limpiar la sangre que se deslizaba por su barbilla cuando ella dio al granjero restante una ventaja en el campo de invierno de hierba imponente, tan alta que traspasaba sus cabezas.

Contó hasta diez, porque ella quería cazar, había sido así desde que arrancó el vientre de su madre y vino rugiendo y sangrienta a este mundo.

Porque ella era Manon Blackbeak, heredera del clan de brujas Blackbeak, y había estado aquí durante semanas, pretendiendo ser una bruja Crochan con la esperanza de que podría eliminar a las verdaderas.

Estaban todavía por ahí, creídas e insufribles Crochans, escondiéndose como curanderas y sabias mujeres. Su primera y gloriosa muerte había sido una Crochan, no más de dieciséis años, la misma edad que Manon en ese momento. La chica morena había estado vistiendo el manto de color rojo sangre que todas las Crochans talentosas llevaban en su primer desangramiento, y lo único bueno que había hecho fue marcarla como presa.

Después Manon dejó el cadáver de la Crochan en el paso de la montaña nevada, había tomado el manto como un trofeo, y todavía lo usaba, cien años más tarde. No había otra bruja de dientes de hierro que pudiera haberlo hecho, porque ninguna otra bruja dientes de hierro se hubiera atrevido a incurrir en la ira de las tres Matronas usando el color de su eterno enemigo. Pero desde ese día cuando Manon acecha a una Blackbeak sigue vistiendo el manto y mantiene ese corazón Crochan en una caja, un regalo de su abuela, que había sido para ella su deber sagrado para cazarlas, una a una, hasta que no quedara ninguna.

Esta fue su última rotación, seis meses en Fenharrow mientras que el resto de su aqellarre se extendía a través de Melisande y por el norte de Eyllwe bajo órdenes similares. Pero en los meses en los que ella había merodeado de aldea en aldea, solo había descubierto a una sola Crochan. Estos granjeros eran la primera diversión que había tenido en semanas. Y ella se condenaría si no lo disfrutara.

Manon entró en el campo, chupando la sangre de sus uñas. Se deslizó a través de las hierbas, no más que sombras y niebla.



Encontró al granjero perdido en medio del campo, quejándose en voz baja por el miedo. Y cuando él se giró, su vejiga se aflojó al ver la sangre, los dientes de hierro y la sonrisa malvada y perversa, Manon le dejó gritar todo lo que quiso.





Capítulo 5

*Traducido por Meeny
Corregido por Melody*

Celaena y Rowan cabalaron por la polvorienta carretera que serpenteaba entre las praderas llenas de puntos pedregosos, rumbo a las colinas más al sur. Ella había memorizado suficientes mapas de Wendlyn para saber que habían pasado a través de ellas y luego sobre las imponentes Montañas Cambrian que marcaban el límite entre el Wendlyn gobernado por mortales y las tierras inmortales de la Reina Maeve.

El sol se estaba poniendo cuando ascendieron las colinas, la carretera haciéndose más rocosa, limitada a un lado más bien por horrendos barrancos. Durante una milla, se debatió en preguntarle a Rowan dónde él planeaba detenerse a pasar la noche. Pero, estaba cansada. No solo del día, el vino y la cabalgata.

En sus huesos, en su sangre, aliento y alma, estaba muy, muy cansada. Hablarle a cualquiera era demasiada exigencia. Lo que hacía a Rowan una compañía perfecta: él no le decía ni una sola palabra.

El crepúsculo cayó mientras la carretera los llevaba a través de un denso bosque que se extendía sobre las montañas, los árboles pasando de ciprés a roble, de estrechos a altos e imponentes, lleno de matorrales y dispersos pedruscos musgosos. Incluso en la oscuridad creciente, el bosque parecía respirar.

El cálido aire zumbaba, dejando en su lengua un sabor metálico. Muy por detrás de ellos, un trueno gruñó.

Qué maravilloso. Especialmente dado que Rowan estaba finalmente desmontando

para acampar. Por el aspecto de su alforja, él no tenía una tienda. Ni petates. Ni sábanas.

Tal vez, ahora era razonable asumir que su visita con Maeve no iba a ser placentera.

Ninguno de ellos habló mientras dirigían sus caballos hacia los árboles, sólo lo suficientemente lejos de la carretera para ocultarlos de cualquier viajero que pasara. Vertiendo sus equipos en el campo que ella había seleccionado, Rowan llevó su yegua a una corriente cercana que debió haber escuchado con esas orejas puntiagudas. Él no vaciló ni un solo paso en la creciente oscuridad, aunque Celaena ciertamente golpeaba los dedos de sus pies contra unas cuantas rocas y raíces. Excelente vista, incluso en la oscuridad, otro rasgo de un hada. Uno que ella podría tener si...

No, no iba a pensar en eso. No después de lo que pasó al otro lado de ese portal. Ella había cambiado entonces..., y había sido suficientemente horrible para recordarle que no tenía ningún interés en volver a hacerlo nunca.

Después de que los caballos bebieron, Rowan no la esperó mientras llevaba de vuelta a ambas yeguas al campamento.

Ella usó la privacidad para velar por sus propias necesidades, luego cayó sobre sus rodillas en la ribera cubierta de hierba, y bebió de la corriente hasta llenarse. Dioses, el agua sabía..., nueva, antigua, poderosa y deliciosa.

Bebió hasta que entendió que el hoyo en su vientre muy bien podría deberse al hambre, entonces se tambaleó de regreso al campamento, encontrándolo gracias al brillo del cabello plateado de Rowan. Él le pasó un poco de pan y queso, sin decir palabra, y luego volvió a almohazar a los caballos. Ella murmuró un gracias, pero no se molestó en ofrecerle ayuda mientras se acomodaba contra un altísimo roble.

Cuando el vientre dejó de dolerle demasiado y se dio cuenta cuán sonoramente había estado mascando la manzana que él también le había lanzado mientras alimentaba a los caballos, ella reunió la energía necesaria para decir—: ¿Hay tantas amenazas en Wendllyn que no nos podamos arriesgar a poner una fogata?

Él se sentó contra el árbol y desplegó sus piernas, cruzando sus tobillos.

—No de mortales.

Esas eran las primeras palabras que le dirigía desde que habían dejado la ciudad. Podía haber sido un intento de asustarla pero ella todavía hacía un inventario mental de todas las armas que llevaba consigo. No preguntaría. No quería saber qué tipo de cosa podría reptar hacia una fogata.

La maraña de madera, musgo y piedra amenazaba, llena del zumbido de hojas pesadas, el gorgoteo del arroyo crecido, el batir de alas emplumadas. Y allí, acechando sobre el borde de un pedrusco cercano, había tres pares de pequeños ojos brillantes.

La empuñadura de su daga estaba en su palma un instante después. Pero, ellos sólo se quedaron mirándola. Rowan no pareció darse cuenta. Simplemente inclinó su cabeza



contra el tronco del roble.

Ellos la habían conocido siempre, La Tribu de los Enanos³. Incluso cuando la sombra de Adarian había cubierto el continente, ellos todavía reconocían lo que ella era. Pequeños regalos dejados en campamentos..., un pescado fresco, una ramillete lleno de zarzamoras, una corona de flores. Ella los había ignorado, y permanecido fuera del Bosque Oakwald tanto como pudo.

Las hadas mantuvieron su imperturbable vigilancia. Deseando no haberse tragado la comida tan rápidamente, Celaena los observó de vuelta, lista para saltar a una postura defensiva. Rowan no se había movido.

Cualquier juramento antiguo que las hadas honraran en Terrasen probablemente no era tomado en cuenta aquí. Incluso mientras pensaba en ello, más ojos brillaron entre los árboles. Más testigos silencios de su llegada. Porque Celaena era un hada, o algo como una mestiza. Su bisabuela había sido la hermana de Maeve, quien había sido proclamada Diosa cuando murió. Ridículo, realmente. Mab había sido bastante mortal cuando vinculó su vida al príncipe humano quién la amaba tan ferozmente.

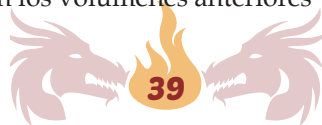
Ella se preguntó cuánto sabían estas criaturas, en realidad, sobre las guerras que habían destruido su tierra, sobre las hadas y los elfos que habían sido exterminados, sobre los antiguos bosques quemados y la masacre de ciervos sagrados de Terrasen. Se preguntó si ellos alguna vez aprendieron lo que sucedió con sus hermanos en el Oeste.

No sabía cómo había llegado a importarle. Pero parecían tan... curiosos.

Sorprendiéndose incluso a sí misma, Celaena susurró en la zumbante noche. —Todavía viven.

Todos los ojos desaparecieron. Cuando miró a Rowan, él no había abierto sus ojos. Pero, tenía la sensación de que el guerrero había estado consciente todo el tiempo.

3 Conocidos como Little Folks en los volúmenes anteriores





Capítulo 6

*Traducido por Nereza
Corregido por Estefania*

Dorian Havilliard se paró delante de la mesa del desayuno de su padre, sus manos extendidas en la espalda. El Rey había llegado hacia unos momentos, pero no le había dicho que se sentara. Antes Dorian ya habría dicho algo al respecto. Pero tener magia, verse envuelto en cualquiera que fuera el lio en el que Celaena estaba, ver ese otro mundo en los túneles secretos. . . eso lo había cambiado todo. Lo mejor que podía hacer en estos días era mantener un perfil bajo, para evitar que su padre o cualquier otra persona miraran demasiado tiempo en su dirección. Así que Dorian se puso delante de la mesa y esperó.

El Rey de Adarlan terminó el pollo rostizado y dio un sorbo de lo que fuera que estuviera en su copa roja. —Estas muy callado esta mañana, Príncipe—. El conquistador de Erilea alcanzó un plato de pescado ahumado.

—Estaba esperando que hablaras, Padre.

Ojos negros como la noche se desplazaron hacia él. —Inusual, es cierto.

Dorian se tensó. Solo Celaena y Chaol sabían la verdad sobre su magia, y Chaol lo había dejado completamente claro que Dorian no tenía ganas de intentar explicarse a sí mismo a su amigo. Pero este castillo estaba lleno de espías y aduladores que querían nada más que usar cualquier conocimiento que pudieran para avanzar en su posición. Incluyendo vender al Príncipe Heredero. ¿Quién sabía quién lo había visto en los pasillos o en la biblioteca, o quien había descubierto esa pila de libros que él había escondido en las habitaciones de Celaena? Él ya los había llevado hacia abajo a la tumba, donde fue

todas las noches, no para obtener respuestas a las preguntas que lo atormentaban, sino sólo por una hora de silencio puro.

Su padre siguió comiendo. Había estado en los aposentos privados de su padre solo unas pocas veces en su vida. Podría ser una casa señorial por sí mismo, con su biblioteca y comedor y sala del consejo. Ocupaba un ala entera del castillo de cristal, un ala opuesta a la de la madre de Dorian. Sus padres nunca habían compartido una cama, y particularmente no quería saber más que eso.

Encontró a su padre viéndolo, el sol de la mañana a través de la pared curvada de cristal hizo cada cicatriz y marca en el rostro del rey aún más horripilante —Hoy vas a entretener a Aedion Ashryver.

Dorian mantuvo su compostura lo mejor que pudo. — ¿Me atrevo a preguntar por qué?

—Desde que el general Ashryver falló en traer a sus hombres aquí, parece ser que tiene tiempo libre mientras espera la llegada del Bane. Será beneficioso para ambos conocerse más; especialmente cuando tu elección de amigos últimamente ha sido tan... común.

La furia fría de su magia arañó por su columna vertebral. —Con el debido respeto, Padre, tengo dos reuniones para preparar, y...

—No está abierto a debate. —Su padre siguió comiendo. —El General Ashryver ha sido notificado, y te encontraras con él fuera de tus habitaciones al mediodía.

Dorian sabía que debía mantenerse callado, pero se encontró preguntando, — ¿Por qué toleras a Aedion? ¿Por qué mantenerlo vivo, por que hacerlo general?— Había sido incapaz de parar de preguntarse sobre eso desde la llegada del hombre.

Su padre le dio una pequeña, conocedora sonrisa. —Por qué la ira de Aedion es una espada útil, y es capaz de mantener a su gente a raya. Él no se arriesgara a una masacre, no cuando ha perdido tanto. Él ha aplacado muchas que pudieron ser una rebelión en el Norte por ese miedo, porque él es muy consciente que sería su propia gente, los civiles, quienes sufrirían primero.

El compartía *sangre* con un hombre así de cruel. Pero Dorian dijo, —Aun así es sorprendente que mantengas al general casi como un cautivo, poco más que un esclavo. Controlarlo solo a través del miedo parece potencialmente peligroso.

De hecho, se preguntaba si su padre le había dicho a Aedion sobre la misión de Celaena en Wendlyn, hogar de la línea de sangre real de Aedion, donde los primos de Aedion los Ashryvers aun reinaban. Aunque Aedion pregonaba sobre sus varias victorias contra los rebeldes y actuaba como si prácticamente le perteneciera la mitad del imperio. . . ¿Cuánto recordaba Aedion de sus parientes a través del mar?

Su padre dijo, —Tengo mis formas de controlar a Aedion si tengo que hacerlo. Por ahora, su irreverencia descarada me divierte. —Su padre hizo un gesto con la barbilla hacia la puerta. —Sin embargo no estaré feliz si pierdes tu cita con él hoy.



Y solo así su padre lo dio de alimento al Lobo.



A pesar de las ofertas de Dorian para mostrarle a Aedion la casa de fieras, las perreras, los establos, incluso la maldita biblioteca, el general sólo quería hacer una cosa: caminar por los jardines. Aedion afirmó que se sentía inquieto y perezoso por el exceso de comida de la noche anterior, pero la sonrisa que le dio Dorian sugería lo contrario.

Aedion no se molestó en hablar con él, demasiado preocupado por tararear canciones subidas de tono y la inspección de las distintas mujeres que pasaron. Él había dejado caer la fachada semi-civilizada sólo una vez, cuando habían dado grandes zancadas por un camino estrecho flanqueado por imponentes rosales, impresionantes en el verano, pero mortales en el invierno, y los guardias estaban una vuelta atrás, ciegos por el momento. El tiempo justo para que Aedion hiciera sutilmente una zancadilla a Dorian en una de las paredes espinosas, todavía tarareando sus canciones obscenas.

Una maniobra rápida había evitado que Dorian cayera de cara contra las espinas, pero su capa se había rasgado, y su mano ardía. En lugar de dar al general la satisfacción de verlo sisear e inspeccionar sus cortes, Dorian había escondido sus dedos congelados como ladrillos en los bolsillos mientras los guardias doblaron la esquina.

Hablaron sólo cuando Aedion se detuvo junto a una fuente y apoyó las manos llenas de cicatrices en las caderas, evaluando el jardín más allá como si se tratara de un campo de batalla. Aedion sonrió a los seis guardias que acechaban detrás, con los ojos brillantes, tan brillantes, Dorian pensó, y tan increíblemente familiares mientras el general dijo: — ¿Un príncipe necesita una escolta en su propio palacio? Me ofende que no enviaron más guardias para protegerle de mí.

— ¿Crees que puedes acabar con seis hombres?

El Lobo había dejado escapar una risa baja y se encogió de hombros, la empuñadura llena de cicatrices de la Espada de Orynth capturando la luz del sol casi cegadora. —No creo que deba decirle, en caso de que su padre alguna vez decida que mi utilidad no es digna de mi temperamento.

Algunos de los guardias detrás de ellos murmuraron, pero Dorian dijo: —Probablemente no.

Y eso fue todo, fue todo lo que Aedion le dijo por el resto del frío y miserable paseo. Hasta que al general le dio una sonrisa afilada y le dijo, —Mejor que le vean eso. — Eso fue cuando Dorian se dio cuenta que su mano derecha seguía sangrando. Aedion simplemente se dio la vuelta. —Gracias por el paseo, Príncipe—, dijo el general por encima de su hombro, y se sentía más como una amenaza que cualquier otra cosa.

Aedion no actúa sin una razón. Tal vez el general había convencido a su padre para forzar esta excursión. Pero con qué propósito, Dorian no podía comprender. A menos que



Aedion simplemente quisiera tener una idea de en qué clase de hombre Dorian se había convertido y lo bien que Dorian podía jugar el juego. No le extrañaría que el guerrero lo hiciera solo para evaluar a un potencial aliado o amenaza, Aedion, con toda su arrogancia, tenía una mente astuta. Probablemente vio la vida cortesana como otra especie de campo de batalla.

Dorian dejó que los guardias seleccionados por la mano de Chaol lo llevaran de nuevo al maravillosamente cálido castillo, y luego los despidió con una inclinación de cabeza. Chaol no había venido hoy, y estaba agradecido, después de esa conversación acerca de su magia, después que Chaol se negara a hablar sobre Celaena, Dorian no estaba seguro sobre qué más quedaba por hablar para ellos. No creyó por un momento que Chaol podría estar dispuesto a sancionar a muerte a personas inocentes, sin importar si eran amigos o enemigos. Chaol tenía que saber, entonces, que Celaena no asesinaría a los miembros de la realeza Ashryver, por cualquiera que fueran sus razones. Pero no había ninguna razón para molestarse en hablar con Chaol, no cuando su amigo estaba guardando secretos también.

Dorian reflexionó sobre el rompecabezas de palabras de su amigo de nuevo al entrar en las catacumbas de los curanderos, el olor a romero y menta flotando. Era un laberinto de habitaciones de suministros y de exámenes, manteniéndose lejos de las miradas indiscretas del gran castillo de cristal arriba. Había otro pabellón alto en el castillo de cristal, para los que no se dignaban a hacer el viaje hasta aquí abajo, pero aquí era donde los mejores curanderos en Rifthold, y Adarlan, habían perfeccionado y practicado su oficio durante mil años. Las piedras pálidas parecían respirar la esencia de siglos de secado de hierbas, dando a los pasillos subterráneos una agradable sensación de amplitud.

Dorian encontró un pequeño taller donde una mujer joven estaba encorvada sobre una gran mesa de roble, una variedad de frascos de vidrio, balanzas, morteros y manos de mortero delante de ella, junto con viales de líquido, hierbas colgantes y burbujeantes ollas sobre llamas pequeñas y solitarias. Las artes curativas fueron unas de las pocas que su padre no había prohibido hacía diez años, aunque hacía tiempo, había oído, habían sido más poderosas. Hacía tiempo, los curanderos habían usado magia para curar y salvar. Ahora fueron dejados con lo que fuera que la naturaleza les proporcionaba.

Dorian entro en el cuarto y la joven miro hacia arriba desde el libro que estaba escaneando, un dedo deteniendo la página. No hermosa, pero, bonita. Limpia, líneas elegantes, cabello castaño tejido en una trenza, y un bronceado dorado que sugería que al menos un miembro de familia venia de Eyllwe. — ¿Puedo...?—ella le echo un buen vistazo, después se arrojó en una reverencia. —Su alteza, — ella dijo, un rubor ascendió en la ligera columna de su cuello.

Dorian levantó la mano ensangrentada. —Zarza. — Decir rosal haría sus cortes parecer mucho más patéticos.

Ella mantuvo los ojos apartados, mordiéndose el labio inferior. —Por supuesto. — Ella gesticulo una delgada mano hacia la silla de madera delante de la mesa. —Por favor. ¿A menos que... a menos que prefieres ir a una sala adecuada de examinación?



Dorian normalmente odiaba tratar con el tartamudeo y nerviosismo, pero esta joven mujer estaba todavía tan roja, que suavemente dijo, —Esto está bien—, y se deslizó en la silla.

El silencio pesaba sobre él mientras ella se apresuraba a través de la sala de trabajo, cambiando primero su delantal blanco sucio, luego lavándose las manos por un largo minuto, y luego reuniendo todo tipo de vendajes y latas de pomada, después un recipiente con agua caliente y trapos limpios y, finalmente, finalmente tirando una silla alrededor de la mesa para hacer frente a la suya.

No hablaron, tampoco, cuando ella se lavó cuidadosamente y luego examinó la mano. Pero se encontró a sí mismo mirando a sus ojos color avellana, la seguridad de sus dedos, y el rubor que se mantuvo en el cuello y la cara. —La mano es...muy compleja—, murmuró al fin, estudiando los cortes. —Sólo quería asegurarme de que nada estuviera dañado y que no había espinas enterradas ahí. — Ella rápidamente añadió —Su Alteza.

—Creo que se ve peor de lo que realmente es.

Con un toque ligero como una pluma, unto un ungüento turbio en su mano, y, como un tonto, él hizo una mueca. —Lo siento—, ella murmuró. —Es para desinfectar los cortes. Sólo por si acaso. —Ella parecía encogerse sobre sí misma, como si él fuera a dar la orden para colgarla simplemente por eso.

El buscó a tientas las palabras, y luego dijo —He tratado con cosas peores.

Sonaba estúpido diciéndolo, y ella se detuvo por un momento antes de llegar a los vendajes. —Lo sé—, dijo, y levantó la vista hacia él.

Bueno, maldita sea. No eran esos ojos simplemente impresionantes. Ella rápidamente miró hacia abajo, envolviendo suavemente la mano. —Estoy asignada al ala sur del castillo y estoy a menudo en el turno de noche.

Eso explicaba por qué ella parecía tan familiar. Lo había sanado no sólo a él aquella noche hacia un mes, sino también a Celaena, Chaol, Ligera. . . había estado allí para todas sus lesiones estos últimos siete meses. —Lo siento, no puedo recordar tu nombre...

—Es Sorscha—, dijo, aunque no había enojo en ella, como debería haber habido. El príncipe malcriado y sus dignos amigos, demasiado absortos en sus propias vidas para molestarse aprendiendo el nombre del curandero que los había vendado una y otra vez.

Ella terminó envolviendo su mano y él dijo, —En caso de que no lo dijera las veces suficientes, gracias.

Esos ojos marrones con manchas verdes se levantaron de nuevo. Una sonrisa vacilante. —Es un honor, Príncipe. — Ella empezó a recoger sus suministros.

Tomando eso como su señal para salir, se levantó y flexionó los dedos. —Se siente bien.

—Son heridas menores, pero mantenga un ojo en ellas.— Sorscha vertió el agua en-



sangrentada en el fregadero en la parte de atrás de la sala. —Y usted no tiene que venir todo el camino hasta aquí la próxima vez. Solo...solo envíe su palabra, Su Alteza. Estamos encantados de atenderle. —Ella hizo una reverencia baja, con la gracia de piernas largas de una bailarina.

— ¿Tú has sido la responsable del ala de piedra meridional todo este tiempo?— La pregunta dentro de la pregunta era bastante clara: ¿Ya has visto todo? ¿Cada lesión inexplicable?

—Llevamos un registro de nuestros pacientes—, Sorscha dijo en voz baja para que nadie pasando por la puerta abierta pudiera oír. —Pero a veces olvidamos anotar todo.

Ella no había dicho a nadie lo que había visto, las cosas que no cuadraban. Dorian le dio una reverencia rápida de gracias y salió de la habitación. ¿Cuántos más, se preguntó, había visto más de lo que parecía? No quería saber.



Los dedos de Sorscha, por fin, habían dejado de temblar para cuando el Príncipe Heredero dejó las catacumbas. Por alguna gracia persistente de Silba, Diosa de los curanderos y portador de paz, y suaves muertes, había logrado evitar temblar mientras ella remendó su mano. Sorscha se apoyó en el mostrador y soltó un largo suspiro.

Los cortes no necesitaban un vendaje, pero ella había sido egoísta y tonta y había querido mantener al hermoso Príncipe en la silla por el tiempo que ella pudiera.

Él ni siquiera sabía quién era ella.

Ella había sido asignada sanadora a tiempo completo hace un año, y había sido llamada para atender al Príncipe, el Capitán, y sus amigos incontables veces. Y el Príncipe Heredero seguía sin tener idea de quien era ella.

Ella no le había mentado, sobre no mantener registro de todo. Pero ella recordaba todo.

Sobre todo la noche hace un mes, cuando los tres habían estado cubiertos de sangre y mugrientos, la chica lastimada, sin ninguna explicación y nadie preocupado por eso. Y la chica, su amiga...

La Campeona del Rey. Eso era ella.

Amada, parecía, por los dos el Príncipe y su Capitán en un momento u otro. Sorscha había ayudado a Amithy a tender a la joven mujer después del brutal duelo para ganar su título. Ocasionalmente, ella checaba a la chica y descubrió al Príncipe sosteniéndola en su cama.

Ella pretendió que no importaba, porque el Príncipe Heredero era notable donde hubiera mujeres involucradas, pero...no había detenido el dolor sordo en su pecho. Las cosas habían cambiado, y cuando la chica fue envenenada con gloriella, fue el Capitán



quien se quedó con ella. El Capitán quien actuó como una bestia enjaulada, rodeando la habitación hasta que los nervios de Sorscha habían explotado. No sorprendentemente, varias semanas después, la criada de la chica, Philippa, vino con Sorscha por un tónico anticonceptivo. Philippa no había dicho para quien era, pero Sorscha no era idiota.

Cuando había atendido al Capitán una semana después, cuatro brutales arañazos en su rostro y una mirada muerta en sus ojos, Sorscha entendió. Y entendió de nuevo la última vez, cuando el Príncipe, el Capitán, y la chica cubiertos de sangre, que lo que sea que hubiera existido entre ellos tres se había roto.

La chica en especial. *Celaena*. Ella los había escuchado accidentalmente cuando pensaron que ya no estaba en la habitación. Celaena Sardothien. La más grande asesina del mundo y ahora Campeona del Rey. Otro secreto que Sorscha guardara sin que ellos nunca sepan.

Ella era invisible. Y agradecida de ello, algunos días.

Sorscha se detuvo en su mesa de suplementos. Ella tenía media docena de tónicos y cataplasmas por hacer antes de la cena, todos ellos complejos, todos ellos dejados a ella por Amithy, quien se retiraba en cuanto podía. Encima de eso, ella todavía tenía que escribir la carta semanal a su amiga, quien quería cada pequeño detalle sobre el palacio. Solo de pensar en todas esas tareas le daba dolor de cabeza.

Si hubiera sido cualquier otro que el Príncipe, les hubiera dicho que fueran a buscar a otro sanador.

Sorscha regreso a su trabajo. Estaba segura que él había olvidado su nombre en el momento en que se fue. Dorian era heredero del imperio más poderoso del mundo, y Sorscha era la hija de dos inmigrantes muertos de un pueblo en Fenharrow que se había quemado hasta las cenizas, un pueblo que nadie volvería a recordar nunca.

Pero eso no la detuvo de amarlo, como aun lo hacía, invisible y secretamente, desde la primera vez que había puesto sus ojos en él hace 6 años.





Capítulo 7

*Traducido por Roxy
Corregido por Sabrina*

Nadie más se acercó a Celaena y Rowan después de esa primera noche. Él ciertamente no le dijo nada acerca de esto, u ofreció su capa o cualquier clase de protección contra el frío. Ella durmió acurrucada a su lado, volteándose cada dos minutos por alguna raíz o guijarro enterrándose en su espalda o despertándose de una sacudida ante el chillido de un búho, o algo peor.

Para el tiempo en que la luz se había vuelto gris y la niebla flotaba entre los árboles, Celaena se sentía más exhausta de lo que había estado la noche anterior. Después de un silencioso desayuno de pan, queso y manzanas, ella estaba casi dormitando encima de su yegua mientras reanudaban su viaje por el camino de la colina boscosa.

Pasaron a pocas personas, humanos en su mayoría guiando vagones a algún mercado, de los cuales todos miraban a Rowan y les cedían el derecho de paso. Algunos incluso murmuraron oraciones por misericordia.

Ella había escuchado hablar mucho que las hadas existían pacíficamente con los humanos en Wendlyn, así que quizás el terror que encontraron era debido al mismo Rowan. El tatuaje no ayudaba. Se debatió en preguntarle lo que las palabras significaban, pero eso implicaría conversación. Y conversación significaba alguna clase de... relación. Ella había tenido suficiente de amigos. Suficientes de ellos muriendo, también.

Así que mantuvo su boca cerrada todo el día que cabalaron a través del bosque hasta las Montañas Cambrian. El bosque se volvió más exuberante y denso, y mientras más alto cabalgaban, más brumoso se volvía, grandes velos de niebla a la deriva por delante

de ella acariciaban su rostro, su cuello, su espalda.

Otra noche miserablemente fría acamparon tarde fuera del camino y estaban cabalgando de nuevo antes del amanecer. Para entonces, la bruma se había filtrado en sus ropas y piel, y se instaló justo a lo largo de sus huesos.

Al tercer anochecer, ella se había rendido esperando por un fuego. Incluso había abrazado al frío, a las insufribles raíces y al hambre cuyo borde no podía disminuir sin importar cuánto pan y queso comiera. Los dolores y molestias estaban calmándose de alguna manera.

No consolando, pero... distrayendo. Bienvenido. Merecido.

Ella no quería saber qué significaba eso sobre ella. Ella no podía dejarse a sí misma mirar tan lejos hacia su interior. Había estado a punto, ese día que había visto al Príncipe Galan. Y había sido suficiente.

Ellos viraron del camino en las decadentes horas de la tarde, atravesando la tierra musgosa que amortiguaba cada paso. Ella no había visto un pueblo en días, y las rocas de granito estaban ahora grabadas con espirales y patrones. Supuso que eran marcadores, una advertencia a los humanos para mantenerse lo más lejos posible.

Ellos tenían que estar a otra semana de Doranelle, pero Rowan estaba yendo a lo largo de las montañas, no sobre ellas, escalando aún más alto, el ascenso se interrumpía por ocasionales planicies o campos de flores silvestres. Ella no había visto un mirador, no tenía idea de dónde estaban, o cuán alto.

Sólo el interminable bosque, y el ascenso infinito, y la bruma infinita.

Olió el humo antes de ver las luces. No eran fogatas, sino luces de una construcción alzándose fuera de los árboles, abrazando la columna vertebral de la ladera de la montaña. Las rocas eran oscuras y antiguas, labradas con algo más que el abundante granito. Sus ojos se cansaron, pero ella no falló en notar el anillo de rocas apiladas entrelazadas entre los árboles, rodeando la entereza de la fortaleza. Era difícil *no* notarlo cuando cabalgaban entre dos megalitos que se curvaban hacia el otro como los cuernos de una gran bestia, y una silbante corriente chasqueó contra su piel.

Guardias, guardias mágicos. Su estómago se volteó. Si esas rocas no evitaban a los enemigos, ellos ciertamente servirán como alarma. Lo que significaba que las tres figuras patrullando cada una de las tres torres, los seis en el muro de contención exterior, y los tres en las puertas de madera sabrían que ellos se estaban acercando. Hombres y mujeres en armadura ligera de cuero y cargando espadas, dagas y arcos monitorearon su aproximamiento.

—Creo que prefiero quedarme en el bosque, — dijo ella, sus primeras palabras en días. Rowan la ignoró.

Él ni siquiera alzó un brazo en saludo a los centinelas. Él debía estar familiarizado con este lugar si no se inclinaba para saludar. Mientras se acercaban a la antigua fortaleza,



que eran un poco más que unas pocas torres de vigilancia entrelazadas juntas por un largo edificio de conexión, salpicado con líquen y musgo, hizo los cálculos. Tenía que haber algún puesto fronterizo, un punto a medio camino entre el reino mortal y Doranelle. Quizás ella finalmente tendría un cálido lugar para dormir, incluso si solo fuese por la noche.

Los guardias saludaron a Rowan, quien no les escatimó un rápido vistazo. Todos ellos usaban capuchas, enmascarando cualquier señal de su herencia. ¿Eran ellos hadas? Rowan pudo no haberle hablado por la mayoría del viaje, él había mostrado tanto interés en ella como lo haría en un montón de mierda en el camino, pero si se estaría quedando con las hadas... otros podrían tener preguntas.

Se fijó en cada detalle, cada salida, cada debilidad cuando entraron al largo patio más allá del muro, dos mozos de cuadra que lucían más bien mortales se apresuraron para ayudarlos a desmontar. Era tan tranquilo. Como si todo, incluso las rocas, contuvieran la respiración. Como si hubieran estado esperando. La sensación solo empeoró cuando Rowan la condujo en silencio al oscuro interior del edificio central, arriba por un estrecho conjunto de escalones de piedra, y dentro de lo que parecía ser una pequeña oficina.

No eran los muebles tallados de roble, o las descoloridas cortinas verdes, o la calidez del fuego lo que la hizo detenerse. Fue la mujer de cabello oscuro sentada detrás del escritorio. Maeve, Reina de las Hadas.

Su tía.

Y luego vinieron las palabras que había estado temiendo por diez años.

—Hola, Aelin Galathynius.





Capítulo 8

*Traducido por Ale
Corregido por Yuki*

Celaena retrocedió, sabiendo exactamente cuántos pasos le tomaría para entrar en la sala, pero se estrelló contra un cuerpo inflexiblemente duro al momento en que la puerta se cerró detrás de ellos. Sus manos temblaban tanto que no se molestó en ir por sus armas o las de Rowan. Él la había cortado en el momento en que Maeve dio la orden.

La sangre corrió desde la cabeza de Celaena. Se obligó a tomar un respiro. Y otro.

Luego dijo en voz demasiado tranquila.

—Aelin Galathynius está *muerta*.

Sólo decir su nombre en voz alta, el nombre maldito que había temido y odiado y tratado de olvidar.

Maeve sonrió, revelando pequeños colmillos afilados.

—No nos molestemos con mentiras.

No era una mentira. Esa chica, esa princesa había muerto en un río hace una década. Celaena no era más Aelin Galathynius de lo que era otra persona.

La habitación estaba demasiado caliente demasiado pequeña, Rowan una fuerza inquietante de la naturaleza detrás de ella.

Ella no iba a tener tiempo para reunirse a sí misma, e inventar excusas y medias verdades, como debería haber estado haciendo estos últimos días, en lugar de en caer

libremente en el silencio y el frío brumoso. Ella iba a hacer frente a la Reina de las Hadas como Maeve quería que la enfrentara. Y en alguna fortaleza que parecía lejos, muy por debajo de la belleza de pelo negro mirándola con ojos negros e insondables.

Dioses. *Dioses.*

Maeve era temible en su perfección, completamente inmóvil, eterna y calma y radiante de antigua gracia. La hermana oscura para Mab de pelo rubio.

Celaena se había estado engañando a sí misma al pensar que esto sería fácil. Ella todavía estaba presionada contra Rowan como si fuera una pared. Una pared impene-trable, tan antigua como las piedras que rodeaban la fortaleza. Rowan se apartó de ella con su fuerza y facilidad depredadora y se apoyó contra la puerta. Ella no iba a salir hasta que Maeve se lo permitiera.

La Reina de las Hadas se mantuvo en silencio, sus largos dedos blancos como la luna y doblados sobre el regazo de su vestido de violeta, una lechuza blanca posada en la parte posterior de la silla. No se molestó con una corona, y Celaena supuso que no necesitaba una. Cada criatura en la tierra sabía quién era ella, lo que era ella, aunque fueran ciegos y sordos. Maeve, el rostro de mil leyendas y pesadillas. Epopeyas, poemas y canciones se han escrito sobre ella, tantos que algunos incluso creían que era sólo un mito. Pero aquí está el sueño, la pesadilla convertida en carne.

Esto podría ser una ventaja. Podrías obtener las respuestas que necesitas aquí mismo, ahora mismo. Volver a Adarlan en cuestión de días. Solo respira.

Respirar, resultó, ser bastante difícil cuando la Reina quien era conocida por llevar a los hombres a la locura por diversión estaba observando cada movimiento de su garganta. Ese búho posado en la silla de Maeve, *¿Hada o una verdadera bestia?* Estaba mirando hacia ella también. Sus garras se cerraron alrededor de la parte posterior de la silla, excavando en la madera.

Era un tanto absurdo, Maeve teniendo a su corte en esta oficina media podrida, en un escritorio manchado con el Wyrđ sabía qué. Dioses, el hecho de que Maeve estaba sentada en un escritorio. Ella debería estar en alguna cañada etérea, rodeada de danzantes de las brizas y doncellas bailando al sonido de laúdes y arpas, leyendo de las estrellas que ruedan como si fueran poesía. No aquí.

Celaena hizo una profunda reverencia. Supuso que debería haberse arrodillado, pero ella ya olía horrible, y su rostro estaba probablemente todavía desgarrado y magullado por su reyerta en Varese. Mientras Celaena se sonrojaba, Maeve se mantuvo sonriendo débilmente. Una araña con una mosca en su web.

—Supongo que con un buen baño, usted se verá lo suficiente bien como su madre.

Sin intercambio de cortesías, entonces. Maeve iba directo a por la garganta. Podía manejarlo.

Ella podía ignorar el dolor y el terror para conseguir lo que quería. Así Celaena sonrió



débilmente y dijo:

—Si hubiera sabido a quien me encontraría, podría haber rogado a mi escolta por tiempo para refrescarme.

Ella no se sentía mal ni por un latido de tirar a Rowan a los leones.

Los ojos obsidiana de Maeve se posaron en Rowan, quien todavía se apoyaba contra la puerta. Ella podría haber jurado que había aprobación en la sonrisa de la Reina de las Hadas. Como si el viaje extenuante fuera una parte de este plan, también. Pero ¿Por qué? ¿Por qué no desbaratarlo?

—Me temo que tengo que cargar con la culpa por el ritmo de presión. — dijo Maeve. —Aunque supongo que podría haberse tomado la molestia de por lo menos encontrarte una poza para bañarte en el camino.

La Reina del reino de las hadas levantó una mano elegante, haciendo un gesto hacia el guerrero.

—El Príncipe Rowan...

Príncipe. Se tragó las ganas de girarse hacia él.

—Es del linaje de mi hermana de Mora. Él es mi sobrino de clases, y un miembro de mi asimiento. Una relación muy distante de la tuya; hay una cierta ascendencia antigua vinculándote a ti.

Otro movimiento para desequilibrarla.

—No me digas.

Tal vez esa no era la mejor respuesta. Probablemente debería estar en el suelo, arrastrándose en busca de respuestas. Y tenía la sensación de que probablemente iba a llegar a ese punto muy, muy pronto. Pero...

—Debes estar preguntándote por qué le pedí al príncipe Rowan que te trajera aquí — reflexionó Maeve.

Por Nehemia, ella volvería a jugar a este juego. Celaena se mordió la lengua con fuerza suficiente para mantener su, por los dioses malditos, inteligente boca cerrada.

Maeve colocó sus manos blancas sobre la mesa.

—He estado esperando mucho, mucho tiempo para conocerte. Y como yo no salgo de estas tierras, no podía verte. No con mis ojos, por lo menos. —Las uñas largas de la reina brillaban a la luz.

Había leyendas susurradas sobre fuegos sobre la otra piel que Maeve llevó. Nadie había vivido para contar algo más allá de *sombras y garras y tinieblas devorando tu alma*.

—Ellos rompieron mis leyes, ya sabes. Tus padres desobedecieron mis órdenes cuan-



do se fugaron. Las líneas de sangre eran demasiado volátiles para ser mezcladas, pero tu madre se comprometió a dejar que te viera después de tu nacimiento. — Maeve ladeó la cabeza, extrañamente similar a la lechuza a sus espaldas. — Parece que en los ocho años después de tu nacimiento, ella siempre estaba demasiado ocupada para defender su promesa.

Si su madre se había roto una promesa. . . si su madre le había impedido ver a Maeve, había sido por un buen motivo. Una razón que le hizo cosquillas en los bordes de la mente de Celaena, un borrón de memoria.

—Pero ahora que estás aquí. —dijo Maeve, que parecía acercarse sin moverse. — Una mujer adulta. Mis ojos a través del mar me han traído esas extrañas historias horribles de ti. Desde tus cicatrices y acero, me pregunto si realmente son verdad. Al igual que el cuento que escuché hace más de un año, de un asesino con ojos Ashryver fue descubierto por el astado Señor del Norte en un carro con destino a...

—*Basta.* — Celaena miró a Rowan, que escuchaba con atención, como si fuera lo primero que oía de ella. Ella no quería que él lo supiera de Endovier, no quería su piedad. — Sé mi propia historia. —Ella dio a Rowan una mirada que le dijo que se metiera en sus asuntos. Él simplemente miró hacia otro lado, aburrido de nuevo. La arrogancia típica inmortal. Celaena enfrentó a Maeve, metiendo sus manos en los bolsillos. —Soy una asesina, sí.

Un resoplido sonó a sus espaldas, pero no se atrevía a apartar los ojos de Maeve.

— ¿Y tus otros talentos?—Las fosas nasales de Maeve se movieron, oliendo. — ¿Qué ha sido de ellos?

—Al igual que todos los demás en mi continente, no he sido capaz de acceder a ellos.

Los ojos de Maeve brillaron, y Celaena sabía, sabía que Maeve podía oler la verdad a medias. —No estás más en tu continente. — Maeve ronroneó.

Corre. Cada instinto rugió con la palabra. Tenía la sensación de que el Ojo de Elena habría sido inútil, pero a ella le hubiera gustado tenerlo de todas maneras. Ojalá la reina muerta estuviera aquí, para el caso. Rowan se encontraba todavía en la puerta, pero si ella era rápida, si ella fuera más lista. . .

Un destello de memoria la cegó, brillante e incontrolable, desatada por el instinto rogándole que huyera. Su madre rara vez se había dejado a hadas entrar en su casa, incluso con su herencia. Unos pocos de confianza se les permitía vivir con ellos, pero cualquier visitante hada había sido monitoreado de cerca, y por la duración de su estancia, Celaena habían sido retirada a las habitaciones privadas de la familia.

Siempre había pensado que era sobreprotector, pero ahora. . .

—Muéstreme— Maeve susurró con una sonrisa de araña. *Corre. Corre.*

Todavía podía sentir la quemadura de la explosión de pólvora azul fuera de ella en ese



reino de los demonios, todavía podía ver la cara de Chaol cuando perdió el control de sí misma. Un movimiento en falso, un mal *respiro*, y ella podría haberlo matado y a Ligerá.

La lechuza crujió sus alas, la madera gimió bajo sus garras, y la oscuridad en los ojos de Maeve se expandió, buscando. Hubo un pulso débil en el aire, un latido en contra de su sangre. Un leve golpe, luego un corte afilado contra su mente, como si Maeve estuviera tratando de abrir su cráneo y mirar dentro. Empujando, poniendo a prueba, probando luchando para mantener su respiración constante, Celaena colocó sus manos a poca distancia de sus hojas mientras empujó contra las garras en su mente. Maeve soltó una carcajada, y la presión en su cabeza cesó.

— Tu madre te escondió de mí durante años, —dijo Maeve. —Ella y tu padre siempre tenían un notable talento para saber cuándo mis ojos te buscaban. Un talento raro la habilidad de invocar y manipular las llamas. Tan pocos existen y que posean más de una brasa de la misma; menos aun los que pueden dominar su salvajismo. Y sin embargo, tu madre quería sofocar tu poder, aunque ella sabía que yo sólo quería que te sometieras a él.

El aliento de Celaena le quemó la garganta. Otro destello de memoria de lecciones que no se trataban sobre iniciar incendios, sino que de cómo apagarlos.

Maeve continuó, — Mira lo bien que resultó para ellos.

La sangre de Celaena se heló. Cada instinto de auto-conservación salió de su cabeza. — ¿Y dónde estabas *tú* hace diez años? —Habló tan baja, de tan hondo en su alma destrozada, que las palabras eran poco más que un gruñido.

Maeveladeó la cabeza ligeramente. —Yo no tomo amablemente que me mientan.

La mueca en el rostro de Celaena vaciló. Cayendo directamente en sus entrañas. La ayuda nunca había llegado a Terrasen de las hadas. Desde Wendlyn. Y todo porque. . . porque. . .

—No tengo más tiempo que perder, — dijo Maeve. —Así que permítanme ser breve: mis ojos me han dicho que tienes preguntas. Preguntas que ningún mortal tiene el derecho de preguntar, acerca de las llaves.

La leyenda decía que Maeve podría estar en comunión con el mundo de los espíritus, ¿Podrían Elena, o Nehemia, dicho algo?

Celaena abrió la boca, pero Maeve levantó una mano. —Te daré las respuestas. Pero tiene que ir a Doranelle para poder recibirlas de mí.

—Por qué no...

Un gruñido de Rowan la interrumpió.

—Debido a que son respuestas que requieren tiempo, — dijo Maeve, y luego añadió con lentitud, como si ella saboreara cada palabra, — y son respuestas que aún no te has ganado.



—Dime qué puedo hacer para ganarlas y yo lo haré. —Idiota. La respuesta de una maldita idiota.

—Una cosa peligrosa para ofrecer sin escuchar el precio.

— ¿Quieres que te enseñe mi magia? Se la mostraré. Pero no aquí, no...

—No tengo ningún interés en ver como lanzas tu magia a mis pies como un saco de grano. Quiero ver lo que *puede* hacer con ella, Aelin Galathynius, quien en la actualidad parece no mucho en absoluto. El estómago de Celaena se tensó ante ese nombre maldito. —Quiero ver en lo que te vas a convertir en las circunstancias adecuadas.

—Yo no...

—No permito a los mortales o mestizos en Doranelle. Para que un mestizo entre en mi reino, debe probarse a sí mismo que tiene talento y es digno. Mistward, esta fortaleza — ella hizo un gesto con la mano para abarcar la habitación — es uno de los varios campos de prueba. Y un lugar donde los que no pasan la prueba pueden pasar sus días.

Bajo el creciente temor, un destello de indignación la recorrió. *Mestizos*, Maeve dijo con tal desdén. — ¿Y qué clase de prueba puedo esperar antes de que me consideran digna?

Maeve hizo un gesto a Rowan, quien no se había movido de la puerta.

—Vendrás a mí una vez que el príncipe Rowan decida que has dominado tus dones. Él te entrenará aquí. Y no debes poner un pie en Doranelle hasta que considere que completas tu formación.

Después de enfrentarse a la mierda que había visto en el castillo de cristal, demonios, brujas, el Rey, entrenar con Rowan, incluso con la magia, parecía más bien decepcionante.

Pero, pero podría llevar semanas. Meses. Años. La niebla familiar de nada se arrastró adentro, amenazando con ahogarla nuevamente. Ella lo empujó hacia atrás lo suficiente como para decir: — Lo que tengo que saber no es algo que pueda *esperar*...

— ¿Usted quiere respuestas sobre las llaves, heredera de Terrasen? Entonces ellas esperarán en Doranelle. El resto depende de ti.

—Con la verdad. — Celaena espetó. — Va a responder a mis preguntas con la verdad acerca de las llaves.

Maeve sonrió, y no fue una cosa de belleza. —No ha olvidado todos nuestros *caminos*, entonces. —Cuando Celaena no reaccionó, Maeve agregó, — *Con la verdad* voy a responder a todas tus preguntas acerca de las llaves.

Podría ser más fácil para alejarse. Ve a buscar a algún otro ser antiguo para saber la verdad. Celaena respiró dentro y fuera, dentro y fuera. Pero Maeve había estado allí, había estado allí en los albores de este mundo durante las guerras Valg. Había *ocupado* las



llaves del Wyrð. Ella sabía cómo eran, cómo se sentían. Tal vez ella incluso sabía dónde las había escondido Brannon, sobre todo la última llave, la sin nombre. Y si Celaena encontrara una manera de robar las llaves de parte del Rey, para acabar con él, para detener a sus ejércitos y liberar a Eyllwe, incluso si podía encontrar *una* sola llave del Wyrð. . .

— ¿Qué clase de entrenamiento?

—El príncipe Rowan explicará los detalles. Por ahora, te acompañará a tu habitación para descansar.

Celaena miró a Maeve directamente en sus ojos mortíferos. — ¿Jura decirme lo que necesito saber?

—Yo no rompo mis promesas. Y tengo la sensación de eres diferente a tu madre, en ese sentido, también.

Perra. *Perra*, ella quería sisear. Pero entonces los ojos de Maeve se posaron en la palma derecha de Celaena. Ella lo sabía todo. A través de cualquier espía o poder o conjeturas, Maeve sabía todo sobre ella y su promesa a Nehemia.

— ¿Para qué?—Preguntó Celaena suavemente, la ira y el miedo arrastrándola hacia un agotamiento inevitable. — ¿Quieres que entrene sólo para que yo pueda hacer un espectáculo de mis talentos?

Maeve pasó un dedo blanco como la luna hacia abajo por la cabeza del búho.

—Me gustaría que te conviertas en lo que naciste para ser. Convertirte en reina



Conviértete en reina.

Las palabras obsesionaron a Celaena esa noche, manteniéndola despierta, a pesar de que ella estaba tan exhausta que podría haber llorado a la de ojos oscuros Silba para que la sacara de su miseria. *Reina.*

La palabra palpitaba la derecha junto con el todavía fresco labio partido que también hacía que dormir fuera muy incómodo.

Podía darle las gracias a Rowan por eso.

Después de la orden de Maeve, Celaena no se había molestado con adioses antes de salir. Rowan sólo había despejado el camino porque Maeve le dirigió una inclinación de cabeza, y él siguió a Celaena a un estrecho pasillo que olía a carne asada y el ajo. Su estómago gruñó, pero probablemente lanzaría sus entrañas en el segundo que tragara algo. Así que ella siguió a Rowan por el pasillo, bajando las escaleras, cada paso alternando entre el control de una voluntad de hierro y la creciente ira.

Izquierda. *Nehemia.*



Derecha. *Hiciste una promesa, y la mantendrás, por los medios que sean necesarios.*

Izquierda. *Entrenamiento. Reina.*

Derecha. *Perra. Manipuladora, sádica perra de sangre fría.*

Delante de ella, los propios pasos de Rowan eran silencios sobre las piedras oscuras del pasillo. Las antorchas no se habían encendido, sin embargo, y en el sombrío interior, ella apenas podía decir que él estaba allí. Pero sabía, sólo porque ella casi podía sentir la ira que irradiaba de él. Bueno. Al menos otra persona no estaba particularmente emocionada con esta ganga.

Entrenamiento. *Entrenamiento.*

Toda su vida había estado entrenando, desde el momento en que nació. Rowan podía entrenarla hasta que tuviera color azul la cara, y con tal de que ella tuviera las respuestas sobre las llaves de Wyrð, ella seguiría el juego. Pero no quería decir que, cuando llegara el momento, no haría nada. Desde luego, no tomar posesión de su trono.

Ella ni siquiera *tenía* un trono, o una corona, o una corte. No los quería. Y ella podría provocar la caída del Rey como Celaena Sardothien, muchas gracias.

Apretó los dedos en puños.

No se encontraron con nadie mientras bajaban una escalera de caracol y comenzaron por otro corredor. ¿Los residentes de esta fortaleza, Mistward, Maeve la habían llamado, sabían quién estaba en ese estudio de arriba? Maeve probablemente los tenía aterrados. Tal vez ella los tenía a todos ellos, *los mestizos*, como los había llamado, esclavizados a través de algún trato u otro. Asqueroso. Era asqueroso, mantenerlos aquí sólo por tener una herencia mixta que no fue culpa suya.

Celaena finalmente abrió su boca.

—Debes ser *muy* importante para Su Majestad Inmortal si ella te puso en servicio de niñera.

—Teniendo en cuenta tu historia, ella no confiaba en nadie más entre sus mejores esfuerzos para mantenerte en línea.

Oh, el Príncipe quería un embrollo. Sea cual sea el autocontrol que había tenido durante su viaje a la fortaleza estaba colgando de un hilo. Bueno.

—Jugar como guerrero en el bosque no parece ser el mayor indicador de talento.

—Luché en campos de muerte mucho antes que tú, tus padres, o que tu tío abuelo siquiera hubiera nacido.

Ella se enfadó, exactamente como él quería.

— ¿Quién va a luchar aquí, excepto aves y bestias?



Silencio. Entonces...

—El mundo es un lugar mucho más grande y más peligroso de lo que imaginas, chica. Considérate bendecida de recibir algún tipo de entrenamiento, para tener la oportunidad de probarte a ti misma.

—He visto un montón de este gran y peligroso mundo, principito.

Una, desabrida carcajada suave.

—Solo espera, *Aelin*.

Otro golpe. Y se dejó caer por ello.

—No me llames así.

—Es tu nombre. Yo no voy a llamarte de otra forma.

Ella dio un paso en su camino, llegando muy cerca de esos caninos demasiado afilados.

—Nadie aquí puede saber quién soy. ¿Entiendes?

Sus ojos verdes brillaban, brillantes como animal en la oscuridad.

—Mi tía me ha dado una tarea más difícil de lo que se da cuenta, creo.

Mi tía. No nuestra tía.

Y entonces ella dijo que una de las cosas más repugnantes que jamás había pronunciado en su vida, bañándose en el puro odio de aquello.

—Hadas como tú me hace entender las acciones del Rey de Adarlan un poco más, creo.

Más rápido de lo que ella podía sentir, más rápido que cualquier otra cosa tenía el derecho de ser, él le dio un puñetazo.

Ella se movió lo suficiente para evitar que su nariz se rompiera, pero recibió el golpe en la boca. Ella golpeó la pared, golpeó su cabeza, y sintió el sabor de la sangre. *Bien*.

Él golpeó de nuevo con esa inmortal velocidad, o lo habría hecho. Pero con una rapidez desconcertantemente igual, detuvo su segundo golpe antes de que se fracturara la mandíbula y gruñó en su rostro, bajo y vicioso.

Su respiración se volvió entrecortada mientras ella ronroneó:

—Hazlo.

Él parecía más interesado en rasgarle su garganta que en hablar, pero él mantuvo la línea que había dibujado.



— ¿Por qué debería darte lo que quieres?

—Eres tan inútil como el resto de tus hermanos.

Él dejó escapar una risa suave y letal que pasó las garras por su temperamento.

—Si estás tan desesperada por comer piedra, adelante: te voy a dejar intentar aterrizar el próximo golpe.

Ella sabía que no debía escuchar. Pero había tal rugido en su sangre que ella ya no podía ver bien, pensar bien, respirar bien. Así que mando las consecuencias al infierno mientras balanceaba.

Celaena golpeó nada más que aire, aire, y luego el pie enganchado detrás de ella en una maniobra eficiente, la envió hacia la pared una vez más. Imposible, él la había hecho tropezar como si ella no fuera más que una novata temblorosa.

Ahora estaba a unos pocos metros de distancia, con los brazos cruzados. Escupió sangre y juró. Él sonrió. Eso fue suficiente para que ella se precipitara a por él de nuevo, para hacerle frente o golpear o estrangularlo, ella no sabía.

Ella captó su movimiento a la izquierda, pero cuando ella se lanzó a la derecha, él se movió con tanta rapidez que a pesar de su vida de entrenamiento, ella se estrelló en un brasero oscurecido detrás de él. El ruido resonó por el pasillo demasiado tranquilo cuando aterrizó de bruces en el suelo de piedra, su dientes resonando.

—Como he dicho, —Rowan se burló de ella, —tienes mucho que aprender. Acerca de todo.

Su labio ya dolorido e hinchado, le dijo exactamente lo que él podía ir a hacerse a sí mismo.

Él se paseó por el pasillo.

—La próxima vez que digas algo como eso, —dijo, sin mirar por encima del hombro. —Voy a tenerte cortando leña por un mes.

Echando humo, odio y vergüenza enrojecían su cara, Celaena se puso de pie. Él la dejó en una habitación muy pequeña, muy fría que parecía poco más que una celda de prisión, dejando que tomara dos pasos antes de decir:

—Denme las armas.

— ¿Por qué? Y no. Como el infierno le daría sus dagas.

En un movimiento rápido, cogió un cubo de agua de junto a la puerta y arrojó su contenido sobre el suelo de la sala antes de tirarlo fuera.

—Deme las armas.

Entrenar con él sería absolutamente maravilloso.



—Dime por qué.

—Yo no tengo que darte explicaciones.

—Entonces vamos a tener otra pelea.

Su tatuaje parecía imposiblemente más oscuro en la sala oscura, la miraba por debajo de un ceño fruncido como si dijera: ¿Llamas a eso una pelea? Pero en cambio, gruñó.

—Al arrancar la madrugada, ganarás tu sustento ayudando en la cocina. A menos que planees asesinar a todos los miembros de la fortaleza, no hay necesidad para que puedas estar armada. O, para estar armada mientras entrenamos. Así que voy a mantener tus dagas hasta que te las hayas ganado de nuevo.

Bueno, eso se sentía familiar.

— ¿La cocina?

Él le enseñó los dientes en una sonrisa maliciosa.

—Todo el mundo saca su peso aquí. Princesas incluidas. Nadie está por encima de un trabajo duro, menos tú.

¿Y no tenía ellas las cicatrices para probarlo? No es que ella le diría eso. Ella no sabía lo que haría si él supiera sobre Endovier y se burlara de ella por eso, o compadecido de ella.

— ¿Así que mi formación incluye ser una criada?

—Parte de ello. — Una vez más, ella podría haber jurado que podía leer las palabras no dichas en sus ojos: *Y voy a saborear cada maldito segundo de tu miseria.*

—Para un viejo cabrón, sin duda no te has molestado en aprender modales en cualquier punto de tu larga existencia. —No importaba que él pareciera estar a finales de la veintena.

— ¿Por qué debería malgastar adulación en un niña que ya está enamorada de sí misma?

—Somos parientes, ya sabes.

—Tenemos tanta sangre en común como lo hago con el chico-cerdo de la fortaleza.

Ella sintió que sus fosas nasales se movieron, y él puso el cubo en su rostro. Ella casi lo golpeó de nuevo, pero decidió que no quería una nariz rota y empezó a desarmarse a sí misma.

Rowan contaba cada arma que ella puso en el cubo como si él ya hubiera sabido cuantas armas ella había estado llevando, incluso las ocultas. Luego se colocó el cubo a su lado y cerró la puerta sin siquiera un adiós.



—Está lista al amanecer.

—Bastardo. Viejo cabrón apestoso. —murmuró, examinando la habitación.

Una cama, un orinal y un lavabo con agua helada. Se había debatido un baño, pero optó por usar el agua para limpiar su boca y atender su labio. Ella se moría de hambre, pero ir a buscar comida involucraba conocer gente. Así que una vez que había reparado su labio lo mejor que pudo con los suministros en su bolso, ella cayó en la cama, su ropa apestando a vagabundos y todo, y se quedó allí durante varias horas.

Había una pequeña ventana sin revestimientos en su habitación. Celaena se dio vuelta en la cama para mirar a través de ella a la mancha de estrellas por encima de los árboles que rodeaban la fortaleza.

Arremetiendo contra Rowan así, diciendo las cosas que ella hizo, tratando de *luchar* con él. . . Ella se había merecido ese golpe. Más que merecido. Si ella estaba siendo sincera consigo misma, ella era apenas pasable como un ser humano en estos días. Ella tocó su labio partido e hizo una mueca.

Ella escudriñó el cielo de la noche hasta que encontró el ciervo, el Señor del Norte. La estrella inmóvil en lo alto de la cabeza del ciervo, la eterna corona, señaló el camino a Terrasen. Le habían dicho que los grandes gobernantes de Terrasen se convirtieron en esas estrellas brillantes por lo que su gente nunca estaría sola, y siempre sabrían el camino a casa. Ella no había puesto un pie allí en diez años. Mientras que él había sido su maestro, Arobynn no la había dejado, y después no se había atrevido.

Ella le había susurrado la verdad ese día en la tumba de Nehemia. Ella había estado escapando durante tanto tiempo que ella no sabía lo que era estar de pie y luchar. Celaena soltó un suspiro y se frotó los ojos.

Lo que Maeve no entendía, lo que ella nunca podría entender, era lo mucho que la pequeña princesa en Terrasen los había condenado hace una década, incluso peor de lo que Maeve lo había hecho. Ella había los condenado a todos ellos y, luego dejó el mundo para quemar hasta cenizas y polvo.

Así Celaena se apartó de las estrellas, situada debajo de la manta raída contra el frío gélido, y cerró los ojos, tratando de soñar con un mundo diferente.

Un mundo en el que ella era nadie en absoluto.





Capítulo 9

*Traducido por Lu Na
Corregido por Diana Gonher*

Manon Blackbeak se paró en un acantilado al lado del río crecido por la nieve, con los ojos cerrados al viento húmedo que chocaba contra su rostro. Pocos sonidos disfrutaba más que los gemidos de los moribundos; el viento era uno de esos.

Sintiendo la brisa en contra, fue lo más cerca que llegó a volar en estos días; salvo en extraños sueños, cuando estaba de nuevo en las nubes, su escoba palo de hierro todavía funcionaba y no era el inútil pedazo de madera actual, tirada en el armario de su habitación donde Blackbeak la guardaba.

Habían pasado diez años desde que experimento la niebla y las nubes, montada en la parte posterior del viento.

Hoy hubiese sido un día de vuelo impresionante, el viento era peligroso. Habría salido disparada por lo alto.

Detrás de ella, Madre Blackbeak seguía hablando con el hombre enorme de la caravana quién se hacía llamar a sí mismo “Duque”. Fue una coincidencia, suponía, que poco después de haber dejado que la sangre empapara el campo de Fenharrow, recibiera el llamado de su abuela y más que una coincidencia, el hecho que ella hubiese estado a no más de 65 kilómetros, justo en la frontera de Adarlan donde iban a reunirse.

Manon estaba de guardia, mientras su abuela, la Gran Bruja del clan Blackbeak, hablaba con el Duque junto al embravecido río Acanthus. El resto de su aquelarre había tomado posiciones en torno al pequeño campamento, doce brujas, casi de la misma edad de Manon. Criadas y entrenadas juntas, igual que Manon. No tenían armas, parecía que el

Duque no sabía lo suficiente como para darse cuenta que las Blackbeaks no necesitaban armas para ser mortales.

No necesitabas un arma cuando se nacía como una, mucho menos si eras una de Las Trece que habían luchado y volado los últimos cien años con Manon. A menudo con solo mencionar el nombre del aquelarre era suficiente para que los enemigos huyeran. Las Trece no tenían reputación por tener misericordia o cometer errores.

Manon observaba a los guardias armados alrededor del campo. La mitad miraba a las brujas de Blackbeak, los demás vigilaban al Duque y a su abuela. Fue un honor que la Gran Bruja eligiera a Las Trece para protegerla, ningún otro aquelarre fue convocado. No era necesario cuando Las Trece estaban presentes.

Manon desvió su atención al guardia más cercano. Su sudor, el débil olor a miedo y el pesado olor a almizcle flotaron hacia ella. Por el aspecto del guardia y su olor, estuvieron viajando durante semanas.

Había dos vagones de prisión. Uno emitía un distintivo y masculino hedor, quizá el remanente de alguna colonia. Uno de los prisioneros era mujer. Ambos olían a maldad.

Según su abuela, Manon nació sin alma. Cruel y desalmada, como todas las Blackbeak deberían ser. Era malvada hasta la médula. Pero la gente en esos vagones y el Duque olían a maldad. Algo diferente, extraño y perturbador.

El guardia próximo se movió nervioso en su lugar. Manon le regaló una sonrisa. Inmediatamente la mano del guardia se cerró sobre la empuñadura de su espada. Porque pudo y porque se estaba aburriendo. Manonladeó la mandíbula, enviando su diente de hierro disparado hacia abajo, el guardia dio un paso atrás, su respiración se aceleró, agudizando el acre olor a miedo.

Por ese cabello blanco como la luna, su piel de alabastro y sus ojos color dorado quemado, muchos hombres desafortunados, le habían dicho que era hermosa igual que una Reina Hada. Pero esos hombres se daban cuenta demasiado tarde que su belleza era solo un arma más de su arsenal nato. Y eso hacía las cosas muy, muy divertidas.

Unos pies crujían en la nieve y en los trozos de hierba muerta, Manon apartó la vista del tembloroso guardia y el rugiente río Acanthus, para encontrarse con su abuela acercándose.

En los diez años desde que la magia había desaparecido, su proceso de envejecimiento se vio afectado. Manon tenía casi un siglo de antigüedad, pero hasta hace diez años, lució como una chica de no más dieciséis, ahora parecía estar en sus veintitantos años. Estaban envejeciendo como los mortales, lo descubrieron con una buena dosis de pánico.

Y su abuela... La majestuosa y voluminosa bata de medianoche de la Madre Blackbeak fluía como el agua en la brisa fresca. El rostro de su abuela se vió estropeado con las primeras arrugas, su cabello ébano se roció de plata. La Gran Bruja de Blackbeak no era simplemente bonita, era atractiva y seductora. Incluso ahora, con los años mortales



cobrando factura en su piel, había algo fascinante en torno a la matrona.

—Nos vamos ahora—dijo Madre Blackbeak, caminando hacia el norte a lo largo del río. Detrás de ellas, los hombres del Duque cerraron filas en torno al campamento. Inteligente para ellos el ser tan cautelosos cuando Las Trece estaban presentes... y aburridas.

Con un movimiento de la barbilla de Manon bastó para que Las Trece se alinearan. Las otras doce centinelas guardaban la distancia necesaria detrás de Manon y su abuela, pisando cuidadosamente sobre la hierba de invierno. Ninguna de ellas había sido capaz de encontrar a una sola Crochan en los meses que estuvieron infiltrados de ciudad en ciudad. Y Manon esperaba encontrar una forma para castigarlas por eso más tarde.

Latigazos y quizá algunos dedos, nada permanente, pero sería público. Ese es el método que su abuela prefería para castigar: no el cómo, sino la humillación.

Sin embargo, los ojos negros salpicados de dorado de su abuela, la herencia de la línea de sangre más pura del clan Blackbeak, estaban fijos en el horizonte, hacia el norte donde están los bosques Oakawld y hacia los imponentes Colmillos Blancos.

Los ojos salpicados de color dorado eran la característica más apreciada en su clan, por alguna razón Manon no se molestó en aprender el por qué y cuándo su abuela vio que sus ojos eran completamente color dorado puro y oscuros. La matrona le había llevado lejos de su hija (cuyo cadáver apenas se estaba enfriando) y la proclamó su heredera indiscutible.

Su abuela siguió caminando. Manon no la presionó para que hablara a menos que quisiera que le arrancara la lengua completamente de su boca.

—Viajamos al norte — dijo su abuela cuando el campamento fue tragado por las colinas. —Quiero que envíes a tres de Las Trece al sur, este y oeste. Buscarán a nuestros parientes y amigos para informarles que nos reuniremos en el Brecha Ferian. Hasta el último Blackbeak. Ninguna bruja o centinela quedará atrás.

Hoy en día no existía diferencia entre las brujas, todas pertenecían a un aquelarre y por lo tanto eran un centinela. Desde la caída del Reino Occidental y a partir que comenzaron a arañar para sobrevivir, cada Blackbeak, Yellowlegs y Blueblood tenían que estar listos para luchar, listos para reclamar sus tierras o morir por su pueblo. La misma Manon no había tenido la oportunidad de poner un pie en el antiguo reino de las brujas, nunca había visto las ruinas o la plana extensión verde que se extendía hacia el mar del Occidente. Ninguna de Las Trece lo había visto, o más bien, todos los vagabundos y exiliados. Gracias a la maldición de la última Reina Crochan que se desangró en el legendario campo de batalla.

La matrona continuó, sin dejar de mirar las montañas.

—Y si algún centinela ve a algún miembro de otros clanes, que le informe también sobre la reunión en la Brecha Sin peleas o provocaciones, solo que difundan el llamado. — El diente de hierro de su abuela brilló con los rayos del crepúsculo. Igual que la



mayoría de las antiguas brujas, las que nacieron en el reino de las brujas y pelaron en la alianza del Diente de hierro para romper el yugo de las reinas Crochan, La Gran bruja del clan Blackbeak llevaba sus dientes de hierro de forma permanentemente y los mostraba. Manon nunca los había visto retraídos.

Manon se tragó sus preguntas. El mortal Brecha Ferian, una tierra poco habitada entre los Colmillos Blancos y la Cordillera Ruhn, y uno de los pocos caminos entre las fértiles tierras del Este y los desechos del Occidente, si a eso se le podía llamar camino.

Había pasado a través de la nieve por el laberinto de cuevas y los barrancos a pie, solo una vez, con Las Trece y otros dos aquelarres, justo después de que la magia se esfumó, cuando casi todos estaban ciegos, sordos y mudos de la agonía cimentándose repentinamente. La mayoría no logró pasar a través de la Brecha de Ferian. Las Trece apenas lograron sobrevivir y Manon estuvo a punto de perder un brazo en una caverna de hielo que se derrumbó. Casi lo pierde, pero lo conservó gracias a la inteligencia de Asterin, la segunda al mando y la fuerza bruta de Sorrel, su tercera. La Brecha de Ferian, Manon no había regresado desde entonces. Durante meses corrieron rumores de que existían cosas más malignas que las brujas que habitaban ahí.

—Baba Yellowlegs está muerta. —Manon giró la cabeza hacia su abuela, quien sonreía débilmente—. Murió en Rifthold. El Duque recibió la noticia, nadie sabe quién fue, o por qué.

— ¿Crochans?

—Tal vez. — La sonrisa de la Madre Blackbeak se propagó, revelando algunos dientes oxidados — El Rey de Adarlan nos invitó a una asamblea en Brecha de Ferian. Dijo que tiene un regalo para nosotras.

Manon consideró lo que sabía sobre el vicioso y mortal Rey que se empeñaba en conquistar el mundo. Su responsabilidad como líder del aquelarre y también como heredera, era mantener a salvo a su abuela, anticipando cada trampa o amenaza potencial.

—Podría ser una trampa. Nos reúne en un solo lugar y luego nos destruye. Podría estar trabajando con las Crochans o con los Bluebloods, ellos siempre han querido...

—Oh, creo que no— Madre Blackbeak ronroneó, sus insondables ojos color ébano se arrugaron. —El Rey nos ha hecho una oferta. Una oferta para todo el Clan Diente de hierro.

Manon esperó, pese a que podría haber destripado a alguien solo para aliviar su miserable impaciencia.

—El Rey necesita jinetes—dijo Madre Blackbeak, sin dejar de mirar al horizonte —Jinetes para sus dragones heráldicos, serán su caballería área. Ha estado criándolos en la Brecha de Ferian todos estos años.

Había pasado un largo y maldito tiempo, pero Manon podía sentir como los hilos del destino se torcían a su alrededor, apretando.



—Y cuando terminemos, cuando le hayamos servido, nos permitirá quedarnos con los dragones. Para tomar a nuestro anfitrión y recuperar nuestras tiernas, despojar a los cerdos mortales que viven ahí.

Una salvaje y feroz emoción perforó el pecho de Manon, como un cuchillo afilado. Siguiendo la mirada de la matrona, observó el horizonte, donde las montañas todavía estaban cubiertas por la nieve de invierno. Volarían de nuevo, volarían a través de las montañas, para cazar a sus presas de la forma en la que habían nacido sobre... bueno, no eran escobas de hierro encantadas pero unos dragones no estarían nada mal.





Capítulo 10

*Traducido por Meeny
Corregido por Sabrina*

Después de un agotador día de entrenar a nuevos reclutas, evadir a Dorian y mantenerse bien alejado de los ojos observadores del Rey, Chaol estaba casi en su habitación, más que listo para dormir cuando se dio cuenta que dos de sus hombres no estaban en sus posiciones afuera del Gran Salón. Los dos hombres restantes se estremecieron cuando él se detuvo en seco.

No era inusual que los guardias ocasionalmente se saltaran un turno. Si alguien estaba enfermo, si tenían alguna tragedia familiar, Chaol siempre encontraba un remplazo. Pero dos guardias *desaparecidos*, sin reemplazo a la vista... —Sera mejor que alguien empiece a hablar— rezongó.

Uno de ellos se aclaró la garganta, un nuevo guardia, quien acababa de finalizar su entrenamiento hacía ya tres meses. El otro era relativamente nuevo, también, razón por la cual él los había asignado a la guardia nocturna fuera del Gran Salón. Pero, él los había puesto bajo la supuesta responsabilidad y vigilancia de los *otros* dos guardias, quienes habían estado allí durante años.

El guardia que se había aclarado la garganta se puso rojo. —Esto..., ellos dijeron... Ah, Capitán, dijeron que nadie se daría cuenta realmente que se habían ido, dado que este es el Gran Salón, y está vacío, y, eh...

—Usa tus palabras —dijo con brusquedad. Iba a *asesinar* a los dos desertores.

—La fiesta del general, señor —dijo el otro—. El General Ashryver pasó por aquí en su camino hacia Rifthold y los invitó a unírseles. Dijo que todo estaría bien con usted, así

que se fueron con él.

Un músculo aleteó en su mandíbula. Por supuesto que Aedion lo hizo.

—Y ustedes dos —Chaol gruñió—, ¿No pensaron que sería útil reportar esto a alguien?

—Con todo el debido respeto, señor —dijo el segundo— nosotros estábamos..., nosotros no queríamos que pensarán que éramos ratoneros. Y este es sólo el Gran Salón...

—Palabras incorrectas —gruñó Chaol—. Ambos tendrán guardia doble durante un mes..., en los jardines. —Donde todavía estaba helando—. Su tiempo de ocio es ahora inexistente. Y si alguna vez pasan por alto reportar que otro guardia ha abandonado su puesto, ambos se van. ¿Entendido?

Cuando obtuvo una confirmación farfullada, fue hacia la puerta principal del castillo. Como el infierno se iría a dormir ahora. Tenía que cazar a dos guardias en Rifthold...y a un general con el cuál intercambiar algunas palabras.



Aedion había rentado una taberna entera. Había hombres en la puerta para mantener fuera a la gentuza, pero una mirada a Chaol, un solo vistazo a la empuñadura en forma de águila de su espada los hizo hacerse a un lado. La taberna estaba atiborrada con varios nobles, algunas mujeres quienes podían ser cortesanas o cortesanos, y hombres..., un montón de borrachos y bulliciosos hombres. Juegos de cartas, dados, cantos subidos de tono a la música realizada por el pequeño quinteto junto al fuego crepitante, grifos de cerveza fluyendo libremente, botellas de espumoso vino... ¿Iba Aedion a pagar por esto con su dinero sangriento, o corría por cuenta del rey?

Chaol divisó a los dos guardias, además de otra media docena de ellos, jugando a las cartas, con mujeres en su regazo, sonriendo como amigos. Hasta que lo vieron.

Todavía estaban humillados cuando Chaol los envió a empacar, de vuelta al castillo, donde trataría con ellos mañana. No podía decidir si merecían perder sus posiciones, dado que Aedion les había mentado, y a él no le gustaba tomar decisiones como esa a menos que lo hubiese consultado con su almohada antes. Así que ahí afuera iban en la noche helada. Y luego Chaol empezó el proceso de cazar al general.

Pero nadie sabía dónde estaba. Primero, alguien envió a Chaol arriba, a una de las habitaciones de la taberna. Donde él efectivamente encontró las dos mujeres con las que, según alguien dijo, Aedion se había escabullido..., pero otro hombre estaba entre ellas. Chaol solo preguntó a dónde había ido el general. Las mujeres dijeron que lo habían visto jugando a los dados en el sótano con algunos enmascarados nobles de alta categoría. Así que Chaol salió disparado hacia allí abajo. Y de hecho, allí estaban los enmascarados nobles de alta categoría. Ellos pretendían ser meros juerguistas, pero Chaol los reconoció de todos modos, incluso aunque no los llamó por sus nombres. Ellos insistieron en que Aedion fue visto por última vez tocando el violín en la habitación principal.



Así que Chaol volvió arriba. Aedion ciertamente no estaba tocando el violín. Ni los tambores, ni el laúd, ni la flauta. De hecho, parecía que Aedion Ashryver ni siquiera estaba en su propia fiesta.

Una cortesana merodeó hacia él para venderle su mercancía, y se habría alejado ante su gruñido si Chaol no le hubiese ofrecido una moneda de plata por información sobre el general. Ella lo había visto irse hace una hora, del brazo de una de sus rivales. Marchándose a un lugar más *privado*, pero no sabía a dónde. Si Aedion ya no estaba aquí, entonces..., Chaol volvería al castillo.

Pero escuchó un poco más de información. El Bane llegaría pronto, decía la gente, y cuando la legión descendiera en la ciudad, planeaban mostrarle a Rifthold un nivel completamente nuevo de libertinaje. Todos los guardias de Chaol estaban invitados, aparentemente.

Era la última cosa que quería o necesitaba, toda una legión de guerreros letales causando estragos en Rifthold y distrayendo a sus hombres. Si eso pasaba, el Rey podría vigilar muy de cerca a Chaol, o preguntar a dónde desaparecía a veces.

Así que necesitaba tener más que sólo palabras con Aedion. Necesitaba encontrar algo que usar contra él, así Aedion aceptaría no dar esas fiestas y juraría mantener al Bane bajo control. Mañana por la noche, él iría a cualquier fiesta que Aedion diera. Y vería qué influencia podía encontrar.





Capítulo 11

*Traducido por Lu Na
Corregido por Constanza*

Congelada y adolorida por tiritar toda la noche, Celaena despertó antes del amanecer en su pequeña y miserable habitación, encontrando una lata de marfil afuera de la puerta. Estaba llena de un ungüento que olía a menta y romero, debajo había una nota escrita con letras apretadas y concisas.

Te lo merecías. Maeve envía sus deseos para una recuperación rápida.

Resoplando ante las palabras que tuvo que haber recibido Rowan y cómo debió haber movido sus influencias para llevarle ese ungüento, Celaena lo untó en sus labios que seguían hinchados. Una mirada frente al espejo moteado sobre la cómoda, reveló que se había visto mejor en otros días. Y que jamás bebería vino o comería ácido de nuevo. O que no estaría más de un día sin bañarse.

Al parecer Rowan estaba de acuerdo, porque había dejado un par de jarras de agua, un poco de jabón, una nueva muda de ropa: calzones blancos, una camisa suelta, un pantaloncillo y una capa gris claro similar a la que había llevado el día anterior. Aunque era simple, la tela era gruesa y de buena calidad.

Celaena se bañó lo mejor que pudo, tiritando con la fría brisa que se filtraba del nublado bosque. La sensación de nostalgia la invadió, echando de menos la gigante bañera del palacio, se secó rápidamente y se deslizó en la ropa, agradeciendo por las capas.

Sus dientes no pararon de castañear. A decir verdad, no había dejado de tiritar en toda la noche. Tener el cabello mojado ahora no ayudaba, incluso después de que se lo había trenzado. Metió sus pies en las botas de cuero que le llegaban hasta las rodillas y se

fajó con la gruesa cinta roja alrededor de la cintura, apretó tan fuerte como pudo sin que perdiera la capacidad para moverse, esperando regalarse un poco de *forma* en su figura, pero...

Celaena frunció el ceño ante el espejo. Había perdido peso, lo suficiente para verse con el rostro tan hueco como se sentía. Incluso su cabello lucía quebradizo y sin brillo. El ungüento había bajado la hinchazón en los labios, pero no el color. Al menos estaba limpia de nuevo. Si se congelaba hasta la médula. Iba demasiado arreglada para sus deberes en la cocina. Suspirando, se desenvolvió la cinta y se quitó el abrigo, arrojándolo sobre la cama. Dioses, sus manos estaban heladas y el anillo se deslizaba en su dedo, corredizo. Sabía que era un error, pero lo miraba de todas formas, la oscura amatista en la luz de la mañana.

¿Qué haría Chaol con todo esto? Ella estaba ahí, después de todo, por su culpa. No solo físicamente, sino ahí, adentro de todo ese agotamiento interminable, con el dolor casi constante en su pecho. No fue su culpa que Nehemia hubiera muerto, no cuando la princesa había orquestado todo. Sin embargo, había ocultado información de ella. Había elegido al *Rey*. A pesar de que él había afirmado que la amaba, aun así sirvió lealmente al monstruo. Tal vez había sido una tonta por dejarlo, por soñar con un mundo en el que pasara por alto el hecho de que era el Capitán del hombre que le había destrozado la vida una y otra vez.

El dolor en su pecho se agudizó impidiéndole respirar. Se quedó allí por un momento, recordando sin más, inundándose en la confusión que cubría su alma, y entonces caminó hacia la puerta con dificultad.



El único beneficio de trabajar en el fregadero era que la cocina estaba cálida. Incluso calurosa. El gran horno de ladrillo y la chimenea ardían, ahuyentando la niebla de la mañana que se deslizó desde los árboles más allá del mirado de las ventanas por encima de los fregaderos de cobre. Solo había dos personas más en la cocina, un anciano encorvado atendiendo las burbujeantes ollas en el fogón y un joven picando cebollas en la mesa de madera que dividía a la cocina en dos, supervisando la habitación rastreando qué olía a pan. Por el Wyrd, estaba hambrienta. Ese pan olía riquísimo y... ¿Qué había en esas ollas?

A pesar de ser irracionalmente temprano, el alegre parloteo del joven resonó a través de las piedras de la escalera y cesó el silencio, ambos hombres dejaron su trabajo cuando Rowan atravesó la cocina a grandes zancadas. El Príncipe Hada la había estado esperando en el pasillo, a brazos cruzados y realmente aburrido. Pero sus brillantes ojos animales se habían entrecerrado ligeramente, como si hubiera esperado que se le pegaran las sábanas y así tener un pretexto para castigarla. Como inmortal, probablemente tendría una paciencia inagotable y mucha creatividad a la hora de idear castigos deprimentes.



Rowan se dirigió al anciano junto a la chimenea, tan quieto que Celaena se preguntó si el príncipe lo habría aprendido o habría nacido con ello.

—Su nueva ayudante de cocina para el turno de la mañana. Después del desayuno, es mía por el resto del día —al parecer, su falta de saludo era personal. Rowan la miró con las cejas arqueadas, y podía ver las palabras en sus ojos con tanta claridad como si las hubiese dicho: *No querías que te reconocieran, así que adelante, princesa; preséntate con el nombre que quieras.*

Al menos la había escuchado la noche anterior.

—Elentiya —dijo con voz ahogada —, mi nombre es Elentiya.

Apretó su estómago. Gracias a los dioses Rowan no se burló del nombre. Podría haberlo destripado, o al menos intentado, si se hubiera burlado del nombre que Nehemia le había dado.

El anciano avanzó cojeando, limpiándose las callosas manos en su escueto delantal blanco. Su ropa de lana color marrón era simple y vieja, en algunos lugares estaba más gastada que en otros; al parecer tenía problemas con su rodilla izquierda, pero su cabello blanco estaba recogido cuidadosamente alrededor de su bronceado rostro. Se inclinó con rigidez.

—Ahora bien, es bueno que haya encontrado ayuda adicional, Príncipe —giró sus ojos castaños hacia Celaena y le echó un absurdo vistazo —. ¿Alguna vez has trabajado en la cocina?

Pese a todas las cosas que había hecho, todos los lugares, personas y cosas que había visto, tuvo que decir que no.

—Bien, espero que seas una aprendiz rápida, y te muevas con facilidad —dijo.

—Haré mi mayor esfuerzo —Aparentemente eso era todo lo que Rowan necesitaba oír para alejarse de ahí; sus pisadas silenciosas y cada suave movimiento se mezclaba con su poder. Viéndolo así sabía que se había contenido la noche anterior cuando le dio el puñetazo. Si hubiera querido, le habría roto la mandíbula.

—Soy Emrys —dijo el viejo.

Avanzó con rapidez hacia el horno, en el camino agarró una larga pala de madera del muro para sacar una barra de pan del horno, sin más preámbulos. Bien. No era tonto o sonriente, ni siquiera soso, nada de eso. Pero sus orejas...

Mestizas. Bastaba con echar un vistazo a su cabello blanco para saber que Emrys tenía ascendencia hada.

—Y este es Luca —dijo, señalando al joven que trabajaba en la mesa. A pesar de que el escurridero de sartenes y ollas que colgaban del techo bloqueaban parcialmente su vista, le dio a Celaena una amplia sonrisa, su mata de rizos rojizos sobresalían por aquí y por allá. Debía de ser más joven que ella, al menos por unos años, no había crecido y sus



hombros no se habían ensanchado. Su ropa tampoco estaba a medida, dado lo corta que le quedaban las mangas —Me temo que compartirán gran parte del trabajo.

—Oh, esto es deprimente —pío Luca, sorbiendo enérgicamente el tufo de la cebolla que estaba picando, —pero te acostumbras, aunque tal vez no sea la realidad que esperabas —Emrys disparó al joven una mirada, y Luca se encogió de hombros —Al menos la compañía es buena.

Quiso expresarle a Luca su aprobación lo mejor que pudo y siguió con lo trazado. Detrás de Luca, una segunda escalera ascendía en espiral y quedaba fuera de su vista, y dos armarios altísimos y deteriorados por el tiempo estaban atiborrados con, bueno, si no veías las grietas, con platos y cubiertos. La mitad superior de una puerta de ventanas de madera estaba abierta, la niebla se arremolinaba alrededor de la barrera de árboles; más allá del pequeño claro se contemplaba el anillo de megalitos⁴ que se alzaban como eternos guardianes.

Sorprendió a Emrys estudiando sus manos y se las tendió, cicatrices y todo.

—Ya están completamente destrozadas, así que no me encontrarás llorando por las uñas rotas.

—¡Madre mía! ¿Qué pasó? —Pero incluso mientras hablaba, podía ver al viejo poniendo las piezas en su lugar, tratando de descifrar el acento de Celaena, observando la hinchazón en su labio y las sombras bajo sus ojos.

—Adarlan le haría esto a una persona —el cuchillo de Luca resonó en la mesa, pero Celaena mantuvo sus vista fija en el anciano —Dame el trabajo que quieras. Cualquier trabajo.

Dejaría que Rowan pensara que era malcriada y egoísta. Lo era, pero quería dolor en sus músculos y ampollas en las manos para caer tan cansada en la cama que no se le ocurriría soñar, pensar, o sentir algo.

Emrys chasqueó la lengua. Había suficiente compasión en los ojos del hombre, que por un instante, Celaena se planteó cortarle la cabeza. Entonces dijo:

—Termina con las cebollas. Luca, cuidado con el pan. Tengo que empezar con el guiso.

Celaena ocupó el lugar que Luca había dejado libre al final de la mesa, pasando por la gigante chimenea mientras lo hacía, una descomunal construcción de piedra antigua, tallada con símbolos y caras extrañas. Incluso los mensajes en el brasero estaban modelados sobre las figuras, y en la repisa de la chimenea, había un conjunto de nueve estatuillas de hierro. Dioses y Diosas.

Celaena apartó la mirada rápidamente de las dos mujeres en el centro, una coronada

4 Un megalito es un monumento prehistórico realizado con uno o varios bloques de piedra, de gran tamaño y sin labrar.



con una estrella, armada con un carcaj y un arco, la otra llevaba un escudo de bronce pulido entre sus manos levantadas. Podría haber jurado que la observaban



El desayuno era una completa locura.

Cuando el alba se filtró por las ventanas con rayos dorados, el caos invadió la cocina, gente entrando y saliendo. No había sirvientes, solo personas curtidas haciendo sus tareas o incluso ayudando porque se les daba la gana. Grandes charolas de huevos, papas y verduras se desvanecieron tan pronto como se colocaron sobre la mesa, o se llevaron por la escalera a lo que suponía era el comedor. Jarras de agua y leche, enviados hacía donde los dioses sabían. Celaena fue presentada a algunas personas, pero la mayoría no echó una sola mirada en su dirección.

Y no era un cambio encantador a las miradas usuales de terror y susurros que la habían marcado por los últimos diez años. Tenía la sensación de que Rowan mantendría la boca cerrada sobre su identidad, solo porque había observado que odiaba hablar con otras personas tanto como ella. En la cocina, cortando verduras y lavando sartenes era absoluta y gloriosamente nadie.

Su cuchillo sin filo era una pesadilla a la hora de cortar setas, cebolletas y una avalancha interminable de papas. Nadie, a excepción de Emrys con sus ojos que todo lo ven, pareció darse cuenta de sus rebanadas perfectas. Alguien recogió todo y lo arrojó en una olla y le dijo que cortara algo más.

Luego, nada. Todo el mundo, salvo sus dos compañeros, desapareció por el piso superior, risueños, gruñendo, el tintineo de los cubiertos resonó en la escalera. Hambrienta, Celaena miró con nostalgia la comida que quedó sobre la mesa de trabajo, encontró a Luca desprevenido, mirándola, igual que ella.

—¡Adelante! —dijo con una sonrisa antes de moverse para ayudar a Emrys a transportar un caldero de hierro macizo hacia el fregadero. Incluso con toda la locura de la última hora, Luca se las arregló para ligar con cada persona que entraba en la cocina, su voz y su risa flotaban sobre el golpeteo de las ollas y los pedidos a gran voz—. Estarás en esos platos por un tiempo, así que recomendaría que comieras ahora.

De hecho, había una *torre* de platos y ollas sobre el fregadero. Solo el caldero le llevaría una eternidad. Así que Celaena se dejó caer en la mesa, se sirvió unos huevos y papas, y una taza con té que se desbordaba y se lo engulló todo.

Aunque la palabra correcta para lo que hizo era “devorar”. Dioses supremos, eso estaba delicioso. En cuestión de segundos, había acabado dos tostadas con huevos y comenzó con las papas fritas. Eran tan absurdamente buenas como los huevos. Dejó el té a un lado con tal de beber la leche más rica que jamás había probado. No es que hubiera bebido leche desde que había tenido a su servicio los exóticos jugos en Rifthold pero...



Levantó la vista del plato para encontrarse a Emrys y Luca con la boca abierta.

—Por todos los dioses —dijo el anciano, moviéndose para sentarse a la mesa—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

¿Comida tan buena como esta? Hace mucho. Y si Rowan regresaba en cualquier momento, no quería estar muriendo de hambre. Necesitaba su fuerza para entrenar. El entrenamiento mágico. Estaba segura de que sería horrible pero lo haría para cumplir su pacto con Maeve y honrar la promesa que le hizo a Nehemia. De repente no sintió mucha hambre y dejó el tenedor.

—Lo siento —dijo

—Oh, come lo que quieras —dijo Emrys—. No hay nada más satisfactorio para un cocinero que ver a alguien que disfrute con su comida —Lo dijo con bastante humor y amabilidad que irritaba.

¿Cómo reaccionarían si supieran las cosas que había hecho? ¿Qué harían si supieran toda la sangre que había derramado, cómo había torturado a Tumba, despedazándolo pieza por pieza, la forma en la que había destripado a Archer en esa alcantarilla? La forma en la que le había fallado a su amiga. Fallado a un montón de gente.

Estaban más tranquilos cuando se sentaron. No hicieron ninguna pregunta, lo cual era perfecto porque no tenía muchas ganas de iniciar una conversación. De todos modos no iba a estar ahí por mucho tiempo. Emrys y Luca se mantenían a sí mismos, platicando sobre el entrenamiento que tuvo Luca con algunos centinelas de las murallas ese día, sobre los pasteles de carne que Emrys haría para el almuerzo, las próximas lluvias de primavera que podrían arruinar el festival Beltane igual que el año pasado. Cosas tan comunes sobre las que hablar, con sus propias preocupaciones. Y era tan fácil para ellos, hacerlo como una familia a su manera.

Sin ser corrompidos por un malvado imperio, tras años de brutalidad, esclavitud y derramamiento de sangre, casi podía divisar a las tres almas alineadas en la cocina: la de ellos brillante y clara, la de ella una llama negra y parpadeante.

No dejes que la luz se apague. Esas habían sido las últimas palabras de Nehemia, aquella noche en los túneles. Celaena había colocado su comida alrededor del plato. No conocía nadie cuya vida no se hubiera visto eclipsada por Adarlan. Apenas recordaba sus breves años antes de que el continente hubiera sido esclavizado, cuando Terrasen había sido libre.

No recordaba cómo era ser libre.

Un profundo bostezo se abrió paso desde sus pies, tan profundo que tenía que pasar para que no se la tragara.

Estaba a punto de empezar a lavar los trastos cuando Luca dijo por debajo de la mesa:

—Así que bien, tienes que ser muy importante o tener muy mala suerte para que Rowan



sea el entrenador que te inicie en Doranelle — *Demonio*, era más como él, pero mantuvo la boca cerrada. Emrys la observaba con prudente interés —. Es eso para lo que estás entrenando, ¿no?

—¿No es por lo que todos están aquí? —Las palabras salieron más aduladoras de lo que esperaba.

Luca dijo:

—Sí, pero tuvieron que pasar años para que aprendiera, dudo que estuviera cualificado.

Años. ¿Años? Maeve sabía que no podía estar aquí tanto tiempo. Miró a Emrys.

—¿Cuánto tiempo has estado entrenando?

El anciano soltó un bufido.

—Oh, tenía unos quince años cuando llegué y trabajé para ellos durante aproximadamente... diez años, nunca fui lo suficientemente digno. Demasiado ordinario. Entonces decidí que prefería tener un hogar y mi propia comida que tener que bajar la mirada en Doranelle por el resto de mis días. No me dolió que mi compañero se sintiera de la misma forma. Lo conocerás pronto. Siempre aparece para robar comida para él y sus hombres —Rio entre dientes y Luca sonrió.

Compañero, no esposo. Las hadas tenían compañeros: un vínculo inquebrantable, más profundo que el matrimonio, incluso más allá de la muerte.

—Así que, ¿Todos son mestizos? —preguntó Celaena

Luca se puso tenso, pero finalmente esbozó una sonrisa.

—Solo las hadas de sangre pura nos llaman así. Preferimos semi-hada. Pero sí, la mayoría nacimos de madres mortales, con padres que ignoraban que nos habían engendrado. Los talentosos normalmente eran arrebatados y llevados a Doranelle, pero los humanos no se sentían cómodos con nosotros, los de *común* descendencia, así que... henos aquí, llegamos a Mistward. O a los puestos fronterizos. La mayoría solo viven aquí para convivir con los de su propia especie, pocos obtienen el permiso para ir a Doranelle —Los ojos de Luca observaron con detenimiento sus orejas—. Luces más humana que Hada.

—Porque no soy media-hada —no quiso entrar en detalles sobre eso.

—¿Puedes transformarte? —preguntó Luca. Emrys le lanzó una mirada de advertencia.

—¿Tú puedes? —le preguntó

—Oh, no. Ninguno de nosotros puede. Si lo hiciéramos, probablemente estaríamos en Doranelle junto con la descendencia de “talentosos” que a Maeve le gusta coleccionar.

—Cuidado, Luca —gruñó Emrys.

—Maeve no lo niega, entonces ¿Por qué yo habría de hacerlo? Eso es lo que también



Bas y los otros dicen. En fin, de cualquier forma aquí hay algunos centinelas que pueden transformarse, como Malakai, la pareja de Emrys. Y están aquí porque quieren.

No se sorprendió en absoluto de que a Maeve le interesaran aquellos que poseían el talento, o en su defecto que dejará fuera a todos los que fueran inútiles.

—¿Y alguno de ustedes tiene dones?

—¿Te refieres a la magia? —Dijo Luca arqueando su boca hacia un lado—. Oh, no, ninguno de nosotros tuvo una pizca de ello. Siempre escuché que en su continente tenían más magos que los que estudiaron aquí y con más diversidad. Oye, ¿Es cierto que todo se ha acabado por allá?

Ella asintió con la cabeza. Luca dejó escapar un silbido. Abrió la boca para preguntar algo más pero Celaena no estaba con el mejor de los ánimos para hablar sobre ello, por lo que ella dijo:

—¿Hay alguien en esta fortaleza que tenga magia?

Tal vez ellos pudieran decirle qué podía esperar de Rowan y Maeve. Luca se encogió de hombros.

—Algunos. Pero solo tienen un toque de cosas aburridas, como hacer crecer las plantas o encontrar agua o pronosticar lluvias. No es lo que necesitamos aquí.

Entonces, no serían de mucha ayuda con el asunto de Rowan o Maeve. Maravilloso.

—Pero —siguió Luca con la plática—ninguno tiene alguna habilidad interesante o rara. Como cambiarse a la forma que ellos quieran o controlar el fuego —apretó su estómago al escuchar eso—, o la visión oracular. *Tuvimos* una mujer que deambulaba con magia en bruto, sin pulir, hace dos años, estuvo una semana aquí antes de que Maeve la llamara a Doranelle y nunca volvimos a saber nada de ella. Una pena, ella también era bonita. Pero por aquí todo es lo mismo, personas con poderes patéticos que seguro serían útiles para los agricultores, nada más.

Emrys chasqueó la lengua.

—Deberías estar orándole a los dioses para que no nos golpeen con un rayo por hablar de esa manera —Luca gimió, rodando sus ojos, pero Emrys continuó con el regaño, señalando a los jóvenes con su taza de té—. Estos poderes fueron un regalo para nosotros hace un largo tiempo atrás, talentos que necesitábamos para sobrevivir, y que se transmitían de generación en generación. Es lógico que con el paso del tiempo, esos poderes se hayan debilitado y que estuvieran relacionados con los elementos.

Celaena miró hacia las figuritas de hierro en la repisa de la chimenea. Contempló mencionar que algunos creían que los dioses se habían criado con los seres humanos antiguos y le habían regalado su magia de esa forma, pero... eso implicaría hablar más de lo necesario. Inclínó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué sabe acerca de Rowan? ¿Cuántos años tiene? —Entre más aprendiera, mejor.



Emrys rodeó sus arrugadas manos alrededor de su taza de té.

—Él es uno de las pocas hadas que vemos deambular por Mistward, para de vez en cuando y levanta informes para Maeve, pero es leal a sí mismo. Nunca se queda a pasar la noche. De vez en cuando, viene con otros como él, son seis que están al servicio de la Reina como líderes guerra, o espías, ya verás. Nunca hablan de nosotros y todos escuchamos rumores acerca de dónde van y qué hacen. Pero yo conozco a Rowan desde que... desde la primera vez que vine aquí. No es que lo conozca, claro está. A veces se ha ido por años, fuera del servicio a Su Majestad. No creo que nadie sepa cuántos años tiene. Cuando tenía quince años, las personas de mayor edad que vivían aquí, decían que lo conocían desde que eran unos chiquillos. Así que yo diría que es demasiado viejo.

—Y es como una víbora —murmuró Luca.

Emrys le dirigió una mirada de advertencia.

—Deberías pensar más sobre esa lengua —miró hacia la puerta, como si Rowan estuviera escondido allí. Cuando su mirada se posó de nuevo en Celaena, fue precavido—. Debería admitir que es probable que estés metida en un buen problema.

—Lo que quiere decir es que es un asesino a sangre fría y un sádico —añadió Luca—. Dicen que es el peor de los guerreros personales de Maeve.

Bien, eso tampoco fue una sorpresa. Pero había cinco más como él y eso era un hecho desagradable.

—Puedo manejarlo —dijo en voz baja.

—No se nos permite aprender el antiguo idioma hasta que entremos a Doranelle —dijo Luca—, pero he escuchado que su tatuaje es una lista de toda la gente a la que ha masacrado.

—¡Cállate! —dijo Emrys.

—No es como si actuara como tal —Luca le frunció el ceño de nuevo a Celaena—. Tal vez deberías considerar si Doranelle vale la pena ¿sabes? No es tan malo vivir aquí.

—Lo puedo manejar —repitió.

Había tenido suficiente interacción. Maeve no podía intentar retenerla aquí por años. Si cabía la posibilidad de que eso sucediera, Celaena se iría. Y encontraría otra forma para detener al rey.

Luca abrió su boca pero Emrys lo hizo callar de nuevo, su mirada se detuvo en las manos llenas de cicatrices de Celaena.

—Déjala seguir su camino.

Luca comenzó a charlar sobre el tiempo y Celaena se dirigió hacia la montaña de platos. Mientras lavaba, siguió un ritmo, igual que lo había hecho mientras limpiaba sus



armas a bordo de esa nave.

Los sonidos apagados de la cocina cayeron en espiral y la envolvieron, teniendo ese horrible sentimiento de nuevo: no podía recordar lo que era ser libre.





Capítulo 12

Traducido por Meeny

Corregido por Lu Na

El Clan Blackbeak fue el último en reunirse completamente en la Brecha Ferian.

Como resultado de eso, obtuvieron el sitio más pequeño y alejado en el laberinto de pasillos tallados en la Omega, la última de las Montañas Ruhnn y la más septentrional de los picos hermanos que flanqueaban el paso azotado por la nieve.

Cruzando la brecha estaba el Colmillo del Norte el pico final de los Colmillos Blancos, que estaba actualmente ocupado por los hombres del Rey... enormes brutos, quienes aún no sabían qué hacer con las brujas que los habían acechado desde todas partes.

Habían estado aquí durante un día y Manon todavía no había vislumbrado ninguna señal de los dragones heráldicos que el rey había prometido. Había oído de ellos, a pesar de que se alojaban a través del paso en el Colmillo del Norte. Sin importar cuán profundamente te internaras en los pasillos de piedra de la Omega, los chillidos y rugidos vibraban en la piedra, el aire pulsaba con el retumbo de alas de cuero, y los pisos silbaban con el roce de garras en la roca.

Habían pasado quinientos años desde que los tres Clanes se habían reunido. Había habido alrededor de veinte mil de ellas en el mismo lugar. Ahora sólo quedaban tres mil, y eso era un cálculo generoso. Eso era todo lo que quedaba del que fuera alguna vez un poderoso reino.

De todas formas, los pasillos de la Omega eran un lugar peligroso. Ya había hecho pedazos a Asterin y a una perra Yellowlegs quien no había aprendido todavía que las centinelas Blackbeak, especialmente las miembros de Las Trece, no se tomaban a la ligera ser llamadas de corazón blando.

Hubo sangre azul salpicada en sus caras, y aunque Manon estaba más que complacida de ver que Asterin, la hermosa y descarada Asterin, había recibido la mayor parte del daño, todavía había tenido que castigar a su Segunda.

Tres golpes no bloqueados. Uno en la barriga, así Asterin podría sentir su propia ineficacia; uno en las costillas, así reconsideraría sus acciones cada vez que respirara; y uno en la cara, para que su nariz rota le recordara que el castigo habría podido ser mucho peor.

Asterin los había recibido todos sin gritar, quejarse o suplicar, justo al igual que cualquiera de Las Trece habría hecho.

Y esta mañana, su Segunda, con la nariz hinchada y magullada en el puente, le había dado a Manon una sonrisa fiera durante el miserable desayuno de avena cocida. Si hubiese sido otra bruja, Manon la habría arrastrado por el cuello a la habitación frontal y la habría hecho arrepentirse por su insolencia, pero Asterin....

A pesar de que Asterin era su prima, no era una amiga. Manon no tenía amigas. Ninguna de las brujas, especialmente Las Trece, tenían amigas. Pero Asterin le había cuidado la espalda durante una centuria, y su sonrisa era una señal de que podría poner una daga en la espina de Manon la próxima vez que estuvieran metidas hasta las rodillas en batalla.

No, Asterin sólo estaba lo suficientemente loca para llevar la nariz rota como una insignia de honor, y amaría su nariz torcida por el resto de su no-tan-inmortal vida.

La heredera Yellowlegs, una bruja alcista arrogante llamada Iskra, apenas le había dado a su centinela infractora una advertencia de mantener su boca cerrada y la envió a la enfermería en el vientre de la montaña. Tonta.

Todas las líderes de aquelarres estaban bajo órdenes de mantener a sus centinelas a raya, para eliminar las peleas entre Clanes. O bien, las tres Matronas caerían sobre ellas como un martillo. Sin castigo, sin Iskra siendo un ejemplo para ella, la bruja infractora se mantendría en lo mismo hasta que fuese colgada de los dedos de los pies por la nueva Bruja Mayor del Clan Yellowlegs.

Habían celebrado un fingido servicio fúnebre la noche anterior para Baba Yellowlegs en el cavernoso comedor, encendiendo las viejas velas en lugar de las negras tradicionales, usando cualquier capucha que pudieron encontrar, y revisando las Palabras Sagradas a la Diosa de las Tres Caras⁵, como si estuvieran leyendo una receta.

Manon no había conocido nunca a Baba Yellowlegs, y no le importaba particularmente que hubiese muerto. Estaba más interesada en saber quién la había matado y por qué.

5 La Diosa de las Tres caras es la representación triple que tiene La Diosa, este aspecto triple de la Diosa es altamente manejado por la mayoría de las culturas matriarcales, y en este libro, sale representado bajo tres aspectos o caras: Doncella, Madre y Bruja. En otros casos sale como Doncella o joven, como Madre y como Anciana, representado las tres etapas de la vida, y las tres fases de la luna, creciente, llena y menguante.



Todas ellas lo estaban, y estas eran las preguntas intercambiadas entre las esperadas palabras de pérdida y luto. Asterin y Vesta habían iniciado la conversación, como solían hacer, charlaban con las otras brujas mientras Manon escuchaba de cerca. Sin embargo, nadie sabía nada. Ni siquiera sus dos Sombras, ocultas en los oscuros recovecos del comedor, como habían sido entrenadas, habían oído nada.

Era la falta de conocimiento lo que hacía que sus hombros se pusieran rígidos mientras Manon caminaba hacia el vestíbulo en donde las Matronas y todas las líderes de los Aquelarres estaban reunidas, las brujas Blackbeak y Yellowlegs haciéndose a un lado para darle paso.

Le molestaba que el no saber nada pudiese resultar útil, que pudiera darle a Las Trece o las Blackbeaks una ventaja. Por supuesto, las Bluebloods no estaban por ningún lado. Las apartadas brujas habían llegado primero y reclamado las habitaciones más altas en la Omega, diciendo que necesitaban de la brisa de la montaña para terminar sus rituales cada día.

Fanáticas religiosas con sus narices al viento, era como siempre las llamaba Madre Blackbeak. Pero había sido su alocada devoción a la Diosa de las Tres Caras y su visión del Reino de las Brujas bajo la regla de las Diente de hierro lo que había reunido a los Clanes hace quinientos años, incluso si habían sido las centinelas Blackbeak quienes habían ganado las batallas por ellas.

Manon trataba su cuerpo como si fuera cualquier otra arma: lo mantenía limpio, afilado y listo en cualquier momento para defender y destruir. Pero incluso su entrenamiento no le impidió quedarse sin aliento cuando llegó al atrio junto al puente negro que conectaba la Omega con el Colmillo del Norte. Odiaba la extensión de piedra sin siquiera haberla tocado. Se olía maldad.

Olía como esos dos prisioneros que había visto con el duque. De hecho, todo ese lugar olía igual. La esencia no era natural, no pertenecía a este mundo.

Alrededor de cincuenta brujas, las más altas líderes de los aquelarres en cada Clan, estaban reunidas en el hoyo gigante a un lado de la montaña. Manon divisó a su abuela inmediatamente, parada en la entrada del puente con lo que tenía que ser las Matronas Blueblood y Yellowlegs.

La nueva Matrona Yellowlegs era supuestamente alguna media hermana de Baba y ciertamente se asemejaba: acurrucada en una bata marrón, con tobillos de azafrán asomándose, cabello blanco trenzado hacia atrás para revelar una cara arrugada y cruel, manchada por la edad. Por regla, todas las Yellowlegs llevaban los dientes de hierro y uñas expuestas permanentemente, y la nueva Bruja Suprema brillaba en la apagada luz matutina.

No era sorprendente que la Matrona Blueblood fuera alta y esbelta, más sacerdotisa que guerrera. Vestía la toga azul oscura tradicional y una banda de estrellas de hierro rodeaba su frente. Mientras Manon se acercaba a la multitud, pudo ver que las estrellas eran púas. Nada sorprendente, tampoco.



La leyenda dice que la Diosa de las Tres Caras le habían obsequiado a todas las brujas dientes de hierro y uñas, para mantenerlas ancladas a este mundo cuando la magia amenazó con alejarlas. La corona de hierro, supuestamente, era una prueba de que la magia en la línea Blueblood corría tan fuerte que su líder necesitaba más, más hierro y dolor, para mantenerla atada a este territorio.

Disparates. Especialmente cuando la magia había desaparecido durante estos últimos diez años. Pero Manon había oído rumores de los rituales que hacían las Blueblood en sus bosques y cuevas, rituales en los que el dolor era la puerta de entrada a la magia para abrir sus sentidos. Oráculos, místicos, fanáticos.

Manon caminó majestuosa a través de las filas de las líderes reunidas del aquelarre Blackbeak. Eran las más numerosas, veinte líderes de aquelarre, sobre las que Manon gobernaba con sus Trece. Cada líder puso dos dedos en su frente en señal de respeto. Las ignoró y tomó un lugar al frente de la multitud, donde su abuela le dio una mirada de reconocimiento.

Un honor, que cualquier Bruja Suprema te reconociera de forma personal. Manon inclinó su cabeza, presionando dos dedos en su frente. Obediencia, disciplina, y brutalidad eran las palabras más apreciadas en el Clan Blackbeak. Todo lo demás era extinguido sin pensarlo dos veces.

Todavía tenía su barbilla alta y las manos detrás de su espalda, cuando vio a las otras dos herederas observándola.

La heredera de Blueblood, Petrah, permanecía más cerca de las Brujas Supremas, con su grupo en el centro de la multitud. Manon se puso rígida, pero le sostuvo la mirada.

Su pecosa piel era tan pálida como la de Manon, y su cabello trenzado era tan dorado como el de Asterin, un color profundo cobrizo que captaba la luz gris. Era hermosa, como muchas de ellas, pero seria. Por encima de sus ojos azules, una banda de cuero gastado descansaba en su frente en lugar de la corona de estrellas de hierro. No había forma de saber cuántos años tenía, pero no podía ser mucho mayor que Manon si lucía de esta manera después de que la magia desapareció. No había agresión, pero tampoco sonreía. Las sonrisas eran raras entre las brujas, a menos que estuvieran cazando, o en un campo de muerte.

La heredera Yellowlegs, sin embargo... Iskra estaba sonriéndole a Manon, llena de un desafío que Manon se encontró anhelando cumplir. Iskra no se había olvidado de la pelea de ayer entre sus centinelas en el pasillo. En todo caso, por la mirada en los ojos marrones de Iskra, parecía que la pelea había sido una invitación. Manon se encontró a sí misma preguntándose en cuántos problemas se metería por rajarle la garganta a la heredera Yellowlegs. Eso pondría fin a las peleas entre sus centinelas.

También pondría fin a su vida, si el ataque era no provocado. La justicia de las Brujas era veloz. Las batallas por dominancia podían terminar en la pérdida de la vida, pero la demanda tenía que ser hecha por adelantado. Sin una provocación formal por parte de Iskra, las manos de Manon estaban atadas.



— ¿Ahora que estamos reunidas— dijo la Matrona Blueblood, Cresseida, llamando la atención de Manon—, debemos mostrarles para lo que nos han traído aquí?

Madre Blackbeak hizo un gesto con la mano hacia el puente, su túnica negra ondeando en el viento helado.

— Caminemos hacia el cielo, brujas.



Cruzar el puente negro fue más horroroso de lo que Manon quería admitir. Primero, estaba la miserable piedra que vibraba bajo sus pies, emitiendo ese tufo que nadie más parecía notar. Luego estaba el chirriante viento, que las golpeaba en esta y aquella dirección, intentando empujarlas por sobre la barandilla tallada.

Ni siquiera podía ver el piso de la Brecha. La niebla envolvía todo por debajo del puente, una niebla que no se había desvanecido en el día que habían estado aquí, o los días que habían escalado la Brecha. Era, suponía ella, algún truco de los reyes. Contemplarla sólo la llevaba a más preguntas, ninguna de las cuales ella se preocupaba en exponer, o sobre las que realmente se preocupaba mucho.

Para cuando llegaron al atrio cavernoso del Colmillo del Norte, las orejas de Manon estaban heladas y su rostro estaba agrietado. Ella había recorrido grandes altitudes, en todos los tipos de clima, pero no durante largo tiempo. No sin unas entrañas de carne fresca dentro de ella, manteniéndola caliente.

Limpió su moqueante nariz en el hombro de su capa roja. Había visto a las otras líderes de aquelarres mirando el material color carmín, como siempre lo hacían, con anhelo, desprecio y envidia. Iskra le había lanzado la más larga mirada de desprecio. Sería agradable, malditamente agradable, romperle la cara a la heredera Yellowlegs, algún día.

Llegaron a la enorme boca en la parte alta del Colmillo del Norte. Aquí la piedra estaba marcada y agujereada, salpicadas con vaya la Diosa de las Tres Caras a saber qué. Por el fuerte olor que desprendía, era sangre. Sangre humana.

Cinco hombres, todos luciendo como si hubiesen sido tallados de la misma piedra marcada, saludaron a las tres matronas con asentimientos adustos. Manon se puso a caminar detrás de su abuela, un ojo puesto en los hombres, el otro en su entorno. Las otras dos herederas hicieron lo mismo. Al menos concordaban en eso.

Como herederas, su principal deber era proteger a sus Brujas Supremas, incluso si eso significa sacrificarse a sí mismas. Manon miró a la Matrona Yellowlegs, quien se mantenía tan orgullosa como los dos Ancianas mientras caminaban hacia las sombras de la montaña. Pero Manon no quitó la mano de su espada, Wind Cleaver, ni un segundo.

Los gritos, aleteos y sonidos metálicos eran mucho más fuertes aquí.



—Aquí es donde los criamos y entrenamos hasta que puedan hacer el Cruce a la Omega— decía uno de los hombres, haciendo un gesto hacia las muchas bocas de cuevas por las que pasaban mientras caminaban por el pasillo cavernoso—. Los criaderos están en el vientre de la montaña, un nivel por encima de las fraguas de la armería, para mantener los huevos calientes, ya ves. Las guaridas están un nivel por encima de ese. Los mantenemos separados por género y tipo. Mantenemos a los machos en sus propios corrales a menos que queramos procrearlos. Matan a cualquiera que esté en sus jaulas. Lo aprendimos a la mala. —Los hombres se echaron a reír, pero las brujas no lo hicieron. Él pasó a los diferentes tipos... los machos eran los mejores, pero una hembra podía ser igual de feroz y dos veces más inteligentes. Las más pequeñas eran buenas para el sigilo y habían sido creados para verse totalmente negras contra el cielo nocturno, o azul pálido para que armonizaran en las patrullas diurnas.

No les preocupaban mucho los colores del dragón heráldico promedio, dado que querían que sus enemigos cayeran muertos de terror, afirmó el hombre.

Descendieron por peldaños tallados en la piedra misma, y si el tufo a sangre y desechos no abrumaba cada sentido, entonces el estruendo de los dragones heráldicos, un crepitar, chirriar y resonar de alas y piel contra la roca, casi ahogaba las palabras del hombre. Pero Manon permaneció enfocada en la posición de su abuela, en las posiciones de quienes la rodeaban. Y supo que Asterin, un paso detrás de ella, estaba haciendo lo mismo por ella.

Él las llevó hacia una plataforma de observación en una enorme caverna. El suelo hundido estaba por lo menos cuarenta pies por debajo, un extremo de la cámara totalmente abierto de cara al acantilado, el otro sellado con una rejilla de hierro..., no, una puerta.

—Este es uno de los fosos de entrenamiento —explicó el hombre—. Es fácil ordenar a los asesinos natos, pero descubrimos que muchos de ellos muestran sus enterezas en los fosos. Después de ustedes... damas— dijo, intentando ocultar su mueca ante la palabra—, aunque vigilados, estarán aquí, peleando.

— ¿Y cuándo elegiremos nuestras monturas? —dijo Madre Blackbeak, inmovilizándolo con la mirada.

El hombre tragó.

—Entrenamos a una camada de los más tranquilos para enseñarles a ustedes lo básico.

Iskra gruñó. Manon podría haber gruñido ante el insulto implícito, pero la Matrona Blueblood habló.

—No aprendes a montar subiéndote a un caballo de guerra, ¿verdad?

El hombre casi se cayó de alivio.

—Una vez que se sientan cómodas con el vuelo...



—Nosotras nacimos en la espalda del viento —dijo una de las líderes de aquelarre en la parte trasera. Algunas gruñeron en aprobación. Manon permaneció en silencio, al igual que las líderes de su aquelarre Blackbeak. Obediencia. Disciplina. Brutalidad. No se rebajaban a fanfarroneos.

El hombre se movió nerviosamente y mantuvo su concentración en Cresseida, como si ella fuera la única segura en la habitación, aún con su corona de estrellas de púas. Idiota. Manon a veces pensaba que las Bluebloods eran las más letales de todas ellas.

—Tan pronto estén listas — dijo —, podemos comenzar el proceso de selección. Tomen sus propias monturas, y comiencen el entrenamiento.

Manon se arriesgó a apartar los ojos de su abuela para estudiar el foso. Había cadenas gigantes ancladas en una de las paredes, y enormes manchones de sangre oscura manchaban las piedras, como si una de estas bestias hubiese sido empujada contra ellas. Una gigante grieta en forma de telaraña desde el centro. Lo que sea que golpeó la pared había sido arrojado con fuerza.

— ¿Para qué son las cadenas?— Manon se encontró a sí misma preguntando. Su abuela le dio una mirada de advertencia, pero Manon se enfocó en el hombre. Como era de esperar, sus ojos se abrieron ante su belleza, luego se quedaron de par en par al contemplar la muerte acechante debajo de esta.

—Las cadenas son para los animales cebo —dijo—. Son los dragones heráldicos que utilizamos para mostrarle a los demás cómo luchar, cómo convertir su agresión en un arma. Tenemos órdenes de no sacrificar a ninguno de ellos, ni siquiera a los enanos y arruinados, así que pusimos a los débiles a buen uso.

Al igual que las peleas de perros. Ella miró nuevamente a la mancha y la grieta en la pared. Las bestias cebo probablemente habían sido arrojadas por una de las más grandes. Y si los dragones heráldicos podían lanzarse unos a otros de esa manera, entonces el daño a los humanos... Su pecho se estrujó con ilusión, especialmente cuando el hombre dijo: “¿Quieren ver a un macho?”

Hubo un trémolo de uñas de hierro cuando Cresseida hizo un gesto elegante para continuar. El hombre dejó escapar un agudo silbido. Ninguno de ellos habló mientras unas cadenas se sacudieron, un látigo restalló, y la puerta de hierro al foso gimió mientras se elevaba. Y luego, anunciado por hombres con látigos y lanzas, el dragón heráldico apareció.

Hubo una respiración profunda colectiva, incluso de parte de Manon.

—Titus es uno de nuestros mejores — dijo el hombre, con orgullo brillando en su voz.

Manon no podía despegar sus ojos de la hermosa bestia: su moteado cuerpo gris cubierto en una piel coriácea; sus masivas piernas negras, armadas con garras tan grandes como su antebrazo; y sus enormes alas, con una uña en la punta y usadas para impulsarlo hacia adelante, como un conjunto frontal de extremidades.



La cabeza triangular giraba hacia aquí y allá, y sus goteantes fauces revelaron amarillos colmillos curvos.

—Cola armada con una púa venenosa — dijo el hombre mientras el dragón emergía completamente de la fosa, gruñéndole a los hombres allí abajo con él. Las reverberaciones del gruñido hicieron eco a través de la piedra, en sus botas y sus piernas, directo hasta la cáscara de su corazón.

Una cadena estaba sujeta alrededor de su pata trasera, sin duda para evitar que volara fuera del foso. La cola, tan larga como su cuerpo y con dos púas curvas en las puntas, se movía rápidamente de un lado al otro como la de un gato.

—Pueden volar cientos de kilómetros en un día y aun así estar listos para pelear cuando llegan —dijo el hombre, y todas las brujas susurraron en un suspiro. Ese tipo de velocidad y resistencia...

— ¿Qué comen? —preguntó Petrah, su rostro pecoso permanecía calmado y adusto.

El hombro se frotó la nuca.

—Comerán cualquier cosa. Pero les gusta fresca.

—También a nosotras —dijo Iskra con una amplia sonrisa. Si lo hubiese dicho cualquier otra que no fuese la heredera Yellowlegs, Manon se hubiese unido a las otras sonrisas a su alrededor.

Titus dio un repentino azote, arremetiendo contra el hombre más cercano mientras usaba su magnífica cola para romper las lanzas levantadas detrás de él. Un látigo restalló, pero fue demasiado tarde.

Sangre, gritos y huesos crujiendo. Las piernas y cabeza del hombre cayeron al suelo. El torso fue tragado en un solo bocado. El olor a sangre llenaba el aire, y cada una de las brujas Dientes de Hierro inhalaron profundamente. El hombre frente a ellas dio un paso lejos casual.

El macho en el foso estaba ahora mirándolas, con la cola aun apuñalando contra el suelo.

La magia se había ido, y esto todavía era posible, la creación de estas bestias magníficas. La magia se había ido, y todavía Manon sentía la seguridad del momento asentarse a través de sus huesos. Nació para estar allí. Tendría a Titus o a ninguno.

Porque ella no soportaría que ninguna criatura fuese su montura sino la más feroz, aquella cuya negrura evocara a la suya propia. Cuando sus ojos se encontraron con la interminable oscuridad de los de Titus, le sonrió al dragón heráldico.

Ella podría haber jurado que él le devolvió la sonrisa.





Capítulo 13

Traducido por Lu Na
Corregido por Melody

Celaena no se dió cuenta de lo cansada que estaba hasta que todos los sonidos, el suave canto de Emrys desde la mesa, el ruido sordo de la masa mientras era amasada, el sonido de corte del cuchillo de Luca y su incesante parloteo sobre todo y nada, terminó. Sabía con lo que se encontraría al subir las escaleras. Sus manos estaban arrugadas, sus dedos adoloridos, y la espalda y el cuello palpitaba, pero... Rowan estaba apoyado en el arco de la escalera, a brazos cruzados y con esa violenta seña en sus ojos sin vida.

— ¡Vámonos!

Aunque sus rasgos permanecieron fríos, tuvo la clara impresión de que él estaba algo molesto porque no estaba malhumorada en un rincón, lamentando el estado de sus uñas. Al salir, Luca dibujó un dedo alrededor de su cuello y articuló *buena suerte*.

Rowan la condujo a través de un pequeño patio, donde centinelas trataron de fingir que no estaban vigilando todos sus movimientos, y se internaron en el bosque. La sala de magia estaba tejida entre el anillo de megalitos, de nuevo mordisqueó su piel a medida que pasaban, y las náuseas la invadieron por completo. Sin el calor constante de la cocina, se estaba medio congelado al tiempo que caminaban entre los árboles de musgo recubiertos, pero incluso eso era sólo un parpadeo de un sentimiento vago.

Rowan caminó hasta una cresta rocosa hacia lo más alto del bosque, desapareciendo con la niebla.

Apenas hizo una pausa para disfrutar las vistas colina abajo, la llanura ante ellos, todo verde, fresco y seguro de Adarlan. Rowan no pronunció una sola palabra hasta que lle-

garon a lo que parecían ser restos de un templo manchado por el paso del tiempo.

Ahora no era más que una cama plana de bloques de piedras y columnas cuyas tallas habían sido atrofiadas por el viento y la lluvia. A su izquierda permanecía Wendlyn, colinas, llanuras y paz. A su derecha se levantaba el muro de las montañas Cambrian, bloqueando cualquier vista de las tierras inmortales más allá.

Detrás de ella, muy abajo, pudo distinguir la fortaleza que serpenteaba a lo largo de la columna vertebral de la montaña.

Rowan cruzó las piedras rotas, su cabello plateado maltratado por el viento fresco y húmedo. Ella mantuvo sus brazos sueltos a los costados, más por reflejo que nada. Iba armado hasta los dientes, su cara era una máscara de brutalidad implacable.

Se obligó a regalarle una pequeña sonrisa, en el mejor intento de obediencia, una expresión impaciente.

— Haz lo que quieras.

La miró de pies a cabeza: la camisa húmeda con la niebla, ahora helada contra su arrugada piel, los pantalones manchados y húmedos, la posición de sus pies...

—Déjate de hipocresías y quita la sonrisa de tu rostro.

Su voz estaba tan muerta como sus ojos, pero tenía un increíble y afilado toque mordaz detrás.

Mantuvo su hipócrita y falsa sonrisa.

— No sé de lo que estás hablando.

Dio un paso hacia ella, sus colmillos destacaron al tiempo que decía

— Esta es tu primera lección, niña: cortar la mierda. Yo no tengo ganas de lidiar con ella, y yo soy probablemente el único al que le importa un carajo lo enojada, viciosa y terrible que eres por debajo.

— No creo que quieras ver todo lo enojada, viciosa y terrible que soy por debajo.

— Sigue adelante, vamos, se tan desagradable como quieras, Princesa, porque he estado diez veces más desagradable, por diez veces más de lo que has vivido.

No lo dejó escapar, no, porque él no entendía realmente nada de lo que se escondía bajo su piel, se pasó las garras por sus entrañas, pero detuvo cualquier intento para poder controlar sus facciones.

Sus labios se retiraron de sus dientes.

— Mejor, ahora transfórmate.

Ella no se molestó en hacerlo sonar agradable cuando dijo,— No es algo que pueda



controlar.

— Si hubiera querido excusas, habría preguntado por ellas. *Transfórmate*.

No sabía cómo. De niña no podía dominarlo y lo cierto era que no había habido ninguna oportunidad de aprender en la última década.

— Espero que hayas traído bocadillos, porque vamos a estar mucho, mucho tiempo si la lección de hoy depende de mí transformación.

— Vas a hacer que *realmente* me guste entrenarte. —Tenía la impresión de que podría haber cambiado *entrenarte por comerte viva*.

— He participado en una docena de versiones de entrenamiento maestro-discípulo, así que ¿Por qué no cortamos esa mierda también?

Su sonrisa se volvió más tranquila, más letal.

— Cierra tu inteligente boca y transformate.

Una ráfaga de estremecimiento pasó sobre ella, una lanza de relámpago en el abismo— *No*

Y luego atacó.

Ella había contemplado sus golpes durante toda la mañana, la forma en la que se movió, la rapidez y los ángulos. Logró esquivar el primer golpe, dejando a un lado del puño, mechones de su pelo rompiéndose al viento.

Incluso se retorció lo suficientemente lejos como para evitar la segunda abatida. Pero era tan condenadamente rápido que apenas podía registrar los movimientos o bloquearlos, o anticiparse al tercer golpe. No a la cara, sino a sus piernas como lo había hecho la noche anterior.

Un movimiento de su pie y ya estaba cayendo, giró para recuperarse, pero no lo suficientemente rápido como para evitar un ruido sordo en la frente contra una roca pulida por el clima. Se dio la vuelta, surgían nubarrones, trató de recordar cómo respirar ya que el impacto hizo eco a través de su cráneo. Rowan se abalanzó con una fluidez, y sus muslos se clavaron en sus costillas mientras la sentó a horcajadas. Sin aliento, la cabeza dándole vuelta y sus músculos drenados después de una mañana en las cocinas y semanas casi sin comer, no podía girar y tirar de él, no podía hacer nada. Se vió compenasadada al retirar sus músculo y por primera vez en la vida se dio cuenta de que alguien la superaba completamente.

— *Transfórmate* — dijo entre dientes.

Se echó a reír hacia él, un sonido de muerte horrible, incluso a sus propios oídos. — Buen intento—Dioses. Su cabeza palpitaba, un cálido hilo de sangre goteaba desde el lado derecho de su frente y ahora él estaba *sentado* en su pecho. Rió de nuevo, estrangulada por su peso. — ¿Piensas que me puedes engañar para transformarme haciéndome



me enojar?

Él gruñó, su cara manchada con las estrellas flotando en su visión. Cada parpadeo disparó dagas de dolor a través de ella. Probablemente sería el peor moretón de su vida.

— He aquí una idea: Soy rica como el infierno — dijo golpeando su cabeza — ¿Qué tal si pretendemos hacer este entrenamiento por una semana o algo así, y tu le cuentas a Maeve que estoy bien y lista para entrar en su territorio, y yo te daré... dioses, todo el maldito oro que quieras?

Llevó sus colmillos tan cerca de su cuello que con un solo movimiento podría desgarrarle la garganta.

— He aquí una idea — gruñó— No sé que demonios has estado haciendo por diez años, con excepción de balancearte por todas parte y llamarte *asesina*. Pero creo que estás acostumbrada a salirte con la tuya. Creo que no tienes control sobre ti. Sin control, sin disciplina, no del tipo esencial, en el fondo. Eres una niña, y una de esas mimadas. Y — dijo, con esos ojos verdes sosteniendo más que disgusto — una cobarde.

Si sus brazos no hubieran estado inmovilizados, entonces habría desgarrado el lado derecho de su cara. Luchó, intentando cada técnica que había aprendido para deshacerse de él, pero no se movió ni un centímetro.

Por lo bajo, una desagradable risa.

— ¿No te gusta esa palabra? — Se acercó aún más, aquél tatuaje nado fuera en su confusa visión — *Cobarde*. Eres una cobarde que ha huído durante diez años, mientras personas inocentes fueron quemadas y descuartizadas y...

Ella dejó de escucharlo.

Solo, se detuvo.

Era como estar bajo el agua otra vez. Igual que la recarga en el cuarto de Nehemia y la búsqueda del hermoso cuerpo mutilado en la cama. Como ver a Galan Ashryver, querido y valiente, cabalgando hacia la puesta de sol a los vítores de su pueblo.

Se quedó inmóvil, mirando las nubes agitadas arriba. Esperando a que terminara las palabras que ella no podía oír, a la espera de un golpe que estaba bastante segura que no sentiría.

— Levántate — dijo de repente, y el mundo era brillante y amplio mientras se levantaba — *levántate*.

Levántate. Chaol le había dicho eso una vez, cuando el dolor, el miedo y el pesar la habían empujado al borde. Pero ella se había acercado al borde cuando Nehemia había muerto, la noche que Archer la había destripado, el día que le había dicho a Chaol la horrible verdad... Chaol la había ayudado a llegar a ese borde. Sentía que aún seguía cayendo. No pudo levantarse porque no había fondo.



Poderosas, unas manos asperas debajo de sus hombros, el mundo giro inclinado y luego esa tatuada cara gruñéndole en la suya. Dejó que tomara su cabeza entre sus manos enorme para romperle el cuello.

— ¡Patética! — Escupió, soltándola — ¡Débil y patética!

Por Nehemia, tenía que intentarlo, tenía que *tratar*...

Pero cuando llegó a su interior, hacia el lugar en su pecho donde el monstruo habitaba, encontró solo telarañas y cenizas.



La cabeza de Celaena aún seguía tambaleándose, y la sangre seca ahora le picaba por el lado de su cara. No se molestó en limpiarlo, o en preocuparse realmente por el moretón que había aparecido durante los kilómetros que había de excursión a las ruinas del templo y las estribaciones boscosas.

Pero no regresaban a Mistward.

Se balanceaba sobre sus pies cuando Rowan sacó una espada y una daga, y se detuvo en el borde de una meseta cubierta de hierba, salpicada de pequeñas colinas. No colinas, montículos. Las antiguas tumbas de los señores y príncipes muertos hace tiempo, rodeaban la otra orilla. Había docenas, cada una marcada con un umbral de piedra y una sellada puerta de hierro. A pesar de su turba visión, y el fuerte dolor de cabeza, el pelo en la parte de atrás de su cuello se erizó.

Los montículos de hierba parecían... respirar. Para dormir. Había puertas de hierro para mantener a los espíritus en el interior, encerrados con el tesoro que habían robado. Se infiltraron en los túmulos y acechaban allí desde hacía muchos años, alimentándose de los tontos inconscientes que se atrevían a buscar oro en su interior.

Rowan inclinó la cabeza hacia los montículos.

— Había planeado esperar hasta que pudieras manejar tu poder, planeaba hacerte venir en la noche, cuando los montículos son realmente dignos de ser contemplados, pero considera esto un favor, ya que hay pocos que se atrevan a salir en el día. Camina a través de los montículos, frente a los espíritus y llega al otro lado del campo, Aelin y podemos ir a Doranelle cuando lo desees.

Era una trampa. Lo conocía lo suficientemente bien. Tenía el don de tener tiempo de sobra, y podía jugar cosas que duraran siglos. Su impaciencia, su mortalidad, el hecho de que con cada latido se acercaba a la muerte, estaban siendo utilizados en su contra. Para hacer frente a los espíritus... las armas de Rowan brillaban, lo suficientemente cerca para tomarlas. Él encogió sus poderosos hombros y dijo:

— Puedes esperar a tener tus armas de vuelta, o entrar a cómo estás ahora.



El destello de ello la sacó al tiempo exacto como para decir — Mis manos son armas suficientes.

Solo le obsequió una sonrisa burlona y se acercó al laberinto de túmulos.

Lo siguió de cerca, intentando estar alrededor de él en cada montículo, sabiendo que si se quedaba demasiado atrás, la dejaría por venganza.

La respiración estable y los bostezos de las cosas despertando surgieron más allá de las puertas de hierro. *Ellos* sin adorno, atornillados en los dinteles de piedra con pinchos y clavos que eran tan viejos que probablemente procedieran del mismo Wendlyn.

Sus pasos crujieron en la hierba. Incluso los pájaros e insectos no producían un sonido estridente aquí. Los montículos se abrieron para revelar un círculo interno de hierba muerta alrededor del túmulo que estaba más destrozado. Donde los otros fueron acorralados, éste parecía como si algún dios antiguo hubiese entrado en él. Su cima aplanada había sido invadida por las raíces nudosas de arbustos, las tres piedras enormes del umbral fueron golpeadas, manchadas y torcidas. La puerta de hierro se había ido.

Solo había oscuridad dentro. Eterno, respirando oscuridad.

Su corazón latía con fuerza en sus oídos cuando la oscuridad la alcanzó.

— Te dejaré aquí— dijo Rowan.

No había puesto un pie dentro del círculo, sus botas estaban a apenas un centímetro de la hierba muerta. Su sonrisa se volvió salvaje. — Te veré en el otro lado del campo.

Esperó que se largara como una libere asustada. Ella quería. Dioses, este lugar, ese maldito túmulo a solo un centenar de metros de distancia, le daban ganas de correr y correr y no parar hasta encontrar un lugar donde el sol brillara de día y de noche. Pero si hacía eso, entonces podría ir a Doranelle mañana. Y esos espíritus esperando en la otra mitad del campo... ellos no podían ser peor de lo que había visto, y luchó, y se encontró que habitaba en el mundo y dentro de sí misma.

Inclinó la cabeza hacia Rowan, y caminó hacia el campo muerto.





Capítulo 14

*Traducido por Vanety
Corregido por Diana Gonher*

Cada paso hacia el montículo central tuvo la sangre de Celanea rugiendo. La oscuridad entre las antiguas piedras manchadas creció, girando. Hacía más frío, también. Un Frío seco.

Celaena no pararía, no con Rowan mirando todavía y mucho menos cuando tenía tanto que hacer. No se atrevía a mirar demasiado tiempo hacia la puerta abierta y a la criatura acechando más allá. Una pizca persistente de orgullo, estúpido, orgullo mortal, le impidió atornillar a través del resto del campo.

Correr. Recordó, solo atrajo algunos depredadores.

Así que mantuvo sus pasos lentos y llamó a cada pedazo de entrenamiento que tuvo, incluso cuando el espíritu se escabulló más cerca del umbral, no era más que una ola de hambre voraz envuelta en trapos. Sin embargo, el espíritu permaneció dentro del montículo, incluso cuando Celaena se acercó lo suficiente como para arrastrarlo a la tumba, como si estuviera... dudando. Estaba justo pasando la tumba cuando un pulso, un poco de aire rancio chocó contra sus oídos.

Tal vez correr era una buena idea. Si la magia era la única arma contra el espíritu, entonces sus manos serían inútiles. Aun así, el espíritu se quedó más allá del umbral.

El extraño aire muerto llegó a sus oídos de nuevo, un zumbido agudo moviéndose dentro de su cabeza. Se apresuró, con la hierba crujiendo, mientras reunía todos los detalles que pudiera usar contra cualquier asaltante que pudiera acecharla. Las copas de los árboles se mecían con la brisa de niebla en el otro extremo del campo.

No muy lejos. Celanea pasó el montículo central, apretando su mandíbula contra el zumbido de los oídos, era peor a cada paso que daba.

Incluso el espíritu se encogió, no había estado dudando por Celaena, o Rowan.

El círculo de hierba muerta terminó a unos pasos de distancia, solo a algunos y entonces ella podría correr de lo que sea que pudiera hacer temblar al espíritu de miedo.

Fue cuando lo vio. Al hombre de pie detrás de la tumba. No un espíritu. Lo que vislumbró era solo un destello de piel pálida, pelo oscuro como la noche, con una belleza incomparable y un collar de ónix alrededor de su grueso cuello, era la Oscuridad.

Una ola de oscuridad la golpeó, fue como si le hubieran envuelto en una manta a los dos. El suelo se sentía cubierto de hierba, pero no podía verlo. No podía ver nada. No más allá, tampoco a los lados y muchos menos atrás. Eran sólo ella y la oscuridad.

Celanea se agachó, maldiciendo mientras escudriñaba en la oscuridad. Fuera lo que fuese, a pesar de su forma, no era mortal. En su perfección, con esos ojos sin brillo, no había nada humano.

La sangre le hizo cosquillas en el labio superior, *hemorragia nasal*. El golpeteo en sus orejas empezó a ahogar sus pensamientos, no se le ocurría ningún plan, como si su cuerpo fuera repelido por la esencia de lo que fuera esa cosa. La oscuridad se mantuvo, sin fin.

Para. Respira. Pero alguien estaba respirando detrás de ella. ¿Era la criatura disfrazada de humano, o algo más?

La respiración era fuerte, cercana. Un escalofrío le rozó la nariz, los labios, lamiendo a lo largo de su piel. *Correr*, correr era más inteligente que esperar.

Tomo varios pasos delimitados que deberían haberla llevado hacia el borde del campo. Nada. Solo interminable oscuridad acompañada de la criatura que escuchaba respirar y que estaba ahora estaba más cerca, oliendo a polvo y carroña y otro olor, algo que no había olido en la vida pero que ahora tampoco podría olvidar, no cuando ese olor había estado recubriendo la habitación como si fuera pintura.

Oh, Dios.

Celanea siente un aliento en su cuello, serpenteando hacia su oreja. Se dio la vuelta, dibujando lo que muy bien podría ser su último aliento, y el mundo brilló. No con nubes y hierba muerta, no con un Príncipe hada esperando cerca. La habitación...

Esta habitación...

La criada estaba gritando. Gritando como una tetera. Todavía quedaban charcos justo dentro de la ventana cerrada, ventana que la misma Celaena había sellado la noche anterior, cuando habían estado aleteando en la tormenta rápida y repentina.

Celanea había pensado que la cama estaba mojada por la lluvia. Había subido porque



la tormenta la hizo escuchar cosas horribles, como si hubiera algo malo. Como si hubiera alguien parado en la esquina de su habitación. No fue la lluvia empapando la cama en la elegante habitación de la casa de campo.

No era lluvia lo que se había secado en ella. En sus manos y piel y camisón. Y ese olor, no solo sangre, algo más...

— Esto no es real — dijo Celaena en voz alta, alejándose de la cama en la que estaba de pie como un fantasma. — Esto no es real.

Pero ahí estaban sus padres, tendidos en la cama, con sus gargantas rebanadas de oreja a oreja.

Allí estaba su padre, de hombros anchos y guapo, con su piel ya gris. También estaba su madre, con su cabello dorado manchado de sangre y su cara... su cara... Sacrificados como animales. Las heridas eran tan vulgares, tan grandes y profundas. Sus padres se veían tan... tan... Celaena vomitó. Cayó de rodillas, con su vejiga aflojándose justo antes de vomitar por segunda vez.

— Esto no es real, esto no es real. — jadeo cuando sintió un calor húmedo empapando sus pantalones. No podía respirar, no podía respirar, no podía...

Y entonces empujo sus pies fuera de esa habitación, hacia la madera, muros de paneles, a través de ellos como si fuera un fantasma, hasta que...

Apareció en otra habitación, y se encontró con otro cuerpo.

Nehemia. Mutilada, desperdigada, violada y rota.

La criatura acechando detrás de ella deslizo una mano por su cintura, a lo largo de su abdomen, tirando de ella contra su pecho con la dulzura de un amante. El pánico surgió, tan fuerte que cuando empujo el codo hacia atrás y arriba, golpeando lo que parecía carne y hueso, siseo, soltándola. Eso era todo lo que necesitaba. Corrió, pisando a través de la ilusión de la sangre y los órganos de su amiga, y entonces... Luz acuosa y hierba muerta y un guerrero de cabellos plateados fuertemente armado fue hacia dónde ella corrió, sin importar el vómito en su ropa, sus pantalones sucios, los jadeos y el grito ruidoso saliendo de su garganta.

Corrió hasta que lo alcanzo y cayó en la hierba verde, agarrándolo, con arcadas aunque no quedaba nada dentro de ella, excepto un goteo de bilis. Ella estaba gritando, llorando o sin hacer ningún ruido en absoluto.

Entonces sitio el cambio y el aumento, una buena apertura debajo de su estómago, llenándolo con fuego, fuego implacable.

No. No.

La agonía la atravesó en un latido, su visión saltaba entre la claridad del cristal y la vista silenciada de los mortales, sus dientes doloridos como la perforación y la retracción de los



colmillos, flujo y reflujo, inmortal y mortal, mortal e inmortal, cambiando tan rápido como un aleteo, con cada cambio, el pozo era más profundo, que la pólvora que subía y bajaba, y de un colibrí llegando arriba, arriba...

Entonces realmente gritó, debido a su garganta quemada, o tal vez era la magia saliendo, por fin desatada.

Magia...

Celanea despertó bajo el dosel del bosque. Todavía era de día, y seguía con la suciedad en la camisa, los pantalones y las botas, parecía que Rowan la había arrastrado hasta aquí desde las tumbas.

Tenía vomito en sus pantalones y camiseta. Y luego había... Ella se orino encima. Su cara se calentó, pero aparto los pensamientos acerca de porque se cabreó con ella misma, ¿Por qué no había tenido agallas? Y ese último pensamiento, acerca de la magia...

— Ciertamente, no tienes disciplina, control, y valor — dijo una voz gruñendo.

Con su cabeza palpitando, encontró a Rowan sentado en una roca, con sus musculosos brazos apoyados en las rodillas. Con una daga que sostenía con su mano izquierda, como si él hubiera estado lanzando ociosamente la maldita cosa en el aire mientras ella yacía en su propia suciedad.

—Has fallado—dijo rotundamente. — Lo hiciste al otro lado del campo, pero yo dije que enfrentarás a los espíritus, no que soltaras un mágico berrinche.

—Te mataré —dijo ella, con la garganta en carne viva y jadeando — ¿Cómo te...?

—Eso no era un espíritu, Princesa — Rowan movió su atención a los arboles de más allá.

Ella podría haber rugido sobre la utilización de datos concretos para evitar su negocio para traerla a Doranelle, pero cuando él la miro de nuevo, parecía decir; Esa cosa no debería haber estado allí. *Entonces, ¿qué demonios era eso, estúpido hijo de puta?* Replicó ella silenciosamente.

Rowan apretó su mandíbula antes de contestar.

—No lo sé. Hemos tenido caza de Skinwalkers por semanas, paseando desde las colinas en busca de pieles humanas, pero esto... eso era algo diferente. Nunca he encontrado algo así, no en estas tierras o en otras. Gracias por tener que arrastrarte lejos, no creo que vaya a prender volver pronto — dio una mirada mordaz a su estado actual — Se había ido cuando rodee de nuevo. Dime que paso. Solo veía oscuridad, y cuando saliste, estabas... diferente.

Celanea se atrevió a mirarse de nuevo. Su piel era blanco hueso, como si el pequeño color que recibió acostada en esos tejados en Varese se hubieran ido, y no solo por el miedo y la enfermedad.



—No— dijo ella— Y tú puedes irte al infierno.

—Otras vidas pueden depender de ello.

—Quiero volver a la fortaleza— suspiró. Por ahora no quería saber más acerca de las criaturas o acerca de Skinwalkers. Cada palabra era un esfuerzo — Ahora mismo.

—Terminas cuando yo diga que has terminado— contesto Rowan.

—Puedes matarme, torturarme o tirarme por un acantilado, pero yo he terminado por hoy. En la oscuridad, he visto cosas que nadie debería ser capaz de ver. Me arrastro a través de mis recuerdos, y no de los buenos. ¿Es eso suficiente para ti?

Rowan murmuró algo, pero se puso de pie y empezó a caminar. Celaena se tambaleo y tropezó. Con las rodillas temblando, se mantuvo en movimiento después de él, hasta el final en los pasillos de Mistward, donde ladeo su cuerpo para que ninguno de los centinelas o trabajadores que pasaban pudieran ver su pantalón sucio o el vómito. No escondía su cara, sin embargo mantuvo su atención en el Príncipe, hasta que abrió una puerta de madera y una pared de vapor la golpeó.

—Estos son los baños de mujeres. Tu habitación está en el nivel de arriba. Ve a la cocina mañana por la madrugada. — y entonces la dejó de nuevo.

Celanea camino hacia la cámara humeante, sin importarle quien estaba allí, mientras ella se quitaba su ropa, colapso en una de las bañeras de piedra, y no se movió por mucho tiempo.





Capítulo 15

*Traducido por Andrea
Corregido por Constanza*

Chaol no estaba del todo sorprendido que su padre estuviese veinte minutos tarde para su encuentro. No se sorprendió cuando su padre entró dando grandes zancadas dentro de la oficina de Chaol, se deslizó en la silla opuesta a su escritorio, y no ofreció ninguna explicación por su tardanza. Con calculado frío y disgusto, él inspeccionó la oficina: sin ventanas, las alfombras desgastadas, un tronco abierto de armas desechadas que Chaol nunca había encontrado el tiempo de pulir o enviar para que las reparasen.

Por lo menos estaba organizado. Los pocos papeles en su escritorio estaban apilados; sus plumas de cristal estaban en sus propios titulares; su montón de armaduras, que raramente tenía ocasión de utilizar, brillaba desde su maniquí en la esquina. Su padre dijo al final:

—¿Es esto lo que nuestro noble Rey da al Capitán de su Guardia?

Chaol se encogió, y su padre estudió el pesado escritorio de roble. Un escritorio que había heredado de su predecesor, y uno que él y Celaena habían...

Cerró el recuerdo antes de que pudiera hervir su sangre, y en lugar sonrió a su padre.

—Había una oficina más grande disponible en la adición de cristal, pero quería ser accesible para mis hombres —Esa era la verdad. Tampoco había querido estar en ningún lugar cerca del ala administrativa del castillo, compartiendo pasillo con cortesanos y concejales.

—Decisión sabia —Su padre se apoyó en la vieja silla de madera—. Los instintos de un líder.

Chaol se fijó en él con una larga mirada.

—Debo devolver a Anielle contigo, estoy sorprendido de que hayas gastado tu aliento en adulación.

—¿Eso es todo? Desde lo que he visto no has estado haciendo ningún movimiento para preparar esta tan llamada devuelta. Ni siquiera has estado viendo por un reemplazo.

—A pesar de tu lenta opinión de mi posición, es una que tomo seriamente. No voy a tener a nadie cuidando de este palacio.

—Ni siquiera le has dicho a Su Majestad que te vas —esa placentera, muerta sonrisa apareció en el rostro de su padre. —Cuando pedí para irme la semana siguiente, el Rey no hizo mención de ti acompañándome. En lugar de conseguir problemas, chico, decidí callarme.

Chaol mantuvo su rostro blando, neutral.

—De nuevo, no me estoy yendo hasta que encuentre un propio reemplazo. Ese es por qué te pregunté para encontrarnos. Necesito tiempo —eso era verdad —Parcialmente, por lo menos.

Al igual como lo había hecho las últimas noches, Chaol había caído en otra de las fiestas de Aedion, otra taberna, aún más costosa, aún más llena. Aedion no estaba ahí de nuevo. De alguna manera *todos* pensaron que el general estaba ahí, e incluso la cortesana que estuvo con él la primera noche dijo que el general le había dado una moneda de oro, sin utilizar sus servicios, y salió para encontrar más vino espumoso.

Chaol se quedó de pie en la esquina de la calle donde la cortesana le dijo que lo dejó, pero no encontró nada. Y no era fascinante que nadie realmente pareciera saber cuándo llegaría el Bane, o dónde estaban realmente, solo que ellos estaban en camino. Chaol estaba demasiado ocupado durante el día para localizar a Aedion, y durante los almuerzos y encuentros variados del Rey, confrontar al general era imposible. Pero esta noche planeaba llegar a la fiesta lo suficiente temprano que él vería si Aedion siquiera se mostraba y donde se escabullía. Lo más temprano que pudiera conseguir algo de Aedion, lo más temprano que pudiera resolver todo este sin sentido y cuidar al rey de mirar demasiado lejos en su dirección antes que entregara su renuncia.

Solo había llamado a ese encuentro porque un pensamiento lo tenía despierto a medianoche, un ligeramente loco, altamente peligroso plan que probablemente lo asesinaran antes de aun haber realizado nada. Había hojeado todos esos libros que Celaena había encontrado sobre magia, y no encontró nada en lo absoluto sobre cómo podría ayudar a Dorian, y a Celaena, para liberarlos. Pero Celaena le había dicho una vez que el grupo rebelde de Archer y Nehemia habían afirmado dos cosas: una, que sabían dónde estaba Aelin Galathynius; y dos, que estaban cerca de encontrar una manera de romper el poder misterioso poder del Rey sobre el continente de Adarlan. El primero era mentira, por supuesto, pero si había la más leve oportunidad de que estos rebeldes supieran como liberar la magia... él tenía que tomarla. Estaba ya saliendo para arrastrar a Aedion, y vio



todas las notas de Celaena sobre los guardias rebeldes, entonces tenía una idea de donde podrían encontrarse. Esto tendría que ser tratado con cuidado, y todavía necesitaba tanto tiempo como pudiera comprar.

La sonrisa descolorida muerta de su padre, y de verdadero acero, afilada por décadas de gobernar Anielle, brilló alrededor.

—Se rumorea que te consideras a ti mismo un hombre de honor. Aunque me pregunto qué tipo de hombre eres realmente, si no honras tus negocios. Me pregunto... —su padre hizo un buen show mordiendo su labio inferior. —Me pregunto cuál era tu motivo, entonces, en enviar a tu mujer a Wendlyn —Chaol luchó contra el impulso de ponerse rígido. —Para el noble Capitán Westfall, no habría duda de que él verdaderamente quería que el Campeón de Su Majestad debería despachar a nuestros enemigos extranjeros. Sin embargo, el juramento quebrado, de un mentiroso...

—No estoy rompiendo mi voto contigo —dijo Chaol, queriendo que cada palabra tuviera significado. —Tengo la intención de ir a Anielle, lo juro por cualquier templo, ante cualquier dios. Pero solo cuando haya encontrado reemplazo.

—Lo juraste hace un mes —gruñó su padre.

—Vas a tenerme por el resto de mi maldita vida. ¿Qué es un mes o dos más para ti?

Las ventanas de la nariz de su padre llamearon. ¿Qué propósito, entonces, tenía su padre queriéndolo de vuelta tan rápido? Chaol estaba por preguntar, con ganas de hacer sufrir a su padre un poco, cuando un papel aterrizó sobre su escritorio.

Habían sido años, años y años, pero todavía recordaba la letra de su madre, todavía recordaba la elegante manera en la que dibujaba su nombre.

—¿Qué es esto?

—Tú madre te envió una carta. Supongo que ella está expresando su alegría ante tu anticipado regreso —Chaol no tocó el sobre— ¿No vas a leerlo?

—No tengo nada que decirle, y no me interesa lo que tenga que decirme —mintió Chaol. Otra trampa, otra manera de enervarlo. Pero tenía mucho que hacer aquí, muchas cosas que aprender y descubrir. Sería honrar su voto suficientemente pronto.

Su padre arrebató la carta de vuelta, metiéndola dentro de su túnica.

—Estará muy triste de escuchar eso —Y él sabía que su padre, consciente de la mentira de Chaol, le diría a su madre exactamente lo que dijo. Por un latido del corazón, su sangre rugió en sus oídos, la forma en la que siempre hacía cuando había sido testigo de su padre menospreciando a su madre, reprendiéndola, ignorándola.

Él tomó una respiración sostenida.

—Cuatro meses, entonces me iré. Establece la fecha y estará hecho.



—Dos meses.

—Tres.

Una leve sonrisa.

—Podría ir con el Rey justo ahora y preguntar por tu despido en lugar de esperar tres meses.

Chaol cerró su mandíbula.

—Nombra tu precio, entonces.

—Oh, no hay precio. Pero piensa que me gusta la idea de ti debiéndome un favor —Esa sonrisa muerta regresó. —Me gusta muchísimo la idea. Dos meses, chico.

Ninguno de los dos se molestó en decir adiós.



Sorscha fue llamada a las cámaras del Príncipe Heredero, mientras se preparaba para elaborar un tónico que calmara a una chica de la cocina con exceso de trabajo. Y aunque intentó no parecer demasiado impaciente y patética, encontró una manera de muy, muy rápidamente encomendar la tarea a aprendices de más bajo nivel y hacer el viaje a la torre del Príncipe.

Ella nunca había estado aquí, pero sabía dónde estaba, todos los curanderos lo sabía, por si acaso. Los guardias le permitieron pasar con apenas una cabezada, y para el momento en que ascendió la escalera de espiral, la puerta a sus cámaras estaba ya abierta.

Un desastre. Sus habitaciones eran un desastre de libros y papeles y armas desechadas. Y ahí, sentado en una mesa con apenas un pie de espacio despejado para él, estaba Dorian, más bien avergonzado, ya sea por el desastre o su labio partido.

Logró doblarse, aun cuando ese calo traicionero la inundó otra vez, arriba de su cuello y alrededor de su cara.

—¿Su Alteza me convocó?

Se aclaró la garganta.

—Yo... bien, pienso que podéis ver lo que necesita arreglo.

Otra herida en su mano. Esta lucía como si fuera de combate, pero el labio... conseguir estar cerca de él sería un esfuerzo de voluntad. La mano en primer lugar, entonces. Dejaría que lo distrajera, que lo anclara.

Puso su cesta de provisiones en el suelo y se perdió a sí misma en el trabajo de preparar ungüentos y vendas. Su esencia de jabón perfumado acarició su nariz, lo suficiente-



mente fuerte como para sugerir que acaba de bañarse. Que cosas tan horribles empezó a pensar mientras estaba de pie al lado de su silla, porque ella era una curandera profesional, e imaginando a sus pacientes desnudos no era una...

—¿No me preguntarás qué sucedió? —dijo el príncipe, mirando detenidamente hacia ella.

—No me corresponde preguntar, y si no es relevante para la lesión, no es nada lo que necesito saber —salió más frío, más duro de lo que quiso decir. Pero era la verdad.

Eficientemente, remendó su mano. El silencio no la molestó; a veces pasaba días en las catacumbas sin hablar con nadie. Había sido una niña tranquila antes de que sus padres murieran, y después de la masacre en la plaza de la ciudad, se había vuelto aún más así. No fue hasta que llegó al castillo que encontró amigos, encontró que a veces le *gustaba* hablar. Sin embargo, con él... bueno, parecía que al príncipe no le gustaba el silencio, porque la miró de nuevo y dijo:

—¿De dónde eres?

Una pregunta tan complicada de contestar, ya que el cómo y el porqué de su viaje a ese castillo estaban manchados por las acciones de su padre.

—Fenharrow —dijo, orando que eso fuera el final de aquello.

—¿Dónde en Fenharrow?

Casi se estremeció, pero tenía más autocontrol tras cinco años atendiendo horribles heridas y sabiendo que un parpadeo de asco o miedo en su rostro podría romper el control de un paciente.

—Un pequeño pueblo en el sur. La mayoría de la gente nunca ha oído hablar de él.

—Fenharrow es hermoso —dijo él—. Toda esa tierra abierta, extendiéndose para siempre.

No recordaba la suficiente de eso como para saber si había amado la plana extensión de tierras de cultivo, bordeando al oeste por la montaña y al este con el mar.

—¿Siempre quisisteis ser curandera?

—Sí —dijo, porque ella fue encomendada para sanar al heredero del imperio y no podía mostrar sino certeza absoluta.

Una cuchillada de sonrisa.

—Mentirosa.

No quería, pero se encontró con su mirada fija, aquellos ojos de zafiro tan brillantes por el sol de la tarde que se colaba a través de la pequeña ventana.

—No deseaba ofenderos, Su...



—Me estoy entrometiendo —él probó las vendas. —Estaba intentando distraerme.

Asintió, porque no tenía nada que decir y nunca podría decir nada inteligente de todas maneras. Sacó su lata de bálsamo desinfectante.

—Para vuestro labio, si no le importa Su Alteza, quisiera asegurarme de que no hay suciedad o nada en la herida...

—Sorscha —intentó no mostrar, lo que hizo el hecho de que recordara su nombre. O escucharlo decirlo. —Haz lo que tengas que hacer.

Mordió su labio, un estúpido hábito nervioso, y asintió mientras inclinaba su barbilla hacia arriba para que pudiera mirar su boca mucho mejor. Su piel era tan cálida. Ella tocó la herida y él silbó, su respiración acariciando sus dedos, pero no la echó para atrás o la reprendió o la golpeó como algunos de los otros cortesanos hacían.

Aplicó el bálsamo a su labio tan pronto como pudo. Dioses, sus labios eran suaves.

Ella no sabía que era el príncipe el día que lo vio por primera vez, dando pasos a través de los jardines, el capitán siguiéndole. Ellos estaban apenas en sus años de adolescencia, y ella era una aprendiz en ropas usadas, pero por un momento, él la miró y sonrió. La había *visto* cuando nadie lo hizo por años, así que ella encontró excusas para estar en los niveles superiores del castillo. Pero había llorado el mes siguiente cuando lo espío de nuevo, y dos aprendices habían susurrado sobre cuán guapo era el príncipe, Dorian, heredero del trono.

Había sido secreto y estúpido, este encaprichamiento con él. Porque cuando finalmente se encontró con él otra vez, años más tarde, mientras ayudaba a Amithy con un paciente, él no la miró. Se había vuelto invisible, como muchos de los curanderos, invisible, así como ella había querido.

—¿Sorscha? —su horror alcanzó nuevas profundidades mientras se daba cuenta de que había estado mirando fijamente a su boca, y sus dedos seguían en la lata de bálsamo.

—Lo siento —dijo, preguntándose si debería arrojarse desde la torre y terminar su humillación. —Ha sido un largo día —Eso no era una mentira.

Se comportaba como una boba. Ella había estado antes con un hombre, uno de los guardias, solo una vez y tiempo suficiente para saber que no estaba particularmente interesada en dejar que otro la tocara pronto. Pero estando tan cerca, sus piernas cepillando la falda de su vestido marrón casero...

— ¿Por qué no le dijiste a nadie? —preguntó él quieto. —Sobre mis amigos y yo.

Ella retrocedió un paso pero sostuvo su mirada fija, aun cuando la educación y el instinto le dijeron que apartara sus ojos.

—Usted nunca fue cruel con los curanderos, con ninguno. Me gusta pensar que el



mundo necesita... —estaba diciendo demasiado. Porque el mundo era el mundo de su padre.

—Necesita mejor gente —finalizó por ella, de pie. —Y pensáis que mi padre usaría tus conocimientos de nuestras... entradas y salidas contra nosotros.

Así que él sabía que Amithy no reportó nada inusual. Amithy le había dicho a Sorscha que hiciera lo mismo si sabía lo que era bueno para ella.

—No pretendo implicar que Su Majestad lo haría...

— ¿Todavía existe tu pueblo? ¿Tus padres continúan vivos?

Aún años más tarde, ella no podía sacar el dolor de su voz cuando dijo:

—No. Fue incendiado. Y no: ellos me trajeron a Rifthold y fueron asesinados en la purga de inmigrantes de la ciudad.

Una sombra de pena y horror apareció en su rostro.

—Entonces ¿Por qué vendrías aquí a trabajar?

Ella juntó sus provisiones.

—Porque no tenía ningún otro lugar a donde ir —La agonía cruzó rápidamente en su rostro. —Su Majestad, yo he...

Pero él miraba fijamente como si entendiera, y la miró.

—Lo siento.

—No fue tu decisión. O sus soldados quienes rodearon a mis padres.

Él solo la miró por un largo tiempo antes de agradecerle. Un despido cortés. Y ella deseó, mientras abandonaba esa torre desordenada, nunca haber abierto su boca, porque tal vez él no la llamaría de nuevo por su enorme torpeza. Perdería su posición, porque él no era cruel, pero si se quejaba de sus servicios, entonces podría llevar a hacer preguntas. Entonces Sorscha resolvió, mientras descansaba esa noche en su pequeña cama, encontrar una manera de disculparse, o tal vez de encontrar excusas para impedir que el príncipe la viera otra vez. Mañana, ella lo descubriría mañana.

Al día siguiente no esperaba al mensajero quien llegó después del desayuno, preguntando por el nombre de su pueblo. Y cuando vaciló, dijo que el Príncipe Heredero quería saber.

Quería saber, entonces podría añadirlo a su mapa personal del continente.





Capítulo 16

Traducido por Yomi

Corregido por Abril

De todos los espacios en el Omega, el comedor era de lejos el más peligroso.

Los tres clanes Dientes de Hierro habían sido divididos en turnos rotativos que los mantenían mayormente entrenando por separado con los dragones heráldicos, en la sala de armas y en la formación de la guerra mortal. Era inteligente separarlos, supuso Manon, la tensión era alta, y continuaría alta hasta que los dragones heráldicos fueran seleccionados. Todo el mundo quería un grande. Aunque Manon totalmente esperaba conseguir uno, tal vez incluso a Titus, esto no le impidió querer perforar con los dientes a todo aquel que susurraba con codicia querer tener su propio dragón grande.

Había solo unos pocos minutos de solapamiento entre sus rotaciones de tres horas, y los líderes del aquelarre hacían todo lo posible para mantener el funcionamiento en cada uno. Al menos Manon lo hacía. Su temperamento estaba al límite en estos días, una burla más de la heredera Yellowlegs y era probable que terminara en un derramamiento de sangre. Lo mismo podría decirse de Las Trece, dos de las cuales eran las gemelas de ojos verdes Faline y Fallon, más demonios que brujas, que se habían metido en una pelea con algunos idiotas de Yellowlegs, como era de esperar. Ella los había castigado del mismo modo que a Asterin: tres golpes cada uno, públicos y humillantes. Pero, como un reloj, las peleas aun estallaron entre aquelarres cada vez que estaban en cuartos cercanos.

¿Qué era lo que hacía al comedor tan mortal? Las dos comidas diarias eran las únicas que todos compartían y aunque se mantenían en sus propios cuadros, la tensión era tan alta que Manon podría cortarla con su espada.

Manon se puso en la cola para su cuenco de Slop⁶, que era el mejor nombre que le podía dar al pastoso pegote servido en el comedor, flanqueada por Asterin, con la última de las brujas Blueblood en la línea por delante de ella. De alguna manera, las Blueblood estaban siempre primero, primeras en la fila para la comida, primeras en montar los dragones (Las Trece todavía tenían que levantar el vuelo), y es probable que también para seleccionar las bestias primero.

Un gruñido retumbó profundamente en su garganta, pero Manon empujó su bandeja a lo largo de la mesa, viendo al pálido servidor, amontonar una bola de color blanco grisáceo de alimentos en el plato de la Blueblood frente a ella.

No se molestó en observar los detalles de sus características, como la vena gruesa que latía en su garganta.

Las brujas no necesitaban sangre para sobrevivir, así como los seres humanos no necesitaban vino, tampoco. Las Blueblood eran exigentes con la sangre que bebían, vírgenes, hombres jóvenes, chicas bonitas, pero las Blackbeaks no se preocupaban particularmente por una manera u otra.

El cucharón del hombre comenzó a sacudirse, toqueteando un lado de la caldera.

—Las reglas son las reglas —dijo una voz a su izquierda arrastrando las palabras. Asterin dejó escapar un gruñido de advertencia, y Manon no hizo más que mirar para saber que la heredera Yellowlegs, Iskra, se escondía allí. —No se come a la plebe —agrego la bruja de pelo oscuro, empujando su plato frente al hombre, cortando la línea. Manon tomó las uñas y dientes de hierro, la mano callosa haciendo gala descaradamente de la dominación.

—Ah. Me preguntaba por qué nadie se ha molestado en comerte —dijo Manon. Iskra se abrió paso hasta estar frente a Manon. Manon podía sentir los ojos de toda la sala desplazados hacia ellas, pero tiro de las riendas de su temperamento, concediendo la falta de respeto. La postura en el comedor no significaba nada.

—Oí que Las Trece estarán tomando el aire hoy —dijo la heredera de Yellowlegs recibiendo Manon su propia ración.

—¿Qué, es asunto tuyo?

Iskra encogió sus tonificados hombros. —Dicen que una vez fuiste la mejor aviadora en los tres clanes. Sería una lástima que fuera solo un chisme.

Era cierto, se había ganado su lugar como líder del aquelarre tanto como ella la había heredado.

Iskra prosiguió, deslizando su plato al siguiente servidor, que cuchareo una raíz vegetal pálida sobre su Slop. — Se habla de saltarse nuestra rotación de entrenamiento para que podamos ver a Las Trece legendarias elevándose a los cielos por primera vez en una década.

6 Desayuno de ingredientes diversos y no reconocibles (o compatibles) integrados. No agradables a la vista.



Manon chasqueó la lengua ante el falso pensamiento. — También he oído que las Yellowlegs necesitan toda la ayuda que puedan obtener en la sala de entrenamiento. Pero supongo que todo ejército necesita un suministro de instructores.

Una risa baja de Asterin, y los ojos marrones de Iskra brillaron. Llegaron al final de la mesa de servicio, donde Iskra se enfrentó a Manon, con sus bandejas en las manos no podían alcanzar las cuchillas a sus costados. La habitación había quedado en silencio, incluso la mesa principal en la que las tres matronas se sentaban.

Las encías de Manon picaron mientras sus dientes de hierro se disiparon desde sus hendiduras quebrando hacia abajo. Ella dijo en voz baja, pero lo suficiente alto para que todos la oyeran. —Cada vez que necesites una lección de combate, Iskra, me dejas saber. Yo estaría encantada de enseñarte algunas cosas de cómo ser un soldado.

Antes que pudiera responder Manon se trasladó por la habitación. Asterin se burló de Iskra arqueando la cabeza, seguida por movimientos idénticos por parte de las otras Trece, pero Iskra permaneció mirando a Manon, a fuego lento.

Manon se dejó caer en su mesa para encontrar a su abuela sonriendo débilmente. Y cuando todos los doce centinelas estaban sentados en la mesa, Las Trece saludándola también desde la oscuridad, Manon se permitió una sonrisa.

Iban a volar hoy.



Como si la pared del acantilado abierto no fuera suficiente para hacer que los aquelares Blackbeak cambiaran de peso en sus pies, los veintiséis dragones heráldicos atados en un espacio reducido, ninguno de ellos dócil, poniendo incluso a Manon nerviosa.

Pero ella no mostro ningún temor mientras se acercaba al dragón del centro. Dos líneas de trece permanecían encadenados y listos. Las Trece tomaron la primera. El otro aquelarre tomo el que estaba detrás. El nuevo traje de montar de Manon era pesado y torpe, cueros y pieles, coronada con el acero en el hombro y cuero de apoyo. Más de lo que estaba acostumbrada a usar, especialmente con su capa roja.

Ellas habían practicado ensillar la montura en los últimos días, aunque por lo general tendrían manipuladores alrededor que lo harían por ellas. La montura del día para Manon, la pequeña hembra, yacía sobre su vientre, lo suficiente bajo para que Manon fácilmente subiera su pierna y arrastrando la silla hasta el punto donde su largo cuello se reunía con los enormes hombros. Un hombre se acercó a ajustar los estribos, pero Manon se inclinó a hacerlo ella misma. El desayuno había sido bastante malo. Acercarse a una garganta humana ahora solo le tentaría más.

El dragón se movió, su cuerpo caliente contra sus piernas fría, y Manon apretó con sus manos enguantadas las riendas. Debajo de la línea, sus centinelas montaban sus bestias. Asterin estaba lista, por supuesto, el pelo de oro de su prima trenzado fuertemente



hacia atrás, la piel de su cuello encrespada por el viento mordedor desde la apertura delante de ellos. Manon embozo una sonrisa, con sus ojos con motas oscuras brillantes. Sin rastro de miedo, solo la emoción.

Las bestias sabían qué hacer, les habían dicho los controladores. Sabían cómo hacer el cruce del instinto. Eso es como le llamaban el gran salto entre los dos picos de montaña, la prueba final para un jinete y su montura. Si los dragones heráldicos no podían hacerlo, impactarían contra las rocas de abajo. Con sus jinetes.

Hubo un movimiento en las plataformas de observación a cada lado, el aquelarre y la heredera Yellowlegs se contoneaba, todos ellos sonrientes, ninguna sonrisa más amplia que la de Iskra.

—Perra —murmuró Asterin, como si no fuera suficientemente malo que la Madre Blackbeak se encontrara en la plataforma de visión opuesta, flanqueada por las otras dos brujas mayores. Manon levanto la barbilla y miro adelante hacia la caída.

—Justo como lo practicamos —dijo el capataz, subiendo desde el foso frente a la plataforma de observación en la que se encontraban las tres matronas. —Pateen fuerte en el costado para salir. El mejor consejo es sujetarse como el infierno y disfrutar del paseo. —se oyeron unas risitas nerviosas del aquelarre detrás de ellas, pero Las Trece permanecieron en silencio. Esperando. En la manera que se enfrentaban a cualquier ejército, antes de cualquier batalla.

Manon parpadeo, los músculos detrás de sus ojos dorados tiraron hacia abajo la película clara que protegería su visión del viento. Manon se permitió un momento para ajustar el grosor de la tapa adicional. Sin ellos volarían como mortales, entrecerrando los ojos y lagrimeando por todo el lugar.

—Preparados a sus órdenes, señora —la llamo el hombre.

Manon estudio la brecha abierta que se extendía por delante, el puente apenas visible por encima, el cielo gris y la niebla. Miró bajo la línea, a cada una de las seis caras de ambos lados, luego se volvió hacia adelante, a la caída y al mundo esperando más allá.

—Somos Las Trece a partir de ahora hasta que la oscuridad nos reclame —dijo en voz baja, pero sabía que todos la oían. —Vamos a recordarles por qué.

Manon pateo la montura a la acción. Tres galopes, pasos atronadores bajo ella, surgieron adelante, adelante, adelante, un salto al aire helado, las nubes y el puente y la nieve todo alrededor, y entonces la caída.

El estómago se le disparo directo a la garganta cuando el dragón se arqueo en ángulo hacia abajo, las alas pegadas a sus costados. Como había sido instruida, Manon se levantó en cuclillas sobre el cuello del dragón heráldico, manteniendo su cara cerca de la piel curtida, el viento gritando en su cara.

El aire ondulaba tras ella, Las Trece a simples metros de distancia, cayendo como una, rocas y nieve, el rodaje de la tierra.



Manon apretó los dientes, la definida falta de piedra, el beso de la niebla, el viento rasgando el pelo de su trenza, ondeando como una bandera blanca sobre ella.

La niebla se abrió, y la oscuridad la abrazó, allí estaba la brecha en el piso, tan cerca, y...

Manon se aferró a la silla, a las riendas, a conciencia de cómo las enormes alas se extendían y el mundo se inclinó, el cuerpo bajo ella ascendió arriba, arriba, montando el viento en una subida a lo largo de las montañas del norte.

Hubo gritos triunfantes desde arriba, desde abajo, y el dragón se mantuvo ascendiendo, más rápido de lo que Manon nunca había volado en su escoba, pasado el puente y abriéndose paso al cielo.

Así de rápido, Manon estaba de vuelta en los cielos.

El lleno de nubes, interminable, eterno cielo las mantenía tanto a Asterin, Sorrel y Vesta flanqueándola. Entonces resto de Las Trece y Manon se encontraban felices, en su cara se reflejaba la victoria.

A su derecha, Asterin se encontraba radiante, sus dientes de hierro brillando como plata. A su izquierda el cabello rojo de Vesta estaba sacudiendo su cabeza, por debajo las montañas se abrían. Sorrel tenía cara de piedra como Manon, pero sus ojos negros bailaban. Las Trece se encontraban de nuevo en el aire.

El mundo se extendía debajo de ellas, y delante, muy al oeste, la casa que algún día reclamarían. Pero ahora, ahora...

El viento la acariciaba y le cantaba, diciéndole sus corrientes, más un instinto que un regalo mágico. Un instinto que la había hecho la mejor aviadora en los tres clanes.

— ¿Y ahora qué? —llamó Asterin. Y a pesar de que nunca había visto llorar a ninguna de Las Trece, Manon podría haber jurado que había lágrimas brillando en las esquinas de los ojos de su prima.

—Yo digo que hay que ponerlos a prueba —dijo Manon, manteniendo esa exuberancia salvaje, y tiró de las riendas de su montura hacia donde la primera ejecución de cañón las esperaba. Los gritos y los graznidos de Las Trece mientras cabalgaban la corriente era mejor que cualquier música mortal.



Manon se puso firme en la pequeña habitación de su abuela, mirando hacia la pared de piedra más lejana esperando que hablara. La Madre Blackbeak se sentó en el escritorio de madera, de espaldas a Manon estudiando minuciosamente algún documento o carta.



—Lo hiciste bien hoy, Manon —dijo su abuela al fin.

Manon tocó con dos dedos su frente, aunque su abuela todavía estudió los papeles.

Manon no había necesitado ser informada por el capataz que era la mejor aviadora que había presenciado hasta ahora. Ella había tomado un vistazo de la plataforma vacía donde el aquelarre Yellowlegs y sabía que se habían ido en tanto Manon no salpico el suelo.

—Tus Trece y todos los aquelarres Blackbeak lo hicieron bien —su abuela continuó, —mantener introduciendo la disciplina en ellas es encomendable.

El pecho de Manon se hincho, pero ella dijo—: Es un honor servirla, abuela.

Su abuela escribió algo abajo. —Quiero que tú y Las Trece sean la Líder de Vuelo, quiero que conduzcas todos los clanes. —La bruja se giró para mirar a Manon, su cara ilegible.

—Se harán los juegos de guerra en unos pocos meses para decidir las filas. No me importa como lo hagas, pero espero verte coronada como vencedora.

Manon no necesitaba preguntar por qué.

Los ojos de la abuela cayeron en el manto rojo de Manon y sonrió débilmente. —Todavía no sabemos quiénes serán nuestros enemigos, pero una vez que haya terminado la guerra del Rey y los desechos sean recuperados, no estará una Blueblood o Yellowlegs sentada en el trono de las dientes de hierro. ¿Entiendes? Hazte Líder de Vuelo, dirige y mantén el control de los ejércitos Dientes de Hierro, y mantén el control de esos ejércitos una vez que las matronas se vuelvan una contra otra. —Manon asintió. Se haría.

—Sospecho que las otras matronas darán órdenes similares a sus herederas. Asegúrate de que tu segunda se mantenga cerca de ti.

Asterin estaba afuera, vigilando la puerta, pero Manon dijo—: Yo puedo cuidar de mí misma.

Su abuela silbó. —Baba Yellowlegs tenía setecientos años. Ella derribó los muros de la capital Crochan con sus propias manos. Y sin embargo, alguien se metió en su furgón y la asesinó. Incluso si llegas a vivir mil años, tendrás suerte si llegas a ser la mitad de bruja que ella era —Manon mantuvo la barbilla alta. —Cuida tu espalda. No voy a estar contenta si tengo que encontrarme otra heredera.

Manon inclinó la cabeza. —Como tú lo quieras abuela.





Capítulo 17

*Traducido por Vanety
Corregido por Michelle Polo*

Celaena despertó, congelada y gimiendo por el dolor implacable de su cabeza. Eso, sabía, era por golpear su cabeza contra las piedras del templo. Ella siseó mientras se sentaba, y cada centímetro de su cuerpo, desde sus orejas a sus pies hasta los dientes, dio un colectivo estallido de dolor. Se sentía como si hubiera sido golpeado por un millar de puños de hierro y dejada para pudrirse en el frío. Eso fue por el incontrolado desplazamiento que había hecho ayer. Sabrán los dioses cuantas veces se estremeció entre una forma y otra. Desde la ternura de sus músculos, tuvieron que ser docenas de veces.

Pero ella no había perdido el control sobre la magia, se recordó mientras se levantaba, agarrando el astillado poste de la cama. Ella tiró de la bata pálida ajustándola más alrededor suya, arrastrando los pies al tocador y al lavabo. Después del baño, se dio cuenta que no tenía nada para cambiarse y que había robado una de muchas batas, dejando su hedionda ropa amontonada junto a la puerta. Apenas había pasado a su habitación cuando se derrumbó en la cama, poniendo una manta sobre ella y se durmió.

Y durmió. Y durmió. No tenía ganas de hablar con nadie. Y nadie vino a por ella, de todos modos.

Celaena apoyo las manos sobre la cómoda e hizo una mueca a su reflejo. Se veía como mierda, se sentía como mierda. Aún más sombría y demacrada que ayer. Cogió la lata de pomada que Rowan le había dado, pero luego decidió que el debería ver lo que había hecho. Y ella había estado peor, hace 2 años, cuando Arobynn la había golpeado hasta ser una pulpa sanguinolenta por desobedecer sus órdenes. Esto no era nada comparado con lo destrozada que había estado entonces.

Ella abrió la puerta para encontrar que alguien le había dejado ropa, la misma que ayer, pero limpia. Sus botas habían sido limpiada de barro y polvo. Ya sea que Rowan lo haya dejado ahí, u otra persona que supiera de su ropa sucia. Dioses, ella se había *ensuciado* enfrente de él.

Ella no se revolcaría en la humillación mientras se vestía e iba a las cocinas, por los oscuros pasillos momentos antes del amanecer. Luca ya estaba parlotearo acerca del cuchillo que un centinela le había prestado para su entrenamiento, y seguía y seguía y seguía...

Aparentemente ella había subestimado lo mal que se veía, porque Luca paro de parlotear a media frase para maldecir. Girando, Emrys echo una mirada y se le cayó el bol de barro ante la chimenea.

— Gran madre y todos sus hijos...

Celanea fue al montón de dientes de ajo en la mesa de trabajo y cogió un cuchillo.

— Se ve peor de lo que se siente— Mintió. Su cabeza palpitaba por el corte en la ceja, y la parte baja de su ojo estaba profundamente herido.

— Tengo un poco de bálsamo en mi habitación... --comenzó Luca desde donde ya estaba lavando los platos, pero ella le dio una larga mirada.

Ella empezó a pelar los dientes, y sus dedos se quedaron pegajosos al instante. Ellos todavía la estaban mirando, así que dijo rotundamente:— No es de vuestra incumbencia.

Emrys dejo el bol roto sobre las piedras de la chimenea cojeando, ira bailando en esos brillantes e inteligentes ojos - Es mi problema cuando entras en mi cocina.

— He pasado por cosas peores— dijo ella.

— ¿Qué quieres decir? — pregunto Luca. El miro sus manos destrozadas, su ojo negro, y el anillo de cicatrices alrededor de su cuello, cortesía de Baba Yellowlegs. Ella le invito a hacer cálculos; una vida en Adarlan con sangre de hada, una vida en Adarlan como mujer... Su rostro palideció.

Después de un largo momento, Emrys dijo, -Déjalo Luca - y se agacho a coger los fragmentos del tazón.

Celanea volvió al ajo, Luca marcadamente más tranquilo mientras trabajaba. El desayuno se hizo y se envió arriba en la misma prisa caótica que ayer, pero algunos semi-hadas más se fijaron en ella hoy. Ella o los ignoraba o los miraba, marcando sus caras. Muchos tenían orejas puntiagudas pero la mayoría parecían humanos. Algunos llevaban ropa civil, túnicas y sencillos vestidos, mientras que los centinelas llevaban armaduras de cuero ligero y capas grises pesados con un arsenal de armas (muchas desgastadas).

La mayoría de los guerreros la miraron, hombres y mujeres, cautela y curiosidad mezclada.



Ella estaba ocupada limpiando una olla de cobre cuando alguien dejó escapar un silbido apreciativo en su dirección. -Ahora, ese es el más glorioso ojo negro que he visto jamás. Un hombre alto y viejo, guapo, a pesar de tener la edad de Emrys, pasó a zancadas a través de la cocina, con su plato vacío en las manos.

— Déjala tú también, Malakai - dijo Emrys desde el fuego. Su marido-compañero. El anciano dio una sonrisa gruñendo y dejó la bandeja sobre el mostrador cerca de Celaena.

— ¿Rowan no tira golpes, no? - Su pelo gris estaba lo suficientemente corto para revelar sus orejas puntiagudas, pero su rostro era rudamente humano. - Y parece que no te molesta usar bálsamos curativos - Ella le sostuvo la mirada, pero no dijo nada. La sonrisa de Malakai se desvaneció - Mi compañero trabaja demasiado. Tú no te agregues a la carga, ¿Entendido?

Emrys gruñó su nombre, pero Celaena se encogió de hombros - No quiero molestar a ninguno de ustedes.

Malakai captó la advertencia implícita de sus palabras, *así que no intentes molestarme*, y le dio a ella un asentimiento. Ella escuchó, más que vio, sus zancadas hacia Emrys para besarla, luego el estruendo de algún murmullo, duras palabras y luego pasos firmes mientras salía de nuevo.

— Incluso los guerreros semi-hadas presionan la sobreprotección a todo un nuevo nivel - dijo Emrys, palabras mezcladas con ligereza forzada.

— Está en nuestra sangre - dijo Luca, levantando su barbilla - es nuestro deber, honor, y la misión de nuestra vida asegurarnos que nuestras familias son cuidadas, especialmente nuestros compañeros.

— Y eso te hace nuestra espina en nuestro dorsal - Emrys chasqueó - Posesivas, bestias territoriales - una anciana se acercó al fregadero, dejando el hervidor para que Celaena lo lavara - Mi compañero tiene buenas intenciones, muchacha. Pero tú eres un extraño y eres de Adarlan. Y has sido entrenada por... alguien que no entendemos muy bien.

Celaena arrojó el hervidor de agua en el fregadero - No me importa - Y lo decía en serio.



El entrenamiento fue horrible ese día. No solo porque Rowan le preguntó si iba a vomitar o mearse encima otra vez, sino también por las horas y horas que la hizo estar sentada en la cresta de las ruinas del templo, azotadas por el viento brumoso. Él quería que ella cambiara, era su única petición.

Ella exigió saber por qué no podía enseñarle magia sin cambiar, y él le dio la misma respuesta una y otra vez: sin cambio, no hay lecciones de magia. Pero después de ayer, nada menos que el cogiendo su larga daga y cortando las orejas de ella en puntos podría conseguir que ella cambiara. Ella lo intentó una vez, cuando el camino hacia el bosque



por un poco de privacidad. Ella tiro y tiro y tiro lo que fuera que reposaba en su interior, pero no consiguió nada. Sin flash de luz o dolor punzante.

Así que se sentaron en la ladera de la montaña, Celaena congelada hasta los huesos. Al menos ella no perdió el control de nuevo, sin importar los insultos que él le decía, ya sea en voz alta o por medio de uno de sus silenciosas conversaciones viciosas. Ella le pregunto porque no estaba siguiendo a las criaturas que habían estado en campo, y él se limitó a decir que estaba buscando en él, y que el resto no era de su incumbencia.

Nubarrones se agruparon durante la tarde. Rowan la obligo a sentarse a través de la tormenta hasta que sus dientes estaban repiqueteando en su cráneo y su sangre estaba llena de hielo, y entonces finalmente hizo el viaje a la fortaleza. Él la abandono de nuevo en los baños, sus ojos brillantes con una promesa no dicha de que mañana sería peor.

Cuando ella finalmente salió, había ropa seca en su habitación, doblada y colocada con tal cuidado que ella está empezando a preguntarse si no tuviera algún sirviente invisible. Porque no había manera en el infierno que un inmortal como Rowan podría haberse molestado en hacer eso por un humano.

Ella debatió permanecer en su habitación el resto de la noche, sobre todo por la forma en que la lluvia azotaba la ventana, relámpagos iluminando los árboles más allá. Pero su estómago gorgoteó. Ella estaba mareada de nuevo, y supo que había estado comiendo como una idiota. Con su ojo negro, la mejor cosa a hacer era comer, incluso si eso significa ir a las cocinas.

Ella esperó hasta que pensó que todos habían ido arriba. Siempre había sobras después del desayuno, tenía que haber alguna de la cena. Dioses, ella estaba cansada hasta los huesos. Y dolía aún peor de lo que había esta mañana.

Oyó las voces mucho antes de que ella entrara en la cocina y casi se volvió, pero nadie había hablado con ella en el desayuno excepto Malakai. Seguramente todo el mundo la ignoraría ahora, también.

Se había estimado un buen número de personas en la cocina, pero aún estaba un poco sorprendida por lo lleno que era. Sillas y cojines habían sido arrastrados, todos frente a la chimenea, antes de que Emrys y Malakai se sentaran, charlaron con los reunidos. Había comida en cada superficie, como si la cena se hubiese celebrado aquí. Manteniéndose en las sombras encima de las escaleras, ella los observaba. El comedor era espacioso, aunque un poco frío, ¿Por qué reunirse alrededor de la chimenea de la cocina?

Particularmente a ella no le importaba, no cuando vio la comida. Se coló por la multitud reunida con sigilo practicado y facilidad, llenando un plato con pollo asado, patatas (dioses, ya estaba harta de patatas), y pan caliente. Todo el mundo todavía estaba charlando; los que no tienen asientos estaban de pie en contra de los contadores o paredes, riendo y bebiendo de sus jarras de cerveza.

La mitad superior de la puerta de la cocina estaba abierta para dejar salir el calor de todos los cuerpos, el sonido de la lluvia llenó la habitación como un tambor. Ella captó un



destello de movimiento exterior, pero cuando miró, no había nada allí.

Celaena estuvo a punto de caer por las escaleras cuando Malakai aplaudió las manos y todo el mundo dejó de hablar. Celaena detuvo de nuevo en las sombras de la escalera. Sonrisas propagadas, y la gente se sentó. Sentado en el suelo, delante de la silla de Emrys estaba Luca, una mujer joven y bonita presionada a su lado, su brazo casualmente envuelto alrededor de sus hombros casualmente, pero con lo suficiente de un apretón de decirle todos los demás hombres en la habitación que ella era suya. Celaena rodeo los ojos, no sorprendida en absoluto.

Aun así, ella captó la mirada que Luca dio a la muchacha, la picardía en sus ojos que envió una punzada de celos a través de ella. Ella había mirado Chaol con la misma expresión. Pero su relación nunca había sido tan aliviada, incluso si ella no había terminado las cosas, nunca hubiera sido así. El anillo en su dedo se convirtió en un peso.

Cayó un rayo, dejando al descubierto la hierba y el bosque más allá. Segundos después, el trueno sacudió las piedras, lo que provocó unos gritos y risas.

Emrys se aclaró la garganta, y todo ojo miro a su rostro arrugado. El antiguo hogar iluminando su cabello plateado, proyectando sombras en toda la habitación.

—Hace mucho tiempo, — comenzó Emrys, su tejido de voz entre la lluvia de tambores y refunfuñado trueno y el crepitar del fuego, — Cuando no había Rey mortal en el trono de Wendlyn, las hadas todavía caminaban entre nosotros. Algunos eran buenos y justos, algunos eran propensos a pequeñas travesuras, y algunos eran más sucios y oscuros que la noche más negra.

Celaena se atraganto. Estas palabras fueron las que se habían hablado en frente de hogares miles de años, habladas en cocinas como ésta. Tradición.

—Fueron esas hadas malvadas, — Emrys continuó, las palabras resonando en cada grieta, — que siempre tenías que observar en las carreteras antiguas, o en los bosques, o en noches como esta, cuando se puede oír el viento gimiendo su nombre.

—Oh, no ese, — Luca gimió, pero no era sincera. Algunos de los otros se rieron, un poco nerviosos incluso. Alguien protestó: —No voy a dormir por una semana.

Celaena se apoyó contra la pared de piedra, comiendo mientras que el anciano contaba su historia. El pelo en su cuello se erizó por la duración de la misma, y ella podía ver cada momento horrible de la historia con tanta claridad como si hubiera vivido.

Como Emrys terminó su relato, el trueno retumbó, e incluso Celaena estremeció, casi tirando su plato vacío. Hubo algunas risas cautelosas, algunos insultos y empujones suaves. Celaena frunció el ceño.

Si ella hubiera oído esta historia, con las miserables criaturas que se deleitaban en la piel-costura y hueso-crujido y el relámpago-crujiente, antes de viajar aquí con Rowan, ella nunca lo habría seguido. Ni en un millón de años.



Rowan no había encendido ni un solo fuego en el viaje hacia aquí, no quería llamar la atención. ¿De este tipo de criaturas? Él no había sabido que era lo del día antes de los túmulos.

Y si un inmortal no lo sabía. . . Ella uso ejercicios de respiración para calmar su corazón. Aun así, tendría suerte si dormía esta noche.

Aunque todo el mundo parecía estar esperando a la próxima historia, Celaena se puso de pie. Cuando se volvió para irse, volvió a mirar a la puerta entreabierta de la cocina, sólo para asegurarse de que no había nada que acechara afuera. Pero no era una criatura que esperaba bajo la lluvia. Un gran halcón de cola blanca se encaramó en las sombras.

Se sentó inmóvil. Pero los ojos del halcón... había algo extraño en ellos...

Había visto ese halcón antes. Lo había observado durante días cuando había descansado en esa azotea en Varese, viéndola beber y robar y dormir y pelear.

Al menos ahora sabía lo que era la forma animal de Rowan. Lo que ella no sabía era por qué él se molestó en escuchar estas historias.

—Elentiya. — Emrys estaba extendiendo una mano desde donde estaba sentado frente a la chimenea. — ¿Compartirías a lo mejor una historia de sus tierras? Nos encantaría escuchar un cuento, si nos hicieras el honor.

Celaena mantuvo sus ojos en el anciano como todo el mundo se volvió hacia donde ella se encontraba en las sombras. Ninguno de ellos se ofreció una palabra de aliento, a excepción de Luca, quien dijo: — ¡Cuéntanos!

Pero ella no tenía derecho a contar esas historias como si fueran suyas. Y ella no podía recordar correctamente, no como se las habían dicho a ella en su cama.

Ella cerró sobre el pensamiento tan duro como pudo, empujando de nuevo el tiempo suficiente para decir con calma: —No, gracias, — y alejarse. Nadie vino detrás de ella. Ella no le importa un comino lo que Rowan hizo de todo.

Los susurros murieron con cada paso, y no fue hasta que ella cerró la puerta de su habitación congelada y se deslizó en la cama que ella soltó un suspiro. La lluvia se detuvo, las nubes despejaron en un fuerte viento, y por la ventana, un parche de estrellas brilló por encima de la línea de árboles.

Ella no tenía historias que contar. Todas las leyendas de Terrasen se perdieron con ella, y sólo fragmentos estaban esparcidos a través de sus recuerdos como escombros.

Sacó el trozo de manta superior y pasó un brazo sobre los ojos, cerrando el paso a la vista de las estrellas.





Capítulo 18

*Traducido por Katia
Corregido por Melody*

Afortunadamente, Dorian no estaba forzado para entrenar a Aedion otra vez, y lo había visto muy poco fuera de las cenas de estado y reuniones, donde el general pretendía que él no existía. Vio pocas veces a Chaol, también, lo cual era un alivio, dadas lo extrañas que eran sus conversaciones últimamente. Pero había comenzado a pasar tiempo con los guardias en las mañanas. Era tan divertido como lo era recostarse en una cama de clavos calientes, pero al menos eso la daba algo que hacer con esa incansable, ansiosa energía que lo perseguía día y noche.

Sin mencionar que todos esos cortes y raspaduras y torceduras le daban una excusa para visitar las catatumbas de los sanadores. Sorscha, parecía, había aprendido su horario de entrenamiento, y su puerta siempre estaba abierta cuando él llegaba.

No había podido dejar de pensar en lo que ella le dijo en su habitación, o de preguntarse por qué alguien que había perdido todo dedicaría su vida en ayudar a la familia del hombre que le había arrebatado todo. Y cuando ella había dicho *Porque no tenía otro lugar al cual ir*. . . Por un segundo, no había sido Sorscha sino Celaena, destrozada de dolor, pérdida y rabia, viniendo a su cuarto porque no había nadie más a quién acudir. Nunca había sabido cómo se sentía, esa pérdida, pero la amabilidad de Sorscha hacia él, la cual no había devuelto tan vilmente hasta ahora, lo golpeó como una roca en la cabeza.

Dorian entró en su cuarto de trabajo, y Sorscha vio hacia arriba de la mesa y sonrió, abierta y bellamente y. . . bueno, esa no era exactamente la razón por la cual él encontraba excusas para venir aquí todos los días.

Él levanto su muñeca, que ya estaba rígida y palpitante. —Aterricé muy mal sobre ella,

— dijo en forma de saludo. Ella rodeó la mesa, dándole el tiempo suficiente para admirar las largas líneas de su figura en su sencilla túnica. Se movía como el agua, pensó, y a menudo se encontraba a si mismo maravillado por la forma en que ella usaba sus manos.

—No hay mucho que yo pueda hacer por ella, —dijo después de examinar su muñeca. —Pero tengo un tónico para el dolor, solo para suavizarlo, y puedo poner tu brazo en un cabestrillo si...

—Dioses, no. Sin cabestrillo. Nunca escucharé el final de ello viniendo de los guardias.

Sus ojos brillaron, solo un poco, en aquella forma en que brillaban cuando se sorprendía y trataba difícilmente de no estarlo.

Pero si no había cabestrillo, entonces él no tendría excusa alguna para estar aquí, y a pesar de que tenía una estúpida reunión de consejo en una hora y todavía necesitaba tomar un baño. . .se mantuvo aquí. —¿En qué estás trabajando?

Ella dio un cuidadoso paso atrás. Siempre hacía eso, para mantener una barrera en alto. —Bueno, tengo un par de tónicos y ungüentos que hacer para algunos sirvientes y guardias, para reponer sus reservas. — Él sabía que no debería hacerlo, pero se movió para mirar por encima de su estrecho hombro hacia la mesa de trabajo, hacia los tazones y jarrones y vasos. Ella hizo un pequeño ruido con su garganta, y él se tragó su sonrisa mientras se acercaba un poco más. —Normalmente esto es una obligación de los aprendices, pero estaban muy ocupados hoy así que me ofrecí para realizar algunos de sus deberes. — Usualmente hablaba de este modo cuando estaba nerviosa. Lo cual, Dorian había notado con un poco de satisfacción, era cuando él se acercaba. Y no de una mala forma, si hubiera sentido que ella estaba realmente incómoda, habría mantenido su distancia. Esto era más. . . nerviosa. Le gustaba nerviosa.

—Pero, — continuó, tratando de hacerse a un lado, —Haré su tónico justo ahora, Su Alteza. — Le dio el espacio que necesitaba mientras ella se apresuraba a la mesa con una eficiente elegancia, midiendo polvos y moliendo hojas secas, tan quieta y confiada. . . Se dio cuenta que la había estado observando cuando habló de nuevo. —Tú. . . amiga. La Campeona del Rey. ¿Este bien?

Su misión a Wendlyn era bastante secreta, pero podría dar la vuelta a eso. —Ella estará fuera cumpliendo con el mandato de mi padre por varios meses. Ciertamente espero que esté bien, sin embargo no tengo la menor duda que ella puede cuidarse por sí misma.

—Y su sabueso ¿Está bien?

—¿Ligera? Oh, está bien. Sus patas han sanado hermosamente. — El sabueso dormía ahora en su cama, por supuesto, y lo molestaba por chatarra y golosinas hasta el cansancio, pero. . . era agradable tener una parte de su amiga mientras estaba fuera. —Gracias a ti.

Un movimiento de cabeza, y silencio llegaron mientras ella medía y luego vertía un líquido verde. Esperaba que no tuviera que beber eso.



—Dicen. . .— Sorscha mantuvo sus espectaculares ojos abajo. —Dicen que hubo un animal salvaje rondando los pasillos hace algunos meses, que fue eso lo que asesinó a varias personas antes de Yulemas. Nunca escuché que lo atraparan, pero luego. . . el perro de tu amiga lucía como si hubiera sido atacado.

Dorian se ordenó así mismo permanecer en silencio. Realmente había conectado algunas cosas. Y no le había dicho a nadie. —Pregunta, Sorscha.

Su garganta dolía y sus manos temblaban un poco, lo suficiente para que él quisiera alcanzarlas y cubrirlas. Pero no podía moverse, no hasta que ella habló. —¿Qué era eso? respiró.

—¿Quieres la respuesta que te permitirá dormir en las noches, o la otra que tal vez te asegure que nunca dormirás de nuevo?— Levantó su mirada hacia él, y supo que quería la verdad. Tomó una respiración y dijo, —Eran dos criaturas. . . diferentes. La Campeona de mi padre lidió con la primera. Ella ni siquiera nos dijo al Capitán y a mí hasta que nos enfrentamos a la segunda. — Aún podía escuchar los rugidos de la criatura en el túnel, aún la veía enfrentándose contra Chaol. Todavía tenía pesadillas sobre ello. —El resto es un misterio. — No era mentira. Aún había muchas cosas que él no sabía. Y no quería conocer.

—¿Su Majestad lo castigaría por ello? —Una tranquila, peligrosa pregunta.

—Si. — Su sangre se estremeció con ese pensamiento. Porque si él supiera, si su padre supiera que Celaena había abierto un portal. . . Dorian no podía controlar el hielo que se expandía a través de él.

Sorscha frotó sus brazos y vio el fuego. Aún estaba ardiendo fuertemente, pero. . . Mierda. Tenía que irse. Ahora. Sorscha dijo, —Él la mataría, ¿Cierto? Por eso no has dicho nada.

Dorian comenzaba a dar marcha atrás lentamente, luchando contra el pánico, la *cosa* salvaje dentro de él. No podía detener el hielo emergiendo, ni siquiera sabía de dónde provenía, pero seguía viendo esa criatura en los túneles, seguía escuchando los ladridos de pánico de Ligera, viendo a Chaol eligiendo sacrificarse para que ellos pudieran escapar —

Sorscha acarició el largo de su oscura trenza. —Y-y él probablemente mataría al capitán, también.

Su magia estalló



Después de que Sorscha fue forzada a esperar en la estrecha oficina por veinte minutos, Amithy finalmente llegó, su apretado moño haciendo lucir su rostro más duro de lo que ya era. —Soscha —, dijo, sentada en su escritorio y frunciendo el seño. —¿Qué voy



a hacer contigo? ¿Qué ejemplo es ese para los aprendices?

Sorscha mantuvo su cabeza baja. Sabía que la había dejado esperar para que reflexionara sobre lo que había hecho: golpearse accidentalmente sobre toda su mesa de trabajo y destruir no solo incontables horas y días de trabajo, sino también un gran número de herramientas y contenidos muy caros. —Derramé-derramé un poco de aceite y olvidé limpiarlo.

Amithy chasqueó su lengua. —La limpieza, Sorscha, es uno de nuestros deberes más importantes. Si no puedes mantener tu propio lugar de trabajo limpio, ¿Cómo esperas que nuestros pacientes confíen en ti? Por Su Alteza, ¿Quién estuvo allí para presenciar tu falta de profesionalismo? Me he tomado la libertad de disculparme en persona, y ofrecerle de mis futuros cuidados, pero. . .

Los ojos de Amithy se estrecharon. —Él dijo que pagaría por la reparación, y aún le gustaría que tú le sirvieras.

El rostro de Sorscha se calentó. Había pasado tan rápidamente.

Mientras la explosión de hielo y viento y algo *más* surgió hacia ella, el grito de Sorscha había sido cortado por la puerta que azotó al cerrarse. Probablemente eso había salvado sus vidas, pero todo lo que ella podía pensar era quitarse del camino. Así que se escabulló debajo de su mesa, sus manos por encima de la cabeza y rezó.

Tal vez podría haberlo pasado como un accidente, tal vez se habría sentido tonta, si los ojos del Príncipe no hubieran parecido *brillar* en el momento justo antes del viento y el frío, sino tuviera todos los vasos en la mesa destrozados, si no tuviera hielo recubriendo el piso, si él no se hubiera mantenido ahí, intacto.

No era posible. El Príncipe. . . hubo un sonido sofocado, terrible, y entonces Dorian estaba sobre sus rodillas, observando con atención por debajo de la mesa de trabajo. —Sorscha. *Sorscha*.

Ella lo vio boquiabierta, sin ser capaz de decir algo.

Amithy le tamborileó, dedos huesudos sobre el escritorio de madera. —Perdóname por ser tan poco delicada, — dijo, pero Sorscha sabía que a la mujer no le importaba nada sobre los modales. —Pero debo recordarte que interactuar con nuestros pacientes fuera de nuestro trabajo está prohibido.

No podría haber algún otro motivo por el cual el Príncipe Dorian prefiriera los servicios de Sorscha por encima de los de Amithy, por supuesto. Sorscha mantuvo sus ojos clavados en sus manos cerradas sobre su regazo, aún llena de cortes provocados por algunos de los jarrones de vidrio. —No necesitas preocuparte por eso, Amithy.

—Bien, odiaría ver tu posición comprometida. Su Alteza tiene una reputación con las mujeres. — Una risa pequeña, presumida. —Y hay muchas mujeres hermosas en esta corte. — *Y tú no eres ninguna de ellas*.



Sorscha asintió y tomó el insulto, como siempre lo hacía, como siempre lo había hecho. Esta era la forma en la que había sobrevivido, como había permanecido invisible todos estos años.

Era lo que le había prometido al príncipe minutos antes de su explosión, cuando dejó de temblar y lo había *visto*. No la magia, sino el pánico en sus ojos, el miedo, el dolor. No era un enemigo que estaba usando poderes prohibidos, sino un hombre joven que necesitaba ayuda. Su ayuda. No podía huir de eso, de él, o no le podría decir a nadie lo que había descubierto. Sería algo que haría por cualquiera.

En la relajada, calmada voz que reservaba para sus pacientes heridos de mayor gravedad, le había dicho al Príncipe, —No le diré a nadie. Pero ahora, me vas a ayudar a derribar esta mesa, y después me ayudarás a limpiar todo esto.

Él solo la observó. Se puso de pie. Notando los pequeños cortes en sus manos que ya comenzaban a doler. —No le diré a nadie, — dijo otra vez, tomando una esquina de la mesa. Sin palabras, él fue al otro lado y le ayudó para que fuera más fácil voltear la mesa, los restos de vidrios y jarrones de cerámica cayeron al piso. Para todo el mundo, lucía como un accidente, y Sorscha fue a la esquina para tomar la escoba.

—Cuando abra esta puerta, — le dijo, aún reservada y calmada y no siendo ella misma, —Vamos a pretender. Pero después de este día, después de esto. . . — Dorian se mantuvo rígido, como si estuviera esperando que el golpe cayera. —Después de esto, — dijo —si te parece bien, trataremos de encontrar una forma de evitar que esto siga pasando. Tal vez hayan algunos tónicos para suprimirlo.

Su rostro seguía pálido. —Lo siento, — respiró, y se dio cuenta que lo decía en serio. Se dirigió a la puerta y le dio una rígida sonrisa.

—Comenzaré a buscar esta noche. Si encuentro algo, te lo haré saber. Y tal vez, no ahora, después. . . si Su Alteza así lo desea, podría decirme un poco de *cómo* es esto posible. Tal vez pueda ayudarme de alguna manera. — No le dio tiempo de aceptar, abrió la puerta, volvió a donde estaba el desastre, y dijo un poco más alto de lo usual —*Realmente* lo siento, Su Alteza. . . había algo en el piso, y resbalé y...

A partir de ahí, había sido fácil. Los sanadores curiosos habían llegado para saber el motivo de la conmoción, y uno de ellos había corrido en busca de Amithy. El príncipe se había ido, y Sorscha recibió órdenes de permanecer allí.

Amithy apoyó sus antebrazos sobre la mesa. —Su Alteza fue extraordinariamente generoso, Sorscha. Que sea una lección para ti. Tienes suerte que no te lastimaste gravemente.

—Haré una ofrenda para Silba hoy. — Sorscha mintió, tranquila y pequeña, y se fue.



Chaol se presionó así mismo contra la alcoba oscura de un edificio, sosteniendo su respiración mientras Aedion se aproximaba a la figura encapuchada del callejón. De todos los lugares que él esperaba Aedion visitara cuando se escabullía de sus fiestas en la taberna, los barrios bajos no eran una opción.

Aedion había montado un espectacular show jugando a ser el salvaje, generoso anfitrión: comprando tragos, saludando a sus invitados, asegurándose de que todo el mundo lo viera haciendo algo. Y justo cuando nadie estaba mirando Aedion había caminado justo en frente, como si fuera demasiado perezoso para ir al retrete en la parte trasera. Un borracho tambaleándose, arrogante y descuidado y altanero.

Chaol casi lo creyó. Casi. Entonces Aedion había conseguido una cuadra de distancia, lanzado la capucha sobre su cabeza, y merodeaba en la noche, sobrio como una fría piedra.

Se había arrastrado desde las sombras mientras Aedion dejaba el distrito más rico y se paseaba en los barrios pobres, encontrando callejones y calles torcidas. Podría haber pasado por un hombre rico que busca otro tipo de mujer. Hasta que se había detenido fuera de este edificio y aquella figura encapuchada con un par cuchillas se le acercó.

Chaol no podía escuchar la conversación entre Aedion y el extraño, pero podía leer la tensión en sus cuerpos. Después de un momento, Aedion siguió al recién llegado, aunque no sin antes realizar un análisis del callejón, los techos, las sombras. Chaol mantuvo su distancia. Si atrapaba a Aedion comprando sustancias prohibidas, probablemente eso sería suficiente para calmarlo, para mantener al mínimo las fiestas, y controlar el Bane cuando llegara.

Chaol los rastreó, consiente de cada par de ojos que pasaba, cada borracho y huérfano y mendigo. Una calle olvidada a orilla del muelle en el Avery, Aedion y el encapuchado se escabulleron por un edificio en ruinas. No era sólo un edificio, sin centinelas postradas en la esquina, junto a la puerta, en la azotea, incluso dando vueltas por la calle, tratando de mezclarse. No eran guardias reales, o soldados.

No era un lugar para comprar opiáceos o carne, tampoco. Había estado memorizando la información que Celaena había reunido sobre los rebeldes, y los había vigilado tanto como lo había hecho con Aedion, la mayoría de las veces en vano. Celaena había dicho que habían estado buscando una forma para derrotar el poder del Rey. Implicaciones más grandes dejadas aparte, si pudiera encontrar no solo cómo el Rey había sofocado la magia sino también cómo liberarla antes de que fuera llevado de vuelta a Anielle, entonces el secreto de Dorian podría ser menos explosivo. Tal vez podría ayudarlo, de algún modo. Y Chaol siempre lo ayudaría, a su amigo, a su príncipe.

No pudo contener un escalofrío que recorrió su espina cuando tocó el Ojo de Elena y se dio cuenta del edificio abandonado, con este modelo de guardias, apestaba positivamente a los hábitos de los rebeldes. Quizás no fue mera coincidencia que lo llevara hasta allí.

Estaba tan concentrado en los estruendos de su corazón que Chaol no tuvo la oportunidad de girar cuando un daga pinchó su costado.





Capítulo 19

Traducido por Dafné

Corregido por Alex

Chaol no opuso resistencia, aunque sabía que era probable que recibiera la muerte tanto como que le dieran respuestas. Reconoció a los centinelas por sus armas desgastadas, y sus movimientos precisos y fluidos. Nunca olvidaría aquellos detalles, no después de haber sido su prisionero durante un día en un depósito, y haber atestado a Celaena cortar a través de ellos como si fuesen tallos de trigo.

Nunca sabrían que había sido su reina perdida quien llegó a masacrarlos.

Los centinelas lo obligaron a ponerse de rodillas en un cuarto vacío que olía a heno viejo. Chaol se encontró con Aedion y un anciano de aspecto familiar que lo miraban. El que le había suplicado que a Celaena que se detuviera aquella noche en el almacén. No había nada notable en su aspecto, sus ropas usadas eran ordinarias, y su cuerpo era delgado, aunque todavía no estaba marchito. A su lado estaba parado un hombre joven al que Chaol conocía por su suave y viciosa risa: el guardia que lo insultó mientras estuvo preso.

El cabello oscuro y largo hasta los hombros le caía suelto alrededor de un rostro que era más cruel que apuesto, sobre todo por la malvada cicatriz que recortaba a través de su ceja hasta su mejilla. Despidió a los centinelas con un gesto de su barbilla.

—Bueno, bueno, — dijo Aedion, rodeando a Chaol. Su espada estaba desenvainada, brillando en la tenue luz.

—¿Capitán de la Guardia, heredero de Anielle, y espía? ¿O has estado recibiendo algunos trucos de tu amante acerca del oficio?

—Cuando tú haces fiestas y convences a mis hombres para abandonar sus puestos, cuando tú no estás en esas fiestas porque estás merodeando en las calles, es mi deber saber el porqué, Aedion.

El hombre cicatrizado, con las espadas gemelas se adelantó unos pasos, rodeándolo entonces con Aedion. Dos predadores, midiendo a su presa. Ellos probablemente lucharían por su cadáver.

—Es una pena que tu Campeona no esté aquí para salvarte en este momento—, dijo el hombre de la cicatriz en voz baja.

—Es una pena que no hayas estado allí para salvar a Archer Finn—, dijo Chaol.

Un destello de las fosas nasales, un relámpago de furia en astutos ojos marrones, pero el hombre joven se quedó en silencio mientras el anciano le tendía una mano.

—¿Te envió el Rey?

—Vine a *causa* de él. — Chaol señaló a Aedion con la barbilla. —Pero he estado buscándolos a ustedes dos, y a su pequeño grupo, también. Ambos están en peligro. Lo que piensan que Aedion quiere, cualquier cosa que él les ofrezca, el Rey le mantiene a raya. —Parecía que esa pizca de honestidad podría comprar cualquier cosa que necesitara: confianza e información.

Pero Aedion soltó una carcajada.

—¿Qué?— Sus compañeros se volvieron a él, con las cejas levantadas. Chaol miró el anillo en el dedo del general. Él no se había equivocado. Era idéntico al que el Rey, Perrington y otros habían usado.

Aedion captó la mirada de Chaol y dejó de dar vueltas a su alrededor.

Por un momento, el general se quedó mirándolo, un atisbo de sorpresa y diversión como dardos en su rostro bronceado. Entonces Aedion ronroneó: —Has resultado ser un hombre mucho más interesante de lo que pensé, Capitán.

—Explícate, Aedion—, dijo el anciano con una voz baja, pero no débil.

Aedion sonrió ampliamente mientras tironeaba el anillo negro de su dedo.

—El día en que el Rey me presentó con la Espada de Orynth, él también me ofreció un anillo. Gracias a mi herencia, mis sentidos son más...nítidos. Pensé que el anillo olía raro, y sabía que sólo un tonto aceptaría un regalo de ese tipo de él. Así que me hicieron una réplica. Arrojé el verdadero al mar. Pero siempre me he preguntado lo que hacía, — reflexionó, lanzando el anillo con una mano al aire y atrapándolo de regreso. —Parece que el capitán lo sabe. Y lo desaprueba.

El hombre de las dos espadas dejó también de circular, y la sonrisa que le dio a Chaol no era nada más que salvaje. —Tienes razón, Aedion, — dijo, sin apartar la vista de Chaol. — *Es* mucho más interesante de lo que parece.



Aedion guardó el anillo en un bolsillo como si fuera, como si de hecho fuese una falsificación. Y Chaol se dio cuenta de que había revelado más de lo que había pretendido.

Aedion comenzó a dar vueltas de nuevo, el joven cicatrizado haciendo eco de los movimientos gráciles.

—Una correa mágica, cuando realmente no hay más magia, — reflexionó el general. —Y aun así me seguiste, creyendo que estaba bajo el hechizo del Rey. ¿Pensaste que podrías utilizarme para ganar el favor de los rebeldes? Fascinante.

Chaol mantuvo su boca cerrada. Él ya había dicho lo suficiente como para condenarse.

Aedion continuó, —Estos dos dijeron que tu amiga asesina era una simpatizante rebelde. Que ella le dio información a Archer Finn sin pensárselo dos veces, que ella les había permitido a los rebeldes escabullirse de la ciudad cuando se le ordenó matarlos. ¿Ella fue quien te habló de los anillos del rey, o lo descubriste por tu propia cuenta? ¿Qué, exactamente, está ocurriendo en ese palacio de cristal cuando el Rey no está mirando?

Chaol se cerró sobre su réplica. Cuando quedó claro que no iba a hablar, Aedion negó con la cabeza.

—Ya sabes cómo debe terminar esto, — dijo, y en su tono de voz no había burla alguna. Sólo cálculos fríos. El verdadero rostro del Lobo del Norte. —De la manera en que yo lo veo, tú firmaste tu propia muerte cuando decidiste rastrearme, y ahora que sabes tanto...tienes dos opciones, Capitán: podemos torturarte y después matarte, o puedes decirnos lo que sabes, y lo haremos rápido. Lo menos doloroso, lo juro por mi honor.

Dejaron de caminar en círculos.

Chaol se había enfrentado a la muerte unas cuantas veces en los últimos meses. La enfrentó, la vio y lidió con ella. Pero *esta* muerte, donde Celaena, Dorian y su madre jamás sabrían lo que le sucedió...le desagradó, de algún modo. Lo enfureció.

Aedion se paró cerca de donde Chaol estaba arrodillado.

Él podría hacerse cargo del cicatrizado, y tal vez hacerle frente a Aedion, o al menos huir. *Lucharía*, porque esa era la única forma en que él abrazaría este tipo de muerte.

La espada de Aedion estaba preparada, la espada que le pertenecía a Celaena por derecho y sangre. Chaol asumía que era un carnicero de dos caras. Aedion era un traidor. Pero no a Terrasen. Aedion había estado jugando un peligroso juego desde que llegó aquí, desde que su reino cayó diez años atrás. Y engañando al rey, haciéndole pensar que estaba usando su anillo todo este tiempo, que era información que debía mantener a salvo, por la cual Aedion estaba dispuesto a matar. Aunque había otro tipo de información que Chaol podría utilizar para salir de ésta vivo. Independientemente de lo destrozada que estaba ella cuando se fue, Celaena estaba a salvo ahora. Estaba lejos de Adarlan. Pero Dorian, con su magia, con la secreta amenaza que representaba, no lo estaba. Aedion tomó aire, como preparándose para matarlo. Mantener a Dorian a salvo era lo único que le quedaba, lo único que realmente importaba. Si estos rebeldes sabían algo en



verdad, *cualquier* cosa acerca de magia que podría ayudar a liberarlo, si pudiera utilizar a Aedion para obtener esa información...

Era una verdadera apuesta, la mayor que alguna vez había hecho. Aedion levantó su espada. Con una silenciosa plegaria de perdón, Chaol miró directamente a los ojos de Aedion.

—Aelin está viva.



Aedion Ashryver había sido llamado Lobo, general, príncipe, traidor, y asesino. Y era todas esas cosas, y más. Mentiroso, embustero y tramposo eran en particular sus favoritos, los títulos que sólo sus más allegados conocían.

La ramera de Adarlan, así es como los que no le conocían le llamaban. Era cierto, de muchas maneras, era cierto, y jamás le había importado, no realmente. Se le había permitido mantener el control del Norte, reduciendo la carnicería al mínimo, y una mentira. La mitad de los Bane eran rebeldes, y la otra mitad, simpatizantes. Muchas de sus, batallas, en el Norte habían sido organizadas, el número de cuerpos un engaño y exageración, al menos hasta que los cadáveres se levantaron del campo de la muerte y regresaron a casa con sus familias.

La ramera de Adarlan. Nunca le había importado. Hasta ahora.

Primo, ese tenía que ser su más amado título. Primo, familiar, protector. Esos eran los nombres secretos que albergaba en lo más profundo de su ser, los nombres que se susurraba a sí mismo cuando el viento norteño aullaba a través de los Cuernos del Alce. A veces ese viento sonaba como los gritos de su gente siendo llevada a los bloques de matanza. Y a veces sonaba como Aelin, Aelin, a quien había amado, quien debía haber sido su reina, y a quien algún día le habría hecho un juramento de sangre.

Aedion se paró sobre las tablas en descomposición de un muelle vacío en los barrios pobres, mirando el Avery. El capitán estaba detrás de él, escupiendo sangre en el agua gracias a la paliza que recibió de Ren Allsbrook, el nuevo conspirador de Aedion y otro hombre muerto resucitado de la tumba.

Ren, heredero y señor de Allsbrook, había entrenado con Aedion como un niño, y una vez había sido su rival. Diez años atrás, Ren y su abuelo, Murtagh, escaparon de los bloques de matanza gracias a una desviación iniciada por los padres de Ren que les costó la vida, y le dio la desagradable cicatriz a Ren en su rostro. Pero Aedion no lo sabía, había pensado que estaban muertos, y se había quedado atónito al saber que ellos eran el grupo rebelde secreto que había perseguido al llegar a Rifthold. Había escuchado las afirmaciones de que Aelin estaba viva y levantando un ejército, y se arrastró hacia el Norte para llegar al fondo de las habladurías, y destruir a los mentirosos, preferentemente cortándolos pieza por pieza.



La convocatoria del Rey había sido una excusa conveniente. Ren y Murtagh habían admitido instantáneamente que los rumores habían sido esparcidos por un antiguo miembro de su grupo rebelde. Ellos jamás habían oído ni tenido contacto alguno con su reina muerta. Pero viendo a Ren y a Murtagh, se preguntó sinceramente quién más habría sobrevivido. No se permitía esperar que Aelin...

Aedion colocó su espada en la barandilla de madera, y pasó los dedos llenos de cicatrices por ella, por los cortes y líneas, cada marca una historia de legendarias batallas luchadas, de grandes reyes muertos hace mucho tiempo. La espada era el último vestigio de prueba de que un poderoso reino había existido alguna vez en el Norte.

No era su espada, no realmente. En aquellos iniciales días de sangre y conquista, el Rey de Adarlan había arrebatado la hoja del frío cuerpo de Rhoe Galathynius, y la había traído a Rifthold. Y allí se había quedado, la espada que debería haber sido de Aelin.

Por lo tanto, Aedion había luchado durante años en esos campos de guerra y de batalla, luchó para demostrar su invaluable importancia, y había soportado todo lo que le habían hecho, una y otra vez. Cuando él y el Bane ganaron ese primer combate, el Rey lo proclamó El Lobo del Norte, y le ofreció un favor; Aedion había pedido la espada.

El Rey atribuyó el pedido a un romanticismo típico de un muchacho de dieciocho años, y Aedion se pavoneó sobre su propia gloria hasta que todos creyeron que era un bastardo, carnicero traidor que se burlaba de la espada con sólo tocarla. Pero haber recuperado la espada no borró su fracaso.

A pesar de que había tenido trece años, y aunque estaba a sesenta y cinco kilómetros de Orynth cuando Aelin había sido asesinada en la finca rural, él debió haberlo evitado. Había sido enviado a su tierra luego de la muerte de su madre para convertirse en el escudo y la espada de Aelin, para servir en la corte que se suponía ella debía gobernar, esa hija de reyes. Entonces debería haber partido a caballo, cuando el castillo explotó con la noticia de que Orlon Galathynius había sido asesinado. En el momento en que todos perdían el control, Rhoe, Evalin y Aelin estaban muertas.

Era un recordatorio que siempre llevaría sobre su espalda, el recuerdo de a quién le pertenecía esa espalda, y a quien algún día, tomando su último aliento de vida, partiendo hacia el Otro Mundo, finalmente le devolvería.

Pero ahora la espada, ese peso que había abrazado por años, se sentía más...liviano, brillante y nítido, mucho más frágil. Infinitamente precioso. El mundo se había deslizado debajo de sus pies.

Nadie había hablado durante un momento luego de que el Capitán de la Guardia lo hiciera. *Aelin estaba viva*. Entonces el capitán había dicho que sólo hablaría con Aedion sobre eso.

Sólo para probar que no bromeaban sobre torturarlo, Ren le había hecho sangrar con una fría precisión que Aedion a regañadientes admiraba, pero el capitán había aceptado los golpes. Y cada vez que Ren se detenía, Murtagh desaprobándolo con la mirada, el



capitán decía lo mismo. Cuando se hizo evidente que el capitán o bien sólo hablaría con Aedion o moriría, le dijo a Ren que se detuviera. El heredero de Allsbrook se erizó, pero Aedion se había hecho cargo de muchos hombres jóvenes como él en el campo de batalla. Nunca tardó mucho en hacerlos caer. Aedion le dio una larga, y tendida mirada, y Ren se echó atrás.

Como fuere la forma en que acabaron aquí, Chaol limpió su rostro con un pedazo de tela de su camisa. Por los siguientes minutos, Aedion escuchó la historia más inverosímil que jamás le habían contado.

La historia de Celaena Sardothien, la infame asesina, entrenada por Arobynn Hamel, la historia de su caída y el año en Endovier, y cómo terminó en una ridícula competición para convertirse en la Campeona del Rey.

La historia de Aelin, su Reina, en un campo de muerte, y entonces sirviendo en la casa de su enemigo. Aedion apoyó sus manos en la barandilla. No podía ser cierto. No luego de diez años. Diez años sin esperanza, sin prueba alguna.

—Ella tiene tus ojos, — dijo Chaol, apretando la mandíbula. Si esta asesina, una asesina, por los dioses del cielo, era realmente Aelin, entonces ella era la Campeona del Rey. Entonces ella era del capitán...

—La enviaste a Wendlyn, —dijo Aedion, con la voz entrecortada. Las lágrimas vendrían después. Ahora, estaba vacío. Devastado. Cada mentira, cada rumor, acto y fiesta que había organizado, cada batalla, real o fingida, cada vida que había tomado para que otros pudieran vivir... ¿Cómo jamás podría explicárselo a ella?

La ramera de Adarlan.

—Al principio no sabía quién era. Sólo pensé que allí estaría más segura a causa de lo que es.

—¿Te das cuenta de que sólo me has dado una razón más para matarte?— Aedion apretó la mandíbula. —¿Te das cuenta del tipo de riesgo que tomaste al decírmelo? Yo podría estar trabajando para el Rey, pensaste que era su esclavo, y la única prueba que tenías en contra era una historia rápida. Habría sido lo mismo que la mataras tú mismo, — Loco, estúpido e imprudente tonto. Pero el capitán todavía tenía un as bajo la manga, el noble capitán del Rey, quien ahora estaba acatando la línea de traición. Se preguntaba acerca de la lealtad del capitán cuando Ren le dijo acerca de la participación de la Campeona del Rey con los rebeldes, pero, maldición. Aelin. *Aelin* era la Campeona del Rey, *Aelin* había ayudado a los rebeldes, y destripado a Archer Finn. Sus rodillas comenzaron a temblar, pero se tragó el shock, la sorpresa y el terror, y el atisbo de alegría.

—Sé que era un riesgo, — dijo el capitán. —Pero los hombres que tienen esos anillos, algo cambia en sus ojos, una especie de oscuridad que a veces se manifiesta físicamente. No la he visto en ti desde que llegaste. Y jamás había visto a alguien organizar tantas fiestas, y sólo asistir a ellas durante algunos minutos. Tú no irías tan lejos para ocultar reuniones con los rebeldes si fueses un esclavo del Rey, sobre todo cuando durante todo



este tiempo el Bane no ha llegado, a pesar de haber afirmado que lo haría. No encaja.

El capitán encontró su mirada. Tal vez no era un tonto, entonces.

—Creo que ella quiere que lo sepas.

El capitán miró hacia el mar. Éste lugar apestaba. Aedion había oído y visto cosas espantosas en los campos de guerra pero los suburbios de Renaril sin duda alguna les superaban. Y la capital de Terrasen, Orynth, su torre, una vez brillante torre, era ahora una losa de piedra blanca sucia, estaba encaminada hacia el decaimiento, hacia este nivel de pobreza y desesperanza. Pero tal vez, algún día pronto...

Aelin estaba *viva*. Viva, y era tan asesina como él, y estaba trabajando para el mismo hombre que él.

—¿Lo sabe el príncipe?— Nunca había sido capaz de hablarle al príncipe sin recordar los días antes de la caída de Terrasen; no era capaz de esconder el odio.

—No. Ni siquiera sabe por qué la mandé hacia Wendlyn. O que ella es, que ustedes dos son... hadas.

Aedion jamás había poseído una fracción del poder que ardía en las venas de ella, el que había causado incendios en bibliotecas y tal preocupación que habían rumores, en aquellos meses antes de que el mundo se fuera al infierno, de mandarla a algún lugar para que aprendiese a controlarlo. Había escuchado debates de enviarla a varias academias o a tutores en tierras distantes, pero jamás a su tía Maeve, que esperaba como una araña en su red de seda para ver qué fue de su sobrina. Y aun así ella terminó en Wendlyn, a las puertas de su tía.

Maeve o bien nunca supo sobre sus dones heredados o jamás le importó. No, lo único que él tenía eran algunos de los rasgos físicos de sus parientes inmortales: la fuerza, la rapidez, una nítida audición y un agudo olfato. Lo había hecho un formidable oponente en el campo de batalla, y le habían salvado la vida más de una vez. Salvado su propia alma, si el capitán estaba en lo cierto acerca de esos anillos.

—¿Volverá?— preguntó Aedion silenciosamente. La primera de muchas, muchas preguntas que tenía para el capitán, ahora que se había probado a sí mismo ser más que un inútil sirviente del rey. Había suficiente agonía en los ojos del capitán como para que Aedion se diera cuenta de que la amaba. Lo sabía, y sentía un tirón de celos, pero sólo porque él la conocía tan bien.

—No lo sé, — admitió Chaol. Si no hubiera sido su enemigo, Aedion habría respetado al hombre, por el sacrificio implícito. Pero Aelin *debía* volver. Lo haría. A menos que el retorno le valiera un paseo al bloque de carnicería y matanza. Él llegaría al fondo de cada pensamiento salvaje una vez que estuviese solo. Agarró la barandilla húmeda más fuerte, luchando contra la urgencia de seguir preguntando.

Pero entonces el capitán le dirigió una mirada de pesar, como si pudiese ver a través de cada máscara que Aedion utilizara. Por un instante, Aedion consideró atravesar la hoja



por el cuerpo del capitán, y arrojar su cuerpo en el Avery, a pesar de la información que poseía. El capitán miró su hoja, también, y Aedion se preguntó si él pensaba lo mismo, lamentando su decisión de confiar en él. El capitán debería hacerlo, debería maldecirse a sí mismo por ser un necio.

Aedion dijo, —¿Por qué estabas rastreando a los rebeldes?

—Porque pensé que ellos tal vez tuvieran información valiosa. — Ciertamente debía de serlo, entonces, si él estuviera dispuesto a arriesgarse revelándose como un traidor para conseguirla. Aedion había estado dispuesto a torturar al capitán, a matarlo, también. Había hecho cosas peores antes. Pero torturar y matar al amante de su reina no iría bien si, cuando ella regresara. Además el capitán era su mayor fuente de información. Él quería saber más acerca de Aelin, acerca de sus planes, de cómo era y cómo podía encontrarla. Él quería saber todo. Cualquier cosa. Especialmente ahora, quería saber dónde estaba el capitán en el tablero de juego, y todo lo que sabía el capitán sobre el rey. Así que Aedion dijo, —Dime más acerca de esos anillos.

Pero el capitán negó con la cabeza. —Quiero hacer un trato contigo.





Capítulo 20

Traducido por Meeny
Corregido por Diana Gonher

El ojo morado todavía estaba espantoso, pero mejoró durante la siguiente semana mientras Celaena trabajaba en las cocinas. Intentó cambiar de actitud con Rowan pero falló. Generalmente evitaba a todo el mundo.

Las lluvias de primavera habían llegado para quedarse y la cocina estaba atestada cada noche, así que Celaena se adaptó a comer la cena en los peldaños oscuros, llegando justo antes de que el *Guardián de Historias* empezara a hablar.

El Guardián de Historias..., eso era Emrys, un título de honor entre hadas y humanos en Wendlyn. Lo que quería decir que, cuando comenzaba a contar una historia, te sentabas y te callabas. También significaba que él era una biblioteca andante de las leyendas y mitos del reino.

Para entonces, Celaena ya conocía a la mayoría de los residentes de la fortaleza, aunque fuese sólo en el sentido de que podía ponerle nombres a las caras. Los había observado por instinto para aprender de su entorno. Sus potenciales enemigos y amenazas. Sabía que ellos también la observaban, cuando pensaban que ella no estaba prestando atención. Y cualquier pizca de remordimiento que sentía por no acercarse a ellos fue consumida por el hecho de que también nadie se molestó en acercarse a ella.

La única persona que hizo un esfuerzo fue Luca, quien todavía acribillaba a Celaena con preguntas mientras trabajaban, balbuceando una y otra vez sobre su entrenamiento, los chismes de la fortaleza y el tiempo. Él sólo le había hablado una vez sobre otra cosa.

Una mañana cuando le había tomado un esfuerzo monumental despegarse de la cama,

y solo la cicatriz en su palma la había hecho plantar los pies en el piso helado. Se encontraba lavando los platos del desayuno, observando a través de la ventana sin ver nada, demasiado pesada en sus huesos, cuando Luca había depositado una olla en el fregador y dijo en voz baja:

—Durante mucho tiempo no pude hablar sobre lo que me pasó antes de venir aquí. Hubo días en los que no podía hablar en absoluto. No podía salir de la cama, tampoco. Pero si..., cuando necesites hablar...

Ella lo había cortado con una larga mirada. Y él no había dicho nada parecido desde entonces.

Afortunadamente, Emrys le dio espacio. Mucho espacio, especialmente cuando Malakai llegó durante el desayuno para asegurarse de que Celaena no había causado ningún problema. Usualmente evitaba mirar a las demás parejas de la fortaleza, pero aquí, donde no podía marcharse... odiaba su cercanía, la forma en que los ojos de Malakai se iluminaban cada vez que él lo miraba. Lo odiaba tanto que se atragantaba con ello.

Nunca le había preguntado a Rowan por qué él también venía a escuchar las historias de Emrys. Aunque en lo que a cada uno le concernía, el otro no existía fuera de los entrenamientos.

El entrenamiento era una forma generosa de describir lo que estaban haciendo, en el cual no había logrado nada. No cambió ni una vez. Él gruñó, puso cara de desprecio y silbó entre dientes, pero ella no pudo hacerlo. Todos los días, siempre que Rowan desaparecía por unos momentos, lo intentaba, pero nada. Rowan amenazaba con arrastrarla de nuevo a las tumbas, ya que esa parecía ser la única cosa que había provocado algún tipo de respuesta pero para su sorpresa, él había retrocedido cuando le dijo que se cortaría la garganta antes que entrar a ese lugar nuevamente. Así que se insultaban mutuamente, se sentaban en meditativo silencio en las ruinas del templo, y de vez en cuando tenían discusiones a gritos tácticos. Si ella estaba de un humor particularmente malo, él la hacía cortar leña, tronco tras tronco, hasta que apenas podía levantar el hacha y sus manos estaban llenas de ampollas. Si iba a estar disgustada con todo el maldito mundo, cómo decía él e si iba a desperdiciar su tiempo al no cambiar, entonces bien podría ser útil de alguna manera.

Toda esta espera...por ella. Por el cambio, la hacía estremecerse al pensarlo.

Fue al octavo día de su llegada, después de frotar ollas y cazuelas hasta que su espalda vibró, que Celaena se detuvo a mitad de su excursión camino arriba de la ahora familiar cresta.

—Tengo una petición. —Ella nunca le hablaba a menos que fuera necesario, la mayor parte del tiempo para maldecirlo. Ahora dijo:

—Quiero verte cambiar.

Hubo un parpadeo de aquellos impasibles ojos verdes. —No tienes el privilegio de dar



órdenes.

—Enséñame cómo hacerlo. —Sus recuerdos de hada en Terrasen eran nublados, como si alguien hubiese untado aceite sobre ellos. No podía recordar ver a alguno de ellos cambiar, a dónde habían ido sus vestimentas, cuán rápido había sido... Rowan se le quedó mirando, como si dijera, *Sólo esta vez*, y entonces...

Un suave destello de luz, una onda de color, y un halcón estaba aleteando en el aire, batiendo en busca de la rama más cercana. Se posó en ella, chasqueando su pico. Había tomado apenas más que unos pocos segundos.

Dio un grito de batalla y descendió, con sus garras rozándola en los ojos. Ella se abalanzó detrás del árbol justo cuando hubo otro destello y onda de color, y entonces él estaba vestido, armado y gruñéndole en la cara.

—Tu turno.

No le daría la satisfacción de verla temblar. Esto era..., increíble. Increíble ver el cambio. — ¿A dónde va tu ropa?

—A cualquier sitio. Particularmente no me importa. —Los ojos de Rowan se notaban tan muertos. Faltos de alegría. Tenía la sensación de que ella se veía así estos días. Sabía que se había visto así la noche que Chaol la había atrapado destripando a Archer en el túnel. ¿Qué había dejado tan desalmado a Rowan?

Le enseñó los dientes, pero ella no accedió. Había estado observando a los guerreros varones semi-hadas en la fortaleza, y ellos gruñían y mostraban sus dientes por todo. No eran el etéreo pueblo gentil que pintaban las leyendas, que recordaba vagamente de Terrasen. No se tomaban de las manos para bailar alrededor del palo de mayo con flores en su cabello. La mayoría de ellos eran depredadores. Algunas de las féminas dominantes eran igual de agresivas, con tendencia a gruñir cuando eran desafiadas, estaban molestas o incluso hambrientas. Supuso que podría haber encajado con ellas si se hubiera molestado en intentarlo.

Todavía sosteniéndole la mirada a Rowan, Celaena calmó su respiración. Imaginó dedos fantasmales, alcanzándola, extrayéndole su forma feérica. Imaginó un lavado de color y luz. Se empujó a sí misma contra su carne mortal. Pero..., nada.

—A veces me pregunto si esto es un castigo para ti —dijo ella entre dientes—. Pero, ¿Qué podrías haber hecho para hacer enojar a su Majestad inmortal?

—No utilices ese tono cuando hables de ella.

—Oh, yo puedo usar el tono que quiera. Y tú puedes mofarte, gruñirme y hacerme cortar madera todo el día, pero a menos que me arranques la lengua, no puedes...

Más rápido que un rayo, su mano salió disparada y se atragantó, sacudiéndose mientras él le agarraba la lengua entre los dedos. Ella mordió, duro, pero él no la soltó.



—Dilo otra vez —ronroneó.

Ella se ahogó mientras él se mantenía pinchándole la lengua, y fue por sus dagas, simultáneamente golpeándolo entre las piernas con su rodilla, pero él empujó su cuerpo contra el de ella, una pared de músculo duro y varios cientos de años de entrenamiento letal estampándola contra un árbol. Era una broma en comparación, una broma, y su lengua...

Por fin le liberó la lengua, y Celaena respiró jadeando. Lo insultó, con un sucio y nauseabundo nombre, y le escupió a los pies. Fue cuando él la mordió.

Gritó cuando aquellos colmillos traspasaron el punto entre su cuello y hombro, un acto fundamental de agresión..., la mordida era tan fuerte y demandante que estaba demasiado aturdida para moverse. Él la tenía inmóvil contra el árbol y la sujetó con más fuerza; él le hundió profundamente los colmillos, y su sangre se derramó en su camisa. Inmovilizada, como una debilucha. Eso era en lo que se había convertido, ¿No era así? Inútil, patética.

Ella gruñó, más animal que ser sensible. Y empujó.

Rowan retrocedió un paso, con sus dientes rasgándole la piel mientras ella le golpeaba el pecho. Ella no sentía el dolor, no se preocupaba por la sangre o el destello de luz. Lo que quería era rajarle la garganta, rasgársela con los colmillos alargados que le enseñó mientras terminaba de cambiar y rugió.





Capítulo 21

*Traducido por Jeanna
Corregido por Romina*

Rowan sonrió. —Eso es.— Sangre, su sangre, estaba en sus dientes, en su boca y barbilla. Y esos ojos muertos brillaban mientras escupía su sangre en la tierra. Probablemente sabía cómo una alcantarilla para él.

Hubo un chillido en sus oídos, y Celaena se abalanzó sobre él. Se lanzó, y luego se detuvo, sintiendo el mundo con una claridad sorprendente, lo olió, probó y respiró como si fuera el más fino vino. Dioses, este lugar, este reino olían *divino*, olía como...

Ella había cambiado.

Jadeó, a pesar de que sus pulmones le decían que ya no estaba sin aliento y que no necesitara tantas respiraciones en su cuerpo. Hubo un cosquilleo en su nuca, su piel lentamente fue comenzando a unirse. Ella sanaba más rápido en esta forma debido a la magia... *Respira. Respira.*

Pero allí estaba, levantando, un reguero de pólvora que crepitaba en sus venas, en la punta de sus dedos, el bosque alrededor de ellos tan apacible, y luego...

Se empujó hacia atrás. Tomó el miedo y lo utilizó como una batería dentro de sí misma, en contra de la energía, empujando hacia abajo, hacia abajo.

Rowan merodeaba cerca. —Déjalo salir. No luches contra él.

Un pulso latía contra ella, mordiendo, con olor a nieve y pinos. El poder de Rowan, burlándose de ella. No como su fuego, sino como un poder de hielo y viento. Una ráfaga

congelada a su lado habría de caer contra el árbol. La magia mordía su mejilla ahora. Magia, atacándola.

El reguero de pólvora explotó en una pared de llamas azules, corriendo por Rowan, envolviendo los árboles, el mundo, a sí misma, hasta que...

Desapareció, aspirada hacia la nada, junto con el aire que estaba respirando.

Celaena cayó de rodillas. Aferrada a su cuello como si pudiera arañar, abrir una de las vías respiratorias por sí misma, las botas de Rowan aparecieron en su campo de visión. Él había tomado el aire, sofocando su fuego. Tal poder, tal control. Maeve no le había dado un instructor con habilidades similares. En su lugar había enviado a alguien con poder capaz de asfixiar su fuego, alguien que no le importaría hacerlo si ella se convirtiese en una amenaza.

Aire corrió por su garganta en un silbido. Ella abrió la boca hacia abajo en tragos codiciosos, apenas registraba la agonía mientras cambiaba de nuevo en su forma mortal, viniendo al mundo quieta y aburrida otra vez.

— ¿Tu amante sabe lo que eres? — Una fría pregunta.

Ella levantó la cabeza, sin importarle cómo se había enterado. — Él lo sabe todo. — No del todo cierto.

Sus ojos parpadearon, con qué emoción, ella no podía decirlo. — No te morderé de nuevo —, dijo, y ella se preguntó lo que había probado en su sangre.

Ella gruñó, pero el sonido fue silenciado. Sin colmillos. — ¿Incluso si es la única manera de conseguir cambiarme?

Él caminó cuesta arriba a la cresta. — No muerdes a las mujeres de otros hombres.

Ella escuchó, más que sentirlo, que algo murió en su voz cuando dijo: — No estamos juntos. Ya no. Lo dejé ir antes de venir aquí.

Miró por encima del hombro. — ¿Por qué? — plano, aburrido. Pero aun así, un poco curioso.

¿Qué importaba si él sabía? Había acurrucado su mano en puño en su regazo, con los nudillos blancos.

Miró el anillo, lo frotó, lo acogió reluciente, abriéndose un agujero a través de sí misma.

Debería deshacerse de esa maldita cosa. Pero sabía que no lo haría, aunque sólo fuera porque sentía que merecía esa agonía cercana constante. — Porque es más seguro si es tan rechazado por mí como lo eres tú.

— Al menos tú ya has aprendido una lección. — Cuando ella ladeó la cabeza, dijo: — Las personas que amas son tan sólo armas que se utilizarán en tu contra.

No quería recordar cómo Nehemia había utilizado, se había utilizado a sí misma, en



contra de ella, para obligarla a actuar. Quería fingir que no estaba empezando a olvidar lo que Nehemia había representado.

—Cambia de nuevo, — ordenó Rowan, señalando con la barbilla hacia ella. —Esta vez, intenta...

Ella estaba olvidando como lucía Nehemia. La sombra de sus ojos, la curva de sus labios, su olor. Su risa. El rugido en la cabeza de Celaena se quedó en silencio, silenciada por esa nada familiar.

No dejes que la luz se apague.

Pero Celaena no sabía cómo detenerlo. La única persona a la que ella podría haberle dicho, que podría haber entendido. . . Fue enterrada en una tumba sin adornos, tan lejos de la tierra calentada por el sol que ella había amado.

Rowan la agarró por los hombros. — ¿Me estás escuchando?

Ella le dirigió una mirada aburrida, incluso mientras sus dedos se clavaron en su piel. — ¿Por qué no simplemente me muerdes de nuevo?

— ¿Por qué no te doy los azotes que te mereces?

Parecía que había algo tan muerto en él que ella parpadeo. —Si alguna vez tomas un látigo hacia mí, te voy a despellejar vivo.

Él la soltó y caminó alrededor del claro, un depredador evaluando su presa. —Si no cambias otra vez, estarás de doble servicio en las cocinas por la próxima semana.

—Bien.— Por lo menos trabajar en las cocinas tuvo algunos resultados cuantificables. Al menos en la cocina, ella podía contar de abajo arriba y sabía lo que estaba haciendo. Pero esto, esta promesa que ella había hecho, el trato que había arreglado con Maeve. . . Había sido una tontería.

Rowan se detuvo en su acoso. —Eres una inútil.

—Dime algo que no sepa.—

Él continuó, —Probablemente habría sido más útil para el mundo si realmente hubieras muerto hace diez años.

Ella sólo lo miró a los ojos y dijo: —Me voy.



Rowan no la detuvo cuando ella regresó a la fortaleza y empacó. Le tomó toda una hora, ya que ni siquiera había descargado su bolso y no tenía armas. Supuso que tendría que rasgar la fortaleza aparte de encontrar donde Rowan las había escondido, o tomarlas de la semi-hada, pero para ambas requeriría tiempo y atraer más atención de lo que



quería. No habló con nadie mientras caminaba hacia la salida.

Ella iba a encontrar otra manera de aprender sobre las llaves del Wyrd y destruir al Rey de Adarlan y liberar Eyllwe. Si ella continúa con esto, no tendría nada dentro con que luchar.

Había marcado las rutas que había tomado en el camino, pero cuando entró en la ladera de aboles, cubierta, en su mayoría se basó en la posición de las nubes, velando al sol para navegar. Ella haría el viaje de vuelta, encontraría comida en el camino, y averiguaría algo más. Esto había sido una tontería desde el principio. Al menos no se había retrasado tanto, a pesar de que ahora tendría que ser más rápida en encontrar las respuestas que necesitaba, y...

— ¿Es esto lo que haces? ¿Huir cuando las cosas se ponen difíciles? —Rowan estaba de pie entre dos árboles directamente en su camino, después de haber volado sin duda aquí.

Ella pasó junto a él, sus piernas ardiendo con el descenso a pie. —Tú eres libre de tu obligación de entrenarme, así que no tengo nada más que decirte, y no tienes nada más que decirme. Haznos un favor y vate al infierno.

Gruñó. — ¿Alguna vez has tenido que luchar por algo en tu vida?

Ella dejó escapar una baja, risa amarga y caminó más rápido, virando hacia el oeste, no preocupándose por la dirección tanto como para alejarse de él. Pero siguió con facilidad, sus largas piernas musculosas devorando la tierra cubierta de musgo. —Me estás dando la razón con cada paso que das.

—No me importa.

—No sé lo que quieres de Maeve, qué respuestas estás buscando, pero tú...

— ¿No sabes lo que quiero de ella? — Fue más un grito que una pregunta. — ¿Qué hay de salvar al mundo del Rey de Adarlan?

— ¿Por qué molestarse? Tal vez el mundo no es digno de ser salvado. Sabía que lo decía en serio, también. Esos ojos sin vida lo decían todo.

—Porque yo hice una promesa. Una promesa a una amiga que deseaba ver a su reino liberado—. Ella empujó su mano llena de cicatrices por la cara. —Hice una promesa irrompible. Y tú y Maeve, todos tus malditos Dioses bastardos están en el camino de eso. —Se fue por la ladera de nuevo. Él siguió.

— ¿Y qué de tu propia gente? ¿Qué hay de tu propio reino?

—Ellos están mejor sin mí, como tú has dicho.

Su tatuaje se arrugó cuando él gruñó. —Así que salvarías otra tierra, pero no la tuya. ¿Por qué no puede tu amiga salvar su propio reino? —



— ¡Porque ella está *muerta*!— Gritó la última palabra en voz tan alta que se quemó en su garganta. —Porque ella está muerta, ¡Y yo sigo aquí con mi *insignificante* vida!

Él simplemente la miró con esa quietud animal. Cuando ella se fue, él no fue detrás de ella.



Perdió la noción de lo lejos que caminaba y en qué dirección viajaba. No le importaba. Ella no había pronunciado las palabras, *está muerta*, desde el día después en que Nehemia había sido arrebatada de ella. Pero ella estaba muerta. Y Celaena la echaba de menos.

La noche barrió antes debido a la capa de nubes, la temperatura cayendo en picado cuando un trueno gruñó en la distancia. Ella hizo armas y continuó, encontró una piedra afilada para cortar las ramas en lanzas rudimentarias: la más larga la usó como bastón, y aunque eran poco más que estacas, se dijo así misma que los dos cortos eran puñales. Mejor que nada.

Cada paso era más pesado que el anterior, y tuvo suficiente sentido de auto-conservación como para empezar a buscar un lugar para pasar la noche. Estaba oscureciendo cuando se encontró con algo decente: una cueva poco profunda en el costado de una cornisa de granito.

Rápidamente reunió suficiente madera para un fuego. La ironía de ello no se perdió en ella. Si no tenía ningún control sobre su magia, arrancaría ese pensamiento antes de que termine. Ella no había hecho un fuego en años, por lo que le tomó un par de intentos, pero funcionó. Justo cuando un trueno rompió por encima de su pequeña cueva y los cielos se abrieron.

Estaba hambrienta, y por suerte encontró algunas manzanas en el fondo de su bolso, junto con el viejo pan de Varese que todavía era comestible, aunque difícil de masticar. Después de que comió tanto de él como podía estar de pie, sacó su capa de alrededor de sí misma y la enclavó en el costado de la cueva.

No dejó de notar los pequeños ojos brillantes que se reunieron, mirando a través de las zarzas o sobre rocas o alrededor de los árboles. Ninguno de ellos le había molestado desde aquella primera noche, y ellos no se acercaron. Sus instintos, afectados como se habían sentido en estas últimas semanas, no plantearon ninguna alarma, tampoco. Así que ella no les dijo que se fueran, y no le importaba en absoluto.

Con el fuego y la lluvia golpeando, era casi acogedor, no como su cámara de congelación. Aunque estaba agotada, se sintió un poco con la cabeza despejada. Casi como ella misma de nuevo, con sus armas improvisadas. Había hecho una elección inteligente para salir. *Haz lo que tengas que hacer*, Elena le había dicho. Bueno, ella había necesitado salir antes que Rowan la destrozara en tantos pedazos que nunca volvería a tener una



oportunidad de ponerse a sí misma de nuevo junta.

Mañana, empezaría de nuevo. Ella había descubierto lo que parecía un desmoronamiento, un camino olvidado del que ella podría seguir cuesta abajo. Mientras siguiera su camino hacia las llanuras, podría encontrar su camino de nuevo a la costa. Y elaborar un nuevo plan mientras se dirigía hacia allí.

Fue bueno que ella se hubiera marchado.

Agotamiento la golpeó tan a fondo que ella estaba dormida momentos después de que se hubiera extendido junto al fuego, una mano apretó alrededor de su lanza. Probablemente se habría quedado dormida hasta el amanecer había un repentino silencio que tiró hasta despertarla.





Capítulo 22

Traducido por Carla

Corregido por Paola

La fogata de Celaena aún crepitaba, la lluvia seguía golpeando más allá de la entrada de la cueva. Pero el bosque estaba en silencio. Esos pequeños ojos que la observaban, habían desaparecido.

Se desenvolvió sobre sus pies, una lanza en una mano y una estaca en la otra, y se arrastró hacia la estrecha entrada de la cueva. Con la lluvia y el fuego, no podía distinguir nada. Cada pelo de su cuerpo estaba levantado, y un hedor creciente se extendía más allá del bosque. Al igual que el cuero y la carroña. Diferente de lo que había oído en los túmulos. Más viejo, con más tierra y... más hambre.

De pronto, la fogata parecía ser la cosa más estúpida que había hecho.

Sin fuego. Esa había sido la única regla de Rowan mientras hacían la excursión a la fortaleza. Y se habían quedado fuera de las carreteras, desviándose por completo de los olvidados. Como el camino que ella había observado de cerca.

El silencio se profundizó.

Se adentró en el bosque húmedo, golpeando con sus pies las rocas y las raíces mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad. Pero seguía avanzando, doblando hacia abajo y lejos del antiguo camino.

Estaba lejos, tanto que la cueva era poco más que un destello sobre la montaña, luces parpadeaban, iluminando los árboles. Ladeó su lanza y estaca en una mejor posición y estaba a punto de continuar cuando un relámpago la iluminó.

Tres siluetas altas y desgarradas, acechaban frente a su cueva.

A pesar de que se alzaban como humanos, en el fondo sabía que no era así. Tampoco eran hadas.

Con mucho cuidado, dio un paso y después otro. Ellos seguían asomándose alrededor de la cueva, más altos que los hombres, ni hombre ni mujer.

Los Skinwalkers están acechando, eso fue lo que advirtió Rowan el primer día que entrenaron, *en busca de pieles humanas para llevar a sus cuevas*. Estaba muy aturdida como para preguntar o interesarse. Pero ahora, aquel descuido, aquel desinterés, iba a ocasionarle la muerte. Pielés.

Wendlyn, tierra de pesadillas vivientes, donde las leyendas recorren la tierra. A pesar de años de entrenamiento de sigilo, cada paso se sentía como un golpe en seco, su respiración demasiado ruidosa.

Un trueno retumbó a lo lejos y aprovechó el sonido para dar pasos más amplios. Se detuvo detrás de otro árbol, respirando tan bajo como pudo, y observó a su alrededor para estudiar la colina detrás de ella. Un relámpago iluminó de nuevo.

Las tres figuras desaparecieron. Pero las pieles, aquel olor rancio, flotaba a su alrededor.

Pielés humanas.

Vio el árbol que había esquivado antes. El tronco era demasiado resbaladizo por el musgo y las ramas estaban muy altas. El resto de los árboles no era mejor. Y, ¿Qué tan bueno podría ser, atascarse en un árbol durante una tormenta?

Se lanzó al siguiente árbol, evitando las ramas y hojas, maldiciendo por la lentitud de su ritmo, y... *maldita sea al infierno*. Salió corriendo, la tierra traicionera cubierta de musgo bajo sus pies. Pudo distinguir los árboles, algunas rocas pero la pendiente era pronunciada. Mantuvo sus pies debajo de ella, incluso mientras la tierra se abría detrás, cada vez más rápido.

No se atrevió a quitar la mirada de los árboles mientras bajaba por la pendiente, desesperada por cualquier terreno plano. Quizá su terreno de caza, terminaba en algún lugar. Quizá podría huir de ellos hasta el amanecer. Viró hacia el Este, todavía cuesta abajo, y se agarró a un tronco para columpiarse alrededor, casi perdiendo el equilibrio mientras se estrelló contra algo duro e inflexible.

Movió su estaca, para ser atrapada por dos manos enormes.

Sus muñecas cantaron en agonía mientras sus dedos se deslizaban lo suficiente que no podría apuñalar con cualquier cosa a su captor. Se retorció, subiendo un pie para aplastar a su agresor, y obtuvo un destello de colmillos, no colmillos. Dientes.

No había destello de pieles frescas. Sólo cabello plateado, brillando con la lluvia.



Rowan la tomó contra él, presionando en lo que parecía un árbol hueco.

Su semblante parecía calmado pero su respiración no era nada fácil cuando Rowan la tomó por los hombros y puso su boca en su oído. Las pisadas se habían detenido.

—Escucharás cada palabra que digo.— La voz de Rowan era más suave que la lluvia.—O morirás ésta noche. ¿Entiendes?— ella asintió. Él la soltó, sólo para sacar su espada y un hacha de aspecto malvado. —Los sobrevivientes dependen completamente de ti.— El olor comenzó a sentirse de nuevo. —Necesitas cambiar *ahora*. O tu lentitud mortal, te matará.

Se puso rígida pero buscaba un hilo de poder. No había ninguno. Tenía que haber algún gatillo, algún *lugar* donde pudiera comandarlo... un bajo, chillido de una piedra sobre el metal, sonó a través de la lluvia. Después otro y otro. Estaban afilando sus cuchillas. —Tu magia...

—Ellos no respiran, por lo tanto, no tienen vías respiratorias que cortar. El hielo los haría lentos, no los detendría. Mi mente está soplando nuestro olor lejos de ellos, pero no por mucho. *Cambia*, Aelin.

Aelin. Esto no era un examen, ni un elaborado truco. Los Skinwalkers no necesitan aire. El tatuaje de Rowan brilló como un rayo llenando aquel pequeño escondite. —En un momento tendremos que correr. Qué forma toma cuando lo hagamos, determinará nuestros destinos. Entonces *respira y cambia*.

A través de cualquier otro instinto gritando contra él, cerró sus ojos. Respiró y volvió a respirar.

Sus pulmones se abrieron, llenos de frío, aire suave, y se preguntó si Rowan también estaba ayudando con eso.

Estaba ayudando. Y estaba dispuesto a encontrarse con un horrible destino para mantenerla viva. No la había dejado sola. No estaba sola.

Había una maldición ahogada y Rowan estrelló su cuerpo contra el de ella, como si de alguna manera pudiera protegerla. No, protegerla no. Cubrirla, el destello de la luz.

Apenas sintió el dolor, aunque solo fuese por sus sentidos de hada que encajaban en su sitio, tendría que empujar su mano contra su boca para evitar las arcadas. Oh, dios, su fuerte olor, peor que cualquier cadáver que jamás haya tratado.

Con sus delicados oídos, ahora podía escucharlos, cada paso que daban mientras tres de ellos sistemáticamente caminaban colina abajo. Hablaban bajo, voces extrañas, hombre y mujer a la vez, hambriento.

—Ahora hay dos de ellos aquí, — silbó uno de ellos. No quería saber que poder le permitía hablar cuando no tienen vías respiratorias. —Un hada macho se unió a la hembra. Lo quiero, huele a vientos de la tormenta y acero.— Celaena cubrió su boca mientras el olor se metía por su garganta. —Llevaremos a la chica con nosotros, el amanecer está



cerca. Después podremos tomar nuestro tiempo para pelarla aparte.

Rowan se tranquilizó y le dijo en voz baja, no necesita estar cerca para escuchar mientras evaluaba más allá del bosque. —Hay un río rápido a un tercio de milla al este, en la base de un largo acantilado.— Mientras sacaba dos largas dagas, no la miró, y ella no asintió su agradecimiento mientras separó silenciosamente sus armas improvisadas y agarró la empuñadura de marfil. —Cuando diga *corre*, correrás como el infierno. Pisa donde yo piso y no mires hacia atrás, por ninguna razón. Si nos separamos, corre derecho— escucharás el río.— Orden tras orden, un comandante en el campo de batalla, sólido y letal. Se asomó fuera del árbol. El olor era abrumador, viniendo de todos los ángulos. —Si te atrapan, no podrás matarlos, no con un arma mortal. Tu mejor opción será pelear hasta que puedas liberarte y corres. ¿Entendido?

Ella asintió de nuevo. Respirar era difícil otra vez, y la lluvia ahora era torrencial.

—En mi marca, — dijo Rowan, oliendo y escuchando cosas que estaban perdidas incluso para sus enaltecidos sentidos. —Listo...— se puso de cuclillas y Rowan hizo lo mismo.

—Ve, ve— uno de ellos silbó, tan cerca que pudo estar en el árbol con ellos. Hubo un ruido repentino hacia el oeste, casi como si dos personas estuviesen corriendo. Al instante, el hedor de los Skinwalkers disminuyó mientras corrían tras las crujientes ramas y hojas que el viento de Rowan dejó en otra dirección.

—Ahora, — silbó Rowan y estalló fuera del árbol.

Celaena corrió o eso intentó. Incluso con la visión afilada, la maleza, las rocas y los arboles le resultaban un obstáculo. Rowan corrió hacia el creciente rugido del río, agrandado por las lluvias de primavera, su ritmo era más lento de lo que ella esperaba, pero... él iba lento por ella. Porque su cuero de hada era diferente, estaba ajustando mal, y...

Se deslizó pero una mano estaba en su codo, manteniéndola de forma vertical. —Más rápido, — fue todo lo que dijo, y tan pronto como ella encontró el equilibrio, él estaba afuera de nuevo, disparado entre los arboles como un gato montés.

Tomó un minuto antes de que la fuerza de ese olor debilitara sus talones. Pero ella no quitaría la mirada sobre Rowan, y el brillante frente, el final de la línea de los árboles. No muy lejos antes de que ellos pudiesen saltar, y...

Un cuarto Skinwalker saltó de donde había estado acechando desde la maleza sin ser detectado. Se abalanzó sobre Rowan en un destello como cuero, largas extremidades marcadas con innumerables cicatrices. No, no cicatrices, puntadas. Puntadas manteniendo sus diversas pieles juntas.

Ella dio un grito mientras el Skinwalker se precipitaba pero Rowan no titubeó ni un paso mientras se agachaba y giraba con una velocidad inhumana, rozando con su espada y cortando rencorosamente con su hacha de guerra. El brazo del Skinwalker se cortó al mismo tiempo que su cabeza cayó de su cuello.



Quizá estaba maravillada por la manera en que él se movía, la manera en la que él lo mató pero Rowan no paraba de correr, entonces Celaena corrió tras él, mirando el cuerpo que el guerrero hada hizo pedazos.

Hundiendo pedacitos de piel en las hojas mojadas, como ropa rasgada. Pero aun crispando y susurrando, como esperando que alguien le diera puntadas de nuevo.

Ella corrió rápido, Rowan aun marcando el límite.

Los Skinwalkers estaban atrás, chillando de rabia. Después se quedaron en silencio, hasta que...

— ¿Creen que el río puede salvarlos?— jadeó uno de ellos, dejando salir una risa que se coló entre sus huesos. — ¿Creen que si nos mojamos, perderemos nuestra forma? He usado piel de pescado cuando los mortales eran escasos, chica.

Entonces tuvo una imagen del caos que estaba esperando en ese río, golpearse la cabeza y casi ahogarse y mareos, y algo jalándola hacia abajo, más y más abajo, justo en el fondo.

— *Rowan*— exhaló ella, pero él ya se había ido, su gran cuerpo precipitándose justo hacia abajo del acantilado en un poderoso salto.

No estaba deteniendo la caza tras ella. Los Skinwalkers iban a saltar con ellos. Y no había que hacer para que pudieran matarlos, ningún arma mortal que pudiesen usar.

Un hueco se abrió dentro de ella, vasto e inflexible y horrible. Rowan había dicho que ningún arma mortal podría matarlos. Pero, ¿Qué tal una inmortal?

Celaena rompió a través de la línea de los árboles, corriendo sobre la cornisa que sobresalía, granito puro, bajo ella mientras arrojaba su fuerza hacia sus piernas, sus pulmones, sus brazos y *brincó*.

Mientras se desplomaba, giró para enfrentar el acantilado, para enfrentarlos. No eran más que cuerpos delgados saltando en la noche lluviosa. Chillando con primitiva, triunfante y anticipado placer.

— ¡Cambia!— fue la única advertencia que le dio a Rowan. Hubo un destello de luz que le dijo que él había obedecido.

Luego se arrancó todo lo de ese vacío en su interior, quitándolo con ambas manos, con mucha rabia, un corazón sin esperanza.

Mientras caía, su cabello azotaba su cara, Celaena empujó sus manos hacia los Skinwalkers.

—Sorpresa— dijo ella. El mundo estalló en un salvaje fuego azul.



Celaena se estremeció en la orilla del río, por frío, cansancio y terror. Terror por los Skinwalkers, y terror por lo que había hecho.

Su ropa seca debido al cambio, Rowan estaba a escasos metros de ella, observando arder el acantilado río arriba. Ella incineró a los Skinwalkers. Ni siquiera habían tenido tiempo de gritar.

Se encorvó sobre sus rodillas, los brazos alrededor de sí misma. El bosque se estaba quemando a cada lado del río, a un radio que no tenía la fuerza para medir. Era un arma, su poder. Una fuente de poder diferente que las cuchillas o las flechas en sus manos, una maldición.

Le tomó varios intentos pero al final, habló. — ¿Puedes apagarlo?

—Podrías, si lo intentaras.— Cuando no respondió, dijo, —Ya casi termino.— En un momento las flamas cerca del acantilado, se fueron. ¿Cuánto había tardado para apagarlo? —No necesitamos a nada más atraído por tus fuegos.

Pudo haberse tomado la molestia de responder al pinchazo pero estaba muy cansada y fría. La lluvia llenó el mundo y, por un momento, el silencio reinó.

— ¿Por qué mi cambio es tan vital?— preguntó al final.

—Porque te aterroriza.— Dijo él. —Dominarlo es el primer paso para aprender cómo controlar tu poder. Sin ese control, con una explosión como esa, pudiste haberte quemado tú misma, fácilmente.

— ¿A qué te refieres?

Otra mirada tormentosa, —Cuando ingresas a tu poder, ¿Cómo se siente?

—Un vacío— pensó. —La magia se siente como un vacío.— Dijo.

— ¿Sentiste el fondo?

— ¿Existe un fondo?— rezaba para que así fuese.

—Toda la magia tiene un fondo, un punto de quiebre. Para aquellos con dones débiles, se agota fácilmente y fácilmente se vuelve a llenar. Pueden tener acceso a su poder inmediatamente. Pero para aquellos con dones más poderosos, puede tomarles horas para encontrar el fondo, para convocar todos sus poderes con toda su fuerza.

— ¿Cuánto tiempo te llevó?

—Un día entero.— Ella se sacudió. —Antes de la pelea, nos tomamos el tiempo y así cuando caminamos al campo de muerte, podemos estar fuertes. Puedes hacer otras cosas al mismo tiempo pero alguna parte de ti está allá abajo, tirando más y más, hasta que toques el fondo.

—Y cuando se tira todo hacia afuera, sólo ¿Se libera en alguna ola gigante?



—Si así lo quiero. Puedo liberarla en explosiones pequeñas y seguir por un rato. Pero puede ser difícil frenarla. Las personas a veces no pueden distinguir del amigo al enemigo cuando están lidiando con mucha magia.

Cuando ella dibujó su poder en el otro lado del portal, meses atrás, había sentido esa falta de control, sabiendo que era casi tan probable herir a Chaol que herir al demonio que él estaba enfrentando. — ¿Cuánto tiempo lleva recuperarse?

—Días. Una semana, dependiendo en cómo usé el poder y si agoté hasta última gota. Algunos cometen el error de intentar tomar más antes de que estén listos, o mantenerlo por mucho tiempo, e incluso queman sus mentes o simplemente se queman por completo. Tu agitación no es sólo por el río, sabes. Es la manera en que tu cuerpo te dice que no lo intentes de nuevo.

— ¿Debido al hierro en nuestra sangre que presiona contra la magia?

—Así es como nuestros enemigos a veces intentan pelear contra nosotros si no tienen magia, todo de hierro. — Debió de haber visto sus cejas levantadas, porque agregó, —Fui capturado una vez. Durante una campaña en el Este, en el reino que ya no existe. Me tenían encadenado de pies a cabeza en hierro asfixiando el aire fuera de sus pulmones.

Ella dejó escapar un pequeño silbido. — ¿Te torturaron?

—Dos semanas en sus mesas hasta que mi hombre me salvó.— Se desabrochó el avambrazo y dobló hacia arriba la manga de su brazo derecho, revelando una gruesa y tenebrosa cicatriz curvada alrededor de su antebrazo y codo. —Cortaron pedacito por pedacito, después tomaron los huesos aquí y...

—Puedo ver muy bien lo que pasó, y saber cómo se hizo exactamente.— Dijo ella y su estómago se endureció. No por la lesión, sino por... Sam. Sam había sido atado una mesa, cortado y quebrado por uno de los más sádicos asesinos que jamás haya conocido.

— ¿Fuiste tú?— Dijo Rowan despacio pero no amable, — O ¿Alguien más?

—Era muy tarde. Él no sobrevivió.— El silencio cayó de nuevo y se maldijo por decirle. Pero después le dijo con voz ronca, —Gracias por salvarme.

Un ligero encogimiento de hombros, apenas un movimiento. Como si su gratitud fuese difícil de soportar que su odio y reticencia. — Me veo obligado por un juramento de sangre inquebrantable de mi reina, no tenía más opción que garantizar que no murieras.— Un poco de esa pesadez anterior se asentó en sus venas, de nuevo.

—Pero, — continuó. —No habría dejado a nadie a un destino a manos de los Skinwalkers.

—Una advertencia habría estado bien.

—Dije que estaban sueltos desde hace semanas. Pero incluso si te hubiese advertido hoy, no habrías escuchado.



Eso era verdad. Se estremeció de nuevo, esta vez de una manera tan violenta que su cuerpo se desplazó hacia atrás, un destello de luz y dolor. Si hubiese pensado en el frío en su cuerpo de hada, no era nada comparado con el frío de ser humana otra vez.

— ¿Cuál fue el detonador de tu cambio anterior?— preguntó, como si ese momento estuviera indulto del mundo real, donde la tormenta y el río creciente pudiesen amortiguar sus palabras de los Dioses. Ella frotó sus brazos, desesperada por cualquier tipo de calor.

—No fue nada.— Su silencio demandaba información por información, un trato justo. Ella suspiró. —Digamos que fue solo el miedo, la necesidad y el sorpresivo y profundo instinto arraigado de supervivencia.

—No perdiste el control inmediatamente después del cambio. Cuando finalmente usaste tu magia, tu ropa no se quemó, ni tú cabello. Y las dagas no se derritieron.— Y como si acabara de recordar que aun las tenía, él las tomó.

Él tenía razón. La magia no la había consumido en el momento que cambió, e incluso con la explosión que se había esparcido en toda dirección posible, tenía el control suficiente para protegerse. Ni un solo cabello se había quemado.

— ¿Por qué esta vez fue diferente?— él presionó.

—Porque no quería que murieras para salvarme.— Admitió ella.

— ¿Habrías cambiado para salvarte?

—Tu opinión sobre mí es casi idéntica a la mía, entonces sabes la respuesta.

Permaneció callado por tanto tiempo que ella empezó a preguntarse si él estaba uniendo los pedacitos de ella.

—No te irás.— Dijo Rowan, de brazos cruzados. —No te dejaré fuera del doble de quehacer en la cocina, pero no te irás.

— ¿Por qué?

Se desabrochó su capa. —Porque yo lo digo, por eso.— Y ella pudo contestarle que lo que dijo había sido una de las peores razones que jamás haya escuchado, y que era un arrogante gilipollas, no le había arrojado su capa, seca y tibia. Y luego le arrojó su chaqueta en su regazo, también.

Cuando él giró para regresar a la fortaleza, ella lo siguió.





Capítulo 23

Traducido por Micaela

Corregido por Aida

En la última semana, no mucho había cambiado para Manon y las Blackbeaks. Ellas aún volaban diariamente para dominar los dragones y se las arreglaban para evitar una guerra abierta en el comedor dos veces al día. La heredera de las Yellowlegs intentaba molestar a Manon siempre que podía, pero ella no le prestaba más atención que a una mosca zumbando sobre su cabeza.

Todo eso cambió el día de la selección, cuando los herederos y sus aquelarres elegían sus montajes. Con tres aquelarres y tres Matronas había cuarenta y dos brujas reunidas alrededor de la fosa de entrenamiento en la montaña del norte. Los entrenadores se precipitaron debajo de la plataforma de observación, alistándose. Los dragones heráldicos serían traídos uno por uno y, utilizando las bestias de cebo, mostrarían sus habilidades. Como las otras brujas, Manon había estado mirando a escondidas en las jaulas todos los días. Ella todavía quería a Titus.

Quería era una palabra mortal. Titus era suyo. Y si no quedaba otra opción, ella destriparía a cualquier bruja que la desafiara. Habiendo anticipado esto, había afilado sus uñas esa mañana. Todas las integrantes de Las Trece lo habían hecho.

De todos modos, los reclamos serían planteados de una manera civilizada. Las tres Matronas utilizarían varas si más de un reclamo era hecho por un montaje. En lo referente a Titus, Manon sabía exactamente con quien competiría por él: Iskra y Petrah, las herederas de las Yellowlegs y las Blueblood. Ella las había visto a ambas mirarlo con ojos hambrientos. Manon se había salido con la suya, tendrían que pelear por él en el anillo de combate. Ella incluso se lo había sugerido a su abuela, pero esta le dijo que no nece-

sitaban pelear entre sí más de lo necesario. Eso sería obra del destino escrito.

Eso no le sentó bien a Manon, quien estaba ubicada junto al lado abierto de la plataforma, con Asterin flanqueándola. Su nerviosismo solo aumentó mientras la pesada reja se elevaba en la parte posterior de la fosa. La bestia que sería utilizada como cebo ya estaba encadenada a la pared manchada de sangre, un dragon herido y con cicatrices, de la mitad del tamaño de los animales que serían exhibidos ese día, con sus alas anudadas en su espalda. Desde la plataforma, ella podía ver que las espinas venenosas en su cola habían sido cortadas para evitar que se defendiera a sí mismo de los invaluable montajes.

La bestia de cebo bajó su cabeza mientras la reja crujía al abrirse y el primer dragón heráldico era exhibido, atado con ajustadas cadenas llevadas por un hombre pálido. Ellos se precipitaron hacia atrás tan pronto como la bestia se movió, logrando esquivar su cola mortal, y luego la reja se cerró detrás de ellos.

Manon soltó un suspiro de alivio. No era Titus, era uno de los dragones heráldicos de tamaño mediano.

Tres centinelas avanzaron para reclamarlo, pero la matrona de las Blueblood, Cresseida, levantó una de sus manos — Déjanos verlo en acción primero.

Uno de los hombres silbó fuertemente y el dragón se volvió hacia la bestia de cebo. Dientes, escamas y garras, tan rápidos y viciosos, que incluso Manon contuvo la respiración. Encadenado como estaba, la bestia de cebo no tuvo oportunidad y quedo atrapado al cabo de unos segundos, con enormes mandíbulas agarradas a su cuello. Una orden, un silbido y el dragón heráldico se las clavaría.

Pero el hombre dejo escapar un silbido de menor intensidad, y el animal retrocedió. Silbó otra vez y éste se sentó sobre sus patas traseras. Dos centinelas más avanzaron, cinco en total corriendo. Cresseida tendió un puñado de ramitas a los contendientes.

Fue hacia el centinela Blueblood, que sonrió a los demás, y luego a su dragón mientras era conducido devuelta al túnel. La bestia de cebo, sangrando, retrocedió hacia las sombras de la pared, esperando el siguiente asalto.

Uno por uno, los dragones heráldicos eran conducidos fuera del túnel, atacando con rapidez y una fuerza malévola. Y uno por uno los centinelas los reclamaban. No Titus, no todavía. Ella tenía el presentimiento de que las matronas estaban utilizando esto como algún tipo de prueba, para ver que tan bien los herederos podían controlarse mientras esperaban por los mejores montajes, para ver quién aguantaba más. Manon mantenía un ojo sobre las bestias y otro sobre los otros herederos, quienes la miraban en respuesta mientras cada dragón era exhibido.

Sin embargo, la primera enorme hembra pertenecía a Petrah, la heredera de las Blueblood, quien avanzaba hacia adelante. La hembra era aproximadamente del tamaño de Titus, y tomó un pedazo del costado de la bestia de cebo antes de que los entrenadores pudieran detenerla. Salvaje, impredecible y letal. Magnífica.



Nadie desafió a la heredera de las Blueblood. La madre de Petrah asintió, como si siempre hubiese sabido qué montaje deseaba.

Asterin eligió al dragón heráldico más feroz y sigiloso, una hembra de ojos astutos. Su prima siempre había sido la mejor explorando y, luego de una charla con Manon y los otros centinelas que habían venido entrada la noche, se había decidido que Asterin continuaría ese rol en las nuevas funciones de Las Trece.

Cuando la hembra azul pálido fue presentada, Asterin la reclamó, con sus ojos prometiendo tal brutalidad a cualquiera que se interpusiera en su camino que prácticamente brillaban. Nadie se atrevió a desafiarla.

Manon estaba observando la entrada del túnel cuando percibió el olor a mirra y esencia de romero de la heredera de las Blueblood detrás de ella. Asterin gruñó una leve advertencia.

— ¿Esperando por Titus, no es así?— Petrah murmuró, con sus ojos en el túnel también.

— ¿Y qué si lo estoy?— preguntó Manon

— Es mejor que tú lo tengas y no Iskra.

La cara serena de la bruja era ilegible. — Entonces yo también—. Ella no estaba segura de que, exactamente, pero la conversación *significaba* algo.

Claramente, verlas hablando tranquilamente significaba algo para los demás también. Especialmente Iskra, quien caminó al otro lado de Manon. — ¿Ya están tramando algo?

La heredera de las Blueblood levantó su mentón. — Yo creo que Titus sería un buen montaje para Manon.

Una línea en la arena, Manon pensó. ¿Qué le había dicho la Matrona de las Blueblood a Petrah sobre ella? ¿Qué planes estaba tramando?

La boca de Iskra se torció en una media sonrisa. — Veremos lo que La Madre de Las Tres Caras tiene para decir.

Manon estaba a punto de responder, pero entonces Titus tronó fuera del túnel.

Como cualquier otra vez, ella exhaló al ver su enorme tamaño y su ferocidad. Los hombres apenas habían logrado ingresar a través de la puerta antes de que Titus se diera vuelta, golpeándolos.

Le habían dicho que solo habían hecho unas pocas carreras exitosas con él. Sin embargo, bajo el jinete correcto, él se rompería totalmente.

Titus no esperó por el silbido para avanzar hacia la bestia de cebo, golpeando con su cola provista de espinas. La bestia encadenada esquivó el golpe con sorprendente rapidez, como si hubiese estado esperando el ataque del animal, y la cola de Titus se incrustó



en la piedra.

Escombros cayeron sobre la bestia de cebo, y mientras se encogía, Titus lo atacó, y luego lo volvió a atacar.

Encadenado a la pared, la bestia de cebo no podía hacer nada. El hombre silbó, pero Titus continuó atacándolo. Él se movía con la fluida gracia del salvajismo indomable.

La bestia de cebo aulló, y Manon podría haber jurado que la heredara de las Blueblood se estremeció. Ella nunca había escuchado un grito de dolor de cualquiera de los dragones, sin embargo, cuando Titus se dejó caer sobre sus patas traseras vio que lo había golpeado justo encima de la herida que le había hecho anteriormente.

Como si Titus supiera dónde golpear para infligir mayor dolor. Ella sabía que los dragones heráldicos eran inteligentes, ¿Pero *tan* inteligentes?. El hombre volvió a silbar, y un látigo sonó. Sin embargo, Titus siguió paseándose delante de la bestia de cebo, contemplando cómo lo iba a golpear. No por estrategia. No, él quería deleitarse con su victoria. Lo hacía para burlarse.

Un escalofrío de placer sacudió la columna vertebral de Manon. Se imaginó como sería montar una bestia como Titus, desgarrar a sus enemigos con él...

— Si lo quieres tanto— Susurró Iskra, y Manon se dio cuenta de que estaba todavía parada a su lado, ahora a solo un paso de ella, — ¿Por qué no vas por él?

Antes de que se pudiera mover, antes de que cualquiera se pudiera mover, al estar cautivados por la gloriosa bestia, garras de hierro se clavaron en su espalda.

El grito de Asterin resonó en forma de eco, pero Manon ya estaba cayendo desde una altura de catorce metros, directo hacia el fondo de la fosa de piedra.

Se retorció, chocando con una pequeña saliente en ruinas que sobresalía de la pared. Ésta frenó considerablemente su caída y salvó su vida, pero su cuerpo no se detuvo y continuó cayendo.

Ella se estrelló contra el suelo, lastimándose el tobillo. Gritos vinieron desde arriba, pero Manon no levantó la mirada. Si lo hubiera hecho habría visto a Asterin taclear a Iskra, con sus garras y dientes fuera. Ella habría visto a su abuela dar la orden de que nadie saltara a la fosa.

Pero Manon no les estaba prestando atención.

Titus se giró hacia ella.

El dragón heráldico se interponía entre ella y la reja, donde los hombres corrían de un lado a otro, como si trataran de decidir si debían arriesgarse a salvarla o esperar hasta que ella fuera carroña.

La cola de Titus se movió de un lado a otro, y sus ojos oscuros estaban fijos en ella. Manon sacó La Cuchilla del Viento. Era una daga comparada con la enorme masa de él.



Tenía que llegar a esa reja.

Ella lo miró fijamente. Titus se acomodó en cuclillas, preparándose para atacar. Sabía dónde estaba la reja, también, y lo que significaba para ella. Su presa.

No su jinete o su jefa, sino su *presa*.

Las brujas se habían quedado en silencio. Los hombres detrás de la reja y en las plataformas de arriba se habían quedado en silencio. Manon giró su espada. Titus se lanzó hacia ella.

Tuvo que rodar para evitar su boca, pero estuvo parada de vuelta en un segundo, corriendo lo más rápido que podía hacia a esa puerta.

Le palpitaba el tobillo, cojeaba, y estaba luchando por reprimir un grito de dolor. Titus se dio vuelta, rápido como un arroyo de primavera cayendo por ladera de la montaña, y tan pronto como ella se precipitó hacia la puerta, él la atacó con su cola.

Manon tenía suficiente sentido común para esquivar las púas venenosas, pero fue golpeada por uno de los bordes en su costado y salió volando, la Cuchilla del Viento desprendiéndose de su agarre. Ella golpeó la pared de enfrente y se deslizó, con su cara raspándose en las rocas. Sus costillas dolían mientras se sentaba y medía la distancia entre ella, la espada y Titus.

Pero Titus estaba dudando sobre qué hacer, y sus ojos se posaron detrás de ella, sobre su cabeza, hacia...

Que la oscuridad la ampare. Se había olvidado de la bestia de cebo. La criatura encadenada estaba detrás de ella, tan cerca que podía oler la carroña en su aliento.

La mirada de Titus era una advertencia para que la bestia se rinda. Para que lo deje comerse a Manon.

Ella se atrevió a dar un vistazo por encima de su hombro, a la espada en las sombras, tan cerca de donde estaba encadenada la bestia de cebo. Ella se podría haber arriesgado a agarrarla si la bestia no estuviera allí, si no la estuviera mirando, mirándola como si ella fuera...

No como a una *presa*.

Titus gruñó una advertencia territorial a la bestia de nuevo, tan fuerte que pudo sentirlo en cada uno de sus huesos. En cambio, la bestia, a pesar de su pequeño tamaño, la estaba mirando con ira y determinación. Emoción, se podría decir. Hambre, pero no de ella.

No, se dio cuenta de esto mientras la bestia le devolvía la mirada a Titus, dejando salir un suave gruñido en respuesta.

El sonido no fue sumiso en lo más mínimo; era una amenaza, una promesa. La bestia de cebo quería herir a Titus.



Eran aliados, por el momento.

Por segunda vez en el día Manon sintió el flujo y reflujo del mundo, esa corriente invisible que algunos llamaban Destino y otros el telar de La Diosa de las Tres Caras. Titus rugió una amenaza final.

Ella se puso de pie y echó a correr.

Con cada paso que realizaba, estrellas parpadean en su visión, y el suelo se estremecía mientras Titus la perseguía, dispuesto a desgarrar a la bestia de cebo si eso era lo necesario para matarla.

Manon agarró su espada, se dio vuelta, y la clavó en la gruesa cadena de hierro con todas sus fuerzas restantes.

Había llamado a su espada La Cuchilla del Viento. Ahora debería llamarla La Cuchilla de Hierro. La cadena se rompió luego de que Titus saltara para atraparla.

Titus no lo vio venir, y había shock en sus ojos mientras la bestia se tiraba sobre él y rodaran.

Titus era el doble de grande y estaba ileso, y por eso Manon no esperó para ver el resultado de la pelea y echó a correr hacia el túnel, donde los hombres estaban levantando frenéticamente la reja.

Pero entonces un tronido y un murmullo de conmoción resonaron, Manon se atrevió a mirar, a tiempo para ver los dragones separarse y a la bestia de cebo volviendo a atacar.

El golpe de cola inútil y llena de cicatrices fue tan fuerte que la cabeza de Titus se estrelló contra el suelo.

Tan pronto como Titus se levantó, la bestia amagó con golpearlo con su cola y lo atacó con sus garras dentadas, haciendo que Titus rugiera de dolor.

Manon se quedó inmóvil, a tan solo quince metros de la puerta.

Los dragones heráldicos se rodearon el uno al otro, con sus alas raspando el suelo. Esto tenía que ser una broma.

Y sin embargo, la bestia de cebo no se rendía, a pesar de su cojera, sus cicatrices y sus heridas sangrantes.

Titus fue directo a su garganta, sin soltar ningún gruñido de advertencia.

La cola de la bestia golpeó la cabeza de Titus. Éste se tambaleó hacia atrás, pero después se recuperó y se abalanzó sobre la bestia, con sus mandíbulas y su cola golpeándolo. Una vez que esas púas se incrustaran dentro de la carne de la bestia de cebo, esto habría terminado. La bestia esquivó el golpe de la cola, estrellando la suya propia sobre la misma, pero no pudo escapar de las mandíbulas del dragón, que se aferraron a su cuello.



Acabado. Esto estaba terminado.

La bestia lo golpeó, pero no se pudo liberar. Manon sabía que debía correr. Los otros estaban gritando. Ella había nacido sin simpatía, piedad o amabilidad. No le importaba cuál de ellos vivía y cual moría, solo escapar. Pero esa corriente seguía fluyendo, fluyendo hacia la lucha, no alejándose de ella. Además ella le debía su vida a la bestia de cebo.

Entonces, Manon hizo la cosa más estúpida que había hecho en su larga y miserable vida.

Ella corrió hacia Titus y le clavó La Cuchilla del Viento en la cola. Ella cortó a través de piel y carne, y Titus rugió, liberando a su presa. El muñón restante arremetió contra ella y la golpeó en el estómago, y el aire se escapó de sus pulmones antes de que golpeará el suelo. Cuando se logró parar, pudo ver la estocada final que terminó con la pelea.

Con la garganta expuesta por su grito de dolor, Titus no tuvo oportunidad de vencer cuando la bestia se abalanzó sobre él y clavó sus mandíbulas en su fuerte cuello.

Titus tenía una última oportunidad, de mover sus piernas y hacer palanca para liberarse. La bestia lo agarraba firmemente, como si hubiese estado esperando esto por semanas, meses o años. Sin embargo, la bestia lo detuvo y le arrancó la cabeza, llevándose la garganta de Titus con él.

El lugar quedó en silencio. Como si el mundo se hubiese parado cuando el cuerpo del enorme dragón heráldico golpeó el suelo, y la sangre se desparramó por doquier.

Manon se quedó completamente inmóvil. Poco a poco, la bestia levantó la vista del cadáver, con sangre de Titus goteando de sus fauces. Sus ojos se encontraron.

La gente le gritaba que corra, y se escuchó el chirrido de la reja al abrirse, pero Manon miraba fijamente hacia esos ojos negros, uno de ellos con una horrible cicatriz pero intacto. Él dio un paso y luego otro, en su dirección.

Manon se quedó quieta. Era imposible. Totalmente *imposible*. Titus era el doble de grande, de dos veces su peso y tenía años de entrenamiento.

La bestia de cebo no lo había derrotado por ser más grande o más fuerte, sino porque lo deseaba más. Titus había sido un bruto y un asesino, sin embargo, este dragón parado ante ella... era un *guerrero*.

Los hombres entraban con lanzas y espadas y látigos, y la bestia gruñó.

Manon levantó una mano. Y de nuevo, el mundo se detuvo.

Ella, con los ojos aún en la bestia, dijo: — Él es mío.

Había salvado su vida. No por coincidencia, lo había hecho por elección. Él podía sentir la corriente fluir entre ellos también.

— ¿Qué?— Gritó su abuela desde arriba.



Manon se encontró a si misma caminando hacia el dragón heráldico, y no se detuvo hasta que quedaron solo cinco pies separándolos.

— Él es mío—dijo, hablando con las cicatrices, la cojera y el fuego crepitante en esos ojos.

La bruja y el dragón heráldico se miraron por un momento que duró solo el latido de un corazón, pero que se sintió como una eternidad. — Eres mío— le dijo Manon.

El dragón parpadeó, con la sangre de Titus goteando de entre sus dientes fracturados y rotos.

Manon tenía el presentimiento de que había llegado a la misma decisión. Tal vez lo había sabido mucho tiempo antes de esta noche, y su pelea con Titus no había sido tanto una cuestión de sobrevivir, sino más una manera de reclamarla.

Como su jinete. Como su ama. Como suya.



Manon lo nombró Abraxos, como la antigua serpiente que sostuvo el mundo para la Diosa de las Tres Caras. Eso fue lo único agradable que pasó esa noche.

Cuando ella volvió con los otros, Abraxos había sido retirado para ser limpiado y curado, y el cadáver de Titus estaba siendo transportado hacia a fuera por treinta hombres. Ella le había devuelto la mirada a todos y cada uno a de las brujas que se atrevía a mirarla a los ojos

La heredera de las Yellowlegs estaba siendo retenida por Asterin delante de las matronas. Manon miró a Iskra por un largo tiempo antes de que ella simplemente dijera: Parece que perdí mi equilibrio.

A Iskra le salía vapor por los oídos, pero Manon se encogió de hombros, limpiándose la suciedad y la sangre de la cara antes de salir cojeando de vuelta al Omega. Ella no le daría a Iskra la satisfacción de afirmar que ella por poco la había matado. Y además, Manon no estaba en condiciones de resolver esto con una lucha adecuada.

Ataque o torpeza, Asterin fue castigada por la Madre Blackbeak esa noche por dejar que la heredera cayera en el foso. Manon había pedido que le dispensaran los latigazos, pero su abuela la ignoró. En cambio, la heredera de las Yellowlegs lo haría. Como la falta de Asterin había ocurrido delante de las otras matronas y sus herederos, también así sería su castigo.

Parada en la desordenada sala, Manon observaba cada brutal latigazo, los diez con toda su fuerza, ya que Iskra tenía un moretón en la mandíbula causado por Asterin.

Para su mérito, Asterin no gritó. Ni una sola vez. A Manon le tomó toda su voluntad no quitarle el látigo a Iskra y utilizarlo para estrangularla.



Luego vino la charla con su abuela. No fue una conversación sino una bofetada en la cara, utilizando golpes verbales, que, un día después, todavía resonaban en los oídos de Manon.

Había humillado a su abuela y cada Blackbeak en la historia escogiendo un, pequeño trozo de carne, a pesar de su victoria. Fue un golpe de suerte que él haya matado a Titus, su abuela despotricó. Abraxos era el más pequeño de los montajes, y encima de eso, a causa de su tamaño, nunca había volado en su vida. Ellos nunca lo habían dejado salir de las madrigueras.

Ellos ni siquiera sabían si *podía* volar después de que sus alas habían sido golpeadas por tanto tiempo, y los entrenadores creían que si Abraxos intentaba la Travesía, él se estrellaría junto Manon contra el suelo. Afirmaron que los otros dragones heráldicos nunca aceptarían su dominio, no como un Líder de Vuelo. Manon había arruinado todos los planes de su abuela.

Le gritó todos estos hechos una y otra vez. De todos modos, sabía que si ella hubiera querido cambiar su montaje su abuela la obligaría a quedarse con Abraxos, solo para que quedara humillada cuando fallara. Incluso si se mataba en el proceso.

Sin embargo, ella no había estado en la fosa. No había contemplado los ojos de Abraxos y visto el corazón de guerrero que latía dentro de él. Ella no se había dado cuenta de que peleaba con más astucia y ferocidad que cualquiera de los otros. Por eso, Manon se mantuvo firme y aceptó la bofetada, y la lectura de sus cargos, y la segunda bofetada, que dejó su mejilla palpitando.

Su cara aún ardía cuando llegó al corral que era ahora la casa de Abraxos. Él estaba acurrucado en la pared del fondo, en silencio y quieto, aun cuando muchas de las criaturas se paseaban, chillaban o gruñían.

Su escolta, el supervisor, miró a través de los barrotes. Asterin se escondía en las sombras. Después de que la azotaran la noche anterior, su acompañante no iba a dejarla fuera de vista pronto.

Manon no se había disculpado por los latigazos. Las reglas eran las reglas, y su prima había fallado. Asterin merecía los azotes, así como ella merecía el moretón en su mejilla.

— ¿Por qué está acurrucado así? — Manon le preguntó al hombre.

— Sospecho que es porque nunca ha tenido un corral para él solo. No tan grande.

Manon estudió la caverna — ¿Dónde lo tenían antes?

El hombre señaló el suelo. — Con los otros animales de cebo en las pocilgas. Él es el más viejo, sabes. Sobrevivió al foso y a los orzuelos. Pero eso no significa que sea apropiado para ti.

— Si quisiera su opinión sobre si es apropiado o no se la hubiera pedido — dijo Manon, con sus ojos aún en Abraxos, mientras se acercaba a las barras. — ¿Cuánto tiempo



pasará hasta que pueda volar?

El hombre se frotó la cabeza. — Podrían ser días, semanas o años. Podría ser que nunca.

— Nosotros empezamos a entrenar con nuestros montajes esta tarde.

— Eso no pasará. — Manon levantó sus cejas. — Éste necesita ser entrenado solo primero. Conseguiré a nuestros mejores entrenadores para ello, y mientras puedes utilizar otro dragón para...

— Primero que todo, humano, no me des órdenes— Lo interrumpió Manon. Sus dientes de hierro sobresalieron y él se estremeció. — Segundo, no entrenaré con otro dragón heráldico. Entrenaré con él.

El hombre estaba pálido como la muerte mientras decía, — Todos los montajes de los centinelas lo atacarán. Su primer vuelo lo asustará tanto que peleará en repuesta. Así que a menos que usted quiera que sus soldados y sus montajes se desgarran los unos a los otros, le sugiero que entrene solo. — Temblando añadió: — Milady.

El dragón los observaba. Esperando. — ¿Pueden entendernos?

— No. Entienden algunas órdenes y silbidos, pero no más que un perro.

Manon no creía esto ni por un momento. Tampoco creía que el guardia estuviese mintiendo. Él no sabía de lo que estaba hablando. O tal vez Abraxos era diferente.

Ella tendría que utilizar cada momento disponible hasta el día los Juegos de Guerra para entrenarlo. Cuando ella y Las Trece fueran coronados vencedoras, haría todas y cada una de las brujas que habían dudado de ella, su abuela incluida, maldecirse por haber sido tan tontas. Porque ella era Manon Blackbeak, y nunca había fallado en nada. Y nada sería mejor que ver Abraxos vencer a Iskra en el campo de batalla.





Capítulo 24

*Traducido por Jackie
Corregido por Melody*

Fue muy fácil mentirles a sus hombres acerca de sus moretones y heridas en su cara cuando Chaol regresó al castillo, un desafortunado accidente con un vagabundo ebrio en Rifthold. Soportar las mentiras y las heridas fueron por mucho, mejor que ser carroña. El pacto de Chaol con Aedion y los rebeldes fue muy simple: información por información.

Él había prometido más información acerca de su reina, así como también sobre los anillos negros del Rey, a cambio por lo que ya sabían sobre el poder de éste. Eso lo mantuvo vivo hasta la noche, y cada una siguiente, cuando estuvo esperando por ellos para cambiar de parecer. Pero nunca vinieron por él, y al anochecer, él y Aedion esperaron media noche antes de escabullirse en los viejos cuartos de Celaena.

Era la primera vez en la que se había atrevido a regresar a la tumba desde la noche que estuvo con Celaena y Dorian, y el detractor de bronce en forma de cráneo, Mort, el cual no se movió ni habló para nada. Aun cuando Chaol llevó puesto el Ojo de Elena en su garganta, el detractor permaneció inmóvil. Posiblemente Mort sólo contestaba a aquéllos con sangre de Brannon Galathynius en sus venas.

Así que él y Aedion repasaron el camino hacia la tumba, los empolvados pasillos, recorriendo cada centímetro en busca de señales de espías o algunas maneras de ser descubiertos. Cuando se encontraron al menos cerciorados de que nadie podía escucharlos, Aedion dijo:

— Dime, ¿Qué estoy haciendo aquí abajo, Capitán?

El general no mostro temor o sorpresa como le fue permitido quedarse en el lugar

de descanso de Elena y Gavins por Chaol, a pesar de que sus ojos se habían dilatado ligeramente en Damaris. Pero si o no Aedion sabía qué es lo que era, él no ha dicho una palabra. Para todas sus imprudencias y arrogancias, Chaol tuvo un presentimiento de que los hombres tenían muchos, muchos secretos, y era lo suficientemente bueno como para encubrirlos.

Esa fue otra de las razones por la cual él ha ofrecido el pacto a Aedion y sus acompañantes: si la magia del príncipe eran descubierta, Dorian tendría que necesitar un lugar en donde esconderse y alguien que lo mantuviese a salvo en caso de que Chaol fuese incapaz de hacerlo.

Chaol dijo: — ¿Estás preparado para compartir cualquier información que hayas obtenido de tus aliados?

Aedion le mostró una sonrisa un tanto perezosa y agregó. — Siempre y cuando tú compartas la tuya.

Chaol rezó a cualquier Dios que hubiese escuchado que él estaba haciendo algún movimiento equivocado al mismo tiempo que sacaba el Ojo de Elena de su túnica. — Tu Reina me dio este collar a mí cuando se marchó por Wendlyn. Le perteneció a su ancestro, quien la convocó aquí, para dárselo a ella. — Los ojos de Aedion se entrecerraron mientras asimilaba el amuleto, la brillante piedra azul a la luz de la luna. — Lo que estoy a punto de decirte, — dijo Chaol, — cambiará todo.



Dorian permaneció de pie en las sombras de la escalera, escuchando. Escuchando, y no precisamente queriendo aceptar que Chaol estaba en la tumba con Aedion Ashryver.

Eso ha de haber sido el primer golpe. Durante la semana pasada, él había estado indagando hasta aquí para encontrar respuestas después su explosión con Sorscha. Especialmente ahora que ella le ha mentado a través de sus dientes y arriesgó cualquier cosa para guardar su secreto, y ayudarlo a encontrar una manera de controlarlo.

Esta noche él ha estado horrorizado al encontrar la puerta secreta ligeramente entreabierta. No debió de entrar pero lo hizo de todos modos, repasando una sencilla lista de mentiras para decir en caso de encontrarse con alguna cara nada amistosa. Entonces al estar lo suficientemente cerca pudo escuchar las voces de dos hombres casi a punto de desaparecer... casi, hasta que se dio cuenta quiénes eran los que hablaban.

Eso era imposible, porque se odiaban mutuamente. Aún más ellos estaban ahí, en la tumba de Elena. Aliados. Era suficiente, demasiado en sí. Pero después él lo ha escuchado, escuchó lo que Chaol le dijo al general, tan silencioso que apenas se podía escuchar. — Tu reina me entregó este collar cuando se marchó por Wendlyn.

Eso era un error. Tenía que ser un error, porque... Su pecho se había vuelto demasiado apretado, demasiado pequeño.



Tú siempre serás mi enemigo. Eso fue lo que Celaena le gritó a Chaol la noche en que Nehemia murió. Y ella lo ha dicho, dijo que ha perdido gente diez años atrás, pero...

Pero.

Dorian no pudo moverse mientras Chaol se adentraba a contar otra historia, otra verdad. Sobre el propio padre de Dorian. Sobre el poder que el Rey ejercía. Celaena lo había descubierto. Celaena estaba intentando encontrar una manera de destruirlo.

Su padre ha hecho esa cosa por la cual pelearon en las catacumbas de la biblioteca. Esa cosa monstruosa que parecía humana. Las llaves del Wyrd. Las puertas del Wyrd. Las piedras del Wyrd.

Ellos le han mentido a él también. Han decidido que él no es de confiar. Celaena y Chaol, han optado por estar en contra de él. Chaol sabía quién y qué era Celaena realmente.

Eso era el motivo por el cual él la había mandado a Wendlyn, el por qué la ha sacado del castillo. Dorian seguía inmóvil en las escaleras cuando Aedion salió de la tumba, espada afuera y ya listo buscando atacar a cualquier enemigo que haya detectado.

Al verlo. Aedion juró, en silencio y perversamente, sus ojos brillaron a la luz de su antorcha.

Los ojos de Celaena. Aelin Ashryver, *Ashryver*, los ojos de Galathynius.

Aedion era su primo. Y él aún le era leal a ella, mintiendo a través de sus dientes, por cada acción, acerca de donde estaba su lealtad.

Chaol se apresuró al pasillo y una mano cayó suplicando. —Dorian.

Por un momento, él sólo pudo mirar fijamente a su amigo. Luego encontró la manera de poder preguntar, — ¿Por qué?

Chaol perdió el suspiro y dijo — Porque cuantas menos personas lo sepan, es más seguro, para ella, para todos. Para ti. Tienen información importante que te puede ser de gran utilidad.

— ¿Tú creíste que correría hacia mi padre?— Las palabras eran apenas más que un susurro ahogado, al mismo tiempo que la temperatura se desplomaba.

Chaol dio un paso hacia adelante, colocándose entre Aedion y Dorian, sus manos expuestas. Apaciguando. — No puedo permitirme a adivinar, a tener esperanzas. Incluso contigo.

— ¿Cuánto tiempo? — El hielo cubrió sus dientes, su lengua.

—Ella me contó sobre tu padre antes de que se marchara. Me imaginé quien es ella poco después.

—Y estás trabajando con él ahora.



La respiración del capitán se nubló frente a él. — Si pudiéramos encontrar una manera de liberar la magia, te podría salvar. Ellos piensan que pueden tener algunas respuestas sobre lo que pasó y cómo revertirlo. Pero si Aedion y sus aliados son atrapados, si ella es atrapada... ellos morirán. Tu padre los pondrá a todos bajo su mando, empezando con ella. Y ahora mismo, Dorian, los necesitamos.

Dorian se volvió hacia Aedion. — ¿Vas a asesinar a mi padre?

— ¿Acaso no merece morir?— fue la réplica del general.

Dorian pudo ver al capitán haciendo una mueca, no por las palabras del general sino por el frío. — ¿Le contaste, sobre mí?— Dorian gruñó.

— No—, contesto Aedion en lugar de Chaol. — Sin embargo si tu no aprendes a controlarte pronto no habrá ni una alma en el reino que no esté enterada que tienes magia.

— Aedion bajó esos ojos de reliquia al capitán. — Era eso por lo cual estabas tan desesperado por intercambiar secretos, tú querías la información por su bien. — Una cabeceada de Chaol. Aedion sonrió con afectación a Dorian, y el hielo cubrió la escalera. — Tú magia se manifiesta en hielo y nieve, ¿Y después principito? — preguntó el general.

— Acércate un poco más y descúbrelo por ti mismo— dijo Dorian con una ligera sonrisa. Quizás él puede lanzar a Aedion por el corredor, sólo así como lo hizo con la criatura.

— Aedion es de confiar, Dorian. — dijo Chaol.

— Él es doble cara al mismo tiempo que está aquí. Yo no creo ni por un latido de mi corazón que él no nos venderá si eso significa hacer adelante su propia causa.

— No lo hará— Chaol chasqueó, interrumpiendo la respuesta de Aedion.

Los labios de Chaol se tornaron azul del frío. Dorian sabía que lo estaba hiriendo, lo sabía y no le importó. — ¿Por qué algún día tú quieres ser el Rey de Aedion?

La cara de Chaol parecía pálida de color, del frío o del miedo y Aedion ladró de una risa. — Mi reina morirá sin herederos antes que casarse con un hombre de Adarlan.

Chaol intentó esconder su vacilación de dolor, pero Dorian conocía muy bien a su amigo, lo suficiente para detectarlo. Por un segundo se preguntó que hubiera pensado Celaena acerca del reclamo de Aedion. Celaena, quién ha mentido, Celaena, quien era *Aelin*, a quién había conocido hace diez años, con quién había jugado en su hermoso castillo. Y ese día en especial en Endovier, ese primer día, él había sentido como si hubiera algo familiar acerca de ella... Oh Dioses.

Celaena era Aelin Galathynius. Él había bailado con ella, la besó, durmió a su lado, con su enemigo mortal. *Regresaré por ti*, fue justo lo que le dijo su último día aquí. Aun cuando él sabía que existía algo detrás de todo esto. Ella regresaría, pero quizás no como Celaena. ¿Será para ayudarlo o para matarlo? Aelin Galathynius sabía de su magia, y deseaba destruir a su padre, su reino. Todo lo que había dicho o hecho... Él una vez había pensado que todo había sido una farsa para ganar el favor como su Campeón. ¿Pero



que si había sido porque ella era la heredera de Terrasen? ¿Era esto el motivo del porque eran amigos con Nehemia? Que si, un año después en Endovier...

Aelin Galathynius había pasado un año en campo de trabajo forzado. La reina de su continente ha sido una esclava, y tendrá que portar las cicatrices para siempre. Quizá eso le dio el derecho a ella, y Aedion, e inclusive a Chaol quien la amaba, para conspirar, para engañar y traicionar a su padre.

—Dorian, por favor—dijo Chaol. —Estoy haciendo esto por ti, lo juro.

—No me importa, — dijo Dorian.

Los miró fijamente a los ojos mientras caminaba hacia afuera. — Guardaré sus secretos hasta la tumba, pero no quiero ser parte de ellos.

Quitó su magia helada del aire y la volvió a su interior, cubriendo de hielo alrededor de su corazón.



Aedion tomó la salida del túnel secreto del castillo. Le dijo a Chaol que fue para evadir cualquier sospecha, para perder a cualquier *otra* persona que los estuviera tratando de seguir mientras que ellos regresaban a sus cuartos. Una mirada del capitán fue suficiente para saber a dónde se dirigía Aedion.

Aedion contempló lo que el capitán le dijo y aunque cualquier otro hombre estaría horrorizado, y Aedion *debía* de estarlo... él no estaba sorprendido. Él había sospechado que el Rey manejaba algún tipo de poder mortífero desde el momento en el que le ha dado el anillo a él todos esos años atrás, y parece ser que concordaba con la información que sus espías habían estado recolectando.

La Matrona Yellowlegs ha estado aquí por una razón. Aedion, estaba dispuesto apostar buen dinero que cualquier monstruosidad o armas que el rey estuvo creando, los podrían ver lo suficientemente pronto, tal vez con las brujas en el remolque. Los hombres no formaron más ejércitos ni forjaron más armas sin tener planes para usarlas. Y desde luego no repartieron pedazos de joyería que controlen la mente a menos que quisieran dominio absoluto. Pero él tenía que enfrentarse a lo que iba a venir sólo así como lo ha hecho en cada otra prueba en su vida: preciso, inflexible y con una letal eficiencia.

Vio dos siluetas esperando en las sombras de un desvencijado edificio por los andenes, la niebla de la Avery haciéndolos poco más que manojos de oscuridad.

— ¿Y bien? — Ren le demandó mientras Aedion se apoyaba en contra de una húmeda pared de ladrillos. Las espadas gemelas de Ren estaban fuera. Buen acero Adarlaniano, con muesca y bastante arañada para saber que han sido usadas, y lo suficiente engrasada para mostrar que Ren sabe cómo debe cuidarlas. Parecía ser las únicas cosas por las cuales Ren cuidaba, su cabello estaba alborotado, y su ropa se miraba un tanto



peor para vestirla.

— Ya te he dicho: podemos confiar en el capitán— Aedion volteó a ver a Murtaugh. — Hola, hombre viejo.

No pudo ver la cara de Murtaugh por debajo de las sombras de su capucha, pero su voz fue un tanto delicada como a continuación habló, — Espero la información valga los riesgos que estas tomando.

Aedion gruñó. Él no les diría la verdad sobre Aelin, no hasta que ella estuviera de regreso a su lado y fuera por ella misma quién les diría.

Ren dio un paso más cerca. Se movió seguro de sí mismo como alguien que ha acostumbrado a pelear. Y ganar. Todavía Aedion tenía al menos 8 centímetros y 9 kilos de músculo más que él. Si Ren atacase, él patearía su trasero en un latido de corazón.

— No sé qué juego estás jugando Aedion— dijo Ren, — Pero sí no dices en dónde ella se encuentra ¿Cómo podremos confiar en ti? ¿Y cómo es que el capitán lo sabe? ¿Acaso el Rey la tiene?

— No—, dijo Aedion. No era una mentira, pero sintió como si lo fuera. Como Celaena, ella ha vendido su alma a él. —De la manera que lo veo, Ren, tú y tu abuelo tienen poco que ofrecerme, o a Aelin. Tú no tienes una banda de guerra, no tienes tierras y el capitán me contó todo sobre tu aflicción con el pedazo de mierda de Archer Finn. ¿Necesito recordarte qué fue lo que le paso a Nehemia Ytger en tu guardia? Entonces no te lo voy a decir, recibirás información básica de lo que necesitas saber.

Ren comenzó. Murtaugh puso un arma entre ellos. — Es mejor que no estemos enterados, solo por si acaso.

Ren no desistiría y la sangre de Aedion corría en juego. — ¿Qué le diremos a la corte entonces? — demandó Ren. — ¿Qué ella no es ninguna impostora como era que creíamos, pero actualmente está viva, sin embargo no nos dirás dónde?

— Sí, — Aedion pudo respirar, imaginando solamente que tan malo podría ser matar a Ren sin herir a Murtaugh en el proceso. — Eso es exactamente lo que les dirás. Si es que puedes llegar a la corte.

Silencio total. Murtaugh dijo, —Sabemos que Ravi y Sol siguen vivas en Suria.

Aedion sabía la historia. Los tratados de trabajo de su familia han sido tan importantes para el Rey como para justificar la ejecución de ambos padres. Entonces su padre ha escogido el bloque de la ejecución y su madre ha sido dejada para mantener a Suria como un tratado vital. Los dos hombres Surianos tendrían entre 20 y 22 por ahora y desde la muerte de su madre, Sol se ha convertido en el Señor de Suria. En sus años mandando del Bane, Aedion jamás ha metido su pie en la ciudad costera. Él no quiso saber si ellos lo habían condenado. La prostituta de Adarlan.

— ¿Ellos pelearán? —Dijo Aedion — ¿O ellos decidirán que les agrada demasiado el



oro?

Murtaugh suspiró. — He escuchado que Ravi es el salvaje aquí, él ha de ser la persona a convencer.

— No quiero a nadie a quien tengamos que convencer a unírseles. — dijo Aedion.

— Tú querrás gente que no le tema a Aelin, o a *ti*— espeto Murtaugh. — Tú querrás gente razonable quienes no vacilen en hacer las preguntas difíciles. La lealtad se gana, no se da.

— Ella no tiene que hacer ni una sola cosa para ganar nuestra lealtad.

Murtaugh sacudió su cabeza, su capucha se balanceó— Para algunos de nosotros, sí. Pero a otros no será muy fácil de convencer. Ella tiene que dar cuenta de 10 años, y de un reino en ruinas.

— Ella era una *niña*.

—Y ahora es una mujer, y lo ha sido ya por unos cuantos años. Quizá ofrecerá una explicación. Pero hasta entonces, Aedion, tú debes entender que otros no pueden compartir tu fervor. Y a los otros tomará un buen tiempo para convencerlos como a ti, acerca de dónde están tus verdaderas lealtades y cómo es que lo han demostrado a lo largo de los años.

Él quería tumbar los dientes de Murtaugh hasta su garganta, solo porque estaba en lo cierto. — ¿Quién más del círculo de Orlon sigue vivo?

Murtaugh nombró cuatro. Ren añadió rápidamente, — Escuchamos que estuvieron escondidos por años, siempre moviéndose alrededor, como nosotros. Tal vez no sean fáciles de encontrar.

Cuatro. Aedion sintió como se le caía el estómago — ¿Eso es todo?— Él había estado en Terrasen, pero exactamente nunca había buscado por un determinado número de cuerpos, nunca le interesó saber quien estuvo detrás del derramamiento de sangre ni la matanza o quien había sacrificado todo para tener a un niño, un amigo, un miembro de la familia fuera. Obviamente muy dentro de él lo sabía, pero como siempre ahí estaba esta boba esperanza de que la mayoría aún estuviesen vivos, esperando para poder regresar.

— Lo siento, Aedion, — dijo Murtaugh suavemente. — Alguna minoría de señores escaparon e incluso lograron aferrarse a sus tierras y mantenerlas prosperando. — Aedion lo sabía y odiaba a la mayoría de ellos, cerdos egoístas. Murtaugh continuó. — Vernon Lochan sobrevivió, pero por la única razón que él era ya la marioneta del Rey, y luego de que Cal fuese ejecutado. Vernon se apoderó del manto de su hermano como Señor de Perranth. Tú sabes lo que le paso a Lady Marion. Pero nunca supimos que le pasó a Elide.— Elide, la hija y heredera de Lord Cal y Lady Marion, casi un año más joven que Aelin. Si estuviera viva, tendría al menos diecisiete por ahora— Miles de niños desaparecieron en las primeras semanas— concluyó Murtaugh. Aedion no quiso pensar acerca de esos pequeños y graves problemas.



Él tuvo que mirar hacia otro lado por un momento, e inclusive Ren mantuvo silencio. Por último, Aedion habló, — Envíen fuera rastreadoras para Rav y Sol, pero mantengan a los otros. Ignoren a los Señores de menor importancia desde ahora. Debemos de dar pequeño pasos.

Para su sorpresa, Ren dijo. — Estoy de acuerdo—. Por un momento, sus ojos se encontraron, y se dio cuenta que Ren sentía lo que usualmente el también sentía, algo de lo que él quería que siguiera enterrado. Ellos han sobrevivido cuando muchos otros no han podido. Y nadie más podía entender lo que era llevarlo consigo, a menos que se hayan perdido por mucho.

Ren había escapado a costa de la vida de sus padres, ha perdido su casa, su título, sus amigos y su reino. Se había escondido y entrenado y nunca perdió la visión de su causa.

Ahora no eran amigos, de hecho nunca lo han sido realmente. El padre de Ren particularmente no le gustaba que Aedion, no Ren, fuera el preferido para tomar el juramento de sangre a Aelin. El juramento de sumisión pura, el juramento que podía tener el sello de Aedion como su protector de por vida, la persona en quién ella podía tener absoluta confianza. Todo lo que poseía, todo lo que era, debería de pertenecerle a ella.

Sin embargo, el premio ahora no era más que un juramento de sangre, sino un reino, una pizca de venganza y la reconstrucción de su mundo. Aedion continuó su camino pero volteó hacia atrás. Sólo dos figuras cubiertas, una encorvado, el otro alto y armado. El primer atisbo de la corte de Aelin. La corte que él había alzado para ella con la finalidad de hacer añicos las cadenas de Adarlan. Él podría continuar jugando su juego, por un rato más.

— Cuando ella regrese, —dijo Aedion silenciosamente, — lo que ella va a hacerle al Rey de Adarlan hará que la matanza de diez años atrás luzca misericordiosa. —Y en su corazón, Aedion tenía la esperanza que estuviera hablando con la verdad.





Capítulo 25

*Traducido por Karen
Corregido por Melody*

Pasó una semana sin cualquier otro intento de desollar a Celaena viva, así que aunque ella no hizo ningún progreso con Rowan, ella considero que eso era un éxito. Rowan cumplió su palabra respecto a ella haciendo tarea doble en las cocinas, el único aspecto positivo era que ella estaba tan cansada cuando se desplomaba en la cama, que ella no recordaba soñar. Otro beneficio, supuso, era que mientras ella estaba fregando los platos de la noche, pudo escuchar las historias de Emry, por las cuales Luca rogaba cada noche, independientemente de la lluvia.

A pesar de lo que había sucedido con los Skinwalkers, Celaena no estaba más cerca de dominar su cambio. Incluso aunque Rowan había ofrecido su capa esa noche a un lado del río, a la mañana siguiente los había traído de vuelta a su aversión vitriólica habitual. *Odio* se sentía como una palabra fuerte, ya que ella no podía odiar a alguien que la había salvado, pero *desagradar* encajaba malditamente bien. A ella no le importaba particularmente de qué lado de la línea odio-desagrado estaba Rowan. Pero ganar su aprobación para entrar a Doranelle era indudablemente un largo, largo camino.

Todos los días, él la llevo al templo en ruinas, lo suficientemente lejos por si ella se las arreglaba para cambiar y perder el control de su magia en el proceso, no incineraría a nadie. Todo, *todo*, dependía de esa dirección: cambiar. Pero el recuerdo de que la magia se había sentido como si abrasara su piel, cuando amenazó con tragarla a ella y al mundo entero, atormentándola, despierta y dormida. Era casi tan malo como las sesiones sin fin.

Ahora, después de dos miserables horas de eso, ella gimió y se puso de pie, caminando sigilosamente alrededor de las ruinas. Estaba inusualmente soleado ese día, hacien-

do que las pálidas piedras parecieran brillar. De hecho, ella podría haber jurado que las oraciones susurradas de oradores desaparecidos hace tiempo aun resonaban. Su magia había estado parpadeando raramente en respuesta, extraño, en su forma humana, donde estaba normalmente apagada.

Mientras ella estudiaba las ruinas, apoyó las manos en las caderas: algo para evitar arrancarse el cabello. — ¿Qué era este lugar, de todos modos? — Solo los trozos de piedra rota quedaron para mostrar donde había estado edificado el templo. Unas pocas rocas oblongas, pilares, fueron arrojados, como si una mano los hubiera dispersado, y varias rocas agrupadas juntas indicaron que alguna vez habían sido un camino.

Rowan siguió sus pasos, una nube tormentosa acercándose alrededor de ella mientras examinaba un grupo de piedras blancas. —El templo de la Diosa del sol.

Mala⁷, Dama de la Luz, del Aprendizaje, y del Fuego. — ¿Has estado trayéndome aquí porque piensas que podría ayudarme con el dominio de mis poderes, y mi cambio?

Un vago asentimiento. Ella puso una mano en una de las masivas rocas. Si ella quería admitirlo, ella podía casi sentir los ecos del poder que habían morado aquí hace mucho tiempo, una deliciosa calidez besando un camino hasta el cuello, hacia abajo de su espalda, como si una parte de la Diosa aun estuviera acurrucada en la esquina. Eso explicaba porque hoy, en el sol, el templo se sentía diferente. Por qué su magia estaba inestable. Mala, la Diosa del Sol y Proveedora de Luz, fue hermana y eterna rival de Deanna, Guadiana de la Luna.

—Mab fue inmortalizada dentro de la divinidad gracia a Maeve, —Celaena reflexiono mientras se pasó una mano por el bloque irregular. —Pero eso fue hace más de quinientos años. Mala tenía una hermana en la luna mucho antes de que Mab tomara su lugar.

—Deanna era el nombre original de la hermana. Pero ustedes los humanos le dieron algunas de las características de Mab. La caza, los sabuesos.

—Tal vez Deanna y Mala no fueron siempre rivales.

— ¿A qué quieres llegar?

Ella se encogió de hombros y siguió corriendo sus manos a lo largo de la piedra, sintiendo, inhalando, oliendo. — ¿Alguna vez conociste a Mab?

Rowan estuvo callado por largo tiempo, contemplando la utilidad de decirle, sin duda. —No, —le dijo al fin. — Soy viejo, pero no tan viejo.

Bien, si él no quería darle un número real... — ¿Te *sientes* viejo?

Él miró a la distancia. —Aun soy considerado joven para los estándares de mi clase.

Eso no fue una respuesta. — Tú dijiste que una vez luchaste en un reino que ya no existe. Has estado en la guerra varias veces, al parecer, y has visto el mundo. Eso dejaría su

7 Es el nombre de la Diosa, no es que esta sea “mala” sino que su nombre es Mala



marca. Te envejece en el interior.

— ¿Tú te sientes vieja? — Su mirada era inquebrantable. Un infante, una niña, la había llamado.

Ella era una niña para él. Incluso cuando ella se convirtiera en una mujer mayor, si viviera tanto tiempo, debería ser aún una niña en comparación a la duración de la vida de él. Su misión dependía de él viéndola de otra manera, pero aun así dijo, —Estos días, estoy muy contenta de ser mortal, y sólo tener que soportar esta vida una vez. Estos días, no te envidio en absoluto.

— ¿Y antes?

Era su turno de mirar hacia al horizonte. —Solía desear que tendría una oportunidad de verlo todo, y odie eso que yo nunca haría.

Ella pudo sentirlo formando una pregunta, pero ella comenzó a moverse de nuevo, examinando las piedras. Mientras desempolvaba el bloque, una imagen emergió, la de un ciervo con una estrella brillante entre sus astas, así como el de Terrasen. Había escuchado a Emrys contar la historia de los ciervos del sol, quien mantuvo una flama inmortal entre sus astas enormes y que una vez había sido robada de un templo en esta tierra... — ¿Es aquí donde los ciervos se mantuvieron, antes de que este lugar fuera destruido?

—No sé. Este templo no fue destruido, fue abandonado cuando las hadas se trasladaron a Doranelle, y luego arruinado por el tiempo y el clima.

—Las historias de Emrys decían destruidas, no abandonadas.

—Una vez más, ¿A dónde quieres llegar?

Pero ella no sabía. No todavía, así que sólo sacudió su mano y dijo, — Las hadas en mi continente, en Terrasen... ellos no eran como tú. Al menos, no los recuerdos siendo de esa manera. Ellos no eran muchos, pero... —Ella trago saliva. —El Rey de Adarlan las cazo y las mato tan fácilmente. Sin embargo cuando te veo, no entiendo como lo hizo—. —Incluso con las llaves del wyrd, las hadas habrían sido más fuertes, más rápidos. Más deberían haber sobrevivido, incluso si algunos hubieran sido atrapados en sus formas animales cuando su magia se desvaneció.

Ella lo miro sobre su hombro, una mano había sido presionada contra el tallado caliente. Un musculo tembló en la mandíbula de Rowan antes de decir, —Nunca he estado en tu continente, pero he oído que las hadas ahí, eran más apacibles, menos agresivos, muy pocos entrenados en combate, y ellos dependían en gran medida de la magia. Una vez que la magia desapareció de tus tierras, muchos de ellos podrían no haber sabido que hacer contra soldados entrenados.

—Y aun así, Mab no envió ayuda.

—Las hadas de tu continente hace mucho tiempo rompieron lazos con Maeve. —Se detuvo de nuevo. —Pero había algunos en Doranelle quienes argumentaron a favor de



ayudar. Mi reina terminó ofreciendo refugio a cualquiera que pudiese llegar aquí.

Ella no quería saber más, no quería saber cuántos lo habían logrado, y si él había sido uno de los pocos que argumentó a favor para salvar a sus hermanos occidentales. Por lo que ella se alejó del tallado del ciervo mítico, instantáneamente frío al momento que ella rompió contacto con el delicioso calor viviendo dentro de la piedra. Parte de ella podía haber jurado que el antiguo, extraño poder estaba triste de verla partir.

Al día siguiente Celaena terminó su turno en el desayuno en la cocina, dolorida y más cansada de lo habitual, ya que Luca no había estado ahí para ayudar, lo cual significaba que ella desperdiciaría la mañana, cortando, lavando, y luego llevando la comida escaleras arriba.

Celaena pasó a un centinela que había identificado como amigo de Luca y oyente frecuente de las historias de Emrys, joven, magramente músculos, sin evidencia de oídos de hada o don. Bas, el líder de los exploradores de la fortaleza. Luca parloteara sobre él sin cesar. Celaena le dio una pequeña sonrisa y un asentimiento. Bas parpadeó unas cuantas veces, y le regresó una tentativa sonrisa de vuelta y se pasó de largo, probablemente a su guardia en el muro. Ella frunció el ceño. Había dicho un civilizado hola a un montón de ellos hasta ahora, pero... Aún estaba dándole vueltas a su reacción cuando ella llegó a su habitación y se encogió de hombros en su chaqueta.

—Llegas tarde, —Rowan dijo desde la puerta.

—Había platos extra esta mañana, —dijo, trenzando de nuevo su cabello mientras ella se volvía a donde él se apoyaba en la puerta — ¿Puedo esperar hacer algo útil contigo hoy, o será más de estar sentada, gruñir y mirar? ¿O simplemente terminaré cortando madera durante horas y horas?

Él simplemente se puso en marcha dentro de la sala y ella lo siguió, aun trenzando su cabello. Pasaron otros dos centinelas. Esta vez, ella los miró a ambos a los ojos y sonrió a forma de saludo. De nuevo, ese parpadeo, una mirada compartida entre ellos, y una sonrisa de regreso. ¿Realmente había llegado a ser tan desagradable que una simple sonrisa era sorprendente? Dios, ¿Cuándo *había* sonreído por última vez a alguien o algo?

Ellos estaban bien lejos de la fortaleza, se dirigieron al sur, arriba en las montañas, cuando Rowan dijo, —Todos ellos han mantenido su distancia por el olor que emanas.

— ¿Disculpa? —Ella no quería saber cómo él había leído sus pensamientos.

Rowan anduvo con paso majestuoso a través de los árboles, ni siquiera sin aliento, cuando dijo, —Hay más machos que hembras aquí, y ellos están bastante aislados del mundo. ¿No te has preguntado por qué ellos no se te han acercado?

— ¿Permanecen lejos porque yo... apesto? — Ella no creía que le hubiera importado lo suficiente como para sentir vergüenza, pero su cara estaba ardiendo.

—Tu olor dice que no quieres que se te acerquen. Los machos lo huelen más que las hembras, y has estado viviendo lo más lejos posible. Ellos no quieren sus rostros araña-



dos.

Ella había olvidado que tan primitivos eran las hadas, con sus aromas, apareamiento y la naturaleza territorial. Un extraño contraste con el mundo civilizado más allá del muro de montañas. —Bien, —Término diciendo, aunque la idea de que sus emociones eran tan fácilmente identificables era inquietante. Eso la hizo mentir y fingir desinterés. — No estoy interesada en los hombres... machos.

Su tatuaje era vivido en la luz moteada del sol que se filtraba a través del dosel de los arboles mientras él miraba fijamente su anillo. — ¿Qué pasaría si te conviertes en reina? ¿Te negaras a una alianza potencial por medio del matrimonio?

Una mano invisible pareció envolver su garganta. Ella no se había permitido considerar esa posibilidad, porque el peso de una corona y un trono sería suficiente para hacerla sentir como si estuviera en un ataúd. La idea de un matrimonio como ese, del cuerpo de alguien más sobre el suyo, alguien que no era Chaol... Ella empujó el pensamiento lejos.

Rowan estaba provocándola, como siempre hacia. Y ella todavía no tenía planes de tomar el turno de su tío. Su único plan era hacer lo que ella le había prometido a Nehe-mia. —Buen intento, —dijo ella.

Sus colmillos relucieron cuando sonrió. — Estas aprendiendo.

—Tú muerdes el anzuelo de vez en cuando, sabes.

Él le dio una mirada que decía, *yo te dejo provocarme, en caso de que no te hayas dado cuenta. No soy ningún tonto mortal.*

Ella quería preguntarle porqué, pero ser cordial con él, con cualquiera, era demasiado raro. — ¿A dónde demonios estamos yendo hoy? Nunca nos dirigimos al oeste.

La sonrisa se desvaneció. —Quieres ser de utilidad. Así que ésta es tu oportunidad.



Con Celaena en su forma humana, las campanas de algún pueblo cercano estaban anunciando las tres en punto. Por la hora, ellos habían alcanzado el bosque de pinos.

Ella no pregunto que estaban haciendo ahí. Él ni siquiera le diría. Disminuyendo la velocidad a un paso lento, Rowan siguió la pista de señales que quedaban en los árboles y piedras, ella lo siguió silenciosamente, sedienta, hambrienta y un poco mareada.

El terreno había cambiado: agujas de pino crujían bajo sus botas, gaviotas, no aves cantoras, lloraban por encima de su cabeza. El mar estaba cerca. Celaena gimió cuando la fría briza acarició su rostro sudoroso, perfumada con sal, peces y roca calentada por el sol. No fue hasta que Rowan se detuvo en un arroyo, cuando notó el mal olor, y el silencio.

El suelo había sido removido a lo largo del arroyo, la maleza rota y pisoteada. Pero la



atención de Rowan estaba fija en el arroyo mismo, en lo que se había alojado entre las rocas.

Celaena maldijo. Un cuerpo. Una mujer, por la forma de lo que quedaba de ella...

Una cascara.

Como si le hubieran drenado la vida, la sustancia. No había heridas, no había laceraciones o signos de daño, salvo por un hilo de sangre seca en su nariz y oídos. Su piel estaba sin color, marchita y seca, su cara ahuecada todavía con una expresión de horror, y pena. Y el olor, no sólo el cuerpo en descomposición, sino a su alrededor... el olor...

— ¿Qué hizo esto? —Preguntó ella, estudiando el bosque perturbado más allá de la corriente. Rowan se arrodilló mientras examinaba los restos. — ¿Por qué no solo la arrojaron al mar? Dejarla en un arroyo parece una estupidez. También dejaron pistas, a menos que esas fueran de quien sea que la encontró.

—Malakai me dio el reporte esta mañana, y él y sus hombres están entrenados para no dejar huellas. Pero este aroma... admito que es diferente. —Rowan caminó en el agua. Ella quería decirle que parara, pero él siguió estudiando los restos desde arriba, luego desde abajo, dándole vueltas. Sus ojos destellaron a los de ella. Estaban furiosos. — Así que dime, asesina. Querías ser útil.

Ella se enfadó ante el tono, pero, que estaba haciendo una mujer tirada ahí, rota como una muñeca.

Celaena no quería particularmente oler *nada* sobre los restos, pero ella olfateó. Y deseo no haberlo hecho. Era un olor que había olido dos veces hasta ahora, uno en esa habitación sangrienta una década atrás, y luego recientemente... —Tú apelabas que no sabías que era esa cosa en el campo tumulario, —ella se encargó de decir. La boca de la mujer estaba abierta en un grito, sus dientes cafés y agrietados bajo la sangre seca de la nariz. Celaena tocó su propia nariz e hizo una mueca. —Creo que esto es lo que hace.

Rowan apoyo las manos en las caderas, olfateando de nuevo, girando en la corriente. Él escaneó a Celaena, luego al cuerpo. — Viniste de esa oscuridad luciendo como si alguien hubiera succionado la vida en ti. Tu piel estaba de un tono más pálido, tus pecas se habían ido.

—Me forzó a pasar por... recuerdos. De la peor clase. —La horrorizada cara llena de pena de la mujer se abrió hasta el dosel de los árboles. — ¿Has oído alguna vez de una criatura que se alimenta de estas cosas? Cuando lo vislumbré, vi un hombre, un hombre hermoso, pálido y de cabello oscuro, con ojos completamente negros. No era humano. Quiero decir, él se veía como uno, pero sus ojos, no eran humanos en absoluto.

Sus padres habían sido asesinados. Ella había visto las heridas. Pero el olor en su habitación había sido tan similar... Ella sacudió su cabeza como para despejarla, para sacudirse la sensación arrastrándose arriba por su espalda.

—Incluso mi reina no sabe de cada sucia criatura vagando en estas tierras. Si los



Skinwalkers se están aventurando a bajar de las montañas, quizá otras cosas también.

—La gente del pueblo podría saber algo. Tal vez han lo han visto o escuchado rumores.

Rowan parecía estar pensando la misma cosa, porque sacudió su cabeza en señal de disgusto, y pena, para su sorpresa. —No tenemos tiempo, tú has desperdiciado la luz del día al venir aquí en tu forma humana. —No habían traído algún suministro para la noche tampoco. —Tenemos una hora antes de regresar, haz lo todo que puedas.



El camino conducía absolutamente a ninguna parte. Llevaba a un acantilado en el mar, sin camino a la angosta franja de playa debajo. No había señal de nadie viviendo en los alrededores. Rowan se paró en el borde del acantilado, sus brazos cruzados mientras miraba al mar color jade. —No tiene sentido, —dijo, más para él mismo que para ella. — Este es el cuarto cuerpo en las últimas semanas, ninguno de ellos reportado desaparecido. —Él se puso en cuclillas en el suelo arenoso y trazó una línea en la áspera tierra con un dedo tatuado. La forma de la costa de Wendlyn. —Han sido encontrados aquí. — Pequeños puntos, aparentemente aleatorios a salvo de estar cerca del agua—. Estamos aquí, dijo haciendo otro punto. Él se sentó de nuevo sobre los talones mientras Celaena miró el mapa toscó. — Y aun así tú y yo encontramos la criatura asechando entre los tumularios aquí, — él añadió, y dibujo un X donde ella asumió estaban los montículos, tierra adentro. —No he visto ninguna señal de eso restante por los túmulos, y los espíritus han regresado a sus hábitos de siempre.

— ¿Los otros cuerpos estaban en las mismas condiciones?

—Todos fueron drenados como este, con expresiones de horror en sus caras, sin señal de heridas, más allá de sangre seca en la nariz y orejas. —Por la manera en que su piel bronceada palideció debajo de su tatuaje y la manera en la que él apretó sus dientes, ella sabía que le dolía su orgullo inmortal por no saber que era esa cosa.

— ¿Todos arrojados al bosque y no al mar? —un asentimiento. —Pero todo a poca distancia del agua. —Otro asentimiento—. Si eso era un asesino hábil, sensitivo, escondería los cuerpos mejor. O, de nuevo, utilizaría el mar. —Ella miro a la cegadora agua, el sol comenzando su descenso del atardecer—. O a lo mejor no le importa. Tal vez quiere que nosotros sepamos que está haciendo. Había, hubo momentos en los que deje cuerpos así para que fueran encontrados por cierta persona, o para enviar algún tipo de mensaje. —Tumba siendo el último de ellos. — ¿Qué tienen las victimas en común?

—No sé, —Admitió. — No sabemos siquiera sus nombres o de dónde vinieron. —Él se levantó y sacudió sus manos. —Necesitamos regresar a la fortaleza.

Ella agarro su codo. —Espera. ¿Has visto suficiente del cuerpo?

Un lento asentimiento. Bien. Ella también lo había hecho, y además ya estaba harta del olor. Se había cometido a la memoria, observando todo lo que pudo. —Entonces te-



nemos que enterrarla.

—El suelo es demasiado duro aquí.

Ella camino por entre los árboles, dejándolo atrás. —Entonces lo haremos a la manera antigua, — Ella dijo. Estaría maldita si dejaba el cadáver de esa mujer descomponiéndose en un arroyo, maldecida si la dejaba ahí por la eternidad, húmeda y fría.

Celaena sacó el cuerpo demasiado ligero del arroyo, poniéndolo en las agujas secas de pino. Rowan no dijo nada mientras ella recogía leña y ramas, y luego se arrodilló, tratando de no mirar a la piel consumida o a la expresión persistente de horror.

Tampoco se burló de ella por las pocas veces que lo tomo encender el fuego a mano, o hacer comentarios sarcásticos una vez que las agujas de pino finalmente crujieron y ahumaron, incienso antiguo para una pira rudimentaria. En su lugar, cuando ella salió de las llamas crecientes, ella lo sintió aproximarse, elevándose detrás de ella, sintió la certeza y parte salvaje de él envolverla como un cuerpo fantasma. Una briza cálida lamió su cabello, su rostro. Aire para avivar el fuego, aire que ayudo a consumir el cadáver.

El odio que sentía no tenía nada que ver con su voto, o con Nehemia. Celaena buscó en el pozo eterno dentro de ella, solo una vez, para ver si ella podía jalar cualquier gatillo que fuera la causa del cambio, de manera que pudiera ayudar a su pequeño y triste fuego a arder más uniformemente, más orgulloso.

Sin embargo Celaena permaneció sin cambio y vacía, de pie en su cuerpo mortal.

Aun así, Rowan no dijo nada al respecto, y su viento alimentó las flamas lo suficiente para hacer trabajo rápido del cuerpo, quemando mucho más rápido que una pira mortal. Ellos miraron en silencio, hasta que no había nada más que cenizas, hasta que incluso éstas fueron llevadas alto y lejos, sobre los árboles, hacia el mar abierto.





Capítulo 26

*Traducido por Dafne
Corregido por Melody*

Chaol no había visto ni oído nada sobre el general o el Príncipe desde aquella noche en la tumba. Según sus hombres, el Príncipe pasaba el tiempo en las catacumbas de los sanadores cortejando a una de las mujeres jóvenes. Se odiaba a sí mismo, pero un parte de él sentía alivio de oírlo, después de todo, Dorian hablaba con *alguien*.

La ruptura con Dorian valió la pena. Por Dorian, incluso si su amigo nunca le perdona, por Celaena, aunque ella jamás volviera, incluso si él deseara que ella aun fuera Celaena y no Aelin... valía la pena.

Una semana después tuvo tiempo para verse de nuevo con Aedion, para obtener la información que no recibió, gracias a Dorian, que los interrumpió. Si Dorian se escabullía entre ellos tan fácilmente, entonces la tumba no era el mejor lugar para encontrarse. Había un lugar, no obstante, donde ellos podían reunirse con un riesgo mínimo. Celaena se lo dejó en su testamento, junto con su dirección.

El apartamento secreto encima del almacén estaba intacto, parecía como si alguien hubiese tomado tiempo para cubrir los muebles ornamentados. Tirando de las sábanas una por una, fue como si descubriera un poco más de lo que Celaena fue antes de Endovier, prueba de que sus gustos lujosos eran muy profundos. Ella había comprado este lugar, una vez le dijo, que tener un lugar para llamarlo suyo, un lugar fuera de la Fortaleza de los Asesinos donde había sido criada. Ella había gastado casi todo el cobre que tenía allí, pero era necesario, ella dijo, por la poca libertad que tenía garantizada. Él pudo haber dejado las sábanas allí, tal vez él debía, pero... él era curioso.

El apartamento consistía en dos dormitorios con sus propios cuartos de baño, una cocina y una gran sala en donde se hallaba un gran sofá acolchonado tendido ante una chimenea de mármol tallada, acentuado con dos sillones de terciopelo de gran tamaño. La otra mitad de la sala estaba ocupada por una mesa de roble para ocho personas, sus cubiertos aún estaban expuestos: platos de porcelana y plata, cubiertos que tenían mucho tiempo sin ser usados. Era la única evidencia de que este apartamento no había sido tocado desde quien sea, Arobynn Hamel, probablemente, haya ordenado desalojar este lugar.

Arobynn Hamel, el Rey de la Fortaleza de los Asesinos. Chaol rechinó sus dientes mientras terminaba de enrollar la última de las sábanas blancas en el armario del pasillo. Había estado pensando acerca del viejo maestro de Celaena desde hace varios días. Arobynn era lo suficientemente inteligente como para atar cabos cuando vio a una huérfana varada, tiempo después de que la princesa de Terrasen estuviese perdida, su cuerpo desvanecido en el medio congelado río de Florine.

Si Arobynn lo sabía, y le había hecho estas cosas a ella... La cicatriz en la muñeca de Celaena destello frente a él. Él hizo que ella rompiera su propio brazo. Debería haber un sin número de brutalidades de las que ella no le había hablado. Y lo peor de todo... lo absolutamente peor... Él nunca le había preguntado el por qué, cuando fue nombrada Campeona, su primera prioridad no fue cazar a su maestro y cortarlo en pedazos por lo que le hizo a su amado, Sam Cortland. Arobynn ordenó torturar y matar a Sam, y luego ideó una trampa para que Celaena fuera arrastrada hacia Endovier. Arobynn debe haber esperado tenerla de regreso, si él había dejado este apartamento sin tocar. Él debería haber querido que ella se pudriera en Endovier, hasta que él decidiera liberarla y ella se arrastra de nuevo hacia él, su eterna y leal sirviente.

Era su derecho, Chaol se dijo a sí mismo. Su derecho de decidir cuándo y cómo matar a Arobynn. También era el derecho de Aedion. Incluso los dos reyes de Terrasen tenían más derecho en reclamar la cabeza de Arobynn que él. Pero si Chaol lo veía algún día, no estaba seguro de poder controlarse a sí mismo.

La escalera de madera desvencijada más allá de la puerta gimió, y Chaol tenía su espada desenvainada en un santiamén. Luego hubo un bajo silbido de dos notas y se relajó, sólo un poco, y silbó de vuelta. Mantuvo su espada descubierta hasta que Aedion entro por la puerta, desarmado.

— Me preguntaba si estarías aquí solo, o con un montón de hombres esperando tras la sombras, — Aedion dijo, a modo de saludo, y desenvainó su espada.

Chaol lo fulmino con la mirada — Pensaba lo mismo.

Aedion se movió entre el apartamento, el ardor en su rostro cambiante entre la cautela, la duda y la tristeza. Y a Chaol se le ocurrió que era la primera vez que Aedion veía una parte de su pariente perdida. Estas eran sus cosas. Ella había elegido todo, desde las figuritas sobre la repisa de la chimenea, a las servilletas verdes de la mesa antigua en la cocina, moteadas y empañadas por lo que parecían un sin número de cuchillos.



Aedion se paró en el centro del cuarto, escaneando todo. Tal vez para ver si había fuerzas ocultas al acecho, pero... Chaol murmuró algo sobre usar el cuarto de baño para darle a Aedion la privacidad que necesitaba.



Este era su apartamento. Tanto como si ella aceptara u odiara su pasado, Celaena había decorado el comedor con los colores reales de Terrasen, verde y plata. La tabla y la estatuilla de ciervo encima de la chimenea eran los únicos vestigios de la prueba de que ella tal vez recordara. Tal vez le importara.

Todo lo demás era confortable, de buen gusto. Como si el apartamento fuese para descansar y en las noches para ver el fuego. Y había una gran cantidad de libros, en los estantes, en las tablas del sofá, apilados al lado del sillón frente a la ventana de techo que abarcaba toda la longitud de la gran sala.

Inteligente, educada y culturizada, como si los artículos fuesen alguna indicación. Había cosas de todos los reinos, como si ella hubiese recogido algo de dondequiera que iba. La habitación era un mapa de sus aventuras, un mapa de una persona completamente diferente. Aelin vivió. Ella había vivido, y visto y hecho cosas.

La cocina era pequeña pero acogedora, y... Dioses, tenía una caja de refrigeración. El capitán había mencionado algo sobre ella destacándose como asesina, pero él no había mencionado que era rica. Todo ese maldito dinero. Todas estas cosas sólo probaban lo que ella había perdido. Lo que él fallo en proteger.

Ella se convirtió en una asesina. Una muy buena, como si este apartamento fuese alguna prueba. Su habitación era aún más indignante. Tenía una enorme cama con dosel y un colchón que parecía una nube, y un cuarto de baño con azulejos de mármol, que poseía su propio sistema de cañerías.

Bueno, su armario no había cambiado. Su prima siempre había amado la ropa bonita. Aedion sacó una túnica de un color azul profundo, bordada con oro alrededor de las solapas, y con botones que brillaban a la luz del candelabro. Esa era ropa para el cuerpo de una mujer. Y el olor de mujer aún se aferraba a la totalidad del apartamento, un aroma muy similar al que recordaba de su infancia, pero envuelta en misterio y sonrisas secretas. Era imposible que sus sentidos de hada no lo notaran, que no reaccionaran.

Aedion se apoyó contra la pared del vestidor, mirando los vestidos y la exhibición de las joyas, ahora cubiertas de polvo. Aedion no se dejó preocupar por lo que le hicieron en el pasado, y a las personas que arruinó, en los campos de batalla donde el camino estaba cubierto en sangre y gloria que ni siquiera era suya. En lo que a él le concernía, él había perdido todo el día que Aelin murió. Se merecía un castigo por lo mal que había fracasado, pero Aelin...

Aedion pasó las manos a través de su cabello antes de entrar en la gran sala. Aelin volvería de Wendlyn, sin importar lo que el Capitán creyese. Aelin regresaría, y cuando ella



lo hiciera... Con cada respiración, Aedion sentía esa sensación aferrándose alrededor de su corazón y en su alma. Cuando ella regresara, nunca la dejaría ir.



Aedion se dejó caer en uno de los sillones frente al fuego, mientras Chaol decía, — Bueno, creo que he esperado lo suficiente como para oír lo que tienes que decir acerca de la magia. Espero que valga la pena.

— Independientemente de lo que sé, la magia no debería ser tu principal plan de defensa o acción.

— Vi a tu reina partir la tierra en dos con su poder, — Chaol dijo. — Dime cómo eso no cambiaría el rumbo en un campo de batalla, dime que tú no necesitarías eso, y a otros como ella.

— Ella no estará jamás cerca de esos campos de batalla, — Aedion gruñó en voz baja. Chaol dudaba de que eso fuese cierto, pero él deseaba que lo fuera. Aedion probablemente tendría que atar a Celaena a su trono para evitar que peleara en el frente de batalla, con su gente.

— Sólo dime.

Aedion suspiró y miró hacia el fuego, como si contemplara un horizonte lejano. — Los incendios y las ejecuciones comenzaron cuando la magia desapareció, así que el día que empezó, pensé que las aves sólo estaban huyendo de los soldados, o buscando algo de carroña. Estaba encerrado en una de las torres por órdenes del Rey. La mayoría de los días yo ni siquiera me atrevía a mirar por la ventana porque yo no quería ver lo que pasaba en la ciudad, pero había tanto ruido de parte de las aves ese día, así que miré. Y...—Aedion negó con la cabeza. — Algo los enviaba a todos a volar en una dirección, y luego a otra. Y luego los gritos comenzaron. Escuché a algunas personas morir entre la muchedumbre, como si una arteria les hubiese sido cortada. — Aedion extendió un mapa sobre la mesa baja entre ellos y se llevó un dedo calloso a Orynth.

— Hubo dos oleadas de aves. La primera fue al norte-noroeste. — Trazó una línea vaga. — Desde la torre, podía ver lo suficiente para saber que la mayoría de ellos vinieron desde el sur, la mayoría de las aves cerca de nosotros no se movían mucho. Pero entonces la segunda oleada empujó a todas ellas al norte y este, como si algo desde el centro de la tierra las hubiese arrojado de ese modo.

Chaol apuntó hacia Perranth, la segunda ciudad más larga en Terrasen. — ¿Desde aquí?

— Más hacia el sur—Aedion golpeó la mano de Chaol fuera del camino. — Endovier o incluso más abajo.

— Tú no podrías haber visto tan lejos.



— No pero los señores guerreros de mi corte me hicieron memorizar las aves en Oakwald y todas sus llamadas para cazarlos, y combatirlos. Y hubo aves volando hacia nosotros que solo encontraríamos en tu país. Yo los contaba para distraerme mientras— Otra pausa, como si Aedion no tuviese la intención de decir eso. — No recuerdo haber oído a ningún pájaro de los tres reinos del sur.

Chaol hizo una línea áspera, empezando en Rifthold y yendo hacia las montañas, hasta la Brecha de Ferian. — Como si algo hubiese salido disparado en esta dirección.

— Fue hasta la segunda oleada cuando la magia paro. — Aedion levanto una ceja. — ¿No recuerdas ese día?

— Yo estaba aquí, si alguien sintió el sufrimiento, lo escondieron. La magia ha sido ilegal en Adarlan desde hace décadas. ¿Así que de donde todo esto nos hizo llegar, Aedion?

— Pues, Murtaugh y Ren han tenido experiencias similares. — Entonces el general inicio otro cuento: como Aedion, Ren y Murtaugh habían experimentado un frenesí de animales locales y oleadas gemelas de algo el día que la magia desapareció. Pero ellos habían estado en la parte sur de su continente, acabando de llegar de la Bahía Calavera.

No fue sino hasta hace seis meses, cuando fueron atraídos a la ciudad por las mentiras de Archer Finn sobre la reemergencia de Aelin, que hasta empezaron a considerar la magia, contemplando maneras para hacer pedazos el poder del Rey para su reina. Después de comparar notas con los otros rebeldes en Rifthold, se dieron cuenta que otros experimentaron fenómenos similares. Queriendo obtener una información completa, encontraron un comerciante de la península abandonada que estaba dispuesto a hablar, un hombre de Xandria el cuál fue sorprendentemente honesto, a pesar del negocio que había construido en artículos de contrabando.

Y robado una yegua Asterion al Lord de Xandria.

Por supuesto Celaena había estado en la Península Desertica. Y buscó problemas. A pesar del dolor en su pecho, Chaol sonrió ante el recuerdo mientras Aedion recordaba el reporte de Murtaugh sobre la cuenta del comerciante.

No fueron dos oleadas cuando la magia se desvaneció en el desierto, sino tres.

La primera precipitación fue desde el norte. El comerciante se encontraba con el Lord de Xandria en su fortaleza arriba sobre la ciudad y había visto un leve temblor que hizo que la arena roja se moviera. La segunda fue en el suroeste, venia hacia ellos como una tormenta de arena. El último impulso procedía del mismo origen que Aedion recordaba. Segundos después, la magia se fue, y la gente gritaba en las calles, y el Lord de Xandria consiguió la orden, una semana después, de acabar con todos los poseedores de magia conocidos o registrados en su ciudad. Entonces los gritos fueron diferentes.

Aedion le dio una sonrisa socarrona mientras el terminaba. — Pero Murtaugh descubrió más. Nos veremos en tres días. El podrá decirte sus teorías para entonces.



Chaol se levantó de su silla. — ¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que sabes, por lo que me has tenido dominado estas últimas semanas?

— Todavía hay más de ti que no me has dicho, ¿Así es que porque yo debería decirte todo?

— Te he dicho información vital, que podría cambiar el mundo, — Chaol dijo entre dientes. — Tu solo me has contado historias.

Los ojos de Aedion adquirieron un brillo letal — Tú querrás escuchar lo que Ren y Murtaugh tienen que decir.

Chaol no tenía ganas de esperar tanto tiempo para escucharlo, pero había dos almuerzos estatales y una cena formal después de esa, y él esperaba asistir a todos ellos. Y presentarle al Rey planes de defensa para los eventos también.

Después de un momento, Aedion dijo, — ¿Como que estás trabajando para él? ¿Cómo pretendes no saber lo que ese bastardo está haciendo, lo que hizo a gente inocente, a la mujer que dices amar?

— Hago lo que tengo que hacer. — Él no pensaba que Aedion pudiera entender, de todos modos.

— Dime por qué el Capitán de la guardia, un Señor de Adarlan, está ayudando a su enemigo. Esa es toda la información que quiero de ti hoy.

Chaol quería decírselo, dado lo mucho que él ya había dicho, él no tenía que ofrecer ni una maldita cosa. En cambio, dijo — Crecí con la idea de que lo que hacíamos era traer paz y civilización al continente. Lo que he visto recientemente me hizo dar cuenta de cuánto de eso es una mentira.

— Pero sabías de los campos de trabajo forzosos, sin embargo. Y de las masacres.

— Es fácil ser engañado cuando no conoces a ninguna de esas personas de primera mano. — Pero Celaena con sus cicatrices, y Nehemia con su gente masacrada... — Es fácil creer cuando tu rey te dice que las personas en Endovier se merecen estar ahí porque son criminales o rebeldes que trataron de matar a inocentes familias de Adarlan.

— ¿Y cuántos de tus compatriotas se levantarían en contra de su rey si ellos, también, supieran la verdad? ¿Si se detuvieran a considerar lo que sería si se tratara de sus familias, sus pueblos, siendo esclavizados o asesinados? ¿Cuántos se alzarían si supieran qué clase de poder tiene su príncipe, si su príncipe se levantara para luchar con nosotros?

Chaol no lo sabían, y no estaba seguro de querer hacerlo. En cuanto a Dorian...él no podría pedirle eso a su amigo. No lo esperaría. Su objetivo era mantener al príncipe a salvo. Incluso si le costara su amistad, no quería que Dorian se involucrara. Jamás.



La semana anterior había sido aterradora y maravillosa para Dorian.

Aterradora porque ahora dos personas más conocían su secreto, y porque cuando de controlar su magia se trataba, caminaba por una muy fina línea, la cual parecía cada vez más volátil con cada día que pasaba. Maravillosa, porque todas las tardes visitó, en un nivel inferior de las Catacumbas, un taller de trabajo escondido descubierto por Sorscha, donde nadie podría encontrarlos. Ella trajo libros de sólo los dioses saben dónde, hierbas, plantas, sales y polvos, y cada día, ellos investigaban y entrenaban y reflexionaban.

No había muchos libros acerca de controlar un poder como el suyo, muchos habían sido quemados, ella le dijo. Pero ella contemplaba la magia como si fuese una enfermedad: si ella pudiese encontrar los canales correctos para bloquear, la podría contener. Y si no, ella siempre decía, podían drogarlo, sólo lo suficiente como para nivelar su estado de ánimo. A ella ni siquiera le gustaba la idea, y tampoco a él, aunque era un alivio saber que la opción estaba ahí.

Una hora cada día era todo lo que podían manejar juntos. Para esa hora, sin tener en cuenta las leyes que estaban rompiendo, Dorian se sentía como sí mismo otra vez. No torcido y tambaleante y tropezándose en la oscuridad, pero en la tierra. Tranquilo. No importa lo que le dijera a Sorscha, ella jamás lo juzgaría ni traicionaría. Chaol había sido esa persona una vez. Sin embargo ahora, cuando se trataba de su magia, aún podía ver el miedo y una pizca de disgusto en los ojos de su amigo.

— ¿Sabías que...—, dijo Sorscha desde su espacio en la mesa de trabajo, — que antes de que la magia desapareciera, ellos tenían que encontrar formas especiales de someter a los presos talentosos?

Dorian levantó la vista de su libro, un tomo inútil sobre remedios de jardín. Antes de que la magia desapareciera...de la mano de su padre y sus llaves del Wyrd. Su estómago se revolvió.

— ¿Porque ellos usaban su magia para escapar de prisión?— Sorscha estudió el libro nuevamente.

— Es por eso que muchas de las antiguas celdas están hechas de hierro sólido, es inmune a la magia.

— Lo sé, — él dijo, y ella levantó una ceja. Lentamente ella estaba comenzando a cobrar vida a su alrededor, aunque él había aprendido a leer mejor sus expresiones sutiles. — Antes, la primera vez que aparecieron mis poderes, traté de usarlos en una puerta de hierro, y... no terminó muy bien.

— Hmm. — Sorscha se mordió el labio. Fue sorprendentemente distractor. — Pero el hierro está en tus venas, así que, ¿Cómo *funciona* eso?

— Creo que fue la manera en que los Dioses nos impidieron crecer demasiado poderosos: si mantenemos el contacto con la magia, si fluye a través de nosotros por mucho tiempo, nos desmayamos. O aún peor.



— Me pregunto qué pasaría si incrementáramos el hierro en tu dieta, tal vez agregando una gran cantidad de melaza en tu comida. Se la damos a pacientes anémicos, pero si te diésemos una dosis altamente concentrada...sabría horrible, y podría ser peligroso, pero...

— Pero si tal vez está en mi cuerpo, entonces cuando la magia subiese.... — Él hizo una mueca. Podría haberse resistido a la memoria de la agonía que le había provocado el tratar de sellar la puerta de hierro, pero...no se atrevía a negarle algo a ella. — ¿Tienes un poco aquí? ¿Lo suficiente como para añadir a una bebida?

No tenía, pero consiguió un poco. Y luego de un cuarto de hora, Dorian dedicó una plegaria a Silba y se la tragó, encogiéndose ante la obscena dulzura. Nada. Los ojos de Sorscha iban de los suyos hacia el reloj de bolsillo en su mano. Contando. Esperando a ver si había una reacción adversa. Pasó un minuto. Y luego diez. Dorian se tenía que ir pronto, y también ella. Sorscha dijo en voz baja: — Pruébalo. Trata de convocarlo. El hierro debe estar en tu sangre ahora. — Cerró los ojos y añadió, — Reacciona cuando estás molesto, enojado o asustado o triste. Piensa sobre algo que te haga sentir de esa manera.

Ella estaba arriesgando su posición, su vida, todo por esto. Por él, el hijo del hombre que ordenó a su ejército destruir su pueblo, esclavizar a su familia con los otros inmigrantes indeseados acucillados en Rifthold. Él no lo merecía.

Inhaló. Exhaló. Ella tampoco se merecía el mundo de problemas que le estaba dejando sobre ella, o que continuaría trayéndole a su puerta cada vez que él volviera aquí. Él sabía cuándo a las mujeres les gustaba, y supo desde el primer momento que la vio que ella lo encontraba atractivo. Él esperaba que ese pensamiento no cambiara para mal, pero ahora...*Piensa en algo que te moleste.*

Todo le molestaba. Le molestaba que ella esté arriesgando su vida, que él no tenga opción excepto ponerla en peligro. Incluso si daba el paso final hacia ella, si la llevaba a su cama de la manera en que quería hacerlo, él todavía era...el Príncipe Heredero. *Tú siempre serás mi enemigo*, le había dicho Celaena una vez.

No había escapatoria de su corona. O su padre, quien decapitaría a Sorscha, luego quemaría, y esparciría sus cenizas al viento si se enteraba de que le había ayudado. Su padre, a quien sus amigos ahora trabajaban para destruir. Ellos le habían mentido e ignorado por esa razón. Porque él *era* un peligro, para ellos, para Sorscha y...

Rugiente dolor le surgió desde el tuétano hacia su garganta, y tuvo arcadas. Hubo otra oleada, y una brisa helada le quiso besar el rostro, pero desapareció como nieve bajo el sol, mientras el dolor lo atravesaba. Se inclinó hacia adelante, cerrando sus ojos mientras las náuseas y la agonía iban a través de él de nuevo. Y de nuevo.

Pero entonces estaba tranquilo. Dorian abrió sus ojos para encontrar a Sorscha, lista, constante, maravillosa Sorscha, mirándolo, mordiéndose el labio. Ella dio un paso, hacia él, no alejándose, por primera vez.



— ¿Fun...

Dorian se puso de pie tan rápido que la silla detrás de él se sacudió, y tuvo el rostro de Sorscha en sus manos en un santiamén, luego de eso. — *Sí*, — respiró, y la besó. Fue rápido, pero su rostro estaba enrojecido, y los ojos abiertos mientras él retrocedían. Sus propios ojos estaban muy abiertos, malditos sean los dioses, y él todavía estaba frotando su pulgar contra su suave mejilla. Aún estaba contemplando la idea de ir por más, porque eso no había sido suficiente.

Pero ella se alejó, volviendo a su trabajo. Como si, como si de hecho no hubiese sido nada, excepto un gran bochorno. — ¿Mañana?— murmuró ella. Ni siquiera era capaz de mirarlo. Él apenas pudo reunir las palabras para decirle que sí mientras se tambaleaba hacia afuera. Ella lo había mirado sorprendida, que si él no hubiese salido, probablemente la besaría de nuevo. Pero tal vez ella no quería ser besada.





Capítulo 27

*Traducido por Roxy
Corregido por Melody*

Parada encima de una plataforma de visualización en el lado del Omega, Manon miró al primer grupo de brujas Yellowlegs del día tomar el Cruce. La caída hacia abajo seguida por los violentos barridos era impresionante, incluso cuando eran las jinetes Yellowlegs a horcajadas sobre el viento.

Guiándolas a lo largo de la escarpada cara del Colmillo del Norte estaba Iskra. Su bestia, una masiva bestia llamada Fendir, era una fuerza de la naturaleza en sí mismo. Aunque más pequeño que Titus, él era el doble de desagradable.

— Ellos se adaptan el uno al otro, — Asterin dijo desde al lado de Manon. El resto de Las Trece estaban en la sala de combate, instruyendo a los otros aquelarres en combate mano a mano. Faline y Falon, las gemelas demonio de ojos verdes, estaban indudablemente tomando placer de torturar a los más nuevos centinelas. Ellas prosperaron en esa clase de cosas.

Iskra y Fendir recorrieron el pico más alto del Colmillo del Norte y se desvanecieron en las nubes, las otras doce jinetes siguiéndolas en apretada formación. El viento frío batió el rostro de Manon, llamándola. Ella estaba en camino hacia las cavernas para ver a Abraxos, pero había querido monitorear el Cruce Yellowlegs primero. Solo para asegurarse que ellas se habían ido totalmente por las siguientes tres horas.

Ella miró a través de la luz del puente al Colmillo y a su gigante entrada. Chillidos y rugidos hacían eco de ella, retumbando a través de las montañas. — Quiero que mantengas al resto de Las Trece ocupadas por el resto del día, — dijo Manon.

Como segunda al mando, Asterin era la única de Las Trece con alguna clase de derecho para cuestionarla, e incluso entonces, era solo en muy limitadas circunstancias. — ¿Vas a entrenar con él? — Manon asintió. — Tu abuela me dijo que me destriparía si te dejaba fuera de mi vista de nuevo. — Cabello dorado serpenteando sobre ella en el viento, el rostro de Asterin, con su ahora torcida nariz, estaba cauteloso.

— Vas a tener que decidir, — dijo Manon, no molestándose en desnudar sus dientes de hierro. — ¿Eres su Espía o mi segunda al mando?

Ningún indicio de dolor o temor o traición. Solo un ligero estrechamiento de sus ojos. — Te sirvo.

— Ella es tu Matrona.

— Te sirvo.

Por un instante, Manon se preguntó cuándo ella había alguna vez ganado esa clase de lealtad. Ellas no eran amigas, al menos, no en la manera que los humanos parecían ser amigos. Cada Blackbeak ya le debía su lealtad y obediencia como su heredera. Pero esto...

Manon nunca se había explicado a sí misma, sus planes, o sus intenciones a nadie excepto a su abuela. Pero ella se encontró a sí misma diciendo a su segunda, — Aún voy a ser la Líder de Vuelo.

Asterin sonrió, sus dientes de hierro brillantes en el sol de la mañana. — Lo sabemos.

Manon alzó su barbilla. — Quiero a Las Trece añadiendo caída a su entrenamiento mano a mano. Y cuando puedan manejar sus dragones heráldicos por su cuenta, las quiero en el cielo cuando las Yellowlegs estén en lo alto. Quiero saber dónde vuelan, cómo vuelan, y lo que hacen.

Asterin asintió. — Ya tengo a las Sombras vigilando las Yellowlegs en los pasillos, — ella dijo, un destello de furia y sed de sangre en esos ojos negros con motas doradas. Cuando Manon alzó una ceja, Asterin dijo, — Tú no pensaste que dejaría ir a Iskra tan fácilmente, ¿o sí?

Manon podía aun sentir los dedos con punta de hierro enterrándose en su espalda, empujándola dentro del pozo. Su tobillo estaba herido y rígido de la caída, sus costillas magulladas del golpe que había recibido de la cola de Titus. — Manténlos en línea. A menos que quieras tu nariz quebrada una segunda vez.

Asterin relampagueó una sonrisa. — No nos movemos sin su orden, mi señora.



Manon no quería al capataz en el corral. O a sus tres manejadores, todos cargando lanzas y látigos. Ella no quería a cualquiera de ellos por tres razones.



La primera era que ella quería estar sola con Abraxos, quien estaba acurrucado contra la pared trasera, esperando y mirando.

La segunda era que el aroma humano en ellos, la calidez atrayente de la sangre pulsando en sus cuellos, era una distracción. El hedor de su miedo era una distracción. Ella se había debatido por un buen minuto si valdría la pena destripar a uno de ellos sólo para ver lo que los otros harían. Ya, hombres estaban desapareciendo del Colmillo, hombres de los que se rumoraba habían cruzado el puente al Omega y nunca regresado. Manon no había matado a cualquiera de los hombres aquí aun, pero cada minuto a solas con ellos la tentaban a jugar.

Y la tercera razón por la que resentía su presencia era que Abraxon los aborrecía, con sus látigos y lanzas y cadenas y su pesada presencia. El dragón no se movería de su lugar contra la pared sin importar cuan viciosamente ellos agrietaran sus látigos. Él odiaba los látigos, no solo temía, sino realmente odiaba. El sonido solo lo hizo temblar y desnudar sus dientes.

Ellos habían estado en el corral por diez minutos, intentando acercarse lo suficiente para encadenarlo y ensillarlo. Si eso no sucedía pronto, ella tendría que regresar al Omega antes que regresaran las Yellowlegs.

— Él nunca ha tomado una montura, — el capataz le dijo. — Probablemente no lo hará. — Ello escuchó las palabras no dichas. *No voy a arriesgar a mis hombres consiguiéndolo. Solo estás siendo orgullosa. Escoge otra montura como una buena chica.*

Manon relampagueó sus dientes de hierro al capataz, su labio superior retrocediendo sólo lo suficiente para advertirlo. Él retrocedió un paso, el látigo cayendo. La cola mutilada de Abraxos cortó a través del suelo, sus ojos nunca abandonando a los tres hombres tratando de forzarlo en sumisión.

Uno de ellos golpeó el látigo, tan cerca de Abraxos que él retrocedió. Otro lo chasqueó cerca de su cola, dos veces. Entonces Abraxos arremetió, con ambos su cuello y cola. Los tres manejadores se revolvieron, apenas fuera de alcance de sus dientes chasqueando. Suficiente.

— Tus hombres tienen corazones cobardes, — ella dijo, dándole al capataz una mirada fulminante mientras caminaba con paso majestuosos a través del suelo sucio.

El capataz la agarró, pero ella acuchilló con dedos con punta de hierro y cortó su mano abierta. Él maldijo, pero Manon siguió caminando, lamiendo su sangre de sus uñas. Ella casi la escupió.

Horrible. La sangre sabía podrida, como si hubiera coagulado o amargado dentro de un cadáver por días. Ella miró a la sangre en el resto de su mano. Era demasiado oscura para la sangre humana. Si las brujas en efecto habían estado matando a estos hombres, ¿Por qué nadie había reportado eso? Ella mordió las preguntas. Ella pensaría sobre ellas en otra ocasión. Tal vez arrastrar al capataz en un rincón olvidado y abrirlo para ver lo que estaba pudriéndose dentro de él.



Pero justo ahora... Los tres hombres se habían callado. Cada paso la traía más cerca de Abraxos. Una línea había sido marcada en la suciedad donde la seguridad de las cadenas terminaba. Manon dio tres pasos más allá de ella, uno por cada rostro de la Diosa: Doncella. Madre. Bruja.

Abraxos se agazapó, los poderosos músculos de su cuerpo tensos, listo para saltar.

— Tú sabes quién soy yo, — Manon dijo, mirando dentro de esos infinitos ojos negros, no dando una pulgada al miedo o duda. — Yo soy Manon Blackbeak, heredera del Clan Blackbeak, y tú eres *mío*. ¿Lo entiendes?

Uno de los hombres bufó, y Manon podría haber girado para arrancar su lengua allí mismo, pero Abraxos... Abraxos bajó su cabeza tan ligeramente. Como si entendiera.

— Tú eres Abraxos, — dijo Manon, un frío deslizándose por su cuello. — Te di ese nombre porque él es la Gran Bestia, la serpiente que envolvió al mundo en su espirales, y quien lo devorará al final cuando la Diosa de las Tres caras se lo ordenen. Tú eres Abraxos, — ella repitió, — y tú eres *mío*.

Un parpadeo, luego otro. Abraxos tomó un paso hacia ella. Cuero crujió cuando alguien apretó su agarre en un látigo enrollado. Pero Manon se mantuvo firme, levantando una mano hacia su dragón heráldico. — Abraxos.

Su enorme cabeza vino hacia ella, esos ojos piscinas de noche líquida encontrándose con los suyos. Su mano estaba aún extendida, con puntas de hierro y manchada con sangre. Él presionó su hocico en su mano y jadeó. Su piel gris era cálida y sorprendentemente suave, gruesa pero flexible, como cuero gastado. De cerca, la variación de coloración era notable, no solo gris, sino verde oscuro, café, negro. Estaba desfigurado por todas partes por gruesas cicatrices, tantas que podían haber sido las rayas de un gato de selva. Los dientes de Abraxon, amarillos y agrietados, destellaron en la luz de antorcha. Algunos estaban perdidos, pero aquellos que permanecían eran tan largos como un dedo y el doble de gruesos. Su aliento caliente apestaba, ya sea por su dieta o sus dientes pudriéndose.

Cada una de las cicatrices, los dientes astillados y garras rotas, la cola mutilada, no eran las marcas de una víctima. Ellos eran los trofeos de un sobreviviente. Abraxos era un guerrero quien había tenido todas las probabilidades amontonadas contra él y sobrevivió. Aprendió de ello. Triunfó.

Manon no se molestó en mirar a los hombres detrás de ella cuando dijo, — Fuera. — Ella siguió mirando dentro de esos ojos oscuros. — Dejen la silla de montar y salgan. Si traen un látigo aquí de nuevo, lo usaré yo misma en ustedes.

— Pero...

— *Ahora*.

Murmurando y chasqueando sus lenguas, los manejadores arrastraron los pies hacia afuera y cerraron la puerta. Cuando ellos estuvieron solos, Manon acarició el masivo



hocico.

No obstante el Rey había criado estas bestias, Abraxos de alguna manera había nacido diferente. Más pequeño, pero más inteligente. O tal vez los otros no necesitaron alguna vez pensar. Cuidados y entrenados, ellos hacían lo que les decían. Pero Abraxos había aprendido a sobrevivir, y quizás eso había abierto su mente. Él puso entender sus palabras, su expresión.

Y si él puso entender aquellas cosas... él podía posiblemente enseñar a las otras monturas de Las Trece. Era un pequeño borde, pero un borde que podría hacerlos Líderes del Vuelo y hacerlos invencibles contra los enemigos del rey.

— Voy a poner esta silla de montar en ti, — ella dijo, aun acunando ese hocico. Él se movió, pero Manon lo agarró con fuerza, forzándolo a mirarla. — ¿Quieres salir de este hoyo de mierda? Entonces me tendrás que dejar poner esta silla de montar en ti para comprobar el ajuste. Y cuando terminemos, vas a dejarme mirar tu cola. Esos humanos bastardos arrancaron tus puntas, así que voy a construir algunas para ti. De hierro. Como las mías, — ella dijo, y relampagueó sus uñas de hierro para que las viera. — Y colmillos, también, — agregó, desnudando sus dientes de hierro. — Va a doler, y vas a querer matar a los hombres que las pongan, pero vas a dejarlos hacerlo, porque si no lo haces, entonces te vas a pudrir aquí por el resto de tu vida. ¿Entiendes?

Un largo resoplido caliente en sus manos.

— Una vez que todo eso sea hecho, — ella dijo, sonriendo débilmente a su dragón, — tú y yo vamos a aprender a volar. Y entonces teñiremos este reino de rojo.



Abraxos hizo todo lo que ella le pidió, aunque él gruñó a los manejadores quienes inspeccionaron y hurgaron y pincharon, y casi arrancó con los dientes el brazo del médico que tuvo que extraer sus dientes podridos para hacer camino para los colmillos de hierro. Tomó cinco días hacerlo todo.

Él casi eliminó una pared cuando ellos soldaron las puntas de hierro sobre su cola, pero Manon estuvo con él todo el tiempo, hablándole sobre lo que era viajar con Las Trece en sus escobas de palo fierro y dar caza a las brujas Crochan. Ella contó las historias tanto para distraerlo como para recordar a los hombres que si ellos cometían un error, su retribución sería un largo y sangriento proceso. Ni uno de ellos cometió un error.

Durante los cinco días que trabajaron en él, ella extrañó sus lecciones de equitación con Las Trece. Y con cada día pasando la ventana para lograr que Abraxos volara se volvió más y más pequeña.

Manon se colocó con Asterin y Sorrel en la sala de entrenamiento, viendo el final de la cola de la sesión de entrenamiento del día. Sorrel había estado trabajando con la más joven aquelarre de Blackbeaks, todos ellos menos de setenta, y pocos de ellos experi-



mentados.

— ¿Cuán malo?— Manon preguntó, cruzando sus brazos.

Sorrel, pequeña y de cabello oscuro, cruzó sus brazos también. — No tan malo como temíamos. Pero aún están encasillando la dinámica del aquelarre, y su líder es... — Sorrel frunció el ceño a una bruja que lucía tímida que acababa de ser tirada al suelo por un inferior. — Yo sugeriría ya sea que su aquelarre decida qué hacer con ella o escoger un nuevo líder. Un débil aquelarre en el ala y podríamos perder los Juegos de Guerra.

La líder del aquelarre estaba jadeando en el duro suelo de piedra, su nariz goteando sangre azul. Manon apretó los dientes. — Dale dos días, veamos si ella se arregla a sí misma. — No hay necesidad de tener palabra de aquelarres inestables moviéndose. — Pero haz que Vesta la saque esta noche, — Manon agregó, mirando a la belleza de cabello rojo guiando a otro aquelarre en ejercicios de tiro con arco. — A donde sea que ella haya ido a atormentar a los hombres en el Colmillo del Norte.

Sorrel alzó sus gruesas cejas inocentemente, y Manon rodó sus ojos. — Tú eres una peor mentirosa que Vesta. ¿Tú piensas que no he notado a esos hombres sonriéndole a todas horas del día? ¿O las marcas de mordidas en ellos? Solo mantén en número de muertos bajo. Tenemos suficiente sobre lo que preocuparnos como están las cosas, no necesitamos un motín de los mortales.

Asterin bufó, pero cuando Manon le dio una mirada de soslayo, la bruja mantuvo su mirada hacia adelante, rostro todo demasiado inocente. Por supuesto, si Vesta había estado en el lecho y desangrando a los hombres, entonces Asterin había estado allí con ella. Ninguno de ellas había reportado algo acerca de los hombres sabiendo extraño.

— Como quieras, mi señora, — Sorrel dijo, una débil pista de color en sus bronceadas mejillas. Si Manon era hielo y Asterin era fuego, entonces Sorrel era roca. Su abuela le había dicho en una ocasión que hiciera a Sorrel su segunda al mano, pues el hielo y la roca eran algunas veces demasiado similares. Pero sin la llama de Asterin, sin su segundo siendo capaz de sacar de quicio a un huésped o arrancar la garganta de cualquier retador al dominio de Manon, Manon no habría guiado a Las Trece tan exitosamente. Sorrel era tierra suficiente para nivelarlos a ambos. La tercera al mando perfecta.

— Los únicos teniendo diversión ahora, — dijo Asterin, — son las gemelas de ojos verdes.

En efecto, las de pelo medianoche Fallin y Fallon estaban sonriendo con maníaca alegría mientras guiaban a tres aquelarres en ejercicios de lanzamiento de cuchillos, usando a sus inferiores como prácticas de tiro. Manon solo sacudió su cabeza. — Lo que sea funcionó, lo que sea sacudió el polvo de esos guerreros Blackbeak.

— ¿Y mis Sombras?— Manon le preguntó a Asterin. — ¿Cómo lo están haciendo?

Edda y Briar, dos primas que eran tan cercanas como hermanas, habían sido entrenadas desde la infancia para mezclarse en cualquier astilla de oscuridad y escuchar, y ellas



no estaban en ningún lado en este salón. Justo como Manon había ordenado.

— Ellas tendrán un reporte para ti esta noche, — Asterin dijo. Primas distantes de Manon, las Sombras llevaban el mismo cabello blanco luna. O lo habían tenido hasta que habían descubierto ocho años atrás que el cabello plateado era tan bueno como un faro y se lo tiñeron negro sólido. Ellas raramente hablaban, nunca reían, y algunas veces incluso Asterin misma no podía detectarlas hasta que ellas estaban por su garganta. Era su sola fuente de diversión: acercarse sigilosamente a la gente, aunque nunca se habían atrevido a hacerlo a Manon. No era ninguna sorpresa que habían tomado dos dragones heráldicos color onix.

Manon miró a su segunda y tercera al mando. — Las quiero a ambas en mi cuarto para su reporte, también.

— Tendré a Lin y Vesta montando guardia, — Asterin dijo. Ellas eran las centinelas de repliegue de Manon, Vesta para las sonrisas conciliadoras, y Lin porque si alguien alguna vez la llamaba por su nombre completo, Linnea, el nombre que su compasiva madre le había dado antes que la abuela de Lin arrancara su corazón, esa persona acabaría con un diente perdido en el mejor caso. Un rostro perdido en el peor.

Manon estaba a punto de alejarse cuando captó a su segunda y tercera al mando mirándola. Ella sabía la pregunta que no se atrevían a preguntas, y dijo, —Estaré en el aire con Abraxos en una semana, y entonces estaremos volando como uno.

Era una mentira, pero ellas le creyeron de todas maneras.





Capítulo 28

Traducido por Gi_gi
Corregido por Rubiturquesa

Pasaron los días, y no todos fueron horribles. De la nada, Rowan decidió llevar a Celaena a la comuna de sanadores a veinte kilómetros, donde los mejores sanadores del mundo aprendieron, enseñando y trabajando. Situado en la frontera entre el mundo mortal y de las hadas, eran accesibles a cualquiera que pudiera llegar a ellos. Fue una de las pocas cosas *buenas* que Maeve había hecho.

Cuando niña, Celaena había suplicado a su madre que la llevara. Pero la respuesta siempre fue no, acompañada de una vaga promesa de que algún día harían un viaje a la Torre Cesme al sur del continente, donde muchos de los profesores habían sido enseñados por las hadas. Su madre había hecho todo lo posible para alejarla de las garras de Maeve. No se le escapaba la ironía de esto.

Así que Rowan la llevó. Podría haber pasado todo el día, todo el mes, paseando por los jardines bajo los inteligentes, amables ojos del Líder Sanador. Pero su tiempo se redujo a la mitad gracias a la distancia y su incapacidad para cambiar, y Rowan quería estar en casa antes del anochecer. Honestamente, mientras que ella realmente había disfrutado junto a la pacífica ribera, se preguntaba si Rowan la había llevado ahí sólo para hacerla sentir mal por la vida en la que había caído. Eso la mantuvo en silencio en la larga caminata de regreso.

Y él no le dio un momento de descanso: debían llegar al siguiente amanecer en un viaje de noche, pero no quiso decirle a dónde. Fantástico.

Ya haciendo el pan del día, Emrys parecía ligeramente divertida mientras Celaena se

apresuraba, llenaba su boca con comida y bebía té, y se apresuraba a salir.

Rowan estaba esperando junto a sus habitaciones, un pequeño paquete colgando de sus manos. Lo mantuvo abierto para ella. —Ropa —dijo, y ella metió la camisa extra y la ropa interior que se había llevado en la bolsa. Él se la cargó al hombro, lo que supuso significaba que estaba de buen humor, mientras ella había esperado plenamente hacer el papel de mula en su camino a donde sea que fueran. Él no dijo nada hasta que llegaron a los árboles envueltos en niebla, de nuevo hacia el oeste. Cuando las paredes de la fortaleza desaparecieron detrás de ellos, los centinelas de piedra silbando contra su piel mientras pasaban, se detuvo por fin, echando hacia atrás la pesada capucha de su chaqueta. Ella hizo lo mismo, el aire frío mordiendo sus cálidas mejillas.

—Cambia, y vamos —dijo él. Sus segundas palabras para ella esta mañana.

—Y yo pensando que nos habíamos convertido en amigos.

Él arqueó las cejas e hizo un gesto con la mano para que cambiara. —Son veinte kilómetros —dijo para estimularla, y le dio una sonrisa maliciosa. —Iremos corriendo. Todo el camino.

Sus rodillas temblaban ante la idea de ello. Por supuesto que convertiría esto en una especie de tortura. Por supuesto. — ¿Y a *dónde* vamos?

Apretó la mandíbula, el tatuaje estirándose. —Hay otro cuerpo, un semi-hada de una fortaleza vecina. Arrojado en la misma zona, mismos patrones. Quiero ir al pueblo cercano para interrogar a los ciudadanos, pero... —Su boca se torció hacia un lado, luego negó con la cabeza como en una conversación en silencio consigo mismo. —Pero necesito tu ayuda. Será más fácil para los mortales hablar contigo.

— ¿Es eso un cumplido? —Él rodó los ojos.

Tal vez la excursión de ayer al recinto de los sanadores no hubiera sido por despecho. Tal vez él había... estado tratando de hacer algo lindo por ella. —Cambia, o nos va a tomar el doble de tiempo.

—No *puedo*. Sabes que no funciona de esa manera.

— ¿No quieres ver que tan rápido puedes correr?

—De todos modos no puedo usar mi otra forma en Adarlan, así que ¿Cuál es el punto?
— Lo que fue el inicio de un problema enorme que aún no se había permitido contemplar.

—El punto es que ahora estás aquí, y no has probado adecuadamente tus límites. — Era cierto. En realidad no había visto de lo que era capaz. — El punto es, que se encontró otro cuerpo, y considero eso inaceptable.

Otro cuerpo, de esa criatura. Una muerte horrible y miserable. *Era* inaceptable.

Él le dio un fuerte tirón a su trenza, doloroso. —A menos que todavía estés asustada.



Sus fosas nasales se dilataron. —Lo único que me asusta es lo *mucho* que quiero estrangularte. —Más que eso, quería encontrar a la criatura y destruirla, por aquellos a los que había asesinado y por lo que le había *hecho* pasar. Ella lo mataría, lentamente. Una suerte miserable de presión y calor se comenzó a construir bajo su piel.

Rowan murmuró —Utiliza la ira.

¿Fue por eso por lo que le había dicho sobre el cuerpo? Bastardo, bastardo por manipularla, por hacerla trabajar doble turno en la cocina. Pero su rostro era inescrutable mientras dijo —Deja que sea un arma, Aelin. Si no puedes encontrar la paz, entonces por lo menos deja que la ira te guíe hacia el cambio. Abrázalo y contrólalo, no es tu enemigo.

Arobynn había hecho todo lo posible para que odiara su herencia, le temiera. Lo que le había hecho, lo que le había permitido llegar a convertirse... —Esto no va a terminar bien —suspiró ella.

Él no dio marcha atrás. —Ve lo que quieras, Aelin, y aprovéchalo. No preguntes, no lo desees. *Tómalo*.

—Estoy seguro que el instructor de magia promedio no le recomendaría esto a la mayoría de la gente.

—No eres la mayoría de la gente, y creo que te gusta de esa manera. Si son un oscuro grupo de emociones los que te ayudarán a cambiar, entonces eso es lo que vamos a utilizar. Puede que llegue el día en que encuentres que la ira no funciona, o que se trate de una muletilla, pero por ahora... —Una mirada contemplativa. —Era el denominador común esas veces que cambiaste, diversos tipos de ira. Así que acéptalo.

Él tenía razón, y ella no quería seguir pensando en eso, o dejarse enfurecer, no cuando había estado tan enojada por tanto tiempo. Por ahora...

Celaena tomó un largo respiro. Luego otro. Dejó que la ira la anclara, un cuchillo cortando la usual vacilación y la duda y el vacío.

Ella rozó la familiar pared interna, no, un velo, brillando con una suave luz. Todo este tiempo, pensó que había *perdido* el poder, pero esto fue más como un *alza*. No un deseo, sino una orden. Ella *cambiaría*, porque había una criatura rondando estas tierras, y merecía pagar. Con un gruñido silencioso, dio un puñetazo al velo, el dolor explotó a lo largo de cada centímetro y poro mientras cambiaba.

Una feroz y desafiante sonrisa, y Rowan se *movió*, tan rápido que casi no pudo seguirlo mientras aparecía a su lado y tiraba de su trenza de nuevo. Cuando ella se dio la vuelta, él ya se había ido, y, ella gritó cuando le pellizcó el costado. —*Para...*

Estaba de pie delante de ella ahora, una invitación salvaje en sus ojos. Ella había estado estudiando la forma que se movía, sus trucos y habla, la forma en la que él asumía que ella iba a reaccionar. Así que cuando se cruzó de brazos, fingiendo la rabieta que él esperaba, esperó. Esperó, y entonces...



Se lanzó a pellizcarla o empujarla o golpearla, y ella se dio la vuelta, cerró de golpe el brazo con un codo y lo golpeo en la cabeza con la otra mano. Él se detuvo en seco y parpadeó unas cuantas veces. Ella le sonrió.

Él le enseñó los dientes con una petrificante sonrisa salvaje. —Oh, es mejor que *corras* ahora.

Cuando él arremetió, ella salió disparada a través de los árboles.



Tenía la sospecha de que Rowan estaba dejándola ir delante durante los primeros minutos, porque aunque ella se movió más rápido, apenas podía ajustar lo suficiente su cuerpo alterado para saltar por encima de las rocas y árboles caídos. Él había dicho que iban al suroeste, y hacia ahí se dirigió, esquivando los árboles, la ira desvaneciéndose, cambiando a algo completamente distinto.

Rowan era una raya plateada y blanca al lado y detrás de ella, y cada vez que se acercaba mucho, ella giraba hacia el otro lado, poniendo a prueba los sentidos para que le dijeran donde estaban los árboles sin verlos, el olor a roble y musgo y seres vivos, la frescura abierta de la niebla pasando entre ellos como un camino a seguir.

Llegaron a una meseta, el suelo suelto bajo sus botas. Más rápido, quería ver si podría ir más rápido, si podía correr más rápido que el propio viento.

Rowan apareció a su izquierda, y ella impulsó sus brazos, sus piernas, saboreando el aliento en sus pulmones, suave y tranquilo, listo para ver lo que iba a hacer a continuación. Más, este cuerpo quería *más*.

Ella quería más.

Y entonces iba más rápido de lo que nunca había ido en su vida, los árboles difuminándose, su cuerpo inmortal cantando mientras dejaba sus ritmos caer en su lugar. Sus poderosos pulmones engullidos por el aire brumoso y llenos del olor y el sabor del mundo, sólo instinto y reflejos guiándola, diciéndole que podía ir más rápido todavía, sus pies comiéndose la tierra arcillosa paso a paso.

Dioses. Oh, *dioses*.

Ella podía haber volado, podría haber disparado a la repentina oleada de éxtasis en su sangre, la pura libertad otorgada por la maravillosa creación que era su cuerpo.

Rowan le disparó desde la derecha, pero ella esquivó un árbol con tal facilidad que dejó escapar un grito, después, se arrojó entre dos grandes manojos colgantes, simples obstáculos y aterrizó con felina habilidad.

Rowan estaba a su lado otra vez, lanzándose con un chasquido de sus dientes, pero ella se dio la vuelta y saltó por encima de una roca, dejando a los movimientos que había



perfeccionado como asesina combinarse con los instintos de su cuerpo hada.

Ella podría morir de amor por esta velocidad, esta certeza en sus huesos. ¿Cómo había tenido miedo de este cuerpo tanto tiempo? Incluso su alma se sentía más ligera. Como si hubiera estado encerrada y enterrada y sólo ahora comenzaba a ser libre. No era alegría, tal vez nunca, pero un destello de lo que había sido antes que el dolor la diezmara tan profundo.

Rowan corrió a su lado, pero no hizo ademán de agarrarla. No, Rowan estaba... jugando.

Le lanzó una mirada, respirando con dificultad, pero de manera uniforme. Y podría haber sido el sol a través de las copas de los árboles, pero podría haber jurado que vio sus ojos iluminados con una tenue luz de la misma, alegría salvaje. Podría haber jurado que estaba sonriendo.



Fueron los veinte kilómetros más rápidos de su vida. Por supuesto, los últimos cinco fueron más lentos, y al momento que Rowan los hizo detenerse, ambos estaban tragando aire. Fue entonces, mientras se miraron entre los árboles, que se dio cuenta que la magia no había estallado una vez, no había tratado de dominar o entrar en erupción. Podía sentirla esperando en sus entrañas, cálida pero en calma. Dormitando.

Se limpió el sudor de la frente, el cuello, la cara. Aunque estaba jadeando, todavía podría haber corrido varios kilómetros más. Dioses, si hubiera sido tan rápida la noche que Nehemia...

No habría hecho ninguna diferencia. Nehemia había orquestado cada paso en su propia destrucción, y habría encontrado otra manera. Y ella lo había hecho sólo porque Celaena se negó a ayudar, se negó a actuar. Tener este glorioso cuerpo de hada no cambiaba nada.

Parpadeó, dándose cuenta de que había estado mirando a Rowan, y que cualquier satisfacción que había visto en su rostro se había vuelto de nuevo de hielo. Le arrojó algo, la camisa que había llevado con él. —Cámbiate. —Dio media vuelta y se despojó de su propia camisa. Su espalda estaba tan broceada y llena de cicatrices como el resto de su cuerpo. Pero ver esas marcas no hizo que quisiera mostrarle como lucía su propia espalda arruinada, así que se movió entre los árboles hasta que estuvo segura de que no podía verla, y se cambió la camisa. Cuando regresó a donde había descargado el paquete, él le lanzó una botella de agua, que se tragó. Tenía un sabor... podía probar cada capa de minerales en el agua, y el almizcle de la misma botella.

Al momento en que entraron en el pequeño pueblo de tejas rojas, Celaena podía respirar de nuevo.

Aprendieron rápidamente que era casi imposible conseguir que *alguien* hablara, so-



bre todo a dos visitantes hada. Celaena debatió volver a su forma humana, pero con su acento y estado de ánimo cada vez peor, estaba bastante segura que una mujer de Adarlan no sería mucho mejor recibida que un hada. Las ventanas estaban cerradas al pasar, probablemente a causa de Rowan, que parecía nada menos que la encarnación de la muerte. Pero fue sorprendentemente calmado con los aldeanos que se acercaban. No levantó la voz, no gruñó, no amenazaba. No sonrió, pero para Rowan, estaba francamente animado.

Aun así, no llegaron a nada. No, no habían oído hablar de un semi-hada desaparecido, o cualquier otro cuerpo. No, no habían visto gente extraña merodeando. No, el ganado no estaba desapareciendo, aunque *había* un ladrón de gallinas a unos pueblos de distancia. No, estaban perfectamente seguros y protegidos en Wendlyn, y no apreciaban a un hada y una semi-hada hurgando en sus asuntos, tampoco.

Celaena había renunciado a coquetear con un chico con marcas de viruela en la posada, que acababa de quedarse embobado con sus orejas y colmillos como si ella estuviera a un latido de corazón de comérselo vivo.

Caminó por la agradable calle principal, hambrienta y cansada y molesta de que iban, de hecho, a necesitar sus sacos de dormir, porque el posadero ya les había informado que no tenía vacantes. Rowan se puso a caminar a su lado, las nubes de tormenta en sus ojos diciendo lo suficiente acerca de cómo fue su conversación con la empleada de la taberna.

—Podría creer que fuera una criatura medio salvaje si al menos alguno de ellos supieran que esas personas habían desapareció —reflexionó. —Pero ¿Seleccionar siempre a alguien que nadie extrañe o note? Debe ser lo suficientemente sensible para saber a quién apuntar. Él semi-hada tiene que ser un mensaje, pero ¿Qué? ¿Para mantenerse al margen? Entonces ¿Por qué dejar cuerpos en primer lugar? —Tiró del final de su trenza, deteniéndose delante de la ventana de un fabricante de ropa. Vestidos sencillos, de buen corte estaban en exhibición, no como las modas elegantes e intrincadas de Rifthold.

Notó los ojos abiertos, de la pálida tendera un instante antes de que la mujer cerrara las cortinas. Bien, entonces.

Rowan resopló, y Celaena se volvió hacia él. —Estas acostumbrado a esto, ¿Supongo?

—Muchas de las hadas que se aventuraron en tierras mortales se han ganado una reputación de... tomar lo que quieren. No fue controlado por demasiados años, pero a pesar de que nuestras leyes son más estrictas ahora, el miedo permanece. —¿Una crítica a Maeve?

— ¿Quién hace cumplir las leyes?

Una sonrisa oscura. —Yo. Cuando no estoy fuera de campaña, mi tía me hace perseguir a los pícaros.

— ¿Y matarlos?



La sonrisa se mantuvo. —Si la situación lo requiere. O simplemente los arrastro de vuelta a Doranelle y dejo a Maeve decidir qué hacer con ellos.

—Creo que prefiero la muerte en tus manos que la muerte en las de Maeve.

—Esa podría ser la primera cosa sabia que me has dicho.

—Los semi-hada dice que tienes otros cinco amigos guerreros. ¿Cazan contigo? ¿Qué tan seguido los ves?

—Los veo cada vez que la situación lo requiere. Maeve los hace servirla como crea conveniente, como lo hace conmigo. —Cada palabra recortada. —Es un honor ser un guerrero que sirve en su círculo interno. —Celaena no había sugerido lo contrario, pero se preguntó por qué sentía la necesidad de añadirlo.

La calle alrededor de ellos estaba vacía, incluso los carros de comida habían sido abandonados. Ella tomó un largo respiro, oliendo, y... ¿Era eso chocolate? —¿Trajiste dinero?

Él levantó vacilante una ceja. —Sí. No tomarán tus sobornos, sin embargo.

—Bueno. Más para mí, entonces. —Señaló el bonito signo balanceándose en la brisa del mar. *Confitería*. —Si no podemos ganarles con encanto, puede ser que ganemos con nuestro negocio.

— ¿De alguna manera *no* escuchaste lo que acabo... —Pero ella ya había llegado a la tienda, que olía divina y estaba equipada con chocolates y caramelos y *oh dioses*, trufas de avellana. A pesar de que la confitera palideció mientras los dos se apoderaron del espacio, Celaena dio a la mujer su mejor sonrisa.

Por encima de su cadáver putrefacto iba a dejar que estas personas se fueran cerrándole las cortinas en su cara, o dejarlos pensar que estaba allí para robar. Nehemia ni una sola vez había dejado que los arreglados, idiotas intolerantes de Rifthold la corrieran de cualquier almacén, comedor, o casa.

Y tenía la sensación de que su amiga habría estado orgullosa de la forma en que fue de tienda en tienda esa tarde, la cabeza bien alta, y encantó como el infierno a esos aldeanos.



Una vez que se corrió la voz de que los dos desconocidos hadas estaban gastando dinero en chocolates, después en unos pocos libros, después en algo de pan fresco y carne, las calles se llenaron de nuevo. Los vendedores llevando de todo desde manzanas a especias a relojes de bolsillo tenían de repente ganas de charlar, siempre y cuando vendieran algo. Cuando Celaena se empeñó en entrar a la mensajería para enviar una carta, se las arregló para preguntar a algunos novatos si habían sido contratados por cualquier



persona de interés. No lo habían sido, pero aun así les dio una generosa propina.

Rowan llevó obedientemente cada bolsa y caja que Celaena compró salvo los chocolates, que comió, mientras caminaba, uno tras otro tras otro. Cuando le ofreció uno a él, afirmó que no comía dulces. *Nunca*. No es de extrañar.

Resulto que los aldeanos no sabían nada, lo que supuso era bueno, ya que significaba que no habían estado mintiendo, pero el vendedor de cangrejo *dijo* que había encontrado unos pocos cuchillos pequeños descartados, afilados como cuchillos de la muerte en sus redes recientemente. Los devolvió todos al agua como regalos para el Dios del Mar. La criatura había chupado a esta gente hasta dejarlas seca, no los había cortado. Así que era probable que los soldados de Wendly hubieran perdido de alguna forma un camión de cuchillos en alguna tormenta.

Al atardecer, el dueño de la posada incluso se acercó a ellos con una repentina habitación vacante. La mejor habitación en la ciudad, según él, pero Celaena estaba empezando a preguntarse si podrían atraer el tipo equivocado de atención, y no estaba particularmente de humor para ver a Rowan destripar a un aspirante a ladrón. Así que cortésmente la rechazó, y partieron por la calle, la luz volviéndose espesa y dorada, mientras entraban en el bosque una vez más.

No fue un mal día, se dio cuenta mientras se dormía bajo los árboles. Nada mal en absoluto.



Su madre la había llamado Fireheart⁸.

Pero para su corte, para su pueblo, un día sería la Reina. Para ellos, era la heredera de dos poderosos linajes, y con un tremendo poder que los mantendría a salvo y elevaría su reino a alturas aún mayores. Un poder que era un regalo... o un arma.

Ese había sido el debate casi constante durante los primeros ocho años de su vida. A medida que crecía y se puso de manifiesto que mientras había heredado la mayor parte de la apariencia de su madre, había recibido el temperamento volátil y el salvajismo de su padre, las preguntas cautelosas se hicieron más frecuentes, preguntas sobre gobernantes de reinos lejanos al suyo.

Y en días como este, sabía que todo el mundo oiría del evento, para bien o para mal.

Se suponía que debía estar dormida, y llevaba puesto su camisón de seda favorito, sus padres la habían metido a la cama hace minutos. A pesar de que le habían dicho que no lo estaban, sabía que estaban agotados y frustrados. Había visto la forma en que la corte estaba actuando, y cómo su tío puso una mano en el hombro de su padre y le dijo que la llevara a la cama.

8 Traducido queda como Corazón de Fuego, pero preferimos dejarle el apodo en el idioma original.



Pero ella no podía dormir, no cuando la puerta estaba abierta, y podía oír a sus padres en su habitación en la suite que compartían en los niveles superiores del castillo blanco.

Pensaban que estaban hablando en voz baja, pero fue con oídos de un inmortal que escuchaba en la oscuridad.

— No sé qué esperas que haga, Evalin — dijo su padre. Casi podía oírle rondando ante la enorme cama en la que había nacido. — Lo hecho, hecho está.

— Diles que fue exagerado, diles que los bibliotecarios hicieron un alboroto por nada — siseó su madre. — Inicia un rumor de que alguien más lo hizo, tratando de culparla...

— ¿Todo esto es por Maeve?

— Es porque ella será cazada, Rhoe. Toda su vida, Maeve y otros van a cazarla por su poder.

— ¿Y crees que aceptando que esos pequeños bastardos le prohíban entrar a la biblioteca lo evitará? Dime: ¿Por qué nuestra hija ama tanto leer?

— Eso no tiene nada que ver.

— Dime. — Cuando su madre no respondió, su padre gruñó. — Tiene ocho, y me ha dicho que sus amigos más queridos son los personajes de los libros.

— Tiene a Aedion.

— Tiene a Aedion porque es el único niño en este castillo que no está asustado de ella, que no han mantenido alejado porque hemos sido flojos en su entrenamiento. Ella necesita entrenamiento, Ev, entrenamiento y amigos. Si no tiene ninguno, es cuando se convertirá en lo que temen.

Silencio, y luego un resoplido a lado de su cama.

— No soy un niño — siseó Aedion desde donde estaba sentado en una silla, con los brazos cruzados. Se había colado aquí después de que sus padres se habían ido, para hablar tranquilamente con ella, como solía hacer cuando estaba molesta. — Y no veo por qué es algo malo que sea tu único amigo.

— Silencio— dijo entre dientes. Aunque Aedion no podía cambiar, su sangre mezclada le permitía escuchar con alcance y precisión asombrosa, mejor incluso que ella. Y aunque él tenía cinco años más, era su único amigo. Le encantaba su corte, sí, le encantaba que los adultos la consintieran y mimaran. Pero los pocos niños que vivían en el castillo se mantenían alejados, a pesar de la insistencia de sus padres. Como los perros, pensaba a veces. Los otros podían oler sus diferencias.

— Necesita amigos de su edad — continuó su padre. — Tal vez deberíamos enviarla a la escuela. Cal y Marion han estado hablando sobre enviar a Elide el próximo año.

— Escuelas no. Y, ciertamente, no esas llamadas escuela de magia, que están tan cer-



ca de la frontera y no sabemos lo que Adarlan planea.

Aedion soltó un suspiro, sus piernas apoyadas en el colchón. Su rostro moreno se inclinó hacia la puerta entreabierta, su cabello dorado brillando débilmente, pero había una arruga entre sus cejas. Ninguno de los dos tomó bien el separarse, y la última vez que uno de los chicos del castillo se burlo de él por eso, Aedion había pasado un mes limpiando estiércol de caballo por golpear al chico.

Su padre suspiró. — Ev, no me mates por esto, pero, no estás haciendo esto fácil. Para nosotros, o para ella. — Su madre estaba en silencio, y ella oyó un susurro de ropa y un murmullo de, Lo sé, lo sé, antes de que sus padres comenzaron a hablar tan bajo, incluso para sus oídos de hada.

Aedion gruñó de nuevo, sus ojos... sus ojos a juego, brillando en la oscuridad. — No entiendo de qué va todo este alboroto. ¿Y qué si quemaste algunos libros? Esos bibliotecarios se lo merecían. Cuando seamos mayores, tal vez la quememos entera juntos.

Ella sabía que lo decía en serio. Él quemaría la biblioteca, la ciudad, o todo el mundo a cenizas si ella se lo pidiera. Era su vínculo, marcado por sangre y olfato y algo más que no podía entender. Una correa tan fuerte como la que la unía a sus padres. Más fuerte, en algunos aspectos.

No le respondió, no porque no tenía una respuesta, sino debido a que la puerta gimió, y antes que Aedion se pudiera ocultar, su habitación se inundó de la luz del vestíbulo.

Su madre se cruzó de brazos. Su padre, sin embargo, dejó escapar una risa suave, su pelo castaño iluminado por la luz del pasillo, su rostro en sombras. — Típico — dijo, haciéndose a un lado dejando un espacio para que Aedion se fuera. — ¿No te tienes que levantar al amanecer para entrenar con Quinn? Llegaste cinco minutos tarde esta mañana. Dos días seguidos te hará ganar una semana de trabajo en los establos. Otra vez.

En un instante, Aedion se puso de pie y se fue. A solas con sus padres, ella deseó hacerse la dormida, pero dijo — No quiero ir a la escuela.

Su padre se acercó a su cama, cada pulgada del guerrero que Aedion aspiraba a ser. Un príncipe guerrero, oyó gente decir que un día será un rey poderoso. A veces pensaba que su padre no tenía ningún interés en ser rey, especialmente en los días cuando la llevó a Staghorns y la dejó vagar por Oakwald en busca del Señor del Bosque. Nunca parecía más feliz que en esos momentos, y siempre parecía un poco triste de volver a Orynth.

— No vas a ir al colegio — dijo, mirando por encima de sus anchos hombros a su madre, quien se quedó junto a la puerta, con el rostro aún en la sombra. — Pero, ¿Entiendes por qué los bibliotecarios actuaron como lo hicieron hoy?

Por supuesto que lo hacía. Se sentía horrible por quemar los libros. Había sido un accidente, y sabía que su padre le creía. Ella asintió y dijo — Lo siento.

— No tienes nada que lamentar — dijo su padre, un gruñido en su voz.



— Me gustaría ser como los demás — dijo ella.

Su madre se quedó en silencio, inmóvil, pero su padre tomó su mano. — Lo sé, amor. Pero incluso si no tuvieras el don, todavía serías nuestra hija, todavía serías una Galathynius, y su reina un día.

— No quiero ser reina.

Su padre suspiró. Esta era una conversación que habían tenido antes. Le acarició el pelo. — Lo sé — dijo de nuevo. — Duerme ahora, hablaremos sobre ello en la mañana.

Sin embargo, no lo harían. Ella sabía que no lo harían, porque sabía que no podía escapar de su destino, a pesar de que a veces rezó a los Dioses para poder hacerlo. Se tumbó de nuevo, sin embargo, dejando que le besara la cabeza y murmurara las buenas noches.

Su madre seguía sin decir nada, pero mientras su padre salía, Evalin se quedó, mirándola durante mucho tiempo. Justo cuando iba a la deriva, su madre se fue, y cuando se giró, ella podría haber jurado que lágrimas brillaban en su pálido rostro.



Celaena se despertó de golpe, casi sin poder moverse, sin poder pensar. Tenía que ser el olor, el olor de ese maldito cuerpo ayer lo que había desencadenado el sueño. Fue una agonía ver las caras de sus padres, ver a Aedion. Parpadeó, centrándose en su respiración, hasta que ya no estaba en esa hermosa, habitación joyero, hasta que el aroma de los pinos y la nieve en el viento del norte desapareció y pudo ver la niebla matutina a través del dosel de hojas por encima de ella. El frío, musgo húmedo que se filtraba a través de su ropa; la sal del mar cercano flotaba espesa en el aire. Levantó la mano para examinar la larga cicatriz tallada en su palma.

— ¿Quieres desayunar? — Rowan preguntó de dónde se agachaba sobre troncos apagados, el primer fuego que lo había visto montar. Ella asintió con la cabeza, luego se frotó los ojos con las palmas de las manos.

— Entonces comienza el fuego — dijo.

— No puedes estar hablando en serio. — Él no se dignó a responder. Gimiendo, se giró en su saco de dormir hasta que se sentó con las piernas cruzadas frente a los troncos. Ella levantó una mano hacia el bosque.

— Señalar es una muletilla. Tu mente puede dirigir las llamas muy bien.

— Tal vez me gusta el dramatismo.

Él le dio una mirada que ella interpretó como *enciende el fuego. Ahora.*

Se frotó los ojos otra vez y se concentró en los troncos.



—Con calma —dijo Rowan, y se preguntó si eso era aprobación en su voz cuando la madera comenzó a humear. —Un cuchillo, recuerda. Estás en control.

Un cuchillo tallando, un poco de magia. Podía dominar esto. Sólo encender un fuego.

Dioses, se sentía tan pesada de nuevo. Ese estúpido sueño, recuerdo, lo que sea que fuera. Hoy sería un día pesado.

Un pozo se abrió dentro de ella, la magia estalló antes que pudiera gritar una advertencia.

Incineró toda la zona circundante.

Cuando el humo y las llamas se apagaron gracias al viento de Rowan, él se limitó a suspirar. —Por lo menos no entraste en pánico y volviste a tu forma humana.

Supuso que era un cumplido. La magia se había sentido como una liberación, un golpe lanzado. La presión bajo su piel había disminuido.

Así que Celaena sólo asintió. Pero cambiar, al parecer, iba a ser el menor de sus problemas.





Capítulo 29

*Traducido por Sara
Corregido por Michelle Polo*

Solo había sido un beso, Sorscha se dijo a sí misma todos los días después. Un beso rápido, sin aliento que hace girar el mundo. El hierro de la mezcla había funcionado, aunque Dorian se molestó bastante que ellos comenzaran a jugar con la dosis... y las formas para enmascararlo. Si era capturado ingiriendo polvos a todas las horas del día, daría lugar a preguntas.

Por lo tanto, se convirtió en un tónico anticonceptivo diario. Porque nadie se inmutaría en eso, no con su reputación. Sorscha seguía asegurándose a sí misma de que el beso no había significado nada más que un agradecimiento al llegar a la puerta de la habitación de la torre de Dorian, su dosis diaria en la mano.

Llamó a la puerta, y el Príncipe la llamo adentro. El perro de la asesina estaba tendido en su cama, y el propio Príncipe estaba recostado en su sofá en mal estado. Sin embargo, se sentó, y le sonrió a ella a su manera.

—Creo que he encontrado una mejor combinación, la menta podría bajar mejor que la salvia. — ella dijo, sosteniendo el vaso de líquido rojizo. Él se acercó a ella, pero había algo en su modo de andar, una especie de caza, que la hizo enderezar. Sobre todo cuando él dejó el vaso y se la quedó mirando, largo y profundo. — ¿Qué? — respiró ella, retrocediendo un paso.

Él agarró su mano, no lo suficiente para herir, pero lo suficiente para evitar que la retirara. — Tú entiendes los riesgos, y sin embargo sigues ayudándome. — dijo. — ¿Por qué?

—Es lo correcto.

—Las leyes de mi padre dicen lo contrario.

Su cara se calentó. — No sé lo que quieres que diga.

Sus manos estaban frías mientras rozaba sus mejillas, sus callos raspando suavemente. —Solo quiero darte las gracias. — murmuró, inclinándose. — Por venir a verme y no salir huyendo.

—Yo... — Ella estaba ardiendo desde dentro hacia fuera, y se echó hacia atrás, con tanta fuerza que la soltó. Amithy tenía razón, aunque ella era viciosa. Había un montón de mujeres hermosas aquí, y nada más que un flirteo que podría terminar mal. Él era el Príncipe Heredero, y ella no era nadie. Hizo un gesto a la copa. — Si no es mucha molestia, Su Alteza, —él se encogió ante el título —envíe la palabra acerca de cómo funciona esto para ti.

Ella no se atrevió a pedir permiso o despedirse ni nada que la mantendría en esa habitación un momento más. Y él no trató de detenerla cuando ella salió y cerró la puerta detrás de ella.

Se apoyó contra la pared de piedra del rellano estrecho, con una mano en su acelerado corazón. Fue la cosa más inteligente que hacer, lo correcto que hacer. Ella había sobrevivido por mucho tiempo, y se limitó a sobrevivir el camino por delante si ella seguía siendo desapercibida, confiable y tranquila.

Pero ella no quería pasar desapercibida, no con él, no para siempre.

Él le daba ganas de reír, cantar y sacudir el mundo con su voz.

La puerta se abrió, y lo encontró de pie en el umbral, solemne y cauteloso.

Tal vez no podría haber futuro, sin esperanza ni nada más, pero solo mirarle allí de pie, en este momento, ella quería ser egoísta, estúpida y salvaje.

Todo podría ir al infierno mañana, pero tenía que saber cómo era, solo por un poco de tiempo, pertenecer a alguien, ser querida y apreciada.

Él no se movió, no hizo nada más que mirar, mirándola exactamente como ella lo miraba, en tanto ella agarraba las solapas de la túnica de él, saco su cara hacia la suya, y lo besó con fiereza.



Chaol había sido apenas capaz de concentrarse durante los últimos días gracias a la reunión que estaba a pocos minutos de tener. Habían tardado más de lo que había previsto antes de que Ren y Murtaugh estuvieran finalmente listos para encontrarse con él, su primer encuentro desde aquella noche en los barrios pobres. Chaol tuvo que esperar a su próxima noche libre, Aedion tenía que encontrar un lugar seguro, y luego tuvieron que coordinar con los dos señores de Terrasen. Él y el general habían dejado el castillo por



separado, y Chaol se había odiado a sí mismo cuando le mintió a sus hombres acerca de adónde iba, odiaba que le deseaban divertirse, odiaba de que confiaran en él, el hombre que estaba reunido con sus enemigos mortales.

Chaol empujó esos pensamientos a un lado mientras se acercaba al tenue callejón a pocas cuerdas de la casa de huéspedes donde ellos iban a quedar. Bajo su pesada capa, encapuchada, estaba más armado de lo que usualmente se molestaba. Cada vez que respiraba se sentía demasiado superficial. Un silbido de dos notas sonaba por el callejón, y se hizo eco de ella. Aedion acechó a través de la niebla de baja altitud que salió del Avery, con el rostro oculto en la capucha de su capa.

No llevaba la espada de Orynth. En cambio, un surtido de espadas y cuchillos de lucha estaban atados al general, un hombre capaz de entrar en el mismo infierno y salir sonriendo.

— ¿Dónde están los demás? — dijo Chaol suavemente. Los barrios bajos estaban tranquilos esta noche, demasiado tranquilos para su gusto. Vestido como estaba, pocos se atrevieron a acercarse, pero el paseo por las calles torcidas y oscuras había sido terrible. Esta pobreza y la desesperación. Hace que la gente peligrosa, esté dispuesta a arriesgar cualquier cosa para ganarse un día más de vida.

Aedion se apoyó contra la pared de ladrillo en ruinas detrás de ellos. — No te hagas un nudo la ropa interior. Estarán aquí pronto.

—He esperado el tiempo suficiente para obtener esta información.

— ¿Cuál es la prisa? — Aedion arrastraba las palabras, escaneando el callejón.

—Me voy de Rifthold en unas pocas semanas para volver a Anielle. — Aedion no le miró directamente a los ojos, pero podía sentir la mirada fija del general hacia él desde debajo de su capucha oscura.

—Entonces sal de ella, diles que estás ocupado.

—Hice una promesa, — dijo Chaol. —Ya he pedido tiempo, pero quiero tener... hecho algo por el Príncipe antes de irme.

El general se volvió hacia él entonces. — Había oído que estabas distanciado de tu padre, ¿Por qué el repentino cambio?

Habría sido más fácil mentir, pero Chaol dijo. — Mi padre es un hombre poderoso, que tiene el oído de muchos miembros influyentes en la corte y está en el consejo del Rey.

Aedion dejó escapar una risa baja. —He golpeado cabezas con él en más de unos pocos consejos de guerra.

A eso Chaol habría pagado un buen dinero por ver, pero no estaba sonriendo cuando él dijo. — Era la única forma de conseguir enviarla a Wendlyn. —Rápidamente explicó el trato que había hecho, y cuando hubo terminado, Aedion soltó un largo suspiro.



— Maldita sea. — dijo el general, luego sacudió su cabeza. — No creo que ese tipo de honor todavía exista en Adarlan.

Supuso que era un cumplido, y uno alto, viniendo de Aedion. — ¿Y lo de tu padre? — dijo Chaol, aunque solo sea para cambiar de conversación lejos del agujero en su pecho. — Sé que tu madre era pariente de ella, ¿Pero qué de la línea de tu padre?

— Mi madre nunca admitió quien era mi padre, incluso cuando ella estaba decaendo en su lecho enferma. — dijo Aedion rotundamente. — No sé si era por vergüenza, o porque ni siquiera podía recordar, o para protegerme de alguna manera. Una vez me trajeron aquí, realmente no me importó. Pero prefiero no tener padre que tener a tu padre.

Chaol ríó entre dientes y podría haber preguntado otra cosa pero botas se rasparon en la piedra al otro extremo del callejón, seguido de una respiración ronca.

Así de rápido, Aedion había palmado dos cuchillos de lucha, y Chaol sacó su propia espada, la poco blanda mediocre hoja que había birlado del cuartel, cuando un hombre se tambaleó a la vista.

Tenía un brazo alrededor de su cintura, la otra apoyándose contra la pared de ladrillo de un edificio abandonado. Aedion se movió al instante, cuchillos enfundados de nuevo. No fue sino hasta que Chaol le escuchó decir. — ¿Ren? — él también corrió hacia el joven.

En la luz de la luna, la sangre en la túnica de Ren era una brillante, mancha profunda. — ¿Dónde está Murtaugh? — Aedion exigió, lanzando un brazo bajo los hombros de Ren.

— Seguro. — Ren jadeaba, con el rostro mortalmente pálido. Chaol escaneaba cada extremo del callejón. — Alguien nos seguía. Así que tratamos de perderlos. — escuchó, más que vio, una mueca de dolor en Ren. — Ellos me acorralaron.

— ¿Cuántos? — dijo Aedion en voz baja, aunque Chaol casi podía sentir la violencia latente del general.

— Ocho. — dijo Ren, y siseó de dolor. — Matamos a dos, el resto están libres. Me están siguiendo.

Dejando a seis. Si estaban ilesos, probablemente estén cerca. Chaol examinó las piedras más allá de Ren. La herida en el abdomen no podía ser profunda, si se las había arreglado para mantener el flujo de sangre sin dejar un rastro. Pero todavía tenía que ser agonizante, potencialmente fatal, si hubiera atravesado el lugar equivocado.

Aedion se puso rígido, escuchando algo que Chaol no podía. En silencio, paso suavemente la flacidez de Ren a los brazos de Chaol. — Hay tres barriles a diez pasos de distancia. — dijo el general con una calma letal cuando se enfrentó a la entrada del callejón. — Nos esconderemos detrás de ellos y mantener la boca cerrada.

Eso fue todo lo que Chaol necesitaba oír mientras tomaba el peso de Ren y lo arrastró a los grandes barriles, luego lo bajó al suelo. Ren ahogó un gemido de dolor, pero se mantuvo quieto. Había una pequeña grieta entre dos de los barriles donde Chaol podía



ver el callejón, y los seis hombres que acechaban en ella casi hombro con hombro. Él no podía entender mucho más de túnicas oscuras y capas.

Los hombres se detuvieron cuando vieron a Aedion de pie delante de ellos, todavía encapuchado. El general sacó sus cuchillos de combate y ronroneó. —Ninguno de ustedes abandonará este callejón vivo.



No lo hicieron.

Chaol se maravilló de la habilidad, la velocidad y rapidez de Aedion y la absoluta confianza en que lo hizo como ver una brutal, danza implacable.

Se había acabado antes de que realmente comience. Los seis asaltantes parecían a gusto con las armas, pero en contra de un hombre con sangre de hada que fluía por sus venas, eran inútiles.

No es de extrañar que Aedion hubiera aumentado a tal rango tan rápidamente. Nunca había visto a otro hombre luchar de esa manera. Solo, solo Celaena podría haberse acercado. Él no podía decir cuál de ellos ganaría si alguna vez lucharan el uno contra el otro, pero juntos... el corazón de Chaol se quedó helado ante la idea. Seis muertos en cuestión de segundos, seis.

Aedion no sonreía cuando se volvió a Chaol y dejó caer un trozo de tela en el suelo delante de ellos. Incluso Ren, jadeando con los dientes apretados, miró. Era un material negro, pesado y estampado en ella un hilo oscuro, casi invisible, salvo por el brillo de la luz de la luna, era dragón heráldico. El sello real.

—No sé quiénes son estos hombres. — Chaol dijo, más para sí mismo que para protestar por su inocencia. — Nunca he visto ese uniforme.

—Por el sonido de la misma. — dijo Aedion, esa rabia sigue latente en su voz cuando él inclinó su cabeza hacia ruidos que Chaol no podía oír con sus oídos humanos. — Hay más de ellos por ahí, y están peinando los barrios pobres de puerta en puerta por Ren. Necesitamos un lugar para escondernos.

Ren se aferró a la conciencia lo suficiente como para decir. —Yo sé dónde.





Capítulo 30

*Traducido por Edel
Corregido por Melody*

Chaol contuvo la respiración durante todo el paseo, ya que él y Aedion agarraron semi consiente de Ren entre ellos, los tres balanceándose y tambaleándose, mirando a todo el mundo como borrachos fuera por una noche de emociones en los barrios pobres. Las calles todavía estaban llenas a pesar de la hora, una de las mujeres que pasaban cabizbaja agarro la túnica de Aedion, arrojando un insulto de palabras seductoras. Pero el general utilizó una de sus suaves manos para soltarse y decirle: —Yo no pago por lo que puedo conseguir de forma gratuita.

De alguna manera, se sentía como una mentira, ya que Chaol había visto u oído hablar de Aedion compartiendo cama con cualquier persona de todas estas semanas. Pero tal vez a sabiendas de que estaba vivo Aelin cambiado sus prioridades.

Alcanzaron el fumadero de opio que Ren había nombrado entre chorros de inconsciencia al igual que los gritos de los soldados asalto en casas de huéspedes, hostales y tabernas se hicieron eco de la calle. Chaol no esperó para ver quiénes eran y empujaron a través de la puerta de madera tallada. El hedor de cuerpos sucios, residuos, y el humo dulce coagulada en las fosas nasales de Chaol. Incluso Aedion tosió y dio a Ren, que era casi un peso muerto en sus brazos, una mirada de desaprobación.

Pero la envejecida madame barrió hacia adelante la puerta para darles la bienvenida, en su larga túnica y otra túnica que fluye en un poco de viento fantasma, y los condujo por el pasillo con paneles de madera, con los pies suave en las coloridas alfombras desgastadas. Ella comenzó a parlotear sobre el precio y las promociones especiales de la noche, pero Chaol echó una mirada en sus ojos verdes, astutos y supo que estaba familiarizado

con Ren, alguien que probablemente ella misma había construido su propio imperio aquí en Rifthold.

Ella los dejó en una alcoba velada fuera llena de cojines de seda desgastados que apestaba a humo dulce y sudor, y después de que ella levantó las cejas en Chaol, entregó tres piezas de oro. Ren gimió de donde él estaba tumbado en los cojines, entre Aedion y Chaol, pero antes que Chaol pudiera siquiera decir una palabra, la señora regresó con un bulto en sus brazos.

—Ellos están al lado, — y dijo, con su acento encantador y extraño. —Dense prisa.

Ella trajo una túnica. Aedion hizo un trabajo rápido de despojar a Ren, cuyo rostro estaba mortalmente pálido, los labios sin sangre. El general juró al contemplar la baja rebanada de la herida en el vientre. —Un poco más profundo y sus malditos intestinos estarían saliendo pasar el rato, — dijo Aedion.

Tomó un trozo de tela limpia de la madame y la envolvió alrededor del abdomen musculoso del joven señor. Había cicatrices en todo el cuerpo de Ren. Si sobrevivía, a esto probablemente no sería el peor de ellos.

La madame se arrodilló ante Chaol y abrió la caja en sus manos. Coloco tres tubos sobre la mesa de madera baja que había entre ellos. —Es necesario mover la parte — ella respiro, mirando por encima del hombro a través del espeso velo negro, sin duda, el cálculo de la cantidad de tiempo que les quedaba.

Chaol ni siquiera trató de oponerse como se solía enrojecer la piel alrededor de los ojos, aplico un poco de pasta en polvo para el color de su rostro, se sacudió y libero unos de los botones de su túnica, y su cabello despeinado. — Ponte cómodo, blando y suelto, y mantén el tubo en la mano. Necesitas que el humo llegue hasta el final. — Eso fue todo lo que ella le dijo antes de que ella se colocara a trabajar en Aedion, que había terminado el relleno de Ren con la ropa limpia. En momentos, los tres de ellos se fueron reclinando en los cojines hediondos, y la madame se había apresurado con la túnica ensangrentada de Ren.

La respiración del señor era dificultosa y desigual, y Chaol luchó con el temblor en sus manos cuando la puerta se abrió de golpe. Los pies blandos de la madame se apresuraron para saludar a los hombres. Aunque Chaol aguzó el oído, Aedion parecía escuchar sin ningún problema.

— ¿Cinco de ustedes, entonces? —la madame sonó lo suficientemente fuerte para que ellos la escucharan.

—Estábamos buscando un fugitivo, —fue la respuesta con gruñido. —Fuera del camino.

—Seguramente a ustedes le gustaría descansar tenemos habitaciones privadas para grupos, y todos ustedes son hombres tan grandes. —Cada palabra se ronroneó, un festín sensual. — Es más por la incorporación de espadas y dagas, un pasivo, ya ven, cuando



la droga los toma...

—Mujer, *ya basta*, —el hombre gritó. Y arrancó la tela de cada alcoba velada y fue inspeccionado. El corazón de Chaol tronó, pero mantuvo su cuerpo sin vida, así como él ansiaba llegar a su espada.

—Entonces lo dejare con su trabajo, —ella dijo con recato.

Entre ellos, Ren estaba tan aturdido que él realmente podría estar drogado hasta las cejas. Chaol sólo esperaba su propia actuación fuese convincente mientras la cortina rasgada la espalda.

— ¿Es ese el vino? — dijo Aedion arrastrando las palabras, entrecerrando los ojos a los hombres, con el rostro pálido y sus labios situado en una sonrisa floja. Él era apenas reconocible. —Hemos estado esperando veinte minutos, ya sabes.

Chaol sonrió con ojos legañosos hacia los seis hombres igualitarios en la habitación. En esos uniformes oscuros, todo desconocido. ¿Quién demonios eran? ¿Por qué había sido Ren su blanco?

—Vino, — Aedion espetó como el hijo mimado de un comerciante, tal vez. —Ahora.

Los hombres sólo juraron en ellos y continuaron. Cinco minutos más tarde, ya no estaban.



La sala debe haber sido un punto de encuentro, porque Murtaugh los encontró allí una hora más tarde. La madame les había llevado a su oficina privada, y que había obligado a Ren tenderse en un sofá desgastado como ella, con sorprendente destreza, desinfectados, cosiendo, vendando la desagradable herida. Él iba a sobrevivir, dijo, pero la pérdida de sangre y las lesiones lo mantendrían incapacitado por un tiempo. Se mantuvo despierto todo el tiempo, hasta que Ren se derrumbó en un profundo sueño, cortesía de algún tónico que la mujer le hizo tragar.

Chaol y Aedion estaban sentados en la mesa pequeña hacinados en entre cajas y cajas de opio apiladas en contra de las paredes. No quería saber lo que había en la tónico que Ren había ingerido.

Aedion estaba mirando la puerta cerrada, la cabeza inclinada como si estuviera escuchando los sonidos del lugar, cuando le dijo a Murtaugh, — ¿Por qué te están siguiendo, y quiénes eran esos hombres?

El viejo siguió paseando. — No lo sé. Pero sabían que Ren y yo estaríamos. Ren tiene una red de informantes en toda la ciudad. Cualquiera de ellos podría habernos traicionado.

La atención de Aedion permaneció en la puerta, una mano sobre uno de sus cuchillos



de combate. —Vestían uniformes con el sello real, incluso el Capitán no pudo reconocerlos. Es necesario mantener un perfil bajo por un tiempo.

El silencio de Murtaugh era demasiado pesado. Chaol preguntó en voz baja, — ¿Dónde lo llevarán cuando se pueda mover?

Murtaugh paro sus paseos, sus ojos llenos de dolor. —A ninguna parte. No tenemos casa.

Aedion lo miró fijamente. — ¿Dónde demonios han estado viviendo todo este tiempo?

—Aquí y allá, en escondidos en edificios abandonados. Cuando somos capaces de tomar el trabajo, nos quedamos en casas de huéspedes, pero en estos días. . .

Ellos no tendrían acceso a las arcas de Allsbrook, Chaol se dio cuenta. No sí estuvieron escondidos durante tantos años. Pero estar sin casa...

El rostro de Aedion era una máscara de desinterés. —Y no tienen un lugar lo suficientemente seguro para estar Rifthold mientras se esté curando. — No era una pregunta, pero Murtaugh asintió con la cabeza. Aedion examinó Ren, despatarrado en el sofá oscuro contra la pared del fondo. Su garganta se balanceaba una vez, pero luego dijo: —Dile al capitán de tu teoría acerca de la magia.



En las largas horas que pasaron hasta Ren recuperó la suficiente fuerza como para moverse, Murtaugh le explicó todo lo que sabía. Toda su historia salió, el anciano casi susurrando en los momentos de los horrores a los que huyeron, y cómo Ren había conseguido todas y cada cicatriz. Chaol entendió por qué el joven había estado con los labios cerrados hasta el momento. El secretismo les había mantenido con vida.

Todos juntos, Murtaugh y Ren habían aprendido, las distintas olas de la magia en los días que habían desaparecido formado un triángulo áspero en todo el continente. La primera línea fue a la derecha de Rifthold a los baldíos helados. El segundo bajó de los baldíos helados hasta el borde de la Península desierta. La tercera línea fue de nuevo allí en Rifthold. Un hechizo, ellos creían, había sido la causa de la misma.

De pie por el mapa que Aedion había producido, el general pasó un dedo sobre las líneas una y otra vez, como la clasificación de una estrategia de batalla. —Un hechizo enviado desde puntos específicos, como un faro.

Chaol golpeó con los nudillos en la mesa. — ¿Hay alguna manera de deshacerlo?

Murtaugh suspiró. —Nuestro trabajo se vio interrumpido por la perturbación con Archer, y nuestras fuentes desaparecieron de la ciudad por temor a sus vidas. Pero tiene que haber una manera.

—Así que ¿por dónde empezar a buscar? —Preguntó Aedion. —No hay ninguna mal-



dita posibilidad de que el Rey dejase pistas tiradas por allí al azar.

Murtaugh asintió. — Necesitamos testigos para confirmar lo que sospechamos, pero en los lugares que pensamos que el hechizo se originó están ocupadas por las fuerzas del Rey. Hemos estado esperando por poder entrar.

Aedion le dio una sonrisa perezosa. — No me extraña lo que le decías a Ren para ser agradable también.

Como en respuesta, Ren gimió, luchando por llegar a la conciencia.

¿El joven señor se había sentido seguro o en paz en algún momento de los últimos diez años? Eso explicaría la ira, el enojo irresponsable que corría por todos los jóvenes, los corazones rotos de Terrasen, incluyendo Celaena.

Chaol dijo, — Hay un apartamento oculto en una casa de las mercancías en los barrios pobres. Es seguro, y tiene todas las comodidades que necesitas. Eres bienvenido a quedarse allí durante todo el tiempo que necesite.

Él sintió, Aedion estaba observando con cuidado. Pero Murtaugh frunció el ceño. — Es muy generoso, pero sin embargo no puedo aceptar la oferta de quedarme en su casa.

— No es mi casa, — dijo Chaol. — Y créame, al dueño no le va a importar.





Capítulo 31

Traducido por Meeny

Corregido por Paz

—Cométela—, Manon dijo, extendiendo la pierna cruda de cordero a Abraxos. El día era brillante, pero el viento, pero el viento de las cumbres nevadas de los Colmillos todavía cargaban un frío brutal. Ellos habían estado yendo fuera de la montaña a pequeños ratos para estirar sus piernas, usando la puerta trasera que se abría a un pequeño camino guiando a las montañas. Ella lo guio por la gigante cadena, como si pudiese hacer algo para detenerlo de irse, encima de una inclinada pendiente, y a continuación en el prado encima de una meseta.

—Cométela—, ella dijo, sacudiendo la congelada carne a Abraxos, quien estaba ahora acostado sobre su vientre en el prado, resoplando a las primeras hierbas y flores que empujaron a través del hielo derritiéndose. —Es tu recompensa, — ella dijo a través de sus dientes. —Te la ganaste.

Abraxos olfateo un racimo de flores purpuras, luego movió su mirada hacia ella. *Nada de carne*, el parecía decir.

—Es bueno para ti— ella dijo, y él fue de vuelta a oler las violetas o lo que sea que fueran. Si una planta no era buena para veneno o para curar o mantenerla viva si se estaba muriendo de hambre, ella nunca se molestaría en saber sus nombres, especialmente no flores salvajes.

Ella lanzo la pierna justo en frente de su masiva boca y metió sus manos dentro de los pliegues de su capa roja. El la olio, sus nuevos dientes de hierro brillando en la radiantes luz, entonces extendió una masiva garra y...

La empujó a un lado.

Manon se froto los ojos. — ¿No está lo suficientemente fresca?

Se movió a oler unas flores blancas con amarillo.

Una pesadilla. Esto era una pesadilla. —No pueden en serio gustarte las flores.

Otra vez esos oscuros ojos se movieron a ella. Parpadeo una vez. *A mi ciertamente me gustan*, parecía decir.

Ella extendió sus brazos. —Ni siquiera habías olido una flor hasta ayer. ¿Que está mal con la carne ahora?— Necesitaba comer toneladas y toneladas de carne para reponer los músculos que estaba perdiendo.

Cuando el volvió a oler las flores delicadamente, el insufrible, inútil gusano, ella caminó hacia la pierna de cordero y tiró hacia arriba. —Si tú no te la comes—, ella le gruñó, levantándola con ambas manos a su boca y enterrando sus dientes de hierro hacia abajo, —Entonces yo lo haré.

Abraxos la observo con oscuros ojos perplejos mientras ellas mordía en la congelada, carne cruda. Y la escupía en todas partes.

—Que en la Madre de las sombras... — Ella olía la carne. No estaba rancia, pero como los hombres aquí, sabían así. La oveja se crio dentro de la montaña, así que tal vez había algo en el agua. Tan pronto como volviera, le daría la orden a Las Trece de no tocar a los hombres, no hasta que ella supiera que en el infierno los estaba haciendo saber y oler de esa manera.

Independientemente, Abraxos tenía que comer, porque tenía que ponerse fuerte, así ella podría ser Líder de Vuelo, así ella podría ver la mirada en la cara de Iskra cuando la destrozara en la Guerra de los Juegos. Y si esta era la única manera de hacer que el gusano comiera...

—Bien— ella dijo, llevándose lejos la pierna. —¿Quieres carne fresca?— ella escaneo las montañas alrededor de ellos, ojeando las piedras grises. —Entonces tendremos que cazar.



—Hueles a mierda y sangre— Su abuela no se giró de su escritorio, y Manon no se inmuto con el insulto. Estaba cubierta de ambos, de hecho.

Era gracias a Abraxos, el gusano amante de las flores, quien solo había observado mientras ella escalaba uno de los acantilados cercanos y le trajo una cabra de montaña. *Le trajo*, era una frase más elegante para lo que realmente había pasado: ella casi se congeló hasta la muerte mientras esperaba que pasaran algunas cabras por su traicionera colina, y entonces, cuando finalmente embosco una, ella no solo rodó en su estiércol



mientras lidiaba con ella sino que había dejado una carga fresca en ella, justo antes de que se tambaleara fuera de sus brazos y se rompiera el cráneo en las rocas de abajo.

Casi la había llevado con ella, pero se las había arreglado para sujetarse a las raíces muertas. Abraxos seguía acostado sobre su vientre, oliendo las flores salvajes, cuando ella regreso con la cabra muerta en sus brazos, su sangre ahora congelada en su capa y túnica.

El devoro a la cabra en dos mordiscos, y luego había vuelto a disfrutar de las flores salvajes. Al menos había comido. Traerlo de vuelta a los Colmillos del Norte, sin embargo, fue una prueba ello mismo. Él no la había herido, no había huido, pero había tirado de las cadenas, sacudiendo su cabeza otra vez y otra vez mientras se acercaban a la cavernosa puerta de atrás donde los sonidos de los dragones heráldicos y los hombres los alcanzaron. Pero había entrado, aunque golpeo y gruño a los ayudantes que se apresuraron a sujetarlo. Por alguna razón, ella no había sido capaz de dejar de pensar sobre su reluctancia, la manera en la que él la miraba con una plegaria muda. Ella no le tenía lástima, porque ella no le tenía lastima a nadie, pero no podía dejar de pensar en eso.

—Me convocaste, — Manon dijo, cabeza en alto. —No quería tenerte esperando.

—Me *estás* haciendo esperar, Manon— La bruja se giró, ojos con promesas de muerte y de dolor interminable. —Ya han sido semanas, y no estas unida con tus Trece. El Yellowlegs ha estado volando como un huésped por tres días. Tres días, Manon. Y tú estas mimando a tu bestia.

Manon no mostro ni una pizca de sentimiento. Disculpase lo habría hecho peor, como lo harían las excusas.

—Dame órdenes, y serán cumplidas.

—Te quiero unida para mañana en la noche. No te molestes en volver si no lo estás.



—Te odio— Manon jadeo a través de sus dientes de hierro mientras ella y Abraxos finalizaban su agotadora caminata a la cima del pico de la montaña. Había tomado la mitad del día para llegar aquí, y si esto no funcionaba, le tomaría hasta el anochecer volver al Omega. Para empacar sus pertenencias.

Abraxos estaba acurrucado como un gato en la estrecha franja de roca plana en la cima de la montaña. —Levántate, gusano perezoso. — El ni siquiera parpadeo ante ella.

Toma el lado oriental, el capataz había dicho mientras la ayudaba a acomodarse y a salir por la puerta de atrás del Colmillo del Norte antes del amanecer. Utilizaron este pico para entrenar a las crías de los dragones heráldicos, y voladores renuentes. El lado oriental, Manon vio mientras miraba por encima del borde que acababa de escalar, era una suave colina luego de una caída de 20 pies. Abraxos podría tomar una carrera fuera



del borde, tratar de deslizarse, y si se caía... Bueno, solo serían 20 pies y entonces rocas suaves como el viento para deslizarse. Delgadas posibilidades para la muerte.

No, la muerte estaba en el lado occidental. Frunciendo el ceño a Abraxos, quien estaba lamiendo sus nuevas garras de hierro, Manon cruzo la meseta y, a pesar de sí misma, se estremeció ante el viento abrasador que se disparó.

Hacia el oeste estaba un desplome sin final a través de nada hasta las puntiagudas, implacables rocas del abajo.

Tomaría un equipo de hombres para quitar sus restos. Era el lado oriental.

Ella comprobó su apretada trenza y movió su clara esencia en su lugar. —Vamos.

Abraxos levanto su masiva cabeza como para decir, *Acabamos de llegar*.

Ella apunto al borde del oriente. —A volar. Ahora.

El resoplo, doblando su espalda hacia ella, el cuero de la silla brillando. —Oh, no lo creo—, ella espeto, acechando alrededor para ponerse frente a su cara. Ella señalo al borde otra vez. —Vamos a volar ahora, tu pequeño cobarde.

El metió su cabeza hacia su vientre, su cola envolviéndose alrededor de él. Estaba fingiendo que no podía oírla.

Ella sabía que podía costarle la vida, pero se aferró a sus fosas nasales, lo suficientemente duro para hacerlo abrir sus ojos. —Tus alas son funcionales. Los humanos dijeron que lo eran. Así que puedes volar, y vas a volar, porque yo lo digo. He estado trayendo a tus inútiles cabras de montaña por manadas, y si me humillas, usare tu pellejo para un nuevo abrigo de cuero, — Ella agito su rasgada y manchada capa. —Este esta arruinado, gracias a tus cabras.

El movió su cabeza lejos, y ella lo dejo ir, porque era dejarlo ir o ser arrojada por el aire. El dejo caer la cabeza y cerro sus ojos.

Esto era un castigo, de alguna manera. Para que, ella no lo sabía. Quizás a su propia estupidez por escoger una bestia de cebo para montar.

Ella susurro para sí misma, mirando la silla de montar en su espalda. Incluso con un salto de carrera no podía hacerlo. Pero ella necesitaba estar en esa silla y en el aire...o de otra manera Las Trece seria separadas por su abuela.

Abraxos continuo yaciendo al sol, vano e indulgente como un gato. —Corazón de guerrero de hecho.

Ella observo el borde oriental, la silla, las riendas colgando. Él se resistió y golpeo la primera vez que habían empujado la broca en su boca, pero se había acostumbrado a ello ahora, al menos, lo suficiente para que el intentara quitarle cabeza a solo uno de los trabajadores hoy.



El sol aún se elevaba alto, pero pronto comenzaría su descenso, y entonces ella estaría completa y perfectamente arruinada. Como el infierno que lo estaría.

—Te merecías esto— fue toda la advertencia que ella le dio antes de que ella corriera y saltara, aterrizando en su cadera y luego aleteando, tan rápido que el apenas levanto su cabeza para el momento en que ella se escabulló a través de su escamosa espalda y en la silla de montar.

Él se irguió derecho, tieso como una tabla mientras ella metía sus pies con las botas en los estribos y agarraba las riendas. —Vamos a volar, *ahora*—. Ella clavo los talones a los costados.

Quizás las espuelas le dolieron o lo sorprendieron, porque Abraxos se resistió, se resistió y rugió. Ella tiro de las riendas tan duro como pudo. —Suficiente, — ella grito, tirando con un brazo para guiarlo al borde oriental. —Suficiente, Abraxos.

Él estaba todavía agitándose, y ella apretó sus muslos tan duro como pudo para quedarse en la silla, apoyándose en cada movimiento. Cuando el movimiento no la desalojo, el levanto sus alas, como si la quería sacudir. —No te atrevas—, ella gruño, pero él estaba todavía retorciéndose y bramando.

—*Detente*— Su cerebro se sacudió en su cráneo y sus dientes chasquearon juntos tan duro que ella tuvo que retraer sus colmillos para que no penetraran justo a través de su piel.

Pero Abraxos siguió resistiéndose, salvaje y frenético. No hacia el borde oriental, sino lejos, hacia el borde del occidental.

—Abraxos, *detente*—. Él iba a ir justo por encima. Y luego se estrellaron contra las piedras.

Él estaba tan asustado, tan furioso que su voz no era más que una hoja crepitante en la viento. La caída occidental se alzaba a su derecha, brillando debajo del cuero, alas moteadas mientras se agitaban y golpeaban. Bajo las masivas garras de Abraxos, piedras silbaron y temblaron mientras se acercaba al borde.

—Abraxos...— Pero entonces sus piernas se deslizaron sobre el acantilado, y mundo de Manon se inclinó hacia abajo, abajo, abajo, mientras perdió su agarre y se desplomó en el aire abierto.





Capítulo 32

*Traducido por Jeanna
Corregido por Melody*

Manon no tenía tiempo para contemplar como su muerte se aproximaba.

Estaba demasiado ocupada en aferrarse a la silla de montar, el mundo volteando y girando, los gritos del viento, o tal vez eso era Abraxos, ya que se desplomaron por la pared del acantilado.

Sus músculos estaban bloqueados y temblando, pero mantuvo sus brazos entrelazados a través de las correas, la única cosa que le impide la muerte, aun cuando se acercó rápidamente con cada rotación del cuerpo arruinado de Abraxos.

Los árboles a continuación tomaron forma, como lo hicieron los pinchos, rocas talladas por el viento entre ellas. Cada vez más rápido, la pared del acantilado un borrón de gris y blanco.

Tal vez su cuerpo tendría el impacto y ella podría alejarse.

Tal vez todas esas rocas atravesarían a ambos.

Tal vez daría vuelta y primero aterrizaría en las rocas.

Confiaba en que iba a pasar demasiado rápido para ella reconocer sólo cómo se estaba muriendo, para saber qué parte de ella se rompió primero. Ellos se precipitaron hacia abajo. Había un pequeño río que corre a través de las rocas puntiagudas.

Viento se estrelló contra ellos desde abajo, una corriente de aire que sacudió Abraxos entero, pero ellos seguían girando, todavía cayendo.

— ¡Abre tus alas!— Ella gritó sobre el viento, sobre su corazón tronando. Permanecieron cerradas.

— ¡Abre los ojos y tira hacia arriba!— Ella bramo, precisamente como los rápidos en el arroyo comenzaron a aparecer, al igual que ella entendió que odiaba el abrazo que se aproxima de la oscuridad, y que no había nada que hacer para detener esta salpicadura, esta condena de...

Ella pudo ver las piñas de los árboles. — ¡Ábrelas!— Un último, congregando a grito de guerra contra la oscuridad.

Un grito de guerra que fue respondido con un grito agudo cuando Abraxos abrió sus alas, atrapó la corriente ascendente, y los envió volando lejos de la tierra.

El estómago de Manon pasó de la garganta enseguida a su trasero, pero fueron precipitándose hacia arriba, y sus alas estaban bombeando, cada boom era el sonido más hermoso que había oído en su vida larga y miserable.

Agitándolas más arriba, sus piernas escondidas debajo de él. Manon se agazapó en su silla, aferrándose a su cálida piel, como él los llevó hasta la cara de la montaña vecina. Sus picos subieron a su encuentro como manos levantadas, pero él se tambaleo, batien-do con fuerza. Manon levantó y cayó con él, no tomando un respiro, ya que pasaron el pico nevado más alto y Abraxos, en la alegría o la ira o por el placer de hacerlo, asió las garras de la nieve y el hielo, y los puso detrás de la dispersión, el sol iluminando hacia arriba como un rastro de estrellas.

El sol era cegador cuando golpearon a cielo abierto, y no había nada a su alrededor, pero las nubes tan masiva como las montañas muy por debajo, castillos y templos de blanco y morado y azul.

Y el grito que Abraxos dejó escapar cuando entraron en ese pasillo de nubes, cuando él se estabilizo y cogió una corriente veloz tallando un camino a través de él...

Ella no había entendido lo que había sido para él vivir toda su vida bajo tierra, encadenado y golpeado y mutilado, hasta entonces. Hasta que escuchó el ruido sin diluir, alegría inquebrantable.

Hasta que se hizo eco de ella, inclinando la cabeza hacia atrás a las nubes a su alrededor.

Navegaron sobre un mar de nubes, y Abraxos sumergió sus garras en ellos antes de abatir sus alas hasta una columna de nubes talladas por el viento. Más y más alto, hasta que llegaron a su punto máximo y el extendió sus alas en la congelación, delgado, parando el mundo enteramente por un latido del corazón.

Y Manon, porque no había nadie mirando, porque ella no le importaba, extendió los brazos, así y saboreó la caída libre, el viento ahora una canción en sus oídos, en su corazón marchito.





Los cielos grises solo fueron llenándose de luz cuando el sol se ocultó en el horizonte a sus espaldas. Yendo equipada con su capa roja, Manon se sentó encima de Abraxos, su visión levemente nublada desde el párpado interior había parpadeado ya en su lugar. Aun así, ella estudio a sus Trece, a horcajadas sobre su dragón se dirigió a la boca del cañón.

Habían montados en dos filas de seis, Asterin y su color azul pálido se montan directamente detrás de Manon, líder de la primera fila, Sorrel reclamando el centro de la segunda. Todos estaban despiertos y alertas y un poco aturdidos. Por las alas dañadas de Abraxos no estaban listos para hacer la travesía estrecha, todavía no. Así que se reunieron en la puerta trasera, donde habían caminado sus dragones heráldicos los tres kilómetros de la primera carrera del cañón, caminaban como una unidad adecuada, en rango y en silencio.

La boca del cañón era lo suficientemente amplia para Abraxos para saltar en un deslizamiento fácil. Aleatear para alzar vuelo eran un problema gracias al músculo desmenuzado y puntos débiles en sus alas, áreas que habían tomado demasiados golpes y nunca podría estar en su máxima potencia. Pero ella no le explicó eso a Las Trece, porque no era de su incumbencia y no les afecta.

—Todos los días, desde hoy y hasta los Juegos de Guerra, — Manon dijo, mirando hacia el laberinto de barrancos y arcos que componen el cañón talladas por el viento, —nos reuniremos aquí, y hasta el desayuno, vamos a entrenar. Entonces tendremos nuestro entrenamiento por la tarde con los otros aquelarres. No diremos a nadie. — Sólo tenía que salir temprano para poder conseguir a Abraxos el aire, mientras que los otros hicieron la travesía.

—Quiero que estemos en lugares cerrados. No me importa lo que los hombres dicen acerca de mantener las monturas por separado. Dejen a los dragones resolver su dominio, que peleen, pero van a volar, apretados como armadura. No habrá brechas y no hay espacio para la actitud o mierda territorial. Volamos este cañón juntas, o no volamos en absoluto.

Miró a cada una de las brujas y sus monturas a los ojos. Abraxos, para su sorpresa, hizo lo mismo. Lo que le faltaba en tamaño lo compensaba en la voluntad pura, velocidad y destreza. Percibió la energía incluso antes que Mannon hiciera. —Cuando hayamos terminado, si sobrevivimos, nos veremos en el otro lado y lo haremos de nuevo. Hasta que sea perfecto. Sus bestias aprenderán a confiar en los demás y seguir las órdenes.

El viento besó sus mejillas. —No te quedes atrás, — dijo ella, y Abraxos se sumergió en el cañón.





Capítulo 33

Traducido por Jeanna

Corregido por Melody

En la semana que siguió, no había más cuerpos, y ciertamente ningún indicio de la criatura que había drenado a esas personas, aunque Celaena a menudo se encontró pensando en los detalles como Rowan hizo su luz de la candela en pos de las velas en las ruinas del templo de la Diosa del Sol. Ahora que ella podía cambiar en el dominio, esta era su nueva tarea: encender una vela sin destruir todo a la vista. Falló cada vez chamuscado su capa, agrietando las ruinas, incinerando los árboles cuando su magia rasgo fuera de ella. Pero Rowan tenía un suministro sin fondo de velas, así que ella pasó sus días mirando hasta que sus ojos cruzaron. Podía sudar durante horas y centrarse en perfeccionar su ira y todas esas tonterías, pero no llegar cuando mucho a un zarcillo de humo. La única cosa que paso fue un apetito sin fin: Celaena comía lo que sea y siempre que podía, gracias a su magia devorando gran parte de su energía.

La lluvia volvió, y con ella, la multitud de historias de Emrys. Celaena siempre escuchaba mientras lavaba platos de la noche, a los cuentos de doncellas de escudo y animales encantados y astutos hechiceros, todas las leyendas de Wendlyn. Rowan todavía aparecía en su forma de halcón, y había algunas noches cuando ella aún estaba sentada junto a la puerta de atrás, y Rowan se deslizaba un poco más cerca, también.

Celaena estaba de pie ante el fregadero, la espalda palpitante y el hambre royendo su vientre mientras fregaba la última de las ollas de cobre, mientras que Emrys terminó narrando la historia de un brillante lobo y un pájaro mágico del fuego. Hubo una pausa, y luego vinieron las peticiones habituales de las mismas viejas historias. Celaena no reconoció las cabezas que se volvieron en su dirección cuando ella preguntó desde el fregadero, — ¿Conoces alguna historia sobre la reina Maeve?

Muertos. Silencio. Los ojos de Emrys se abrieron antes de que él sonriera débilmente y dijo, —Hay muchas. ¿Cuál quieres oír?

—Las primeras que usted conoce. Todas ellas—. Si ella se va a enfrentar a su tía de nuevo, tal vez debería empezar a aprender lo más que pueda. Emrys podría conocer historias que no habían llegado a las costas de sus propias tierras. Si las historias sobre los Skinwalkers habían sido verdad, si los ciervos inmortales eran reales. . . tal vez ella podría recoger algo vital aquí.

Hubo algunas miradas nerviosas, pero al fin Emrys dijo, —Entonces comenzaré desde el principio.

Celaena asintió y fue a sentarse en su silla habitual, apoyada contra la puerta de atrás, cerca del halcón de aguda vista. Rowan chasqueó su pico, pero ella no se atrevió a mirar por encima del hombro a él. En cambio, ella metió la mano en toda una hogaza de pan.

—Hace mucho tiempo, cuando no había rey mortal en el trono de Wendlyn, las hadas todavía caminaban entre nosotros. Algunos eran buenos y justos, algunos eran propensos a pequeñas travesuras, y algunos fueron más viles y más oscuros que la noche más negra. Pero estaban todos ellos gobernados por Maeve y sus dos hermanas, a quienes llamaban Mora y Mab. La astuta Mora, quien dio a luz la forma de un gran halcón —, es decir el poderoso linaje de Rowan — La justa Mab, que dio a luz la forma de un cisne. Y la oscura Maeve, cuyo salvajismo no pudo ser contenida por ninguna forma simple.

Emrys recitó la historia, mucha de la cual Celaena sabía: Mora y Mab se habían enamorado de los hombres humanos, y cedió su inmortalidad. Algunos dijeron que Maeve las obligó a renunciar a su don de la vida eterna como castigo. Algunos dijeron que querían, aunque sólo sea para escapar de su hermana.

Y cuando Celaena preguntó la habitación cayó en un silencio mortal de nuevo, si Maeve jamás se había apareado, Emrys le dijo que no, aunque ella había estado a punto, en los albores del tiempo. Un guerrero, un rumor afirmaba, había robado su corazón con su hábil mente y alma pura. Pero había muerto en una guerra hace mucho tiempo y perdió el anillo que había destinado para ella, y desde entonces, Maeve había apreciado sus guerreros sobre todos los demás. La querían para que, hecha una poderosa reina que nadie se atrevía a desafiar. Celaena esperaba que Rowan a hinchara sus plumas con eso, pero permaneció quieto y en silencio en su percha.

Emrys contó historias sobre La Reina Hada bien entrada la noche, pintando un retrato de un gobernante astuto y despiadado que podía conquistar el mundo si así lo deseaba, pero en su lugar guardado a su reino de los bosques de Doranelle, plantando su ciudad de piedra en el corazón de una masiva cuenca del río.

Celaena recogió a través de los detalles y los entrego en la memoria, tratando de no pensar en el príncipe encaramado a pocos metros por encima de ella que había jurado voluntariamente un juramento de sangre al monstruo inmortal que habitaba más allá de las montañas. Estaba a punto de pedir otra historia cuando descubrió el movimiento en los árboles.



Se ahogó en el pedazo de tarta de moras que estaba en medio devorando cuando el gato montés masivo trotó desde el bosque y en el césped empapado de lluvia, partiendo hacia la puerta. La lluvia había oscurecido su pelaje dorado y sus ojos brillaban en las antorchas. ¿Los guardias no lo ven? Malakai estaba escuchando a su compañero con atención embelesado. Ella abrió la boca para gritar una advertencia cuando se detuvo.

Los guardias vieron todo. Y no estaban disparando. Porque no era un gato montés, pero...

En un destello que podría haber sido un relámpago distante, el gato montés se convirtió en un hombre alto, de hombros anchos para caminar hacia la puerta abierta. Rowan subió en vuelo, entonces se movió, sin problemas de aterrizar medio paso mientras caminaba bajo la lluvia.

Los dos hombres se sujetaron en un abrazo estrecho y palmearon cada uno en la espalda, un saludo rápido y eficaz. Con la lluvia y Emrys narrando le era difícil de escuchar, y ella maldijo en silencio sus oídos mortales mientras se esforzaba para escuchar.

—He estado buscando durante seis semanas—, dijo el extraño de cabellos dorados, su voz aguda pero hueca. No urgente, pero cansado y frustrado. —Vaughan dijo que estabas en la frontera oriental, pero Lorcan dijo que estabas en la costa, inspeccionando de la flota. Entonces los gemelos me dijeron que la reina había estado todo el camino hasta aquí contigo y regreso sola, así que vine por una corazonada. . . — Y balbuceaba, su falta de control en desacuerdo con sus músculos duros y las armas atadas a él. Un guerrero, como Rowan, aunque su asombrosamente bello rostro no tenía nada de la severidad del príncipe.

Rowan puso una mano en el hombro del hombre. —Escuché lo que sucedió, Gavriel. — ¿Fue este uno de los misteriosos amigos de Rowan? Ella deseó que Emrys estuviera libre para identificarlo. Rowan había dicho muy poco acerca de sus cinco compañeros, pero estaba claro que Rowan y Gavriel eran más que conocidos. Ella a veces se olvida de que Rowan tenía una vida más allá de esta fortaleza. No la había molestado antes, y ella no estaba segura de por qué recordarlo ahora, de pronto se instaló en su estómago como un peso muerto, o por qué de pronto importaba que Rowan, al menos, reconociera que ella estaba allí. Que ella existía.

Gavriel se frotó la cara, expandiendo su musculosa espalda mientras tomaba una respiración. —Sé que probablemente no necesita esto.

—Sólo dime lo que necesitas y se hará.

Gavriel pareció desinflarse, y Rowan lo guió hacia la otra puerta. Ambos con movimientos sobrenaturales, gracia poderosa, como si la propia lluvia se abrió para dejarlos pasar. Rowan ni siquiera miró hacia ella antes de desaparecer.



Rowan no regresó durante el resto de la noche, y la curiosidad, no la bondad, la hizo darse cuenta de que su amigo probablemente no había cenado. Por lo menos, nadie había traído nada fuera de la cocina, y Rowan no había llamado para la comida. Así que ¿Por qué no traer una bandeja de estofado y pan?

Equilibrando la pesada bandeja sobre su cadera, ella llamó a su puerta. El murmullo se fue en silencio, y por un segundo, ella tenía el pensamiento mortificante que quizás el hombre estuvo aquí por una razón mucho más íntima. Entonces alguien espetó: — ¿Qué?—, Y ella abrió la puerta lo suficiente para mirar dentro. —Pensé que tal vez quieras estofado y...

Bueno, el desconocido estaba medio desnudo. Y echado boca arriba encima de la mesa de trabajo de Rowan. Pero Rowan estaba completamente vestido, sentado delante de él, y mirándola enojado como el infierno. Sí, ella había caminado sin duda en algo privado.

Le tomó un instante para observar las agujas aplanadas, la pequeña tina con forma de caldero, de pigmento oscuro, el trapo empapado con tinta y la sangre, y el seguimiento de un tatuaje que serpentea desde pectoral izquierdo del desconocido por las costillas y el derecho hasta el hueso de la cadera.

—Sal—, dijo Rowan rotundamente, bajando la aguja. Gavriel levantó la cabeza, las velas brillantes muestran los ojos rojizos vidriosos por el dolor, y no necesariamente de las marcas siendo grabadas sobre su corazón y la caja torácica. Las palabras en la Antigua Lengua, al igual que de Rowan. Ya había muchas, la mayoría de ellos de edad e interrumpido por varias cicatrices.

— ¿Quieres el guiso?— preguntó ella, sin dejar de mirar el tatuaje, la sangre, la pequeña olla de hierro de la tinta, y la forma en que Rowan parecía lo más a gusto con las herramientas en sus manos como lo hizo con sus armas. ¿Había hecho su propio tatuaje?

—Déjalo—, dijo, y ella lo sabía, sólo sabía, que iba a morder su cabeza más tarde. La escolarización de sus características en la neutralidad, puso la bandeja sobre la cama y se dirigió de nuevo a la puerta.

—Perdón por la interrupción. — Lo que los tatuajes eran, sin embargo, sabía que sí, que ella no tenía derecho a estar aquí. El dolor en los ojos del extraño le dijo a ella lo suficiente. Ella lo había visto en su propio reflejo un montón. La atención de Gavriel se lanzó entre ella y Rowan, sus fosas nasales encendidas, él estaba oliéndola.

Fue sin duda el momento de largarme. —Lo siento, — dijo ella de nuevo, y cerró la puerta detrás de ella. Ella dio dos pasos por el pasillo antes de que tuviese que parar y apoyarse en la pared de piedra, frotando su cara. Idiota. Idiota que importa lo que hice fuera de entrenamiento, a pensar que podría considerar compartir información personal con ella, incluso si sólo era que él se retiraba a su habitación temprano. Dolía, sin embargo, más de lo que ella quería admitir.

Ella estaba a punto de arrastrarse hasta su habitación cuando la puerta se abrió por



el pasillo y Rowan salió furioso, prácticamente brillando con ira. Pero sólo ver la lividez escrita toda sobre él tenía ella ya estaba montada sobre su imprudencia, aquel borde estúpido otra vez, ya que aferrarse a la ira era más fácil de lo que abarca la oscuridad silenciosa que quería tirar de ella hacia abajo, abajo, abajo. Antes de que pudiera comenzar a gritar, ella preguntó: — ¿No lo haces por dinero?

Un destello de dientes. —Uno, no es asunto tuyo. Y dos, nunca caería tan bajo. — La mirada que le dio le dijo exactamente lo que pensaba de *su* profesión.

—Sabes, quizá sería mejor si me abofetearas en su lugar.

—¿En lugar de qué?

—En vez de recordarme una y otra vez con tanto celo lo inútil y horrible y cobarde que soy. Créeme, puedo hacer el trabajo lo suficientemente bien por mi cuenta. Así que sólo golpéame, porque estoy malditamente cubierta de intercambiar insultos. ¿Y sabes qué? No te molestaste a decirme que estaría disponible. Si hubieras dicho algo, nunca habría venido. Siento que lo hice. Pero simplemente me dejaste abajo.

Decir esas últimas palabras hicieron que un fuerte sentimiento de pánico se levantara rápidamente en ella, un dolor intenso cerrando su garganta. —Me dejaste—, repitió. Tal vez fue sólo de terror ciego en el abismo de abrir de nuevo a su alrededor, pero ella susurró, —No tengo a nadie. Nadie.

No se había dado cuenta de lo mucho que significaba él, de lo mucho que lo necesitaba para no ser verdad, hasta ahora. Sus rasgos permanecieron impasibles, volviendo cruel, incluso, cuando él dijo, —No hay nada que yo te pueda dar. Nada de lo que quiera darte. No le debo una explicación a lo que hago fuera de entrenamiento. No me importa lo que ha sufrido o lo que quieres hacer con tu vida. Cuanto antes se pueda resolver su lloriqueo y la auto-compasión, antes podré librarme de ti. No eres nada para mí, y no me importa.

Hubo un débil zumbido en sus oídos que se convirtió en un rugido. Y debajo, una repentina ola de entumecimiento, carecen de un familiar vista o sonido o sensación. Ella no sabía por qué sucedió, porque ella había estado así tan profundo en odiarlo, pero... habría sido agradable, se supone. Hubiera sido bueno tener una persona que sabía la verdad absoluta acerca de ella y no la odiaba por ello.

Hubiera sido muy, muy agradable. Ella se alejó sin decir más. Con cada paso que daba vuelta a su habitación, esa luz parpadeante dentro de ella se pronunció.

Y salió.





Capítulo 34

*Traducido por Tay
Corregido por Melody*

Celaena no recordaba haber caído rendida en la cama, las botas aun puestas. Ella no recordaba sus sueños, o los calambres del hambre y la sed cuando se despertó, y apenas podía contestarle a alguien mientras bajaba fatigosamente a la cocina y se ponía a ayudar con el desayuno. Todo se mezcló en colores oscuros y susurros de sonidos. Pero ella estaba quieta.

El desayuno pasó, y cuando terminó, en la quietud de la cocina, los sonidos se transformaron en voces. Un susurro, Malakai. Una risa, Emrys.

—Mira— dijo Emrys acercándose hacia donde Celaena estaba de pie mirando el terreno. —Mira lo que Malakai me compró.

Ella captó el destello dorado antes de darse cuenta que Emrys sostenía un nuevo cuchillo. Era una broma. Los Dioses tienen que estar jugando. O ellos de verdad, de verdad la odiaban.

La empuñadura estaba incrustada con flores de loto, con una onda de lapislázuli que terminaba en el final de la daga pareciendo un pequeño río. Emrys estaba sonriendo, sus ojos brillando. Pero ese cuchillo, el dorado pulido y brillante...

—Lo obtuve de un comerciante del sur del continente—, Dijo Malakai desde la mesa, su tono satisfactorio fue suficiente para convencerla de que estaba radiando de alegría. —Vino directo desde Eyllwe.

El aturdimiento desapareció.

Desapareció con un violento chasquido que le sorprendió que los demás no escucharan.

Y fue reemplazado por un grito, eufórico y agudo, tan fuerte como una tetera, tan fuerte como el viento de una tormenta, tan fuerte como el sonido que la criada dio la mañana que entró en la habitación de los padres de Celaena y vio a la niña tumbada junto a sus cadáveres.

Era tan fuerte que le costó escucharse decir: —No me interesa—. Ella no podía escuchar nada aparte del violento grito, así que alzó su voz, estaba respirando rápido, muy rápido, cuando repitió: — No. Me. Interesa.

Silencio. Luego Luca dijo cautelosamente través de la sala. —Elentiya, no seas grosera.

Elentiya. Elentiya. *El espíritu no puede romperse.*

Mentiras, mentiras, *mentiras*. Nehemia había mentido sobre todo. Sobre su estúpido nombre, sobre sus planes, sobre *cada maldita cosa*. Y ella se había ido. Todo lo que Celaena tenía como recuerdo de ella eran armas similares a las que la princesa había utilizado con mucho orgullo. Nehemia se había ido, y no dejó nada atrás.

Temblando tan fuerte ella pensó que podría llegar a desmayarse, se volvió. —No me interesas— Ella le bufó a Emrys y Malakai y Luca. —No me interesa tu cuchillo. No me interesan tus historias o tu pequeño reino— Ella le dio a Emrys una mirada fría. Luca y Malakai estaban al otro lado de la estancia en un segundo, parándose en frente de un hombre viejo, lista para tumbarle los dientes. Bien. Deberían sentirse amenazados. —Así que déjenme sola. Mantengan sus malditas vidas interesantes para ustedes mismos y *déjenme sola*.

Ella estaba gritando ahora, pero no podía dejar de escuchar el grito, no podía centrar su ira en nada, no podía decir qué lado estaba arriba o abajo, solo que Nehemia había mentido sobre todo, y su amiga una vez había hecho un juramento que rompió, tal como había roto el corazón de Celaena el día que se dejó morir.

Vio las lágrimas en los ojos de Emrys. Tristeza o lástima o ira, no le importó. Luca y Malakai estaban de pie entre los dos gruñendo suavemente. Una familia, ellos eran una familia y estaban juntos. Ellos podrían apartarla si es que hería a alguno.

Celaena soltó una lenta y cansada risa mientras avanzaba por el medio de los tres. Emrys abrió la boca para decir lo que sea que creyó que podría ayudar.

Pero Celaena dejó salir otra risa de muerte y caminó hacia la puerta.



Después de toda una noche de tatuar los nombres de los caídos en la piel de Gavriel y



escuchar al guerrero hablar sobre los hombres que había perdido, Rowan lo envió por su camino, se dirigió a la cocina. La encontró vacía y segura para el anciano, que se sentó en la mesa de trabajo vacía, sus manos alrededor de un tazón. Emrys lo miró, sus ojos brillantes y... doloridos.

La chica no estaba en ningún lado, y por el latido de su corazón, él esperó que lo hubiera dejado otra vez, así no tendría que afrontar lo que había dicho ayer. La puerta que daba hacia afuera estaba abierta, como si alguien la hubiera empujado con fuerza. Probablemente, ella se fue por ahí.

Rowan dio un paso en esa dirección, se despidió con un gesto de cabeza, pero el anciano lo miró de arriba abajo y tranquilamente dijo: — ¿Qué le estás haciendo?

— ¿Qué?

Emrys no alzó su voz para decir —A esa chica. ¿Qué le estás haciendo para que llegue con ese vacío en sus ojos?

—Eso no te concierne.

Los labios de Emrys se transformaron en una línea. — ¿Qué es lo que ves cuando la miras, Príncipe?

No lo sabía, últimamente no sabía ni una maldita cosa. —Eso tampoco te concierne—

Emrys pasó una mano por su cara curtida —La veo alejarse pedazo por pedazo, porque tú la deprimas cuando ella desesperadamente necesita que la apoyen.

—No veo por qué yo serviría de algo...

— ¿Sabías que Evalin Ashryver era mi amiga? Ella pasó casi un año trabajando en esta cocina, viviendo aquí con nosotros, peleando para convencer a tu reina de que un semi-hada tenía un lugar en su reino. Ella peleó por nuestros derechos hasta el día en el que asesinó este reino, y muchos años después cuando fue asesinada por esos monstruos a través del océano. Así que yo sabía. Sabía que era su hija en el momento en el que la trajiste a esta cocina. Todos los que estuvimos 25 años atrás la reconocimos por lo que es.

No era muy frecuente que Rowan estuviera sorprendido...pero se quedó observando.

—Ella no tiene esperanza, Príncipe. No le queda nada de esperanza en su corazón, ayúdala. Si no es por ella entonces por lo que representa, lo que nos puede ofrecer y a ti también.

— ¿Y que sería eso?— Preguntó atrevido.

Emrys lo miró con determinación mientras susurraba, —Un mundo mejor.



Celaena caminó y caminó hasta que se encontró a sí misma en la costa de un lago marcada por unos árboles, llamativo y brillante a la luz del medio día. Se dio cuenta de que era un buen sitio y se desplomó sobre la orilla musgosa mientras se envolvía fuerte con los brazos y se encorvaba sobre sus rodillas.

No había nada que ella pudiera hacer para sentirse mejor. Y ella estaba.... ella estaba...

Un ruido parecido a un gemido salió de ella, sus labios temblando tan fuerte que tuvo que cerrarlos con fuerza para dejar el sonido dentro.

Pero el sonido estaba en su garganta, en sus pulmones y en su boca y cuando cobró el aliento, se quebró. Una vez que lo escuchó, todo el mundo comenzó a desmoronarse, hasta que arrastró a su cuerpo junto con él.

Sintió vagamente la luz desplazándose por el lago. Vagamente sintió el suspiro del viento, tibio como una pincelada contra sus húmedas mejillas. Y escuchó, tan suave como si estuviera soñando, la voz de una mujer susurrando. *¿Por qué lloras Fireheart?*

Han pasado diez años, diez largos años desde que había escuchado la voz de su madre. Pero la escuchó sobre el ruido de su llanto, tan claro como si estuviera arrodillada a su lado. *Fireheart, ¿Por qué lloras?*

—Porque estoy perdida—, le susurró a la tierra. —Y no conozco el camino.

Eso era lo que nunca le pudo decir a Nehemia, que por diez años, había estado insegura de cómo encontrar el camino a casa, porque ya no había ninguna.

Vientos de tormenta y hielo chocaron contra su piel antes de que se diera cuenta de que Rowan estaba sentado a su lado, piernas estiradas y sus palmas apoyadas detrás de él. Celaena levantó su cabeza pero no se molestó en limpiar su cara hasta que vio su reflejo en el lago.

— ¿Quieres hablar sobre esto?— preguntó él.

—No— tragando un par de veces, sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió la nariz, su cabeza aclarándose con cada respiración.

Se quedaron en silencio, ningún otro sonido aparte del chapoteo del lago en la orilla musgosa y el viento en las hojas. Después... —Bien. Porque iremos.

Bastardo. Lo llamó dentro de su cabeza. — *¿Ir a dónde?*

Le dio una sonrisa forzada. —Creo que he comenzado a entenderte, Aelin Galathynius.



—Por los malditos aros ardientes del infierno—, Jadeó Celaena mirando fijamente la



boca de una cueva que estaba en medio de escarpadas montañas, — ¿Qué estamos haciendo aquí?

Había sido un largo camino de 5 millas. En subida. Con prácticamente nada en su estómago.

Enredaderas pegadas a los costados de las rocas grises fluían desde la pendiente hacia abajo, hasta llegar a una cima cubierta de líquen que se transformaba en una capa anti-nieve que marcaba una barrera entre Wendlyn y Doranelle más allá. Por alguna razón, esta roca gigante hizo que los pelos de su cuello se erizaran. Y no tenía nada que ver con la briza congelada.

Rowan dio un paso largo hacia dentro de la cueva, su capa gris pálida alborotándose detrás de él. —Apresúrate.

Poniéndose su propia capa, apretada, lo siguió. Esta era una mala señal, una horrible señal, la verdad, porque lo que sea que está en esa cueva...

Celaena caminó a través de la oscuridad siguiendo a Rowan por la luz de su cabello, dejando a sus ojos acostumbrarse a la penumbra. El suelo estaba rocoso, las piedras eran pequeñas y desgastadas. Estaba lleno de armaduras, armas y ropas tiradas y desparramadas. No había esqueletos. Dios, hacía tanto frío que podía ver su aliento...

—Dime que estoy alucinando.

Rowan había parado en el borde de un gran lago congelado, justo en medio de la total oscuridad. Sentado sobre una manta en el medio del lago, con las cadenas alrededor de sus muñecas sujetas debajo del hielo, estaba Luca.

Las cadenas de Luca rechinaron cuando levantó una mano para saludarlos. —Pensé que no vendrían, me estoy congelando— dijo y puso sus manos debajo de sus brazos, el sonido retumbó por el lugar.

La gruesa lámina de hielo era tan transparente que ella podía ver el agua debajo, junto con un montón de rocas en el fondo, lo que parecía ser raíces de antiguos árboles y ni un solo rastro de vida. Había una ocasional espada, daga o lanza en medio de las rocas. — ¿Qué es este lugar?

—Ve a buscarlo— fue la respuesta de Rowan

— ¿Estás loco?

Rowan le dio una sonrisa que decía que estaba, de hecho, demente. Ella se dirigió hacia el hielo pero él bloqueó su camino con un brazo musculoso. —En tu otra forma.

La cabeza de Luca estaba torcida, como si intentara escuchar. —Él no sabe lo que soy— susurró Celaena.

—Has estado viviendo en una fortaleza de semi-hadas. No le importará.



En cualquier caso, esa era la última de sus preocupaciones — ¿Cómo te atreves a arrastrarlo a esto?

—Tú lo arrastraste cuando lo insultaste, y a Emrys. Lo mínimo que puedes hacer es rescatarlo—. Dejó escapar aire a través del lago y la orilla comenzó a descongelarse, después más fuerte. Santo Dios. Él había congelado todo el maldito lago. ¿Era *tan* poderoso?

— ¡Espero que hayas traído comida!— dijo Luca. —Me muero de hambre, apresúrate Elentiya, Rowan dijo que tienes que hacer esto como parte de tu entrenamiento y...— Siguió parlotando

— ¿Cuál es el maldito punto de esto?, ¿Castigarme por haberme comportado como una idiota?.

—Tú puedes controlar tu poder en tu forma humana, manteniéndolo oculto. Pero en el momento en el que tú cambias, en el momento en el que te agitas, te enojas o te asustas, el momento en que recuerdas cuanto te asusta tu propio poder, tu magia se alza para protegerte. No entiende que *tú* eres la fuente de esos sentimientos, no un trato exterior. Cuando *hay* un trato exterior, cuando dejas de temer a tu poder por un tiempo, tienes control. O *algo* de control— Él apuntó de nuevo a la lámina de hielo entre ella y Luca. —Así que libéralo.

Si ella perdía el control, si dejaba salir a su fuego interno...bueno, fuego y agua no se llevaban muy bien ¿o no? — ¿Qué pasara con Luca si fallo?

—Se pondrá muy frío y muy mojado. También es posible que muera. — Por la sonrisa en su cara, se dio cuenta de que era lo bastante sádico como para dejar que el chico se fuera al fondo con ella.

— ¿Eran las cadenas realmente necesarias?, se irá directo al fondo— Un estúpido disparo de pánico estaba empezando a llenar sus venas.

Cuando preguntó sobre la llave para liberar a Luca, Rowan negó con la cabeza. —El control es tu llave. Concéntrate. Cruza el lago y busca la manera de liberarlo sin que se ahoguen los dos.

— ¡No me des lecciones como si fueras un maestro místico sin sentido! Esta es la cosa *más* estúpida que nunca he...

— ¡Apúrate!— dijo Rowan con una sonrisa lobuna, y el hielo crujió. Como si se estuviera rompiendo. Una pequeña voz en su interior le dijo que él no dejaría que el chico se ahogara, no podía confiar en él, no después de la última noche.

Dio un paso hacia el hielo. —Eres un *bastardo*—. Cuando Luca este sano y salvo en casa va a comenzar a buscar maneras de hacerle la vida imposible a Rowan. Ella empujó su dolor hacia dentro, apenas notando sus cambios físicos.

— ¡Estaba esperando verte en tu forma de hada!— dijo Luca. —Todos estábamos ha-



ciendo apuestas cuando...—Y siguió y siguió.

Ella miró con el ceño fruncido a Rowan, ahora su tatuaje estaba más detallado con su visión de hada. —Me conforta el saber que hay un lugar especial para personas como tú en el infierno.

—Dime algo que no sepa.

Ella le dio un gesto particularmente vulgar y dio un paso sobre el hielo.

Mientras avanzaba con pasos vacilantes, pequeños al principio, podía ver el fondo del lago inclinándose en la oscuridad, tragándose el bulto de armas perdidas. Luca por fin cerró la boca.

Solo cuando dio un paso pasada la repisa rocosa y se inclinó hacia la oscura profundidad su respiración comenzó a entrecortarse. Deslizó su pie y el hielo crujió.

Crujió y se quebró, una telaraña de hielo apareció debajo de su pie. Celaena se congeló, boquiabierta como una tonta mientras el crujido crecía y crecía, luego, dejó de moverse, había otra grieta debajo de sus botas. ¿A caso el hielo se movió? —*Detente*— le siseó a Rowan, pero no se atrevió a mirar atrás.

Su magia despertó, y se quedó petrificada. *No*

Pero ahí estaba, llenando todos los espacios dentro de ella.

El hielo emitió un crujido que solo podía significar que algo frío y húmedo se avecinaba, ella dio otro paso, solo porque el camino de vuelta podría quebrarse. Ahora estaba sudando, la magia, el fuego estaba calentándola desde dentro.

— ¿Elentiya?— preguntó Luca y ella levantó una mano hacia él, un gesto de silencio para que cerrara su estúpida boca mientras cerraba sus ojos y *respiraba*, imaginando el frío aire que los rodeaba llenando sus pulmones, congelando todo su poder. Magia, era magia. En Adarlan era una trampa de muerte. Convirtió sus manos en puños. Aquí *no había ninguna* trampa mortal. En esta tierra, ella podía utilizar la forma que quisiera.

El hielo dejó de crujir, pero se había vuelto borroso y fino alrededor de ella. Comenzó a arrastrar sus pies, manteniéndose tan balanceada y fluida como pudo tarareando una melodía, un pedazo de una sinfonía que solía calmarla. Ella dejó que el ritmo la tranquilizara y la anclara en el borde del pánico.

La magia comenzó a hervir lentamente hasta convertirse en ardientes brasas, pulsando con cada respiración. *Estoy a salvo*, se dijo a sí misma. Relativamente a salvo. Si Rowan tenía razón, y solo era una reacción para protegerla de algún enemigo...

El fuego era la razón por la que la habían expulsado de la Biblioteca de Orynth cuando tenía ocho años, después de accidentalmente incinerar una estantería de manuscritos antiguos porque se irritó con la lectura de su profesor. Había sido hermoso y horriblemente liberador despertarse un día, no muchos meses después darse cuenta de que la magia



se había ido. Que ella podía tomar un libro, lo que adoraba más en esta tierra, y no preocuparse por que se convirtiera en cenizas si es que se aburría, cansaba o emocionaba.

Celaena Sardothien, la gloriosa mortal Celaena, nunca tuvo que preocuparse por si quemaba vivo a un compañero, o si tenía una pesadilla por la cual terminaría quemando toda su habitación. O quemar toda Orynth hasta los cimientos. Celaena había pasado por todo, Aelin no. Ella había aceptado esa vida, incluso cuando sus logros fueran la muerte, la tortura y el dolor.

— ¿Elentiya?— ella se había quedado pegada mirando el hielo, su magia titiló otra vez.

Quemar una ciudad hasta los cimientos. Eso es lo que escuchó del emisario de Melisande que susurraba junto a sus padres y su tío. A ella le habían dicho que él venía para formar una alianza, pero más tarde se enteró de que venía a sacar información de *ella*. Melisande tenía una reina joven en su trono, y ella quería evaluar el reto de que Celaena alguna vez iba a ser heredera de Terrasen.

Quería saber si Celaena Sardothien iba a ser un arma de guerra.

Salió neblina del hielo junto con un *crack* que se propagó por el aire. La magia estaba presionando para salir de ella, mostrando sus dientes en cada respiración que ella tomaba.

— *Tú* tienes el control ahora—, dijo Rowan desde la orilla. —Tú eres su *dueña*.

Ya estaba a medio camino. Dio un paso más cerca de Luca y el hielo crujió más aún.

Sus cadenas chillaron, ¿Impaciencia o miedo?

Ella nunca había estado en control, incluso como Celaena el control había sido una ilusión. Otros maestros habían podido contenerla.

—Tú eres la guardiana de tu propio destino— dijo Rowan tranquilamente desde la orilla, como si supiera exactamente lo que estaba pasando por su cabeza.

Ella tarareó un poco más, la música encontró el camino hacia su memoria. Y de alguna manera... de alguna manera su llama interior se calmó. Celaena dio un paso hacia delante, y luego otro. El poder ardiente en sus venas no la iba a abandonar jamás, era capaz de herir a alguien si no lo domaba.

Celaena miró a Rowan por sobre su hombro, que estaba ahora dando zancadas alrededor de la orilla, examinando algunas de las espadas caídas. Había un indicio de triunfo en sus ojos normalmente vacíos, pero se dio la vuelta y se acercó a una pequeña grieta en la pared de la cueva, buscando algo allí dentro. Ella siguió caminando, el abismo molido profundizándose. Ella había adiestrado su cuerpo mortal como el de una asesina. Adiestrar sus poderes inmortales era otra cosa.

Luca tenía los ojos como plato cuando Celaena se acercó por fin hacia él. —Ya no tienes nada que esconder ¿Sabes?, todos sabíamos que podías transformarte, de todas



maneras— dijo —Y si te hace sentir mejor, la forma animal de Sten es un cerdo. Él no se transforma por que le da vergüenza.

Estuvo a punto de reírse, de hecho, sintió su interior ladrando para dejar salir un sonido que estuvo escondido por meses, pero luego recordó las cadenas en sus muñecas. La magia se había calmado, pero ahora... podía derretirlos, ¿O, podría derretir el hielo alrededor de ellos y dejar que arrastra las cadenas hacia la orilla? Si fuera a por el hielo, fácilmente los enviaría al fondo de este lago, y si fuera a por las cadenas... también los enviaría al fondo y de pasada podría perder el control y quemar a Luca. Lo mejor sería hacer hervir las esposas. Lo peor sería calcinar sus huesos. Es mejor que arriesgar al hielo.

—Erm—, dijo Luca, —Te perdono por cada cosa horrible que dijiste antes si es que podemos ir a comer algo ahora. Huele horrible aquí—. Sus sentidos tenían que ser más agudos que los de ella, la cueva solo tenía pocas marcas de óxido, moho y otras cosas en sus paredes.

—Solo quédate quieto y deja de hablar— dijo ella, siendo más fría de lo que pretendía. Pero él cerró su boca mientras Celaena se acercaba a donde Rowan había congelado las cadenas. Siendo lo más cuidadosa que pudo, se arrodilló y distribuyó su peso. Deslizó una mano por el hielo mientras observaba la ruta de las cadenas que se ondulaban en el agua.

Ondulaban, debe de haber una corriente. Lo que significa que Rowan tenía que estar constantemente juntando el hielo... el frío pedazo debajo de su palma, ella miró a Luca antes de volverse a mirar la orilla. Si el hielo se rompía tendría que agarrarlo. Rowan estaba fuera de su maldita mente.

Tomó varias y largas respiraciones, dejando a la magia calmarse y fluir. Después su mano presionada contra el hielo, dejó que una pequeña parte de su abrasadora magia saliera. Bajó desde su brazo, serpenteó alrededor de su muñeca y luego se estableció en su palma, su piel calentándose, el hielo... *destellando* con un brillo rojo. Luca aulló cuando pedazos del hielo volaron hacia ellos.

—*Control*—, ladró Rowan desde la orilla, liberando una espada en malas condiciones que había sacado de la fisura de la pared, su dorada empuñadura brillando. Celaena se concentró en la magia tanto que era sofocante. Pero no era suficiente como para liberar la cadena.

Ella podía manejar esto. Ella podía manejarse a sí misma otra vez. Los conductos de su magia se llenaron pero la presionó hacia adentro, concentrándose solo para que un poco de magia deshaga el hielo, excavando como un gusano destruyendo el frío... Había un ruido metálico, un siseo y luego... — ¡Oh! Gracias a los Dioses—, se quejó Luca arrastrando la larga cadena fuera del agujero. Ella guardó su hilo de poder dentro de sí misma, en esa ruta, que estaba repentinamente fría.

—Por favor dime que trajiste comida— Dijo Luca otra vez.



— ¿Por eso viniste?, ¿Rowan te prometió comida?

—Soy un chico en crecimiento—, Hizo una mueca de dolor cuando miró a Rowan. —Y no puedes decirle que no a él.

No, de hecho, nadie podía decirle que no a él, y esa es probablemente la razón por la cual Rowan podía armar cosas como estas, y eran aceptadas. Celaena suspiró y miró el pequeño agujero que había hecho. Una hazaña, un milagro. Cuando se iba a levantar para ayudar a Luca a volver a la orilla, le dio otra ojeada al hielo. No, no al hielo, al agua debajo.

Había un gigantesco ojo rojo mirando hacia ella.





Capítulo 35

*Traducido por Noemi
Corregido por Constanza*

Las cuatro siguientes palabras que salieron de la boca de Celaena fueron tan vulgares que disgustaron a Luca. Pero Celaena no se movió cuando una línea enorme, irregular y blanca brilló desconcertadamente lejos desde ese ojo rojo.

—Quítate del hielo *ahora* —le dijo en voz baja a Luca.

Porque esa línea irregular y blanca, aquello eran dientes. Grandes, dientes arrancados-de-brazos-en-un-mordico. Y flotaban desde las profundidades, hacia el agujero que ella había hecho. Por eso no había ningún esqueleto, solo las armas que habían fallado por los tontos que entraron en la cueva.

—Dioses sagrados —dijo Luca, mirando detenidamente detrás de ella. — ¿Qué es eso?

—Cállate y vamos —siseó ella. En la orilla, los ojos de Rowan estaban amplios, su cara crispada por debajo de su tatuaje. No se había dado cuenta de que este lago no estaba desierto.

—Ahora, Luca —refunfuñó Rowan, su espada fuera, el filo con que había golpeado la tierra todavía envainado en su otra mano.

Nadaba hacia ellos, lentamente. Curioso. Cuando se acercó, podía distinguir un cuerpo que serpenteaba tan tenue como las piedras en el fondo del lago. Nunca había visto nada tan enorme, tan antiguo, y había solo una fina capa de hielo que la separaba de él.

Cuando Luca comenzó a temblar, su piel bronceada se volvió pálida, Celaena se levanta-

tó, el hielo resquebrajándose.

—No mires hacia abajo—dijo ella, agarrando su codo. Un trozo de hielo más grueso se endureció bajo sus pies y se extendió, un camino hacia la orilla. — *Vamos* —le dijo al chico, dándole un empujón ligero. Él comenzó rápidamente a arrastrarse. Le dejó delante, dándole tiempo para que ella pudiera protegerle la espalda, y echar un vistazo hacia abajo otra vez.

Oyó su grito amplio, su enorme cabeza observándola. No era un simple dragón o un dragón heráldico, ni una serpiente o un pez, pero si algo parecido. Le faltaba un ojo, la carne cicatrizada alrededor de la cuenca vacía. ¿Quién demonios había hecho esto? ¿Había algo peor allí abajo, nadando en el vientre de la montaña? Por supuesto, ella había abandonado sus armas en el centro del lago quedando desarmada.

—*Rápido*—vociferó Rowan. Luca estaba en la mitad hacia la orilla.

Celaena forzó el mismo deslizamiento que Luca, no confiando en sí misma para permanecer erguida si corría. Cuando dio su tercer paso, un destello blanco como un hueso atravesó las profundidades, retorciéndose como una víbora asombrosa.

La cola larga azotó contra el hielo y el mundo *tembló*.

Ella se levantó, sus piernas doblándose cuando el hielo se movió de golpe, y entonces se apoyó sobre sus manos y rodillas. Celaena lanzó la magia que surgió para proteger, quemar y mutilar. Se retorció y giró a un lado justo cuando la cabeza escamosa y con cuernos se precipitó violentamente hacia el hielo cerca de su pie.

La superficie se sacudió. Más lejos, pero cada vez más cerca, el hielo se rompía. Como si toda la concentración de Rowan ahora se enfocara en un estrecho puente de hielo congelado entre ella y la orilla.

—Arma—jadeó, no atreviéndose a ser el centro de atención de la criatura.

—*Date prisa* —vociferó Rowan, y Celaena levantó su cabeza lo suficientemente alto para verle deslizándose la espada que encontró en el hielo, un viento fresco la empujó hacia ella. Luca abandonó la capa, corriendo, y Celaena recogió la dorada empuñadura de la espada cuando le siguió. Un rubí del tamaño de un huevo de cocina estaba incrustado en la empuñadura, y a pesar de la edad de la vaina, la espada brilló cuando ella la batió libremente, como si estuviera recién pulida. Algo hizo un estruendo desde la vaina hacia el hielo, un anillo sencillo y dorado. Lo agarró, metiéndolo en su bolsillo, y corrió más rápido, cuando...

El hielo se alzó otra vez, el *boom* de la enorme cola tan horrible como el movimiento de la superficie por debajo de ella. Celaena se mantuvo de pie en ese momento, permaneciendo sobre sus caderas cuando agarró la espada, parte de ella asombrándose del equilibrio y la belleza de ella, pero Luca, resbalándose y deslizándose, se cayó. Le alcanzó en un instante, le levantó por detrás de su túnica y le agarró fuertemente ya que el hielo volvía a resquebrajarse una vez y otra y otra vez.



Ellos se soltaron, y casi gimió por el alivio de ver la piedra blanca bajo sus pies. El hielo explotó detrás de ellos, agua helada mojándolos, y entonces...

Ella no se paró cuando aquellas fosas nasales resoplaron. No dejó de arrastrar a Luca hacia Rowan, cuya frente brilló con el sudor cuando unas garras enormes rasparon el hielo, formando cuatro líneas profundas.

Ella arrastró al chico los últimos diez metros, luego cinco, entonces llegaron a la orilla con Rowan, quien se estremeció. Celaena se giró justo en el momento para ver algo salido de una pesadilla intentando arrastrarse sobre el hielo, su ojo rojo loco de hambre, sus enormes dientes prometiendo una brutal y fría manera de muerte. Cuando el suspiro de Rowan terminó de sonar, el hielo se derritió, y la criatura se sumergió.

Atrás en tierra firme, de repente consciente de que el hielo había sido una barrera, Celaena agarró otra vez a Luca, quien parecía estar a punto de vomitar, y echaron a correr hacia la cueva. No había nada que impidiera a la criatura salir del agua, y la espada era casi tan útil como un palillo contra ella. ¿Quién sabía a qué velocidad podría moverse en tierra?

Luca cantaba unos rezos ininterrumpidos a varios dioses cuando Celaena tiró de él al rocoso camino y bajo el sol deslumbrante de la tarde, tropezando ciegamente hasta que ellos golpearon los tenebrosos bosques, esquivando árboles la mayoría por suerte, cada vez más rápido cuesta abajo, y entonces...

Un rugido sacudió las piedras e hizo que las aves se dispersaran en el aire, las hojas crujendo. Pero era un rugido de furia y hambre, no de triunfo. Como si la criatura hubiera alcanzado el borde de la cueva y, después de años en el agua líquida, no pudiera resistir la luz del sol. Ella no quiso considerar que, mientras siguieran corriendo con el rugido resonando, que pasaría si hubiera sido de noche. Lo que todavía podía pasar en el anochecer.

Después de un rato, ella sintió a Rowan detrás de ellos. Todavía preocupándose solo por el joven a su cargo, quien jadeó y blasfemó todo el camino de regreso a la fortaleza.



Cuando Mistward estuvo a la vista, ella le dijo a Luca solo una cosa antes de que le dejara solo: mantén tu boca cerrada sobre lo que pasó en la cueva. En el momento en el que los sonidos de él se estrellaron a través de la maleza e iban perdiendo intensidad, ella regresó.

Rowan estaba de pie allí, jadeando también, su espada ahora envainada. Ella hundió su nuevo filo en la tierra, el rubí en la empuñadura brillaba a la luz del sol.

—Te *mataré*—gruñó ella. Y se lanzó hacia él.

Incluso en su forma de hada, él era todavía más rápido que ella, más fuerte, y la esqui-



vaba con una fluida facilidad. Chocarse contra los árboles era mejor que colisionar contra las paredes de piedra de la fortaleza, aunque no por mucho. Sus dientes chirriaron, pero ella se giró y embistió a Rowan de nuevo, ahora estando de pie tan cerca, sus dientes al descubierto. Él no pudo esquivarla cuando ella le agarró por la parte de delante de su chaqueta y le atrapó.

Ah, golpearle a él en la cara se sintió tan bien, incluso cuando sus nudillos crujieron y temblaron.

Él gruñó y la arrojó a la tierra. El aire salió fuertemente de su pecho, y la sangre salió de su nariz escupiendo desde su garganta. Antes de que él pudiera sentarse encima, ella consiguió poner sus piernas alrededor de él y empujó con cada gramo de su fuerza inmortal. Y justo cuando ocurrió eso, él se fijó, sus ojos se ampliaron con la furia y la sorpresa.

Le golpeó otra vez, sus nudillos doliendo en agonía.

—Si alguna vez metes a alguien más en esto —jadeó ella, golpeándolo en su tatuaje, en ese maldito tatuaje. — Si alguna vez pones en peligro a alguien más como lo hiciste hoy... —La sangre de su nariz salpicaba en su cara, mezclándose, ella notando un poco de satisfacción, con la sangre del golpe que él le había dado. — Te mataré — Otro golpe, de revés, y distraídamente ocurrió para ella que él todavía se lo devolvía. — Arrancaré tu desagradablemente garganta —mostró sus colmillos. — ¿Lo entiendes?

Él giró su cabeza a un lado para escupir sangre.

Su sangre palpitaba, tan fuerte que cada pequeño control había bloqueado el lugar destruido. Ella presionó contra ello, y la distracción le costó. Rowan se movió, y entonces estaba debajo de él otra vez. Ella había destrozado su cara, pero él no parecía preocupado cuando refunfuñó:

—Haré lo que quiera.

— ¡Tú no puedes meter a otras personas en esto! —gritó ella, tan alto que los pájaros dejaron de parlotear. Le golpeó, agarrando sus muñecas. — ¡A nadie más!

—Dime por qué, Aelin.

Ese maldito nombre... Clavó sus uñas en sus muñecas.

— ¡Porque estoy *harta* de eso! —Ella tomó aire, cada respiración estremeciéndola como un hecho horrible había estado manteniéndolo a raya desde la muerte de Nehe-mia. — La dije que no ayudaría, por tanto organizó su propia muerte. Porque ella pensó... —Se rio, un sonido horrible y violento. — Ella pensó que su muerte me impulsaría a la acción. Pensó que podría hacer algo más que ella, que ella era más digna muerta. Y mintió, *acerca de toso*. Me mintió porque yo era una cobarde, y la odio por ello. La odio por abandonarme.

Rowan todavía la sujetaba, su sangre caliente goteaba en su cara.



Ella lo había dicho. Había dicho las palabras que había estado ocultando durante semanas y semanas. La rabia se esfumó de sí como una ola que se aleja desde la orilla, y soltó sus muñecas.

—Por favor —jadeó ella, sin preocuparse de lo que rogaba, — por favor no involucres a nadie más en esto. Haré cualquier cosa que me pidas. Pero esta es mi línea. Lo que sea menos eso.

Sus ojos se alzaron cuando él finalmente dejó sus brazos. Ella miró fijamente la cubierta. No gritaría delante de él, no otra vez.

Él se retiró, el espacio entre ellos era ahora una cosa tangible.

— ¿Cómo murió?

Dejó que la humedad se filtrara por su espalda, refrescando sus huesos.

—Ella manipuló un conocimiento común con el pensamiento de que él necesitaba matarla puesto como una orden en su agenda. Él contrató un asesino, asegurándose de no estar alrededor, y fue asesinada.

Oh, Nehemia. Ella había hecho todo esto como una esperanza tonta, no dándose cuenta del desperdicio que era. Podría haberse aliado con el perfecto Galan Ashryver y salvar el mundo, encontrando un verdaderamente útil heredero para el trono.

— ¿Qué pasó con los dos hombres? —una pregunta fría.

—Al asesino lo perseguí y le dejé en trozos en un callejón. Y el hombre quien lo contrató... —Sangre en sus manos, en sus ropas, en su pelo, la mirada horrorizada de Chaol.
— Lo destripé y tiré su cuerpo en una alcantarilla.

Esas eran dos de las peores cosas que había hecho, por puro odio, venganza y rabia. Espero por el sermón. Pero Rowan solamente dijo:

—Bien.

Se sorprendió tanto cuando le miró, y vio lo que había hecho. No su cara magullada y sangrante, o su chaqueta y camisa desgarrada, ahora sucia. Sino donde ella había agarrado sus antebrazos, las ropas estaban quemadas, la piel de debajo cubierta de una herida roja e inflamada.

Huellas de sus manos. Ella había quemado directamente el tatuaje en su brazo izquierdo. Ahora a sus pies en ese momento, se preguntaba si debería ponerse de rodillas y empezar a pedir perdón.

Debía de doler como el infierno. Hasta ahora él lo había sobrellevado, la paliza, la quemadura, mientras ella dejaba salir aquellas palabras que habían nublado sus sentidos durante tantas semanas hasta ahora.—Yo... lo siento tanto—empezó, pero él levantó una mano.



—No te disculpes —dijo, — por defender a la gente que te importa.

Supuso que era mucho más que una disculpa que ella podría haber obtenido de él. Asintió, y lo tomó como una respuesta suficiente.

—Voy a guardar la espada —dijo ella, tomándola del suelo. Sería difícil, intentar encontrar a una mejor en cualquier parte del mundo.

—Tú no te la has ganado —él se calló, pero después añadió: — Pero considera esto como un favor. Déjala en tus habitaciones cuando estemos entrenando.

Habría discutido, pero también era un acuerdo. Se preguntó si él habría hecho algún acuerdo en algún momento del siglo pasado.

— ¿Y si esa cosa nos rastrea por la fortaleza una vez que caiga la noche?

—Aún si lo hace, no puede atravesar los pabellones —Cuando ella elevó sus cejas, él dijo: — Las piedras alrededor de la fortaleza tienen un hechizo para no dejar pasar a los enemigos. Incluso la magia rebota contra ello.

—Oh. —Bien, esto explicaba porque ellos lo habían llamado Mistward. Una tranquilidad, si bien no agradable, el silencio cayó entre ellos mientras caminaban. — Sabes — dijo ella astutamente, — que con esto ya son dos veces que tú hiciste mi entrenamiento un desastre con tus tareas. Estoy bastante segura que esto hace que seas el peor instructor que alguna vez he tenido.

Él le dio una mirada de reojo.

—Me sorprende que te tomara tanto tiempo llamar la atención con ello.

Ella resopló, y cuando llegaron a la fortaleza, las antorchas y velas estaban encendidas como si les estuvieran dando la bienvenida a casa.



—Nunca he visto una vista tan lamentable —siseó Emrys cuando Rowan y Celaena caminaron con cuidado por la cocina. — Sangre, suciedad y hojas cubriendo cada pulgada de vosotros.

De hecho, eran algo para contemplar, sus caras hinchadas y dañadas, cubiertas de sangre de cada uno, el pelo un desastre, y Celaena cojeando levemente. Los nudillos de dos de sus dedos estaban rotos, y su rodilla temblaba por una herida que no recordaba haberse hecho.

—No mejor que un par gatos callejeros, peleándose por horas durante el día y la noche —dijo Emrys, dejando de golpe dos botes de estofado sobre la mesa de trabajo. — Coman, ambos. Y luego limpiasen. Elentiya, no te ocupará de la cocina ni esta noche ni mañana —Celaena abrió su boca para objetar, pero el anciano levantó su mano. — No



quiero tu sangre en todo. Tú tendrás los problemas que mereces —Estremeciéndose, Celaena se desplomó al lado de Rowan en el banco, y notó brutalmente el dolor en su pierna, su cara, sus brazos. Notó el dolor en su culo al sentarse justo al lado de él. — Limpia tu boca, también, mientras estás en ello —soltó de golpe Emrys.

Luca se acurrucó al lado del fuego, con los ojos muy abiertos y haciendo un gesto perspicaz, cortante muestra a través de su cuello, como si estuviera advirtiendo a Celaena sobre algo. Incluso Malakai, sentado en el otro final de la mesa con dos guardias en posición, la miraban con sus cejas levantadas.

Rowan se encorvó sobre la mesa, removiendo su estofado. Echó un vistazo otra vez a Luca, quien frenéticamente dio unos toques a sus oídos.

Ella había no cambiado de vuelta a su forma humana. Y, bien, ahora habían notado todo, incluso la sangre, la suciedad y las hojas. Malakai la encontró mirando fijamente, y le desafió, solo le desafió al anciano a decir algo. Pero él se encogió de hombros y regresó a su comida. Por tanto realmente no era una sorpresa después de todo. Tomó un trozo de su estofado y tuvo que tragarse un gemido. ¿Eran sus sentidos de hada, o era más delicioso en la noche?

Emrys estaba mirando el fuego, y Celaena le dio una mirada desafiante, también. Le respondió a través del velo, doliendo cuando cambió a su forma mortal. Pero el anciano le trajo a ella y a Rowan una rebanada de pan y dijo:

—Me es indiferente si tus oídos están puntiagudos o redondos, o la forma de tus dientes. Pero —añadió, mirando a Rowan. — No puedo negar que me alegre verte esta vez con unos golpes.

La cabeza de Rowan se elevó desde su plato, y Emrys le señaló su cuchara.

— ¿No crees que habéis tenido suficientes golpes el uno del otro? —Malakai se puso tieso, pero Emrys continuó. — ¿De qué sirve lo conseguido, aparte de proveerme de una criada cuyo rostro asusta al ingenio de nuestros guardias? ¿Crees que alguno de nosotros quiere escuchar a dos maldiciendo y gritando cada tarde? El lenguaje que utilizas es suficiente para cuajar toda la leche en Wendlyn.

Rowan bajó su cabeza y murmuró algo en su estofado.

Por primera vez después de un largo, largo rato, Celaena sintió las esquinas de sus labios elevarse.

Y fue entonces cuando Celaena caminó hacia el anciano, y se inclinó sobre sus rodillas. Se disculpó, profundamente. A Emrys, a Luca, a Malakai. Se disculpó porque ellos se lo merecían. Ellos aceptaron, pero Emrys todavía la miraba con recelo. Herido, incluso. La vergüenza de lo que le había dicho a ese hombre, a todos ellos, aferrándose a ella durante un tiempo.

Aunque esto hizo que su estómago se contrajera y sus palmas sudaran, aunque ellos no dijeron nombres, no se sorprendió cuando Emrys le dijo que él y otro anciano hada



sabían quién era ella, y que su madre había trabajado para ayudarles. Pero se sorprendió cuando Rowan se situó en un punto del fregadero y ayudó a limpiar después de la cena.

Trabajaron en un silencio tranquilo. Todavía había verdades que ella no había confesado, manchas en su alma que no podía investigar o expresar. Pero tal vez, él no se alejaría si encontraba el coraje para decírselo.

En la mesa, Luca estaba sonriendo con placer. Solo viendo esa sonrisa, la prueba de que los acontecimientos de hoy no le habían marcado completamente, hizo que Celaena mirara a Emrys y dijera:—Hoy tuvimos una aventura.

Malakai dejó su cuchara y dijo:

—Déjame adivinar: tuvo algo que ver con ese rugido que emitió el ganado en el pandemonium.

Aunque Celaena no sonrió, sus ojos se encogieron.

—Qué sabes de una criatura que vive en el fondo del lago... —echó un vistazo a Rowan al acabar.

—Montaña sin vegetación. Y él no puede conocer esa historia —dijo Rowan. — Nadie lo sabe.

—Soy un Guardián de la Historia —dijo Emrys, apartando la mirada con toda la cólera de una de las figuritas de hierro de la repisa de la chimenea. — Y eso significa que los cuentos que recopiló no podrían venir de bocas de hadas o humanas, pero las escucho de ellos de todos modos —Se sentó en la mesa, juntando sus manos delante de él. — Escuche una historia, hace unos años, de un tonto que creía que podría cruzar las Montañas Cambrian y entrar en el reino de Maeve sin invitación. Estaba en su camino de regreso, apenas aferrándose a la vida gracias a los lobos salvajes de Maeve en los caminos, por tanto le trajimos aquí mientras que enviamos a buscar a los médicos.

Malakai murmuró:

—Así que por eso tú no le darías un momento de paz —Un brillo en aquellos ojos viejos, y Emrys le dio a su compañero una sonrisa irónica.

—Él tenía una infección temible, en ese momento pensé que podría haber sido un sueño a causa de la fiebre, pero me dijo que había encontrado una cueva en la base de la Montaña Bald. Acampó allí, porque llovía y hacía frío y planeó salir al amanecer. Aun así, sintió que algo le estaba observando desde el lago. Se quedó dormido, y solo se despertó porque las olas retumbaban contra la orilla, olas desde el centro del lago. Y justo más allá de la luz de su fuego, en lo profundo, divisó algo nadando. Más grande que un árbol o cualquier bestia que alguna vez hubiera visto.

—Oh, eso fue horrible —interrumpió Luca.

— ¡Dijiste que hoy saldrías con Bas y los otros exploradores a la patrulla de la frontera! — gritó Emrys, entonces dio a Rowan una mirada que sugería que lo mejor era que



probara su siguiente comida con veneno.

Emrys aclaró su garganta y contempló la mesa otra vez, perdido en sus pensamientos.

—Lo que el tonto aprendió esa noche fue esto: la criatura era casi tan vieja como la propia montaña. Afirmó haber nacido en otro mundo, pero había aparecido en este cuando los dioses miraban en otros lugares. Se había alimentado de hadas y humanos hasta que un poderoso guerrero hada lo había desafiado. Y antes de que el guerrero se fuera, dañó un ojo de la criatura, por rencor o por deporte, y maldijo a la bestia, de modo que mientras esa montaña estuviera de pie, la criatura se vería obligada a vivir bajo ella.

Un monstruo de otro mundo. ¿Había entrado durante las guerras de Valg, cuando los demonios habían abierto y cerrado los portales a otro mundo? ¿Cuántas de las horribles criaturas que moraron en esta tierra solo estaban aquí debido a las antiguas batallas de las llaves del Wyrð?

—Por tanto ha estado viviendo en el laberinto de cuevas submarinas bajo la montaña. No tiene nombre, olvidó como se llamaba hace mucho tiempo, y aquellos a quienes conoce no los devuelve a casa.

Celaena frotó sus manos, estremeciéndose cuando la herida de la piel de sus nudillos se estiró con el movimiento. Rowan miraba fijamente a Emrys, su cabeza se ladeó ligeramente hacia un lado. Rowan la miró, haciendo como si la escuchara, y preguntó:

— ¿Quién era el guerrero que hirió su ojo?

—El tonto no lo sabía, y tampoco la bestia. Pero la lengua que habló era hada una forma arcaica de la Vieja Lengua, casi indecifrible. Podía recordar el anillo de oro que él llevaba, pero no como se veía.

Tomó cada pizca de esfuerzo no meter la mano en su bolsillo y agarrar el anillo que había puesto ahí, o examinar la espada que había dejado en la puerta, y el rubí que podría no ser el rubí después de todo. Pero era imposible, demasiada coincidencia.

Podría haber dado una mirada urgente a Rowan quien no alcanzaba su vaso de agua. Lo escondió bien, y no creyó que nadie lo notara, pero cuando la manga de su chaqueta se movió, se estremeció, muy ligeramente. Las quemaduras que ella le había hecho. Se habían ampollado muy pronto, ahora deberían estar gritando en agonía.

Emrys dio al príncipe una mirada fija.

—No más aventuras.

Rowan echó un vistazo a Luca, que parecía explotar de la indignación.

—De acuerdo.

Emrys no se echó atrás.

—Y no más peleas.



Rowan encontró la mirada fija de Celaena sobre la mesa. Su expresión no cambió nada.

—Lo intentaremos.

Incluso Emrys considero eso como una respuesta aceptable.



A pesar del agotamiento que se cernía sobre ella como una pared, Celaena no podía dormir. Seguía pensando en la criatura, en la espada y en el anillo que había estado contemplando durante una hora sin obtener nada, y el control, no obstante inestable, que había logrado tener en el hielo. Aún seguía dando vueltas a lo que le había hecho a Rowan, como le había quemado gravemente.

Su tolerancia al dolor debía de ser enorme, pensaba cuando se enroscó en su cama, se acurrucó contra el frío de la habitación. Observó su bote de bálsamo. Él debería haber ido a un curador para aquellas quemaduras. Se movió y dio vueltas durante más de cinco minutos antes de que se deslizara en sus botas, cogiera el bote, y saliera. Probablemente volvería a dolerla la cabeza otra vez, pero no conseguiría conciliar el sueño si estaba tan ocupada sintiéndose culpable. Dioses, se sentía *culpable*.

Llamó suavemente a su puerta, esperando que no estuviera allí. Pero él respondió de inmediato:

— ¿Qué? —y ella se estremeció y entró.

Su habitación estaba caliente y cálida, un poco vieja y lamentable, sobre todo por las mantas abandonadas en la mayor parte del suelo de piedra gris. Una cama con cuatro columnas grandes ocupaba la mayor parte del espacio, una cama que todavía estaba hecha, y vacía. Rowan se sentó en la mesa de en frente de la chimenea esculpida, sin camiseta y examinando lo que esperaba ser un mapa marcado con la posiciones de aquellos cuerpos.

Sus ojos destellaron con molestia, pero ella le ignoró cuando estudió el enorme tatuaje que iba desde su cuello y hombros y cubría la totalidad de su brazo izquierdo, directamente a las yemas de sus dedos. Realmente no lo había visto ese día en los bosques, pero ahora se maravilló de su belleza, trazos intactos, salvo por las esposas, la quemadura alrededor de su muñeca. Ambas muñecas.

— ¿Qué quieres?

No había inspeccionado su cuerpo tan detenidamente antes, tampoco. Su pecho, bastante bronceado sugiriendo que había pasado una gran cantidad de tiempo sin camiseta, estaba esculpido con músculos y cubierto de cicatrices gruesas. De luchas o batallas o a saber qué. El cuerpo de un guerrero que él había tenido siglos para perfeccionar.

Ella movió el bálsamo hacia él.



—Creía que podrías querer esto.

Él lo agarró con una mano, pero sus ojos permanecieron fijos en ella.

—Me lo merecía.

—No significa que no me pueda sentir mal.

Él giró el bote repetidas veces entre sus dedos. Había una cicatriz particularmente larga y desagradable debajo de su pectoral derecho, ¿Dónde se la había hecho?

— ¿Esto es un soborno?

—Devuélvemelo, si vas a fastidiarme —Ella estiró su mano.

Pero él cerró sus dedos alrededor del bote, luego lo puso en la mesa. Dijo:

—Tú puedes curarte. Cúrame. Nada importante, pero tú tienes ese regalo.

Lo sabía. Su magia había curado a veces sus heridas sin ser consciente de ello.

—Es la gota de la afinidad acuática que heredé del linaje de Mab —El fuego había sido el regalo de la línea de sangre de su padre. — Mi madre —las palabras la hacían sentir enferma, pero las dijo por alguna razón, — me dijo que la gota del agua en mi sangre era mi salvación, y el sentido del instinto de conservación —Un asentimiento por parte de él, y ella confesó: — Quise aprender a usarla como los otros curadores, hace mucho tiempo, quiero decir. Pero nunca se me permitió. Dijeron... bien, no sería del todo útil, ya que no poseía la mayor parte de ello, y las reinas no se convertían en curadores —Debería de parar de hablar.

Por la razón que sea, su estómago se contrajo cuando él dijo:

—Vete a la cama. Ya que mañana te encargas de la cocina, entrenaremos al amanecer —Bien, seguramente merecía el rechazo después de haberle quemado de esa forma. Por tanto se dio la vuelta, y tal vez se veía tan patética como se sentía, porque de repente dijo: — Espera. Cierra la puerta.

Le obedeció. Él no le dio su permiso para sentarse, así que se apoyó sobre la puerta de madera y esperó. Él se mantuvo de espaldas a ella, y observó sus músculos impactantes ampliarse y contraerse cuando respiró hondo. Entonces otra vez. Y luego...

—Cuando mi compañera murió, me tomó mucho, mucho tiempo volver.

Ella se tomó un momento para pensar que decir.

— ¿Cuánto tiempo?

—Doscientos tres años, hace veintisiete días —Señaló el tatuaje en su cara, cuello, brazos. — Esto cuenta la historia de cómo pasó. Llevaré la lástima hasta mi último aliento.

El guerrero que había venido el otro día tenía sus ojos huecos...



—Otros vienen a ti para tener su propia pena y dolor tatuados en ellos.

—Gavriel perdió a tres de sus soldados en una emboscada en las montañas del sur. Se mataron brutalmente. Él sobrevivió. Mientras fue un guerrero, se tatuó los nombres de aquellos que bajo su orden han caído. Pero donde la culpa está tiene poco que ver las marcas.

— ¿Te culpas?

Lentamente, él se dio la vuelta, no completamente del todo, pero lo suficiente para mirarla de reojo.

—Sí. Cuando era joven, era... violento en mis esfuerzos para ganar valor para mí mismo y mi línea de sangre. Dondequiera que Maeve me enviaba a campañas, iba. A lo largo del camino, me uní con una mujer de nuestra raza. Lyria —dijo, con respeto— vendía flores en el mercado de Doranelle. Maeve lo desaprobaba, pero... cuando conoces a tu compañera, no hay nada que puedas hacer para cambiarlo. Era mía, y nadie podía decirme lo contrario. Uniéndome a ella a costa de la aceptación de Maeve, y todavía anhelaba gravemente demostrármelo a mí mismo. Así pues, cuando la guerra llegó y Maeve me ofreció una posibilidad para redimirme, la tomé. Lyria me suplicó que no fuera. Pero era tan arrogante, tan desencaminado, que la abandoné en nuestra casa de la montaña y me marché a la guerra. La dejé sola —dijo una y otra vez mirando a Celaena.

Me dejaste, le había dicho ella a él. Esto fue cuando él estaba roto, las heridas de hace unos siglos resurgiendo hasta tragarle tan cruelmente como su propio pasado la consumió.

—Me fui durante meses, ganando toda esa gloria que tan tontamente busqué. Y luego conseguimos el mensaje de que nuestros enemigos habían estado tratando en secreto de conseguir la entrada a Doranelle a través de los caminos de la montaña —Su estómago se contrajo. Rowan pasó su mano a través de su pelo, que cubría su cara. — Volé a casa. Tan rápido como nunca antes. Cuando llegué allí, encontré esto... encontré que ella tuvo un niño. Y ellos la habían matado, y habían quemado nuestra casa.

—Cuando tú pierdes a tu compañera, tú no... —Un movimiento de su cabeza. — Perdí todo el sentido de mí, del tiempo y el lugar. Los perseguí, a todos los que la hirieron. Me tomó mucho tiempo matarlos. Estaba embarazada, había estado embarazada desde que la abandoné. Pero había estado tan enamorado de mis tontas órdenes que no me había percatado de ella. Dejé a mi compañera embarazada sola.

Su voz se rompió, pero ella logró decir:

— ¿Qué hiciste después de matarlos?

Su cara se tensó y sus ojos se concentraron en algún lugar remoto.

—Durante diez años, no hice nada. Desaparecí. Me volví loco. Más allá de la locura. No sentía nada en absoluto. Yo solo... me abandoné. Vagué por el mundo, en todas mis formas, apenas notando las estaciones, comiendo solo cuando mi halcón me decía que



necesitaba alimentarse o moriría. No me hubiera *importado* morir, excepto que yo... no podía ocuparme de mí mismo... —Se calmó y aclaró su garganta. — Me podría haber quedado así para siempre, pero Maeve me encontró. Dijo que había sido suficiente tiempo para estar de luto, y que la debía servir como príncipe y comandante, trabajando con un puñado de otros guerreros para proteger el reino. Era la primera vez que había hablado con alguien desde ese día que encontré a Lyria. La primera vez que había escuchado mi nombre, o lo había recordado.

— ¿Por tanto te fuiste con ella?

—No tenía nada. Ni a nadie. En ese punto, esperé que sirviéndola pudiera acabar muriendo, y entonces podría volver a ver a Lyria otra vez. Así pues cuando regresé a Doranelle, escribí la historia de mi venganza en mi piel. Y luego me uní a Maeve con un juramento de sangre, y la he servido desde entonces.

— ¿Cómo... cómo te curaste de esa clase de pérdida?

—No lo hice. Durante mucho tiempo no podía. Creo que todavía... no miró hacia atrás. Nunca podría.

Ella asintió, apretando los labios, y echó un vistazo hacia la ventana.

—Pero tal vez —dijo él, lo suficiente silencioso para que ella lo mirara otra vez. No sonrió, pero sus ojos parecían curiosos, — tal vez nosotros podríamos encontrar la manera de mirar atrás juntos.

Él no pediría perdón por el hoy, o por el ayer, o por ninguno de ellos. Y ella no le preguntaría, no ahora que entendía que en las semanas que le había estado mirando había parecido como una mirada de reflexión. No la extrañaba haberle aborrecido.

—Pienso —dijo, apenas un susurro, — que me gustaría muchísimo.

Él sostuvo su mano.

—Juntos, entonces.

Ella observó sus cicatrices, su palma encallecida, entonces su cara reflejaba, una clase de severa esperanza. Alguien quien podría, podría entender cómo se mutilaba tu corazón, alguien quien todavía escalaba pulgada a pulgada ese abismo.

Quizás nunca saldrían de ello, quizás nunca volverían a recuperarse, pero...

—Juntos —dijo ella, y tomó su mano extendida.

Y en algún sitio lejos y profundo dentro de ella, un ascua comenzó a brillar.



HEREDERA DE FUEGO

A large, stylized graphic of a flame in white, set against a solid orange background. The flame is composed of several flowing, teardrop-like shapes that merge together, creating a sense of movement and heat. It occupies the right side of the image, extending from the top to the bottom.

*SEGUNDA
PARTE*



Capítulo 36

*Traducido por Maaf
Corregido por Rubiturquesa*

— ¿Están listas las cosas para tu reunión esta noche con el Capitán Westfall? — Aedion pudo haber jurado que Ren Allsbrook se erizó al decir el nombre entre dientes.

Sentado junto al joven lord en la cornisa del tejado del departamento del almacén, Aedion consideró el tono de Ren, y decidió que no era desafío suficiente para justificar una bofetada verbal, y asintió mientras regresaba a limpiar sus uñas con uno de sus cuchillos de combate.

Ren había estado recuperándose por varios días ya, después de que el Capitán lo hubiera sorprendido en el salón de invitados del departamento. El anciano se había rehusado a tomar el dormitorio principal, diciendo que prefería el sofá, pero Aedion se preguntaba que exactamente había observado Murtaugh cuando arribó al departamento. Si sospechaba quién era el dueño, Celaena o Aelin o ambas, no reveló nada.

Aedion no había visto a Ren desde la tienda de opio, y no sabía verdaderamente porque se había molestado en venir esta noche. Él dijo, —Te las has arreglado para construirte una red de maleantes aquí. Eso dista mucho de las altas torres del castillo de Allsbrook.

La mandíbula de Ren se apretó. —Tú igual estás bastante lejos de las blancas torres de Orynth. Todos lo estamos. — Una brisa revolvió el enmarañado pelo de Ren. —Gracias. Por ayudar esa noche.

—No fue nada, —dijo Aedion fríamente, lanzando una sonrisa perezosa.

—Mataste por mí, y después me escondiste. Eso es algo. Te debo.

Aedion estaba bastante acostumbrado a aceptar las gracias de otros hombres, de sus hombres, pero esto... —Debiste haberme dicho, — dijo, dejando caer la sonrisa mientras veía las luces doradas titilar a través de la ciudad, —que tú y tu abuelo no tenían hogar.- O dinero. Con razón las ropas de Ren estaban tan raídas. La vergüenza que Aedion había sentido esa noche casi lo había abrumado, y lo había perseguido por estos últimos días, afinando su temperamento a un borde casi letal. Había tratado trabajar con los guardias del castillo para olvidarlo, pero luchar con los hombres que protegían al rey solo lo había afilado.

—No veo cómo eso sea relevante para nada, — dijo Ren tenso. Aedion podía entender el orgullo. La clase del de Ren iba profundo, y admitir esta vulnerabilidad era tan difícil para él como aceptar su agradecimiento para Aedion. Ren dijo, —Si hayas la manera de romper el hechizo en la magia, ¿Lo harás, cierto?

—Sí, puede marcar la diferencia en cualquiera de las batallas que se avecinan.

—No hizo diferencia hace diez años. — La cara de Ren era un máscara de hielo, y entonces Aedion recordó. Ren difícilmente tenía una gota de magia. Pero las dos hermanas mayores de Ren... Las niñas habían estado lejos en su escuela de las montañas cuando todo se volvió un infierno. Una escuela de magia.

Como si leyera sus pensamientos, como si fuera una demanda de la ciudad debajo, Ren dijo, —Cuando los soldados nos arrastraron a las cuadras destrozadas, eso era de lo que se burlaban de mis padres. Porque incluso con su magia, la escuela de mis hermanas estaba indefensa no podían hacer nada contra diez mil soldados.

—Lo lamento, —dijo Aedion. Eso era todo lo que podía ofrecer por el momento, hasta que Aelin regresara.

Ren lo miro de frente. —Volver a Terrasen será... difícil. Para mí, y para mi abuelo. — Parecía luchar con las palabras, o con la idea de decirle a alguien cualquier cosa, pero Aedion le dio el tiempo que necesitaba. Al final Ren dijo, —No estoy seguro de ser lo suficientemente civilizado ahora. No sé si... si puedo ser un Lord, incluso. Si mi gente pudiera *quererme* como un Lord. Mi abuelo es más apto, pero es un Allsbrook por matrimonio y dice no querer mandar.

Ah. Aedion se encontró a sí mismo detenido, contemplando. La palabra equivocada, la reacción equivocada, podría hacer que Ren se callara para siempre. No debería importar, pero lo hacía. Así que dijo, —Mi vida ha sido guerra y muerte por los últimos diez años. Probablemente será guerra y muerte por los próximos también. Pero si hay algún día en el que encontremos la paz... —Dioses, esa palabra, esa bella palabra. —Será una extraña transición para todos nosotros. Por lo que sea que valga, no veo como la gente de Allsbrook no recibirían a un Lord que paso años tratando de romper la ley de Adarlan o un Lord que paso años en pobreza por ese sueño.

—He...hecho cosas, — dijo Ren. —Cosas malas. — Aedion lo había sospechado desde el momento en que Ren les dio la dirección de la tienda de Opio.



—Como todos, — dijo Aedion. *Como Aelin*. Quería decirlo, pero aun no quería a Ren o a Murtaugh o a cualquiera sabiendo una maldita cosa de ella. Era su historia que contar.

Aedion sabía que la conversación se iba a poner fea cuando Ren se tensó y pregunto muy bajo, — ¿Qué piensas hacer acerca del Capitán Westfall?

—Justo ahora, el Capitán Westfall es útil para mí, y es útil para nuestra reina.

—Así que apenas termine su vida útil...

—Lo decidiré cuando el momento llegue, si es seguro dejarlo vivir. — Ren abrió la boca, pero Aedion agregó, —Esta es la manera en que tiene que ser. La forma en que opero — Incluso si ha ayudado a salvar la vida de Ren y dado un lugar para quedarse.

—Me pregunto qué pensará nuestra reina de la manera en la que haces las cosas.

Aedion le lanzó una mirada que había mandado hombres corriendo. Pero él sabía que Ren no le tenía un miedo particular, no con lo que había visto y padecido. No después de que Aedion hubiera matado por él.

Aedion dijo, —Si ella es inteligente, entonces me dejara hacer lo que se necesite. Ella me usará como el arma que soy.

— ¿Y si ella desea ser tu amiga? ¿Le negarías eso también?

—No le negaré nada.

— ¿Y si te pregunta que seas su rey?

Aedion mostró los dientes. —Suficiente.

— ¿Quieres ser rey?

Aedion lanzo sus piernas sobre el techo y se puso de pie. —Todo lo que quiero, — gruñó, —es que mi gente sea libre y mi reina restaurada en su trono.

—Ellos quemaron el trono de astas, Aedion. No hay un trono para ella.

—Entonces construiré uno yo mismo de los huesos de nuestros enemigos.

Ren hizo una mueca mientras se paraba también, sus heridas sin lugar a dudas lo molestaban, y mantuvo su distancia. Podría no tener miedo, pero no era estúpido. —Responde la pregunta. ¿Quieres ser rey?

—Si ella me lo pregunta, no la rechazaría. — Era la verdad.

—Esa no es una respuesta.

Él sabía porque Ren había preguntado. Incluso Aedion estaba consciente de que *podía* ser rey con su legión y lazos con los Ashrveyers, él sería un partido ventajoso. Un rey guerrero pondría a los enemigos a pensar dos veces. Incluso antes de que su reino se cayera, él había escuchado los rumores...



—Mi único deseo, — dijo Aedion, gruñendo en la cara de Ren, —es verla de nuevo. Solo una vez, si es que los Dioses me lo permiten. Si me conceden más tiempo que eso, entonces les agradeceré cada maldito día de mi vida. Pero por ahora, todo por lo que trabajo es para verla, para saber con certeza que ella es real que ella sobrevivió. El resto no te concierne.

Sintió los ojos de Ren sobre él mientras se desvanecía por la puerta hacia el departamento de abajo.



La taberna llena de soldados que estaban haciendo la rotación camino a Adarlan, el calor y la peste de cuerpos haciendo que Chaol deseara que Aedion hubiera hecho esto solo. No había manera de ocultarlo que él y Aedion eran *amigos de bebida*, mientras el general gritaba a todos que escucharan al mismo tiempo que los soldados vitoreaban.

—Mejor esconderlo justo debajo de las narices de todos que pretender, ¿no? — Aedion murmuró a Chaol mientras otra bebida gratis era aporreada en su manchada, empapada mesa, cortesía de un soldado que había reverenciado, *reverenciaba actualmente*, a Aedion.

—Para el Lobo, — dijo el soldado de piel bronceada y con cicatrices, antes de regresar a su mesa repleta de sus camaradas.

Aedion saludo al hombre con la jarra, ganándose vítores en respuesta, y no había nada fingido en su fiera sonrisa. No le tomo tiempo a Aedion encontrar a los soldados que Murtaugh pensaba que debían interrogar a los soldados que habían estado estacionados en uno de los puntos que sospechaban era el origen del hechizo. Mientras Aedion estaba buscando al grupo correcto de hombres, Chaol se tomaba el tiempo para sus propias obligaciones que ahora incluían considerar a un candidato para reemplazarlo y empacar para su regreso a Anielle. Había ido a Rifthold el día de hoy, con la excusa de encontrar una compañía para mandar por barco su primera carga de posesiones, una tarea que ya había completado. No quería pensar en que haría su madre cuando la carga de libros llegara a la Guarda.

Chaol no se molestó en parecer cómodo mientras decía, —Solo apúrate.

Aedion se paró, blandiendo su jarra. Como si todo el mundo lo hubiera estado observando, se quedaron en silencio.

—Soldados, — dijo, fuerte y bajo al mismo tiempo, grave y reverente. Giro en su mismo lugar, jarra aun en mano. —Por su sangre, por sus cicatrices, por cada abolladura en su escudo y cada mella en su espada, por cada amigo y enemigo muerto delante de ustedes... — La jarra se alzó más alto, y Aedion inclino la cabeza, cabello dorado brillando en la luz. —Por lo que han dado, y que aun les falta dar, los saludo.

Por un latido, mientras el salón tronaba en gritos y voces, Chaol se asombró de lo que



realmente hacia a Aedion una amenaza, lo que lo hacía un Dios para estos hombres, y por qué el Rey toleraba su insolencia, con anillo o sin anillo.

Aedion no era un noble en un castillo, tomando vino. Él era metal y sudor, sentado en esta sucia taberna, tomando su ginebra. Si es real o no, ellos creían que le importaban, que los escuchaba. Ellos se enorgullecían cuando el recordaba sus nombres, los nombres de sus esposas y hermanas, y dormían seguros de que él los veía como hermanos. Aedion se aseguraba de que ellos creyeran que él pelearía y moriría por ellos. De esa manera ellos pelearían y morirían por él.

Y Chaol tenía miedo, pero no por él mismo.

Tenía miedo de lo que vendría cuando Aedion y Aelin se reunieran. Porque él había visto en ella esa misma chispa que hacía que la miraran y escucharan. La había visto acechar en una reunión del consejo con la cabeza del concejal Mullison y una sonrisa al Rey de Adarlan, cada hombre en esa habitación cautivado y petrificado por el tornado negro de su espíritu. Los dos junto, ambos letales, trabajando para construir un ejército, para encender a su gente... Él tenía miedo de lo que podrían hacerle a este reino.

Porque este era aún su reino. Él trabajaba para Dorian, no para Aelin, no para Aedion. Y él no sabía donde quedaba con todo esto.



— ¡Un concurso! — Aedion grito, de pie en la banca. Chaol no se había movido durante la larga, larga hora que Aedion había sido saludado y celebrado por la mitad de los hombres en la habitación, cada uno con su turno para ponerse de pie y decir su historia al general.

Cuando Aedion tuvo suficiente de ser homenajeado por su propio enemigo, sus ojos de Ashryver brillando en un desenfreno que Chaol sabía que era precisamente porque los odiaba a todos y cada uno de ellos y que estaban comiendo de la palma de su mano como conejos, el general rugió para el concurso.

Hubo unas cuantas sugerencias de juegos de bebida, pero Aedion alzo su jarra y cayo el silencio. —Él que haya viajado más lejos bebe gratis.

Hubo gritos de Banjali, Orynth, Melisande, Anielle, Endovier, pero entonces... — ¡Silencio, todos ustedes! —Un soldado viejo y de cabello cano se puso de pie. —Yo les gano a todos. — Levanto su vaso al general, y sacó un pergamino de su chaleco. Soltó los papeles. —Acabo de pasar cinco años en Noll.

Justo en el blanco. Aedion golpeó el sitio vacío en la mesa. —Entonces tú tomas con nosotros, mi amigo. — El salón estalló en vítores de nuevo.

Noll. Un pequeño punto en el mapa en el borde más alejado de la Península Desértica.

El hombre se sentó, y antes de que Aedion pudiera alzar un dedo al cantinero, una jarra



fresca estaba delante del extraño. —Noll, ¿no? — dijo Aedion.

—Comandante Jensen, de la vigésima cuarta legión, señor.

— ¿Cuántos hombres tenías bajo tu mando, comandante?

—Dos mil hombres todos nosotros enviados de regreso aquí el mes pasado.—Jensen tomo un largo trago. —Cinco años, y acabados así como así. — Chasqueó sus delgados dedos llenos de cicatrices.

— ¿Supongo que Su Majestad no les dio aviso?

—Con todo el respeto, general... no nos dijo ni una mierda. Me dijeron que debíamos desalojar porque nuevas tropas estaban en camino, y ya no éramos necesarios.

Chaol mantuvo la boca cerrada, escuchando, como Aedion le había dicho que hiciera.

— ¿Por qué? ¿Los está mandando a unirse a otra legión?

—No han dicho nada. Ni siquiera nos dijeron quién tomaba nuestro lugar.

Aedion sonrió. —Al menos ya no están en Noll.

Jensen clavó la vista en su bebida, pero no antes de que Chaol viera la sombra en los ojos del hombre.

— ¿Cómo fue? Fuera de registro, por supuesto. —Dijo Aedion.

La sonrisa de Jensen se desvaneció, y cuando alzó la vista, no había luz en sus ojos. —Los volcanes están activos, así que siempre está oscuro, verá usted, porque la ceniza lo cubre todo. Y por culpa de los gases, siempre tuvimos dolores de cabeza, algunas veces los hombres se volvían locos por ellos. Algunas veces tuvimos hemorragias nasales por ellos también. Recibíamos nuestra comida una vez al mes, ocasionalmente menos que eso dependiendo de la temporada y cuando los barcos podían traer recursos. Los lugareños no harían el viaje a través de las arenas, no importa lo mucho que amenazáramos o sobornáramos.

— ¿Por qué? ¿Fatiga?

—Noll no es mucho, solo la torre y el pueblo que construimos alrededor de ella. Pero los volcanes eran sagrados, y diez años atrás, puede que un poco antes, aparentemente nosotros... no mis hombres, porque yo no estaba ahí, pero los rumores dicen que el Rey llevo una legión a esos volcanes y saqueó el templo. — Jensen sacudió su cabeza. —Los lugareños escupen sobre nosotros, incluso los hombres que no estuvimos ahí, por eso. La torre de Noll fue construida después de eso, y luego la maldijeron también. Por lo que siempre hemos sido solo nosotros.

— ¿Una torre? — Chaol dijo bajo, y Aedion frunció el ceño.

Jensen tragó profundamente. —No es que nos permitieran entrar a ella.



—Los hombres que se volvieron locos, — Aedion dijo, media sonrisa en su rostro. — ¿Qué hicieron exactamente?

Las sombras regresaron y Jensen miró a su alrededor, no para ver quién estaba escuchando, sino como si quisiera encontrar una manera para salir de esa conversación. Pero después miró al general y dijo, —Nuestros reportes dicen, general, que los matamos con flechas en la garganta. Rápido y limpio. Pero...

Aedion se inclinó sobre la mesa. —Ni una palabra deja esta mesa.

Un asentimiento vago. —La verdad fue, que para el momento que tuvimos nuestros arqueros listos, los hombres que se volvieron locos ya habían golpeado sus propios cráneos. Cada vez, como si no pudieran sacar el dolor.

Celaena afirmaba que Kaltain y Roland se habían quejado de dolores de cabeza. Como resultado de la magia del Rey usada en ellos, su horrible poder. Y ella le había dicho que había tenido un dolor de cabeza palpitante cuando descubrió esos calabozos secretos debajo del castillo. Calabozos que llevaban...

—A la torre ¿Nunca les dieron acceso? — Chaol ignoró la mirada de advertencia de Aedion.

—No había puerta. Siempre pareció una decoración más que nada. Pero yo la odiaba todos lo hacíamos. Era solo esa horrible piedra negra.

Justamente como la torre del reloj en el castillo de cristal. Construida alrededor del mismo tiempo, sino unos pocos años antes. — ¿Por qué molestarse? — dijo Aedion, arrastrando las palabras. —Desperdicio de recursos, si me preguntas.

Aún había tantas sombras en los ojos del hombre, llenos de historias que Chaol no se atrevía a preguntar. El comandante vació su vaso y se paró. —No sé por qué se molestaron con Noll, o Amarothe. Algunas veces mandamos hombres arriba y abajo del Mar Poniente con mensajes entre las torres, así que sabemos que tienen un similar. Ni sabíamos qué demonios hacíamos allá afuera, de todas formas. No había nadie para pelear.

Amaroth, el otro puesto de avanzada, y el otro posible punto de origen del hechizo según Murtaugh. Hacia el norte desde Noll. Ambas a la misma distancia de Rifthold. Tres torres de piedra negra, los tres puntos haciendo un triángulo equilátero. Tenía que ser parte del hechizo entonces.

Chaol recorrió el borde de su copa. Había jurado dejar a Dorian fuera de eso, dejarlo en paz...

No tenía manera de probar ninguna teoría, y no quería estar ni a unos diez pies de esa torre del reloj. Pero quizá la teoría podía ser probada a una escala más pequeña. Solo para ver si tenían razón acerca de lo que el rey había hecho. Lo que significaba que...

Necesitaba a Dorian.





Capítulo 37

*Traducido por Noemi
Corregido por Melody*

Fueron dos semanas de entrenamiento para Manon y sus Trece. Dos semanas de despertarse antes de que el sol saliera para valor a través del cañón, para dominarlo como una sola unidad. Dos semanas de arañazos y torcedura de extremidades, cerca de la muerte desde las cataratas o las peleas de los dragones o un estúpido error de cálculo.

Pero lentamente, desarrollaron sus instintos, no sólo como una unidad de combate, sino como jinetes individuales y monturas. A Manon no le gustaba la manera en que las monturas comían la carne repugnante dentro de la montaña, dos veces al día cazaban a las cabras montesas, abalanzándose para atraparlas en las laderas. No fue mucho antes de que las brujas empezaran a comer cabras, construyeron fuegos apresurados en los pasos de montaña para cocinar sus desayunos y cenas. Manon no quería que ninguno de ellos, monturas o jinetes, tomaran otro bocado de la comida que les dieron a ellos los hombres del Rey, o probaran los hombres ellos mismos. Si olía o sabía extraño, lo probable era que algo estaba mal.

Ella no sabía si era la carne fresca o las clases extra, pero Las Trece estaba empezando a dejar atrás cada aquelarre. Hasta el punto que Manon ordenara a Las Trece que se contuviera siempre que Yellowlegs se reunía para mirar sus clases.

Abraxos seguía siendo un problema. Ella no se había atrevido a tomar el Cruce con él, ya que sus alas, ligeramente más fuertes, aunque no mejores por mucho, al menos no lo suficientes para soportar la caída absoluta a través del estrecho paso. Manon lo había estado dando vueltas cada noche cuando Las Trece se juntó en su habitación para comparar notas sobre el vuelo, sus uñas de hierro destellaron cuando ellos usaron sus manos para mostrar las formas que habían enseñado a sus dragones ladearse, despegar, hacer alguna maniobra elaborada.

Con toda la emoción, estaban agotadas. Incluso las Bluebloods de cabeza altiva tenía sus ánimos en correas apretadas, y Manon había sido llamada una docena de veces para

parar las peleas.

Manon utilizó su tiempo libre para ver a Abraxos, para verificar sus garras de hierro y sus dientes, para llevarlo afuera a paseos cuando todo el mundo se había desmayado en sus camas. Él necesitaba todo el entrenamiento que pudiera conseguir, y a ella le gustaba el silencio y la quietud de la noche, con los picos de montaña plateados y el río de estrellas encima, aún si esto hacía que levantarse al día siguiente fuera difícil.

Después de desafiar la ira de su abuela, Manon consiguió dos días fuera para las Blackbeaks, convenciéndola que si no descansaban, habría una guerra total en el centro de la sala y el Rey no dejaría una montura aérea para montar sus dragones heráldicos en la batalla.

Consiguieron dos días para dormir y comer, y ver cualquier necesidad que pudieran proporcionar a los hombres a través de la montaña. Eso fue algo que estaba haciendo un buen número de las Trece, como ella había visto a Vesta, Lin, Asterin y las gemelas demonios caminando a través del puente.

Manon no dormía ni hoy ni mañana. No comía. O tenía ropa de cama de hombres.

No, ella sacaba a Abraxos al exterior.

Él ya estaba ensillado, y Manon se aseguró que las alforjas fueran firmemente atada a su espalda mientras ella lo montaba. Las alforjas eran un peso inesperado detrás de ella, y ella pensó en empezar a entrenar a Las Trece y al resto de los aquelarres con ellos. Si iban a ser un ejército, entonces llevarían sus provisiones, como hacían la mayoría de los soldados. Y el entrenamiento con pesas les haría más rápidos cuando llegara el momento de volar sin ellos.

— ¿Estás seguro de que no puedo convencerte de no ir? — dijo el capataz cuando ella se detuvo en la puerta trasera. — Conoces las historias mejor que yo, esto no ocurrirá sin un precio.

— Sus alas son débiles, y hasta ahora todo lo que hemos intentado para reforzarlas ha fallado, — dijo. — Tal vez sea el único material que podría vendar sus alas y soportar los vientos. Como no veo ningún mercado cercano, supongo que tendré que ir directamente a la fuente.

El capataz miró con el ceño fruncido hacia el cielo gris. — Mal día para volar, se acerca una tormenta.

— Es el único día que tengo. — Incluso cuando lo dijo, ella deseaba montar con Las Trece en el cielo cuando la tormenta golpeara, para entrenarlas en eso.

— Ten cuidado, y piensa detenidamente cualquier trato que te ofrezcan.

— Si quisiera un consejo, lo pediría, mortal, — dijo, pero él tenía razón.

De todos modos, Manon condujo a Abraxos a través de las puertas y a su lugar de des-



pegue habitual. Tenían un largo camino que volar hoy y mañana, un largo camino hasta el final de las montañas.

Encontrar a las Arañas de Seda. Y las arañas legendarias Stygian, grandes como caballos y más mortales que el veneno, que tejían.



La tormenta golpeó cuando Manon y Abraxos rodearon el peñasco más al oeste de las montañas. A través de la lluvia helada azotando su cara y empapándola a través de sus capas de ropas, ella pudo ver que la niebla baja se cernía sobre las montañas, cubriendo la mayor parte de gris ceniza al laberinto dentado de abajo.

Con los vientos crecientes y un rayo golpeando alrededor de ellos, Manon dirigió a Abraxos hacia el único trozo de tierra que podía ver. Esperaría hasta que la tormenta pasara, y entonces ellos podrían surcar los cielos y explorar la zona hasta que encontraran a las arañas. O al menos pistas sobre su paradero, sobre todo en la forma de los huesos, suponía.

Pero la tormenta continuó, y aunque ella y Abraxos se apretujaron en un lado de un pequeño acantilado, no hacía nada para protegerlos. Habría preferido la nieve que esta lluvia glacial, la cual traía tanto viento que no podía encender un fuego.

La noche cayó rápidamente gracias a la tormenta, y Manon tuvo que poner sus dientes de hierro lejos para impedir hablar a través de su labio. La capucha era inútil, empapada y goteaba en sus ojos, e incluso Abraxos se había cobijado tan apretado como una bola tanto como pudo contra la tormenta.

Estúpida, horrible idea. Ella sacó una pata de cabra de una bolsa del sillín y se la tiró a Abraxos, quien se desenrolló el suficiente tiempo para zampársela, y luego fue enseguida hacia atrás para protegerse de la tormenta. Ella maldijo por lo bajo palabras tontas cuando se ahogó con su propia comida, pan mojado y una manzana helada, luego cortó un poco de queso.

Merecía la pena. Para asegurar la victoria de Las Trece, para ser el Líder de Vuelo, una noche en una tormenta no era nada. Lo había pasado peor, atrapada en pasos montañosos nevados con menos capas de ropa, sin salida, y sin comida. Había sobrevivido a tormentas de las cuales algunas brujas no habían despertado a la mañana siguiente. Pero aun así habría preferido la nieve.

Manon estudió el laberinto de rocas alrededor de ellos. Podía sentir los ojos afuera, observando. Pero nada se acercó, no se atrevió. Así que después de un rato, se acurrucó en su lado, como Abraxos, su cabeza y pecho hacia la cara del acantilado, y escondió sus brazos a través de ella, manteniéndolas apretadas.

Afortunadamente, dejó de llover por la noche, o al menos el ángulo de viento cambió dejando de golpear sobre ellos. Durmió mejor después de esto, pero todavía temblaba



de frío, aunque se sintiera un poco más caliente. Aquellos pequeños indicios de calor y sequedad eran probablemente lo que la impidió temblar hasta la muerte o ponerse peor, se dio cuenta de cuando se quedó dormida, cuando despertó a la luz gris del alba.

Cuando abrió sus ojos, estaba en la oscuridad, pero seca y caliente, gracias a las enormes alas que la protegían de los elementos y el calor del aliento de Abraxos que llenaba el espacio como un pequeño horno. Él todavía dormitaba, en un profundo, intenso sueño.

Ella tuvo que quitar los cristales de hielo de su ala extendida antes de que se despertara.



La tormenta se había despejado y los cielos eran de un azul indómito, bastante claros que solo ellos necesitaban rodear el Oeste para ver aflorar las montañas una vez que Manon se diera cuenta de lo que había estado buscando. No solo huesos, árboles cubiertos de telarañas grises polvorientas como viudas de luto.

No eran telarañas de arañas de seda, vio como Abraxos descendía lentamente, deslizando sobre los árboles. Éstas eran solo telarañas corrientes.

Se podía llamar una montaña de bosque entera cubierta de telarañas corrientes. Abraxos gruñó cada vez más a menudo por lo bajo, sombras o susurros que ella no podía ver. Pero realmente notó el avance lento en las ramas, arañas de diferentes formas y tamaños, como si ellas se hubieran convocado aquí para vivir bajo la protección de sus enormes hermanos.

Les tomó la mitad de la mañana encontrar las cuevas de la montaña de ceniza que se cernía encima del bosque encubierto, donde los huesos sin protección se amontonaban en el suelo. Dio vueltas unas veces, entonces dejó a Abraxos abajo en un afloramiento de roca en una de las entradas de la cueva, la cara del acantilado detrás de ellos una caída escarpada hacia un seco barranco.

Abraxos se paseaba nerviosamente como un gato de montaña, azotando la cola en el camino y observando la cueva.

Ella señaló el borde del acantilado. — Suficiente. Siéntate y deja de moverte. Sabes por qué estamos aquí. Así que no lo arruines.

Él jadeó y se sentó, arrojando polvo grisáceo en el aire. Cubrió su cola larga a lo largo del borde del acantilado, una barrera física entre Manon y la caída. Manon le miró fijamente hasta que apartó la mirada por un momento antes de que una risa femenina y como de otro mundo saliera de la entrada de la cueva. — Ahora que la bestia es una de nosotros no la habíamos visto por un tiempo.

Manon mantuvo su cara en blanco. La luz era demasiado brillante para revelar varios antiguos y crueles ojos que aparecieron dentro de la boca de la cueva, y tres enormes



sombras que estaban al acecho atrás. La voz dijo, más cerca ahora, unas pinzas chasquearon como un tamborileo, — Ha sido un tiempo desde que tratamos con Ironteeth.

Manon no se atrevió a tocar la silla de montar cuando ella dijo, — El mundo cambia, hermana.

— Hermana, — murmuró la araña. — Supongo que somos hermanas, tú y yo. Dos caras de la misma moneda oscura, del mismo fabricante oscuro. Hermanas en espíritu, no en carne.

Entonces ella surgió de la luz oscura, el barrido de la niebla por delante de ella como una peregrinación de almas fantasmas. Era negra y gris, la masa absoluta de ella era suficiente para hacer que la boca de Manon se secara. A pesar del tamaño, ella era elegantemente formada, piernas largas y suaves, su cuerpo simplificado y reluciente. Glorioso.

Abraxos soltó un gruñido suave, pero Manon alzó la mano para silenciarlo.

— Ahora veo, — dijo Manon suavemente, — por qué mis hermanas Blueblood todavía te adoran.

— ¿Lo hacen, ahora? — la araña permaneció inmóvil, pero las tres de detrás de ella se arrastraron cerca, silenciosas y observando con sus muchos ojos oscuros. — Apenas podemos recordar la última vez que las sacerdotisas de las Bluebloods trajeron sus sacrificios a nuestros pies. Las extrañamos.

Manon sonrió firmemente. — Pienso en unos pocos que me gustaría enviar en tu camino.

Una risa suave, malvada. — Un Blackbeak, sin duda. — Aquellos ocho ojos enormes la recorrieron, tragando su todo. — Tu pelo me recuerda a nuestra seda.

— Supongo que debería estar halagada.

— Dime tu nombre, Blackbeak.

— Mi nombre no importa, — dijo Manon. — He venido por el trato.

— ¿Qué haría una bruja Blackbeak con nuestra preciosa seda?

Se apartó para dejar al descubierto al vigilante Abraxos, su atención fija en la enorme araña, tenso desde la punta de su nariz hasta su cola de clavos de hierro. — Sus alas necesitan refuerzos. Oí las leyendas y me pregunté si tu seda podría ayudar.

— Hemos vendido nuestra seda a comerciantes, ladrones y reyes, para usarla en vestidos, en velos y velas. Pero nunca para alas.

— Necesitaré diez yardas, un rollo tejido, si tienen.

La araña apareció todavía más hacia delante. — Los hombres han sacrificado sus vidas a favor de una yarda.



— Dime tu precio.

— Diez yardas... — Se dio la vuelta a las tres que estaban esperando a su espalda, descendientes, subordinadas o escoltas, Manon no sabía. — Saca el rollo. Lo examinare antes de decir mi precio.

Bien. Esto iba bien. El silencio cayó cuando las tres echaron a correr por la cueva, y Manon trató de no dar ningún puntapié a cualquiera de las diminutas arañas que avanzaban lentamente a través de sus botas. Cuando buscó con sus ojos sintió la vigilancia en las cuevas cercanas a través del barranco.

— Cuéntame, Blackbeak, — dijo la araña, — ¿Cómo encontraste tu montura?

— Fue un regalo del Rey de Adarlan. Somos parte de su ejército, y cuando le sirvamos, los llevaremos a casa, a Wastes. Para reclamar nuestro reino.

— Ah. ¿Y se rompió ya la maldición?

— Todavía no. Pero cuando encontremos a la Crochan que lo puede deshacer... — Ella disfrutaría de ese baño de sangre.

— Una maldición tan maravillosamente repugnante. Tú ganaste la tierra, solo para que una ingeniosa Crochan la maldijese más allá de su uso. ¿Has visto al Wastes estos días?

— No, — dijo Manon. — Todavía no he ido a nuestra casa.

— Un comerciante quien adquirió hace unos años, me dijo que había un Gran Rey mortal quien se colocó él mismo allí. Pero hace poco oí un susurro en el viento que dijo que él había sido destituido por una mujer joven de pelo rojo quien ahora se llamaba a sí misma su Gran Reina.

Manon se resintió. La Gran Reina de Wastes, de hecho. Sería la primera que Manon mataría cuando regresara para reclamar la tierra, cuando finalmente lo viera con sus propios ojos, aspirara sus olores y contemplara su ingobernable belleza.

— Un lugar extraño, el Wastes, — continuó la araña. — El propio comerciante era de allí, una antigua forma desfasada. Perdió sus regalos, justo como todos vosotros, cosas realmente mortales. Él utilizó un cuerpo humano, por suerte, no realizó aquello cuando él vendió veinte años de su vida, algunos de sus regalos pasaron a mí. No los puedo usar, por supuesto, pero me pregunto... realmente me pregunto cómo sería. Ver el mundo a través de sus preciosos ojos. Tocar a un hombre humano.

El pelo del cuello de Manon se erizó. — Aquí estamos, — dijo la araña cuando las tres se aproximaron, un rollo de seda fluyendo entre ellas como un río de luz y color. El aliento de Manon se congeló. — ¿No es esto magnífico? Un poco del tejido más fino que alguna vez he hecho.

— Glorioso, — confesó Manon. — ¿Su precio?

La araña la contempló por un largo tiempo. — ¿Qué precio podría pedir una bruja de



larga vida? Veinte años de tu existencia no son nada para ti, incluso con la magia envejeces como una mujer normal. Y tus sueños... ¿Cuáles sueños oscuros y horribles son, Blackbeak? No creo que me gustara comérmelos, no esos sueños. — La araña se acercó más. — ¿Pero tú cara? ¿Y si yo tomara tu belleza?

— No creo que me alejara si tú tomaras mi cara.

La araña se rió. — Oh, no me refería a tu cara literalmente. Sino al color de tu piel, el matiz de tus ojos oro oscuro. La manera en que tú pelo atrapa la luz, como la luz de luna en la nieve. Esas cosas podría tomar. Esa belleza podría ganar a un rey. Quizás si la magia regresa, podría usarla para el cuerpo de mujer. Quizás ganaré a un rey a mi manera.

Manon no se preocupó particularmente por su belleza, aunque fuera un arma. Pero no estuvo a punto de decirlo, o de ofrecerlo sin un trato. — Me gustaría inspeccionar la seda primero.

— Corten una muestra, — pidió la araña a las tres, quienes con cuidado colocaron los metros de seda mientras una cortaba un cuadrado perfecto. Los hombres habían matado por cantidades más pequeñas, y aquí estaban, cortándolo como si fuera una lana normal. Manon intentó no pensar en el tamaño de las pinzas que le extendían la seda. Anduvo con paso majestuoso al borde del acantilado, pasando por encima de la cola de Abraxos y sostuvo la seda a la luz.

La oscuridad la envolvió, brilló. Tiró de él. Flexible, pero fuerte como el acero. Imposiblemente ligero. Pero...

— Hay una imperfección aquí... ¿Puedo suponer que el resto de ellos no se estropearan de una manera similar? — La araña siseó y la tierra hizo un ruido sordo cuando ella se acercó. Abraxos la paró con un gruñido de advertencia y las otras tres se pusieron detrás de ella, guardias, entonces. Pero Manon sostuvo la muestra a la luz. — Mira, — dijo Manon, señalando una vena de color que lo recorría.

— Eso no es ninguna imperfección, — contestó bruscamente la araña. La cola de Abraxos se enroscó alrededor de Manon, un escudo entre ella y las arañas, llevándola más cerca a la pared de su cuerpo.

Manon lo sostuvo más alto, orientándolo hacia el sol. — Míralo mejor en la luz. ¿Crees que voy a darte mi belleza por un tejido mediocre?

— ¡Mediocre! — gruñó la araña. La cola de Abraxos se enrolló más apretada.

— No... parece que me he confundido. — Manon bajó sus manos, sonriendo. — Parece que hoy no estoy en el modo negociador.

Las arañas, que estaban a lo largo del borde del acantilado, no tuvieron tiempo para moverse cuando la cola de Abraxos se desenrolló como una fusta y se estrelló contra ellas.

Salieron volando por el barranco, chillando. Manon no gastó ni un segundo y metió los



rollos de seda restantes en las alforjas vacías. Montó en Abraxos y saltaron en el aire, el acantilado era el punto de despegue perfecto, justo como ella había planeado.

La trampa perfecta para aquellos estúpidos, viejos monstruos.





Capítulo 38

Traducido por Melody Harmont

Corregido por Melody

Manon le dio unos centímetros de seda de araña al supervisor luego de que él cuidadosamente la injertara en las alas de Abraxos. Había conseguido extra, mucha de ella, en caso de que en algún momento se desgastara, y ahora estaba asegurada en el fondo falso de un baúl. No le dijo a nadie dónde había estado, o por qué las alas de Abraxos ahora brillaban bajo cierta luz. Asterin la hubiera asesinado por el riesgo, y su abuela hubiera descuartizado a Asterin por no haber estado allí. Manon no estaba de humor para reemplazar a su segunda al mando y encontrar un nuevo miembro para Las Trece.

Una vez que Abraxos estuvo curado, Manon lo llevó a la boca del Colmillo Norte para intentar el Cruce. Antes, sus alas habían sido demasiado débiles para intentar la caída, pero con los refuerzos de seda, tendrá una oportunidad mucho mayor.

Pero el riesgo seguía existiendo, por lo que Asterin y Sorrel esperaban detrás de ella, preparadas sobre sus monturas. Si las cosas iban mal, si Abraxos no podía elevarse o la seda fallaba, ella saltaría, saltaría y se alejaría de él. Lo dejaría morir, mientras una de ellas la atraparía en las garras de sus dragones heráldicos.

Manon no estaba muy entusiasmada con ese plan, pero era la única manera en que Asterin y Sorrel aceptarían hacerlo. Incluso si Manon era la heredera de las Blackbeak, ellas la encerrarían en la jaula de un dragón antes de permitirle hacer el Cruce sin las medidas de precaución correspondientes. Ella podría haberles llamado bondadosas y haberles dado la golpiza que merecían, pero era inteligente. Las tensiones estaban peor que nunca, y no le extrañaría que la heredera de las Yellowlegs asustara a Abraxos durante el Cruce.

Manon asintió a su segundo y tercera al mando, informando que estaba lista, antes de acercarse a su bestia. Poca gente se había reunido, pero Iskra estaba en la plataforma de observación, sonriendo débilmente. Manon comprobó los estribos, la silla y las riendas una vez más, Abraxos estaba tenso y gruñendo.

—Vamos —le dijo, tirando de las riendas para guiarlo hacia adelante así ella podría montarlo. Él aún tenía bastante espacio para tomar carrera, y con sus nuevas alas, sabía que él estaría bien. Habían hecho caídas pronunciadas y ascensiones bruscas antes. Pero Abraxos no se movía.

—Ahora —le espetó, tirando más fuerte.

Abraxos giró un ojo hacia ella y gruñó. Ella golpeó suavemente su mejilla de cuero. —Ahora.

Esas patas traseras se enterraron, y cerró fuertemente sus alas. —Abraxos.

Él estaba mirando el Cruce, luego a ella. Ojos muy abiertos. Petrificado, completamente petrificado. Inútil, estúpida, cobarde criatura.

—Detente —dijo ella, moviéndose para subir a la silla en su lugar —. Tus alas están bien ahora —. Se estiró hacia su cuarto trasero pero él retrocedió, el suelo temblando mientras golpeaba. Tras ella, Asterin y Sorrel murmuraban a sus monturas, las cuales se habían deslizado hacia atrás y gruñía a Abraxos, y entre ellas.

Hubo una suave risa desde la plataforma de observación, y los dientes de Manon se golpearon.

—Abraxos. Ahora. — Se estiró para alcanzar la silla de nuevo.

Él retrocedió, golpeándose contra la pared y encogiéndose.

Uno de los hombres sacó un látigo, pero ella estiró una mano. —No des otro paso — espetó, uñas de hierro afuera. Los látigos sólo volvían a Abraxos más incontrolable. Giró hacia su montura —. Tú, maldito cobarde —siseó a la bestia, señalando el Cruce —. Regresa a la línea —. Abrazos encontró su Mirada, negándose a ceder —. ¡Regresa a la línea, Abraxos!

—No puede entenderte —dijo Asterin suavemente.

—Sí pue... —Manon cerró la boca. No les había contado su teoría, no aún. Giró hacia el dragón heráldico —. Si no me dejas subir a esa silla y hacer ese salto, haré que te confinen a la jaula más oscura y pequeña en esta sangrienta montaña.

Él enseñó sus dientes. Ella enseñó los suyos.

La batalla de miradas duró un minuto completo. Un humillante, enfurecedor minuto.

—De acuerdo —escupió, dándose la vuelta. Era una pérdida de su tiempo. — Enciérrenlo donde sea que vaya a ser más miserable —le dijo al supervisor. — No saldrá hasta



que esté dispuesto a hacer el Cruce.

El supervisor la miró boquiabierto, y Manon chasqueó sus dedos hacia Asterin y Sorrel para señalarles que desmonten. Nunca oiría el final de esto, no de su abuela, o de las brujas Yellowlegs, o de Iskra, quien ya estaba haciéndose camino a través del suelo de la cantera.

— ¿Por qué no te quedas, Manon? —llamó Iskra—. Podría enseñarle a tu dragón cómo se hace.

—Sigue caminando —murmuró Sorrel a Manon, pero ella no necesitaba un recordatorio.

—Dicen que el problema no son las bestias, sino los jinetes —prosiguió Iskra, lo suficientemente fuerte para que todos oyeran. Manon no se volvió. No quería verlo llevar a Abraxos de regreso a la entrada, a cualquiera que fuera el agujero en el que lo meterían. Estúpida, inútil bestia.

—Sin embargo —dijo Iskra pensativamente—, tal vez tu montura necesita un poco de disciplina.

—Vamos —persuadió Sorrel, presionándose fuertemente contra el costado de Manon. Asterin caminaba un paso detrás, protegiendo la espalda de Manon.

—Dame eso a mí —Iskra ladró a alguien—. Él sólo necesita el estímulo correcto.

Un látigo chasqueó detrás de ellas, y luego hubo un rugido, de dolor y miedo.

Manon se detuvo abruptamente.

Abraxos estaba hecho un ovillo contra la pared.

Iskra estaba de pie frente a él, el látigo ensangrentado por la línea que había cortado sobre su rostro, pasando muy cerca de su ojo. Sus dientes de hierro brillando fuertemente, Iskra sonrió a Manon mientras levantó el látigo nuevamente y golpeó. Abraxos aulló.

Asterin y Sorrel no fueron lo suficientemente rápidas para detener a Manon cuando corrió y derribó a Iskra.

Dientes y uñas fuera, rodaron sobre el sucio suelo, despedazando y mordiendo. Manon pensó que podría haber estado rugiendo, rugiendo tan fuerte que el salón tembló. Pies golpearon su estómago, y el aire escapó de ella cuando Iskra la pateó.

Manon golpeó la tierra, escupió una bocanada de sangre azul, y estaba de pie en un latido. La heredera de las Yellowlegs acuchilló con una mano terminada en hierro, un golpe que podría haber cortado a través de hueso y carne. Manon se agachó y pasó sobre su guardia y lanzó a Iskra hacia la implacable roca.

Iskra gruñó sobre los gritos del enjambre de brujas, y Manon llevó su puño su rostro.



Sus nudillos aullaron de dolor, pero todo lo que ella podía ver era ese látigo, el dolor en los ojos de Abraxos, el miedo. Luchando contra el peso de Manon, Iskra abofeteó su rostro. Manon retrocedió, el golpe cortando su cuello. Apenas sintió el escozor, o el cálido goteo de sangre. Ella sólo levantó su puño, su rodilla hundiéndose más fuerte en el pecho de Iskra, y golpeó. Una vez. Y otra vez.

Levantó su puño dolorido una vez más, pero manos agarraron su muñeca, sus brazos, tirando de ella. Manon se retorció, aun gritando, el sonido inentendible y sin fin.

— ¡Manon! —rugió Sorrel en su oído, y unas uñas cortaron su hombro, no con la suficiente fuerza para hacer daño pero sí para hacer que pausara, para que notara que había brujas en todas partes, en la fosa y en la plataforma de observación, boquiabiertas. Con la espada en alto, Asterin estaba de pie entre ella y...

Iskra, en el suelo, su rostro ensangrentado e hinchado, la espada de su segunda al mando desenvainada y lista para encontrar la de Asterin.

— Está bien —dijo Sorrel, agarrándola más fuerte—. Abraxos está bien, Manon. Míralo. Míralo y ve que está bien—. Respirando por su boca ya que su nariz estaba obstruida con sangre, Manon obedeció, y lo encontró agachado, ojos muy abiertos y sobre ella. Su herida ya había coagulado.

Iskra no se había movido ni un centímetro de donde Manon la había tirado al suelo. Pero Asterin y la otra segunda al mando estaban gruñendo, listas para lanzarse a otra pelea que bien podría destruir esta montaña.

Suficiente.

Manon se salió del firme agarre de Sorrel. Un silencio mortal cayó cuando Manon limpió su ensangrentada nariz y boca con el dorso de su muñeca. Iskra le gruñó desde el suelo, la sangre de su nariz rota se derramaba sobre su labio cortado.

—Lo tocas otra vez —dijo Manon—, y beberé hasta la médula de tus huesos.



La heredera de las Yellowlegs recibió otra paliza esa noche por parte de su madre en el comedor, además de dos latigazos por los azotes que le había dado a Abraxos. Se los había ofrecido a Manon, pero ella se negó bajo el pretexto de indiferencia.

En realidad su brazo estaba muy rígido y adolorido para usar el látigo con eficiencia.

Manon acababa de entrar en la jaula de Abraxos al día siguiente, Asterin en sus tacones, cuando la heredera de las Blueblood apareció en la entrada de la escalera, su segunda al mando de cabello colorado cerca detrás. Manon, su rostro aún hinchado y un ojo hermosamente negro, le dio a la bruja un rígido asentimiento. Había otras jaulas allí abajo, aunque ella rara vez se había topado con alguien más, especialmente no con las



dos herederas.

Pero Petrah se detuvo frente a los barrotes, y fue ahí cuando Manon vio la pierna de cabra en los brazos de su segunda. —Oí que la pelea fue algo para presenciar —dijo Petrah, manteniendo una respetuosa distancia entre Manon y la puerta abierta de la jaula. Petrah sonrió débilmente —. Iskra se ve peor.

Manon levantó sus cejas, pero el movimiento hizo que su rostro doliera.

Petrah estiró una mano hacia su segunda al mando, y la bruja le pasó la pierna de carne. —También oí que tus Trece y sus monturas sólo comen la carne que atrapan. Mi Keelie atrapó esto en nuestro vuelo matutino. Quería compartirlo con Abraxos.

—No acepto carne de clanes rivales.

— ¿Somos rivales? —preguntó Petrah —. Pensé que el Rey de Adarlan nos había convencido de volar bajo un estandarte otra vez.

Manon respiró profundamente. — ¿Qué quieres? Tengo entrenamiento en diez minutos.

La segunda de Petrah se erizó, pero la heredera sonrió. —Ya te lo dije, mi Keelie quería darle esto a él.

— ¿Oh? ¿Ella te lo dijo? —se mofó Manon.

Petrahladeó su cabeza. — ¿Tu dragón no habla contigo?

Abraxos observaba con tanta conciencia como las otras brujas. —Ellos no hablan.

Petrah se encogió de hombros, poniendo casualmente una mano sobre su corazón. — ¿No lo hacen?

Ella dejó la pierna de cabra antes de caminar en la estridente penumbra de las jaulas.

Manon tiró la carne.





Capítulo 39

*Traducido por Noemi
Corregido por Agustina*

—Cuéntame cómo aprendiste a tatuar.

—No.

Encorvada sobre la mesa de madera en el cuarto de Rowan una noche después de su encuentro con la criatura del lago, Celaena alzó la vista donde ella mantenía la aguja pinchando en el hueso encima de su muñeca.

—Si tú no respondes mis preguntas, podría cometer un error, y..., — Bajó la aguja que estaba tatuando su piel morena, forzó su brazo para dar énfasis. Rowan, para su sorpresa, soltó un jadeo que bien podría haber sido una risa. Ella se imaginó que había sido una buena señal que él le pidiera ayuda para sombrear las partes de su brazo en las que él no podía llegar; el tatuaje alrededor de su muñeca necesitaba ser entintado de nuevo ahora que las heridas desde que ella le había quemado se habían desvanecido.

— ¿Aprendiste de alguien? ¿Maestro y aprendiz y todo eso?

Él le dio una mirada bastante incrédula.

—Sí, maestro y aprendiz y todo eso. En los campos de guerra, teníamos un comandante que solía tatuarse el número de enemigos que había matado en persona, algunas veces él escribía la historia entera de una batalla. Todos los soldados jóvenes estaban enamorados de eso, y le convencí de enseñarme.

—Con tu atractivo legendario, supongo.

Esto le ganó media sonrisa, al menos.

—Solo rellena los puntos donde faltan.

Siseó cuando ella tomó la aguja y apretando le hizo otra marca oscura, sangrienta.

—Bien. Esa es la profundidad correcta. —Con su cuerpo inmortal, que se cura rápido, la tinta de Rowan se mezcló con la sal y el hierro pulverizado para guardar la magia en su sangre limpiando cualquier señal del tatuaje.

Se había despertado esa mañana sintiéndose... segura. La pena y el dolor todavía estaban allí, retorciéndose dentro de ella, pero por primera vez en mucho tiempo, sintió como si pudiera ver. Como si pudiera respirar.

Enfocándose en mantener su mano firme, hizo una pequeña marca, y luego otra.

—Háblame sobre tu familia.

—Háblame sobre ti y yo te contare sobre mí, —dijo él apretando los dientes cuando ella continuó.

Le había enseñado concienzudamente antes de dejarla utilizar las agujas en su piel.

—Bien. ¿Tus padres están vivos? —Una pregunta estúpida, peligrosa para preguntar, considerando lo que había pasado con su compañera, pero no había ninguna pena en su cara cuando sacudió su cabeza.

—Mis padres eran muy viejos cuando me concibieron. —No viejo en el sentido humano, sabía ella—. Era la única niña en los milenios en que ellos habían parido. Entraron en el Otro Mundo antes de que yo alcanzara mi segundo año.

Antes de que ella pudiera pensar en una manera interesante, diferente de describir la muerte, Rowan dijo, — Tú no tienes hermanos.

Celaena se concentró en su trabajo cuando dejó escapar un pequeño retazo de su memoria.

—Mi madre, gracias a su herencia hada, tuvo un tiempo difícil con el embarazo. Ella dejó de respirar durante el parto. Dijeron que fue la voluntad de mi padre lo que la mantuvo atada a este mundo. No sé si ella podría *haber* concebido otra vez después de eso. Así que, no tengo hermanos. Pero... —Dios, debería cerrar la boca—. Pero tenía un primo. Era cinco años mayor que yo, y luchábamos y nos queríamos como hermanos.

Aedion. Ella no había dicho ese nombre en voz alta hace diez años. Pero lo había oído y lo había visto en periódicos. Tuvo que dejar a un lado la aguja y el mazo y flexionar sus dedos.

—No sé lo que pasó, pero ellos empezaron a decir su nombre, como un general experto en el ejército del Rey.

Había fallado a Aedion tan imperdonablemente que no podría culparle o detestarle por



lo que había hecho. Había evitado saber cualquier detalle sobre lo que, exactamente, él había hecho en el norte todos estos años. Aedion había sido feroz, locamente fiel a Terrasen como un niño. Ella no quiso saber lo que se había forzado a hacer, lo que le había ocurrido, para cambiar eso. Fue por suerte o el destino o algo más, que él nunca estuviera en el castillo cuando ella estaba allí. Como si no iba a haberla reconocido, pero si él supiera lo que ella había hecho con su vida... su odio haría la mirada de Rowan más agradable, probablemente.

Los rasgos de Rowan se convirtieron en una máscara de contemplación cuando ella dijo— Pienso enfrentarme a mi primo después de que todo se vuelva peor, peor que enfrentarme al Rey. —No había nada que ella pudiera decir o hacer para reparar por lo que ella había hecho mientras su reino se convertía en ruinas y su gente era matada brutalmente o esclavizada.

—Sigue trabajando, —dijo Rowan, sacudiendo su barbilla a los instrumentos que estaban en su regazo.

Ella obedeció, y él siseó otra vez con el primer pinchazo.

—Piensa —dijo él después de un momento—, ¿Tu primo te mataría o te ayudaría? Un ejército como el suyo podría cambiar la marea de cualquier guerra.

Un escalofrío recorrió su columna con esa palabra, *guerra*.

—No sé lo que pensara de mí, o dónde estará su lealtad. Y prefiero no saberlo. Nunca.

Aunque sus ojos eran idénticos, su linaje era lo bastante lejano porque ella había oído a criados y cortesanos que consideraban posiblemente la unión Galathynius-Ashryver algún día. La idea era tan ridícula ahora como había sido hace diez años.

— ¿Tú *tienes* primos? —preguntó ella.

—Demasiados. La descendencia de Mora siempre fue la más extendida, y mis primos entrometidos, chismosos hacen mis visitas a Doranelle... irritantes. —Ella sonrió un poco al pensarlo—. Tú probablemente te llevarías bien con mis primos —dijo—. Especialmente con lo de fisgonear.

Hizo una pausa al entintar y apretó su mano con bastante fuerza como para herir a alguien a excepción de un inmortal.

—Usted es el que habla, *Príncipe*. Nunca me han hecho tantas preguntas en mi vida.

No era completamente verdad, pero tampoco era una exageración. Nadie le habría preguntado alguna vez estas preguntas. Y nunca le había dicho a nadie las respuestas.

Él enseñó sus dientes, aunque ella sabía que él no había querido decir eso, y echó un vistazo de forma significativa a su muñeca.

—Dese prisa, *Princesa*. Yo quiero acostarme en algún momento antes del alba.



Ella usó su mano libre para hacer un gesto particularmente vulgar, y él la agarró, sus dientes todavía visibles.

—Esto no es *propio* de una reina.

— ¿Entonces es bueno que no sea una reina, verdad?

Pero él no dejó ir su mano.

—Has jurado liberar a tus amigos del reino y salvar el mundo, pero ni siquiera consideras tus propias tierras. ¿Qué te asusta sobre la incautación de tu patrimonio? ¿El Rey? ¿Enfrentarte a los restos de tu corte? —Él mantuvo su cara tan cerca de la suya que ella podía ver las motas de marrón en sus ojos verdes— Dame una buena razón por la cual tú no devolverás tu trono. Una buena razón, y mantendré mi boca cerrada.

Ella sopesó la seriedad en su mirada fija, su respiración, y entonces dijo, —Porque si libero a Eyllwe y destruyo al Rey como Celaena, puedo ir a cualquier parte después de eso. La corona... mi corona es solo otro juego de cadenas.

Era egoísta y horrible, pero era la verdad. Nehemia, hace mucho, había dicho una vez algo del mismo modo, era su deseo más apasionado y egoísta para ser ordinario, sin el peso de su corona.

¿Había sabido su amiga cuán profundamente aquellas palabras habían resonado en ella?

Ella esperó por la reprimenda, lo vio estar a punto de hervir a fuego lento en los ojos de Rowan. Pero entonces dijo suavemente— ¿Qué quieres decir, *otro* juego de cadenas?

Soltó su apretón revelando las dos finas cicatrices que rodeaban su muñeca. Apretó su boca, y ella tiró de su muñeca lo suficientemente fuerte para que él la dejara ir.

—Nada, —dijo ella— A Arobynn, mi maestro, le gustaba usarlos para el entrenamiento de vez en cuando.

Arobynn la *había* encadenado para que aprendiera cómo escaparse. Pero las cadenas en Endovier se habían elaborado para gente como ella. No fue hasta que Chaol las hubiera quitado, ella pudo liberarse.

Ella no quiso que Rowan lo supiera, cualquiera cosa.

La cólera y el odio podría manejarlas, pero la compasión...

Y no podía hablar sobre Chaol, no podía explicar cuanto él había reconstruido y luego había roto su corazón, sin ninguna explicación en Endovier. Sin ninguna explicación un día, ella no sabía cuán lejos, regresaría a Endovier y liberaría a todos.

Todos y cada uno de ellos trabajaban como esclavos, incluso si Celaena tuviera que desencadenar a cada uno ella misma.



Celaena volvió a su trabajo, y la cara de Rowan permaneció tensa, como si él pudiera oler la mitad de la verdad.

— ¿Por qué te quedaste con Arobynn?

—Sabía que yo quería dos cosas: La primera, desaparecer del mundo y de mis enemigos, pero... ah. —Era difícil mirarle a los ojos—. Quería esconderme de mí misma, principalmente. Me convencí de que debería desaparecer, porque la segunda cosa que quería, incluso entonces, era ser capaz algún día... dañar a la gente de la misma forma que ellos me dañan a mí. Y resultó ser que estaba muy, muy bien con eso.

—Si él me hubiera echado, yo hubiera muerto o hubiera terminado con los rebeldes. Si hubiera crecido con ellos, probablemente habría sido encontrada por el Rey y me habría matado brutalmente. O habría crecido con tanto odio que habría estado matando a soldados de Adarlan desde muy joven. —Sus cejas se elevaron, y ella chasqueó su lengua—. ¿Creías que iba a contarte mi historia entera en el momento en el que nos conociéramos? Estoy segura de que tú tienes más historias que yo, así que deja de parecer tan sorprendido. Tal vez deberíamos volver a darnos una paliza.

Sus ojos brillaron con una intención depredadora.

—Oh, no es una posibilidad, Princesa. Tú puedes decirme lo que quieras, cuando quieras, pero no vamos a regresar a eso ahora.

Ella cogió sus herramientas otra vez.

—Estoy segura de que tus otros amigos adoran tenerte junto a ellos.

Con una sonrisa salvaje, él la agarró por la barbilla, no lo suficientemente fuerte para herirla, pero lo suficiente para hacer que le mirara.

—Primera cosa, —respiró— nosotros no somos amigos. Yo todavía te estoy entrenando, y eso significa que tú todavía estás bajo mis órdenes. —El destello del daño debió de mostrarse, porque él se inclinó más cerca, su agarre apretando su mandíbula. —Segundo, ¿Todo lo que nosotros somos, todo lo que es esto? Todavía trato de entenderlo. Así que voy a darte tu espacio para que pongas en orden tus cosas, entonces tú podrás condenar bien lo que me dan.

Le observó durante un momento, sus respiraciones mezclándose.

—De acuerdo —dijo ella.





Capítulo 40

Traducido por Stefany Vera
Corregido por Michelle Polo

—Dime tu deseo más grande— Dorian murmuró en el cabello de Sorscha mientras entrelazaba sus dedos, maravillándose con la suavidad de su piel contra las callosas de él. Manos tan lindas, como palomas de luto.

Ella sonrió contra su pecho. —No tengo un gran deseo.

—Mentirosa— Él le besó el cabello. — Eres la peor mentirosa del mundo.

Ella se volteó hacia la ventana de su cuarto, la luz de la mañana haciendo su oscuro cabello brillante. Habían pasado dos semanas desde esa noche que ella lo besó, dos semanas desde que ella empezó a enrollarse aquí luego de que todo el castillo se fuera a dormir. Habían estado compartiendo una cama, aunque no de la manera en que él anhelaba. Y él detestaba andar a escondidas y estar escondidos.

Pero ella perdería su posición si ellos se enteraban. Y con él siendo quien era... Podría traerle un mundo de problemas a ella sólo por estar asociada con él. Sólo su madre podría encontrar una manera de mandarla en un barco a cualquier otro lugar.

—Dime— dijo él otra vez, inclinándose para robarle un beso. —Dime, y haré que pase.

Él siempre había sido generoso con sus amantes. Usualmente le daba regalos para evitar que se quejarán cuando empezaba a cansarse de ellas, pero esta vez él genuinamente *quería* darle cosas. Él había intentado darle joyería y ropas, y ella lo había rechazado todo. Así que él le había dado sus hierbas y libros y herramientas especiales para su cuarto de trabajo. Ella trató de rechazar esos, pero él le había ganado rápidamente,

besándola antes de que empezara sus protestas.

— ¿Y si yo pidiera la luna en una cadena?

—Entonces empezaría a rezarle a Deanna.

Ella sonrió, pero el gesto de Dorian se desvaneció. Deanna. Señora de la Caza. El usualmente trataba de no pensar en Celaena, Aelin, quien sea que fuera. Trataba de no pensar en Chaol y sus mentiras, o Aedion y su traición. No quería tener nada que ver con ellos, no ahora que Sorscha estaba con él. Había sido un tonto, jurando que destruiría el mundo por Celaena. Un chico enamorado de una flama salvaje, o creyendo que estaba enamorado de una.

— Dorian— Sorscha se echó hacia atrás para estudiar su cara. Ella lo miraba de la misma manera en la que una vez atrapo a Celaena mirando a Chaol.

El la beso otra vez, lento y persistente Y su cuerpo se deritió contra el suyo. Saboreo la sedosidad de su piel mientras corría una mano por su brazo. Ella retrocedió. —Me tengo que ir. Voy tarde.

El gruño. Era de hecho casi la hora del desayuno, y su ausencia sería notada si no se iba. Ella se retiró de su abrazo y se deslizó en su vestido, y el la ayudo a atar las tiras en su espalda. ¿Siempre escondiéndose, iba a ser así siempre su vida? No solo la mujer que amaba sino su magia, sus verdaderos pensamientos...

Sorscha lo beso y estaba en la puerta, una mano en el picaporte. — Mi más grande deseo— ella dijo con una pequeña sonrisa— es una mañana donde no tenga que correr por la puerta a primera hora del día.

Antes de que el pudiera decir algo, ella se había ido.

Pero él no sabía lo que podía decir, o hacer, para hacer que pasara. Porque Sorscha tenía sus obligaciones, y él tenía las suyas.

Si él se fuera para estar con ella, si él se enfrentaba a su padre, o si su magia era descubierta, entonces su hermano se convertiría en heredero. Y el pensamiento de Hollin como rey algún día... lo que él le haría a su mundo, especialmente con el poder de su padre... no, Dorian no podía tener el lujo de elegir, porque no había otra opción. Él estaba atado a su corona, y lo estaría hasta el día en que muriera.

Hubo un golpe en su puerta, y Dorian sonrió, preguntándose si Sorscha había vuelto. La expresión se desvaneció mientras la puerta se abría.

—Necesitamos hablar— Chaol dijo desde la entrada. Dorian no lo había visto en semanas y aun así su amigo lucia más viejo. Exhausto.

— ¿No te vas a molestar con la adulación?— Dijo Dorian, tirándose en el sofá.

—Verías a través de ello, de todas maneras— Chaol cerró la puerta detrás de él y se recostó en ella.



—Entretenme.

—Lo siento, Dorian— Chaol dijo suavemente. —Más de lo que crees.

— ¿Lo lamentas porque mentirme te causo mi perdida...y la de ella? ¿Lo lamentarías si no hubieses sido atrapado? — La mandíbula de Chaol se endureció. Y quizás Dorian estaba siendo injusto, pero no le importaba.

—Lo lamento por todo— Chaol dijo. — Pero he... he estado trabajado para arreglarlo.

— ¿Y qué hay de Celaena? ¿Estás trabajando con Aedion en realidad para ayudarme a mí, o a ella?

—A ambos.

— ¿Todavía la amas?— él no sabía porque le importaba, porque era tan importante.

Chaol cerró sus ojos por un momento. —Una parte de mí siempre la amara. Pero tenía que sacarla de este castillo. Porque era muy peligroso, y ella era... en lo que se estaba convirtiendo...

—Ella no se estaba convirtiendo en nada diferente de lo que siempre fue y siempre tuvo la capacidad de ser. Tu finalmente solo lo viste todo. Y una vez que viste la otra parte de ella...— Dorian dijo tranquilamente. Le había tomado hasta ahora, hasta Sorscha, entender lo que eso significaba. — Tú no puedes escoger y elegir que partes de ella amar— El repudio a Chaol, él se dio cuenta. Su corazón dolía por su amigo, por todo lo que Chaol seguramente se había dado cuenta en estos últimos meses. —Así como no puedes elegir que parte de mi aceptar.

—Yo no...

—Tu sí. Pero lo que está hecho, esta hecho, Chaol. Y no hay vuelta atrás, no importa que tan duro intentes cambiar las cosas. Te guste o no, tu jugaste un papel en ponernos en este punto, también. Tú te enviaste por ese camino, para revelas quien y que es ella, para lo que sea que ella decida hacer ahora.

— ¿Crees que yo quería que algo de esto sucediera?— Chaol abrió sus brazos.— Si pudiera, lo pondría todo de la manera en la que estaba. Si pudiera, ella no sería reina, y tú no tendrías magia.

—Por supuesto... Por supuesto, tú aun ves la magia como un problema. Y por supuesto que deseas que ella no fuese quien es. ¿Porque no estas realmente asustado de esas cosas, o si? No... es lo que representan. El cambio. Pero déjame decirte, — Dorian respiro, su magia saltando y luego cayendo en un flash de dolor. — Las cosas ya han cambiado. Y cambiaron por *ti*. Tengo magia... y no hay vuelta atrás para eso, no hay como deshacerla. Y en cuanto a Celaena...— El calmo el poder que surgió mientras el imaginaba, por primera vez, se dio cuenta, lo que era ser ella. — En cuanto a Celaena, — él dijo otra vez— no tienes el derecho de desear que ella no fuera lo que es. Lo único que tienes el derecho a hacer es decidir si eres su enemigo o su amigo.



El no sabía toda su historia, lo que había sido verdad o lo que había sido mentira, o lo que había sido ser una esclava en Endovier, o inclinarse ante el hombre que había matado a su familia. Pero él la había visto, vistazos de la persona que ella realmente era, sin impórtale nombre o títulos.

Y él sabía, en el fondo, que ella no había codiciado su magia sino que entendía su carga, y ese miedo. Ella no se había ido o deseado que el fuera nada más de lo que era. *Volveré por ti.*

Así que miro a su amigo, aun sabiendo que Chaol estaba herido y a la deriva, y dijo. — Ya hice mi decisión sobre ella. Y cuando llegue el momento, sin importar si estás aquí o en Anielle, espero que tu decisión sea igual que la mía.



Aedion odiaba admitirlo, pero el Capitán auto-control fue impresionante mientras esperaban en el apartamento escondido a que Murtaugh llegara. Ren, quien no podía mantener su trasero plantado en una silla por más de un momento, incluso con sus heridas aun curándose, paseaba a través de la habitación. Pero Chaol se sentó junto al fuego, diciendo poco pero siempre observando, siempre escuchando.

Esta noche el Capitán lucía diferente. Más cauto, pero más tenso. Gracias a todas las reuniones donde el cuidadosamente había observado los movimientos del Capitán, cada respiro y parpadeo, Aedion instantáneamente noto la diferencia. ¿Había ocurrido algún cambio, algún nuevo desarrollo?

Murtaugh debía regresar esa noche, luego de algunas semanas cerca de la Bahía Calavera. El había rechazado la oferta de Ren de ir con él y le dijo a su nieto que descansara. Lo que, aunque Ren tratara de ocultarlo, dejó al joven lord ansioso, gruñón y agresivo. Aedion estaba honestamente sorprendido de que el apartamento no había sido reducido a tiras. En su campamento de guerra, Aedion podría haber llevado a Ren al ring de combate y dejarlo descargarse. O mandarlo a alguna misión a él solo. O al menos dejarlo cortar madera por horas.

—¿Así que solo vamos a esperar toda la noche?— Ren dijo al final, parándose en la mesa del comedor y mirándolos a ambos.

El capitán no hizo más nada sino un breve asentimiento, pero Aedion cruzo sus brazos y le dio una mirada perezosa. — ¿Tienes algo mejor que hacer Ren? ¿Estamos interfiriendo con alguna visita a uno de tus vendedores de opio?— un golpe bajo, pero nada que el Capitán ya no habría adivinado sobre Ren. Y si Ren mostraba alguna indicación de esa clase de hábitos, Aedion no lo dejaría estar a más de cien millas de Aelin.

Ren sacudió su cabeza y dijo, — Siempre estamos esperando en estos días. Esperando que Aelin envíe alguna señal, esperando por nada. Apuesto a que mi abuelo no tendrá nada, tampoco. Me sorprende que no estemos todos muertos, que ellos hombres



no me rastrearon—. El miro hacia el fuego, la luz haciendo que su cicatriz se viera aún más profunda. — Tengo a alguien que...—. Ren murmuro, mirando a Chaol. —Podrían averiguar más sobre el rey.

—No confié ni un poco en tus fuentes, especialmente después de que esos hombres te encontraron—. Chaol dijo. Había sido uno de los informantes de Ren, atrapado y torturado, quien había dado su locación. Y a pesar de que el informante había cedido bajo tortura, aun no encajaba con Aedion. Él dijo eso y Ren se tensó, abrió su boca para decir algo indudablemente estúpido y temerario cuando un silbido de tres notas interrumpió.

El Capitán silbo de vuelta, y Ren estaba en la puerta, abriéndola para encontrar a su abuelo ahí. Incluso con su espalda hacia ellos, Aedion podía ver la tensión fluyendo del cuerpo de Ren mientras chocaban brazos, semanas de espera sin oír una palabra finalmente acabando. Murtaugh no era joven en ningún significado, y mientras echo hacia atrás su capucha, su cara estaba pálida y sombría.

—Hay brandy en la mesa. — Chaol dijo, y Aedion, otra vez, tuvo que admirar los agudos ojos del Capitán, incluso si nunca se lo admitía. El viejo hombre, asintió dando gracias y no se molestó en remover su manto mientras tomaba un vaso de ello.

— Abuelo—. Ren se demoró en la puerta.

Murtaugh se volteó hacia Aedion— Respóndeme honestamente, muchacho: ¿Sabes quién es el general Narrok?—Aedion rozo sus pies en un suave movimiento. Ren tomo un par de pasos hacia ellos, pero Murtaugh se mantuvo en su lugar mientras Aedion acechaba la mesa y lentamente, con deliberado cuidado, se servía un vaso de brandy.

— Llámame muchacho otra vez. — Aedion dijo con letal calma, sosteniendo la mirada del viejo. — Y te encontraras a ti mismo nadando en alcantarillas.

El viejo extendió sus manos. — Cuando tengas mi edad Aedion...

—No gastes tu aliento. —Aedion dijo, regresando a su silla. — Narrok ha estado en el sur, lo último que oí, es estaba trayendo a la armada a las Islas Muertas. — Territorio Pirata. — Pero eso fue hace meses. Nos mantenemos en una necesidad de saber diariamente. Aprendí sobre las Islas Muertas porque algunos de los Señores Piratas de los barcos se navegaron al norte buscando problemas, y nos avisaron que lograron evadir la flota de Narrok.

Los piratas se habían dispersado, de hecho. El pirata Lord Rolfe se había llevado a la mitad hacia el sur, algunos se habían ido al este y algunos habían cometido el fatal error de navegar hacia la costa norte de Terrasen.

Murtaugh se recostó contra la mesa. — ¿Capitán?

—Me temo que se aún menos que Aedion. —Chaol dijo.

Murtaugh se froto los ojos, y Ren saco una silla del comedor para su abuelo. El viejo se deslizo en ella con un pequeño gruñido. Era un milagro que el saco de huesos aun



estuviese respirando. Aedion empujó un poco de arrepentimiento. El había sido criado mejor que eso, él sabía mejor que actuar como un arrogante, tonto. Rhoe habría estado avergonzado de él por hablarle a un mayor de esa manera. Pero Rhoe estaba muerto, todos los guerreros que había amado y adorado tenían diez años muertos, y el mundo era peor por ello. Aedion estaba peor por ello.

Muratugh suspiró. — Volé hasta aquí tan rápido como pude. No he descansado más que unas cuantas horas en estas últimas semanas. La flota de Narrok se ha ido. El capitán Rolfe es otra vez el Lord de la Bahía Calavera, aunque no más que eso. Sus hombres no se aventuran en las Islas Muertas.

A pesar de la pizca de vergüenza, Aedion apretó los dientes cuando Murtaugh no se dirigió directamente al punto. — ¿Por qué?— Demandó.

Las líneas de la cara de Murtaugh se profundizaron en la luz del fuego. — Porque los hombres que van a las Islas mientras no regresan. Y en noches de viento, incluso Rolfe jura que puede oír... rugidos, rugidos desde las Islas, humanos, pero no tanto.

—La tripulación que se escondió en las islas durante la ocupación de Narrok dicen que es callado, como si se llevó la fuente del sonido con él. Y Rolfe...— Murtaugh se frotó el puente de la nariz. — Él me dijo que en la noche que navegaron de vuelta a las Islas, vieron algo de pie en un sobresaliente de rocas, justo en el borde de las islas. Lucía como un hombre pálido, pero...no lo era. Rolfe podrá estar enamorado de él mismo, pero no es un mentiroso. Dijo que lo que fuera, quien fuera, se sentía *mal*. Como si hubiese un hueco de silencio a su alrededor, en contrario con el rugido que usualmente escuchaban. Y que solo los observo navegar. Al siguiente día, cuando regresaron al mismo lugar, se había ido.

—Siempre ha habido leyendas sobre las extrañas criaturas del mar. —El Capitán dijo.

—Rolfe y sus hombres juraron que esto no era una leyenda. Era *real*, dijeron.

— ¿Cómo lo sabían?— Aedion preguntó, mirando al Capitán, cuya cara aún estaba blanca como un hueso.

—Usaba un collar negro, como una mascota. Tomó un paso hacia ellos, como si fuese a entrar al mar y a cazarlos, pero fue empujado hacia atrás como por una mano invisible, algún lazo escondido.

Ren elevó una ceja. — ¿Los lord piratas piensan que hay *monstruos* en las Islas Muertas?

—El piensa y yo también creo que están siendo creados ahí. Y Narrok tomó a algunos de ellos con él.

Fue Chaol quien preguntó. — ¿A dónde fue Narrok?

—A Wendlyn— dijo Murtaugh. El corazón de Aedion, maldito sea, se detuvo. — Narrok llevó la flota a Wendlyn para lanzar un ataque secreto



—Eso es imposible— El Capitán dijo, levantándose. — ¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Porque *alguien*— el viejo dijo, más afilado de lo que Aedion nunca lo había oído.

— Convenció al Rey de mandar a su Campeón ahí para matar a la familia real. ¿Qué mejor momento para probar a sus allegados monstruos que cuando el país está en caos?

Chaol apretó el respaldo de la silla. — Ella realmente no va a matarlos, nunca lo haría. Era... era todo una treta—. Él dijo. Aedion supuso que era todo lo que le había dicho a los hombres de Allsbrook, y todo lo que ellos realmente necesitaban saber por ahora. Él ignora la aguda mirada que Ren le lanzo, sin duda para saber cómo reaccionaría a las noticias de su Rey Ashryver teniendo objetivos en sus espaldas. Pero habían estado muertos por diez años para él, desde el momento en que se opusieron a mandar ayuda a Terrasen. Dios los ayude si él alguna vez ponía un pie en sus reinos. Se preguntó lo que Aelin pensaría de ellos, si pensaría que Wendlyn podía ser convencida de una alianza ahora, especialmente con Adarlan planeando un asalto a mayor escala en sus cercanías. Quizás ella estaría contenta de dejarlos quemarse, como la gente de Terrasen habían sido quemados. A él no le importaría ninguna de las dos cosas.

—No importa si son asesinados o no— Murtaugh dijo— cuando estas cosas lleguen, creo que el mundo pronto aprenderá a lo que se enfrenta nuestra reina.

— ¿Podemos enviar una advertencia?— Ren demandó— ¿Puede Rolfe mandar una palabra a Wendlyn?

—Rolfe no se involucrara. Le ofrecí promesas de oro, de tierras cuando nuestra reina regrese... nada puede convencerlo. Tiene su territorio de vuelta, y no arriesgara a sus hombres de nuevo.

—Entonces tiene que haber un corredor bloqueado, algún mensaje que podamos enviar— Ren dijo. Aedion se debatió en informar que Wendlyn no se molestó en ayudar a Terrasen, pero decidió que no se sentía de ánimos para entrar en un debate técnico.

—He enviado algunos— Murtaugh dijo— pero no tengo mucha fe en ellos. Y para el momento en que lleguen podría ser muy tarde.

—¿Entonces que hacemos?— Ren presiono.

Murtaugh sorbió su brandy. — Seguimos buscando maneras de ayudar ahí. Porque no creo por un momento que la gran sorpresa de su majestad este localizada solo en las Islas Muertas.

Eso era un punto interesante. Aedion tomo un sorbo de su brandy pero lo dejo. El alcohol no lo ayudaría a sortear el enjambre de planes formándose. Así que Aedion mitad escucho a los otros y se deslizó en un quieto ritmo, al ritmo en que el calculaba sus batallas y campañas.



Chaol observo a Aedion pasear en el apartamento, Murtaugh y Ren habiéndose ido para observar sus propias agendas. Aedion dijo, — ¿Quieres decirme por qué te ves como si fueras a vomitar?

—Sabes todo lo que yo sé, así que es fácil adivinar porque— Chaol dijo desde el brazo de la silla, su mandíbula tensa. Su pelea con Dorian lo habían dejado sin apuro para volver al castillo, incluso si necesitaba al Príncipe para probar sus teorías en ese hechizo. Dorian había estado en lo correcto sobre Celaena, sobre Chaol resintiendo su oscuridad y habilidades y su verdadera identidad, pero... no había cambiado como se sentía.

—Aun no entiendo tu rol en estas cosas, Capitán— Aedion dijo. — No estás peleando por Aelin o por Terrasen, ¿Por qué, entonces? ¿El bien mayor? ¿Tu Príncipe? ¿En qué lado te pone eso a ti? ¿Eres un traidor, un rebelde?

—No. — La sangre de Chaol chillo con el pensamiento. — No estoy en ningún lado. Solo deseo ayudar a mi amigo antes de irme a Anielle.

El labio de Aedion se retrajo en un gruñido. —Quizás ese es tu problema. Quizás lo que te cuesta es no elegir un bando. Quizás necesitas decirle a tu padre que estas rompiendo tu promesa.

—No le daré la espalda a mi reino o a mi Príncipe—. Chaol respondió. — No pelearé en tu ejército ni masacrare a mi gente. Y no romperé el voto con mi padre— Su honor bien podría ser todo lo que le quedara al final de esto.

—¿Qué tal si tu Príncipe se une a nuestro bando?

—Entonces yo pelearé a su lado, sin embargo soy capaz, incluso si es de Anielle.

—¿Así que pelearas a su lado pero no por lo que es correcto, no tienes voluntad propia, no quieres tener una?

—Lo que quiero no es tu asunto—. Y esas querencias...—Sin importar lo que decida Dorian, el nunca sancionara la matanza de inocentes.

Una burla. — ¿Sin gusto por la sangre?

Chaol no le daría la satisfacción de levantarse para conocer su temperamento. Sin embargo se fue por la garganta y dijo, — Creo que tu reina te condenara si derramas una gota de sangre inocente. Escupiré en tu cara. Hay gente buena en este reino, y ellos merecen ser considerados en cualquier acto de acción que tu lado tome.

Los ojos de Aedion miraron hacia la cicatriz en la mejilla de Chaol. —¿ Justo como te condeno por la muerte de su amiga?—. Aedion le dio una lenta, viciosa sonrisa, y entonces, casi muy rápido para registrarlo, el general estaba en su cara, brazos agarrando las alas de la silla.

Chaol se preguntó si Aedion lo atacaría, o lo mataría, como los rasgos del general se tornaban más lupinos de lo que nunca los había visto, nariz fruncida, dientes expuestos.



Aedion dijo,— Cuando tus hombres hayan muerto alrededor de ti, cuando hayas visto a tu mujer imperdonablemente herida, cuando hayas visto montones de niños huérfanos muertos de hambre en las calles de tu ciudad, *entonces* puedes hablarme sobre perdonar vidas inocentes. Hasta entonces, los hechos permanecen, Capitán, de que no has elegido un bando porque aun eres un muchacho, y todavía tienes miedo. No de perder vidas inocentes, sino de perder cualquiera que sea el sueño al que te estas sujetando. Tu príncipe ha seguido adelante, mi reina ha seguido adelante. Pero *tú* no lo has hecho. Y eso te costara al final.

Chaol no tenía nada que decir después de eso y rápidamente dejó el apartamento. El difícilmente durmió esa noche, difícilmente hizo algo más excepto mirar su espada, descargada en su escritorio. Cuando el sol salió, él fue con el Rey para decirle sobre sus planes de volver a Anielle.





Capítulo 41

*Traducido por Roxy
Corregido por Agustina*

Las siguientes dos semanas cayeron en un patrón, lo suficiente como para que Celaena empezara a encontrar comodidad en ella. No hubo tropiezos inesperados o giros o trampas, ni muertes o traiciones o pesadillas hechas carne. En las mañanas y tardes, ella jugó la chica de la limpieza. Tarde en la mañana hasta la cena ella lo pasaba con Rowan, lenta y dolorosamente explorando el pozo de magia dentro de ella, un pozo que, para su horror, no tenía fondo a la vista.

Las pequeñas cosas, encender velas, apagar el fuego de la chimenea, entrelazar una cinta de fuego a través de sus dedos, eran aún las más difíciles. Pero Rowan empujaba, arrastrándola de ruina en ruina, los únicos lugares seguros para que ella perdiera el control. Al menos traía comida con él ahora, ya que ella estaba constantemente hambrienta y difícilmente podía pasar una hora sin comer algo. La magia engullía energía, y ella estaba comiendo el doble o el triple de lo que solía comer.

En algún momento ellos hablarían. Bueno, ella le haría hablar, porque luego de decirle acerca de Aedion y su propio deseo egoísta de libertad, ella decidió que hablar era... *bueno*.

Incluso si no era capaz de abrirse sobre algunas cosas, le gustaba escuchar a Rowan hablar. Ella se las arregló para conseguir que le dijera acerca de sus varias campañas y aventuras, cada una más brutal y terrible que la anterior. Había un completo mundo gigante al sur y este de Wendlyn, reinos e imperios de los que había oído de pasada pero de los que no había sabido mucho. Rowan era un verdadero guerrero, quien había caminado dentro y fuera de campos de la muerte, guiado hombres a través del infierno,

navegado en mares enfurecidos y visto extrañas y distantes costas.

Aunque ella envidiaba su larga vida, y el don de ver el mundo que iba junto con ella, ella todavía podía sentir el trasfondo de rabia y dolor debajo de cada historia, la pérdida de su compañera que lo atormentaba sin importar lo lejos que cabalgara o navegara o escapara. Él hablaba muy poco acerca de sus amigos, quienes algunas veces lo acompañaban en sus viajes. Ella no envidiaba las batallas que había peleado, las guerras en remotas tierras, o los sangrientos años pasados sitiando ciudades de arena y piedra.

Ella no le decía *eso*, por supuesto. Ella sólo escuchaba cuando él narraba mientras la instruía. Y mientras escuchaba, empezó a odiar verdaderamente a Maeve, a su tía con su corazón. Ésa rabia la condujo a solicitar leyendas sobre su tía de Emrys cada noche. Rowan nunca la reprendió cuando preguntaba por esas historias, nunca mostró ninguna alarma.

Fue como una sorpresa cuando Emrys anunció un día que ese Beltane⁹ era de dos días de descanso y ellos empezarían las preparaciones para su fiesta y baile y festejo. Listos con Beltane, y de acuerdo a Rowan, ella estaba aún lejos de estar lista para ir a Doranelle, a pesar de dominar el cambio. La primavera estaría ahora en completo florecimiento en su continente. Cruces de mayo estarían alzadas, arbustos de espino decorados, eso era casi lo máximo que el Rey permitiría. No habría pequeños regalos dejados en los cruces por La Tribu de los Enanos. El Rey permitía sólo los huesos desnudos, con el foco de lleno en los dioses y en la siembra de la cosecha. Ni una pizca o susurro de magia.

Hogueras serían encendidas y unos pocos valientes saltarían a través por suerte, para alejar al mal, para asegurar una buena cosecha, lo que sea que desearan viniendo de eso. De niña, había corrido rampante a través del campo a las puertas de Orynth, las cientos de hogueras ardiendo como las luces del ejército invasor que muy pronto se asentarían alrededor de la blanca ciudad. Era *su* noche, su madre había dicho, una noche cuando una niña portadora de fuego no tenía nada que temer, ningún poder que ocultar. *Aelin Fireheart*, la gente había susurrado cuando ella saltó, brasas fluyendo de ella como cintas, Aedion y unos pocos de sus más letales miembros de la corte vigilando como indulgentes guardias. *Aelin del Fuego Salvaje*.

Luego de días ayudando a Emrys con la comida, (y devorándola cuando la cocinera no estaba viendo) ella estaba esperando por una oportunidad para relajarse en Beltane, pero Rowan la arrastró a un campo en la cima de la planicie de una montaña. Celaena mordió una manzana que había sacado de su bolsillo y alzó sus cejas a Rowan, quien estaba parado enfrente de una masiva pila de madera para la hoguera, flanqueada por dos pequeños fuegos sin encender a cada lado.

Docenas de otros semi-hadas habían llegado de sus diferentes puestos de avanzada, con poca fanfarria y mucho abrazo y burlas de buen carácter. Entre ayudar a Emrys y entrenar con Rowan, Celaena difícilmente tenía tiempo para inspeccionarlas, aunque una mísera parte de ella estaba de alguna manera complacida por las pocas miradas de admiración que ella percibió siendo lanzadas hacia ella por los hombres visitantes.

9 Es alguna clase de festividad religiosa.



Ella tampoco falló en notar cuan rápidamente apartaban la mirada cuando vislumbraban a Rowan a su lado. Aunque ella *sí* notó a unas pocas mujeres mirándolo con interés mucho más cálido. Ella quería arañar sus caras por ello.

Ella masticaba la manzana mientras lo estudiaba ahora, en su usual túnica gris pálido y amplio cinturón, la capucha hacia atrás y brazales de cuero brillando en la tardía luz del sol de la tarde. *Dioses*, ella no tenía interés en él de esa forma, y ella estaba segura que él no tenía inclinación de llevarla a su cama, tampoco. Tal vez era sólo de pasar tanto tiempo en su cuerpo hada que se sentía... territorial. Territorial y molesta y pesada. La noche anterior, le había *gruñido* a una mujer en la cocina que *no* paraba de mirarlo y en realidad había dado un paso hacia él como para decir hola.

Celaena sacudió su cabeza para aclarar los instintos que estaban empezando a hacerle ver fuego a todas horas del día.

— ¿Asumo que me trajiste aquí para poder practicar? —Ella arrojó el corazón de la manzana a través del campo y frotó su hombro. Ella había estado febril la noche anterior gracias a Rowan haciéndole practicar toda la tarde, y se había levantado exhausta en la mañana.

—Enciéndelas, y mantén los fuegos controlados y estables toda la noche.

—Todos. —No era una pregunta.

—Mantén los del final con fuego bajo, para los saltadores. El del medio debe estar abrasando las nubes.

Ella deseó no haber comido la manzana.

—Esto fácilmente puede volverse letal.

Él alzó una mano y un viento se movió alrededor de ella.

—Estaré aquí —dijo simplemente, sus ojos brillando con una arrogancia que él había más que ganado en sus siglos de vida.

— ¿Y si de alguna manera aún me las arreglo para convertir a alguien en una antorcha humana?

—Entonces es una cosa buena que los sanadores estén también aquí para celebrar.

Ella le dio una mirada sucia y giró los hombros.

— ¿Cuándo quieres empezar?

Su estómago se apretó cuando él dijo: —Ahora.



Ella estaba ardiendo, pero permaneciendo estable, incluso cuando el sol se puso y el campo se llenó de jueguistas. Músicos tomaron lugar por el borde del bosque y el mundo se llenó con sus violines y violinistas y flautas y tambores: tal hermosa y antigua música que las llamas se movieron con ella, cambiando en rubíes y citrinas y ojos de tigre y más profundos zafiros. Su magia ya no se manifestaba solamente en fuego salvaje azul, había estado cambiando lentamente, creciendo, estas últimas semanas. Nadie la notaba realmente, parada en las afueras de la luz del fuego, aunque unos pocos se maravillaron con las flamas que ardían pero no consumían la madera.

Sudor corría por cada parte de ella, mayormente gracias al terror de gente saltando sobre las hogueras ardiendo escasamente. A pesar de todo, Rowan permanecía a su lado, murmurando como si ella fuera un caballo nervioso. Ella quería decirle que se fuera, a tal vez complacer a una de esas mujeres con ojos de antílope quienes silenciosamente seguían invitándolo a bailar. Pero ella se concentró en las llamas y en mantener ese hilo de control, incluso aunque su sangre estaba empezando a hervir. Un nudo se apretó en su espalda baja, y ella cambió. *Dioses*, estaba empapada, cada maldito resquicio estaba empapado.

—Calma —dijo Rowan, cuando las llamas bailaron un poco más alto.

—Lo sé. —Ella apretó los dientes.

La música ya era tan tentadora, el baile alrededor del fuego tan jubiloso, la comida en las mesas oliendo tan bien... y aquí estaba ella, alejada de todo, sólo ardiendo. Su estómago gruñó.

— ¿Cuándo puedo parar? —Ella se movió sobre sus pies de nuevo, y la hoguera más grande giró, la flama ondulando con su cuerpo.

Nadie lo notó.

—Cuando yo lo diga —dijo él. Ella sabía que él estaba usando a la gente a su alrededor, su miedo por su seguridad, para hacer que dominara su control, pero...

—Estoy sudando a morir, estoy hambrienta, y quiero un descanso.

— ¿Recurriendo a gimotear? —Pero una fresca brisa lamió su cuello, y ella cerró sus ojos, gimiendo. Ella podía sentirlo mirándola, y después de un momento él dijo— Sólo un poco más.

Ella casi se hundió de alivio, pero abrió sus ojos para enfocarse. Ella podía mantenerlo por un poco más, luego ir a comer y comer y *comer*. Tal vez bailar. Ella no había bailado en largo tiempo. Tal vez lo probaría, aquí en las sombras. Ver si su cuerpo podría encontrar lugar para la alegría, incluso aunque estaba actualmente tan caliente y adolorida que ella apostararía un buen dinero a que en el momento en que parara, ella caería dormida.

Pero la música era fascinante, los bailarines eran simples sombras arremolinándose alrededor. A diferencia de Adarlan, aquí no había guardias monitoreando las festividades, ni aldeanos al acecho para ver quién podía cometer alguna traición en contra de la patria



y recaudar una bonita moneda para cualquiera a quien entregaran. Allí sólo estaba la música y el baile y la comida y el fuego: su fuego.

Ella golpeteó un pie, meneando su cabeza, sus ojos en los tres fuegos sin humo y en las siluetas bailando a su alrededor. Ella *sí* quería bailar. No de alegría, sino porque ella sentía su fuego y la música fusionarse y pulsar contra sus huesos. La música era un tape-te tejido de luz y oscuridad y color, construyendo delicados eslabones de una cadena que se enganchó en su corazón y se extendió por el mundo, uniéndola a él, conectando todo.

Ella lo entendió entonces. Las marcas de Wyrd eran una manera de aprovechar esos hilos, de tejer y unir la esencia de las cosas. La magia podía hacer lo mismo, y de su poder, de su imaginación y voluntad y corazón, ella podía crear y moldear.

—Calma —dijo Rowan, luego agregó con una pisca de sorpresa— *Música*. Ése día en el hielo, tú estabas tarareando.

Ella registró otra brisa fresca en su cuello, pero su piel ya estaba pulsando al ritmo de los tambores.

—Deja que la música te estabilice.

Dioses, ser libre de esta manera... las llamas se enturbiaron y ondularon con la melodía.

—*Calma*. —Ella apenas podía oírlo por encima de la ola de sonido llenándola, haciéndole sentir cada atadura uniéndola a la tierra, cada hilo infinito. Por un instante ella deseó un corazón cambiaformas para que ella pudiera dejar su piel y tejerse a sí misma en algo más, la música o el viento, y soplar a lo largo del mundo. Sus ojos estaban escociendo, casi borrosos de mirar tanto tiempo las llamas, y un músculo en su espalda saltó.

—Firme. —Ella no sabía de qué estaba hablando él. Las llamas eran estables, encantadoras. ¿Qué pasaría si ella caminara a través de ellas? El latido en su cabeza parecía decir “*hazlo, hazlo, hazlo*”.

—Es suficiente por ahora. —Rowan agarró su brazo, pero siseó y la soltó—. Es *suficiente*.

Lentamente, demasiado lentamente, ella lo miró. Sus ojos eran amplios, la luz del fuego haciéndolos casi arder. Fuego, *su* fuego. Ella volvió a la llama, sometiéndose a ella. La música y el baile continuaron, brillantes y alegres.

—Mírame —dijo Rowan, pero no la tocó—. *Mírame*.

Ella difícilmente podía escucharlo, como si estuviera bajo el agua. Había un martilleo en ella ahora, bordeado con dolor. Era un cuchillo que se deslizaba por su mente y cuerpo con cada pulso. Ella no podía mirarlo, no se atrevía a apartar su atención del fuego.

—Deja que los fuegos ardan por sí mismos —ordenó Rowan. Ella podía haber jurado que escuchó algo como miedo en su voz. Fue un esfuerzo de voluntad, y el dolor se dis-



paró por los tendones de su cuello, pero ella lo miró. Sus fosas nasales se dilataron.

—Aelin, para ahora mismo.

Ella trató de hablar, pero su garganta estaba cruda, ardiendo. Ella no podía mover su cuerpo.

—*Déjalo ir.*

Ella trató de decirle que no podía, pero dolía. Ella era un yunque y el dolor era un martillo, golpeando una y otra vez.

—Si no lo dejas ir, vas a consumirte completamente.

¿Era éste el fin de su magia, entonces? ¿Unas pocas horas tendiendo fuego? Un alivio, un bendito alivio, si fuera verdad.

—Estás al borde de abrasarte a ti misma de adentro hacia afuera —gruñó Rowan.

Ella parpadeó, y sus ojos dolieron como si tuviera arena en ellos. Agonía atacó su espalda, tan duro, que cayó al césped. Luz llameó, no de ella o Rowan, sino de las llamas creciendo. Las personas gritaron, la música desfalleció. El césped siseó bajo sus manos, humeando. Ella gimió, buscando a tientas en el interior por las tres ataduras a los fuegos. Pero ella era un enredo, un laberinto, los hilos todos enredados, y...

—Lo siento —dijo Rowan entre dientes, maldiciendo de nuevo, y el aire desapareció.

Ella trató de gimotear, de moverse, pero no tenía aire. Nada de aire para ese fuego interno. La oscuridad barrió.

Olvido.

Entonces ella estaba jadeando, arqueándose en el césped, los fuegos ardiendo naturalmente ahora y Rowan cerniéndose sobre ella.

—Respira. Respira.

Aunque ella había cortado sus ataduras con los fuegos, estaba aún ardiendo.

No ardiendo en el exterior, donde incluso el césped había parado de arder...

Ella estaba ardiendo por *dentro*. Cada respiración enviaba fuego por sus pulmones, sus venas. Ella no podía hablar o moverse.

Ella se había empujado a sí misma a través de alguna frontera, no había escuchado las señales de advertencia para retroceder, y ella estaba quemándose viva bajo su piel.

Ella se sacudió con sollozos de pánico sin lágrimas. Dolía, era infinito y eterno, y no había ninguna parte oscura de ella donde pudiera huir para escapar de las llamas. La muerte sería una misericordia, y frío y un oscuro cielo.

Ella no sabía que Rowan se había ido hasta que él corrió de regreso, con dos mujeres



en remolque. Una de ellas dijo— ¿Puedes levantarte para cargarla? No hay ningún detentador de agua aquí, y necesitamos ponerla en agua helada. *Ahora.*

Ella no escuchó qué más fue dicho, no escuchó nada más que el martilleo de esa forja bajo su piel. Hubo un gruñido y un siseo, y luego estaba en los brazos de Rowan, rebotando contra su pecho mientras él se precipitaba a través del bosque. Cada paso enviaba astillas de caliente dolor rojo a través de ella. Aunque sus brazos estaban helados, un gélido viento presionando sobre ella, ella estaba a la deriva en un mar de fuego.

Infierno, así era como los oscuros dioses del inframundo se sentían. Esto era lo que la esperaba cuando diera su último aliento.

Fue el horror de ese pensamiento lo que la hizo enfocarse en lo que pudo asimilar, es decir, el olor a pino y nieve de Rowan. Ella empujó ese olor en sus pulmones, lo empujó profundamente y se aferró a él como si fuera un salvavidas arrojado en un mar tormentoso. Ella no sabía cuánto tiempo tomó, pero su agarre en él estaba debilitándose, cada latido de ardiente dolor friéndola.

Pero luego estaba más oscuro que en el bosque, y los sonidos hacían eco más alto, y tomaron gradas, y luego...

—Ponla en el agua.

Ella fue bajada dentro del agua en la hundida tina de piedra, luego vapor barrió por su cara. Alguien maldijo.

—Congélala, Príncipe —la segunda voz mandó—. Ahora.

Hubo un momento de dichoso frío, pero luego el fuego surgió, y...

— ¡*Sácala!*

Fuertes manos tiraron de ella, y tuvo la vaga sensación de escuchar burbujeos.

Ella había hervido el agua en esa tina. Casi hirviéndose a sí misma. Ella estuvo en otra tina un momento después, el hielo formándose de nuevo, luego derritiéndose. Derritiéndose, y...

—Respira —dijo Rowan en su oreja, arrodillándose por la cabeza de la tina. —Déjalo ir, déjalo salir de ti.

Vapor se alzó, pero ella tomó una respiración.

—Bien. —Rowan resopló. Hielo se formó de nuevo. Derretido.

Ella estaba sudando, calor pulsando contra su piel como un tambor. Ella no quería morir así. Ella tomó otra respiración.

Como el flujo y el reflujo de la marea, el baño se congeló, luego derretió, congelado, luego derretido, más lentamente cada vez. Y cada vez, el frío se absorbía dentro de ella un poquito más, insensibilizándola, obligando a su cuerpo a relajarse.



Hielo y fuego. Escarcha y brasas. Encerrada en una batalla, empujando y halando. Bajo eso, ella casi podía saborear la voluntad de acero de Rowan golpeando contra su magia, una voluntad que se negaba a dejar que el fuego la consumiera en nada.

Su cuerpo dolía, pero ahora el dolor era mortal. Sus mejillas estaban aún ardientes, pero el agua fue fría y luego tibia, luego caliente y... se quedó de esa manera. Tibia, pero no caliente.

—Necesitamos quitarle la ropa, —dijo una de las mujeres.

Celaena perdió la noción del tiempo cuando dos pequeños par de manos bajaron hasta su cabeza y luego la despojaron de sus ropas empapadas. Sin ellas, ella estaba casi sin peso dentro del agua. No le importó si Rowan vio, no creía que hubiera una pulgada del cuerpo de una mujer que él no hubiera ya explorado de todos modos. Ella yació allí, con sus ojos cerrados, el rostro inclinado hacia el techo.

Después de un rato, Rowan dijo: — Sólo contesta sí o no. Es todo lo que debes hacer.

Ella se las arregló para un ligero asentimiento, aunque hizo una mueca cuando el dolor corrió por su cuello y hombros.

— ¿Estás en peligro de estallar de nuevo?

Ella estaba respirando tan establemente como podía, el calor martilleando en sus mejillas, sus piernas, su corazón, pero estaba disminuyendo constantemente.

—No —susurró ella, un cepillo de aire caliente fuera de su lengua.

— ¿Estás adolorida? —No era una pregunta simpática, sino un comandante evaluando la condición de sus soldados para arreglar el mejor curso de acción.

—Sí. —Un siseo de vapor.

Una mujer dijo: —Prepararemos un tónico. Sólo mantenla helada. —Suaves sonidos de pies acolchados en los pisos de piedra durante su salida.

Celaena suspiró, o trató de hacerlo, cuando una tela fría fue puesta en su frente. Más chapoteo, luego otra tela goteando agua helada en su cabello, su cuello.

—Estás agotada —dijo Rowan quedamente. — Deberías haberme dicho que estabas en tu límite.

Hablar era demasiado duro, pero ella abrió sus ojos para encontrarlo arrodillado en la cabeza de la tina, un balde de agua a su lado y una tela en su mano. Él la exprimió de nuevo sobre su frente, el agua tan maravillosa que ella habría gemido. El baño se enfrió más, pero aún estaba cálido, demasiado cálido.

—Si hubieras seguido más allá, el agotamiento te habría destruido. Tú *debes* aprender a reconocer las señales y cómo retroceder antes de que sea demasiado tarde. —No era un discurso, sino una orden. —Te destrozará por dentro. Hará que esto... —Él sacudió



su cabeza de nuevo. —Hará que esto luzca como nada. No *toques* tu magia hasta que hayas descansado por un tiempo. ¿Entendido?

Ella inclinó su cabeza hacia arriba, llamando por más agua helada en su rostro, pero él se negó a exprimir la tela hasta que ella asintió de acuerdo. Él la refrescó por otros pocos momentos, luego lanzó la tela sobre el borde del balde y se puso de pie.

—Iré a chequear el tónico. Estaré de vuelta pronto. —Él se fue una vez que ella asintió de nuevo.

Si ella no lo hubiera conocido mejor, podría haber pensado que estaba agitado. Preocupado, incluso.

Ella no había sido lo suficientemente mayor en Terrasen para tener a alguien que le enseñara acerca del mortal lado de su poder y nadie le había explicado, ya que sus sesiones habían sido muy limitadas. Ella no se había *sentido* como si estuviera consumiéndose. Había venido tan rápido. Tal vez era todo lo que había de su magia. Tal vez su pozo no era tan profundo como todos habían pensado. Sería un alivio si eso fuera verdad.

Ella levantó sus piernas, quejándose ante el dolor a lo largo de sus músculos, y se inclinó hacia adelante lo suficiente para abrazar sus rodillas. Por sobre el borde de la tina hundida, había algunas velas encendidas en las piedras, y miró fijamente las llamas. *Odiaba* las llamas. Aunque ella supuso que necesitaban luz allí dentro.

Ella descansó su frente en sus rodillas cicatrizadas, su piel casi ardiendo. Ella cerró sus ojos, jurando su conciencia dividida.

La puerta se abrió. *Rowan*. Ella se mantuvo a sí misma en esa fría oscuridad, saboreando el creciente frío en el agua, el pulso aquietándose bajo su piel. Él se escuchaba a medio camino a través del cuarto cuando sus pasos pararon.

Contuvo el aliento lo suficientemente duro, ella miró por encima del hombro.

Pero sus ojos no estaban en su rostro. O en el agua. Estaban en su espalda desnuda.

Curvada como estaba contra sus rodillas, él podía ver toda la extensión de carne estropeada, cada cicatriz de los latigazos.

— ¿Quién te hizo eso?

Hubiera sido fácil mentir, pero ella estaba tan cansada, y él le había salvado el pellejo. Así que ella dijo: —Muchas personas. Pasé un tiempo en las Minas de Sal de Endovier.

Él estaba tan quieto que ella se preguntó si él había dejado de respirar.

— ¿Cuánto tiempo? —preguntó después de un momento. Ella se abrazó a sí misma por la lástima, pero su rostro estaba tan cuidadosamente en blanco, no, no en blanco, calmado con una ira letal.

—Un año. Estuve allí un año antes...es una larga historia.



Ella estaba tan cansada, su garganta tan cruda, para decir el resto. Ella notó entonces que sus brazos estaban vendados, y más vendajes a través de su amplio pecho se asomaban de debajo de su camisa.

Ella lo había quemado de nuevo. Y sin embargo él se había aferrado a ella, había corrido todo el camino hasta allí y sin dejarla ir ni una sola vez.

—Fuiste una esclava.

Ella le dio un lento asentimiento. Él abrió su boca, pero la cerró y tragó, la ira letal parpadeando hacia afuera. Como si él recordara de quién estaba hablando y ese fuera el menor castigo que ella merecía.

Dio la vuelta sobre sus talones y cerró la puerta detrás de él. Ella esperó que la hubiera azotado, deseó que la hubiera destrozado. Pero él la cerró con apenas más que un clic y no regresó.





Capítulo 42

Traducido por Lau Vidas

Corregido por Alex

Su espalda.

Rowan remontaba sobre los árboles, librando y adaptando los vientos para impulsarse hacia adelante, más rápido, los aullidos eran insignificantes comparados a los rugidos en su cabeza. Escaneaba al mundo que pasaba más por instinto que por interés, sus ojos iban y venían sobre los retazos de carne destrozada brillando a la luz de la vela.

Los dioses sabían que él había visto muchas heridas horribles. Él mismo había causado muchas de éstas a sus enemigos y amigos por igual. En el gran sentido de las cosas, la espalda de Celaena no estaba ni cerca de alguna de esas heridas. Pero cuando él la había visto, su corazón se detuvo, y por un momento, en su mente se produjo un abrumador silencio.

Sentía su magia y sus instintos de guerrero afilándose en una combinación letal cuanto más tiempo pasaba, aullaba por destrozar a la gente que lo había hecho con sus propias manos. Él solo se había ido, apenas saliendo de los baños antes de moverse y adentrarse en la noche.

Maeve le había mentado. O mentado por omisión, al menos. Pero ella sabía. Sabía lo que la chica había pasado, sabía que había sido una esclava. Ese día, temprano ese día, él había amenazado con *azotarla*, dioses. Y ella había enloquecido. Él había sido un tonto tan orgulloso que asumió que ella había hecho una escena porque no era más que una niña. El debió haberlo sabido, debió haber *sabido* que si ella había reaccionado por algo como eso, era porque las cicatrices eran más profundas. Y luego estaban las otras cosas que él había dicho...

Casi estaba en las altas líneas de las montañas Cambrian. Ella apenas se había convertido en mujer cuando la hirieron así. ¿Porque no se lo había contado? ¿Porque Maeve no se lo había contado?

Sus halcones soltaron un llanto agudo que resonó en las piedras gris oscuro del muro de la montaña tras él. Un coro de aullidos a lo lejos se elevó y respondió, los lobos salvajes de Maeve, custodiando los pasos.

Incluso si volaba de vuelta a Doranelle, llegaba hasta su reina y exigía respuestas... no se las daría a él. Con el juramento de sangre, ella podía ordenarle que no regresara a Mistward.

Dominó los vientos con su magia, cortando abruptamente sus corrientes. Aelin. . . Aelin no había confiado en él, no quería que él supiera.

Y ella casi se había quemado completamente, malditos sean los dioses, dejándola actualmente indefensa.

Una ira primitiva le quemaba las tripas, y rebosaba con una necesidad territorial, posesiva. No una necesidad por ella, sino una necesidad de proteger, su obligación y honor de hombre. No había manejado las novedades cómo debería haberlo hecho.

Si ella no había querido contarle que había sido una esclava, era porque había asumido lo peor de él, al igual que probablemente asumiría lo peor de su partida. Ese pensamiento le desagradó.

Así que giro de vuelta al norte y refrenó su magia para jalar los vientos con él, relajando su vuelo de regreso a la fortaleza.

Obtendría respuestas de su reina muy pronto.



Los sanadores le dieron un tónico, y cuando Celaena les reaseguró que no iba a auto-incinerarse, se quedó en el baño hasta que sus dientes empezaron castañar. Le tomo el tripe de tiempo regresar a su habitación, y estaba tan fría y agotada que no se cambió de ropa sino hasta que se desplomó en la cama.

No quería pensar sobre qué significaba que Rowan la dejara así, pero lo hizo, dolida y acalambrada por la magia. Fue a la deriva en un sacudido e intermitente sueño, el frío era tan intenso que no podía decir si se debía a la temperatura o si eran las consecuencias de la magia.

En algún punto, se despertó por las risas y cantos de los juerguistas regresando. Al poco tiempo, hasta el más ebrio había encontrado su cama o la de alguien más. Estaba a punto de quedarse dormida de nuevo, todavía tiritando, cuando el viento hizo crujir su ventana al abrirla. Estaba demasiado fría y adolorida como para levantarse. Hubo un re-



voloteo de vientos y un haz de luz, y antes de que pudiera darse la vuelta, él la levanto, frazadas y todo.

Si hubiera tenido energías, tal vez habría protestado. Más él la condujo los dos tramos de escalera, al final del pasillo, y luego...

Un fuego rugiente, sabanas cálidas, y un suave colchón. Y un edredón pesado que fue plegado con asombrosa gentileza. El fuego se atenuó con un viento fantasma, y luego el colchón se movió.

En la temblorosa oscuridad, él dijo —Te quedaras conmigo a partir de ahora.

Ella noto que él se encontraba lo más alejado de ella posible sin caerse de colchón. —La cama es por esta noche. Mañana te conseguiré un catre. Lo limpiaras tú misma o regresaras a ese cuarto.

Ella se protegió con su almohada. —De acuerdo.

El fuego se había atenuado, pero el cuarto seguía cálido. Era la primera cama tibia que tenía en meses. Pero ella dijo— No quiero tu lastima.

—No es lastima. Maeve decidió no contarme lo te había pasado. Tienes que saber que yo no, no sabía que tu habías...

Ella deslizo un brazo sobre la cama para sujetar su mano. Ella sabía que si lo quería, podría herirlo tan profundo que lo fracturaría. —Lo sé. Al principio, temía que te burlaras de mí si te lo contaba, y te habría matado por eso. Después no quería que sintieras lastima por mí. Y más que nada, no quería que pensaras que era una excusa.

—Como un buen soldado—, dijo él. Celaena tuvo que apartar la mirada por un momento para evitar que él pudiera ver lo que eso significaba para ella.

Él tomo un largo respiro que hizo expandir su amplio pecho. —Cuéntame cómo fuiste enviada allí, y como lograste escapar.

Ella estaba tan cansada, pero reunió toda la energía que le quedaba una última vez y le conto de sus años en Rifthold, del robo de caballos Asterion y la cabalgata por el desierto, del baile hasta el amanecer con las cortesanas y los ladrones y de todas las hermosas criaturas malditas en el mundo.

Y luego le conto cuando perdió a Sam, y sobre esos primeros azotes en Endovier, cuando le escupió sangre en la cara del Jefe Supervisor, y lo que había visto y soportado en el año siguiente. Hablo del día que había esquivado y escapado de su propia muerte. Su corazón se sentía pesado cuando llego a la noche donde el Capitán de la Guardia Real merodeo en su vida, y el hijo de un tirano le ofreció una oportunidad de libertad.

Le dijo lo que pudo sobre la competencia y como había ganado, hasta que sus palabras se fueron apagando y sus parpados se fueron cerrando.

Habría mucho tiempo para contarle lo que paso después, de las llaves del Wyrld y Elena



y Nehemia y como se había quedado tan rota e inservible.

Ella bostezó, y Rowan se frotó los ojos, su otra mano todavía sostenía la de ella. Pero no la dejó ir. Y cuando ella despertó antes del amanecer, caliente, a salvo y descansada, Rowan todavía sostenía su mano, apretada contra su pecho.

Algo fundido se precipitó por ella, vertiéndose sobre cada grieta y fractura que quedase expuesta o abierta. No para lastimar o estropear, sino para soldar.

Para forjar.





Capítulo 43

Traducido por Roxy y Noemi

Corregido por Sofía

Rowan no la dejó salir de la cama ese día. Él llevó bandejas con comida, yendo tan lejos como para asegurar que ella consumiera hasta la última gota de caldo de res, media hogaza de pan crujiente, un plato de las primeras bayas de primavera, y una taza de té de jengibre. Él difícilmente necesitó ofrecer algún incentivo para comer, ella estaba hambrienta. Pero si ella no lo supiera mejor, hubiera dicho que él se estaba quejando.

Emrys y Luca la visitaron una vez para ver si ella estaba viva, dieron una mirada al rostro frío de piedra de Rowan, escucharon el murmullo de un gruñido, y salieron, diciendo que ella estaba en más que competentes manos y prometiendo que volverían cuando se sintiera mejor.

—Sabes, — Celaena dijo, apoyada en la cama con su cuarta taza de té del día, —yo realmente dudo que alguien me vaya a atacar *ahora*, si ellos ya me han puesto al día con mis tonterías para este tiempo.

Rowan, quien estaba ya aun estudiando minuciosamente el mapa de la locación de los cuerpos, ni siquiera miró hacia arriba desde su asiento en su tabla de trabajo. —Esto no es negociable.

Ella podría haberse reído si su cuerpo no hubiera dado una punzada de retorcido y eneguedor dolor. Ella se dobló con ella, agarrando su taza, concentrándose en su respiración. *Eso* era el por qué ella le había permitido preocuparse. Gracias a su descongelamiento mágico anoche, cada maldita parte de ella estaba adolorida. El constante palpite y escozor y retortijones, el dolor de cabeza entre sus cejas, la borrosidad en el borde de su visión... incluso deslizar su mirada a lo largo del cuarto enviaba chispas de

dolor a través de su cabeza.

— ¿Así que quieres decirme que cuando sea que alguien se acerca a consumirse, no sólo pasa a través de toda esta miseria, pero si es una mujer, los hombres a su alrededor se vuelven así de enloquecidos?

Él bajó su pluma y se giró para examinarla. — *Esto* es difícilmente enloquecimiento. Al menos puedes defenderte a ti misma por medios físicos cuando tu magia es inútil. Para otras hadas, incluso si han tenido entrenamiento en defensa y armas, si no pueden tocar su magia, son vulnerables, especialmente si están agotados y adoloridos. Eso hace a las personas, usualmente hombres, sí, de alguna manera inquietas. Otros han sido conocidos por matar sin pensar en cualquier amenaza percibida, ya sea real o de otra forma.

— ¿Qué clase de amenaza? Las tierras de Maeve son pacíficas. — Ella se inclinó hacia adelante para colocar su taza, pero él ya se estaba moviendo, tan ágil que interceptó su taza antes de que pudiera golpear la mesa. Él la tomó de ella con sorprendente gentileza, vio que ya la había agotado, y sirvió otra taza.

— Amenazas de cualquier lado, hombres, mujeres, criaturas... No puedes razonar contra eso. Incluso si no estaba en nuestra cultura, siempre habría un instinto de defender al desprotegido, sin importar si son mujeres u hombres, joven o viejo. — Él buscó por una rodaja de pan y un tazón de caldo de res. — Come esto.

— Me duele decir esto, pero un bocado más y voy a estar completamente enferma. — Oh, él estaba definitivamente preocupado, y aunque eso entibiaba su miserable corazón, se estaba volviendo más bien irritante.

El bastardo solo metió el pan en el caldo y se lo tendió a ella. — Necesitas mantener tu energía alta. Probablemente casi te consumiste porque no tenías suficiente comida en tu estómago.

Bueno, olía demasiado bien para resistir de todas maneras. Ella tomó el pan y el caldo. Mientras comía, él se aseguró que el cuarto pasaba inspección: el fuego estaba todavía alto, sofocantemente caliente, ya que había estado desde la mañana, gracias a los escalofríos que la habían atormentado, sólo una ventana estaba abierta, para dejar pasar la más ligera de las brisas cuando tenía fogonazos calientes, la puerta estaba cerrada, y con llave, y otra taza de té estaba esperando, actualmente remojando su mesa de trabajo. Cuando había terminado de asegurarse que todo estaba considerado y que ninguna amenaza acechaba en las sombras, él la miró con el mismo escrutinio: piel, pálida y brillando por los remanentes de esos destellos calientes; labios, pálidos y agrietados; postura, flácida e inútil; ojos, empañados por el dolor y cada vez más llenos de irritación. Rowan frunció el ceño de nuevo.

Después de tenderle el tazón vacío, ella frotó su pulgar e índice contra el persistente dolor de cabeza entre sus cejas. — Así que cuando la magia se agota, — ella dijo, — ¿Eso es todo, o paras o te consumes?

Rowan se recostó en su silla. — Bueno, está el *carranam*. — La palabra del Antiguo



Lenguaje era hermosa en su lengua, y como si ella hubiera tenido un deseo de muerte, ella le podría haber rogado que hablara sólo en el antiguo lenguaje, sólo para saborear los exquisitos sonidos.

—Es difícil de explicar, — Rowan continuó. —Sólo lo he visto ser usado contadas veces en campos de batalla. Cuando estás agotado, tu *carranam* puede cederte su poder, siempre que sean compatibles y activamente compartan una conexión de sangre.

Ella inclinó su cabeza a un lado. —Si nosotros fuéramos *carranam*, y te diera mi poder, ¿Seguirías usando únicamente viento y hielo, no mi fuego?— él asintió gravemente. — ¿Cómo sabes si eres compatible con alguien?

—No hay manera de decirlo hasta que lo intentas. Y el vínculo es tan raro que la mayoría de hadas nunca conocen a alguien que sea compatible, o en quien confíen lo suficiente para intentarlo. Siempre hay una amenaza de que puedan tomar demasiado, y si ellos no están capacitados, podrían destrozarte tu mente. O ambos podrían consumirse completamente.

Interesante. — ¿Puedes solamente robar magia de alguien?

—Hadas menos honorables una vez intentaron hacerlo, ganar batallas y añadir a su propio poder, pero nunca funcionó. Y si lo hizo, era porque la persona que mantenían como rehén era coincidentemente compatible. Maeve ilegalizó cualquier conexión forzada largo tiempo antes de que naciera pero... He sido enviado unas pocas veces a cazar hadas corruptas quienes mantenían a su *carranam* como esclavos. Usualmente, los esclavos están tan rotos que no hay manera de rehabilitarlos. Eliminarlos es la única misericordia que puedo ofrecer.

Su rostro y voz no cambiaron, pero ella dijo suavemente, —Hacer eso debe ser más difícil que todas las guerras y acosos que has librado.

Una sombra se precipitó a lo largo de su severo rostro. —La inmortalidad no es tanto un don como los mortales podrían pensar. Puede engendrar monstruos sobre los que incluso a ti te enfermaría aprender. Imagina los sádicos que has encontrado, y luego imagínalos con milenios para perfeccionar sus artificios y perversos deseos.

Celaena se estremeció. —Esta conversación se ha vuelto demasiado horrible para tenerla después de comer, — ella dijo, dejándose caer contra las almohadas. —Dime cual de tu pequeño grupo es el más guapo y me fascinaría.

Rowan se atragantó. —El pensamiento de ti con cualquiera de mis compañeros hace a mi sangre correr helada.

— ¿Son tan terribles? Tu amigo gatito lucía lo suficientemente decente.

Las cejas de Rowan se alzaron. —No creo que mi amigo *gatito* sabría que hacer contigo, ni lo sabrían el resto de los otros. Probablemente terminaría en un derramamiento de sangre. — Ella siguió sonriendo, y él cruzó sus brazos. —Ellos probablemente tendrían poco interés en ti, pues tú estarás vieja y decrepita muy pronto y en consecuencia no vale



la pena el esfuerzo que tomaría ganarte.

Ella rodó sus ojos. —Aguafiestas.

Se hizo el silencio, y él la miró de nuevo, lúcida, si agotada y de mal humor, y ella no estaba tan sorprendida cuando él lanzó una mirada a sus muñecas desnudas, uno de los pocos trozos de piel mostrándose gracias a las mantas que él había apilado sobre ella. Ellos no lo habían discutido la noche anterior, pero ella sabía que él había estado trabajando en ello.

No había juicio en su mirada cuando dijo —Un curandero habilidoso podría probablemente deshacerse de esas cicatrices, definitivamente de las de tu muñeca, y la mayoría en tu espalda.

Ella apretó su mandíbula, pero después de un momento dejó salir una larga respiración. Incluso aunque ella sabía que él entendería sin mucha explicación, ella dijo, —Había celdas en las entrañas de la mina que usaban para castigar esclavos. Celdas tan oscuras que te despertarías en ellas y pensarías que habías estado ciego. Ellos me encerraron allí algunas veces, una vez por tres semanas seguidas. Y la única cosa que me hizo pasar a través de ello fue recordarme a mí misma mi nombre, una y otra y otra vez, *Yo soy Celaena Sardothien*.

El rostro de Rowan estaba tenso, pero ella continuó. —Cuando me dejaron salir, mucho de mi mente se había cerrado en la oscuridad y la única cosa que podía recordar era que mi nombre era Celaena. Celaena Sardothien, arrogante y valiente y habilidosa, Celaena quien no sabía de temor o desesperación, Celaena quien era una arma afilada por la Muerte. — Ella corrió una mano temblorosa a través de su cabello. —Usualmente no me permito a mí misma pensar acerca de esa parte de Endovier, — ella admitió. —Después de que salí, habían noches cuando despertaría y pensaría que estaba de vuelta en esas celdas, y tendría que encender cada vela en mi habitación para probar que no lo estaba. Ellos no sólo te matan en las minas, te rompen.

—Hay miles de esclavos en Endovier, y un buen número son de Terrasen. A pesar de lo que haga con mi derecho de nacimiento, voy a encontrar una manera de liberarlos algún día. Yo voy a liberarlos. Ellos, y los esclavos en Calaculla también. Por tanto mis cicatrices sirven como un recordatorio de eso.

Ella nunca lo había dicho, pero allí estaba. Una vez ella trató con el Rey de Adarlan, si destruyéndolo de alguna manera no ponía un fin a la labor de los campos, ella lo haría. Piedra por piedra de ser necesario.

Rowan preguntó, — ¿Qué pasó hace diez años, Aelin?

—No voy a hablar sobre eso.

—Si tú tomarás posesión de tu corona, podrías liberar a Endovier por lejos más fácilmente que...

—No *puedo* hablar sobre eso.



— ¿Por qué?

Había un pozo en su memoria, un pozo del que no podía salir si alguna vez caía en él. No era la muerte de sus padres. Ella había sido capaz de contar a los otros en términos vagos sobre su asesinato. Ese dolor era aún impresionante, aún la perseguía. Pero despertarse entre sus cuerpos no fue el momento que había destrozado todo lo que Aelin Galathynius era y pudo haber sido. En el fondo de su mente, ella escuchó la voz de otra mujer, encantadora y frenética, otra mujer quien-

Ella frotó sus cejas de nuevo. — Está esta...rabia, — dijo con voz ronca. — Esta desesperación y odio y *rabia* que vive y respira dentro de mí. No hay cordura en ella, ni gentileza. Es un monstruo habitando bajo mi piel. Por los últimos diez años, he trabajado cada día, cada hora, para mantener a ese monstruo encerrado. Y al momento en que hable sobre esos dos días, y lo que pasó antes y después, ese monstruo va a liberarse, y no habrá cuenta para lo que haga.

— Así es como fui capaz de pararme frente al Rey de Adarlan, como fui capaz de hacer amistad con su hijo y su Capitán, como fui capaz de vivir en ese palacio. Porque no le di a esa rabia, a esas memorias, una pulgada. Y en este momento estoy buscando por las herramientas que podrían destruir a mi enemigo, y no puedo dejar salir a ese monstruo, porque me hará usar esas herramientas en contra del Rey, no devolverlas como debería, y yo podría muy bien destruir al mundo por despecho. Así que *eso* es por qué yo debo ser Celaena, no Aelin, porque ser Aelin significa enfrentar esas cosas, y soltar ese monstruo. ¿Entiendes?

— Por lo que sea que valga, no creo que destruirías al mundo por despecho. — Su voz se volvió dura. — Pero también pienso que te gusta sufrir. Tú recoges cicatrices porque quieres probar que estás pagando por cualesquiera pecados que has cometido. Y lo sé porque he estado haciendo la misma maldita cosa por doscientos años. Dime, ¿Piensas que irás a algún bendecido lugar en el más allá, o esperas arder en el infierno? Estás esperando el infierno, ¿Por qué cómo podrías enfrentarlos en el más allá? Mejor sufrir, estar maldito por la eternidad y...

— Es suficiente, — ella murmuró. Ella debió haber sonado tan miserable y pequeña como se sentía, porque él se dio la vuelta a la mesa de trabajo. Ella cerró sus ojos, pero su corazón estaba relampagueando.

Ella no sabía cuánto tiempo pasó. Después de un rato, el colchón se movió y crujió, y un cálido cuerpo se presionó contra el de ella. No sosteniéndola, sólo yaciendo a su lado. Ella no abrió sus ojos, pero inhaló su aroma, el pino y nieve, y su dolor se asentó un poquito.

— Al menos si vas al infierno, — él dijo, las vibraciones en su pecho retumbando contra ella, — entonces estaremos allí juntos.

— Ya me siento mal por el dios oscuro. — Él cepilló una larga mano por su cabello, y ella casi ronroneó. No se había dado cuenta de cuánto extrañaba ser tocada, por cualquiera, amigo o amante. — Cuando vuelva a ser normal, ¿Puedo asumir que vas a gritar-



me sobre casi consumirme?

Él dejó salir una suave risa pero continuó acariciando su cabello. —No tienes idea.

Ella sonrió contra la almohada, y su mano se quedó quieta por un momento, luego empezó de nuevo.

Después de un largo rato él murmuró, —No tengo duda que serás capaz de liberar a los esclavos de los campos de labor algún día. Sin importar el nombre que uses.

Sus ojos ardieron detrás de sus párpados, pero ella se inclinó en su toque un poco más, incluso yendo tan lejos como para poner una mano en su amplio pecho, saboreando el estable y seguro latido debajo.

—Gracias por cuidar de mí, — ella dijo. Él gruñó, aceptación o descarte, ella no sabía. El sueño tiró de ella, y ella lo siguió en el olvido



Rowan la mantuvo encerrada en su cuarto por unos pocos días más, e incluso una vez que ella le dijo que se estaba sintiendo bien, él la hizo pasar un medio día extra en cama. Ella supuso que era genial, tener a alguien, incluso a un altivo y gruñón guerrero hada, preocupándose de si ella moría o vivía.

Su cumpleaños llegó, diecinueve de alguna manera se sentían más bien aburrido, y su solo regalo fue que Rowan la dejó sola por unas pocas horas. Él volvió con las noticias de otro cadáver de semi-hada encontrado cerca de la costa. Ella le pidió para que le dejara verlo, pero él se negó a toda máquina, más bien le gritó, y le dijo que ya había ido a verlo por sí mismo. Era el mismo patrón: una hemorragia nasal seca, un cuerpo drenado hasta que sólo quedó una cáscara, y luego un descuidado descarte. Él también había ido de vuelta a esa ciudad, donde ellos habían estado más que felices de verle, ya que había llevado oro y plata.

Y él había regresado a Celaena con chocolates, pues él clamó estar insultado por el hecho que ella consideró su ausencia un adecuado regalo de cumpleaños. Ella trató de abrazarlo, pero él no tendría nada de eso, y se lo dijo como mucho. Aun así, la siguiente vez que ella usó el cuarto de baño, ella se había movido furtivamente detrás de su silla en la mesa de trabajo y plantó un gran y sonoro beso en su mejilla. Él la había despedido y limpiado su rostro con un gruñido, pero ella tenía la sospecha que él la había dejado traspasar sus defensas.



Fue un error pensar que finalmente volver al exterior sería una delicia.

Celaena estaba parada al otro lado de Rowan en un claro musgoso, sus rodillas lige-



ramente dobladas, manos en puños flojos. Rowan no le había dicho, pero ella se había puesto en posición defensiva al ver el tenue brillo en sus ojos.

Rowan sólo miraba así cuando estaba a punto de hacer de su vida un infierno en vida. Y desde que no habían ido a las ruinas del templo, ella asumió que él pensó que ella al menos había perfeccionado un elemento de su poder, a pesar de los eventos de Beltane. Lo que significaba que ellos estaban a punto de perfeccionar la siguiente.

—Tu magia carece de forma, — Rowan dijo al fin, parado tan quieto que ella lo envidiaba por eso. —Y porque no tiene forma, tú tienes poco control. Como una forma de ataque, una bola de fuego u ola de llamas es útil, sí. Pero si estás en batalla con un habilidoso combatiente, si quieres ser capaz de usar tu poder, entonces tienes que aprender a pelear con él. — Ella se quejó. —Pero, — él agregó afiladamente, —tú tienes una ventaja que varios portadores de magia no tienen: Tú ya sabes cómo pelear con armas.

—Primero chocolates en mi cumpleaños, ¿Ahora verdaderos cumplidos?

Sus ojos se estrecharon, y entonces tenían ya otra de sus conversaciones sin palabras. *Entre más hables, más te voy a hacer pagar en un momento.*

Ella sonrió ligeramente. *Mis disculpas, maestro. Soy tuya para que me instruyas.*

Mocosa. Él sacudió su barbilla hacia ella. —Tu fuego puede tomar cualquier forma que desees, el único límite es tu imaginación. Y considerando tu crianza, deberías ir en la ofensiva.

— ¿Quieres que haga una espada de fuego?

—Flechas, dagas, tú diriges el poder. Visualízalo, y úsalo como usarías un arma mortal.

Ella tragó.

Él sonrió. ¿Asustada de jugar con fuego, Princesa?

No vas a estar feliz si chamusco tus cejas.

Pruébame. —Cuando entrenaste como asesina, ¿Cuál fue la primera cosa que aprendiste?

—Cómo defenderme a mí misma.

Ella entendió por qué él había lucido tan divertido por los últimos pocos minutos cuando dijo, —Bien.



No sin sorpresa, tener dagas de hielo tiradas hacia ella era miserable.



Rowan lanzó daga tras daga mágica hacia ella, y cada maldita vez, el escudo de fuego que ella trató, y falló, de imaginar no hizo nada. Si aparecía del todo, siempre se manifestaba muy lejos a la izquierda o a la derecha.

Rowan no quería una pared de fuego. No, él quería un pequeño y controlado escudo. Y no importó cuantas veces él pinchó sus muñecas o brazos o rostro, no importó que sangre seca estuviera ahora picando por sus mejillas. Un escudo, eso era todo lo que ella tenía que formar y él pararía.

Sudando y jadeando, Celaena estaba comenzando a preguntarse si debería pararse directamente en el camino de su siguiente daga y liberarse a sí misma de su sufrimiento cuando Rowan gruñó. —Intenta más duro.

—Estoy tratando, — ella replicó, rodando a un lado cuando él envió dos brillantes dagas de hielo a su cabeza.

—Estás actuando como si estuvieras al límite de consumirte.

—Tal vez lo estoy.

—Si tú crees por un momento que estás cerca de consumirte luego de una hora de práctica...

—Pasó así de rápido en Beltane.

—Ese *no* fue el fin de tu poder. — Su siguiente daga de hielo aulló en el aire a un lado de su cabeza. —Caíste en el señuelo de la magia y le dejaste hacer lo que quiso, le dejaste consumirte. Si hubieras mantenido tu cabeza, podrías haber tenido esos fuegos ardiendo por semanas, meses.

—No. — Ella no tenía mejor respuesta que esa.

Sus fosas nasales se dilataron ligeramente. —Lo sabía. Tú querías que tu poder fuera insignificante, estabas aliviada cuando pensaste que era todo lo que tenías.

Sin advertencia, él envió la daga, luego la siguiente, luego la siguiente hacia ella. Ella levantó su brazo izquierdo como levantaría un escudo, imaginando la llama rodeando su brazo, bloqueando esas dagas, destruyéndolas, pero...

Ella maldijo tan alto que los pájaros pararon su parloteo. Ella agarró su antebrazo mientras sangre brotaba y empapaba su túnica. — ¡Para de *golpearme*! ¡Ya capté el punto!

Pero otra daga vino. Y otra.

Agachándose y esquivando, levantando su ensangrentado brazo una y otra vez, ella rechinó sus dientes y juró hacia él. Rowan mandó una daga girando con mortal eficacia, y ella no pudo moverse lo suficientemente rápido para evitar el delgado rasguño a lo largo de su mejilla. Ella siseó.

Él estaba en lo cierto, él siempre estaba en lo cierto, y ella *odiaba* eso. Casi tanto como



odiaba el poder que la inundaba y hacía lo que quería. Era *suyo* para que lo controlara, no de manera inversa. Ella no era su esclava. Ella ya no era la esclava de nadie. Y si Rowan lanzaba una maldita daga más a su *rostro*...

Lo hizo.

El cristal de hielo no hizo su camino más allá de su antebrazo levantado antes de que se desvaneciera en un siseo de vapor.

Celaena miró por encima del destellante borde de la compacta llama roja frente a su brazo. En forma de un escudo.

Rowan sonrió lentamente. —Terminamos por ahora. Ve a comer algo.

El escudo circular no le quemaba, aunque sus llamas crepitaban y giraban. Y ella lo había mandado. Había...funcionado.

Así que ella alzó sus ojos a Rowan. —No. De nuevo.



Después de una semana de hacer escudos de varios tamaños y distintas temperaturas, Celaena podía tener múltiples defensas ardiendo a la vez, y rodear a la cañada por completo con la mitad de un pensamiento para protegerlo de un asalto exterior. Y cuando ella se levantó una mañana antes del amanecer, ella no podía decir por qué lo hizo, pero se deslizó fuera del cuarto que compartía con Rowan y fue hacia las guardas de piedra.

Ella tembló de más por el frío de la mañana mientras el poder de las curvadas puertas de piedra silbaba contra su piel cuando pasó a través de ellas. Pero ninguno de los centinelas en las murallas le ordenó que parara mientras caminaba a lo largo de la línea de rocas grabadas e imponentes hasta que encontró un pedazo de tierra plana y empezó a practicar.





Capítulo 44

Traducido por Nereza

Corregido por Nicole

Capítulo 44

Traducido por Nereza

Corregido por Nicole

Como uno volaron Las Trece, como uno Las Trece lideraron a los otros aquelarres en los cielos. Perforación tras perforación, a través de la lluvia, el sol y el viento, hasta que todos estuvieron bronceados y pecosos. Aunque Abraxos aún tenía que hacer la travesía, los parches de seda de araña en sus alas mejoraron su vuelo significativamente.

Todo iba muy bien. Abraxos se había metido en una pelea por el dominio con el dragón de Lin y había salido victorioso, después de eso, ninguno en su aquelarre o cualquier otro lo desafiaron. Los Juegos de Guerra se acercaban rápidamente, y aunque Iskra no había dado ningún problema desde la noche que Manon la había medio matado, ellas cuidaron sus espaldas: en los baños, en cada rincón oscuro, comprobaron doblemente cada rienda y correa antes de que montaron sus dragones heráldicos

Sí, todo iba muy bien, hasta que Manon fue convocado a la habitación de su abuela.

— ¿Por qué es—, dijo su abuela a modo de saludo, paseando por la habitación, los dientes siempre fuera, —que tengo que saber de la maldita de Cresseida, que tu inútil dragón, no ha hecho la travesía? ¿Por qué es que estoy en medio de una reunión, pla-

neando estos Juegos de Guerra para que tú puedas ganar, y las otras matronas me dicen que no te es permitido participar porque tu montura no hará la travesía y por lo tanto no se le permite volar en la hueste?

Manon vislumbró el destello de las uñas antes de que se barrieran por su mejilla. No lo suficientemente fuerte para dejar cicatriz, pero lo suficiente para sangrar.

—Tú y la bestia son una vergüenza, — siseo su abuela, con los dientes chasqueando en su cara. —Todo lo que quiero es que ganes estos Juegos, para que podamos tomar nuestro lugar legítimo como reinas, no Grandes brujas. Reinas de la desolación, Manon. Y tú estás haciendo tu mejor esfuerzo para *arruinarlo*. —Manon mantuvo los ojos fijos en el suelo. Su abuela clavó una uña en su pecho, cortando a través de su capa roja, perforando la carne justo encima de su corazón. — ¿Se ha derretido tu corazón?

—No.

—No—, su abuela se burló. —No, no se puede derretir, porque tú no tienes corazón, Manon. No nacemos con ellos, y nos alegramos de ello—. Señaló el suelo de piedra. — ¿Por qué se me ha informado *hoy* que Iskra atrapó una maldita Crochan espiándonos? ¿Por qué soy la última en saber que ella está en nuestras mazmorras y que han estado interrogándola por *dos días*?

Manon parpadeo, pero esa fue toda la sorpresa que mostro. Si las Crochans estaban espiándolas... otro golpe a la cara, arruinando la otra mejilla.

—Harás la travesía mañana, Manon. Mañana, y no me importa si te salpicas en las rocas. Si vives, ruégale a la oscuridad que ganes esos juegos, porque si no... — su abuela deslizó una uña por la garganta de Manon. Un araño para mantener la sangre corriendo.

Y una promesa.

Todo el mundo llegó esta vez para ver la travesía. Abraxos estaba ensillado, el enfoque fijado en el la boca abierta de la cueva más allá de la noche. Asterin y Sorrel estaban detrás de ella, pero al lado de sus monturas, no a horcajadas de ellos. Su abuela se había enterado de cómo planeaban salvarla y lo había prohibido. Fue la propia estupidez y orgullo de Manon los que tenían que pagar, ella había dicho.

Las brujas se alineaban en la plataforma de observación, y desde lo alto, las grandes brujas y sus herederas veían desde un pequeño balcón. El ruido era cerca a ensordecedor. Manon miró a Asterin y Sorrel y los encontró con una mirada feroz, fría de piedra, pero tensa.

—Manténganse en las paredes para no asustar a sus dragones, — les dijo. Ellas asintieron sombríamente.

Desde el injerto de la seda de araña en las alas de Abraxos, Manon había tenido cuidado de no presionarlo demasiado duro hasta que la curación fuera absolutamente completa. Pero la travesía, con su paso y vientos... Sus alas podían ser trituradas en cuestión



de segundos si la seda no aguantaba.

—Estamos esperando, Manon—, su abuela gritó desde arriba. Ella hizo un gesto con la mano hacia la boca de la cueva. —Pero de todas maneras, tómate tu tiempo.

Risas, de Yellowlegs, Blackbeaks. . . todos. Sin embargo Petrah no sonreía. Y ninguna de Las Trece, reunidas más cerca a lo largo de la plataforma de observación, sonreía, tampoco.

Manon se volvió hacia Abraxos, mirando esos ojos. —Vamos. — Ella tiró de las riendas.

Pero se negó a moverse, no por miedo o terror. Lentamente levantó la cabeza, mirando hacia donde su abuela estaba, y dejó escapar un gruñido de advertencia. Una amenaza.

Manon sabía que ella lo iba reprender por la falta de respeto, pero el hecho de que pudiera comprender lo que estaba ocurriendo en esta sala... debería haber sido imposible.

—La noche se está desvaneciendo—, su abuela llamó, haciendo caso omiso de la bestia que la miró con tanta rabia en sus ojos.

Sorrel y Asterin intercambiaron miradas, y ella podría haber jurado que la mano de su segunda al mando torció hacia la empuñadura de su espada. No para dañar a Abraxos, pero... Todas y cada una de Las Trece cogieron casualmente sus armas. Para luchar y salir en caso de que su abuela le diera la orden para sacrificar a Manon y Abraxos. Habían oído el desafío en el gruñido de Abraxos, entendieron que la bestia había trazado una línea en la arena.

No nacieron con corazones, dijo su abuela. A todas ellas les habían dicho eso.

La obediencia, la disciplina, la brutalidad. Esas eran las cosas que se suponía debían cuidar.

Los ojos de Asterin estaban brillantes, brillo deslumbrante, y ella asintió con la cabeza una vez a Manon.

Era la misma sensación que había sentido cuando Iskra azoto a Abraxos, esa cosa que no podía describir, pero que la cegó.

Manon agarró el hocico de Abraxos, obligando a alejar su mirada de su abuela. —Sólo una vez—, susurró. —Todo lo que tienes que hacer es hacer este salto sólo una vez, Abraxos, y entonces puedes *callarlos para siempre*.

Entonces, elevándose desde las profundidades, vino un latido constante de dos notas. El ritmo de las bestias de cebo encadenadas, que transportaban las enormes máquinas alrededor. Como un corazón palpitante. O alas batiéndose.

Más fuerte sonaba el ritmo, como si los dragones heráldicos abajo en los fosos supieran lo que estaba sucediendo. Creció y creció, hasta que llegó a la caverna, hasta Asterin tomó su escudo y se le unió.



Hasta que cada una de Las Trece tomo el ritmo. — ¿Escuchas eso? *Es para ti.*

Por un momento, mientras el ritmo pulsaba alrededor, alas fantasmas de la montaña misma, Manon pensó que no sería tan malo morir, si era con él, si no estaba sola.

—Eres uno de Las Trece, — ella le dijo. —A partir de ahora hasta que la oscuridad nos separe. Tú eres mío, y yo soy tuya. Vamos a mostrarles por qué.

Resopló en sus palmas, como diciendo que él ya sabía todo eso y que ella estaba perdiendo el tiempo. Ella sonrió débilmente, aun mientras Abraxos echó otra mirada desafiante en la dirección de su abuela. El dragón heráldico se sentó en el suelo para que Manon subiera a la montura.

La distancia a la entrada parecía mucho más corta en la montura que a pie, pero ella no se permitió dudar de él mientras parpadeaba y retractaba sus dientes. La seda de araña aguantaría-no consideraría ninguna otra alternativa. —Vuela, Abraxos, — ella le dijo, y apretó sus espuelas en sus costados.

Como una estrella rugiente, tronó por el largo rodaje, y Manon se movió con él, encontrando cada galope de su poderoso cuerpo, cada paso a tiempo con el ritmo de los dragones encerrados en las entrañas de la montaña. Abraxos batió sus alas abiertas, golpeando una vez, dos veces, ganando velocidad, sin miedo, implacable, listo.

Aun así, el ritmo no se detuvo, no de los dragones heráldicos o de Las Trece o de los aquelarres Blackbeak, quienes lo recogieron, pisoteando o aplaudiendo con sus manos. No de la heredera Blueblood, quien se llevó la espada contra su daga, o las brujas Blueblood que siguieron su ejemplo. Toda la Montaña se estremeció con el sonido.

Cada vez más rápido, Abraxos corrió por el descenso, y Manon agarró con fuerza. La boca de la cueva se ancho. Abraxos se metió en sus alas, usando el movimiento para dar a su cuerpo un último empujón sobre la orilla mientras tomaba a Manon con él y se lanzó.

Rápido como un arco de rayo a través del cielo, se desplomó en el suelo agrietado.

Manon subió a la montura, aferrada mientras se arrancaba su trenza libre de su manto, y se soltaba de su lazo, tirando dolorosamente detrás de ella, haciéndola llorar a pesar de las tapas. Abajo y abajo cayó, alas metidas y apretadas, cola recta y equilibrada.

Abajo en el infierno, en la eternidad, en ese mundo en el que, por un momento, ella podría haber jurado que algo se apretó en su pecho. No cerró los ojos, no mientras las rocas iluminadas por la luna de la Brecha se acercaban, más claras. No lo necesitaba.

Al igual que las velas de un barco poderoso, las alas de Abraxos desplegaron, chasqueando apretado. Las inclino hacia arriba, tirando contra la muerte tratando de arrastrarlos hacia abajo.

Y fueron esas alas, cubiertas de relucientes parches de seda de araña, que permanecieron fuertes y robustas, enviándolos volando limpiamente por el lado del Omega y el cielo estrellado.





Capítulo 45

*Traducido por Roxy
Corregido por Karolina*

Para su crédito, los centinelas no saltaron cuando Rowan cambió a su lado en lo alto de la almena. Ellos tenían una vista muy aguda para haber detectado su llegada incluso cuando se lanzó en picada. Una ligera punzada de miedo se escapó de ellos, pero eso era de esperarse, incluso si eso lo molestaba más de lo que lo había hecho antes. Pero ellos se agitaron ligeramente cuando él habló. — ¿Cuánto tiempo ha estado ella allí abajo?

—Una hora, Príncipe, — dijo uno, mirando las destellantes llamas debajo.

— ¿Por cuántas mañanas seguidas?

—Esta es la cuarta, Príncipe, — contestó el mismo centinela.

Los primeros tres días ella se había escabullido de la cama antes del amanecer, él había asumido que ella había estado ayudando en las cocinas. Pero cuando ellos habían estrenado ayer ella había... *mejorado* a un ritmo que no debía tener, como si durante la noche hubiese avanzado. Tenía que darle crédito por el ingenio.

La chica estaba fuera de los pabellones de piedra, luchando consigo misma.

Una daga de llamas voló de su mano hacia la barrera invisible entre dos piedras, luego otra, como si corriendo por la cabeza de un oponente. Ésta golpeó la pared mágica con un destello de luz y rebotó de vuelta, reflejando el hechizo de protección que rodeaba la fortaleza. Y cuando la alcanzó, ella se escudó, ágil, fuerte, segura. Una guerrera en un campo de batalla.

—Nunca he visto a alguien...pelear así, — dijo el centinela.

Era una pregunta, pero Rowan no se molestó en contestar. No era de su incumbencia, y él no estaba completamente seguro si su reina estaría complacida con la semi-hada aprendiendo a usar sus poderes de tal manera. Aunque planeaba totalmente decirle a Lorcan, su comandante y el único hombre que le superaba en rango en Doranelle, sólo para ver si podían usarlo en su entrenamiento.

La chica pasó de tiro de armas a combate mano a mano: un puño de poder, una barridora patada de llamas. Sus llamas se habían vuelto gloriosamente variadas, doradas, rojos y naranjas. Y su técnica, no la magia, sino la manera en que se movía... su maestro había sido un monstruo, no había duda de ello. Pero él la había entrenado completamente. Ella esquivaba y volteaba y giraba, implacable, furiosa, y...

Ella maldijo con su usual color cuando la pared envió el puño de llamas rubí de vuelta hacia ella. Ella se las arregló para hacer un escudo, pero aun así cayó sobre su trasero. Sin embargo ninguno de los centinelas rio. Rowan no sabía si era por su presencia o por ella.

Él obtuvo su respuesta un segundo después, mientras esperaba que ella gritara o chillara o se marchara. Pero la princesa sólo se puso lentamente de pie, sin molestarse en limpiar la suciedad y hojas, y continuó practicando.



El siguiente cadáver apareció una semana después, poniendo la fresca mañana de un tono bastante miserable cuando Celaena y Rowan corrieron al sitio.

Ellos habían pasado la pasada semana peleando y defendiendo y manipulando su magia, interrumpido sólo por una más bien miserable visita de alguna hada de la nobleza viajando a través del área, lo que dejó a Celaena sin ganas de poner un pie en Doranelle. Afortunadamente, los huéspedes se quedaron por una noche, difícilmente interrumpiendo sus lecciones.

Ellos trabajaban sólo con el fuego, ignorando la absorción de agua que le había sido dado. Ella trató una y otra vez de convocar el agua, cuando estaba bebiendo, durante el baño, cuando llovía, pero fue en vano. Era fuego, y nada más. Y mientras ella sabía que Rowan estaba al tanto de su práctica en la mañana, él nunca aligeró su entrenamiento, aunque en ocasiones podía haber jurado que sentía su magia... jugando juntas, sus llamas burlando su hielo, su viento bailando entre sus brasas. Pero cada mañana trajo algo nuevo, algo más duro y diferente y miserable. Dioses, él era brillante. Astuto y malvado y brillante.

Incluso cuando apagaba sus llamas infernales. Cada. Maldito. Día.

No por malicia, no como había sido antes, sino para probar su punto, sus enemigos no le darían ni un cuarto de segundo. Si ella necesitaba parar, si su poder fallaba, estaba



muerta.

La golpeaba en barro, en lluvia o en césped con explosiones de viento y hielo. Por lo que ella se levantaba, disparando flechas de fuego, su escudo ahora su más fuerte aliado. Una y otra vez, hambrienta y exhausta y empapándose de lluvia y niebla y sudor. Hasta que escudarse fue un instinto, hasta que pudo arrojar flechas y dagas de fuego juntas, hasta que ella pateó *su* trasero. Pero siempre habías más por aprender, ella vivía y respiraba y soñaba con fuego.

Algunas veces, sin embargo, sus sueños eran acerca de un hombre con ojos cafés en un imperio a través del mar. Algunas veces ella despertaría y buscaría el cálido y masculino cuerpo a su lado, sólo para darse cuenta que no era el Capitán, que ella nunca yacería de nuevo al lado de Chaol, no después de lo que había pasado. Y cuando ella recordaba eso, algunas veces dolía respirar.

No había nada romántico acerca compartir una cama con Rowan, y ellos se mantenían en su propio lado. Ciertamente no había nada de romántico, cuando ellos se alcanzaban con sus cuerpos y ella se quitaba su camisa para enfriarse. En nada más que su ropa interior, la piel de Celaena fue mordida por el aire con un delicioso escalofrío, en incluso Rowan desabotonó su pesada chaqueta mientras ellos cuidadosamente se aproximaban a la cama.

—Bueno, estoy segura de que puedo olerlo esta vez, — dijo Celaena entre jadeantes respiraciones. Ellos habían llegado al lugar en poco menos de tres horas, juzgando por el sol. Eso fue más rápido y más de lo que alguna vez había corrido, gracias a que había estado entrenando en forma de hada.

—Este cuerpo ha estado descomponiéndose aquí más que el otro semi-hada de hace tres días.

Ella tragó. Allí habían encontrado otro cuerpo de semi-hada, y él no la había dejado ir a verlo, en su lugar la forzó a practicar todo el día mientras él volaba al sitio. Pero esta mañana, él había dado un vistazo al fuego latente en sus ojos y cedió.

Celaena pisó cuidadosamente la alfombra de pino, escaneando por cualquier señal de un fuego o del atacante. El suelo estaba revuelto, y a pesar del torrente, las moscas zumbaban cerca de lo que parecía ser un montón de ropa asomándose por detrás de una pequeña roca.

Rowan maldijo, bajo y viciosamente, incluso levantando su antebrazo para cubrir su nariz y boca mientras examinaba la cáscara que quedaba, el rostro del hombre semi-hada torcido de horror. Celaena habría hecho lo mismo, pero...pero...

Ese segundo olor estaba aquí, también. No tan fuerte como había sido en el primer lugar, pero persistía. Ella forzó su memoria de nuevo que quería alzarse en respuesta al olor, la memoria que la había abrumado ese día en el campo de la colina.

—Tiene nuestra atención y lo sabe, — ella dijo. — Está eligiendo como blancos semi-hadas, ya sea para enviar un mensaje, o porque ellos...saben bien. Pero... — ella imaginó



el mapa que Rowan mantenía en su cuarto, detallando la amplia área donde los cuerpos habían sido encontrados, e hizo una mueca. — ¿Qué si hay más de uno? — Rowan la volvió a mirar, con las cejas en alto. Ella no dijo nada hasta que se había movido hacia donde él estaba por el cuerpo, cuidadosa de no alterar cualquier pista. Su estómago se sacudió y bilis punzó atrás de su garganta, pero ella cerró el horror con una pared de hielo que ni siquiera su fuego podía derretir. — Eres tan viejo como el infierno, — ella dijo. — Tú debes haber considerado que estamos lidiando con unos pocos de ellos, dado cuán vasto es el territorio. ¿Qué si a quien vimos en las colinas no era ni siquiera la criatura responsable de estos cuerpos?

Él estrechó sus ojos, pero concedió un asentimiento. Ella estudió la cara ahuecada, las ropas destrozadas.

Ropas destrozada, que lucían como pequeños cortes a lo largo de las palmas, como si él hubiera excavado en sus uñas. Los otros apenas habían sido tocados, pero este...

—Rowan. — Ella apartó moscas. —Rowan, dime que tú ves lo que estoy viendo.

Otra maldición viciosa. Él se agachó, usando la punta de una daga para empujar hacia atrás un poco de tela destrozado en el cuello. —Este hombre...

—Peleó. Él peleó contra eso. Ninguno de los otros lo hizo, de acuerdo a los reportes.

El hedor del cuerpo era casi suficiente para ponerla de rodillas. Pero ella se puso en cuclillas por la mano y antebrazo en descomposición, arrugado y destrozado desde dentro hacia afuera. Ella tendió una mano por la daga de Rowan, aún sin poseer alguna propia. Él titubeó mientras ella lo miraba a los ojos.

Sólo por la tarde, él pareció gruñir mientras presionaba la empuñadura en su palma abierta.

Ella bajó la daga. *Lo sé, lo sé. No me he ganado mis armas de nuevo aún. No dejes que se te ericen las plumas.*

Ella se volteó de nuevo al cuerpo, cortando su conversación sin palabras y obteniendo un gruñido en respuesta. Golpear cabezas con Rowan era la menor de sus preocupaciones, incluso si se había vuelto una de sus actividades favoritas.

Había algo tan familiar acerca de hacer eso, ella pensó mientras tan cuidadosamente, gentil y respetuosamente como podía, corrió la punta de la daga bajo las astilladas y mugrientas uñas del hombre, luego frotaba los contenidos en el reverso de su propia mano. Suciedad y negro... negro...

— ¿Qué demonios es eso? —, demandó Rowan, arrodillándose a su lado, olfateando su mano extendida. Él retrocedió, gruñendo. — Eso no es suciedad.

No, no lo era. Era más negro que la noche, y apestaba tan mal como la primera vez que lo había oído, en las catacumbas debajo de la biblioteca, una aceitosa piscina obsidiana de sangre. Ligeramente diferente de ese otro horrible olor que merodeaba alrededor de



ese lugar, pero similar. Tan similar a...

—Esto no es posible, — ella dijo, parándose de un salto. —Esto-esto-esto...— Ella iba y venía, si sólo para evitar temblar. —Estoy equivocada. Debo estar equivocada.

Había habido tantas celdas en ese calabozo olvidado debajo de la biblioteca, debajo de la torre del reloj del Rey hecha de piedras del Wyrd. Había sido abandonada, ella había sospechado, por algún defecto. ¿Qué si...qué si los perfeccionados habían sido movidos a algún otro lugar? ¿Qué si ellos estaban ahora...listos?

—Dime, — gruñó Rowan, las palabras apenas entendibles mientras él tenía problemas para frenar el borde de matanza que surcó en respuesta a la amenaza acechando en algún lugar del bosque.

Ella levantó su mano para frotar sus ojos, pero se dio cuenta de qué estaba en sus dedos y fue a limpiarlos en su camisa. Sólo para recordar que no estaba usando nada más que la suave banda blanca alrededor de su busto, y que estaba helada hasta los huesos. Ella se apresuró al arroyo más cercano para fregar la negra sangre seca, odiando incluso de que el trazo de ella estaría en el agua, en el mundo, y rápidamente y muy quieta le dijo a Rowan de la criatura en la biblioteca, las llaves del Wyrd, y la información que Maeve mantenía guardada acerca cómo destruir ese poder. Poder que estaba siendo usado por el rey para *hacer* cosas, y poner como objetivo a personas con magia en su sangre para ser sus huéspedes.

Una cálida briza se envolvió a su alrededor, calentando sus huesos y sangre, estabilizándola. — ¿Cómo llegó hasta aquí?, — preguntó Rowan, con sus facciones colocadas en fría calma.

—No lo sé. Espero que esté equivocada. Pero ese *olor*, nunca olvidaré ese olor mientras viva. Como si se hubiera podrido desde dentro hacia afuera, su esencia muy arruinada.

—Pero retenía algunas habilidades cognitivas. Y lo que sea que esto es, debe tenerlas, también, si está desechando los cuerpos.

Ella trató de tragar, dos veces, pero su boca estaba seca. —Los semi-hadas...ellos harían huéspedes perfectos, con tantos de ellos capaces de usar magia y nadie en Wendlyn o Doranelle se preocupa si viven o mueren. Pero estos cadáveres, si ellos querían secuestrarlos, ¿Por qué matarlos?

—A menos que no fueran compatibles, — dijo Rowan. —Y si ellos no eran compatibles, ¿Entonces qué mejor uso para ellos que drenarlos hasta secarlos?

— ¿Pero cuál es el punto de dejar los cuerpos donde podemos encontrarlos? ¿Para fomentar el temor?

Rowan tocó su mandíbula y examinó a través del área, examinando el suelo, los árboles, las rocas. —Quema el cuerpo, Aelin. — Él removió la funda y cinturón que habían acogido la daga aun colgando de su mano y se las dio a ella. Ella las agarró con su mano



libre. —Nos iremos de cacería.



No encontraron nada, incluso cuando Rowan cambió a su otra forma y circundó alto arriba. Cuando la luz se volvió más oscura, ellos escalaron en el más grande y denso árbol del área. Ellos se apiñaron en una rama masiva, acurrucándose juntos, pues él no la dejaría convocar incluso un destello de llama.

Cuando ella se quejó de las condiciones, Rowan señaló que no había luna esa noche, y peores cosas que los Skinwalkers acechaban el bosque. Eso la calló hasta que él le pidió que le dijera más acerca de la criatura en la biblioteca, que explicara cada detalle, debilidad y fortaleza.

Luego de que ella finalizara, él tomó uno de sus largos cuchillos, una fracción del asombroso arsenal que cargaba, y empezó a limpiarlo. Con sus amplificados sentidos, ella podía ver suficiente en la luz de estrella para distinguir el acero, sus manos, y los movedizos músculos en sus hombros mientras él limpiaba la daga. Él mismo era una hermosa arma, forjada por siglos de implacable entrenamiento y guerras.

— ¿Piensas que estaba equivocada?, — ella dijo mientras él dejaba el cuchillo y buscaba por los escondidos debajo de sus ropas. Como el primero, ninguno estaba sucio, aunque ella no lo señaló. —Sobre la criatura, me refiero.

Rowan deslizó su camisa sobres por su cabeza para obtener las armas atadas debajo, revelando su amplia espalda, musculosa y cicatrizada y gloriosa. Bien, alguna muy femenina, innata parte de ella apreciaba *eso*. Y a ella no le importaba su medio desnudez. Él había visto cada pulgada de ella ahora. Ella supuso que no había ninguna parte de él que fuera de mucha sorpresa, también, gracias a Chaol. Pero, no, ella no pensaría sobre Chaol. No cuando ella se estaba sintiendo balanceada y con la cabeza clara y *bien*.

—Estamos lidiando con un astuto y letal depredador, sin importar de donde se originó y cuántos hay, — él dijo, limpiando una pequeña daga que había estado atada a través de su músculo pectoral. Ella siguió el camino de su tatuaje por su rostro, cuello, hombros, y brazo. Tal completa y brutal marcación. ¿Habían las cicatrices en el rostro de Chaol sanado, o serían ellas un permanente recordatorio de lo que ella le había hecho? —Si estuvieras equivocada, lo consideraría una bendición.

Ella se hundió contra el tronco. Esa fue la segunda vez ahora que había pensado en Chaol. Ella debía estar verdaderamente exhausta, porque la única otra opción era hacerse sentir a sí misma miserable.

Ella no quería saber lo que Chaol había estado haciendo estos meses, o lo que él ahora pensaba de ella. Si él le había vendido la información sobre su pasado al Rey, tal vez el Rey había enviado una de esas cosas aquí, para cazarla. Y Dorian, dioses, ella había estado tan perdida en su propia miseria que apenas se había preguntado sobre él, si se las había arreglado para mantener su magia secreta. Ella rezó para que estuviera bien.



Ella sufrió con sus propios pensamientos hasta que Rowan terminó con sus armas, luego tomó su cuero de agua y enjuagó sus manos, cuello y pecho. Ella lo miró de reojo, la manera en que el agua brillaba en su piel a la luz de estrellas. Era una maldita buena cosa que Rowan no tuviera interés en ella, tampoco, porque ella sabía que era lo suficientemente estúpida y rebelde para considerar si seguir adelante en el sentido físico podría solucionar el problema de Chaol.

Aún había un enorme hoyo en su pecho. Un hoyo que se volvía más grande, no más pequeño, y que nadie podría arreglar, ni siquiera si ella llevaba a Rowan a la cama. Había días en los que el anillo de amatista era su más preciosa posesión, otros en los que todo lo que podía hacer era no derretirlo en una llama de su propia creación. Tal vez ella había sido una tonta para amar a un hombre que servía al Rey, pero Chaol había sido lo que necesitaba luego de perder a Sam, luego de sobrevivir a las minas.

Pero estos días.... Ella no sabía lo que necesitaba. Lo que quería. Y si lo admitía se sentía como si, en realidad no tenía la más ligera idea de quién era ella. Todo lo que sabía era que lo que sea y quien sea que subiera ese abismo de desesperación y dolor no sería la misma persona que se había desplomado. Y tal vez eso era una cosa buena.

Rowan se puso su ropa de vuelta y se colocó contra el tronco, su cuerpo cálido y sólido contra el suyo. Ellos se sentaron en la oscuridad hasta que ella dijo quedamente, —Tú una vez me dijiste que cuando encuentras a tu compañero, no puedes soportar la idea de herirlos físicamente. Una vez que te unes, tú te dañarías a ti mismo.

—Sí, ¿Por qué?

—Yo una vez traté de matarlo. Yo arañé su cara, luego sostuve una daga sobre su corazón porque pensé que era responsable por la muerte de Nehemia. Yo lo hubiera hecho si alguien no me hubiera detenido. Si Chaol, si él verdaderamente hubiera sido mi compañero, no hubiera sido capaz de hacer eso, ¿O sí?

Él estuvo en silencio por un largo tiempo. —Tú no has estado en tu forma hada por diez años, así que quizás tus instintos no eran incluso capaces de tomar el control. Algunas veces, compañeros pueden estar juntos íntimamente antes de que el verdadero vínculo encaje en su lugar.

—Es una inútil esperanza a la cual agarrarse, de cualquier manera.

— ¿Quieres la verdad?

Ella escondió su barbilla dentro de su túnica y cerró sus ojos. —No esta noche.





Capítulo 46

Traducido por Melody Harmont

Corregido por Paz

Protegiendo sus ojos del resplandor, Celaena escaneó los acantilados y la franja de la playa muy por debajo. El calor era abrasador, con apenas una brisa, pero Rowan permaneció en su pesada chaqueta de color gris pálido y cinturón ancho, brazaletes atados a sus antebrazos. Él se había dignado a darle algunas de sus armas esa mañana, solo por precaución.

Habían regresado al último sitio al amanecer, para volver sobre sus pasos, que fue donde Celaena recogió un rastro. Bueno, ella había divisado una gota de sangre oscura en una roca cercana, y luego Rowan había seguido el olor de regreso a los acantilados. Ella miró hacia la playa, hacia los arcos naturales de las muchas cuevas a lo largo de su curva longitud. Pero no había nada allí, y el rastro, gracias al mar, el viento y los elementos, se había perdido. Habían estado aquí durante la última media hora, buscando cualquier otra señal, pero no había nada. Nada, excepto...

Ahí. Una curva hundida en el borde del acantilado, como si muchos pares de pies lo hubieran desgastado mientras se deslizaban cuidadosamente sobre él. Rowan tomó su brazo mientras ella se inclinaba para ver la derrumbada escalera oculta. Ella lo fulminó con la mirada, pero él no la soltó.

—Estoy intentando no sentirme insultada —dijo ella. —Mira.

Difícilmente eran escalones ahora, sólo trozos de roca y arena salpicada con arbustos. El agua más allá de la playa era tan clara y tranquila que se podía ver una ligera depresión en el arrecife de coral que protegía estas costas. Fue una de las pocas maneras de

hacer un desembarque seguro sin romper el barco, era sólo lo suficientemente amplia para que una pequeña embarcación pasara a través de ella. Los buques de guerra o barcos mercantes no cabrían, que eran sin duda, una de las razones por la que esta área nunca se hubiera desarrollado. Sin embargo, era el lugar perfecto si quisieras entrar secretamente al país, y permanecer oculto.

Ella empezó a dibujar en la tierra arenosa una línea larga y firme, luego dibujó un punto tras otro tras otro.

—Los cuerpos fueron arrojados en arroyos y ríos —dijo.

—El mar no estaba muy lejos —dijo él, de rodillas a su lado. — Podrían haber arrojado los cuerpos allí. Pero...

—Pero luego esos cuerpos probablemente irían a la deriva de regreso a la costa, y eso provocarían que las personas miraran a lo largo de la playa.

—Mira aquí —dijo ella, señalando el tramo de costa que había esbozado, y donde actualmente estaban sentados, y fue como una bofetada justo en el medio de ella. —Hay un sinnúmero de cuevas a lo largo de este tramo de la costa.

Ella señaló hacia donde las olas rompían sobre el arrecife y el espacio pequeño y tranquilo entre ellas.

—Es un punto de acceso fácil desde...— Ella maldijo. No podía decirlo. No había barcos aquí, pero eso no significaba que uno, dos o más no pudieran haber venido de Adarlan, escondiéndose en la noche, deslizándose su violenta y viciosa carga utilizando barcos más pequeños.

Rowan se paró —Nos vamos. Ahora.

— ¿No crees que ya habrían atacado si nos hubieran visto?

Rowan señaló el sol. Si estaba a punto de decirle que no era seguro para una reina lanzarse a sí misma hacia el peligro, entonces él podría...

—Si vamos a explorar, entonces vamos a hacerlo cubiertos en la oscuridad. Así que vamos a volver al arroyo, y vamos a encontrar algo para comer. Y luego, princesa —dijo con una sonrisa salvaje, — vamos a conseguir algo de diversión.



Algún dios debe haber decidido apiadarse de ellos, ya que la lluvia comenzó justo después de la puesta del sol, nubes tronando y deslizándose vengativamente para ocultar cualquier sonido que hicieran mientras regresaban a la playa y comenzaban una búsqueda exhaustiva en las cuevas.

Pero ahí fue donde el favor de los dioses terminó, porque lo que encontraron, estando



recostados sobre sus vientres en un estrecho acantilado sobre una playa estéril, era peor que cualquier cosa que hubieran anticipado. No eran sólo monstruos creados por el Rey.

Era una multitud de soldados.

Algunos hombres salieron de la gigantesca boca de la cueva, que estaba camuflada entre las rocas y la arena. Los hubieran perdido de no haber sido por el agudo sentido del olfato de Rowan. No tenía palabras, dijo él, para describir el olor. Pero ella lo sabía.

La boca de Celaena se había secado, y su estómago se volvió un nudo mientras las oscuras figuras se deslizaban dentro y fuera de la cueva con disciplinados y económicos movimientos que sugerían que estaban altamente entrenados. No eran monstruos rabiosos y semisalvajes como el de la biblioteca, o frías y perfectas criaturas como las que había visto en las ruinas, eran soldados mortales. Todos ellos conscientes, disciplinados, despiadados.

—El pescador de cangrejos —murmuró Celaena a Rowan. —En el pueblo. Él dijo... dijo que encontró armas en sus redes. Deben estar tomando barcos y luego acercándose lo suficiente para nadar a través del arrecife sin llamar la atención. Necesitamos ver más de cerca. —Ella alzó las cejas hacia Rowan, quien le dio una sonrisa de cazador. —Sabía que serías útil algún día.

Rowan sólo resopló y se transformó, un destello de luz que ella esperaba fuera tragado por la tormenta. Voló más allá del borde del acantilado y se deslizó sobre el agua, nada más que un depredador en busca de comida, luego voló en círculos hasta detenerse sobre una roca alejada de las olas rompientes. Ella lo observó cazar, moviéndose hacia la mismísima cueva, un animal buscando refugio de la lluvia. Y luego, manteniéndose cerca del elevado techo de la cueva, entró rápidamente.

Ella no respiró en todo el tiempo que estuvo fuera de su vista. Contó el tiempo entre el trueno y el relámpago, sus dedos muriendo por agarrar la empuñadura de su espada.

Pero finalmente, Rowan salió de la cueva en un vuelo sin prisa. Se dirigió hacia ella, y luego pasó cerca, en dirección al bosque. Un mensaje para que lo siguiera. Con cuidado, se arrastró a través de la tierra, el barro y las rocas hasta que estuvo lo suficientemente lejos para deslizarse entre los árboles. Siguió el camino de Rowan, el bosque volviéndose más denso, la lluvia enmascarando todos los sonidos.

Lo encontró de pie con los brazos cruzados, apoyado contra un pino retorcido. —Hay unos doscientos soldados mortales y tres de esas criaturas en las cuevas. Hay una red oculta de todos ellos a lo largo de la orilla.

Su garganta se cerró. Se obligó a esperar a que él continuara.

—Están bajo el mando de un tal general Narrok. Todos los soldados parecen altamente entrenados, pero se mantienen bien lejos de las tres criaturas. — Rowan se limpió la nariz y en el destello de un relámpago, ella vio la sangre. — Tenías razón. Las tres criaturas parecen hombres, pero no lo son. Lo que sea que habita dentro de su piel es... repugnante no es la palabra correcta. Era como si mi magia, mi sangre mi esencia misma fuera repe-



lida por ellos —. Él examinó la sangre en sus dedos. — Todos parecen estar esperando.

Tres de esas cosas. Sólo una casi la había matado. — ¿Esperando qué?

Los ojos de animal de Rowan brillaron cuando los fijó en ella. — ¿Por qué no me lo dices?

—El Rey nunca dijo nada sobre esto. Él-él... — ¿Algo había salido mal en Adarlan? ¿Chaol de alguna manera le había dicho al Rey quién y qué era, y él envió a estos hombres aquí para...? No, tendría que haber tomado semanas, meses, para meter a estas criaturas en contrabando aquí. —Avisa a las fuerzas de Wendlyn, adviérteles ahora mismo.

—Incluso si llegara a Varese mañana, tomaría más de una semana llegar hasta aquí a pie. La mayoría de las unidades fueron desplegadas en el norte por toda la primavera.

—Aun así tenemos que advertirles que están en riesgo.

—Usa la cabeza. Hay incontables cuevas y lugares para esconderse a lo largo de la costa occidental. Y, sin embargo, escogieron aquí, este punto de acceso.

Ella visualizó el mapa de la zona. —El camino de la montaña los llevará más allá de la fortaleza —. Se le heló la sangre, e incluso su magia, parpadeando en un intento de calmarla, no pudo hacerla entrar en calor mientras dijo —: No... no más allá. Hacia la fortaleza. Van hacia los semi-hada.

Un lento y serio asentimiento. —Creo que esos cuerpos que encontramos eran experimentos. Para conocer las debilidades y fortalezas de los semi-hada, para descubrir cuáles eran... compatibles con lo que sea que hacen para deformar seres. Con estos números, sugeriría que esta unidad fue enviada aquí para capturar y recuperar a los semi-hada, o para acabar con una amenaza potencial.

Porque si no podían ser convertidos y esclavizados a Adarlan, entonces los semi-hada podría ser convencidas potencialmente de luchar por Wendlyn en una guerra. Podrían ser los guerreros más fuertes de las fuerzas de Wendlyn y, como resultado, causar más que un poco de problemas para Adarlan.

Ella levantó la barbilla y dijo: — Entonces en este momento, ahora mismo, bajaremos a esa playa y daremos rienda suelta a nuestra magia sobre todos ellos. Mientras están durmiendo —Se dio la vuelta, incluso a pesar de que una parte de su alma comenzara a corcovear y golpear al pensar en ello.

Rowan la agarró del codo. —Si hubiera pensado que había una manera de hacerlo, los habría asfixiado a todos. Pero no podemos... no sin poner en peligro nuestras vidas en el proceso.

—Créeme, puedo y lo haré —. Eran soldados de Adarlan; habían matado, saqueado y hecho más mal del que ella podía soportar. Ella podía hacerlo. Lo haría.

—No. Físicamente no puedes hacerles daño, Aelin. No en este momento. Saben lo



suficiente sobre esas marcas del Wyrđ como para haber protegido todo su campamento de nuestro tipo de magia. Protecciones, como las piedras alrededor de la fortaleza, pero diferentes. Llevan hierro en todas las partes que pueden, en sus armas, en su armadura. Conocen bien a su enemigo. Podemos ser buenos, pero no podemos enfrentarlos solos y salir vivos de esas cuevas.

Celaena caminó de un lado a otro, pasando las manos por su cabello mojado por la lluvia, y luego se dio cuenta de que él no había terminado. —Dilo —exigió.

—Narrok está en la parte de atrás de las cuevas, en una cámara privada. Es como ellos, una criatura que lleva la piel de un hombre. Él envía a sus tres monstruos a recuperar a los semi-hada, y ellos los traen de vuelta a la cueva... para que experimente con ellos.

Ella entendió, en ese momento, por qué Rowan la había movido hacia los árboles, lejos de la playa. No por seguridad, sino porque... porque había un semi-hada allí ahora.

—Intenté cortar su aire... para hacerlo más fácil para ella —dijo Rowan. —Pero la tienen en demasiado hierro, y... ella no sobrevivirá la noche, incluso si vamos allí ahora. Ya es una cáscara, apenas capaz de respirar. No hay vuelta atrás a lo que han hecho. Se alimentaban de su vida misma, atrapándola en su mente, haciéndola revivir cualquier horror y miseria que haya experimentado.

Incluso el fuego en su sangre se congeló.

—En verdad se alimentó de mí ese día en las ruinas —susurró — Si no hubiera logrado escapar, me habría drenado de esa manera —Un gruñido bajo de confirmación emergió de Rowan.

Asqueada, Celaena frotó su rostro, echó su cabeza hacia atrás, hacia la lluvia que goteaba desde el follaje de arriba, luego finalmente respiró profundamente y enfrentó a Rowan.

—No podemos matarlos con nuestra magia mientras están acampando. Las fuerzas de Wendlyn están demasiado lejos, y Narrok está yendo tras los semi-hada con tres de esos monstruos, más doscientos soldados

Estaba pensando en voz alta, pero Rowan asintió de todos modos

— ¿Cuántos de los centinelas en Mistward realmente han visto una batalla?

—Treinta o menos. Y algunos, como Malakai, son demasiado viejos, pero lucharán de todos modos... y morirán.

Rowan se adentró en el bosque. Ella lo siguió, aunque sólo fuera porque sabía que si daba un paso más cerca de la playa, iría tras esa mujer. Por la tensión en los hombros de Rowan, ella supo que él sentía lo mismo.

La lluvia cesó, y Celaena se quitó la capucha para que el aire brumoso penetrara en su rostro demasiado caliente. Esta zona estaba llena de pastores, agricultores y pescadores. Aparte de los semi-hada, no había nadie más para luchar contra las criaturas. No te-



nían ninguna ventaja, excepto conocer su territorio mejor que su enemigo. Ellos avisarían a Wendlyn, por supuesto, y tal vez, tal vez la ayuda llegaría la próxima semana.

Rowan levantó un puño, y ella se detuvo mientras él observaba los árboles adelante y detrás. Con experta tranquilidad, desenvainó una de las hojas de sus brazales. El olor le pegó un segundo después, el hedor de lo que fuera que esas criaturas eran bajo la carne mortal.

—Sólo uno,—era tan silencioso que apenas podía oírlo, incluso con sus oídos de hada.

—Eso no es tranquilizador —dijo ella con la misma suavidad, sacando su propia daga.

Rowan señaló. —Viene hacia nosotros. Tú dirígete hacia la derecha durante veinte metros, yo iré hacia la izquierda. Cuando esté entre nosotros, espera por mi señal, luego ataca. Sin magia, podría llamar demasiado la atención si los demás están cerca. Hazlo rápido, silencioso y eficiente.

—Rowan, esta cosa...

—*Rápido, silencioso y eficiente.*

Sus ojos verdes brillaron, pero ella sostuvo su mirada.

Se alimentó de mí y me habría convertido en una cáscara, dijo silenciosamente. Podríamos cumplir fácilmente ese destino en este momento.

No estabas preparada, pareció decir. Y yo no estaba contigo.

Esto es una locura. Me enfrenté a uno de los defectuosos, también, y casi me mata.

¿Asustada, princesa?

Sí, y sabiamente.

Pero él tenía razón. Estos eran sus bosques, y ellos eran guerreros. Esta vez, sería diferente. Así que ella asintió, un soldado aceptando órdenes, y no se molestó con despedidas antes de deslizarse entre los árboles. Hizo silenciosas sus pisadas, contando la distancia, escuchando el bosque a su alrededor, manteniendo su respiración constante.

Se escondió detrás de un árbol cubierto de musgo y desenvainó su otra daga. El olor se profundizó en un hedor constante que hizo palpar su cabeza. Mientras las nubes se despejaban aún más, la luz de las estrellas iluminaba débilmente la niebla sobre la tierra arcillosa. Nada.

Se estaba empezando a preguntarse si Rowan se había equivocado cuando la criatura apareció entre los árboles por delante, más cerca de ella de lo que había previsto. Mucho, mucho más cerca.

Ella lo sintió primero: el borrón de oscuridad, el silencio que lo envolvía como un manto. Incluso la niebla parecía apartarse de él.



Bajo su capucha, ella sólo podía vislumbrar piel pálida y labios sensuales. Él no se molestó en llevar armas. Pero fueron sus uñas las que le hicieron contener el aliento. Largas y afiladas uñas que ella recordaba demasiado bien, cómo se habían sentido cuando la desgarraron en la biblioteca.

A diferencia de esas uñas, éstas no estaban rotas, las pulidas curvas negras brillaban. La piel de sus dedos era de un blanco hueso e impecable, demasiado suave para ser natural. De hecho, podría haber jurado que vio oscuras y brillantes venas, una burla a la sangre que una vez había corrido allí.

Celaena no se atrevió a batir una pestaña cuando la cosa volvió su cabeza encapuchada hacia ella. Rowan todavía no había dado la señal. ¿Había notado lo cerca que estaba?

Un hilillo húmedo de calidez fluyó hacia sus labios de una de sus fosas nasales. Ella se tensó, preparándose, y se preguntó lo rápido que él podía moverse y qué tan profundo ella tendría que cortar con sus largos cuchillos. La espada sería un último recurso, ya que era más difícil de manejar. Incluso si usar los cuchillos significaba acercarse más.

Él escaneó los árboles, y Celaena se presionó detrás del suyo. La criatura bajo la biblioteca había rasgado a través de puertas de metal como si fueran cortinas. Y sabía cómo utilizar las marcas del Wyrd...

Ella miró a tiempo para verlo avanzar un paso hacia su árbol, el movimiento mortalmente elegante y prometiendo un final largo y doloroso. No tenía su mente rota; aún conservaba la capacidad de pensar, de calcular. Estas cosas eran tan buenas en su trabajo, que parecía que el rey había pensado que sólo tres eran necesarias aquí. ¿Cuántas otras permanecían escondidas en su continente?

El bosque se había quedado tan quieto que se podía oír un resoplido. La estaba olfateando. Su magia se encendió, y ella la empujó hacia abajo. No quería que su magia tocara esta cosa, con o sin el mandato de Rowan. La criatura volvió a olfatear, y dio otro paso en su dirección. Al igual que ese día en las ruinas, el aire empezó a vaciarse, latiendo contra sus oídos. Su otra fosa nasal comenzó a sangrar. Mierda.

Entonces, la idea la golpeó, y el mundo se tambaleó. ¿Y si hubiera llegado a Rowan primero? Se atrevió a echar otro vistazo alrededor del árbol.

La criatura se había ido.





Capítulo 47

Traducido por Stefany Vera

Corregido por Paz

Celaena maldijo silenciosamente, escaneando los árboles. ¿A dónde diablos se había ido la criatura? La lluvia comenzó otra vez, pero el olor a muerte todavía se aferraba a todo. Ella levanto su larga daga para hacer un ángulo en la dirección de Rowan, para hacerle señas y que indicara si estaba respirando. Él tenía que estarlo, ella no aceptaría otra alternativa. La cuchilla estaba tan limpia que ella podía ver su cara reflejada, ver los árboles y el cielo y...

Y a la criatura ahora de pie detrás de ella

Celaena giro, deslizándose por su lado expuesto, una cuchilla en ángulo para hundirse directo en sus costillas, la otra deslizándose por la garganta. Un movimiento que ella había practicado por años y años, tan fácil como respirar.

Pero sus negros, vacíos ojos encontraron los de ella, y Celaena se congeló. En su cuerpo, su mente, su alma. Su magia escupió y salió.

Ella apenas escucho el húmedo golpe de sus cuchillas golpeando la tierra. La lluvia en su cara era una sensación distante.

La oscuridad a su alrededor se esparció, bienvenida, abrazadora. Confortante. La criatura puso hacia atrás la capucha de su capa.

El rostro era joven y masculino, una sobrenatural perfección. Alrededor de su cuello había un par de piedras oscuras, piedras del Wyrld, recordó vagamente, brillaban en la lluvia. Él era la encarnación del Dios de la muerte. No fue con la expresión o voz de nin-

gún mortal que el sonrió y dijo —Tu.

Ella no podía mirar a otro lado. Había gritos en la oscuridad, gritos que ella había ahogado por tantos años. Pero ahora aparecieron.

Su sonrisa se amplió, revelando dientes muy blancos, y el alzo una mano a su garganta, muy suavemente, esos fríos dedos rosaron su cuello, mientras levantaba su cara para ver mejor dentro de sus ojos. —Tu agonía sabe a vino— el murmullo, mirando en su propia centro.

El viento rasgaba en su cara, sus brazos, su estómago, rugiendo su nombre. Pero había eternidad y calma en sus ojos, una promesa de una tan dulce oscuridad, y ella no podía mirar lejos. Sería un bendecido alivio el dejarse ir. Ella solo necesitaba rendirse a la oscuridad, justo como el pedía.

Tómalo, ella quería decir, trato de decir. *Tómalo todo*.

Un flash de plata y acero atravesó el oscuro velo de tinta, y otra criatura, un monstruo hecho de colmillos y rabia y viento, estaba ahí, arrastrándola lejos. Ella clavo sus uñas en él, pero él era hielo, él era... Rowan.

Rowan estaba apartándola, gritando su nombre, pero ella no podía alcanzarlo, no podía detener ese halar hacia la otra criatura.

Dientes perforaron el punto entre su cuello y su hombro, y ella se sacudió, prendiéndose en el dolor como si fuera una cuerda sacándola de ese mar de estupor, arriba, arriba, hasta que...

Rowan la apretó contra el con un brazo y maldijo, su sangre derramándose bajo su barbilla mientras retrocedía de la criatura que se quedó en los árboles. Dolor, eso era porque el cuerpo de esa mañana había sido destrozado. El semi-hada había tratado de usar dolor físico para liberarse de estas cosas, para recordarle a su cuerpo lo que era real y lo que no.

La criatura resopló una carcajada. Oh Dioses. La había colocado en sus garras. Así de rápido, así de fácil. Ella no había tenido una chance, y Rowan no estaba atacando porque...

Porque en la oscuridad. Con limitadas armas contra un enemigo que no necesitaba cuchillos para matarlos, incluso Rowan estaba en desventaja. Un verdadero guerrero sabe cuándo dejar una pelea.

Rowan suspiro

—Tenemos que correr

Hubo otra baja risa de la criatura, quien estaba más cerca. Rowan los llevo aún más lejos. —Puedes internarlo—, dijo en esa voz que no venía de su mundo.

Eso era todo lo que Celaena necesitaba oír. Ella saco fuera su magia.



Un muro de llamas surgió mientras ella y Rowan corrían lejos, un escudo en el cual ella puso cada onza de voluntad y horror y vergüenza, maldiciendo las consecuencias. La criatura siseo, pero ella no sabía si era debido a la luz picando sus ojos o solo frustración.

No le importaba. Les compro tiempo, todo un minuto a toda velocidad cuesta arriba a través de los árboles. Entonces un golpe vino desde atrás, esa mancha maloliente de oscuridad esparciéndose como una red.

Rowan conocía los bosques, sabía como esconder su rastro. Les compro más distancia y tiempo. La criatura los acecho, incluso mientras Rowan uso el viento para volar su esencia lejos.

Ellos corrieron milla tras milla, hasta que su aliento era como fragmentos de hielo en sus pulmones e incluso Rowan parecía estar agotado. No tendrían mucha más fuerza, no, ellos no guiarían a esta cosa a diez millas de ahí. En cambio, se dirigieron a las montañas Cambrian, el aire volviendo más frio, las colinas más pronunciadas. Aun así la criatura los siguió.

—No se detendrá, —Celaena jadeó mientras que se arrastraron a sí mismos encima de una pendiente terrible, casi en cuatro patas. Ella lucho contra la urgencia de caer de rodillas y vomitar. —Es como un sabueso con una esencia. — *Su* esencia. Lejos abajo, la cosa merodeo detrás de ellos.

Rowan descubrió sus dientes, lluvia corriendo bajo su cara. —Entonces lo correremos hasta que caigamos muerto.

Rayos iluminaron un camino de ciervos encima de la colina. —Rowan, —ella jadeó. —Rowan, tengo una idea.



Celaena se preguntó si aún tenía un deseo de muerte.

O quizás al Dios de la muerte solo le gustaba mucho jugar con ella.

Era otra caminata cuesta arriba hasta los arboles cuyas cortezas habían sido despellejadas. Entonces se hizo a sí misma un alegre fuego y quemo una antorcha al lado de un camino olvidado, la luz brillando a través de esos despellejados árboles.

Lejos, ella rezo que Rowan estuviese manteniendo a la criatura ocupada de la manera en la que le dijo, guiándola en círculos con el aroma de su túnica.

*Screee*¹⁰ fue la piedra de afilar para su daga mientras ella estaba encima de una larga roca. A pesar de su incesante temblor, tarareaba mientras afilaba, una sinfonía que ella había ido a ver siendo presentada en Rifthold cada año hasta su esclavitud. Ella controló su respiración y se concentró en contar los minutos, preguntándose cuanto tiempo podría

10 Es de alguna forma en sonido que haces sus cuchillas en contra de la roca.



permanecer hasta tener que encontrar otro camino. *Screee.*

Una podrida esencia se metió en su nariz, y los ya de por sí silenciosos bosques se quedaron quietos.

Screee.

No era su propia cuchilla afilándose sino otra, casi en respuesta a la suya.

Ella se hundió en alivio y corrió la piedra de afilar bajo su daga una vez más antes de levantarse, poniendo fuerza en sus rodillas. Ella no se permitió a sí misma inmutarse cuando observó a los cinco de ellos de pie más allá de los árboles despellejados, altos y delgados sosteniendo sus malvadas herramientas.

Corre, su cuerpo gritó, pero se mantuvo firme.

Levanto su barbilla y sonrió en la oscuridad.

—Me alegra que recibieran mi invitación

Ninguna pista de sonido o movimiento.

—Tus cuatro amigos decidieron venir sin invitación a mi último campamento, y no terminó bien para ellos. Pero estoy segura de que ya saben eso.

Otro afilo sus cuchillos, luz temblando en el metal dentado.

—Perra hada. Nos tomaremos nuestro tiempo contigo.

Ella hizo una reverencia, aun cuando su estómago subía y bajaba por el hedor de la carroña, y ondeando su antorcha como si fuera una batuta en lo que esperaba a continuación. —Oh, ciertamente espero que lo hagas— ella dijo.

Antes de que pudieran rodearla, se echó a correr.



Celaena sabía que estaban cerca no por el chocante estruendo del sonido de sus cuchillos a través del aire sino por el hedor que desgarró los sentidos. Agarrando su antorcha con una mano, usó la otra para mantenerse alto mientras rebotaba en la empinada carretera, esquivando rocas y zarzas y piedras sueltas.

Era una milla más debajo de donde le dijo a Rowan que llevara a la criatura, un molesto vuelo a través de la oscuridad. Tobillos y rodillas ladrando en protesta, ella saltó y corrió, los Skinwalkers cerrándose alrededor de ella como lobos con un ciervo.

La clave era no entrar en pánico, el pánico te hacía estúpida. El pánico hacía que te mataran. Hubo un perforante chillido, el chillido de un halcón. Rowan estaba exactamente donde lo planearon, el rey de las criaturas quizás un minuto por detrás y escabulléndose



entre la maleza. Justo en el arroyo, donde ella dejó su antorcha. Justo donde el camino se curvaba alrededor de una roca.

Al antiguo camino iba en un solo camino, pero ella iba en otro. El empujado viento pasó, yendo en la dirección del camino. Ella se encendió detrás de un árbol, una mano sobre su boca para mantener sus irregulares respiraciones contenidas mientras el viento empujaba su esencia lejos.

Un latido después, un fuerte cuerpo envolvió el suyo, escudando y protegiendo. Y entonces cinco pares de pies desnudos se deslizaron por el camino, detrás de la esencia que ahora se precipitaba y guiaba hacia abajo, abajo hacia la criatura corriendo directa a ellos.

Ella presionó su rostro dentro del pecho de Rowan. Sus brazos eran sólidos como paredes, su variedad de armas eran de algún modo tranquilizador.

Por último, él tiro de su manga, empujándola hacia arriba para subir. En unos pocos movimientos sordos, ella se subió al árbol en una ancha rama cerca de la cima. Unos momentos después, Rowan estaba detrás de ella, sentándose en contra del tronco. La empujó hacia él, su espalda a su pecho mientras ponía sus brazos alrededor de ella, escondiendo su esencia del monstruo rugiendo debajo.

Paso un minuto antes de que los gritos comenzaran, horribles chillidos y gritos y rugidos de dos diferentes conjuntos de monstruos que sabían que la muerte estaba detrás de ellos, y la cara que llevaba no era amable.

Durante la mayor parte de la media hora, las criaturas pelearon en la oscura lluvia, hasta que esos chillidos se tornaron victoriosos, y los rugidos no sonaron más.

Celaena y Rowan se sostuvieron duro el uno al otro y no se atrevieron a cerrar los ojos por el resto de la noche.





Capítulo 48

*Traducido por Montse
Corregido por MicaLibe*

No hubo alboroto ni histeria cuando le dijeron a la fortaleza lo que habían descubierto. Malakai envió mensajeros inmediatamente al rey de Wendlyn para pedir ayuda, a los otros asentamientos de semi-hadas para ordenar a aquellos que no podían luchar que huyeran y a los curanderos para que ayudaran a todo aquel que no estuviera en cama a evacuar.

Los mensajeros volvieron del rey, prometiendo tantos hombres como podían ser asegurados. Es un alivio, Celaena pensó, pero un poco terrorífico, también. Si Galan apareciera, si alguno de los parientes de su madre llegara... No le importaría, se dijo. Había asuntos más grandes que enfrentar. Y así ella oró por su pronta llegada, y se preparó con el resto de los residentes de la fortaleza. Se enfrentarían a la amenaza de frente, empezando por sacar a los doscientos soldados mortales que acompañaron a Narrok y a sus tres criaturas tan pronto como salieran de sus cuevas protegidas.

Rowan tomó el control de la fortaleza sin complicaciones, sólo con la gratitud de los demás, en realidad. Incluso Malakai agradeció al príncipe mientras Rowan se dedicaba a la organización de las rotaciones, a la delegación de tareas y a la planificación de su supervivencia. Tenían unos pocos días hasta que llegaran refuerzos y pudieran lanzar su asalto, pero si su enemigo marchaba antes, Rowan quería que ellos estuvieran tan ralentizados e incapacitados como fuera posible hasta que llegara la ayuda.

Los semi-hadas no eran un ejército y no contaban con los recursos de una fortaleza bien surtida, así que Rowan declaró que harían su deber con lo que tuvieran: su ingenio, determinación y el conocimiento del terreno. Por el sonido de lo mismo, de alguna mane-

ra los Skinwalkers habían derribado una de las criaturas, por lo que no eran verdaderamente invencibles, pero sin un cuerpo a la mañana siguiente, no habían aprendido cómo había sido asesinado.

Rowan y Celaena salieron con los pequeños grupos que estaban preparando el bosque para el ataque. Si la fuerza de Narrok iba a tomar el camino de los ciervos para saquear la fortaleza, entonces se encontrarían tomando el camino lleno de trampas; a través de cañadas de criaturas venenosas, sobre agujeros ocultos llenos de pinchos, con lazos a cada paso. Puede que no los matasen, pero los retrasaría lo suficiente para ganar más tiempo hasta que la ayuda llegara. Y, en caso de que terminaran sitiados, había un túnel secreto que conducía fuera de la fortaleza en sí, tan antiguo y descuidado que la mayoría de los residentes no sabía que existía hasta que Malakaila lo mencionó. Era mejor que nada.

Unos días más tarde, Rowan reunió a un pequeño grupo de capitanes alrededor de una mesa en el comedor. —El equipo de exploración de Bas informó que las criaturas se ven como si estuvieran preparándose para moverse dentro de unos días, —dijo, señalando un mapa. — ¿Están el primer y segundo kilómetro y medio de trampas casi listas?— Los capitanes dieron su confirmación. —Bien. Mañana, quiero que sus hombres preparen los próximos kilómetros, también.

De pie junto a Rowan, Celaena observó mientras él los conducía a través de la reunión, siguiendo todas las diversas piernas y brazos de su plan, sin mencionar que recordaba todos los nombres de los capitanes, sus soldados, y de lo que eran responsables. Él se mantuvo en calma y estable, feroz incluso, a pesar del infierno que podría pronto estar sobre ellos.

Echando un vistazo a la semi-hada ensamblados, con su atención por completo en Rowan, podía ver que se aferraban a su firmeza, a esa determinación fría e inteligente, de siglos de experiencia. Ella le envidiaba por ello. Y debajo de eso, con una creciente pesadez que no podía controlar, deseaba que cuando se fuera de este continente. . . no se fuera sola.

—Duerme un poco. No me eres útil completamente aturdida. — Ella parpadeó. Había estado mirándolo fijamente. La reunión había terminado, los capitanes ya caminaban lejos para atender sus diversas tareas.

—Lo siento. — Se frotó los ojos. Habían estado despiertos desde antes del amanecer, preparando los últimos kilómetros de la ruta, comprobando que todas las trampas estuvieran aseguradas. Trabajar con él era tan fácil. No había ningún juicio, no había necesidad de explicarse. Sabía que nadie podría reemplazar a Nehemia, y no quería que nadie lo hiciera, pero Rowan la hacía sentir... mejor. Como si finalmente pudiera respirar después de meses de sofocarse. Sin embargo, ahora...

Él todavía la estaba mirando con el ceño fruncido. —Sólo dilo. — Ella examinó el mapa sobre la mesa entre ellos.

—Podemos manejar a los soldados mortales, pero esas criaturas y Narrok. . . si tu-



viéramos guerreros hada, como tu compañero que vino a recibir su tatuaje —... ella no pensaba que llamarlo su *amigo gatito* le ayudaría esta vez... —o incluso los cinco de tu cuadro, podrían cambiar el curso de las cosas. — Trazó la línea de montañas que separaban estas tierras de los inmortales del más allá. —Pero no enviaste a nadie por ellos. ¿Por qué?

—Sabes por qué.

— ¿Maeve ordenaría que salieras de casa a pesar de los semi-hada?— Su mandíbula se apretó.

—Por varias razones, creo.

—Y esta es la persona a la que decidiste servir.

—Sabía lo que hacía cuando bebí su sangre para sellar el juramento.

—Entonces esperemos que los refuerzos de Wendlyn lleguen rápido. — Ella frunció los labios y se volvió para ir a su habitación. Él la agarró por la muñeca.

—No hagas eso. — Un músculo se marcó en su mandíbula. —No me mires así.

— ¿Cómo así?

—Con ese... asco.

—Yo no estoy...—Pero él le dio una mirada penetrante. Ella suspiró. —Esto... todo esto, Rowan...— Hizo un gesto con la mano hacia el mapa, a las puertas por las que los semi-hadas habían pasado, a los sonidos de la gente preparando sus suministros y defensas en el patio. —Por lo que sea que valga la pena, todo esto sólo prueba que ella no te merece. Creo que sabes eso, también.

Él miró hacia otro lado. —Eso no es de tu incumbencia.

—Lo sé. Pero pensé que deberías escucharlo de todos modos. — Él no respondió, ni siquiera la miró a los ojos, así que ella se fue. Miró por encima de su hombro una vez, para encontrarlo todavía inclinado sobre la mesa, con las manos apoyadas en la superficie, los poderosos músculos de su espalda visibles a través de su camisa. Y sabía que él no estaba mirando el mapa, no de verdad.

Pero decir que deseaba que pudiera regresar con ella a Adarlan, a Terrasen, era inútil. No tenía manera de romper su juramento con Maeve, y ella no tenía nada que le sedujera incluso si él pudiera. Ella no era una reina. No tenía planes de ser una, y aunque tuviera un reino para darle si fuera libre. . . Decirle todo eso, era inútil. Así que dejó a Rowan en el pasillo, a pesar de que eso no le impidió desear poder mantenerlo.



A la tarde siguiente, después de lavarse la cara y vendar una quemadura en su antebrazo en la habitación de Rowan, Celaena estaba bajando para ayudar con los preparativos de la cena cuando sintió, más que oyó, el murmullo del silencio a través de la fortaleza, más profundo y más pesado que el tranquilo y nervioso que había rondado sobre la fortaleza los últimos días. La fortaleza no había estado tan tensa desde aquella primera noche en la que Maeve había estado ahí. Era demasiado pronto para que su tía fuera a comprobar su progreso. Tenía poco que mostrar hasta ahora, aparte de algunos trucos poco útiles y sus diversos escudos. Subió las escaleras de dos en dos hasta que llegó a la cocina. Si Maeve se había enterado de la invasión y le ordenaba a Rowan irse... Respirar, pensar, esas eran las herramientas clave para soportar este encuentro.

El calor y el olor a levadura la golpearon cuando saltaba por los últimos escalones, ralentizando su marcha, levantando su barbilla, a pesar de que dudaba que su tía consintiera reunirse en la cocina. A menos que quisiera que estuviera desbalanceada. Pero, pero Maeve no estaba en la cocina. Rowan sí, y de espaldas a ella mientras estaba en el otro extremo con Emrys, Malakai, y Luca, hablando en voz baja. Celaena se detuvo en seco cuando vio el rostro demasiado pálido de Emrys, su mano agarrando el brazo de Malakai. Mientras Rowan se volvía hacia ella, sus labios apretados y sus ojos muy abiertos con, con shock y horror y dolor, el mundo se detuvo en seco, también. Los brazos de Rowan colgaban con holgura a los lados, sus dedos abriéndose y cerrándose. Por un instante, se preguntó si ella regresara al piso de arriba, lo que él tuviese que decir, no sería cierto. Rowan dio un paso hacia ella, un paso, y eso fue todo lo que tomó antes de que ella comenzara a sacudir su cabeza, antes de que levantara sus manos hacia el frente como para alejarlo.

—Por favor, — dijo, y su voz se quebró. —Por favor. —Rowan seguía acercándose, portador de alguna fatalidad ineludible. Y sabía que no podía correr más rápido que él, y no podía caer de rodillas y rogar por que fuera desecho.

Rowan se detuvo a su altura, pero no la tocó, y sus rasgos se endurecieron de nuevo, pero no de crueldad. Porque él sabía, se dio cuenta de que uno de ellos tendría que mantener todo unido. Tenía que estar tranquilo, necesitaba mantener su ingenio para sí mismo en esto.

Rowan tragó una vez. Dos veces. —Hubo... hubo un levantamiento en el campo de Calaculla, — dijo. Su corazón tropezó con un latido.

—Después de que la princesa Nehemia fuera asesinada, dicen que una esclava mató a su supervisor y provocó un levantamiento. Los esclavos tomaron el campo. — Él tomó una respiración profunda. —El rey de Adarlan envió dos legiones para poner a los esclavos bajo control. Y los mataron a todos.

— ¿Los esclavos mataron a sus legiones?—Contuvo el aliento. Había miles de esclavos en Calaculla, todos ellos juntos serían una fuerza poderosa, incluso para dos de las legiones de Adarlan. Con una horrible amabilidad, Rowan le cogió la mano.

—No. Los soldados mataron a todos los esclavos de Calaculla. — Una grieta se abrió



en el mundo, a través del cual un gemido quejumbroso empujó como una ola.

—Hay miles de personas esclavizadas en Calaculla. — La determinación en el rostro de Rowan se astilló mientras asentía. Y cuando abrió y cerró la boca, ella se dio cuenta de que no había terminado. La única palabra que pudo hallar fue— ¿Endovier?—Era la súplica de un tonto. Lenta, muy lentamente, Rowan sacudió la cabeza.

—Una vez que se enteró de la sublevación en Eyllwe, el Rey de Adarlan envió otras dos legiones al norte. Nadie fue perdonado en Endovier.

Ella no vio la cara de Rowan cuando sujetó sus brazos, como si pudiera evitar que cayera al abismo. No, todo lo que podía ver era a los esclavos que había dejado atrás, las montañas cenicientas y esas tumbas colectivas que cavaban todos los días; los rostros de su gente, que trabajaron junto a ella, su pueblo, a quien había dejado atrás. A quiénes se había dejado olvidar, que había dejado sufrir; que habían orado por la salvación, con esperanza de que alguien, cualquiera los recordara. Ella los había abandonado, y había llegado demasiado tarde. El pueblo de Nehemia, la gente de otros reinos, y...y su gente. Los habitantes de Terrasen. Las personas a las que su padre, su madre y la corte habían amado tan ferozmente. Había habido rebeldes en Endovier, rebeldes que lucharon por su reino cuando ella... cuando ella había estado...

Había niños en Endovier. En Calaculla.

Ella no los había protegido.

Las paredes de la cocina y el techo la aplastaron, el aire se sentía demasiado delgado, demasiado caliente. El rostro de Rowan nadó mientras jadeaba, y jadeaba, más rápido y más rápido, murmurando su nombre en voz demasiado baja para que los demás escucharan. Y el sonido del mismo, ese nombre que una vez había sido una promesa para el mundo, el nombre que ella había escupido y contaminado, el nombre que no se merecía...

Salió de su agarre, y luego estaba caminando por la puerta de la cocina, a través del patio, a través de las divisiones de piedra, ya lo largo de la barrera invisible, hasta que encontró un lugar fuera de vista de la fortaleza.

El mundo estaba lleno de gritos y lamentos, tan fuertes que se ahogó en los mismos.

Celaena no pronunció ni un solo sonido cuando desató su magia en la barrera, una explosión que sacudió los árboles y dejó la tierra retumbante. Ella alimentó su poder en la barrera invisible, pidiéndole a las piedras antiguas que lo tomaran, que lo usaran. Las divisiones, como si sintieran su intención, devoraron todo su poder, absorbiendo hasta los últimos brasas hasta que parpadearon, con ganas de más.

Así que ella ardió, y ardió, y ardió.





Capítulo 49

Traducido por Melody Hamort

Corregido por MicaLibe

Por semanas ahora, Chaol no había tenido ningún contacto con sus amigos, aliados, o lo que sea que fueran. Entonces, una vez más, se deslizó en el ritmo de sus antiguas obligaciones. A pesar de que era más difícil que nunca supervisar los almuerzos del Rey, y a pesar de que hacer sus reportes era un esfuerzo de voluntad, lo hizo. No había oído nada de Aedion o Ren, y todavía no le había pedido a Dorian que usara su magia para comprobar si sus teorías sobre el encantamiento eran ciertas. Comenzaba a preguntarse si había acabado con su parte en la creciente rebelión de Aelin.

Había reunido suficiente información, cruzado suficientes líneas. Tal vez ya era hora de averiguar qué podía hacerse desde Anielle. Estaría más cerca de Morath, y tal vez podría descubrir qué estaba tramando allí el Rey. Este había aceptado sus planes para tomar su lugar como heredero de Anielle sin apenas objeciones. Pronto, debería presentar opciones para un reemplazo.

Chaol estaba actualmente montando guardia en un almuerzo estatal en el gran salón, al que ambos, Aedion y Dorian, estaban asistiendo. Las puertas habían sido abiertas para darle la bienvenida al aire primaveral, y los hombres de Chaol estaban de pie en cada una, armas listas.

Todo era normal, todo iba bien, hasta que el Rey se levantó, su anillo negro pareciendo engullir el sol del mediodía que entraba por las imponentes ventanas. Levantó una copa, y la habitación hizo silencio, aunque no de la manera en que lo habían hecho cuando Aedion habló. Chaol no había podido dejar de pensar en lo que el general le había dicho sobre escoger un lado, o lo que Dorian dijo sobre su negación a aceptar a Celaena y al

Príncipe por lo que en verdad eran. Una y otra vez, lo contempló.

Pero nada podría haber preparado a Chaol, o a cualquiera en ese silencioso salón, cuando el rey sonrió a las mesas bajo su estrado y dijo: —Buenas noticias arribaron esta mañana desde Eyllwe y el norte. La rebelión de esclavos en Calaculla ha sido solucionada.

No habían oído nada de ello, y Chaol deseó poder cubrir sus oídos cuando el Rey dijo: —Tendremos que trabajar para rellenar las minas, allí y en Endovier, pero la mancha rebelde ha sido purgada.

Chaol estaba agradecido de haber estado apoyado contra un pilar. Fue Dorian quien habló, su rostro blanco como hueso. — ¿De qué estás hablando?

Su padre le sonrió. —Discúlpame. Al parecer los esclavos en Calaculla metieron en sus cabezas el comenzar un levantamiento luego de la desafortunada muerte de la Princesa Nehemia. Nosotros metimos en las nuestras el no permitirlo. O cualquier potencial levantamiento. Y como no teníamos recursos para interrogar a cada esclavo para eliminar a los traidores...

Chaol entendió la fuerza que debió tomarle a Dorian el no sacudir su cabeza en horror cuando hizo los cálculos y comprendió cuánta gente había sido asesinada.

—General Ashryver —dijo el Rey. Aedion permaneció sentado, sin moverse —. Tú y el Bane estarán complacidos de saber que desde la purga en Endovier, muchos de los rebeldes en su territorio cesaron sus... bufonerías. Al parecer no querían un destino similar al de sus amigos en las minas.

Chaol no sabía dónde había encontrado Aedion el coraje y la voluntad, pero el general sonrió e inclinó su cabeza. —Gracias, Majestad.



Dorian entró corriendo a la sala de trabajo de Sorscha. Ella saltó desde su lugar en la mesa, con una mano sobre su pecho. — ¿Has escuchado? —preguntó, cerrando la puerta tras él.

Los ojos de ella estaban lo suficientemente rojos para sugerir que lo había hecho. Tomó su rostro en sus manos, presionando su frente sobre la de ella, necesitando esa suave fuerza. No sabía cómo había evitado llorar, vomitar o asesinar a su padre en ese mismo lugar. Pero observándola, respirando su esencia a romero y menta, supo por qué.

—Te quiero fuera de este castillo —dijo él. —Te daré los fondos, pero te quiero lejos de aquí tan pronto puedas entrar una manera de irte sin levantar sospechas.

Ella tiró y salió de su agarre. — ¿Estás loco?

No, nunca había visto más claramente. —Si te quedas, si nos atrapan... Te daré el



dinero que necesites...

—Ninguna cantidad de dinero que me puedas ofrecer me convencerá de irme.

—Te amararé a un caballo si tengo que hacerlo. Te sacaré...

— ¿Y quién te cuidará? ¿Quién hará tus tónicos? Ya ni siquiera hablas con el Capitán. ¿Cómo podría dejarte ahora?

Él tomó sus hombros. Tenía que entender, tenía que hacerle entender. Su lealtad era una de las cosas que amaba, pero ahora... sólo conseguiría matarla. —Asesinó a miles de personas en un parpadeo. Imagina qué hará si descubre que has estado ayudándome. Hay cosas peores que la muerte, Sorscha. Por favor, por favor, sólo vete.

Sus dedos encontraron los suyos, entrelazándolos con fuerza. —Ven conmigo.

—No puedo. Se pondrá peor si me voy, si mi hermano es convertido en heredero. Y creo... Conozco a algunas personas que podrían estar intentando detenerlo. Si estoy aquí, tal vez pueda ayudarlos de alguna manera.

Oh, Chaol. Ahora entendía completamente por qué había enviado a Celaena a Wendlyn, entendía que su regreso a Anielle... Chaol se había vendido a sí mismo para lograr que Celaena estuviera a salvo.

—Si tú te quedas, yo me quedo —dijo Sorscha. — No puedes convencerme de lo contrario.

—Por favor —dijo, porque no tenía en él el gritar, no con las muertas de esas personas colgando sobre él. — Por favor...

Pero ella rozó su pulgar su mejilla. —Juntos. Enfrentaremos esto juntos.

Y fue horrible y egoísta por parte de él, pero no discutió más.



Chaol fue a la tumba por privacidad, para lamentarse, para gritar. Pero no estaba solo. Aedion estaba sentado en los escalones de la escalera de caracol, con sus antebrazos apoyados en sus rodillas. No se dio vuelta cuando Chaol dejó su vela y se sentó junto a él.

— ¿Qué supones —respiró Aedion, observando la oscuridad—que la gente en otros continentes, cruzando todos esos océanos, piense de nosotros? ¿Crees que nos odian o que nos tienen lástima por lo que nos hacemos entre nosotros? Tal vez allí es igual de malo. Tal vez es peor. Pero para hacer lo que tengo que hacer, para superarlo... tengo que creer que es mejor. Que algún lugar, es mejor que este.

Chaol no tenía una respuesta.



—He sido —los dientes de Aedion brillaron en la luz. —He sido forzado a hacer muchas, muchas cosas. Cosas depravadas, despreciables. Sin embargo, nada me hizo sentir tan sucio como hoy, agradeciendo a ese hombre por asesinar a mi gente.

No había nada que pudiera decir para consolarlo, nada que pudiese prometer. Así que Chaol dejó a Aedion solo, observando la oscuridad.



No había ningún asiento vacío en el Teatro Real esa noche. Cada palco y cada grada estaban apiñados con la nobleza, mercaderes y cualquiera que pudiera pagar la entrada. Joyas y seda resplandecían en la luz de los candelabros de vidrio, las riquezas de un imperio conquistador.

La noticia de las masacres de los esclavos había golpeado la ciudad esa tarde, esparciéndose en una oleada de murmullos, dejando sólo silencio detrás. Las gradas superiores del teatro estaban inusualmente quietas, como si el público hubiera venido para ser tranquilizado, para dejar que la música barriera la suciedad de las noticias.

Sólo los palcos estaban llenos de parloteo. Sobre qué significaba esto para las fortunas de aquellos sentados en las afelpadas sillas de terciopelo carmesí, debates sobre de dónde vendrían los nuevos esclavos para asegurar que no hubiera pausa en el trabajo, y sobre cómo deberían tratar a sus propios esclavos después de lo sucedido. A pesar de las campanas repicando y de la luz de los candelabros elevándose y atenuándose, les tomó más de lo usual callarse.

Aún estaban hablando cuando las rojas cortinas se levantaron para revelar a la orquesta sentada, y fue un milagro que se molestaran en aplaudir al director mientras cojeaba a través del escenario.

Fue en ese momento que notaron que cada músico sobre el escenario llevaba el negro de luto. En ese momento se callaron. Y cuando el director levantó sus brazos, no fue una sinfonía la que llenó el cavernoso espacio.

Fue la Canción de Eyllwe.

Luego la Canción de Fenharrow. Y la de Melisande. Y la de Terrasen. La de cada nación que tenía gente en esos campos de trabajo forzado.

Y finalmente, no por pompa o triunfo, sino por lamento de lo que se habían convertido, tocaron la Canción de Adarlan.

Cuando terminó la nota final, el director giró hacia la multitud, los músicos poniéndose de pie con él. Como uno, miraron hacia los palcos, hacia todas esas joyas compradas con la sangre de un continente. Y sin una palabra, sin una inclinación u otro gesto, salieron del escenario.

A la mañana siguiente, por decreto real, el teatro fue clausurado.



Nadie volvió a ver a esos músicos o a su director otra vez.





Capítulo 50

*Traducido por Rocío R.
Corregido por Melody*

Una brisa fría besó la parte trasera del cuello de Celaena. El bosque se había quedado en silencio, como si los pájaros y los insectos se hubieran calmado por su asalto a la pared invisible. La barrera se había tragado cada chispa de magia que ella le había lanzado, y ahora parecía tararear con fresco poder.

La esencia de pino y nieve la envolvió y ella se volvió para encontrar a Rowan parado junto a un árbol cercano. Él había estado ahí por un tiempo, dándole espacio para que ella se trabajara hasta el cansancio.

Pero ella no estaba cansada. Y no había terminado. Todavía había fuego salvaje en su mente, retorciéndose, interminable, condenando. Ella apago las brasas y dejó que el dolor y el horror se apagarán, también.

Rowan dijo —El aviso acaba de arribar desde Wendlyn. Los refuerzos no vendrán.

—Ellos no vienen desde hace diez años—Dijo, su garganta rugiendo por no haber hablado en horas. Fría, brillante calma estaba ahora flotando en sus venas. —¿Por qué se molestarían en ayudar ahora?

Sus ojos parpadearon. —Aelin. —Solo cuando ella miró al bosque oscuro, él dijo—No tienes que quedarte. Podemos ir a Doranelle hoy y puedes cobrarle el conocimiento que necesitas de Maeve. Tienes mi bendición.

—No me insultes pidiéndome que me vaya. Estoy peleando. Nehemia se hubiera que-

dado. Mis padres se hubieran quedado.

—Ellos también tenían el lujo de saber que su línea de sangre no terminaría con ellos.

Ella rechinó los dientes. —Tú tienes experiencia. Te necesitan a *ti*. Eres la única persona que puedes darles a las hadas la chance de sobrevivir; eres respetado y confiado. Así que me quedo. Porque tú eres necesario, y porque te seguiré sea cual sea el final. —Y si las criaturas devoraban su cuerpo y el alma, entonces a ella no le importaría. Se había ganado ese destino.

Por un largo tiempo, él no dijo nada. Pero sus cejas se juntaron ligeramente. — ¿Sea cual sea el final?— Ella asintió. Él no necesitaba mencionar las masacres, no necesitaba tratar de consolarla. Él sabía, él la entendía sin tener que decir una palabra. Así era.

Su magia vibraba en su sangre, queriendo salir, queriendo *más*. Pero tendría que esperar. Tendría que esperar hasta que fuera el tiempo. Hasta que ella tuviera a Narrok y a sus criaturas a en su vista.

Ella se dio cuenta de que Rowan estaba mirando cada uno de esos pensamientos y más mientras alcanzaba su túnica y sacaba una daga. Su daga. Él se la extendió, su larga hoja estaba reluciente, como si él hubiera estado puliéndola y cuidándola en secreto estos meses. Y cuando ella agarró la daga, su peso era más ligero de lo que recordaba, Rowan la miró a los ojos, en el centro mismo de ella y dijo:

—Fireheart.



Los refuerzos desde Wendlyn no estaban viniendo, no por maldad, sino porque una legión de hombres de Adarlan había atacado la frontera norte. Tres mil hombres en barcos habían puesto en marcha un asalto. Wendlyn había enviado hasta el último soldado a la costa norte, y allí permanecerían. El ejército de hadas iba a enfrentar a Narrok y a sus fuerzas solos. Rowan calmadamente animó a los no luchadores en la fortaleza a huir.

Pero ninguno huyó. Incluso Emrys se negó y Malakai dijo que donde su compañero iba, él iba. Por horas, ajustaron sus planes para acomodar la falta de refuerzos. Al final, no tuvieron que cambiar mucho, por suerte. Celaena contribuyó con el planeamiento, dejando a Rowan ordenar a todos y ajustar la estrategia magistral en su brillante mente. Ella trató de no pensar en Endovier y Calaculla, pero el conocimiento de ello se seguía cocinando a fuego lento en ella, durante las horas que ellos habían debatido.

Ellos planearon hasta que Emrys había arrastrado una olla de la cocina y lo había empezado a golpear con una cuchara, ordenándoles ya que el anochecer estaba muy cerca.

En de un minuto de volver a sus habitaciones, Celaena estaba desvestida y cayendo en la cama. Rowan se tomó su tiempo, despegando de la camisa y caminando al lavabo.

—Lo hiciste bien ayudándome con el plan para esta noche.



Ella lo miró lavarse la cara, luego su cuello.

—Suenas sorprendido.

Se limpió la cara con una toalla y se apoyó en la cómoda, apoyando las manos contra los extremos. La madera gruñó, pero su rostro estaba inmóvil.

Fireheart, la había llamado. ¿Sabía lo que ese nombre significaba para ella? Ella quiso preguntar, todavía tenía muchas preguntas para él, pero justo ahora, después de todas las noticias del día, ella necesitaba dormir.

—Envié un aviso—Dijo Rowan, dejando ir la cómoda y aproximándose a la cama. Ella había dejado la espada de la cueva de la montaña en el poste de la cama, y su rubí ardiente ahora brillaba en la penumbra mientras él pasaba un dedo por la empuñadura de oro. —A mí... cuadro, si quieres llamarlo así.

Ella se apoyó en los codos. — ¿Cuándo?

—Hace unos días. No sabía dónde estaban o si llegarían a tiempo. Maeve podría no haberlos dejado venir o alguno de ellos podría no haberle preguntado. Ellos pueden ser... impredecibles. Y tal vez yo haya recibido la orden de volver a Doranelle y...

— ¿De verdad pediste ayuda?

Sus ojos se estrecharon. *Acabo de decir que lo hice.*

Ella se paró, y él retrocedió un paso. ¿Qué hizo que cambiaras de opinión?

Algunas cosas valen el riesgo.

Él no se movió mientras ella se acercaba y decía con cada brasa que dejó en su destrozado corazón.

—Yo te reclamo, Rowan Whitethorn. No me importa lo que digas o cuanto protestes. Te reclamo como mi amigo.

Él se dio la vuelta al lavabo otra vez, pero ella atrapó las palabras que no había dicho y que quería evitar que ella leyera en su cara.

No importa. Incluso si sobrevivimos, cuando vayamos a Doranelle, caminarás fuera del reino de Maeve sola.



Emrys se les unió, junto con el ejército hada en el Mistward, que no había sido enviado con mensajes, sino en viajar junto con los sanadores la mañana siguiente para ayudar a traer a los pacientes a salvo. Cualquiera que no pudiera pelear sería mantenido para ayudar a los enfermos y heridos, y Emrys declaró que él se quedaría hasta el final. Así que ellos lo dejaron, junto con el pequeño contingente de centinelas en caso de que las



cosas fueran muy, muy mal.

Cuando Celaena se dirigió a los árboles con Rowan, no me molestó con despedidas. Muchos de los demás no habían dicho adiós tampoco, y parecía como una invitación a la muerte y Celaena estaba muy segura de que ella no estaba del lado bueno de los dioses.

Ella había sido despertada esa noche por una larga y callosa mano en su hombro, sacudiéndola para que se despertara.

Parecía como si la muerte ya estuviera esperando por ellos.





Capítulo 51

*Traducido por Karolina
Corregido por Fiorella Vita*

—Ve por tu espada y tus armas, y hazlo *rápido*. — Rowan le dijo a Celaena e instantáneamente se levantó, alcanzando la daga que estaba junto a su cama.

Él ya había cruzado la mitad del cuarto, lanzando su ropa y sus armas con letal eficiencia. Ella no lo molestó con preguntas, él diría lo que fuera necesario. Saltó dentro de sus pantalones y botas.

—Creo que hemos sido traicionados, — Dijo Rowan, y sus dedos se quedaron en la hebilla del cinturón de donde colgaba su espada mientras giraba hacia la ventana. Quietud. Absoluta quietud en el bosque.

Y a lo largo del horizonte, crecía una mancha de negrura. —Ellos vendrán esta noche, —ella dio un respiro.

—Ya cheque el perímetro. — Rowan metió un cuchillo en su bota. —Es como si alguien les hubiera dicho en donde esta cada trampa y alarma. Ellos están aquí dentro en una hora.

— ¿Siguen funcionando las marcas protectoras?— Término de trenzar su cabello y se colocó la espada.

—Sí, están intactas. Di la alarma, y Malakai y los demás están preparando nuestras defensas en los muros. — Una pequeña parte de ella sonrió al imaginarse cómo había sido para Malakai encontrarse a Rowan semidesnudo en su cuarto mientras, estaba dando órdenes.

Ella preguntó, — ¿Quién crees que nos traicionó?

—No lo sé, pero cuando lo encuentre, lo salpicare en las paredes. Pero por ahora, tenemos problemas más grandes por los que preocuparnos.

La oscuridad del horizonte se estaba esparciendo, devorando estrellas, árboles y luz.
— ¿Qué es eso?

La boca de Rowan se convirtió en una línea. —Problemas más grandes.



Las marcas protectoras eran la última línea de defensa antes de la fortaleza. Si Narrok planeaba sitiar a Mistward, ellos no durarían más que él, pero afortunadamente la barrera les quitaría algo de poder a sus criaturas. En las murallas, patios, y en las cimas de las torres se encontraban los semi-hadas. Los arqueros derribarían tantos hombres como pudieran cuando las barreras cayeran y usarían las puertas de roble para hacer un cuello de botella en el patio.

Pero ahí seguían Narrok y sus criaturas, solos con la oscuridad que trajeron. Los pájaros y animales que se encontraban más allá de la fortaleza huían de cualquier método, batiendo sus alas, pataleando, o sujetándose de cualquier piedra. Levaban los animales a la seguridad de la Tribu de los Enanos, difícilmente había más de un destello de noche en sus ojos. Lo que fuera la oscuridad que Narrok y sus criaturas habían traído... una vez que entrabas, no salías.

Ella estaba de pie junto a Rowan más allá de las puertas del patio de la corte, la extensión de pasto entre la fortaleza y las marcas protectoras se sentía demasiado pequeña. Los animales y la Tribu de los Enanos desaparecieron momentos antes, incluso el viento murió.

—Tan pronto como las barreras bajen, quiero que dispires flechas a sus ojos, — Rowan le dijo, su arco se aflojó entre sus dedos. —No le des una oportunidad de cautivarte, o a cualquiera. Déjales los soldados a los demás.

Ellos no habían visto ni oído nada de los doscientos, pero ella asintió, agarrando su propio arco. — ¿Qué hago con la magia?

—Úsala con moderación, pero si crees que puedes destruir con ella, no lo dudes. No te emociones. Y derriba tantos como puedas. — Esa calculación de hielo. Su sangre, su linaje, un guerrero puro. Casi podía sentir la agresión emanando de él.

Un hedor estaba emanando más allá de la barrera, y algunos de los centinelas que estaban detrás de ellos en el patio de la corte empezaron a murmurar. Un olor de otro mundo, de las criaturas infernales que estaban usando unas pieles humanas. Algunos animales atrasados se alejaron de los árboles, con espuma en la boca, mientras que la oscuridad detrás de ellos se hacía más grande. —Rowan— Ella dijo tan rápido como los



sintió —Están aquí.

Al borde de los árboles, cuando estaban a menos de 5 metros para las marcas protectoras, las criaturas emergieron.

Celaena empezó. Tres.

Tres. No dos. —Pero los Skinwalkers...— Ella no pudo terminar la frase porque tres hombres estaban inspeccionando la fortaleza. Iban vestidos con el negro más oscuro, sus túnicas se abrían para revelar las insignias en sus gargantas marcadas con las piedras de Wyrđ. Los Skinwalkers no lo habían matado, no, porque ahí se encontraba en mismo macho perfecto, mirando directo hacia ella. Sonriéndole. Como si ya pudiera saborearla.

Un conejo salió de un arbusto, corriendo hacia las marcas protectoras. Como la pata de una bestia gigante, la oscuridad que estaba detrás de las criaturas arremetió contra él, y tiro al animal que huía.

El conejo cayó en pleno salto, su piel volviéndose mate y enmarañada, sus huesos se aferraban a la vida que ya le había sido arrebatada. Los centinelas que se encontraban en las paredes y en las torres se agitaron, y algunos hasta rezaron.

Ella tuvo una oportunidad de escapar de las garras de una de esas criaturas. Pero las tres juntas se convertían en algo más, algo con un poder infinito.

—No podemos permitirnos que la barrera caiga. — Rowan le dijo. —Esa oscuridad matará a cualquier cosa que toque. — Tan pronto como habló la oscuridad rodeó la fortaleza. Atrapándolos. La barrera zumbaba, los ecos silbaban contra las suelas de sus botas.

Ella cambio a su forma de hada, haciendo muecas por el dolor. Necesitaba un oído más agudo, fuerza y rápida curación. Además, las tres criaturas seguían en el borde del bosque, mientras la oscuridad se esparcía. No había señal de los doscientos soldados.

Como uno, los tres dieron una vuelta hacia las sombras detrás de ellos y se hicieron hacia un lado, agachando las cabezas. Luego, asechando los bosques, Narrok apareció.

A diferencia de los demás, Narrok no era hermoso. Él tenía cicatrices, se veía poderoso y estaba armado hasta los dientes. Pero él también tenía la piel tallada con esas venas negras y usaba una insignia de obsidiana. Incluso de esa distancia, ella podía ver un devorador vacío en sus ojos. Se filtraba hacia ellos como sangre en un río.

Ella esperaba que él dijera algo, que aprovechara y ofreciera una oferta acerca de ceder al poder del Rey o morir, o dar un discurso para romperles la moral. Pero Narrok miro hacia Mistward lentamente, casi encantado mientras los miraba con la cabeza, sacó su espada de hierro, y señaló a las marcas protectoras en las puertas.

No había nada que Celaena o Rowan pudieran hacer cuando un látigo de oscuridad golpeó la barrera. El aire se estremeció y las piedras rechinaron.

Rowan ya se estaba moviendo hacia las puertas de roble gritándoles a los arqueros que se prepararan y que usaran la magia que tuvieran para proteger la barrera de la os-



curidad.

Celaena se quedó dónde estaba. La puerta volvió a crujir.

—Aelin— Rowan le espetó, Y ella lo miró por encima de su hombro. —Ve hacia las puertas.

Pero ella se colgó el arco a la espalda, y levantó la mano, en donde había fuego consumiéndose. —En el bosque esta noche, evitaban la llama.

—Para usarla tendrías que salir de la barrera, si no rebotaría.

—Lo sé— dijo con calma.

—La última vez que los miraste caíste bajo su hechizo.

La oscuridad dio otro latigazo.

—No será como la última vez, — dijo ella, mientras sus ojos estaban sobre Narrok y sus criaturas. No cuando tenía una cuenta pendiente. Su sangre hervía, pero ella dijo, —No sé qué más hacer.

Porque si la oscuridad los alcanzaba, todas las espadas y flechas serían inservibles.

Ellos no tendrían oportunidad de vencerlos.

Un llanto se oye detrás de ellos, seguido de unos más, luego seguido de metal contra metal. Alguien grito, — ¡El Túnel! ¡Alguien los dejó entrar en el túnel!

Por un momento, Celaena se quedó ahí parada, parpadeando. El túnel de escape. Ellos *habían* sido traicionados. Ahora sabían dónde estaban los soldados: deslizándose por los túneles subterráneos, entraron tal vez porque las marcas protectoras, con su extraña sensibilidad, estaban demasiados ocupadas en la amenaza delante de ellos como para ocuparse de la de abajo.

Los gritos y las peleas se incrementaron. Rowan había puesto a los combatientes más débiles adentro para mantenerlos cerca, justo en la entrada del túnel. Sería un matadero. —Rowan...

Otro golpe para la barrera de la oscuridad, otro más. Ella comenzó a caminar hacia las piedras y Rowan le gruñó. —No des un paso más...

Ella continuó. Adentro de la fortaleza, los gritos habían comenzado, también el dolor, la muerte y el terror. Cada paso la desgarraba, pero ella se dirigió hacia las puertas, hacia las puertas de megalito. Rowan tomó su codo —Esa fue una *orden*.

Ella empujó su mano. —Te necesitan en el interior, déjame la barrera.

—Tú no sabes si funcionara...

—Lo hará— le espetó —Soy sustituible, Rowan—



—Tú eres la heredera del trono de...

—Ahora mismo, soy una mujer que tiene un poder que tal vez salve vidas. Déjame hacer esto. Ve a ayudar a los demás.

Rowan miro las marcas protectoras, la fortaleza y los centinelas luchando para ayudar después. Calculando y pesándolo, —No te enganches con ellos. Concentrarte en la oscuridad y en mantenerla alejada de la abarrera, y nada más. Mantén la línea, Aelin.

Pero ella no quería mantener la línea, -no cuando sus enemigos estaban tan cerca. No cuando el peso de las almas de Calaculla y Endovier estaba sobre ella, gritando tan fuerte como los soldados adentro de la fortaleza. Les había fallado a todos. Ella había llegado muy tarde. Y era suficiente. Pero ella asintió, como el buen soldado que Rowan creía que era, y dijo, —Entendido.

—Ellos te atacarán en el momento en que des un paso fuera de la barrera. — Él dijo, soltando su brazo. Su magia empezaba a hervir en sus venas. —Ten listo un escudo.

—Lo sé— fue su única respuesta, se acercó a la barrera y al remolino de oscuridad. Las Piedras con curvas en la puerta se alzaban, Y ella saco su espada de su espalda con su mano derecha, y con la izquierda hizo una flama.

El pueblo de Nehemia, masacrado. Su Pueblo, masacrado. *Su* pueblo.

Celaena dio un paso bajo el arco de piedras, la magia zumbaba y besaba su piel. Unos pocos pasos la llevarían afuera de la barrera. Podía sentir a Rowan ahí, esperando a ver si sobrevivía los primero momentos. Pero ella lo haría, ella iba a quemar esas criaturas hasta convertirlas en cenizas y polvo.

Esto era lo menos que les debía a los que fueron asesinados en Endovier y Calaculla, lo menos que podía hacer después de tanto tiempo. Un monstruo para destruir monstruos.

Las llamas en su mano izquierda quemaron más de lo normal y Celaena dio un paso más allá del arco, y entró al abismo.





Capítulo 52

*Traducido por Rocío R.
Corregido por Melody*

La oscuridad golpeó a Celaena en el momento que pasó por la barrera invisible.

Una pared de fuego incineró a través de la extensión de negrura y, justo mientras ella se había arriesgado, la negrura retrocedió. Sólo para atacar de nuevo, rápido como una serpiente.

Ella encontró su golpe por golpe, deseando que el fuego se propague, una pared de rojo y dorado encerrando la barrera detrás de ella. Ella ignoró el hedor de las criaturas, el vacío del aire en sus oídos, la abrumadora palpitación en su cabeza, mucho peor más allá de la protección de las salas, especialmente ahora cuando las tres criaturas estaban reunidas. Pero ella no les dio ni un centímetro, incluso mientras la sangre comenzaba a picar en su nariz.

La oscuridad arremetió contra ella, simultáneamente asaltando la pared, haciendo hoyos a través de sus llamas. Ella los reparó por reflejo, dejando que el poder haga lo que quería, pero con el comando de proteger, de mantener la barrera protectora. Ella adelantó otro paso más allá de la entrada de piedra.

Narrok no estaba en ningún lado visible, pero las tres criaturas estaban esperándola. A diferencia de las otras noches en los bosques, ellos estaban armados con largas y delgadas espadas que ellos trazaron con su sobrenatural gracia. Y entonces atacaron. Suerte que ella no los miró a los ojos o notó la sangre saliendo de su nariz y la presión en sus oídos. Ella simplemente pidió un escudo de fuego alrededor de su brazo y comenzó a balancear la antigua espada.

Ya sea que Rowan permaneció para verla romper su primera orden, y luego la siguiente, y la siguiente, ella no lo sabía. Las tres criaturas seguían viniendo a ella, rápidas y controladas como si hubieran tenido mucho tiempo para practicar el juego de la espada, como si todos fueran una sola mente, un solo cuerpo.

Donde ella desviaba a uno, el otro estaba ahí, donde ella golpeaba uno con sus llamas y acero, otro estaba agachándose debajo para agarrarla. Ella no podía dejar que ellos la tocaran, no se podía permitir encontrar su mirada. El escudo que rodeaba la barrera ardía en su espalda, la oscuridad de las criaturas escociendo y mordidiéndola, pero ella se mantuvo firme. No le había mentido a Rowan sobre eso, sobre proteger el muro.

Uno de ellos barrió su espada hacia ella, no para matar. Para incapacitar. Fue una segunda naturaleza, de alguna manera, que las flamas tiró hacia abajo la hoja mientras contraatacaba, disponiendo fuego en la espada misma. Cuando se encontró con el hierro negro de la criatura, chipas azules danzaban, tan brillantes que se atrevió a mirar a la cara de la criatura para un vistazo, sorpresa. Horror. Rabia.

La empuñadura de la espada estaba caliente, confortante, en su mano, y la piedra roja brillaba como si tuviera fuego propio. Las tres criaturas pararon al unísono, sus sensuales bocas tirándose atrás para mostrar sus excesivamente blancos dientes en un gruñido. El que estaba en el medio, es que la había probado antes, silbó hacia la espada.

—Goldryn.

La oscuridad se pausó, y ella usó la distracción para enmendar sus escudos, un escalofrío serpenteando hasta su espina, incluso cuando las llamas la mantenían caliente. Ella levantó aún más la espada y avanzó otro paso.

—Pero no eres Atril, amada de la reina oscura. —Uno de ellos dijo.

Otro dijo —Y tú no eres Branon de Wilfire.

— ¿Cómo es que... — Pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta mientras el recuerdo la golpeaba, de meses atrás, una vida atrás. De un reino que estaba en el medio, de lo que vivía dentro de Caín hablándole. A ella, y Elena. Elena, la hija de Brannon. *Tú fuiste traída de regreso, dijo. Todos los jugadores en un juego sin terminar.*

Un juego que había comenzado en el amanecer de un tiempo, cuando una carrera demoníaca había olvidado las llaves Wyrd y las usaron para irrumpir en este mundo, y Maeve había usado su poder para desterrarlos. Pero algunos demonios habían quedado atrapados en Erilea y libraron una segunda guerra siglos después, cuando Elena peleó contra ellos. ¿Qué había de los otros, que habían sido enviados de nuevo a su reino? ¿Qué si el Rey de Adarlan, aprendiendo de las llaves, también había aprendido como encontrarlas? ¿Dónde las... dominaría? Oh cielos.

—Tú eres el Valg— Ella respiró.

Las tres cosas dentro de esos cuerpos mortales sonrieron. —Somos príncipes de nuestro reino.



— ¿Y cuál reino es ese?— Ella derramó magia en el escudo detrás de ella. El príncipe Valg del medio pareció alcanzarla sin moverse un centímetro. Ella envió un poco de fuego a él, quien retrocedió.

—Un reino de oscuridad eterna, hielo y viento— Él dijo.

—Y hemos estado esperando por un largo, largo tiempo para probar tu luz del sol otra vez.

El Rey de Adarlan era más poderoso de lo que ella podría imaginar o el hombre más tonto que haya vivido si pensaba que podría controlar estos príncipes demonios.

Sangre goteó su túnica desde su nariz. Su líder ronroneó.

—Una vez que me dejes dentro, chica, no habrá más sangre, ni dolor— Ella envió otra pared de fuego abrasador hacia ellos.

—Brannon y los otros los vencieron hasta el olvido una vez— Ella dijo, aunque sus pulmones estaban ardiendo— Podemos hacerlo de nuevo.

Rieron bajo. —No fuimos vencidos. Solo fuimos contenidos. Hasta que un hombre mortal fue lo suficientemente tonto para invitarnos de nuevo, para usar estos gloriosos cuerpos. — ¿Estaban los hombres que una vez ocuparon todavía ahí dentro? Si cortaba sus cabezas, ¿Se desvanecería las criaturas o serian desatados en otra forma?

—Si— El líder dijo, avanzando otro paso hacia ella y olfateando. —Deberías temernos. Y aceptarnos.

—Acepta esto— Ella gruñó, y lanzó una daga escondida desde su armadura hasta su cabeza. Él era tan rápido que lastimó su mejilla en vez de quedarse clavada entre sus ojos. Sangre negra fluía y fluía; el levando una mano blanca, luna para examinarla.

—Disfrutaré devorarte de adentro hacia fuera— Dijo y la oscuridad arremetió por ella otra vez.



La batalla todavía era violenta dentro de la fortaleza, lo cual era bueno, porque significaba que no habían muerto todos todavía. Y Celaena estaba todavía balanceaba a Guldryn contra los tres príncipes Valg, aunque habían crecido para el momento, y el escudo detrás de ella estaba comenzando a desgastarse. Ella no había tenido tiempo para hacer un túnel en su poder, o para considerar racionarlo.

La oscuridad que los Valg trajeron con ellos continuaba golpeando la pared, así que Celaena hizo escudo tras escudo, fuego flameando a través de su sangre, de su aliento, de su mente. Ella le dio a su magia rienda suelta, solo pidiendo que dejara vivo el escudo detrás de ella. Lo hizo, engullendo sus reservas.

Rowan no había vuelto con la ayuda. Pero ella se dijo que el volvería, y que el ayudaría, por no era debilidad admitir que lo necesitaba, que necesitaba su ayuda y... Su espal-



da baja se apretó y era todo lo que podía hacer para mantener el agarre en la legendaria hoja mientras el líder de los príncipes Valg buscaba su cuello. No. Un músculo se torció cerca de su espina, girando hasta que tuvo que morderse un grito mientras ella desviaba el golpe. No podía ser un agotamiento. No tan pronto, no después de haber practicado tanto, no, un agujero desgarró el escudo detrás de ella y la oscuridad golpeó la barrera, haciendo que la magia grite. Ella lanzó un pensamiento hacia ella, y la flama lo enmendó, su sangre comenzó a martillar.

Los príncipes estaban acercándose otra vez. Ella gruñó, enviando una pared de caliente flama blanca hacia ellos, tirándolos hacia atrás, atrás, atrás, mientras ella tomaba una profunda respiración. Pero sangre salía en vez de aire. Si ella corría dentro de las puertas, ¿Cuánto duraría el último escudo antes de que cayera ante los príncipes y su antigua oscuridad? ¿Cuánto duraría cualquiera de ellos dentro? No se atrevió a mirar atrás para mirar quien estaba ganando. No sonaba muy bien. No había llantos de victoria, solo dolor y miedo.

Sus rodillas se estremecieron, pero ella tragó la sangre en su boca y tomó otra respiración profunda. Ella no se había imaginado que terminaría así. Y tal vez era lo que ella se merecía, después de darle la espalda a su reino.

Uno de los príncipes Valg rasgó con una mano la pared de flama que los separaba, la oscuridad protegiendo su carne de derretirse. Ella estaba por mandar otra explosión cuando un movimiento de los árboles atrapó su mirada.

Lejos en la colina, como si hubieran venido corriendo desde las montañas y no hubieran parado por comida o agua o para dormir, estaba un hombre imponente, un pájaro masivo y tres de los más largos depredadores que ella había visto.

Cinco en total.

Respondiendo el desesperado llamado de sus amigos por ayuda. Ellos se precipitaron a través de los árboles y sobre las rocas: dos lobos, uno negro y el otro blanco como la luna, el macho corpulento; el ave bajando sobre ellos; y un familiar gato montés corriendo detrás. Rumbo a la oscuridad que se avecinaba entre ellos y la fortaleza. El lobo negro patinó hasta detenerse mientras se acercaban a la oscuridad, detectando lo que podría hacer. El griterío en la fortaleza creció. Si los recién llegados pudieran destruir a los soldados, los sobrevivientes podrían tomar el túnel y huir antes de que la oscuridad consumiera todo.

El sudor picaba en los ojos de Celaena, y el dolor se deslizó dentro de ella tan profundamente que se preguntó si era permanente. Pero no le había mentido a Rowan sobre salvar vidas. Así que no se detuvo a considerar o dudar mientras mandaba los restos de su poder a los cinco amigos de Rowan, un puente de flama a través de la oscuridad, separándola en dos. Un camino a las puertas detrás de ella. Para su crédito, los amigos de Rowan no dudaron mientras corrían por él, los lobos liderando el camino, el pájaro, como águila pescadora, detrás muy cerca. Ella derramó su poder en el puente, haciendo rechinar los dientes contra la agonía mientras los cinco pasaban, no gastando en ella una mirada. Pero el dorado gato montés se ralentizó mientras pasaba por las puertas detrás



de ella, mientras su pecho se apretaba y ella tosía, su sangre brillante en el césped.

—Él está dentro—ella tosió—Ayúdenlo— El gran gato persistió, evaluándola y su pared, y los príncipes luchando contra su flama. —Vayan.

El puente a través de la oscuridad colapsó y ella se tambaleó un paso mientras el poder negro golpeaba en ella, en el escudo, en el mundo. La sangre rugía tan fuerte en sus oídos que apenas podía oír cuando el gato montés corrió a la fortaleza. Los amigos de Rowan habían venido. Bien. Bien porque él no estaría solo, de que tenía esa gente en el mundo.

Ella tosió sangre otra vez, desparramándola en el suelo, en las piernas del príncipe Valg.

Apenas se movió antes de que la golpeará dentro de sus propias flamas y ella golpeó la mágica pared debajo, tan fuerte e imperdonable como si estuviera hecha de piedra. El único camino a la fortaleza era a través de las puertas. Ella golpeó con Goldryn, pero su golpe fue débil. Contra el Valg, contra el horrible poder que el Rey de Adarlan poseía, el ejército a su disposición... todo era inútil. Tan inútil como el voto que ella había hecho sobre la tumba de Nehemia. Tan inútil como una heredera para un trono roto y un nombre roto.

La magia estaba hirviendo su sangre. La oscuridad, sería un alivio comparado con el infierno latiendo en sus venas. Los príncipes Valg avanzaron y parte de ella estaba gritando, gritándose que se levantara, que siguiera luchando, que rugía y peleara contra ese horrible final. Pero mover sus extremidades, incluso respirar, se había convertido en un esfuerzo monumental.

Estaba tan cansada.



La fortaleza era un infierno de gritos y peleas y sangre pero Rowan seguía moviendo sus espadas, manteniendo su posición en el túnel mientras soldado tras soldado corrían dentro. El explorador líder, Bas, tuvo que haberlos dejado entrar, Luca le dijo a Rowan. Los otros semi-hadas quien había conspirado con Bas querían el poder que las criaturas ofrecían, querían un lugar en el mundo. Desde la devastación en el chico de los ojos sangrantes, Rowan sabía que Bas había encontrado su final. Esperaba que Luca no hubiera sido el que lo hubiera hecho.

Los soldados seguían viniendo, hombres altamente entrenados que no tenían miedo de los semi-hadas o de la poca magia que ellos tenían. Estaban armados con hierro y no había diferencia entre jóvenes y viejos, hombres o mujeres, mientras montaron y sacrificaron.

Rowan no estaba drenado, en lo más mínimo. Había peleado en más largas y peores condiciones. Pero los otros estaban flojos, especialmente con los soldados que continua-



ban inundando la fortaleza. Rowan tiró de una espada del estómago de un soldado caído, la daga ya deslizándose por el cuello del siguiente, cuando sacudiendo golpeó las piedras de la fortaleza. Algunos de los semi-hadas se congelaron, pero él casi se estremeció de alivio al ver a los lobos gemelos bajando la escalinata y cerrando sus mandíbulas alrededor del cuello de dos soldados de Adarlan. Grandes alas batieron y luego un ceñudo hombre de ojos negros estaba enfrente de él, balanceando una espada más antigua que los ocupantes del Mistward.

Vaughan simplemente asintió hacia el antes de tomar su posición, nunca gastando sus palabras. Debajo de él, los lobos eran poco menos que letales, y no se molestaron en cambiar a sus formas de hadas mientras derribaban soldado tras soldado, dejando a aquellos que estaban detrás del hombre esperando. Eso era todo lo que Rowan tuvo que ver antes de correr por las escaleras, esquivando la aturdida y ensangrentada hada.

La oscuridad no había caído, lo que significaba que ella todavía estaba respirando, debía estar manteniendo la línea pero... un gato montés patinó hasta detenerse en el descanso de la escalera y de adelantó. Rowan dio una mirada a los pequeños ojos de Gavriel y dijo:

— ¿Dónde está ella?— Graviel lo agarró del brazo. Como si lo detuviera.

—Está en una mala forma Rowan, creo...— Rowan corrió, moviendo a un lado a su más viejo amigo, empujando a través de los dos hombres que habían aparecido. ... Lorcan. Incluso Lorcan había respondido a su llamado. El tiempo de gratitud vendría después, y las hadas de cabello negro no dijeron nada mientras Rowan corría a las amuralladas puertas.

Lo que vio más allá casi lo hizo caer.

La pared de flamas estaba en jirones, pero todavía protegiendo la barrera. Pero las tres criaturas... Aelin estaba parada frente a ellos, encorvada y jadeando, la espada lánguida en su mano. Ellos avanzaron y una débil flama azul surgió ante ellos. Lo movieron con un movimiento de sus manos. Otra llama surgió y sus rodillas se doblaron.

El escudo de flama aumentó y retrocedió, pulsando como la luz alrededor de su cuerpo. Ella se estaba agotando. ¿Por qué no había retrocedido?

Otro pasó más cerca y las cosas dijeron algo que hizo que ella levantara la cabeza. Rowan sabía que no podría alcanzarla, ni siquiera tenía que respirar un grito de advertencia mientras Aelin miraba la cara de la criatura que estaba frente a ella.

Le había mentido. Ella había querido salvar vidas, sí. Pero ella se había ido ahí afuera con ninguna intención de salvar la suya. Él tomó una respiración, para correr, para rugir, para convocar su poder una pared de músculos lo golpeó por atrás, tirándolo al césped. Aunque Rowan movió y retorció contra Gavriel, no podía hacer nada contra cuatro siglos de entrenamiento e instinto felino clavados en él, manteniéndolo de correr a través de esas puertas a la negrura que destruía mundos.

La criatura tomó la cara de Aelin en sus manos y su espada cayó al suelo, olvidada.



Rowan estaba gritando mientras la criatura la atraía a sus brazos. Mientras ella dejaba de pelear. Mientras sus flamas se apagaron y la oscuridad se la tragó completamente.





Capítulo 53

Traducido por Rocío R.

Corregido por Melody

Había sangre por todos lados.

Como antes, Celaena se paró entre las dos sangrientas camas, un apestoso aliento acariciando su oreja, su cuello, su espina. Podía sentir los príncipes Valg caminando errantes alrededor de ella, circulando con aires depredadores, devorando su miseria y su dolor pedazo a pedazo, probando y saboreando.

No había salido y ella no podía moverse mientras miraba de una cama a otra. El cadáver de Nehemia, mutilado. Porque ella había llegado muy tarde y porque había sido una cobarde. Y sus padres, cuellos cortados desde oreja a oreja, grises y sin vida. Muertos por un ataque que *debería* de haber sentido, no lo había hecho porque se había deslizado fuera de su cama esa noche. Pero había tardado mucho también.

Dos camas. Dos fracturas en su alma, grietas a través del cual el abismo que se había vertido mucho antes de que los príncipes Valg la hubieran agarrado. Una garra arañó el largo de su cuello y ella se apartó, tropezando con los cuerpos de sus padres. El momento que la oscuridad se había cerrado alrededor de ella, apagando su cansada flama, empezó carcomiendo la imprudente rabia que la había obligado a salir de la barrera. Aquí en la oscuridad, el silencio era completo, eterno. Podía sentir al Valg escabullirse a su alrededor, hambriento y ansioso y lleno de frío, antigua malicia. Ella había esperado que la vida saliera de ella instantáneamente pero ellos habían permanecido cerca de la oscuridad, frotándose contra ella como gatos, hasta que una débil luz se había formado y se había encontrado a ella misma entre esas dos camas.

No podía ver, no podía hacer nada más que sentir las náuseas y el pánico crecer poco a poco. Y ahora... Ahora...

Aunque su cuerpo se contuvo de moverse en la cama, la voz de Nehemia susurró, *Cobarde*. Celaena vomitó. Una débil, ronca risa sonó detrás de ella. Se dio vuelta, más y más lejos de la cama donde estaba Nehemia acostada. Luego ella estaba parada en el mar de rojo, rojo y blanco y gris y...

Ella ahora estaba como un fantasma en la cama de sus padres, donde había estado diez años atrás, despertándose entre sus cuerpos por los gritos de su criada. Eran esos gritos que podía oír ahora, alto e infinito, y... *Cobarde*.

Celaena cayó contra la cabecera, tan real y lisa y fría como recordaba. No había lugar para irse. Era un recuerdo, esos no eran cosas reales. Apoyó sus palmas contra la madera, peleando con su creciente grito. *Cobarde*. La voz de Nehemia llenó otra vez el cuarto. Celaena apretó sus ojos cerrados y dijo a la pared

—Ya lo sé, ya lo sé. — Ella no peleó mientras las frías, puntiagudas garras acarició sus mejillas, su frente, sus hombros. Una de las garras cortó limpiamente su larga trenza mientras caía a su alrededor. Ella no peleó cuando la oscuridad se la tragó completamente y la arrastró a lo más profundo.



La oscuridad no tenía comienzo ni final.

Era el abismo que había embrujado sus pasos por diez años, y ella cayó libremente a él, dándole la bienvenida.

No había sonido, solo la vaga sensación de ir hacia un fondo que podría no existir o que podría ser su verdadero final. Tal vez el príncipe Valg la había devorado, convirtiéndola en una cáscara. Tal vez su alma estaba atrapada allí para siempre, en esta sumida oscuridad.

Tal vez esto era su infierno.



La oscuridad estaba ondulando ahora, cambiando con el sonido y color que ella había pasado. Ella vivió a través de cada imagen, cada recuerdo peor que el anterior. La cara de Chaol mientras la miraba como lo que era; el cuerpo mutilado de Nehemia; su conversación final con su amiga, las malditas cosas que había dicho. *Cuando tu gente esté muerta a tu alrededor, no vengas llorando a mí.*

Y se había convertido en verdad, ahora miles de esclavos desde Eyllwe que se había sacrificado por su valentía.



Ella había caído a través de vórtice de momentos cuando había probado que tenía razón. Era un desperdicio de aire y respiración, una mancha en el mundo.

No merecedora de su derecho de nacimiento. Esto era el infierno, lucía como el infierno mientras miraba el baño de sangre que había creado el día que arrasado a través de Endovier. Los gritos de los moribundos, los hombres que ella había matado, agarrándola como manos fantasmas.

Esto era lo que ella merecía.



Ella se volvió loca el primer día en Endovier.

Se volvió loca con el descenso ralentizado y ella estaba atada y despojada entre dos postes salpicados de sangre. El frío aire pellizcaba sus pechos desnudos, un mordisco que o era nada comparado con el terror y la agonía mientras un látigo sonaba y...

Ella se apretó contra las cuerdas vinculadas. Ella apenas había tenido tiempo para tomar aliento antes de que el sonido sonara otra vez, rompiendo el mundo como un látigo, rompiendo su piel.

—Cobarde— La voz de Nehemia sonó detrás de ella, mientras el látigo sonaba. —Cobarde— El dolor era enceguecedor. —Mírame— Ella no podía levantar la cabeza. No podía girar. — *Mírame*.

Ella se hundía contra las cuerdas, pero se las arregló para mirar sobre su hombro. Nehemia estaba entera, hermosa e intocable, sus ojos llenos de odio. Y luego desde atrás emergió Sam, guapo y alto. Su muerte había sido similar a la de Nehemia y aun así mucho peor, alargada durante horas. Ella tampoco lo había salvado. Cuando ella contempló el látigo de hierro en sus manos, cuando él se paró detrás de Nehemia y dejó el látigo desplegado en la tierra rocosa, Celaena dejó salir una baja y silenciosa risa.

Ella le dio la bienvenida al dolor con los brazos abiertos mientras él tomaba una profunda respiración, sus ropas cambiando con el movimiento, mientras movió el látigo. La punta de hierro, oh dios, la rasgó, golpeó sus piernas debajo de ella.

—Otra vez— Le dijo Celaena le dijo, las palabras un sonido— *Otra vez*.

Sam obedeció, solo se oía el ruido sordo del cuero en la carne húmeda mientras Sam y Nehemia tomaban turnos, una línea de gente formada detrás de ellos, esperando para lo que merecían como pago por todo lo que ella había fallado. Una larga fila de gente.

Tantas vidas que ella había tomado o fallado al protegerlas.

Otra vez.

Otra vez.



Otra vez.



Ella no había pasado la barrera esperando derrotar a los príncipes Valg.

Había caminado ahí fuera por la misma razón que atravesado ese día en Endovier. Pero los príncipes Valg no la habían matado todavía.

Ella sintió el placer mientras pedía el latigazo. Era su sustento. Su carne mortal no era nada para ellos, era la agonía dentro lo que daba el precio. Ellos arrastrarían esto para siempre, manteniéndola como su mascota.

No había nadie para salvarla, nadie que pudiera entrar en su oscuridad y vivir.

Uno a uno, fueron a tuestas en sus recuerdos. Ella los alimentó, les dio todo lo que querían y más. Atrás y atrás, saltando a través de los años mientras ellos se hundían en la oscuridad, emparejándolos. A ella no le importaba.

No había visto los ojos del príncipe Valg esperando ver otra vez el sol salir.



Ella no sabía cuánto tiempo había caído con ellos.

Pero entonces había un precipitado rugido debajo, un río congelado. Susurros y una luz nebulosa estaban levantándose para encontrarse con ellos. No, no levantándose, esto era el fondo.

Y el final del abismo. Y un final para ella, tal vez.

Ella no sabía si el silbido de los príncipes Valg era de rabia o placer mientras se estrelló en el congelado río en el fondo de su alma.





Capítulo 54

Traducido por Melody Hamort

Corregido por Katia

Trompetas anunciaron su llegada. Trompetas y silencio mientras el pueblo de Orynth llenaba las calles empinadas y sinuosas hacia el palacio blanco que miraba sobre todos ellos. Era el primer día soleado en semanas, la nieve en las calles empedradas se derretía rápidamente, aunque el viento seguía teniendo un poco de invierno en él, lo suficiente para que el Rey de Adarlan y toda su gigantesca fiesta estuviera envuelta en pieles que cubrían su ropa formal.

Sus banderas doradas y carmesí, sin embargo, se agitaban en el frío viento, las varas doradas brillando tanto como la armadura de sus portadores, que trotaban a la cabeza del destacamento. Ella los observó acercarse desde uno de los balcones de la sala del trono, Aedion a su lado comentando constantemente sobre el estado de sus caballos, armaduras, armas, sobre el mismo Rey de Adarlan, que montaba en la parte delantera en un gran caballo de guerra negro. Hubo un poni junto a él, que llevaba una figura más pequeña. —Su hijo llorón —le dijo Aedion.

Todo el castillo estaba miserablemente tranquilo. Todo el mundo estaba elegante, pero silenciosos, tensos. Su padre había estado muy inquieto en el desayuno, su madre distraída, toda la corte gruñona y llevando muchas más armas de lo habitual. Sólo su tío parecía el mismo, sólo Orlon le había sonreído hoy, diciendo que se veía muy bonita en su vestido azul y corona de oro, y tiró de uno de sus rizos recién planchados. Nadie le había dicho nada acerca de esta visita, pero sabía que era importante, porque incluso Aedion llevaba ropa limpia, una corona, y una nueva daga, que había empezado a lanzar en el aire.

—Aedion, Aelin —alguien siseó desde el interior de la sala del trono, Lady Marion, la más querida amiga de su madre y sirvienta —. Al estrado, *ahora*. —Detrás de la encantadora mujer se asomaba una cabeza de cabellos negros noche y ojos color ónix, Elide, su hija. La niña era demasiado tranquila y frágil para molestarse. Y lady Marion, su niñera, mimaba a su propia hija sin fin.

—Bolas de rata —maldijo Aedion, y Marion se puso roja de ira, pero no lo reprendió. Prueba suficiente de que hoy era diferente, peligroso, incluso.

Su estómago dio un vuelco. Pero siguió a lady Marion al interior, Aedion a sus talones como siempre, y tomó asiento en su pequeño trono colocado al lado de su padre. Aedion tomó su lugar flanqueándola, hombros hacia atrás y cabeza en alto, desde ese momento su protector y guerrero.

Todo Orynth estaba en silencio mientras el Rey de Adarlan entraba a su hogar en la montaña.



Ella odiaba al Rey de Adarlan.

Él no sonrió, no cuando entró en el salón del trono para saludar a su tío y a sus padres, no cuando presentó a su hijo mayor, el Príncipe Heredero Dorian Havilliard, y tampoco cuando entró al gran salón para el banquete más grande que había visto. Él sólo la había mirado dos veces hasta el momento: una durante la reunión inicial, cuando la había observado fijamente durante tanto tiempo que su padre había demandado saber qué había encontrado de interesante en su hija, y toda su corte se había tensado. Pero ella no había roto su oscura mirada. Odiaba su bruto rostro lleno de cicatrices y sus pieles. Odiaba la manera en que ignoraba a su hijo de cabellos oscuros, quien estaba de pie a su lado como una linda muñeca, sus modales tan elegantes y agraciados, sus pálidas manos eran como pequeñas aves mientras se movían.

La segunda vez que el Rey la había mirado había sido en esta mesa, donde ella ahora se sentaba un par de lugares más abajo, flanqueada por lady Marion al costado más próximo al rey y por Aedion en el otro. Había dagas en las piernas de lady Marion, bajo su vestido, ella lo sabía porque continuaba golpeándose con ellas. Lord Cal, el esposo de Marion, se sentaba junto a ella, el acero en él brillando.

Elide, junto con todos los demás niños, habían sido enviados arriba. Sólo ella y Aedion, y el Príncipe Dorian, tenían permitido estar aquí. Aedion se hinchó de orgullo y apenas contuvo su temperamento cuando el Rey de Adarlan la miró por segunda vez, como si pudiera ver a través de sus huesos. Luego el Rey fue arrastrado a una conversación con sus padres, su tío y todos los nobles de la corte que se habían ubicado alrededor de la familia real.

Ella siempre supo que su corte no se arriesgaba, no con ella y no con sus padres o tío. Incluso ahora, ella notó que los ojos de los amigos más cercanos de su padre se dispa-



raban hacia las ventanas y puertas mientras mantenían la conversación con aquellos a su alrededor.

El resto del salón estaba repleto con el destacamento de Adarlan y los círculos exteriores de la corte de Orlon, junto con mercaderes importantes de la ciudad que querían crear vínculos con Adarlan. O algo así. Pero su atención estaba en el príncipe frente a ella, quien parecía totalmente ignorado por su padre y su propia corte, recluso cerca del fondo con ella y Aedion.

Comía de una forma tan hermosa, pensó ella, observándolo cortar su pollo asado. Ni una gota fuera de lugar, ni un trozo caído sobre la mesa. Ella tenía modales decentes, pero Aedion era un caso perdido, su plato lleno de huesos y migajas esparcidos por todos lados, incluso algunas en su propio vestido. Ella lo había pateado por eso, pero su atención estaba muy concentrada en la realeza más abajo en la mesa.

Así que ella y el Príncipe Heredero iban a ser ignorados, entonces. Ella miró al niño nuevamente, tenía aproximadamente su edad, supuso. Su piel era invernal, su cabello negro, azulado prolijamente cortado; sus ojos color zafiro se levantaron del plato para encontrar los suyos.

—Comes como una fina dama —le dijo ella.

Los labios del niño se apretaron, y sus mejillas de marfil se tiñeron con color. Frente a ella, Quinn, el Capitán de la Guardia de su tío, se ahogó con su agua.

El príncipe miró a su padre, todavía ocupado con su tío, antes de responder. No por aprobación, sino con miedo. —Como como un príncipe —dijo Dorian en voz baja.

—No necesitas cortar tu pan con cuchillo y tenedor —dijo ella. Un ligero latido comenzó en su cabeza, seguido de un calor parpadeante, pero ella lo ignoró. El salón estaba caliente, ya que habían cerrado todas las ventanas por alguna razón.

—Aquí en el Norte —continuó mientras el cuchillo y tenedor del Príncipe permanecían en su panecillo, —no necesitas ser tan formal. No nos damos grandes aires.

Hen, uno de los hombres de Quinn, tosió deliberadamente desde unos asientos más abajo. Ella casi podía oírlo decir, *Eso dice la pequeña dama con su cabello arreglado en cuidadosos rizos y llevando el nuevo vestido por el que amenazó asesinarnos si llegáramos a ensuciar.*

Ella le dio a Hen una mirada igualmente deliberada, luego regresó su atención al príncipe extranjero. Él ya había vuelto a mirar su comida nuevamente, como si esperara ser abandonado el resto de la noche. Y se veía tan solitario que dijo: — Si quieres, puedes ser mi amigo. — Ninguno de los hombres a su alrededor dijo nada, ni tosió.

Dorian levantó su barbilla. —Tengo un amigo. Él será Lord de Anielle algún día, y es el guerrero más feroz en la tierra.

Dudaba que a Aedion le gustara esa declaración, pero su primo se mantuvo enfoca-



do en la mesa. Deseaba haber mantenido su boca cerrada. Incluso este inútil príncipe extranjero tenía amigos. El latido en su cabeza aumentó, y ella tomó un trago de agua. Agua, siempre agua para refrescar su interior.

Alcanzar su copa, sin embargo, envió puntadas de fuerte dolor a su cabeza y se estremeció. — ¿Princesa? —dijo Quinn, siempre el primero en notarlo.

Ella parpadeó, oscuros puntos formándose. Pero el dolor se detuvo.

No, no se detuvo, era una pausa. Una pausa, entonces...

Justo entre sus ojos, dolía y presionaba su cabeza, intentando entrar. Se frotó las cejas. Su garganta se cerró, y se estiró hacia el agua, pensando en la frescura, la calma y el frío, exactamente como sus tutores y la corte le habían dicho. Pero la magia se revolvía en sus entrañas—ardiendo. Cada pulso de dolor en su cabeza lo hacía peor.

—Princesa —dijo Quinn nuevamente. Ella se puso de pie, sus piernas temblando. La oscuridad en su visión creció con cada golpe de dolor, y se tambaleó. A la distancia, como si estuviera bajo el agua, oyó a Lady Marion decir su nombre, alcanzarla, pero ella quería el fresco toque de su madre.

Su madre dio la vuelta en su asiento, su rostro ojeroso, sus pendientes dorados atrayendo la luz. Estiró un brazo, atrayéndola. — ¿Qué ocurre, Fireheart?

—No me siento bien —dijo ella, apenas capaz de pronunciar las palabras. Agarró el brazo cubierto de terciopelo de su madre, en busca de consuelo y para evitar que sus rodillas temblorosas cedieran.

— ¿Qué se siente mal? —preguntó su madre, mientras ponía una mano en su frente. Un parpadeo de preocupación, luego una mirada a su padre, quien observaba junto al Rey de Adarlan. —Está ardiendo —dijo con suavidad. Lady Marion estaba de repente detrás de ella, y su madre miró hacia arriba para decir: — Haz que el sanador vaya a su habitación. —Marion se había ido en un instante, apresurándose hacia una puerta lateral.

No necesitaba a un sanador, y agarró el brazo de su madre para decírselo. Sin embargo, las palabras no salían y la magia surgió y quemó. Su madre siseó y retrocedió; humo saliendo de su vestido, donde ella la había agarrado. —Aelin.

Su cabeza latió, una explosión de dolor, y luego...

Algo contoneándose, retorciéndose dentro de su cabeza.

Un gusano de oscuridad, abriéndose camino. Su magia se agitó, destruyendo, intentando sacarlo, quemarlo, salvarlos a ambos, pero... —*Aelin*.

—Sácalo —dijo con voz ronca, presionando sus sienes mientras se alejaba de la mesa. Dos de los nobles extranjeros quitaron a Dorian de la mesa y lo arrastraron por el salón.

Su magia corcoveó como un semental mientras el gusano se retorció cada vez más adentro. —*Sácalo*.



—Aelin. —Su padre estaba de pie ahora, una mano en su espada. La mitad de los otros también lo estaba, pero ella movió una mano, para alejarlos, alertarlos.

Llamas azules salieron disparadas. Dos personas se lanzaron al suelo justo a tiempo para esquivarlas, pero todos estaban de pie cuando los asientos vacíos ardieron.

El gusano se aferraría a su mente y nunca la soltaría.

Agarró su cabeza, su magia gritando tan fuerte que podría destrozar el mundo. Y luego estaba ardiendo, una columna viva de llamas turquesa, sollozando mientras el gusano oscuro continuaba su trabajo y las paredes de su mente comenzaban a ceder.

Sobre su propia voz, sobre todo el griterío en el salón, oyó el rugido de su padre, una orden a su madre, quien estaba de rodillas, sus manos extendidas hacia ella en súplica.
— ¡Hazlo, Evalin!

El pilar de llamas se volvió más caliente, lo suficiente para que la gente huyera.

Los ojos de su madre encontraron los suyos, llenos de súplica y dolor.

Luego agua, una pared de agua estrellándose contra ella, golpeándola contra las piedras, fluyendo por su garganta, en sus ojos, asfixiándola.

Ahogándola. Hasta que no hubo más aire para sus llamas, sólo agua y abrazo helado.

El Rey de Adarlan la miró por tercera vez, y sonrió.



Los príncipes Valg disfrutaron ese recuerdo, el terror y dolor. Cuando pausaron para saborearla, Celaena entendió. El Rey de Adarlan había usado su poder en ella esa noche. Sus padres no podrían haber sabido que la persona responsable de ese gusano oscuro, que se había desvanecido tan pronto como había perdido la conciencia, era la persona sentada junto a ellos.

Había otro de ellos ahora, un cuarto príncipe, viviendo dentro de Narrok, que dijo: — Los soldados casi han tomado el túnel. Prepárense para moverse pronto. —Ella podría sentirlo rondando a su alrededor, observando. — Me han encontrado un premio que le interesará a nuestro señor. No la drenen. Sorbos únicamente.

Ella intentó reunir terror, intentó sentir algo al pensar en dónde la llevarían, en lo que le harían. Pero no podía sentir nada mientras los príncipes murmuraban su entendimiento, y el recuerdo continuó.



Su madre creyó que era un ataque de Maeve, un recordatorio vicioso de cualquiera



fuera la deuda que le debiera, para hacerlos parecer vulnerables. En las horas siguientes, mientras ella estaba tendida en el baño helado adyacente a su habitación, había usado sus oídos de hada para escuchar a sus padres y su corte debatirlo desde la sala de estar de su suite.

Tenía que ser Maeve. Nadie más podía hacer algo así, o saber que semejante demostración, frente al Rey de Adarlan, quien ya aborrecía la magia, sería nociva.

Ella no quería hablar, ni siquiera cuando fue capaz de caminar, hablar y actuar como una princesa nuevamente. Insistiendo en que algo de normalidad podría ayudar, su madre la hizo asistir a un té con el Príncipe Dorian la tarde siguiente, cuidadosamente protegidos y monitoreados, con Aedion sentado entre ellos. Y cuando los impecables modales de Dorian fallaron y golpeó la tetera, derramándola sobre su vestido nuevo, hizo un gran espectáculo haciendo que Aedion amenazara con golpearlo.

Pero a ella no le importaba el Príncipe, o el té, o el vestido. Apenas pudo caminar de regreso a su habitación, y esa noche soñó que el gusano invadía su mente, despertándose gritando y con llamas en su boca.

Al amanecer, sus padres la sacaron del castillo, dirigiéndose a su mansión a dos días de viaje. Sus visitantes extranjeros deben haber causado mucho estrés, dijo la sanadora. Ella sugirió que Lady Marion la llevara, pero sus padres insistieron en ir. Su tío lo aprobó. Parecía que el Rey de Adarlan tampoco se quedaría en el castillo con su magia estando descontrolada.

Aedion se quedó en Orynth, sus padres le prometieron que enviarían a buscarlo cuando ella ya estuviera acomodada nuevamente. Pero ella sabía que era por su seguridad. Lady Marion los acompañó, dejando a su esposo y a Elide en el palacio, por su seguridad, también.

Un monstruo, eso era ella. Un monstruo que debía ser contenido y monitoreado.

Sus padres discutieron las primeras dos noches en la mansión, y Lady Marion le hizo compañía, leyéndole, cepillando su cabello, contándole historias sobre su hogar en Perranth. Marion había sido una lavandera en el palacio desde su niñez. Pero cuando Evalin llegó, se volvieron amigas, sobre todo porque la princesa había manchado con tinta la nueva camisa favorita de su esposo y quería limpiarla antes de que lo notara.

Evalin pronto convirtió a Marion en su dama de compañía, y luego Lord Locham regresó de una rotación en la frontera sur. La apuesto Cal Lochan, quien de alguna manera se había vuelto el hombre más sucio en el castillo y constantemente necesitaba el consejo de Marion sobre cómo remover varias manchas. Quien un día le pidió a la hija bastarda de una sirvienta que fuera su esposa, y no sólo su esposa, sino Lady de Perranth, el segundo territorio más grande en Terrasen. Dos años después, dio a luz a Elide, heredera de Perranth.

Ella amaba las historias de Marion, y eran aquellas historias a las que se aferraba en la tranquilidad y la tensión de los próximos días, cuando el invierno aún sujetaba el mundo



y hacía gemir la mansión.

La casa crujía por los vientos frescos la noche en que su madre entró en su habitación, mucho menos grande que la del palacio, pero aun así encantadora. Ellos sólo veraneaban aquí, ya que la casa tenía demasiadas corrientes de aire en el invierno, y los caminos eran demasiado peligrosos. El hecho de que habían venido...

— ¿Aún despierta? —preguntó su madre. Lady Marion se levantó de la cama. Luego de unas cálidas palabras, Marion se retiró, sonriendo a ambas.

Su madre se enrolló en la cama, acercándola. —Lo siento —susurró en su cabeza. Ya que las pesadillas también habían sido sobre ahogarse; sobre agua helada cerrándose sobre su cabeza. — Lo siento tanto, Fireheart.

Enterró su rostro en el pecho de su madre, saboreando el calor.

— ¿Aún tienes miedo de dormir?

Ella asintió, aferrándose más fuerte.

—Tengo un regalo, entonces. — Cuando no se movió, su madre dijo: — ¿No quieres verlo?

Negó con la cabeza. No quería un regalo.

—Pero esto te protegerá de todo mal; te mantendrá siempre a salvo.

Levantó su cabeza para encontrar a su madre sonriendo mientras removía la cadena dorada y el pesado y redondo medallón bajo su camión y se lo entregaba.

Miró el amuleto, luego a su madre, los ojos muy abiertos.

El Amuleto de Arynth. La reliquia familiar honrada por encima de todas las otras de su casa. Era un disco redondo del tamaño de su palma, y en su frente cerúleo, un ciervo blanco había sido tallado en un cuerno, un cuerno regalado por el Señor del Bosque. Entre sus astas había una brillante corona de oro, la estrella inmortal que los protegía y señalaba el camino a casa, a Terrasen. Ella conocía cada centímetro del amuleto, había corrido sus dedos sobre él incontables veces y había memorizado la forma de los símbolos grabados en la parte trasera, palabras en un lenguaje extraño que nadie podía recordar.

—Padre te dio esto cuando estabas en Wendlyn. Para protegerte.

La sonrisa se mantuvo. —Y antes de eso, su tío se lo dio a él cuando cumplió la mayoría de edad. Es un regalo destinado a ser entregado a las personas en nuestra familia, a aquellos que necesitan su guía.

Estaba demasiado sorprendida como para negarse cuando su madre deslizó la cadena sobre su cabeza y arregló el amuleto en el frente. Llegaba casi hasta su ombligo, un cálido peso. —Nunca te lo quites. Nunca lo pierdas. — Su madre besó su frente. — Úsalo, y sabrás que eres amada, Fireheart; que estás a salvo, y que es la fuerza de esto —puso



una mano sobre su corazón—lo que importa. Donde sea que vayas, Aelin —susurró, —no importa qué tan lejos te encuentres, esto te guiará a casa.



Había perdido el Amuleto de Orynth. Lo había perdido esa misma noche.

No podía soportarlo. Intentó rogarles a los príncipes Valg que la sacaran de su miseria y la vaciaran, pero no tenía voz aquí.

Horas después de que su madre le diera el Amuleto de Orynth, una tormenta se había desatado.

Era una tormenta de oscuridad antinatural, y sintió esa horrible cosa retorciéndose, empujando contra su mente de nuevo. Sus padres permanecieron inconscientes junto con los demás en la mansión, incluso a pesar de que un olor extraño cubría el aire.

Había aferrado el amuleto sobre su pecho cuando se despertó por el trueno en la oscuridad absoluta, lo había aferrado y rezado a cada dios que conocía. Pero el amuleto no le había dado fuerza o coraje, y se había escabullido hacia la habitación de sus padres, tan oscura como la suya, a excepción de la ventana ondeando en las ráfagas de viento y lluvia.

La lluvia había empapado todo, pero, pero ellos debían estar exhaustos por tener que haber lidiado con ella, y por la ansiedad que intentaron ocultar. Así que cerró la ventana por ellos, y subió a su húmeda cama con cuidado para no despertarlos. No intentaron alcanzarla, no preguntaron qué estaba mal, y la cama estaba tan fría, más fría que la suya, y apestaba a cobre y hierro, y esa esencia que no iba bien con ella.

Se despertó con esa esencia cuando la sirvienta gritó.

Lady Marion entró corriendo, ojos muy abiertos pero claros. No miró a sus amigos muertos, sino que fue directo a la cama y se inclinó sobre el cuerpo de Evalin. La dama de compañía era de huesos pequeños y delicados, pero de alguna manera la levantó y la alejó de sus padres, agarrándola fuerte mientras salía apresuradamente de la habitación. Los pocos sirvientes en la mansión estaban en pánico, algunos corriendo a buscar ayuda que estaba al menos a un día de viaje, otros huyendo.

Lady Marion se quedó.

Marion se quedó y preparó un baño, ayudándola a desprenderse del frío y sangriento camisón. No hablaron, tampoco lo intentaron. Lady Marion la bañó, y cuando estaba limpia y seca, la llevó hacia la fría cocina. Marion la sentó en la larga mesa, envuelta en una sábana, y se dedicó a encender el fuego del hogar.

No había hablado hoy. No quedaban sonidos o palabras en ella, de todos modos.

Uno de los pocos sirvientes que quedaron entró de repente, gritando a la casa vacía



que el Rey Orlon estaba muerto, también. Asesinado en su cama como...

Lady Marion estaba fuera de la cocina enseñando sus dientes antes de que el hombre pudiera entrar. No oyó a la gentil Marion abofetearlo, ordenándole salir y encontrar ayuda, ayuda real y no estas noticias inútiles.

Asesinados. Su familia estaba, muerta. No había regreso de la muerte, y sus padres... Qué habían hecho los sirvientes con sus... sus...

Temblores la golpearon tan fuerte que la sábana cayó. No podía detener el repiqueteo de sus dientes. Era un milagro que siguiera en la silla.

No podía ser verdad. Era otra pesadilla, y se despertaría con su padre acariciando su cabello, su madre sonriendo, despertaría en Orynth, y...

El cálido peso de la sábana se envolvió a su alrededor nuevamente, y Lady Marion la alzó sobre su regazo, meciéndose. —Lo sé. No me iré; me quedaré contigo hasta que llegue la ayuda. Estarán aquí mañana. Lady Lochan, el capitán Quinn, tu Aedion... todos estarán aquí mañana. Tal vez incluso al amanecer. —Pero lady Marion también estaba temblando. — Lo sé —siguió diciendo, llorando silenciosamente. — Lo sé.

El fuego murió, junto con el llanto de Marion. Se abrazaron, aferradas a esa silla de cocina. Esperaron al amanecer, y a aquellos que las ayudarían, de alguna manera.

Un golpeteo de cascos llegó desde afuera, suave, pero el mundo estaba tan silencioso que oyeron al caballo solitario. Aún estaba oscuro. Lady Marion escaneó las ventanas de la cocina, escuchando al caballo rodeando lentamente, hasta que...

Estaban bajo la mesa en un parpadeo, Marion presionándola con el piso helado, cubriéndola con su delicado cuerpo. El caballo se dirigió hacia el oscuro frente de la casa.

El frente, porque... porque la luz de la cocina podría sugerir a quien quiera que sea que había alguien dentro. El frente era mejor para escabullirse... para concluir lo que había comenzado la noche anterior.

—Aelin —susurró Marion, y pequeñas y fuertes manos encontraron su rostro, forzándola a mirar los rasgos blancos como la nieve, los rojos labios. —Aelin, escúchame. — A pesar de que Marion respiraba con rapidez, su voz era calma. —.Tendrás que correr hacia el río. ¿Recuerdas el camino hacia el puente?

La estrecha cuerda y el Puente de Madera sobre el barranco y la corriente del Rio Florine debajo. Asintió.

—Buena niña. Ve al Puente, y crúzalo. ¿Recuerdas la granja vacía en el camino? Encuentra un lugar para esconderte allí; y no salgas, no dejes que nadie, excepto alguien que reconozcas, te vea. Ni siquiera si dicen que son amigos. Espera a la corte; ellos te encontrarán.

Estaba temblando de nuevo. Pero Marion tomó sus hombros. —Voy a conseguirte el



tiempo que pueda, Aelin. No importa lo que escuches, no importa lo que veas, no mires atrás, y no te detengas hasta encontrar un lugar para ocultarte.

Agitó su cabeza, lágrimas silenciosas encontrando su camino finalmente. La puerta principal crujió, un rápido movimiento.

Lady Marion alcanzó la daga en su bota. Brilló en la suave luz. —Cuando diga que corras, corres, Aelin. ¿Entiendes?

No quería hacerlo, para nada, pero asintió.

Lady Marion depositó un beso en su frente. —Dile a mi Elide... —Su voz se rompió. —Dile a mi Elide que la amo mucho.

Un suave sonido de pisadas acercándose desde el frente de la casa. Lady Marion la arrastró de debajo de la mesa y abrió la puerta de la cocina apenas lo suficiente para que ella pudiera salir.

—Corre *ahora* —dijo Lady Marion, y la empujó hacia la noche.

La puerta se cerró a sus espaldas, y entonces sólo estaban el frío y oscuro aire y los árboles que llevaban al camino hacia el río. Se tambaleó en una carrera. Sus piernas eran de plomo, sus pies descalzos desgarrándose en el suelo. Pero llegó a los árboles, justo cuando se oyó un golpe desde la casa.

Se aferró a un tronco, sus rodillas colapsando. A través de la ventana abierta, pudo ver a Lady Marion de pie frente a un alto hombre encapuchado, sus dagas fuera pero temblando. —No la encontrarás.

El hombre dijo algo que hizo que Marion retrocediera hacia la puerta, no para correr, para bloquearla.

Era tan pequeña, su niñera. Tan pequeña frente a él. —Es una niña —rugió Marion. Nunca la había oído gritar así; con rabia, disgusto y desesperación. Marion levantó sus dagas, justo como su marido le había enseñado una y otra vez.

Debería ayudar, no acobardarse en los árboles. Había aprendido a agarrar un cuchillo y una pequeña espada. Debería ayudar.

El hombre se abalanzó hacia Marion, pero ella se lanzó fuera de su camino, y luego saltó sobre él, cortando, desgarrando y mordiendo.

Y luego algo se rompió, algo tan fundamental se rompió y ella supo que no había vuelta atrás, ya sea para ella o para Lady Marion, cuando el hombre agarró a la mujer y la lanzó contra el borde de la mesa. La ruptura de un hueso, luego el arco de su espada yendo hacia su sorprendida forma, hacia su cabeza. Rojo se espació.

Sabía lo suficiente sobre la muerte para entender que una vez que la cabeza era cortada de esa manera, había acabado. Supo que Lady Marion, quien había amado tanto a su esposo e hija, se había ido. Supo que esto, esto era llamado sacrificio.



Ella corrió. Corrió a través de los árboles secos, la maleza rasgando su ropa, su cabello, despedazando y cortando. El hombre no se molestó en ser silencioso cuando abrió la puerta de la cocina, montó su caballo, y galopó tras ella. El golpe de los cascos era tan poderoso que parecía hacer eco en el bosque, el caballo debía ser un monstruo.

Tropezó con una raíz y se estrelló contra la tierra. En la distancia, el río derriitiéndose rugía. Tan cerca, pero, su tobillo dio una punzada de agonía. Atrapada, estaba atrapada en el lodo y las raíces. Tiró de las raíces que la sujetaban, la madera rompiendo sus uñas, y cuando con eso no logró nada, arañó el suelo fangoso. Sus dedos ardieron.

Una espada gimió mientras fue desenvainada, y el suelo retumbó con el golpe de los cascos del caballo. Se acercaba más y más.

Un sacrificio, había sido un sacrificio, y ahora sería en vano.

Más que la muerte, eso era lo que más odiaba, el vano sacrificio de Lady Marion. Arañó el suelo y tiró de las raíces, y entonces...

Pequeños ojos en la oscuridad, pequeños dedos en las raíces, levantándolas. Su pie se liberó y estaba nuevamente de pie, incapaz de agradecer a la Tribu de los Enanos que ya se habían desvanecido, incapaz de hacer nada excepto correr, cojeando ahora. El hombre estaba tan cerca, los helechos crujendo tras ella, pero ella conocía el camino. Había pasado por aquí tantas veces que la oscuridad no era un obstáculo.

Sólo tenía que llegar al puente. El caballo no podría pasar, y ella era lo suficientemente rápida para sobrepasarlo. La Tribu de los Enanos podrían ayudarla de nuevo. Sólo tenía que llegar al puente.

Un claro entre los árboles, y el rugido del río creció. Estaba tan cerca ahora. Ella sintió y oyó, más que ver, a su caballo abriéndose paso entre los árboles a sus espaldas, el sonido de su espada cuando la levantó, preparándose para atravesar su cabeza ahí mismo.

Allí estaban los postes gemelos, tenues en la noche sin luna. El puente. Lo había logrado, y ahora estaba a unos pocos metros, ahora a unos pocos centímetros, ahora...

El aliento de su caballo era cálido un su cuello cuando se lanzó entre los dos postes del puente, dando un salto hacia los tablones de madera.

Dando un salto al aire.

No se había equivocado, no, esos eran los postes y...

Él había cortado el puente.

Era su único pensamiento mientras caía, fue tan rápido que no tuvo tiempo de gritar antes de estrellarse en el agua helada y hundirse.



Ese.

Ese momento en que Lady Marion había escogido una desesperada esperanza para su reino sobre sí misma, sobre su esposo y sobre la hija que esperaba y esperaba por un regreso que nunca llegaría.

Ese fue el momento que había destrozado todo lo que Aelin Galathynius era y había prometido ser.

Celaena yacía en el suelo, en el fondo del mundo, en el fondo del infierno.

Ese era el momento que no podía enfrentar, al que no se había enfrentado.

Desde entonces, ella supo la enormidad de ese sacrificio.

Había más, después del momento en que golpeó el agua. Pero esos recuerdos eran borrosos, una mezcla de hielo, agua oscura y una luz extraña, y entonces no supo más nada hasta que Arobynn estaba agachado sobre ella en la orilla repleta de juncos del río, en algún lugar lejano. Despertó en una extraña cama en una fría fortaleza, el Amuleto de Orynth perdido en el río. Cualquier magia que tuviera, cualquier protección, había sido usada esa noche.

Luego comenzó el proceso de tomar su miedo, culpa y desesperación y retorcerlos en algo nuevo. Luego el odio, el odio que la había reconstruido, la ira que la había alimentado, sofocando los recuerdos que había enterrado en una tumba dentro de su corazón que nunca dejaría salir.

Había tomado el sacrificio de Lady Marion y se había convertido en un monstruo, casi tan malo como el que había asesinado a Lady Marion y a su propia familia.

Era por eso que no podía, no quería, ir a casa.

Nunca había buscado el número de muertes durante esas primeras semanas de masacre, o los años posteriores. Pero supo que Lord Lochan había sido ejecutado. Quinn y sus hombres. Y tantos de esos niños... luces tan brillantes, todos suyos para proteger. Y había fallado.

Celaena se aferró al suelo.

Era lo que no había podido decirle a Chaol, o a Dorian, o Elena: que cuando Nehemia arregló su propia muerte para ponerla en acción, ese sacrificio... ese inútil sacrificio...

No podía dejar el suelo. No había nada debajo, ningún lugar a dónde ir, ningún lugar a dónde escapar de esta verdad.

No supo cuánto tiempo estuvo en fondo de donde quiera que esto fuera, pero eventualmente los príncipes Valg comenzaron nuevamente, apenas más que sombras de pensamiento y malicia mientras acechaban de memoria en memoria como si probaran platos en un banquete. Pequeñas mordidas, sorbos. Ni siquiera miraron en su dirección, ya habían ganado. Y ella se alegraba de ello. Déjenlos hacer lo que quieran, dejen a Narrok arras-



trar su cuerpo de regreso a Adarlan y lanzarlo a los pies del Rey.

Hubo un roce y un crujido de zapatos, luego una pequeña y suave mano se deslizó hacia ella. Pero no era ni Chaol, ni Sam, ni Nehemia quién yacía frente a ella, observándola con esos tristes ojos turquesa.

Su mejilla contra el musgo, la joven princesa que había sido, Aelin Galathynius, extendió una mano hacia ella. —Levántate —dijo suavemente.

Celaena agitó su cabeza.

Aelin se estiró más, tendiendo un puente sobre esa fisura en los cimientos del mundo. —Levántate. —Una promesa; una promesa de una vida mejor, de un mundo mejor.

Los príncipes Valg pausaron.

Había desperdiciado su vida, desperdiciado el sacrificio de Marion. Esos esclavos habían sido descuartizados porque les había fallado, porque no había estado ahí a tiempo.

—Levántate —dijo alguien más allá de la pequeña princesa. Sam. Sam, de pie un poco más allá de donde podía ver, sonriendo débilmente.

—Levántate —dijo otra voz; la de una mujer. Nehemia.

—Levántate. — Dos voces juntas; su madre y su padre, rostros serios pero ojos brillantes. Su tío estaba junto a ellos, la corona de Terrasen en su cabello plateado. —Levántate —le dijo dulcemente.

Uno por uno, como sombras emergiendo de la niebla, aparecieron. Los rostros de las personas que había amado con su corazón de fuego.

Y luego ahí estaba Lady Marion, sonriendo junto a su esposo. —Levántate —susurró, su voz llena de esa esperanza por el mundo, y por esa hija que nunca volvería a ver.

Un temblor en la oscuridad.

Aelin todavía yacía frente a ella, su mano aún extendida. Los príncipes Valg giraron.

Cuando los príncipes demoníacos se movieron, su madre dio un paso hacia ella, su rostro, cabello y complexión tan similares a los suyos. —Eres una decepción —siseó.

Su padre cruzó sus musculosos brazos. —Eres todo lo que odiaba del mundo.

Su tío, aun llevando la corona de astas que hace tiempo había sido quemada hasta convertirse en cenizas: — Hubiera sido mejor que murieras con nosotros antes que avergonzarnos, degradar nuestra memoria, traicionar a nuestra gente.

Sus voces se arremolinaron. —Traidora. Asesina. Mentirosa. Ladrona. Cobarde. — Una y otra vez, arrastrándose al igual que el poder del Rey de Adarlan se había retorcido en su mente como un gusano.



El Rey no lo había hecho simplemente para provocar caos y herirla. También lo había hecho para separar a su familia, para hacer que dejaran el castillo, para alejar la culpa de Adarlan y hacer que pareciera un ataque externo.

Ella se había culpado a sí misma por arrastrarlos a mansión para ser descuartizados. Pero el Rey lo había planeado todo, cada mínimo detalle. Excepto por el error de dejarla con vida, tal vez porque el poder del amuleto realmente la había salvado.

—Ven con nosotros —susurró su familia. — Ven con nosotros a la oscuridad eterna.

Se acercaron a ella, sus rostros ensombrecidos y retorcidos. De todos modos, de todos modos esos rostros, tan deformados por el odio... ella aún los amaba, incluso si ellos la detestaban, incluso si dolía; los amó hasta que sus siseos se desvanecieron, hasta que se esfumaron como humo, dejando sólo a Aelin junto a ella, donde siempre había estado.

Miró el rostro de Aelin, el rostro que una vez había sido suyo, y a su mano aún extendida, tan pequeña y sin cicatrices. La oscuridad de los príncipes Valg vaciló.

Había tierra firme debajo de ella. Musgo y pasto. No infierno, tierra. La tierra en la que yacía su reino, verde y montañoso y tan inquebrantable como su gente. Su gente.

Su gente, esperando por diez años, pero ya no más.

Ahora podía ver las Cuernos del Alce cubiertos de nieve, la maraña salvaje de Oakwald a sus pies, y... y Orynth, esas ciudad de luz y aprendizaje, una vez pilar de fuerza, y su hogar.

Volvería a ser ambos.

No dejaría que esa luz se apagara.

Llenaría el mundo con ella, con su luz, su don. Encendería la oscuridad, tan brillante que todos los que estuvieran perdidos, heridos o destruidos encontrarían su camino en ella, una guía para aquellos que aún habitaban en ese abismo. No haría falta un monstruo para destruir a otro monstruo, sino luz, luz para alejar la oscuridad.

Ella no tenía miedo.

Reconstruiría el mundo, lo reconstruiría para ellos, para aquellos a quienes había amado con este glorioso y ardiente corazón; un mundo tan brillante y próspero que cuando volviera a verlos en el Más Allá, no estaría avergonzada. Lo construiría por su gente, quienes habían sobrevivido tanto tiempo, y a quienes no abandonaría. Les crearía un reino como nunca antes se había visto, incluso si le tomaba hasta su último aliento.

Ella era su reina, y no podía ofrecerles menos.

Aelin Galathynius le sonrió, su mano aún extendida. —Levántate —dijo la princesa.

Celaena se estiró sobre la tierra entre ellas y rozó sus dedos contra los de Aelin.

Y se levantó.





Capítulo 55

Traducido por Melody Hamort

Corregido por Emi Cáceres

La barrera cayó.

Pero la oscuridad no avanzó sobre las rocas protectoras, y Rowan, quien había sido contenido en el césped fuera de la fortaleza por Gavriel y Lorcan, supo por qué.

Narrok y las criaturas habían capturado un premio mucho mayor que los semi-hada. El placer de alimentarse de ella era algo que planeaban disfrutar durante un largo, largo tiempo. Todo lo demás era secundario... como si hubieran olvidado continuar avanzando, arrastrados hacia el frenesí del banquete.

Tras ellos, la pelea continuaba, como había sido durante los últimos veinte minutos. El viento y hielo eran inservibles contra la oscuridad, sin embargo, Rowan había lanzado ambos al momento de caer la barrera. Una y otra vez, lo que fuera para perforar esa eterna oscuridad y ver qué quedaba de la princesa. Incluso cuando comenzó a escuchar una voz femenina suave y cálida, llamándolo desde la oscuridad, esa voz que había pasado siglos olvidando, ahora lo desgarraba en pedazos.

—Rowan—murmuró Gavriel, apretando su agarre en el brazo de Rowan. Había comenzado a llover. — Nos necesitan adentro.

—No —gruñó. Él sabía que Aelin estaba viva, porque todas esas semanas que habían estado respirando sus esencias, se habían unido. Ella estaba viva, pero podía estar en cualquier nivel de tormento o decaimiento. Es por eso que Gavriel y Lorcan lo estaban deteniendo. Si no lo hacían, correría hacia la oscuridad, donde Lyria lo llamaba.

Pero por Aelin, tenía que liberarse.

—Rowan, los demás...

—No.

Lorcan maldijo sobre el rugido de la lluvia torrencial. —Está *muerta*, tú tonto, o muy cerca de estarlo. Aún puedes salvar otras vidas.

Comenzaron a ponerlo de pie, alejándolo de ella. —Si no me sueltas, arrancaré la cabeza de tu cuerpo—gruñó a Lorcan, el comandante que le había ofrecido una compañía de guerreros cuando no tenía nada ni a nadie.

Gavriel movió sus ojos hacia Lorcan en una conversación silenciosa. Rowan se tensó, preparándose para lanzarlos fuera de su camino. Preferirían dejarlo inconsciente antes que dejarlo entrar a esa oscuridad, donde la invitación de Lyria se había convertido en un grito de piedad. No era real. No era real.

Pero Aelin era real, y su vida estaba siendo drenada con cada momento que lo mantuvieran allí. Todo lo que necesitaba para dejarlos inconscientes era que Gavriel dejara caer su escudo mágico, el cual tenía levantado contra los poderes de Rowan desde el momento en que lo habían atrapado. Tenía que entrar en esa oscuridad, tenía que encontrarla.

—*Suéltame* —gruñó nuevamente.

Un estruendo sacudió la tierra, y se congelaron. Debajo de ellos un enorme poder surgía, un gigante elevándose desde las profundidades. Giraron hacia la oscuridad. Y Rowan podría haber jurado una luz dorada hizo un arco a través de ella, y luego desapareció.

—Eso es imposible —susurró Gavriel. — Ella se consumió.

Rowan no se atrevió ni a parpadear. Sus agotamientos siempre habían sido auto-impuestos, algún tipo de barrera interior compuesta de miedo y un persistente deseo de normalidad que le impedía aceptar la verdadera profundidad de su poder, las criaturas se alimentaban de desesperación, miedo y terror. Pero y sí... ¿Y si la víctima dejaba ir esos miedos? ¿Y si la víctima caminaba a través de ellos y los abrazaba?

Como en respuesta, una llama brotó de la pared de oscuridad.

El fuego se desplegó, llenando la lluviosa noche, brillante como un ópalo rojo. Lorcan maldijo, y Gavriel levantó añadiendo escudos adicionales de su propia magia. Rowan no se molestó y no lucharon contra él cuando se salió de su agarre, poniéndose de pie. La llama no dañó ni un solo cabello en su cabeza. Fluyó sobre y más allá de él, glorioso, inmortal e inquebrantable.

Y allí, pasando las rocas, de pie entre dos de esas criaturas, estaba Aelin, una extraña marca brillando en su frente. Su cabello flotaba a su alrededor, más corto ahora, y brillante como su fuego. Y sus ojos...aunque estaban enrojecidos, el dorado en sus ojos era una llama viva.



Las dos criaturas se lanzaron hacia ella, la oscuridad moviéndose a su alrededor.

Rowan corrió un paso completo antes de que ella extendiera sus brazos, agarrando las criaturas por sus perfectos rostros, sus palmas sobre sus bocas abiertas mientras exhaló con fuerza como si hubiera respirado fuego en sus núcleos, llamas se dispararon de sus ojos, oídos y dedos. Las dos criaturas no tuvieron la oportunidad de gritar cuando los redujo a cenizas.

Ella bajó sus brazos. Su magia rugía con tanta fuerza que la lluvia se volvía vapor antes de tocarla. Un arma brillante desde que fue forjada.

Él se olvidó de Gavriel y Lorcan mientras corrió hacia ella, las llamas doradas, rojas y azules propiamente suyas, de la heredera de fuego. Divisándolo al fin, sonrió débilmente. La sonrisa de una reina.

Pero había cansancio en esa sonrisa, y su brillante magia parpadeó. A sus espaldas, Narrok y la criatura restante, la que habían enfrentado en el bosque. Arrastraban la oscuridad hacia sus interiores, preparándose para atacar. Ella se volvió hacia ellos, tambaleándose ligeramente, su piel mortalmente blanca. Se habían alimentado de ella, y estaba drenada luego de haber destrozado a sus hermanos. Un agotamiento muy real y final estaba acercándose.

El muro de penumbra creció, un golpe final para aplastarla, pero se mantuvo firme, una luz dorada en la oscuridad. Eso era todo lo que Rowan necesitaba ver antes de que supiera qué tenía que hacer. Viento y hielo eran inútiles aquí, pero había otras opciones, Rowan sacó su daga y cortó su palma mientras corría por las rocas de la entrada.



La oscuridad crecía y crecía, sabía que iba a doler, sabía que probablemente la mataría a ella y a Rowan cuando viniera hacia ellos. Pero no huiría de ella.

Rowan la alcanzó, jadeando y ensangrentado. Ella no lo deshonró pidiéndole que huyera cuando le extendió su palma sangrante, ofreciendo su poder puro para aprovecharlo ahora que estaba verdaderamente vacía, sabía que funcionaría. Lo había sospechado por un tiempo. Eran *carranam*.

Él había venido por ella. Ella sostuvo su mirada mientras tomó su propia daga y cortó su palma, justo por encima de la cicatriz que se había hecho a sí misma en la tumba de Nehemia. Y a pesar de que sabía que él podía leer las palabras en su rostro, dijo: — ¿Sea cual sea el final?

Él asintió, y ella unió sus manos con las suyas, sangre con sangre y alma con alma, su otro brazo a su alrededor para agarrarla con fuerza. Con sus manos entrelazadas entre ellos, él susurró en su oído —Yo también te reclamo, Aelin Galathynius.

La ola de impenetrable negrura descendió, rugiendo mientras hacía su camino para



devorarlos, sin embargo, este no era el final... este no era su final. Había sobrevivido pérdida, dolor y tortura; había sobrevivido esclavitud, odio y desesperación; sobreviviría esto, también. Porque la suya no era una historia de oscuridad. Así que no tenía miedo de esa aplastante oscuridad, no con el guerrero sosteniéndola, no con el valor que el tener un amigo verdadero le ofrecía, un amigo que hizo que vivir no fuera tan horrible, después de todo, no si ella estaba con él.

La magia de Rowan golpeó en ella, antigua y extraña, y tan vasta que sus rodillas se doblaron. Él la sostuvo con esa implacable fuerza, y ella explotó ese salvaje poder cuando él abrió sus barreras internas, dejándolo fluir a través de ella.

La ola negra no había descendido ni a la mitad cuando la destrozaron con su luz dorada, dejando boquiabiertos a Narrok y a su príncipe restante, ella no les dio ni un momento para atraer la oscuridad nuevamente. Extrayendo poder del pozo sin fin dentro de Rowan, levantó fuego y luz, cenizas y calor, el resplandor de un millar de amaneceres y atardeceres. Si los Valg ansiaban el sol de Erilea, entonces ella se los daría.

Narrok y el príncipe chillaban. Los Valg no querían regresar; no querían ser acabados, no después de esperar tanto tiempo para poder regresar a su mundo. Pero ella atiborró sus gargantas con luz, haciendo arder su negra sangre.

Se aferró a Rowan, apretando sus dientes contra los sonidos. Hubo un súbito silencio, y miró hacia Narrok, de pie muy quieto, observando, esperando. Una lanza de negrura golpeó su cabeza, ofreciendo una última visión en un mero latido. No era un recuerdo, sino un vistazo del futuro. Los sonidos, olores y vistas tan reales que sólo su agarre en Rowan la mantuvieron anclada al mundo. Luego se había ido, y la luz aún crecía, envolviéndolos a todos.

La luz se volvió insoportable cuando ella la obligó a entrar en los dos Valg, quienes ahora habían caído sobre sus rodillas, vertiéndola en cada rincón de ellos. Y podría haber jurado que la oscuridad en los ojos de Narrok se desvaneció. Podría haber jurado que sus ojos se volvieron de un marrón mortal, y que gratitud destelló en ellos por un momento. Sólo por un momento; luego ella quemó a ambos al demonio y Narrok, hasta dejar cenizas.

El príncipe Valg restante se arrastró sólo dos pasos antes de seguirlo, un grito silencioso en su perfecto rostro cuando fue incinerado. Cuando la luz y las llamas retrocedieron, todo lo que quedaba de Narrok y los Valg eran cuatro collares de las piedras del Wyrd humeando en el césped húmedo.





Capítulo 56

*Traducido por Melissa
Corregido por Emi Cáceres*

Unos días más tarde, después de la imperdonable y despreciable masacre de esclavos, Sorscha estaba terminando una carta a su amigo cuando tocaron a la puerta de la enfermería. Ella brincó, dibujando una línea de tinta por el centro de toda la hoja.

Dorian asomó su cabeza, sonriendo, pero la sonrisa decayó cuando vio la carta incompleta.

—Espero que no te haya interrumpido. — dijo él, pasando a la sala de trabajo y cerrando la puerta. Mientras giraba ella arrugó la carta en una bola y la tiró a la basura.

—No, en absoluto—dijo ella, sus dedos del pie se retorcieron mientras él acariciaba su cuello con su nariz y envolvía sus brazos alrededor de su cintura.

—Alguien podría entrar— ella protestó, mientras se retorciéndose fuera de su agarre. Él la dejó ir, pero por la manera en que sus ojos brillaban se dio cuenta de que cuando ellos estuvieran solos de nuevo esta noche, él no podría ser tan fácil convencer. Ella sonrió.

—Haz eso de nuevo— suspiro él.

Sorscha sonrió de nuevo, riéndose. Él se veía tan desconcertado por su risa que ella le preguntó:

— ¿Qué?

—Esa fue la cosa más hermosa que vi en mi vida.

Ella tuvo que apartar la mirada y buscar algo para mantener sus manos ocupadas. Ellos trabajaron juntos en silencio, tal y como estaban acostumbrados ahora que Dorian sabía cómo funcionaban las cosas en la enfermería. A él le gustaba ayudarla con los tónicos para los pacientes.

Alguien tosió en la entrada, ellos se tensaron, Sorscha tenía el corazón en la boca. Ella no había notado que la puerta se hubiera abierto ni al Capitán de la Guardia parado en la puerta.

El Capitán entró y Dorian se tensó aún más.

— ¿Capitán, necesita mi ayuda?—Preguntó Sorscha.

Dorian no dijo nada, su cara estaba inusualmente seria, con sus ojos oscurecidos y tristes. El pasó una cálida mano alrededor de la cintura de ella, descansándola en su espalda. El Capitán cerró silenciosamente la puerta, puso la oreja en la puerta si había alguien en el pasillo por un momento antes de hablar.

Él se veía aún más serio que el Príncipe, sus amplios hombros se veían caídos debajo de una carga invisible. Pero sus ojos color whiskey estaban claros cuando se encontraron con los de Dorian.

—Tenías razón.



Chaol pensó que era un milagro que Dorian hubiera aceptado a hacer esto. El dolor en la cara de Dorian esta mañana le dijo que podía preguntar. Y Dorian diría que sí.

Dorian hizo que Chaol explicara todo, a ambos. Ese era el precio de Dorian: la verdad que le debía a él y a la mujer que debería saber para que se estaba poniendo a sí misma en riesgo.

Chaol explico todo rápido y en voz baja: la magia, las marcas del Wyrd, las tres torres... le explico todo. Para crédito de Sorscha, ella no se desmayó ni dudó de él. Él se preguntaba si ella estaba pensando, si ella estaba molesta con Dorian por no decirle. Ella no reveló nada, no con todo ese autocontrol y entrenamiento de sanadora que tenía. Pero el Príncipe miraba a Sorscha como si pudiera descifrar la mirada impenetrable y ver lo que se estaba cociendo en su mente.

El Príncipe tenía que estar en otro lugar. El besó a Sorscha antes de irse, murmurando algo en su oído que la hizo sonreír. Chaol no sospechaba encontrar a Dorian tan... feliz con su sanadora, Sorscha. Era una vergüenza que Chaol nunca se hubiera aprendido su nombre hasta hoy. Y por la manera en que Dorian la miraba, y ella a él... estaba contento de que su amigo la hubiera encontrado.



Para cuando Dorian se había ido, Sorscha seguía sonriendo, a pesar de lo que ella había aprendido. Eso la hacía verdaderamente asombrosa, hacía que su cara tuviera una enorme sonrisa pintada.

—Creo, —dijo Chaol, Sorscha se viró, con las cejas levantadas, lista para empezar a trabajar, —Yo creo, — volvió a decir, con una ligera sonrisa, —Que este reino le haría bien tener a una sanadora como su reina.

Ella no le sonrió de vuelta, como él hubiera querido. En vez ella se veía desesperanzadoramente triste mientras ella regresaba a su trabajo. Chaol salió sin decir alguna otra palabra preparándose para su experimento con Dorian, la única persona en el castillo, quizás en el mundo, que aceptaría ayudarlo.

Ayudar a todos.

Dorian tenía un poder en bruto, eso es lo que había dicho Celaena, un poder para darle forma como él quisiera. Eso era la única cosa lo suficientemente parecida al poder de las marcas del Wyrd, que no fuera ni bueno ni malvado. Y además Chaol había leído una vez en uno de los libros de magia de Celaena que los cristales eran buenos conductos para la magia. No había sido muy difícil comprar unos cuantos en el mercado, cada uno largo como su dedo del medio y blancos como la nieve fresca.

Todo estaba casi listo cuando Dorian entró por uno de los túneles secretos y se sentó en el suelo. Velas encendidas gastándose alrededor de él, Chaol explicó su plan mientras terminaba de echar la última línea de arena roja, del Desierto Rojo, o eso dijo el vendedor, entre los 3 cristales. A igual distancia uno del otro, formaban el dibujo que Murtaugh había pintado en el mapa de su continente. En el centro del triángulo había un pequeño cuenco con agua. Dorian lo miró fijamente.

—No me culpes si se rompen.

—Tengo más para reemplazarlos— y era verdad, había comprado una docena

Dorian miró al primer cristal.

—Tú quieres que yo... concentre mi poder en eso.

—Después dibuja una línea de poder al próximo cristal y después al otro imaginando que lo que quieres es congelar el agua en el cuenco. Eso es todo.

Doran levantó una ceja.

—Eso no es ni siquiera un hechizo.

—Simplemente hazme el favor— dijo Chao—No te lo hubiese pedido si esta no fuera la única manera.

Él zambulló un dedo en el cuenco de agua, mientras el miraba las ondas del agua, algo le dijo que quizás el hechizo no requeriría nada más que su poder y pura voluntad.



El suspiro del príncipe llenó la habitación de piedra, haciendo eco en las paredes y pasando al techo. Dorian miró al primer cristal, representando a Rifthold. Por minutos, no pasó nada. Pero luego Dorian empezó a sudar y a tragar repetidamente.

—Estás...

—Estoy bien—Dorian tomó aire, y el primer cristal comenzó a brillar.

La luz se hizo más fuerte, y Dorian estaba sudando y gruñendo como si estuviera pasando por mucho dolor. Chaol estaba a punto de pedirle que parara cuando una línea salió disparada al próximo cristal, tan rápido que si no fuera por un movimiento que hubo en la arena no lo hubiera visto. El cristal parpadeaba brillantemente, y luego otra línea salió disparada hacia el sur. De nuevo, hubo un movimiento en la arena.

El agua seguía en estado líquido. El tercer cristal brilló, y la última línea completó el triángulo, haciendo que los tres cristales parpadearan por un momento. Luego... lentamente, crujendo suavemente, el agua se congeló. Chaol empujó su horror, horror y asombro a cuanto había crecido el poder de Dorian.

La piel de Dorian estaba pegajosa y brillaba con sudor.

— ¿Así que así es como él lo hizo, verdad?

Chaol asintió.

—Hace diez años, con esas tres torres. Ellas fueron construidas años antes así para cuando esto pasara, sus fuerzas invasoras estuviesen listas, nadie le pudiese responder el golpe. El hechizo de tu padre debe ser mucho más complejo, para haber paralizado a la magia completamente, pero en un nivel básico, esto es probablemente lo más similar a lo que ocurrió.

—Yo quiero ver donde están... las torres. —Chaol sacudió su cabeza, pero Dorian dijo—Ya me has dicho todo lo demás. Enséñame el maldito mapa.

Con un movimiento de su mano, como un dios destruyendo un mundo, Dorian tumbó un cristal, liberando el poder. El hielo se derritió, el agua ondeaba y chapoteaba en el cuenco. Así como así. Chaol parpadeó.

Si ellos pudieran derribar una torre... sería un riesgo muy grande. Ellos necesitaban estar seguros antes de actuar. Chaol sacó el mapa que Murtaugh había marcado, el mapa que él no se atrevía a dejar en ninguna parte.

—Aquí, aquí y aquí, —dijo el apuntando a Rifthold, Amarothe y Noll.

—Ahí es donde sabemos que las tres torres fueron construidas. Torres para vigilar, pero las tres tienen las mismas características: piedras negras, gárgolas...

— ¿Estás intentando decirme que la torre reloj del jardín es una de ellas?

Chaol asintió, ignorando la risa de incredulidad.



—Eso es lo que creemos.

El príncipe se inclinó sobre el mapa, poniendo una mano en el piso. El trazó una línea desde Rifthold hasta Amaroath, luego una desde Rifthold hasta Noll.

—La línea hacia el norte corta a través del Brechade Ferian; la línea hacia el sur corta directamente a través de Morath. Tú le dijiste a Aedion que tu creías que mi padre había mandado a Roland y a Kaltain a Morath, junto con cualquier otro noble con magia en su sangre. ¿Cuáles son las probabilidades de que esto solo sea una coincidencia?

—Y la Brecha de Ferian... —Chaol tuvo que tragar. —Celaena dijo que ella había oído de alas en la Brecha. Nehemia y sus exploradores no volvieron, que había algo cociéndose allí.

—Dos lugares para engendrar cualquier tipo de ejército que él estuviera creando, quizás atrayendo este poder mientras hace una corriente a través de ellos.

—Tres. —Chaol apuntó a las Islas Muertas. —Tuvimos un reporte de algo extraño se estaba engendrando... y que está siendo enviado a Wendlyn.

—Pero mi padre envió a Celaena allí—el Príncipe maldijo — ¿No hay ninguna forma de advertirlos?

—Ya lo hemos intentado.

Dorian se secó el sudor de una de sus cejas.

—Así que tú estás trabajando con ellos... tú estás de su lado.

—No. No lo sé. Nosotros solo compartimos información que nos ayuda. Que te ayuda.

Los ojos de Dorian se endurecieron, y Chaol hizo una mueca de dolor a la vez que entraba una brisa fresca.

— ¿Entonces qué, que vas a hacer?—Preguntó Dorian— ¿Simplemente... derribaras la torre del reloj?

Destruir la torre del reloj era un acto de guerra... un acto que pondría en peligro las vidas de muchas personas. No habría marcha atrás. Él ni siquiera quería decírselo a Aedion o a Ren, por miedo de lo que serían capaces de hacer. Ellos no lo pensarían dos veces antes de quemar la torre, quizás matando a todos en el castillo en el proceso.

—No lo sé. No sé qué quiero hacer. Tenías razón sobre eso.

El deseó tener algo más que decirle a Dorian, pero hasta una charla informal era un esfuerzo ahora.

Él estaba acortando la lista de candidatos para reemplazarlo como Capitán de la Guardia, enviando más baúles a Anielle cada semana, él casi no podía mirar a la cara a sus propios hombres. En cuanto a Dorian... había mucho entre ellos.



—Aun no es la hora—Dorian dijo calladamente, como si pudiera leer la mente de Chaol. Chaol tragó.

—Quiero agradecerte. Se lo que estás arriesgando...

—Todos estamos arriesgando algo.

Quedaba tan poco del amigo con el que había crecido.

El príncipe miró su reloj de bolsillo.

—Necesito irme.

Dorian caminó a las escaleras y no hubo miedo en su cara, ninguna duda mientras decía:

—Tú me dijiste tu verdad hoy, así que compartiré la mía; incluso si significara que fuéramos amigos de nuevos, yo no creo que quiera volver a cómo eran las cosas antes, como yo era antes. Y esto... — Alzo su barbilla, apuntando al cuenco de agua y a los cristales. —Yo creo que esto es un buen cambio también. No le temas.

Dorian salió, y Chaol abrió su boca, pero ninguna palabra salió de ella. Él estaba demasiado asombrado. Cuando Dorian había hablado, no había sido un Príncipe quien le había mirado.

Había sido un rey.





Capítulo 57

Traducido por Carlana

Corregido por Fran H.

Celaena durmió por dos días.

Ella difícilmente recordaba qué había pasado luego de incinerar a Narrok y al príncipe Valg, aunque había tenido una vaga sensación de que los hombres de Rowan y los otros tenían la fortaleza bajo control. Habían perdido a unos quince en total, ya que los soldados no habían querido matar a los semi-hadas, sino capturarlos para el príncipe Valg para así transportarlos de vuelta a Adarlan. Cuando ellos sometieron a los soldados enemigos sobrevivientes, encerrándolos en la mazmorra, volvieron horas después para encontrarlos a todos muertos. Ellos habían llevado un veneno con ellos, y parecía que no habían tenido una inclinación a ser interrogados.

Celaena tropezó por las escaleras empapadas de sangre y en la cama, evitando brevemente de fruncir el ceño al cabello que ahora caía sólo pasando sus clavículas gracias a las afiladas uñas del príncipe Valg, y colapsó en un profundo sueño. Para el tiempo en que despertó, la sangre había sido limpiada, los soldados quemados, y Rowan había escondido los cuatro collares de piedras del Wyrd en algún lugar de los bosques. Él los habría mandado a volar hacia el mar y arrojarlos ahí, pero ella sabía que él se había quedado para cuidar de ella, y no confiaba en sus amigos para hacer cualquier cosa, sólo mandarlos de vuelta a Maeve.

El equipo de Rowan se estaba yendo cuando ella finalmente despertó, habiéndose demorado para ayudar con las reparaciones y la curación, pero solo fue Gavriel quien se molestó en reconocerla. Ella y Rowan se dirigían a los bosques para una caminata, ella había tenido que presionarlo para que la dejara salir de su cama, cuando pasaron al lado

del persistente hombre de cabello dorado por la puerta de atrás.

Rowan se puso rígido. Él le había preguntado sin rodeos que había pasado cuando sus amigos habían llegado y si alguno de ellos había intentado ayudar. Ella trató de evitarlo, pero él era implacable, y ella finalmente le dijo que sólo Gavriel había mostrado cierta inclinación. Ella no culpó a sus hombres. Ellos no la conocían, no le debían nada, y Rowan había estado adentro, en peligro. Ella no sabía por qué esto le importaba tanto a Rowan, y él le dijo que era asunto suyo.

Pero ahí estaba Gavriel, esperando por ellos en la puerta de atrás. Ya que Rowan estaba con cara de piedra, ella sonrió por los dos mientras se acercaban.

— Pensaba que te habrías ido por ahora, — dijo Rowan.

Los ojos leonados de Gavriel parpadearon — Los gemelos y Vaughan se fueron hace una hora, y Lorcan se fue al amanecer. El dijo que te dijera “adiós”.

Rowan asintió de una manera que dejaba muy en claro que él sabía Lorcan no había hecho tal cosa.

— ¿Qué es lo que quieres?

Ella no estaba segura de que ellos tuvieran la misma definición de *amigo* que ella tenía. Pero Gavriel la miró de pies a cabeza y de nuevo hacia arriba, luego a Rowan, y dijo — Ten cuidado cuando te enfrentes a Maeve. Nosotros habremos dado nuestros reportes para entonces.

La expresión de tormento de Rowan no mejoró. — Viaja rápidamente. — él dijo, y siguió caminando.

Celaena se demoró, estudiando al guerrero hada, el centelleo de tristeza en sus ojos dorados. Como Rowan, él había sido esclavizado por Maeve y todavía él pensó en advertirles. Con el juramento de sangre, Maeve podría ordenarle divulgar cada detalle, incluyendo este momento. Y castigarlo por eso. Pero por su amigo...

— Gracias. — ella le dijo al guerrero de cabellos dorados. El parpadeó, y Rowan se congeló. Sus brazos dolían de adentro hacia afuera, y la cortada en su mano estaba vendada y seguía sensible, pero ella se la extendió. — Por la advertencia. Y por vacilar ese día.

Gavriel miró su mano por un momento antes de agitarla con sorpresiva caballerosidad. — ¿Cuántos años tienes? — él preguntó.

— Diecinueve. — ella dijo, y él soltó una respiración que pudo haber sido tristeza o alivio o quizás ambos, y le dijo que hizo su magia aún más impresionante. Ella debatió diciendo que él estaría menos impresionado una vez que aprendiera el apodo que ella le dio, pero en su lugar, le guiñó.

Rowan estaba frunciendo el ceño cuando ella lo alcanzó, pero no diciendo nada. Mientras se alejaban, Gavriel murmuró. — Buena suerte, Rowan.





Rowan la llevó a un estanque en el bosque que nunca había visto antes, el agua clara alimentada por una hermosa cascada que parecía bailar en la luz del sol. El se sentó en una amplia, plana y caliente por el sol roca, quitándose sus botas y enrollando sus pantalones para sumergir sus pies en el agua. Ella parpadeó a cada músculo y hueso dolorido en su cuerpo mientras se sentaba. Rowan frunció el ceño, pero ella le dio una mirada que lo retaba a ordenarle ponerse a reposar en cama.

Cuando sus propios pies estuvieron en el estanque y dejaron que la música del bosque se hundiera en ellos, Rowan habló —No hay vuelta atrás con lo que pasó con Narrock. Una vez que el mundo escuche que Aelin Galathynius peleó en contra de Adarlan, ellos sabrán que tú estás viva. Él sabrá que tú estás viva, y donde estás, y que no estás planeando acobardarte. Él te cazarán por el resto de tu vida.

—He aceptado ese destino desde el momento en que pisé fuera del muro— dijo ella silenciosamente. Ella le dio patadas al agua, las ondas extendiéndose a través del estanque. El movimiento mandó un dolor estremecedor a través de su mágico y desgastado cuerpo, y ella siseó.

Rowan le extendió la cantimplora de agua que había traído con él, pero que no había tocado. Ella tomó un sorbo y encontró que contenía el tónico que acababa con el dolor que había estado consumiendo desde que se despertó esa mañana.

Buena suerte, Rowan, Gavriel le había dicho a su amigo. Llegaría un día, muy pronto, donde ella también tendría que despedirse de él. ¿Cuáles serían sus palabras de despedida? ¿Sería ella capaz de ofrecer sólo una bendición para la suerte? Ella deseó tener algo que darle, algún tipo de protección en contra de la reina que sostenía su correa. El Ojo de Elena estaba con Chaol. El amuleto de Orynth, ella le hubiera ofrecido eso a él, si no lo hubiera perdido. Reliquia familiar o no, ella hubiera descansado mejor si sabía que lo estaba protegiendo.

El amuleto, decorado con el ciervo sagrado en una cara... y las marcas Wyrd en la otra. Celaena dejó de respirar. Dejó de ver al príncipe a su lado, escuchando al bosque zumbando alrededor de ella. Terrasen había sido la mejor corte en el mundo. Ellos nunca habían sido invadidos, nunca habían sido conquistados, pero ellos habían prosperado y se habían vuelto tan poderosos que cada reino sabía que provocarlos era una locura. Una línea de gobernantes no corruptos, quienes habían acumulado todo el conocimiento de Erilea en su gran biblioteca. Habían sido un faro que atraía a lo más brillante y audaz a ellos.

Ella sabía dónde estaba, la tercera y última llave del Wyrd.

Había estado en su cuello la noche que cayó al río.

Y alrededor del cuello de cada uno de sus ancestros, que se remonta al mismo Brannon, cuando él se detuvo en el templo de la Diosa del Sol para tomar el medallón de la



sacerdotisa de Mala, y luego destruir el sitio entero para prevenir que alguien rastreara sus pasos.

El medallón de azul cerúleo, con el dorado ciervo coronado con la llama inmortal, el ciervo portador de fuego de Mala. Al dejar las costas de Wendlyn, Brannon había robado esos mismos ciervos lejos de Terrasen y los instaló en Oakwald. Brannon había puesto el tercer fragmento de la llave de Wyrđ dentro del amuleto y nunca le dijo a un alma lo que había hecho con eso.

Las llaves del Wyrđ no eran inherentemente buenas o malas. Lo que eran dependía de cómo sus portadores las usaban. Alrededor de los cuellos de los reyes y reinas de Terrasen, una de ellas había sido usada, sin saber, para el bien, y había protegido a sus portadores durante milenios.

La había protegido a ella, esa noche que cayó al río. Por lo que había sido las marcas del Wyrđ que había visto brillando en las congeladas profundidades, como si ella las hubiera convocado con sus aguados gritos de ayuda. Pero ella había perdido el amuleto de Orynth. Había caído dentro del río y...no.

No. No pudo haber sido, porque ella no habría logrado hacerlo hacia la orilla del río, y mucho menos haber sobrevivido las horas que estuvo tirada ahí. El frío la habría reclamado. Lo que significaba que ella lo había tenido cuando....cuando... Arobynn Hamel lo había tomado de ella, y lo mantuvo durante todo esos años, un premio del cuyo poder nunca hubiera imaginado la profundidad del mismo.

Ella debía tenerlo de vuelta. Ella tenía que quitárselo y asegurarse de que nadie supiera lo que había dentro. Y si ella lo tenía... no se permitió pensar más lejos.

Tenía que darse prisa para ir con Maeve, recuperar la información que necesitaba, e irse a casa. No a Terrasen, sino a Rifthold. Ella tenía que enfrentar al hombre que la había convertido en un arma, que había destruido otra parte de su vida, y que podría llegar a ser su más grande amenaza.

Rowan dijo — ¿Qué es?

—La tercera llave del Wyrđ— juró. Ella no podía decirle a nadie, porque si cualquiera sabía... se dirigirían directo a Rifthold. Directo a la fortaleza del asesino.

—Aelin— ¿Era miedo, dolor o ambos en sus ojos? —Dime lo que aprendiste.

—No mientras estés atado a ella.

—Estoy atado a ella *por siempre*.

—Lo sé— Él era el esclavo de Maeve, peor que un esclavo. Él tenía que obedecer cada orden, no importaba lo horrible que fuese.

Él se inclinó sobre sus rodillas, sumergiendo una larga mano en el agua. —Tienes razón. No quiero que me digas. Nada de eso.



—Odio eso— ella tomó aire —La odio.

Él miró lejos, hacia Goldryn, descartado detrás de ellos en una roca. Ella le había dicho su historia esta mañana mientras escarbaba suficiente comida para tres crecidos guerreros hada. Él no parecía particularmente impresionado, y cuando ella le mostró el anillo que había encontrado en la vaina de la espada, él no tenía nada que decir, excepto que —Espero que halles un buen uso para eso— En efecto.

Pero el silencio que se estaba construyendo entre ellos era inaceptable. Ella se aclaró la garganta. Quizás ella no le podía decir la verdad acerca de la tercera llave del Wyrd, pero ella le podía ofrecer otra cosa.

La verdad. La verdad de ella, sin diluir y completa. Y después de todo lo que habían pasado, todo lo que ella quería seguir haciendo...

Ella se preparó mentalmente. —Nunca le he contado a nadie esta historia. Nadie en el mundo la sabe. Pero es mía— ella dijo, parpadeando a pesar del ardor en sus ojos —y es tiempo para mí de decirla.

Rowan se recostó en la roca, apoyando las palmas de las manos detrás de él.

—Había una vez— ella le dijo a él, al mundo, a ella misma —en una tierra desde hace mucho quemada hasta las cenizas, vivía una princesa que amaba su reino...mucho.

Y luego ella le dijo de la princesa cuyo corazón había sido quemado con pólvora, del poderoso reino del norte, de su caída y del sacrificio de Lady Marion. Era una larga historia, y a veces ella se quedaba en silencio y lloraba, y durante esos momentos él se inclinaba para quitar sus lágrimas.

Cuando ella finalizó, Rowan simplemente le pasó más del tónico. Ella le sonrió, y él la miró durante un rato antes de sonreírle de vuelta, una sonrisa diferente de todas las otras que él le había dado antes.

Ellos estuvieron en silencio por un tiempo, y ella no sabía por qué lo hizo, pero ella sostuvo una mano en frente de ella, la palma de cara al estanque debajo.

Y lentamente, tambaleándose, una gota de agua del tamaño de una canica se levantó de la superficie hacia su mano ahuecada.

—No es de extrañar que tu sentido de auto-conservación es tan patético, si esa es toda el agua que puedes conjurar— Pero Rowan le dio golpecitos a su barbilla, y ella sabía que él entendió lo que significaba el haber convocado incluso una gota de agua a su mano. De sentir a su madre sonriéndole desde reinos de distancia.

Ella le sonrió a Rowan a través de sus lágrimas, y envió a la gota a que salpicara en su cara. Rowan la arrojó al estanque. Un momento después, riendo, el también saltó.



Después de una semana de haber recobrado su fuerza, ella y el otro semi-hada herido se habían recuperado lo suficiente para asistir a la celebración lanzada por Emrys y Luca. Antes de que ella y Rowan se dirigieran escaleras abajo para unirse a la celebración, Celaena se miró en el espejo y se detuvo en seco.

El de alguna manera más corto cabello era el menor de los cambios.

Ella ahora estaba ruborizada con color, sus ojos brillantes y claros, y aunque había recuperado el peso que había perdido ese invierno, su cara era más delgada. Una mujer, una mujer estaba sonriendo de vuelta a ella, hermosa por cada cicatriz, imperfección y marca de sobrevivencia, hermosa por el hecho de que su sonrisa era real, y sintió que se encendía la felicidad que se hallaba dormida en su corazón.

Ella bailó esa noche. La mañana siguiente, ella sabía que era tiempo.

Cuando ella y Rowan terminaron de decir sus adioses a los otros, ella se pausó al borde de los árboles para mirar a la fortaleza de piedra en ruinas. Emrys y Luca estaban esperando por ellos en la línea de árboles, sus caras pálidas en la luz de la mañana. El viejo hombre ya había metido sus bolsas llenas de comida y suministros, pero él seguía presionando un pan caliente en las manos de Celaena mientras se miraban el uno al otro.

Ella dijo —Puede tomar un tiempo, pero si, *cundo* reclame mi reino, los semi-hadas siempre tendrán un hogar allá. Y ustedes dos, y Malakai, tendrán un lugar en mi hogar, tienen que desearlo. Como mis amigos.

Lo ojos de Emrys estaban brillando mientras asentía, agarrando la mano de Luca. El joven hombre, quien ha optado por mantener un largo, malvado araño otorgado en batalla a través de su cara, simplemente la observó, con los ojos abiertos. Una parte de su corazón dolía por las sombras que ahora estaban en su rostro. La traición de Bas lo perseguiría, ella lo sabía. Pero Celaena le sonrió, agitó su cabello, y se obligó a alejarse.

—Tu madre estaría orgullosa— dijo Emrys.

Celaena puso una mano en su corazón y se inclinó en agradecimiento.

Rowan aclaró su garganta, y Celaena les dio una última sonrisa de despedida antes de que ella siguiera al príncipe dentro de los árboles, a Doranelle, y a Maeve, finalmente.





Capítulo 58

*Traducido por Karen E.
Corregido por Bluen Anto*

—Sólo prepárate para dirigirte a Suria en dos días, —Aedion ordenó a Ren mientras ellos tres se reunían a la media noche en el apartamento donde Ren y Murtaugh se habían quedado, aun sin saber a quién pertenecía. —Toma la puerta del sur, será la menos monitoreada a esa hora.

Habían pasado semanas desde que ellos se habían reunido por última vez, y tres días desde que una vaga carta había llegado para Murtaugh del Sol de Suria, una amigable invitación para un amigo de hace mucho tiempo a visitar. La redacción era tan simple que todos sabían que el joven señor estaba estudiándolos, insinuando interés en la “oportunidad” que Murtaugh había mencionado en una carta anterior. Desde entonces, Aedion había peinado cada camino del norte, calculando los movimientos y locaciones de cada legión y fortaleza en el camino. Dos días más; entonces quizás esta corte podría comenzar a reconstruirse por sí sola.

— ¿Por qué se siente como si estuviéramos huyendo, entonces? —Ren hizo una pausa en su usual ritmo. El joven señor de Allsbrook había sanado bien, aunque ahora había convertido parte de la gran habitación en su propio espacio de entrenamiento personal para recobrar su fuerza. Aedion se preguntaba cuán emocionada su reina estaría por enterarse de eso.

— *Estás huyendo.* — Aedion arrastró las palabras, mordiendo una de las manzanas que había recogido en el mercado para Ren y el viejo. —Entre más tiempo estés aquí, —continuó, —más grande es el riesgo de ser descubiertos y de que todos nuestros planes se caigan en pedazos. Eres muy fácil de reconocer ahora, y eres de mejor uso para mí

en Terrasen. No hay negociación, así que no te molestes intentando.

— ¿Y qué hay de ti?— Ren preguntó al Capitán, quien estaba sentado en su silla de siempre.

Chaol frunció el ceño y dijo tranquilamente, —Yo voy a Anille en unos pocos días. — Para cumplir con el trato que había hecho cuando vendió su libertad al enviar a Aelin a Wendlyn. Si Aedion le dejaba a si mismo pensar demasiado al respecto, él sabía que podría sentirse mal, podría intentar convencer al Capitán para quedarse, incluso. No era que a Aedion le gustara el Capitán, o siquiera lo respetara. De hecho, él deseaba que Chaol nunca lo hubiera atrapado en ese hueco en la escalera, de luto por la masacre de su gente en los campos de trabajo. Pero aquí estaban, y no había vuelta atrás.

Ren se detuvo su paso para mirar hacia abajo al capitán. — ¿Cómo nuestro espía?

—Necesitarán a alguien dentro, independientemente si estoy en Rifthold o en Anielle.

—Tengo gente dentro. — dijo Ren.

Aedion agito una mano. —No me importa tu gente dentro, Ren. Sólo prepárate, y deja de ser un dolor en el culo con tus preguntas interminables. —Él encadenaría a Ren a un caballo si tuviera que.

Aedion estaba a punto de dar la vuelta para irse cuando pies retumbaron escaleras arriba. Todos ellos tenían sus espadas desenvainadas mientras la puerta voló abierta y Murtaugh apareció, jadeando y agarrando el marco de la puerta. Los ojos del viejo eran salvajes, su boca abriéndose y cerrándose. Detrás de él, el hueco en las escaleras no revelaba signos de amenaza, o persecución. Pero Aedion mantuvo su espada fuera y se acomodó en una mejor posición.

Ren se apresuró hacia Murtaugh, deslizándolo un brazo bajo sus hombros, pero el viejo plantó sus rodillas en la alfombra. —Está viva, —dijo, para Ren, para Aedion, para él mismo. —Ella está, ella está realmente viva.

El corazón de Aedion se detuvo. Se detuvo, luego comenzó a latir, luego se detuvo de nuevo. Lentamente, envainó su espada, calmando su mente acelerada antes de que dijera, —Fuera con eso, viejo.

Murtaugh parpadeó y dejó escapar una risa ahogada. —Ella está en Wendlyn, y está viva.

El Capitán siguió sigilosamente por el suelo, Aedion podía haberse unido a él si sus piernas no hubieran dejado de funcionar. Para que Murtaugh haya escuchado sobre ella... El capitán dijo. —Cuéntame todo.

Murtaugh sacudió su cabeza. —La ciudad está hirviendo con las noticias. La gente está en las calles.

—Ve al punto. — espetó Aedion.



—El general de la legión Narrok en efecto fue a Wendlyn, —dijo Murtaugh, —y nadie sabe cómo o por qué, pero Aelin... Aelin estaba ahí, en las Montañas Cambrian, y fue parte de una tropa que los encontró en batalla. Ellos dijeron que ella se había estado escondiendo en Doranelle todo este tiempo.

Viva, Aedion tenía que decirse a sí mismo, viva, y no asesinada después de la batalla, incluso si la información de Murtaugh sobre su paradero era errónea.

Murtaugh estaba sonriendo. —Mataron a Narrok y a sus hombres, y ella salvó un gran número de gente, con magia. Fuego, dicen, con poder que el mundo no ha visto desde el mismo Brannon.

El pecho de Aedion se tensó al punto de doler. El Capitán sólo estaba mirando al viejo.

Era un mensaje para el mundo. Aelin era una guerrera, capaz de pelear con espada o magia. Y ella había dejado de esconderse.

—Cabalgaré al norte hoy. No puede esperar como teníamos planeado, —dijo Murtaugh, dando vuelta hacia la puerta.

—Antes de que el Rey trate de evitar que las noticias se expandan, necesito dejar Terrasen, saben. —Ellos lo siguieron por las escaleras y dentro de la bodega debajo. Incluso adentro, la audición de hada de Aedion captó la creciente conmoción en las calles. En el momento en el que entrará en el palacio, tendría que considerar cada paso, cada respiración. Demasiados ojos estarían sobre él ahora.

Aelin. Su reina. Aedion sonrió lentamente. El rey nunca sospecharía, ni en un mil años, a quien realmente había enviado a Wendlyn, que su propio campeón había destruido a Narrok. Muy pocos habían alguna vez sabido sobre la profunda desconfianza de los Galathynius hacia Maeve, así que Doranelle *sería* un lugar creíble para esconder y criar a una joven reina todos estos años.

—Una vez que salga de la ciudad, —Murtaugh dijo, yendo al caballo que había atado dentro del almacén, —Enviaré jinetes a cada contacto, para Fenharrow y Melisande. Ren, tú quédate aquí. Yo cuidare Suria.

Aedion agarró el hombro del hombre. —Avisa a al Bane, diles que mantengan un perfil bajo hasta que regrese, pero mantén las líneas de suministros con los rebeldes abiertos a cualquier precio. — Él no lo soltó hasta que Murtaugh asintió.

—Abuelo, —dijo Ren, ayudando al hombre en la silla de montar. —Déjame ir en tú lugar.

—Tú te quedas aquí, —Aedion ordenó. Y Ren se erizó.

Murtaugh murmuró en acuerdo. —Reúne la información que puedas, y luego ven a mi cuando yo esté listo.

Aedion no le dio a Ren tiempo para negarse mientras abrió la puerta de la bodega para Murtaugh. El fresco aire de la noche se vertió dentro, trayendo con él el alboroto de la



ciudad. Aelin, Aelin había hecho esto, causó este clamor de sonido. El semental pateó y resopló, y Murtaugh podía haber emprendido el galope si el Capitán no se hubiera movido de repente agarrando sus riendas.

—Eyllwe, —Chaol respiró. —Avisa a Eyllwe. Diles que resistan, diles que se preparen. —Tal vez era la luz, tal vez estaba frío, pero Aedion podría haber jurado que había lágrimas en los ojos del capitán mientras decía: —Diles que es hora de contraatacar.



Murtaugh Allsbrook y sus jinetes esparcieron la noticia como pólvora. Bajo cada camino, sobre cada río, de norte a sur y de este a oeste, a través de la nieve, lluvia y niebla, los cascos de sus caballos batiendo el polvo de cada reino.

Y por cada pueblo al que le dijeron, cada taberna y reunión secreta, más jinetes se unieron.

Más y más, hasta que no había camino que no hayan cubierto, hasta que no había una sola alma que no sabía que Aelin Galathynius estaba viva, y dispuesta a enfrentarse contra Adarlan.

Cruzando los Colmillos Blancos y las montañas, todo el camino hasta los Wastes Occidentales y la reina pelirroja que gobernaba desde un castillo en ruinas. A la Península Desertica y el oasis fortaleza de los Asesinos silenciosos. Cascos, cascos, cascos, haciendo eco por todo el continente, echando chispas contra los adoquines, todo el camino a Banjali y al palacio frente al río del rey y la reina de Eyllwe, aún en su ropa de luto de media noche.

Esperen, los jinetes dijeron al mundo.

Esperen.



El padre de Dorian estaba furioso como no había visto antes. Dos ministros habían sido ejecutados esta mañana, por no peor crimen que intentar calmar al Rey.

Un día después de que llegaron las noticias de lo que Aelin había hecho en Wendlyn, su padre todavía estaba furioso, aun demandando respuestas.

Dorian podría haberlo encontrado divertido, tan típico de Celaena hacer un retorno tan extravagante, si no hubiera estado totalmente petrificado. Ella había dibujado una línea en la arena. Peor que eso, ella había vencido a uno de los generales más mortíferos del Rey.

Nadie había hecho eso y vivido para contarlo. Jamás.



En alguna parte de Wendlyn, su amiga estaba cambiando el mundo. Ella estaba cumpliendo la promesa que le había hecho, o a cualquiera de ellos aún ahí.

Y tal vez cuando averiguaran una manera para destruir esa torre y liberar la magia del yugo de su padre, ella sabría que sus amigos no la habían olvidado tampoco. Que él no la había olvidado a ella.

Así que Dorian dejó a su padre rabiar. Se sentó en esas reuniones y calló su repugnancia y horror cuando su padre envió a un tercer ministro al bloque del carnicero. Por Sorscha, por la promesa de mantenerla a salvo, de que algún día, tal vez no tendría que esconder qué y quién era, mantuvo su máscara bien puesta, ofreció sugerencias banales sobre qué hacer con respecto a Aelin, y fingió. Una última vez.

Cuando Celaena regresara, cuando ella regresara como prometió que haría...

Entonces, ambos se dedicarían a cambiar el mundo juntos.





Capítulo 59

*Traducido por Yomi
Corregido por Rory Cáceres*

Les tomó a Celaena y Rowan una semana llegar a Doranelle. Viajaron sobre un terreno rocoso hacia las miserables montañas, donde los salvajes lobos de Maeve los monitoreaban día y noche; luego bajaron hacia el exuberante valle a través de bosques y campos, donde el aire estaba cargado de especias y magia.

La temperatura se volvía más cálida mientras más se alejaban del sur, pero la brisa seguía siendo demasiado desagradable. Después de un rato comenzaron a divisar bonitos pueblos de piedra en la distancia, pero Rowan los mantuvo lejos, escondidos, hasta que llegaron a la cima de una colina rocosa con Doranelle propagándose ante ellos.

Se les escapó el aliento. Incluso Orynth no podía compararse con esto.

La habían llamado la Ciudad de los Ríos por una razón. La pálida ciudad de piedra fue construida dentro de un masivo conjunto de islas, en el centro de ellas, las rabiosas aguas de los afluentes de las colinas y montañas circundantes se mezclaban. En el extremo norte de la isla los ríos caían encima de la desembocadura de una poderosa cascada, su cuenca era tan grande que la niebla flotaba en el claro día, el escenario era el de edificios con cúpulas, torres nacaradas y tejados azul brillante. No había barcos amarrados a los bordes de la ciudad, aunque había dos puentes elegantes de piedra que atravesaban el río vigilados en gran medida. Hadas se movían a través de los puentes y los carros de carga con todo, desde vegetales y heno hasta vino. En algún lugar, tenía que haber campos y granjas y pueblos para abastecerlos. Aunque apostaría que Maeve tenía una fortaleza abastecida de bienes.

—Asumo que normalmente vuelas directamente dentro y no te dignas a utilizar los puentes—dijo a Rowan quien ceñía su frente a la ciudad, sin lucir como un guerrero a punto de volver a casa. Él asintió distante. Se había quedado callado abruptamente en el último día, no rudamente, pero tranquilo y vago como si estuviera reconstruyendo el muro entre ellos. Esta mañana, había despertado en su campamento en la colina para encontrarlo mirando la salida del sol, en busca de todo el mundo como si hubieran estado teniendo una conversación con él. Ella no había tenido el valor de preguntarle si había estado orando a Mala Fire-Bringer¹¹, o incluso lo que quería pedir a la Diosa del Sol. Pero había habido una extraña calidez envuelta alrededor del campamento, y ella podría haber jurado que su magia salto gozosa en respuesta. no se permitió pensar en ello.

Debido a que durante el último día ella también había estado perdida en sí misma, ocupada reuniendo fuerzas y claridad. No había sido capaz de hablar mucho, e incluso ahora, centrarse en la realidad requería un esfuerzo inmenso. —Bueno—dijo tomando una respiración exagerada y acariciando la empuñadura de Goldryn —Vamos a ver a nuestra querida tía. No me gustaría hacerla esperar.



Les llevó hasta el anochecer para alcanzar el puente, Celaena se alegró: había menos hadas testigos de su llegada, a pesar de que las calles sinuosas y elegantes estaban ahora llenas de músicos, baile y vendedores de comida caliente y bebidas. Había habido mucho de eso en Adarlan, pero aquí no había ningún imperio que pesara sobre ellos, no oscuridad, frío o desesperación. Maeve no había enviado ayuda hace ya diez años, mientras las hadas bebían sidra caliente con especias y bailaban, el pueblo de Celaena había sido descuartizado y quemado. Ella sabía que no era su culpa, pero mientras se dirigía a través de la ciudad, hacia el extremo norte de la cascada, no podía obligarse a sonreír ante la alegría.

Se recordó a sí misma que también había bailado y bebido, y había hecho lo que había querido, mientras que su propia gente había sufrido durante diez años. Ella no estaba en posición para resentir a las hadas, o a nadie, excepto a la reina que gobernaba esta ciudad.

Ninguno de los guardias las detuvo, aunque si notaba las sombras que se arrastraban desde los tejados y callejones, y algunas aves de rapiña dando vueltas por encima. Rowan no los reconocía, aunque ella captó sus dientes brillando a la luz de la lámpara de oro. Al parecer la escolta no estaba haciendo al príncipe demasiado feliz tampoco. ¿Cuántos de ellos lo conocía personalmente? ¿Cuántos habían luchado a su lado o se habían aventurado en tierras desconocidas?

No vieron ninguna señal de sus amigos, y el no hizo ningún comentario sobre si esperaba o no verlos. A pesar de su mirada siempre al frente, ella sabía que él era consiente

¹¹ La traducción literal es “La que atrae el fuego”, pero por un tema de estilo se prefirió dejar en su idioma original.



de cada centinela observándoles, de cada respiración emitida cerca.

No tenía espacio dentro de ella para la duda o el miedo. Mientras caminaban, ella jugaba con el anillo escondido en su bolsillo, girándolo una y otra vez recordando su plan y lo que necesitaba llevar a cabo antes de irse de esta ciudad. Ella era reina tanto como Maeve.

Era soberana de un pueblo fuerte y un poderoso reino.

Era la heredera de ceniza y fuego, y no se inclinaría ante nadie.



Fueron escoltados a través de un brillante palacio de piedra pálida y cortinas de gasa de color azul cielo, los pisos eran un mosaico de azulejos que representan diversas escenas delicadas, de doncellas bailando en pastorales en el cielo nocturno. En todo el edificio, el propio río corría en pequeños arroyos, a veces reuniéndose en piscinas con pecas donde florecen los lirios de noche. Jazmines tejidos alrededor de las grandes columnas, y las luces de cristales de colores colgaban de los techos abovedados. El palacio estaba suficientemente expuesto a los elementos para indicar que el clima aquí siempre fue delicado. La música sonaba desde habitaciones lejanas, pero era tenue y apacible en comparación con el alboroto de sonido y color en la ciudad fuera de los muros del palacio de mármol de mamut.

Los centinelas estaban por todas partes. Ellos merodeaban fuera de la vista, pero en su cuerpo hada los podía oler, el acero y el aroma fresco de cualquiera que sea el jabón, que debían utilizar en el cuartel. No muy diferente que el castillo de cristal. La fortaleza de Maeve se había construido de piedra sobre piedra, en todas partes, todo pálido y tallado, pulido y reluciente. Ella sabía que Rowan tenía aposentos privados en este palacio, y que la familia Whitethorn tenía varias residencias en Doranelle, pero no vio a nadie de sus parientes. Él le había dicho en su viaje que había otros príncipes en su familia, con el hermano de su padre gobernando sobre ellos. Afortunadamente para Rowan, su tío tenía tres hijos, manteniéndolo libre de responsabilidad, aunque ciertamente trataron de usar la posición de Rowan con Maeve para su beneficio. Como en cualquier familia real en Adarlan, intrigante y adúladora, supuso.

Después de una eternidad de caminar en silencio, Rowan la condujo a una amplia terraza que sobresalía por el río. Él estaba lo suficientemente tenso para sugerir que estaba olfateando y oyendo cosas que no ella podía, pero no ofreció ninguna advertencia. La cascada más allá del palacio rugió, aunque no lo suficientemente fuerte como para ahogar la conversación.

Al otro lado de la terraza estaba Maeve en su trono de piedra.

Esparcidos a ambos lados del trono se encontraban los lobos gemelos, uno blanco y uno negro, seguían su aproximación con astutos ojos dorados. No había nadie más, no olía a otros amigos de Rowan al acecho mientras cruzaban el piso de mosaico. Deseó



que Rowan le hubiera permitido refrescarse en su habitación, pero. . . supuso que no era de lo que este encuentro trataría, de todos modos.

Rowan mantuvo el paso con ella y caminó hacia la pequeña tarima antes de la barandilla tallada, y cuando se detuvieron, se dejó caer de rodillas y agachó la cabeza.

—Majestad— murmuró. Su tía ni siquiera intento levantarse o mirar a Rowan. Dejó a su sobrino de rodillas mientras volvía sus ojos violetas estrellados a Celaena dándole una sonrisa de araña.

—Parece que has logrado tu tarea, Aelin Galathynius.

Otra prueba utilizando su nombre para provocar una reacción.

Ella sonrió de vuelta a Maeve. —En efecto.

Rowan mantuvo la cabeza baja, los ojos en el suelo. Maeve podría hacerle arrodillarse durante cien años, si ella lo deseaba. Los lobos junto al trono no se movieron ni un centímetro.

Maeve se dignó a echar una mirada a Rowan y luego dio a Celaena esa pequeña sonrisa de nuevo. —Tengo que admitir que me sorprende que te las hayas arreglado para ganar su aprobación con tanta rapidez. Así que,— dijo Maeve, descansando en su trono, —Muéstrame, entonces. Hazme una demostración de lo que has aprendido en estos meses.

Celaena apretó el anillo en el bolsillo, sin bajar la barbilla ni un milímetro. —Yo preferiría obtener primero el conocimiento que estás guardando para ti misma.

Un clic femenino de la lengua. — ¿No confías en mi palabra?

—No puedes creer que te daría todo lo que quieras sin ninguna prueba que puedas ofrecer de tu parte del trato.

Los hombros de Rowan se tensaron, pero su cabeza se mantuvo abajo.

Los ojos de Maeve se estrecharon ligeramente. —Las Llaves del Wyrd.

— ¿Cómo pueden ser destruidos, dónde están, y qué más sabes de ellas?

—Ellas no pueden ser destruidos. Sólo puede volver a colocarse la puerta.

El estómago de Celaena se retorció. Ella ya lo sabía, pero al escuchar la confirmación era difícil, de alguna manera. — ¿Cómo pueden volver a colocarse la puerta?

— ¿No crees que ya habrían sido restaurados a su casa si alguien supiera?

—Tú dijiste que sabías acerca de ellas.

Sonrió como una víbora. —Yo no sé de ellas. Sé que se pueden utilizar para crear, para destruir, para abrir portales. Pero yo no sé cómo ponerlos de nuevo. Nunca aprendí, y



luego fueron tomadas por Brannon llevadas a través del mar y nunca las volví a ver.

— ¿A qué se parecen? ¿Cómo se sentían?

Maeve ahuecó su mano y la miró, como si pudiera ver las llaves allí. — Negro y brillante, no más que esquilas de piedra. Pero ellas no eran de piedra, no eran como nada en este mundo, en cualquier reino. Era como sostener la carne viva de un dios, como contener el aliento de cada ser en todos los reinos a la vez. Era una locura y la alegría y el terror y la desesperación y la eternidad.

El pensamiento de Maeve poseyendo las tres llaves, aunque fuese por breve momento, era lo suficientemente horroroso, para que Celaena no dejara de contemplarla plenamente. Ella sólo dijo: — ¿Y qué más me puedes decir sobre ellos?

— Eso es todo lo que puedo recordar, me temo. — Maeve se recostó en el trono.

No, no, tenía que haber alguna manera. Ella no podría haber pasado todos estos meses negociando como una tonta, no podría haberla engañado tanto. Pero si Maeve no lo sabía, entonces había otras piezas de información para extraer; ella no quería salir de allí con las manos vacías.

— Los príncipes Valg ¿Qué puede decirme de ellos?

Por unos latidos, Maeve se mantuvo en silencio, como si contemplara las ventajas de responder más de lo que había prometido originalmente. Celaena no estaba del todo segura de querer saber por qué Maeve decidió a su favor cuando la reina dijo: — Ah, sí. Mis hombres me informaron de su presencia— Maeve se detuvo de nuevo, sin duda, filtrando la información procedente de una antigua esquina de su memoria. — Hay muchas razas diferentes de Valg, criaturas que incluso tus peores pesadillas huirían. Se rigen por los príncipes, ellos mismos están hechos de la sombra, la desesperación y el odio no tienen cuerpos para ocupar, salvo aquellos que se infiltren. No hay muchos príncipes, pero una vez fui testigo de toda una legión de guerreros hadas que fueron devorados por seis de ellos en cuestión de horas.

Un escalofrío le recorrió la espalda y cuello, y hasta los lobos se levantaron. — Pero yo los maté con mi fuego e iluminación.

— ¿Cómo crees que Brannon se ganó tal gloria y reino? Él era un hijo descartado de nadie, pero Mala lo amó fieramente, así que sus flamas eran a veces todo lo que mantenía a los príncipes Valg a raya hasta que pudimos reunir fuerza para empujarlos de regreso.

Ella abrió su boca para hacer la siguiente pregunta, pero se detuvo. Maeve no era de los de tirar trozos aleatorios de información. Así que Celaena preguntó lentamente, — ¿Brannon no era nacido en la realeza?

Maeve ladeó la cabeza — ¿Nadie te ha dicho lo que significa la marca en tu frente?

— Me dijeron que era una marca sagrada.



Los ojos de Maeve bailaron con diversión. —Sagrado sólo por el portador que estableció tu reino. Pero antes de eso, no era nada. Brannon nació con la marca del bastardo, la marca de todos los no reclamados, poseída por los hijos no deseados, marcándolos como sin nombre, nadie. Cada uno de los herederos de Brannon, a pesar de su noble linaje, han tenido la misma, la marca de los sin nombre.

Y había ardido el día que se había batido en duelo con Cain. Ardió delante del Rey de Adarlan. Un escalofrió le recorrió la espalda. — ¿Por qué brilló cuando luché con Cain y cuando enfrenté a los príncipes Valg?— Ella sabía que Maeve estaba bien informada de las criaturas de sombras que habían vivido en el interior de Cain. Tal vez no un príncipe Valg, pero algo lo suficientemente pequeño para ser contenido por la piedra embrujada del anillo que había usado en vez de un collar.

Elena lo había reconocido y le había dicho a ambos, *todos habían sido traídos. Todos eran jugadores de un juego sin terminar.*

—Tal vez tu sangre simplemente reconoció la presencia del Valg y estaba tratando de decirte algo. Tal vez no significa nada.

Ella no lo creía. Sobre todo cuando el hedor del Valg había estado en la habitación de sus padres la mañana después de que habían sido asesinados. O el asesino había sido poseído, o había sabido utilizar su poder para mantener a sus padres inconscientes mientras él los mataba. Todos los trozos de información los combinaría más tarde, cuando estuviera lejos de Maeve. Si Maeve la dejaba salir de aquí.

— ¿Son el fuego y la luz la única manera de matar a los príncipes Valg?

—Son difíciles de matar, pero no invencibles— admitió Maeve. —Con la forma en que el Rey de Adarlan los mata, cortándoles la cabeza y poniendo un collar, eso podría lógralo. Si vas a regresar a Adarlan, sospecho que esa será la única manera.

Porque en Adarlan, la magia todavía estaba encerrada por el Rey. Si ella se enfrentara a uno de los príncipes Valg de nuevo, tendría que matarlo por hoja e ingenio. —Si el Rey de hecho estuviera convocando a los Valg para sus ejércitos, ¿Qué es lo que se puede hacer para detenerlos?

—El Rey de Adarlan, al parecer, hace lo que nunca tuve el valor de hacer, mientras que las llaves estuvieron brevemente en mi poder. Sin las tres llaves, es limitado. Lo único que puede hacer es abrir el portal entre nuestros mundos por periodos cortos, el tiempo suficiente para dejar entrar, tal vez, a un príncipe, dejándolo infiltrarse en un cuerpo ya preparado. Pero las tres llaves, podían abrir el portal a voluntad pudiendo convocar a todos los ejércitos Valg, para ser dirigidos por los príncipes en sus cuerpos mortales, y... — Maeve parecía más intrigada que horrorizada. —Y con las tres llaves, tal vez no tuvieran que depender mágicamente de los anfitriones para los Valg. Hay un sinnúmero de espíritus entre los Valg, hambrientos de entrar a este mundo.

—Entonces tendría que hacer innumerables collares para ellos.

—Él no los necesitaría, no con las tres llaves. Su poder sería absoluto. Y no necesitaría



anfitriones vivos únicamente cuerpos.

El corazón de Celaena trastabilló en un latido, y Rowan se tensó en el suelo. —Él podría tener un ejército de muertos, habitado por los Valg.

—Un ejército que no necesita comer ni dormir, ni respirar. Un ejército que barrera como una plaga a través de tu continente, y otros. Tal vez otros mundos también.

Pero el necesitaría las tres llaves para ello. Su pecho se apretó, y aunque estaba a la intemperie, el aire del palacio, el río y las estrellas parecían empujar sobre ella. No habría ningún ejército que ella pudiera elevar para detenerlos, y sin magia... estaban condenados. Ella estaba condenada.

Un calor calmante se envolvió a su alrededor, como si alguien la tirara en un abrazo. Femenino, alegre, infinitamente poderoso. *Este destino aún no había llegado*, parecía susurrarle al oído. *Todavía hay tiempo. No hay que sucumbir al miedo todavía.*

Maeve la observaba con interés felino, y Celaena se preguntó qué era lo que la reina oscura vio, si ella también podía sentir la antigua, enriquecedora presencia. Pero Celaena estaba caliente de nuevo, el pánico se había ido, y aunque la sensación había desaparecido, ella habría jurado que la presencia seguía cerca. *Había tiempo*, el Rey todavía no tenía la tercera llave.

Brannon había poseído las tres, sin embargo, había decidido ocultarlas, en lugar de devolverlas. Y de alguna manera, de repente, ¿Por qué? Se convirtió en la mayor pregunta de todas.

—En cuanto a la ubicación de las llaves— dijo Maeve—No sé dónde están. Fueron llevadas a través del mar, y no he oído hablar de ellas otra vez hasta estos últimos diez años. Pareciera que el Rey tiene al menos una, probablemente dos. La tercera sin embargo...— la miró de arriba abajo, pero Celaena se negó a retroceder. —Tú tienes un indicio de su paradero, ¿no?

Ella abrió la boca, pero los dedos de Maeve apretaron el brazo de su trono, lo suficiente para que Celaena mirara la piedra. Tanta piedra aquí en el palacio y en la ciudad. Y las palabras que Maeve había utilizado antes, conquistar...

— ¿No es así?—presionó Maeve.

Piedra y ningún signo de madera, salvo las plantas y los muebles...

—No, yo no... — dijo Celaena.

Maeve ladeó la cabeza. —Rowan, levántate y dime la verdad.

Sus manos se apretaron, pero se puso de pie, sus ojos estaban en su reina mientras tragaba. Dos veces. —Ella encontró un enigma, y sabe que el Rey de Adarlan tiene por lo menos la primera llave, pero no sabe dónde la guarda. También se enteró de lo que Brannon hizo con la tercera y donde está. Ella se negó a decirme. — Hubo un destello de terror en sus ojos, y sus puños temblaban, como si alguna fuerza invisible lo hubiera



obligado a decirle. Los lobos solo observaban. Maeve chasqueó la lengua.

— ¿Guardar secretos, Aelin? ¿A tu tía?

—Ni por todo el mundo te iba decir donde está la tercera llave.

—Oh, lo sé— Maeve ronroneo. Ella chasqueo los dedos y los lobos se pusieron de pie, moviéndose entre destellos de luz a los hombres más hermosos que jamás hubiera contemplado. Guerreros del tamaño de ellos, con la gracia mortal con la que se movían; uno claro y otro oscuro, pero impresionantemente perfecto.

Celaena fue hacia Goldryn, pero los gemelos fueron a por Rowan, que no hizo nada, ni siquiera luchó cuando ellos agarraron sus brazos, obligándolo de nuevo a ponerse de rodillas. Otros dos salieron de las sombras detrás de ellos. Gavriel, sus ojos leonados cuidadosamente vacíos, y Lorcan, con la cara de piedra. Y en sus manos...

Al ver el látigo con punta de taladro, Celaena se olvidó de respirar. Lorcan no dudó al arrancar la túnica, chaqueta y la camisa de Rowan, de él.

—Hasta que ella me responda— dijo Maeve, como si acabara de ordenar una taza de té.

Lorcan desplegó el látigo, la punta de hierro tintineó contra las piedras, tirando su brazo hacia atrás. No había nada misericordioso en su rugoso rostro, sin atisbo de sentimiento por el amigo arrodillado.

—Por favor—susurró Celaena. Se oyó un chasquido y el mundo se fragmentó mientras Rowan se inclinaba con el látigo cortándole la espalda. Apretó los dientes, silbando, pero no gritó.

—Por favor— dijo Celaena. Gavriel envió a volar su látigo tan rápido que Rowan solo tenía un respiro para recuperarse. No había remordimiento en la hermosa cara de Gavriel, no había señales del hombre al que le había dado las gracias unas semanas atrás.

Al otro lado de la terraza, Maeve dijo —Cuanto tiempo dure depende enteramente de ti, sobrina.

Celaena no se atrevió a alejar la mirada de Rowan, quien aceptó los azotes como si lo hubiera hecho antes, como si supiera como llevar un ritmo propio y cuanto dolor esperar. Los ojos de sus amigos estaban muertos, como si ellos también hubieran dado y recibido este tipo de castigo.

Maeve había dañado a Rowan antes. ¿Cuántas de sus cicatrices le había dado ella?

—Basta—. Gruño Celaena.

— ¿Ni por todo el mundo, Aelin? Pero, ¿Qué pasa con el príncipe Rowan?

Otro golpe, la sangre ya estaba en las piedras. Y el sonido... Ese sonido del látigo... el sonido que hacía eco en sus pesadillas, el que le helaba la sangre...



—Dime donde está la tercera llave del Wyrd, Aelin.

Crack. Rowan se sacudió contra el férreo control de los gemelos. ¿Era por esto que había estado orando a Mala esa mañana? ¿Por qué sabía que esperar de Maeve?

Ella abrió la boca, pero Rowan levanto la cabeza, enseñando los dientes, la cara salvaje de dolor y rabia. Sabía que ella podía leer las palabras en sus ojos, pero él todavía dijo: —*No lo hagas.*

Era la palabra de desafío que rompió la presa que había mantenido en ella durante el último día, el extinguidor que ella había puesto en secreto en su poder cayendo en espiral hacia el centro de su magia, tirando lo más que pudiera reunir.

El calor se extendió desde ella, calentando las piedras con tal rapidez que la sangre de Rowan se volvió vapor rojo. Sus compañeros juraron y escudos casi invisibles ondularon a su alrededor y al de su soberana. Ella sabía que el oro de sus ojos que se había desplazado a la llama, porque cuando ella miró a Maeve, el color del rostro de la reina se había ido, volviéndose blanco hueso.

Y entonces Celaena llenó de fuego al mundo.





Capítulo 60

Traducido por Melody

Corregido por Melody

Maeve no ardía, y tampoco Rowan o sus amigos, cuyos escudos Celaena desgarró a través de medio segundo con un pensamiento. Pero el río navegaba alrededor de ellos, y los gritos se levantaron del palacio a la ciudad, como una llama que no quema, el dolor envolvía todo. La isla entera estaba envuelta en un reguero de pólvora.

Maeve estaba de pie ahora, acechando fuera de la tarima. Celaena dejó un poco más de calor a través de filtración de su dominio sobre la llama, calentando la piel de Maeve mientras se movía para cumplir con su tía. Con los ojos abiertos, Rowan colgaba de los brazos de sus amigos, su sangre burbujeando en las piedras.

—Tú querías una demostración—, dijo Celaena tranquilamente. El sudor le corría por la espalda, pero ella controlaba la magia con todo lo que tenía. —Con solo pensarlo puedo hacer que tu ciudad arda en llamas.

—Es la piedra, — Maeve espetó.

Celaena sonrió. —Pero tu gente no.

Las fosas nasales de Maeve se encendieron con delicadeza. — ¿Asesinarás a inocentes, Aelin? Quizás. ¿Tú has hecho esto durante un año, no es así?

La sonrisa de Celaena no vaciló. —Ponme a prueba. Simplemente trata de empujarme, Tía, y ve qué sale de ello. Esto era lo que querías, ¿no? No para que yo dominase mi magia, sino que para que tú pudieses ver que tan poderosa soy. No tengo gran parte de

la sangre de tu hermana en mis venas no, tu sabías desde el comienzo que tengo muy poco del poder de Mab. Querías saber lo mucho que recibí de Brannon.

Las llamas se elevaron más altas, y los gritos de espanto, no el dolor, se levantaron con ellas. Las llamas no harían daño a nadie, a menos que ella lo quisiera. Ella podía sentir las otras magias luchando contra ella, goteantes agujeros en su poder, pero el incendio que rodea la terraza seguía quemando fuerte.

—Brannon nunca dio la clase para las llaves. Y tú no lo hiciste el viaje con Brannon y Athril a recuperar las llaves del Valg, —Celaena continuó, una corona de fuego envolviendo su cabeza. —Tú fuiste a robarla por ti misma. Tú querías quedartelas. Una vez que Brannon y Athril se dieron cuenta de eso, lucharon. Y Athril. . . —Celaena dibujó la silueta de Goldryn, su empuñadura de color rojo sangre brillante. —Tu querido Athril, el amaño amigo de Brannon. . . cuando Athril luchó, lo mataste. Tú, no el Valg. Y en tu dolor y vergüenza, te debilitaste tanto que Brannon te quitó las llaves. No era una fuerza enemiga que saqueó el templo de la Diosa del Sol. Fue Brannon. Quemó hasta el último rastro de sí mismo, ni idea de a dónde iba por lo que sería imposible encontrarlo. Dejó sólo la espada de Athril en honor a su amigo, en la cueva donde Athril había tallado en primer lugar los ojos de aquella pobre criatura lago, y nunca te lo dijo. Después Brannon dejó estas costas, no te atreverías a seguirlo, no cuando él tenía las llaves, no cuando su magia, *mi magia*, era tan fuerte.

Fue por eso que Brannon había escondido la llave del Wyrd en el amuleto de su familia. No para ocultarla de enemigos ordinarios, sino que en caso alguna vez fuese a buscarlo. Quizás él no había vuelto a poner las llaves en la puerta en caso de poder llamar si es que alguna vez Maeve decidía conquistar otras tierras.

—Abandonaste tus tierras al pie de la montaña y las dejaste podrirse. Fue por eso que construiste tu ciudad de piedra rodeada de agua: así los herederos de Brannon no podían volver. Fue por eso que querías verme, por qué lo que le insistías a mi madre. Querías saber qué clase de amenaza plantearía. ¿Qué pasaría si se mezcla la sangre de Brannon con la línea de Mab. — Celaena abrió los brazos, Goldryn brillante ardiente en una mano. —He aquí mi poder, Maeve. He aquí con lo que me enfrento a la profunda oscuridad, lo que merodea bajo mi piel.

Celaena exhaló un suspiro y apagó todas y cada una llama en la ciudad.

El poder no estaba en fuerza o en habilidad. Fue el control, el poder estaba en el control *de sí misma*.

Ella había conocido a lo largo de su vida cuan vasto y letal lo que era su fuego, y hasta hace unos meses, ella no hubiese matado, dañado o sacrificado a nadie ni nada para poder cumplir con su promesa. Pero no había tenido fuerza, había sido solo rabia y dolor suficientes como para hacer que una persona se desmoronara. Entendía ahora lo que su madre le había querido decir cuando se había palmeado el corazón esa noche, cuando ella le había dado el amuleto.

Como cada luz se apagó en Doranelle, sumiendo al mundo en la oscuridad, Celaena



se acercó a Rowan. Una mirada y un destello de sus dientes hicieron que los gemelos lo dejaran en libertad. Los látigos ensangrentados todavía en la mano, Gavriel y Lorcan no hicieron ningún movimiento hacia ella como Rowan se apoyó en ella, murmurando su nombre.

Las luces encendieron. Maeve se quedó donde estaba, con el vestido manchado de hollín, su cara brillando con el sudor. —Rowan, ven aquí. — Rowan se puso rígido, gruñendo de dolor, pero se tambaleó hacia el estrado, sangre goteando de las heridas horribles en la espalda. La bilis picaba la garganta de Celaena, pero mantuvo sus ojos sobre la reina. Maeve apenas dio a Celaena un vistazo mientras hervía, —Dame esa espada y vete. —Extendió una mano hacia Goldryn.

Celaena negó con la cabeza. —No lo creo. Brannon la dejó en esa cueva para que *nadie* en especial *tú* la encontraran. Y es mía, por medio de la sangre, del fuego y de la oscuridad. —Envainó Goldryn a su lado. —No es muy agradable cuando alguien no te da lo que quieres, ¿verdad?

Rowan estaba allí de pie, su cara era una máscara de calma a pesar de sus heridas, pero sus ojos, ¿Había tristeza en ellos? Sus amigos estaban observando en silencio, listo para atacar si Maeve diese la orden. Que lo intenten.

Los labios de Maeve adelgazaron. —Vas a pagar por esto.

Pero Celaena acechó a Maeve de nuevo, la tomó la mano, y dijo: —Oh, yo no creo que lo haga. — Y ella le lanzó su mente abierta a la reina.

Bueno, parte de su mente, la visión que Narrok le había dado mientras ella lo carbonizó. Él la había conocido. De alguna manera él había visto el potencial, como si lo hubiera descubierto mientras que el príncipe Valg se encontraba en su mente. No era un futuro grabado en piedra, pero ella no dejó que su tía lo supiese. Reprodujo la memoria como si fuera verdad, como si se tratara de un plan.



La multitud ensordecedora resonó por los pasillos de piedra clara del castillo real de Orynth. Ellos estaban cantando su nombre, casi gimiendo por ella. Aelin. Un pulso de dos tiempos que sonaba a través de cada paso que compone la escalera a oscuras. Goldryn era pesada en la espalda, su rubí ardiendo en la luz del sol goteando desde el rellano anteriormente. Su túnica era hermosa pero simple, aunque sus guanteletes de acero, armados con cuchillas ocultas, estaban tan adornadas como lo eran de mortal.

Ella llegó al rellano y se dirigió hacia abajo, más allá de la imponente y musculoso guerreros que acechaba en las sombras apenas más allá del arco abierto. No sólo los guerreros, sus guerreros. Su corte. Aedion estaba allí, y algunos otros cuyos rostros fueron oscurecida por la sombra, pero sus dientes brillaban débilmente mientras daban sus muecas salvajes. Una corte para cambiar el mundo.



El cántico aumentó, y el amuleto rebotó entre sus pechos con cada paso. Ella mantuvo los ojos hacia adelante, una media sonrisa en su cara cuando salió por fin al balcón y los gritos crecieron frenético, tan abrumadora como la frenética multitud fuera del palacio, en la calles, miles de personas reunidas y coreando su nombre. En el patio, jóvenes sacerdotisas de Mala bailaban a cada pulso de su nombre, adora, fanática.

Con este poder, con el poder de las llaves que había alcanzado, lo que esto había creado para ellos, los ejércitos ella había hecho para expulsar a sus enemigos, los cultivos de los que había crecido, las sombras que tenía ahuyentado. . . estas cosas no eran nada menos que un milagro. Ella era más que humano, más de la reina.

Aelin.

Amada. Inmortal. Bendita.

Aelin.

Aelin del Fuego Salvaje. Aelin Fireheard. Aelin Portadora de la Luz.

Aelin.

Levantó los brazos, inclinando la cabeza hacia atrás a la luz del sol, y sus gritos hicieron la totalidad del Palacio Blanco temblar. En su frente, una marca, la marca sagrada de la línea de Brannon, azul, brillante. Ella sonrió a la multitud, en su pueblo, en su mundo, tan listo para ser tomado.



Celaena se apartó de Maeve. El rostro de la reina estaba pálido.

Maeve había comprado la mentira. No vio que la visión había sido dada a Celaena no para mofarse de ella, sino como una advertencia de lo que podría llegar a ser si ella en verdad se encontrase las llaves y las mantuviese en su poder. Un regalo del hombre que Narrok había sido alguna vez.

—Sugiero, — Celaena dijo a la reina, —que seas muy, muy cuidadosa antes de volver a amenazarme a mí o a los míos, o de lastimar a Rowan.

—Rowan me pertenece, — Maeve silbó. —Yo puedo hacer lo que quiera con él.

Celaena miró al príncipe, que estaba de pie tan incondicional, sus ojos sin brillo con el dolor. No de las heridas en la espalda, pero a partir de la separación que se había hecho a cada paso que los llevaba hacia Doranelle.

Poco a poco, con cuidado, Celaena sacó el anillo de su bolsillo.



No era el anillo de Chaol el que había estado agarrando estos últimos días.

Fue el sencillo anillo de oro que había quedado en la vaina de Goldryn. Ella lo había mantenido a salvo todas estas semanas, pidiendo a Emrys que le contara una historia tras otra sobre Maeve mientras cuidadosamente reconstruían juntos la verdad acerca de su tía, sólo por este momento, por esta misma tarea.

Maeve adquirió una quietud de muerte mientras Celaena levantaba el anillo entre dos dedos.

—Creo que has estado buscando esto desde hace mucho tiempo—, dijo Celaena.

—Eso no te pertenece.

— ¿No es así? Lo encontré, después de todo. En la vaina de Goldryn, donde Brannon lo dejó después de descubrir el anillo del cadáver, el anillo familiar de Athril que te habría dado algún día. Y en los miles de años transcurridos desde entonces, nunca se encontró, así que. . . Supongo que es mío por casualidad. —Celaena cerró su puño alrededor del anillo. —Pero, ¿Quién hubiera pensado que eras tan sentimental?

Los labios de Maeve adelgazaron. —Dámelo.

Celaena soltó una carcajada. —Yo no tengo que darte ni una maldita cosa. — Su sonrisa se desvaneció. Al lado del trono de Maeve, el rostro de Rowan era ilegible cuando se volvió hacia la cascada.

Todo ello, todo para él. Para Rowan, que había sabido exactamente lo que era y significa esa espada que estaban recogiendo aquel día en la cueva de la montaña, que había arrojado a través de ella una moneda de cambio para una futura negociación, la única protección que podría ofrecer contra Maeve si era lo suficientemente inteligente como para entender lo que significaba.

Solo se había dado cuenta de lo que había hecho, de lo que había sabido todo este tiempo, cuando lo había hablado con él hace semanas y había esperado que le encontrara alguna utilidad. Él aún no entendía que una alianza, eneregía o seguridad, significaban nada para ella.

Así que Celaena dijo: —Voy a hacer un intercambio contigo, sin embargo. — Las cejas de Maeve se estrecharon. Celaena sacudió la barbilla. —Tu amado anillo, por liberar a Rowan de su juramento de sangre.

Rowan se puso rígido. Sus amigos giraron sus cabezas hacia ella.

—Un juramento de sangre es eterno—, dijo Maeve con fuerza. Celaena no creía que sus amigos estaban respirando.

—No me importa. Libéralo. —Celaena tendió el anillo de nuevo. —Es tu elección. Libéralo, o derrito este anillo aquí mismo.

Una apuesta, tantas semanas de intrigas y planificación y con la secreta esperanza.



Incluso ahora, Rowan no se volvió.

Los ojos de Maeve se mantuvieron en el anillo. Y Celaena entendió por qué, era por qué ella se había atrevido a probarlo. Después de un largo silencio, el vestido de Maeve crujió cuando se enderezó, con la cara pálida y tensa.

—Muy bien. Ha logrado ponerse bastante aburrido en estas últimas décadas, de todas formas.

Rowan se enfrentó a ella, poco a poco, como si él no acabara de creer lo que estaba oyendo. Era a Celaena a quien miraba, no a Maeve, que se reunió con los ojos brillantes.

—Por mi sangre que fluye en ti, — dijo Maeve. —A través de ninguna deshonra, de ningún acto de la traición, yo te libero, Rowan Whitethorn, de tu juramento de sangre hacia mí.

Rowan se quedó perplejo y se la quedó mirando, Celaena apenas oyó el resto, las palabras que Maeve habló en el Antiguo Idioma. Pero Rowan sacó una daga y derramó su propia sangre en las piedras, lo que fuese que eso significase. Nunca había oído hablar de un juramento de sangre que se rompa antes, pero se había arriesgado independientemente. Tal vez no había existido uno jamás que se hubiera roto en toda la historia del mundo honorablemente. Sus amigos estaban con los ojos abiertos y en silencio.

Maeve dijo: —Usted es libre de mí, príncipe Rowan Whitethorn.

Eso fue todo Celaena necesitaba oír antes de que tirara el anillo de Maeve, antes de que Rowan corriera hacia ella, con las manos en sus mejillas, su frente contra la suya.

—Aelin, — murmuró él, y no fue una reprimenda o un agradecimiento, mas bien. . . una oración. —Aelin, — él susurró de nuevo, con una sonrisa, y la besó en la frente antes de caer a ambas rodillas ante ella.

Y cuando llegó a su muñeca, ella se echó hacia atrás. —Eres libre. Ahora eres libre.

Detrás de ellos, Maeve observaba, con cejas altas. Pero Celaena no podría aceptar esto, podría no estar de acuerdo con él.

Completa y total sumisión, eso es lo que era un juramento de sangre. Él le daría todo, su vida, cualquier propiedad, cualquier opción de libre albedrío.

El rostro de Rowan estaba en calma, aunque constante, aseguró. *Confía en mí.*

No te quiero esclavizado hacia mí. No voy a ser ese tipo de reina.

No tienes ni la corte, estás indefensa, sin tierra y sin aliados. Ella podría dejarte salir de aquí hoy, pero podría volver a buscarte mañana. Sabe lo poderoso que soy, cómo lo poderosos que somos estando juntos. Esto hará que ella dude en actuar.

Por favor, no lo hagas, te daré cualquier cosa que pidas, pero no esto.

Te reclamo, Aelin. Sea cual sea el final.



Ella podría haber continuado de argumentar en silencio con él, pero una extraña calidez femenina que había sentido en el campamento aquella mañana se encontró envuelta alrededor de ella, como si le aseguraba que ella deseaba esto lo suficientemente mal que llegaba a doler, diciéndole que podía confiar en él príncipe, y más que eso, más que nada, que podía confiar en ella. Así que cuando Rowan tomó su muñeca otra vez, ella no lucho contra él.

—Juntos, Fireheart —dijo, empujando hacia atrás la manga de su túnica. —Vamos a encontrar una manera de estar juntos. —Él levantó la vista de su muñeca expuesta. —Una corte para cambiar el mundo, prometido.

Y entonces ella estaba asintiendo, asintiendo y sonriendo, también, mientras sacaba la daga de su bota y se lo ofreció a ella. —Dilo, Aelin.

Sin atreverse a dejar que sus manos temblaran delante de Maeve y los estupefactos amigos de Rowan, tomó su daga y la sostuvo sobre su muñeca expuesta. — ¿Prometes servir en mi corte, Rowan Whitethorn, desde ahora hasta el día en que muera? —Ella no sabía las palabras adecuadas o el lenguaje antiguo, pero un juramento de sangre no era acerca de frases bonitas.

—Lo hare. Hasta mi último aliento, y el mundo más allá. Sea cual sea el final.

Habría entonces una pausa, se preguntó de nuevo si realmente quería hacer esto, pero Maeve seguía ahí, como una sombra que está al acecho detrás de ellos. Por eso se había hecho ahora, por eso Celaena no podía objetar nada, no podía tratar de convencerle de lo contrario.

Era como una cosa que Rowan quería hacer, así de testarudo, que sólo pudo sonreír cuando ella señaló la daga a través de la muñeca, dejando un rastro de sangre a su paso. Y le ofreció su brazo manchado.

Con sorprendente delicadeza, la tomó de la muñeca en sus manos y bajó su boca a su piel.

Por un instante, un rayo brillante rompió a través de ella y luego se establecieron, un hilo atándolos, más y más fuerte con cada tirón Rowan tomó de su sangre. Tres bocados, su caninos punzantes contra su piel, y luego levantó la cabeza, sus labios brillando con su sangre, su ojos brillantes y vivos y llenos de acero.

No había palabras para hacer justicia a lo que pasó entre ellos en ese momento.

Maeve los salvó de tratar de recordar cómo hablar cuando ella susurró, —Ahora que han terminado de insultar, fuera. Todos ustedes. —Sus amigos se habían ido en un instante, el relleno fuera de la sombras, teniendo esos látigos miserables con ellos.



Celaena ayudó a Rowan a ponerse de pie, dejando que sane la herida en la muñeca mientras que el lazo entre ellos se entretejía, juntos. Hombro con hombro, ellos miraron a la reina hada por última vez.

Pero sólo había una lechuza blanca aleteando en la noche iluminada por la luna.



Se apresuraron a salir de Doranelle, sin parar hasta que encontraron una posada tranquila en un pequeño y medio olvidados pueblo, a kilómetros de distancia de la ciudad. Rowan ni siquiera se atrevía a pasar por su habitación para recoger sus pertenencias, y afirmó que no tenía nada que valiera la pena tomar, de todos modos. Sus amigos no vinieron tras ellos, no tratar de forzar ellos adiós mientras se deslizaban por el puente y en la noche velada tierras más allá. Después de horas de funcionamiento, Celaena se desplomó en la cama y se durmió como un tronco. Pero al amanecer, ella rogó a Rowan para recuperar sus agujas y tinta de su equipaje

Se bañó mientras preparaba lo que necesitaba, y ella se frotó a sí misma con sal gruesa en el pequeño cuarto de baño posada hasta que su piel brillaba. Rowan no dijo nada mientras caminaba de vuelta al dormitorio, casi no le dio más que una mirada mientras se quitaba la bata, desnuda hasta la cintura, y se puso boca abajo sobre la mesa de trabajo que había pedido. Sus agujas y tinta ya estaban en la mesa, las mangas se habían enrollado hasta los codos, y su pelo recogido espalda, haciendo que las líneas elegantes, brutales de su tatuaje aún más visible.

—Respiraciones profunda—, dijo. Ella obedeció, descansando sus manos bajo la barbilla mientras jugaba con el fuego, tejiendo sus propias llamas entre las brasas. — ¿Has tenido suficiente agua y comida?

Ella asintió con la cabeza. Había devorado un desayuno completo antes de entrar en el baño.

—Hazme saber cuándo tengas que levantarte—, dijo. Él le dio el honor de no adivinar su decisión o su advertencia de que el dolor se aproxima. En su lugar, le apartó la mano por su marcada espalda, un artista evaluando su lienzo. Corrió sus fuertes y callosos dedos a lo largo de cada cicatriz, probando, y su piel se erizó.

Entonces comenzó el proceso de elaboración de las marcas, la que servirían de guía para las horas venideras. Durante el desayuno, él ya había esbozado algunos diseños para su aprobación. Eran tan perfectos que era como si se hubiera alcanzado en su alma para encontrarlos. No la había sorprendido en absoluto.

La dejó utilizar la sala de baño cuando él había terminado con el esquema, y pronto estaba de nuevo boca abajo sobre la mesa, con las manos bajo la barbilla. —No te muevas de aquí en adelante. Estoy empezando.

Ella dio un gruñido de reconocimiento y mantuvo la mirada en el fuego, sobre las bra-



sas, como la calor de su cuerpo se movía sobre la de ella. Ella oyó su leve bocanada de aire, y el entonces...

El primer pinchazo ardía, dioses santos, con la sal y el acero, así es que le dolió. Ella apretó los dientes juntos, controlando, dándole la bienvenida a él. Para eso la sal en esta clase de tatuajes, Rowan le había dicho. Para recordar al portador de la pérdida. Bien, bien, ya que lo único que podía pensar era en el dolor a través de su espalda. Bien.

Y cuando Rowan hizo la siguiente marca, abrió la boca y comenzó sus oraciones.

Eran oraciones que debería haber dicho hace diez años: un torrente de palabras en la Antigua Lengua, diciendo a los dioses de la muerte de sus padres, la muerte de su tío, la muerte de Marion, cuatro vidas aniquiladas en esos dos días. Con cada picadura de aguja de Rowan, ella le suplicó a los inmortales sin rostro para tomar las almas de sus seres queridos en su paraíso y mantenerlos segura. Ella les dijo de su pena, les dijo a las buenas acciones y palabras cariñosas y valientes actos que habían realizados. Nunca hizo una pausa de más de un aliento, ella cantó las oraciones que se les debe como hija y amigo y heredero.

Para las horas que Rowan trabajó, sus movimientos cayeron en el ritmo de sus palabras, cantaron y cantaron. No habló, su mazo y agujas del tambor a su canto, tejiendo a conjunto de su trabajo. Él no le ofreciendo agua cuando su voz se volvió ronca, su garganta tan devastado que tenía que susurrar. En Terrasen ella cantaba desde el amanecer hasta la puesta del sol, de rodillas en la grava sin comida ni bebida o descanso. Aquí ella cantaría hasta que las marcas se realizaron, la agonía en su espalda la ofrenda a los dioses.

Cuando terminó tenía su espalda en carne viva y palpitante, y le tomó varios intentos para elevarse de la mesa. Rowan la siguió a la noche oscura de campo cercano, de rodillas con ella en la hierba, ella inclinó su rostro hacia la luna y cantó la canción final, el canto sagrado de su hogar.

Rowan no pronunció una palabra mientras ella cantaba, su voz rota y cruda. Permaneció en el campo con ella hasta el amanecer, tan permanente como las marcas en su espalda. Tres líneas de texto desplegado sobre sus tres cicatrices más grandes, la historia de su amor y la pérdida ahora escrito en ella: una línea para sus padres y tío; una línea para Lady Marion; y una línea para su corte y su gente.

En las cicatrices más pequeñas y más cortas, eran las historias de Nehemías y de Sam. Su amante muerto.

Ya no tendrían que estar encerrados en su corazón. Ya no tendría que avergonzarse.





Capítulo 61

*Traducido por Laura
Corregido por Rory Cáceres*

Los juegos de la Guerra comenzaron.

Aseguraron a todos los clanes del Ironteeth que tendrían tiempo para descansar el día anterior, en vez de exprimir al máximo el último minuto o desarrollar planes o estrategias.

Oficiales y ministros de Adarlan estuvieron llegando durante días, para monitorear los juegos desde lo más alto del Comillo Norte. Ellos informarían al Rey de Adarlan sobre cómo eran las brujas y sus monturas, y quién era el vencedor.

Hace semanas, después de que Abraxos llegase al Cruce, Manon volvió al Omega hacia las sonrisas y los aplausos. Su abuela no estaba presente, pero era algo que se esperaba. Manon no había conseguido nada; había hecho lo que se esperaba de ella.

No vio ni escuchó nada sobre el prisionero Crochan en las tripas de Omega, al igual que nadie parecía saber nada sobre ella. Tenía ganas, en cierto modo, de preguntarle a su abuela pero la Matrona no le ordenó nada y no estaba de humor para que la golpeasen de nuevo.

Estos últimos días se enfurecía mientras los clanes se cerraban, se mantenían dentro de sus propios pasillos y difícilmente se hablaban los unos a los otros. La unidad que habían mostrado la noche del cruce de Abraxos había desaparecido con la llegada de los juegos, reemplazada por siglos de competición y guerras de sangre.

Los juegos tuvieron lugar alrededor y entre dos colinas, incluyendo la más cercana al cañón, visible desde el Colmillo Norte. Cada uno de estos clanes tendría su cima más

alta cerca de la cumbre de la montaña, un nido literal de ramas grandes y pequeñas. En el centro de cada una había un huevo de cristal. Los huevos constituirían su victoria o su derrota. Cada clan tenía que capturar los huevos de los dos equipos enemigos, además de dejar atrás a alguien de su equipo para que protegiese su propio huevo.

El Clan ganador sería quien ganase posesión de los otros dos huevos al robarlos de sus nidos, dónde sus guardianes no pudiesen tocarlos o dónde fuese que los llevasen las fuerzas enemigas. Si un huevo se rompía, significaría la descalificación automática para quien sea que lo llevara.

Manon entregó su ligera armadura y su piel voladora. Llevaba metal en los hombros, muñecas y muslos, en cualquier lugar en el que pudiera alcanzarla una flecha o un dragón heráldico o que una daga enemiga pudiese cortarla. Estaba acostumbrada al peso y a la limitación de movimiento, al igual que Abraxos, gracias al entrenamiento al que obligó a los Blackbeaks a hacer estas últimas semanas.

Aunque estuviesen bajo las órdenes estrictas de no mutilar o matar, sí se les permitía llevar dos armas cada uno, así que Manon cogió la Cuchilla de Viento y su mejor daga. Las Sombras, Asterin, Lin y las gemelas demoníacas llevarían los arcos. Eran capaces de disparar a matar ahora desde sus dragones, habían ensayado en los cañones y habían rotado cada vez. Asterin se había pavoneado aquella mañana en el desordenado pasillo, sabiendo que era absolutamente letal como todo el infierno.

Cada clan llevaba trenzado tiras de cuero teñido a través de sus cejas, en negro, azul y amarillo, sus dragones heráldicos pintados con rayas similares en sus colas, cuellos, y a los lados. Cuando todos los aquelarres se suspendieron en el aire, se reunieron en los cielos, para presentarse todos a los hombres mortales de las montañas de debajo. Las Trece cabalgaron al frente de los aquelarres Blackbeak, manteniendo una línea perfecta.

—Necios, por no saber lo que han desatado— Asterin murmuró las palabras, llegaron a Manon en el viento. — Mortales necios y estúpidos.

Manon asintió en acuerdo.

Volaron en formación: Manon a la cabeza, Asterin y Vesta flanqueando detrás, luego tres filas de tres: Imogen enmarcados por los demonios de ojos verdes, Ghislaine flanqueadas por Kaya y Thea, las dos Sombras y Lin, además de Sorrel sola en la parte posterior. Un ariete, equilibrado y sin defectos, capaz de perforar a través de las líneas enemigas.

Si Manon no pudiese con ellos, entonces lo harían las espadas viciosas de Asterin y Vesta.

Si eso no los paraba, los seis en el medio eran una trampa mortal garantizada. La mayoría no lo lograría a llegar a las Sombras y Lin, quien sería quién fijase su aguda vista en los alrededores. O en Sorrel, guardando la retaguardia.

Se llevaban por delante a las fuerzas enemigas una por una, con las manos y los pies



y los codos con sus armas que hacían el trabajo de forma extraordinaria. El objetivo era recuperar los huevos, no matar a los otros, se recordó a sí misma y a Las Trece de nuevo. Y otra vez.

Los Juegos comenzaron con el repique de una campana poderosa en alguna parte del Omega. Los cielos entraron en erupción con alas y garras y gritos un latido más tarde.

Fueron al huevo Blueblood primero, porque Manon conocía a las Yellowlegs, iría hacia el nido Blackbeak, lo que hicieron inmediatamente. Manon señaló a sus brujas y un tercio de su fuerza volvió hacia atrás, cayendo detrás de las líneas de origen, para formar una pared sólida de dientes y alas para que los Yellowlegs la rompiesen.

Las Bluebloods, que probablemente habían hecho una planificación mínima a favor de todos sus diversos rituales y oraciones, enviaron sus fuerzas a las Blackbeaks así, para ver si las alas adicionales podrían atravesar la pared revestida de hierro. Otro error.

A los diez minutos, Manon y las Trece rodearon el nido y el cuidador de los Blueblood cedió su tesoro.

Hubo gritos y abucheos, no de Las Trece, que estaban con cara de piedra, los ojos brillantes, sino de los otros Blackbeaks, el tercio posterior de los cuales cansados, les rodearon, y se unieron a Manon y sus fuerzas para volver a acabar con los Blueblood y los Yellowlegs entre ellos.

Las brujas y sus dragones heráldicos volaron alto y bajo, pero esto era tanto para el espectáculo como lo fue para ganar, y Manon no les dio ni la más mínima ventaja mientras empujaban desde el frente y detrás, una antena tornillo de banco que tenían a los dragones casi tirando a sus jinetes por el pánico.

Esto, *esto* era para lo que había sido construido. Incluso las batallas que había librado en una escoba no habían sido tan rápidas, brillantes y mortales. Y una vez que se enfrentaron a sus enemigos, una vez que se añadieron en el arsenal de armas. . . Manon estaba sonriendo mientras colocaba el huevo Blueblood en el nido de Blackbeak en la cima de la montaña plana.

Momentos más tarde, Manon y Abraxos se deslizaban sobre la refriega, Las Trece volviendo desde atrás para reagruparse. Asterin, la único que se había mantenido cerca todo el tiempo, estaba sonriendo como un loco, y como su prima y su dragón heráldicos giraron más allá Colmillo del Norte y sus observadores se reunieron, la bruja de pelo dorado, se levantó de su silla y dio un salto corriendo justo al lado del ala.

La bruja Yellowlegs en el dragón de abajo no vio a Asterin hasta que aterrizó sobre ella, una mano en su garganta donde una daga hubiera estado. Incluso Manon jadeó de placer cuando la Bruja Yellowlegs levantó las manos en señal de rendición.

Asterin la soltó, levantando sus brazos para ser recogido en las garras de su propio dragón heráldico. Después de un haberse tirado y caído de forma terrible, Asterin volvió a su silla de montar, yendo picada hasta que estuvo de nuevo junto a Manon y Abraxos. Se volvió hacia el dragón heráldico azul de Asterin, para hacer un gesto juguetón, casi



seductor que provocó que la hembra se retuerza encantada.

Manon alzó las cejas a su segunda al mando.

—Has estado practicando, al parecer— Ella dijo.

Asterin sonrió. —No me he ganado el puesto de segunda al mando por estar sentado en mi trasero.

Entonces Asterin estaba descendiendo de nuevo, pero aún dentro de la formación, a un aleteo de distancia. Abraxos rugió, y Las Trece cayeron en formación alrededor de Manon, cuatro aquelarres flanqueándolos atrás.

Sólo tenían que capturar el huevo Yellowlegs y traerlo de vuelta al nido Blackbeak, y estaría hecho.

Esquivaron y dispararon sobre los aquelarres de combate, y cuando llegaron a la línea Yellowlegs, Las Trece se detuvieron arriba y retrocedieron, enviando a los otros cuatro aquelarres detrás de ellos, disparándose como una flecha, perforando una línea a través de la barrera que Las Trece atravesaron a continuación.

Más cercano al Colmillo del Norte, el nido Yellowlegs estaba rodeado por no tres, sino cuatro aquelarres, una buena parte de las huéspedes manteniéndose detrás de las líneas. Se levantaron del nido, no como unidades, sino como uno, y Manon sonrió para sí misma.

Corrieron hacia ellos, y las Yellowlegs esperaron, esperaron. . .

Manon silbó. Ella y Sorrel se fueron hacia arriba y hacia abajo, respectivamente, y su aquelarre se dividió en tres, exactamente como lo había practicado. Al igual que los miembros de una criatura, atacaron las líneas de los Yellowlegs. Donde cada aquelarre se había mezclado, ahora al lado de extraños y dragones heráldicos con los que nunca habían montado cerca antes. La confusión se agravó mientras Las Trece los dispersaron y los empujaron. Ordenes se gritaron, nombres eran gritados, pero el caos era absoluto.

Se estaban acercando al nido cuando cuatro aquelarres Blueblood aparecieron de la nada, dirigidos por Petrah en su montura, Keelie. Ella estuvo a punto de caer por el nido, que había sido abierto mientras los Blackbeaks y los Yellowlegs pelearon. Había estado esperando esto, al igual que un zorro en su madriguera.

Entró y Manon fue tras ella, jurando con saña. Un destello de color amarillo y un grito de furia, y Manon y Abraxos estaban aleteando de regreso, desviándose mientras Iskra pasaba junto al nido... y se chocó directamente contra Petrah.

Los dos herederos y sus dragines frenaron y cayeron de bruces, estrellándose en el aire, arañando y mordiendo. Los gritos se escucharon por la montaña y desde las brujas en el aire.

Manon jadeó, enderezando su cabeza que daba vueltas mientras Abraxos se estabilizó por encima del nido, girando hacia dentro para sellar su victoria. Ella estaba a punto de



empujarlo para bucear cuando Petrah gritó. No por furia, sino por dolor.

Un dolor agonizante, de los cuales Manon nunca había oído hablar, mientras el dragón heráldico de Iskra clavó sus mandíbulas en el cuello de Keelie.

Iskra dejó escapar un aullido de triunfo, y todo su montura le dió Keelie, tirando a Petrah de la silla de montar.

Ahora. Ahora era el momento de agarrar el huevo. Ella le dio un codazo Abraxos.

— *Ve*— dijo entre dientes, inclinándose, preparándose para la inmersión. Abraxos no se movió, pero se cernía, viendo Keelie luchar en vano, aleteando apenas las alas mientras Petrah gritaba de nuevo. Pidiéndole, rogándole a Iskra que se detuviese.

— ¡*Ahora*, Abraxos!— Ella le dio una patada con sus espuelas. Él volvió a negarse a sumergirse.

Entonces Iskra gritó una orden a su dragón... y la bestia soltó Keelie.



Hubo un segundo grito entonces, desde la montaña. Desde el Blueblood principal, gritando por su hija mientras ella se desplazaba hasta las rocas de abajo. Los demás Blueblood se giraron, pero estaban demasiado lejos, sus dragones muy lentos para evitar la caída fatal.

Pero Abraxos no lo era.

Y Manon no sabía si ella dio la orden o pensamiento, pero ese grito, esa madre gritando como nunca antes había oído antes, hizo que reaccionase. Abraxos lanzó una estrella fugaz con sus relucientes alas.

Condujo y condujo, por el dragón heráldico herido y la bruja que aún vivía y estaba sobre ella.

Keelie aún respiraba, Manon notó cuando se acercaron, el viento desgarrando su cara y su ropa. Keelie todavía respiraba, y luchando con todas sus fuerzas para seguir despierta. No para sobrevivir. Keelie sabía que moriría en cualquier momento. Estaba luchando por la bruja en su espalda.

Petrah se había desmayado, por el golpe en la silla de montar o por la pérdida de aire. Ella colgaba precariamente, incluso mientras Keelie luchaba con sus últimos latidos del corazón para mantener la caída lenta y suave.

Las alas del dragón se doblaron y ella gritó de dolor.

Abraxos se precipitó en las alas desplegadas pasando una vez y luego otra, el cañón apareciendo más rápido debajo. En el momento en que terminó el segundo deslizamiento, casi lo suficientemente cerca para tocar el cuero ensangrentado, Manon lo entendió.



No podía parar a Keelie, ella era demasiado pesada y él era demasiado pequeño. Sin embargo, podría salvar a Petrah.

Había visto a Asterin hacer ese salto, también. Tenía que llegar a la bruja inconsciente fuera de la silla.

Abraxos rugió Keelie, y Manon habría jurado que estaba hablando un idioma extranjero, bramando algunos comandos, mientras Keelie hacía una última batalla por su jinete y se nivelaba a toda máquina. Una plataforma de aterrizaje.

Mi Keelie, Petrah había dicho. Había sonreído mientras lo decía.

Manon se dijo a sí misma que era por la alianza. Que era para el espectáculo.

Pero todo lo que podía ver era el amor incondicional en los ojos de ese moribundo dragón heráldico morir mientras ella se desabrochó su arnés, se levantó de la silla y saltó hacia Abraxos.





Capítulo 62

Traducido por Melody

Corregido por Melody

Manon golpeó Keelie y la bestia gritó, pero se mantuvo firme cuando Manon tiró de sí misma contra el viento y en la silla donde Petrah colgaba. Sus manos estaban rígidas, sus guantes haciéndola incluso más torpe mientras cortaba con una cuchilla a través de los cueros, uno tras otro. Abraxos rugió su advertencia. La boca del cañón se aproximaba.

La oscuridad se apiade de ella.

Entonces Manon tenía Petrah libre, la heredera Blueblood era un peso muerto en sus brazos, su pelo azotando el rostro de Manon como mil cuchillas pequeñas. Ella ató una cuerda de cuero alrededor de sí misma y Petrah. Una vez. Dos veces. Ella ató, entrelazando sus brazos a través de Petrah. Keelie se mantuvo constante. Los labios del cañón comenzaban a cerrarse alrededor de ellos, sombra por todas partes. Manon bramó en el peso mientras se arrastró hasta la bruja de los estribos y la silla de montar.

La roca se precipitó pasando, pero una sombra borró el sol, y Abraxos se lanzó hacia ella, cayendo en picado, pequeño y elegante. Él era el único dragón heráldico al cual había visto alcanzar esa velocidad en el cañón.

—Gracias, — le dijo a Keelie y luego se arrojó junto con Petrah en el aire.

Cayeron por un instante, girando y cayendo demasiado rápido, pero luego Abraxos estaba allí, sus garras extendidas. Él las agarró, la banca a lo largo del lado del cañón y sobre el labio, el aumento en la seguridad del aire.

Keelie golpeó el suelo del cañón con un estrépito que se oyó a través de las montañas.

Ella no se volvió a levantar.



Las Blackbeaks ganaron los Juegos de Guerra, y Manon fue coronada Líder de Vuelo en frente de todas las brujas, por sudorosos hombres de Adarlan. La llamaron un héroe, y un verdadero guerrero, y más tonterías por el estilo. Pero Manon había visto la cara de su abuela cuando ella se había puesto Petrah abajo en la plataforma de observación. Había visto el disgusto.

Manon ignoró a la Matrona Blueblood, que había llegado en sus rodillas para darle las gracias. Ella ni siquiera vio Petrah cuando se la llevaron.

Al día siguiente, se rumoreaba, Petrah sería no levantarse de la cama. Dijeron que se había roto en su alma cuando Keelie murió.

Un desafortunado accidente provocado por dragones incontrolables, había afirmado la Matrona Yellowlegs, e Iskra había hecho eco. Pero Manon había oído la orden de matar a Iskra.

Ella podría haber llamado Iskra fuera, podría haber desafiado ella, si Petrah no había oído ese comando, también. La venganza era Petrah de reclamar.

Ella debería haber dejado que la bruja muriese, su abuela le gritó a ella esa noche como ella golpeó una y otra vez Manon por su falta de obediencia. La falta de brutalidad. La falta de disciplina.

Manon no se disculpó. No podía dejar de oír el sonido hecho cuando Keelie golpeó la tierra.

Y una parte de ella, quizás una parte débil e indisciplinado, no se arrepentía de garantizar que el sacrificio del animal no había sido en vano.

De todos los demás, Manon soportó los elogios sobre ella y aceptó elogios de queda jodido aquelarre le daba, sin importar su línea de sangre.

Líder de Vuelo. Ella dijo a sí misma, en silencio, mientras ella y Asterin, la mitad de Las Trece por detrás de ellas, se acercó al comedor, donde iba a ser la celebración que iba a tener lugar

La otra mitad ya estaban allí, explorando por delante de cualquier posible amenaza o trampa. Ahora que ella era la Líder de Vuelo, ahora que había humillado a Iskra, los otros serían aún más vicioso, para dejarla en el suelo y reclamar su posición.

La multitud lucía, sus alegres dientes de hierro brillando a su alrededor y cerveza real, cerveza fresca traída por esos hombres horribles de Adarlan, chapoteando en los vasos. Manon había un empujón en su mano, y Asterin tiró a la basura, bebió un sorbo y esperó un momento antes de que ella se lo devolvió.



—Ellos no están por encima de tu envenenamiento—, dijo su segunda al mando, guiñando un ojo mientras se abrían camino hacia el frente de la sala donde las tres Matronas estaban esperando. Esos hombres en los Juegos habían celebrado una ceremonia pequeña, pero esto era para las brujas, esto era para Manon.

Ella escondió su sonrisa cuando la multitud se abrió, dejando que ella pasara a través de esta.

Las tres Grandes Brujas estaban sentados en tronos improvisados, poco más que sillas ornamentadas que habían encontrado. La Matrona Blueblood sonrió hacia Manon pulsando dos dedos a la frente. La Matrona Yellowlegs, en el otro extremo, no hizo nada. Pero su abuela, sentada en el centro, sonrió débilmente.

La sonrisa de una serpiente.

—Bienvenida, Líder de Vuelo—, dijo su abuela, y un grito se elevó de las brujas, a excepción de Las Trece, que se quedó frías y silencioso. Ellos no tienen que animar, porque eran inmortal e infinito y gloriosamente, maravillosamente mortal.

— ¿Qué regalo le podemos dar, que corona le podemos otorgar, en honor a lo que has de hacer por nosotros?— Su abuela reflexionó. —Tienes una hoja fina, un aquelarre temible, —Las Trece se permitieron una pequeña sonrisa — ¿Qué más podemos darle que usted no posee?

Manon inclinó la cabeza. —No deseo nada, más que el honor que ya me han dado.

Su abuela se rió. — ¿Qué pasa con una nueva capa?

Manon se enderezó. No podía negarse, pero. . . este era su capa, la que siempre había sido.

—La que ya tienes luce un poco destartada, — su abuela continuó, agitando la mano a alguien en la multitud. —Así que este es nuestro regalo para usted, Líder de Vuelo: un reemplazo.

Hubo gruñidos y maldiciones, pero la multitud se quedó sin aliento, en el hambre, al ver el cabello castaño de la bruja encadenada que fue arrastrada hacia adelante por tres brujas Yellowlegs y obligada a doblar sus rodillas antes de Manon.

Si su cara rota, dedos rotos, laceraciones y quemaduras no revelaban lo que era, entonces el manto de color rojo sangre que llevaba si lo hizo.

La bruja Crochan, de ojos del color sólido de tierra recién labrada, miró a Manon. Cómo esos ojos eran tan brillantes a pesar de los horrores escritos en su cuerpo, como ella no se derrumbó allí mismo o se inclinó a pedir misericordia, Manon no lo sabía.

—Un regalo—, dijo su abuela, que se extiende una mano de hierro con punta hacia el Crochan. —Digno de mi nieta. Acaba con su vida y así obtén una capa nueva.

Manon reconoció el reto. Sin embargo, ella sacó su daga y Asterin se acercó, los un ojo



en la bruja Crochan.

Por un momento, Manon se quedó mirando a la bruja, su enemiga mortal. Las Crochans, ellas habían maldecido su tierra, las habían convertido en exiliadas eternas. Ellas merecían morir, todas y cada uno de ellas.

Pero no era su voz que decía esas cosas en la cabeza. No, por alguna razón, era su abuela.

—Cuando quieras, Manon—, su abuela arrulló.

Los labios de la bruja Crochan, sofocados, agrietados y sangrando, sonrieron cuando esta miro a Manon. —Manon Blackbeak, — susurró en lo que podría haber sido un acento no como tenía los dientes rotos y la garganta amoratada no lo pudo saber. —Te conozco.

— ¡Mata a la perra!— Una bruja gritó desde el fondo de la sala.

Manon miró a la cara de su enemiga y alzó las cejas.

— ¿Sabes cómo te llamamos?— La sangre brotó como los labios del Crochan peladas en una sonrisa. Ella cerró los ojos como si saboreándolo. —Nosotros te llamamos el Demonio Blanco. Tú estás en nuestra lista, la lista de todo los monstruos para matar a la vista si alguna vez nos encontramos con ellos. Y tú. . . —Ella abrió los ojos y sonrió, desafiante, furiosa. —Tú estás en la cima de esa lista. Por todo lo que has hecho.

—Es un honor—, dijo Manon al Crochan, sonriendo suficiente para mostrar sus dientes.

— ¡Cortarle la lengua!— grito alguien.

—Acaba con ella, — Asterin silbó.

Manon volcó la daga, inclinándola a hundirse en el corazón de la Crochan.

La bruja se echó a reír, pero se convirtió en una tos que tenía su agitado hasta que la sangre azul salpicado en el piso, hasta que las lágrimas se escapaban de sus ojos y Manon alcanzó a ver las profundas heridas infectadas, sobre su pecho. Cuando levantó la cabeza, la sangre manchando las comisuras de su boca, ella volvió a sonreír. —Mira todo lo que quieras. Mira lo que le hicieron a mí, sus hermanas. Todo este dolor de debe a que ellas sabían que aun al final, ellas no iban a poder romperme.

Manon miró fijamente, su cuerpo arruinado.

— ¿Sabes lo que es esto, Manon Blackbeak?—, Dijo la Crochan. —Porqué que lo hago. Les oí decir lo que hizo durante sus juegos.

Manon no estaba segura de por qué estaba dejando hablar a la bruja, pero no pudo haberse movido si quería.

—Esto—, dijo la Crochan para que todas lo oyeran, —es un recordatorio. Mi muerte, *mi asesinato* en sus manos, es un recordatorio. No para ellas, —ella respiró, fijando Manon con esa mirada marrón del color de la tierra. —Pero lo es para ti. Un recordatorio de lo



que tú puedes ser. Ellas son las que te *hacen* ser de esta manera.

— ¿Quieres saber el gran secreto Crochan?—, Continuó. — ¿Nuestra gran verdad que mantenemos alejadas de ustedes, en como guardamos nuestras vidas? No es donde nos escondemos, o cómo romper su maldición. Has sabido todo este tiempo cómo romperlo, lo han conocido durante quinientos años de tal manera que su salvación está solo en sus manos. No, nuestro gran secreto es que te compadezco.

Nadie estaba hablando ahora.

Pero la Crochan no bajó la mirada ante Manon y Manon no bajó la daga.

—Te compadezco, a ti y a cada una de ustedes. Por lo que les hacen a sus hijas. No nacen mal. Pero las obligan a matar y herir y odiar hasta que no quede nada dentro de ellas, de ustedes. Es por eso que estás aquí esta noche, Manon. Debido a la amenaza que supones para ese monstruo que llamas por abuela. La amenaza que tú planteas te cuando elegiste la misericordia y salvó la vida de tu rival. —Ella jadeó en busca de aire, las lágrimas fluyeron sin pudor cuando ella enseñó los dientes. —Ellas te han hecho un monstruos. *Te han hecho*, Manon. *Y nosotras nos compadecemos de ti*.

—Basta, — la Matrona dijo desde atrás. Pero toda la habitación se quedó en silencio, y Manon lentamente levantó los ojos a su abuela.

En ellos, Manon contempló una promesa de la violencia y el dolor que vendría si desobedecía.

Más allá de eso, no brillaba más que satisfacción. Como si la Crochan hubiese dicho la verdad, pero sólo la Matrona Blackbeak sabía que ella lo había hecho.

Los ojos de la Crochan seguían brillantes con un coraje que Manon no podía comprender.

—Hazlo, — susurró la Crochan. Manon se preguntó si alguien más entendido que no era un reto, sino una declaración de culpabilidad.

Manonladeó la daga de nuevo, darle la vuelta en su palma. Ella no miró el Crochan, o a su abuela, o a alguien cuando ella se apoderó de la bruja por el pelo y tiró la cabeza hacia atrás.

Y entonces la sangre de su garganta se derramo en el suelo.



Con las piernas colgando en el borde del acantilado, Manon estaba sentada en la cima de la meseta de uno de los picos de la montaña, con Abrazos tumbado a su lado, el cual se encontraba oliendo las flores nocturnas en un prado primaveral.

No había tenido más remedio que tomar la capa de la Crochan, para volcar la vieja por sobre el cuerpo una vez que este cayó, una vez que las brujas se reunían en torno este



para rasgar su parte.

Ellas te han convertido en un monstruo.

Manon miró dragón heráldicos, la punta de su cola que agita como la un gato. Nadie se había dado cuenta cuando salió de la celebración. Incluso Asterin estaba borracha con la sangre de la Crochan, y había perdido de vista Manon cuando esta se deslizó a través de la multitud. Ella se lo dijo Sorrel, sin embargo, que ella iba a ver Abraxos.

Y su tercera al mando, de alguna forma, la había dejado ir sola.

Habían volado hasta que la luna estaba alta y ya no podían oír los chillidos y graznidos de las brujas en el Omega. Juntos se sentaron en el último de los picos montañosos, y ella miraban a través de la extensión plana sin fin entre los picos y el mar occidental. En algún lugar ahí fuera, más allá del horizonte, era una casa que nunca había conocido.

Las Crochans eran mentirosas e insufriblemente sermoneras. La bruja probablemente había disfrutado dándole un poco de que hablar para la gran última batalla. *Sentimos lástima por ti.*

Manon se frotó los ojos y apoyó sus codos en sus rodillas, mirando a la caída que había por debajo.

Ella habría la habría dejado caer, sin pensarlo dos veces, de no haber sido por esa mirada en los ojos de Keelie mientras caían, luchando hasta con el último pedazo de su fuerza para salvar a Petrah.

O por las ala de Abraxos, abrigando a Manon en contra de la lluvia helada.

Los dragones heráldicos estaban destinados a matar y mutilar y sembrar el terror en los corazones de sus enemigos.

Y, sin embargo. . .

Y, sin embargo. Manon miró hacia el horizonte salpicado de estrellas, apoyando la cara en una brisa de primavera cálida y agradecida por este compañero sólido y constante descansando detrás de ella. Una sensación extraña, que la gratificaba por su existencia.

Luego estaba esa otra extraña sensación que empujó y tiró de ella, haciéndola volver a reproducir la escena en el comedor una y otra vez.

Nunca había conocido el pesar, de todos modos.

Pero ella lamentaba no saber el nombre de la Crochan. Se arrepintió de no saber de quién era el nuevo manto que estaba sobre sus hombros, a quién le había pertenecido hasta hoy, en donde había venido, cómo había vivido.

De alguna manera, a pesar de su larga vida había estado ausente durante diez años. . .

De alguna manera, aquel lamento la hizo sentirse increíble y terriblemente mortal.





Capítulo 63

*Traducido por Maaf
Corregido por Blue Anto*

Aedion dejó escapar un silbido y le ofreció a Chaol beber la botella de vino entre ellos sobre la azotea del departamento de Caelena. Chaol, no sintiéndose como para beber, sacudió la cabeza.

—Desearía haber estado ahí para verlo. — Lanzó a Chaol una sonrisa maliciosa. —Estoy sorprendido de que no me estés condenando por decir eso.

—Cualquiera que fueran las criaturas que envió el Rey con Narrok, no creo que fueran hombres inocentes, — dijo Chaol. —O realmente hombres en lo absoluto.

Ella lo había hecho, había hecho una declaración de tal manera que incluso días después, Aedion seguía celebrando. Silenciosamente, por supuesto.

Chaol había venido esta noche planeando decirle a Aedion y Ren lo que sabía del hechizo que el Rey había usado y como podrían destruirlo. Pero aún no lo había hecho. Todavía se preguntaba qué haría Aedion con ese conocimiento. Especialmente una vez Chaol se fuera a Anielle en tres días.

—Cuando llegue a casa, necesitas mantener un perfil bajo en Anielle, — dijo Aedion, tomando de la botella. —Una vez salga a la luz quién era ella en todos estos años.

Y saldría, Chaol lo sabía. Él ya estaba preparándose para sacar a Dorian y Sorscha fuera del castillo. Incluso si no habían hecho nada malo, ellos habían sido sus amigos. Si el Rey sabía que Celaena era Aelin, podría volverse tan mortal como si descubriera que Dorian tenía magia. Cuando ella regresara a casa, todo cambiaría.

Sí, Aelin volvería a casa. Pero no con Chaol. Ella volvería a Terrasen, con Aedion y Ren y la corte que se estaba reuniendo en su nombre. Ella volvería a casa para la guerra y baños de sangre y responsabilidad. Parte de él todavía no podía comprender lo que ella había hecho a Narrok, el grito de guerra que había emitido a través del mar. Él no podía aceptar esa parte de ella, tan sedienta de sangre e inflexible. Como Celaena, había sido difícil de tragar a veces, y él había tratado de ver por encima, pero como Aelin... Él sabía, desde el momento que se dio cuenta de quién era ella, que mientras Celaena siempre lo molestaba, Aelin no lo haría.

Y no sería Celaena Sardothien la que regresara a este continente. Haría falta tiempo, lo sabía, para que dejara de doler, para dejar ir. Pero el dolor no duraría para siempre.

—Hay algo...— Aedion apretó la mandíbula como debatiéndose en decir el resto. — ¿Hay algo que quieras que le diga o que le dé?— En cualquier momento, a cualquier hora, Aedion tendría que escapar a Terrasen y hacia su reina.

El Ojo de Elena era cálido en su cuello, y Chaol casi lo tomó. Pero no podía obligarse a mandarle ese mensaje, o a dejarla ir tan completamente, aún no. Así como no podía obligarse a decirle a Aedion acerca de la torre del reloj.

—Dile, — Chaol dijo silenciosamente, —que no tuve nada que ver contigo. Dile que casi ni hablaste conmigo. O a Dorian. Dile que estoy bien en Anielle, y que todos estamos a salvo.

Aedion estuvo callado tanto tiempo que Chaol se puso de pie para irse. Pero entonces el general dijo, — ¿Que hubieras dado a cambio, solo por verla de nuevo?

Chaol no pudo volverse mientras decía, —Eso ya no importa.



Sorscha descansó su cabeza en la parte suave entre el hombro y el pecho de Dorian, respirando su olor. Él ya dormía profundamente. Casi, ellos casi habían llevado las cosas al borde esta noche, pero ella había dudado de nuevo, de nuevo dejado que esa estúpida duda se deslizara cuando él le preguntó si ya estaba lista, y aunque ella quería decir sí, había dicho no.

Ella yacía despierta, con el estómago apretado y la mente corriendo. Había tanto que ella quería hacer y ver con él. Pero podía sentir al mundo cambiar, el viento cambiaba. Aelin Galathynius estaba viva. E incluso si Sorscha le daba todo a Dorian, las próximas semanas y meses serían exhaustivos para él sin tener que preocuparse por ella.

Si el Capitán y el Príncipe decidían actuar en su conocimiento, si la magia era liberada... sería un caos. La gente podría volverse loca por su súbito regreso de la misma forma que lo había hecho por su ida. Ella no quería pensar en que haría el Rey.

Y sin importar lo que ocurriera mañana, o la próxima semana, o el próximo año, ella



estaba agradecida. Agradecida con los dioses, con el destino, con ella misma por ser lo suficientemente valiente para besarlo esa noche. Agradecida por este pequeño fragmento de tiempo que le había sido dado con él.

Ella aún pensaba acerca de lo que el capitán había dicho todas esas semanas atrás, acerca de ser reina.

Pero Dorian necesitaba a una verdadera reina si quería sobrevivir a esto. Algún día, quizá, ella tendría que enfrentarse a la decisión de dejarlo ir por el bien común. Ella aún era callada, y pequeña. Si apenas y podía plantarse frente a Amithy, ¿Cómo podría esperar que peleara por su país?

No, ella no podía ser reina, porque había límites a su valentía, y a lo que podía ofrecer.

Pero por ahora... por ahora, ella podía ser egoísta un poco más.



Por dos días, Chaol continuo planeando un escape para Dorian y Sorscha, Aedion trabajando con él. Ellos no objetaron cuando él explico, e inclusive había una pequeña muestra de alivio en los ojos del Príncipe. Todos ellos se irían mañana, cuando Chaol se fuera a Anielle. Era la excusa perfecta para sacarlos del castillo: ellos querían acompañar a su amigo por un día o dos antes de despedirse de él. Él sabía que Dorian trataría de regresar a Rifthold, que tendría que pelear con él en eso, pero al menos ambos podían estar de acuerdo en que Sorscha tenía que escapar. Algunas de las pertenencias del mismo Aedion estaban ya en el departamento, donde Ren continuaba reuniendo recursos para ellos.

Por cualquier cosa. Chaol había entregado sus sugerencias formales para su reemplazo al Rey, y el anuncio sería dado mañana por la mañana. Después de todos estos años, toda esa planeación y esperanza y trabajo, él se iba. Él no había podido obligarse a dejar su espada a su reemplazo, como debía haberlo hecho. Mañana, solo tenía que pasar por el día de mañana.

Pero no había manera que Chaol pudiera prepararse para la citación que recibió del Rey de Adarlan a reunirse con él en su sala del consejo privado. Cuando llegó, ya estaba Aedion en el interior, rodeado de quince guardias que Chaol no reconoció, todos con esas túnicas con el dragón heráldico real bordado con hilo negro.

Y el Rey de Adarlan sonreía.



Dorian escuchó en cuestión de minutos que Aedion y Chaol habían sido citados al salón del consejo privado de su padre. Tan pronto como lo escucho, él corrió, no hacia Chaol, sino por Sorscha.



Casi colapsa de alivio cuando la encontró en su taller. Pero reunió fuerzas en sus rodillas mientras cruzaba la habitación en unas cuantas zancadas y el tomo su mano. —Nos vamos. Ahora. Tú saldrás del castillo en este instante, Sorscha.

Ella se echó para atrás. — ¿Qué pasa? Dime, ¿qué...

—Nos vamos, *ya*, — él jadeó.

—Oh, yo no lo creo, — alguien ronroneó desde la puerta abierta.

Él se volvió para encontrar a Amithy, la vieja sanadora, parada ahí, de brazos cruzados y sonriendo sutilmente.

Dorian no pudo hacer nada mientras media docena de guardias desconocidos aparecieron detrás de ella y dijo, —El Rey quiere verlos a ambos en sus aposentos. Inmediatamente.





Capítulo 64

*Traducido por Marina
Corregido por FranH*

En la sala del consejo en la parte superior del castillo de cristal, Aedion ya había señalado las salidas y considerado que muebles podía usar como defensa o como arma. Se habían llevado su espada cuando fueron a buscarle a sus aposentos, sin embargo no lo habían encadenado. Un error mortal. El Capitán tampoco estaba encadenado, de hecho, los idiotas le habían dejado armado. El Capitán estaba haciendo todo lo posible para parecer vagamente confundido mientras el Rey los observaba desde su trono de cristal.

—Que interesante se ha vuelto esta noche. Que información tan interesante me han traído mis espías— dijo el Rey, mirando de Aedion a Chaol, a Dorian y su mujer.

—Mi más hábil general es encontrado merodeando por Rifthold al anochecer tras gastar gran cantidad de mi oro en fiestas a las que ni se molesta en acudir. Y de alguna manera se ha, a pesar de años de animosidad, hecho amigo de mi Capitán de la Guardia. Mientras mi hijo— Aedion no envidió la sonrisa que el Rey le dio al Príncipe Heredero —ha estado aparentemente saliendo con la chusma. Otra vez.

Para su asombro, Dorian gruñó y dijo —Cuida tus palabras, Padre.

— ¿Oh?—El Rey levantó una gruesa ceja con cicatrices. —Sé de buena fuente que estabas planeando huir con esta curandera. ¿Por qué harías algo así?

La garganta del Príncipe se movió, pero mantuvo su cabeza alta. —Porque no puedo soportar el pensamiento de ella pasando otro minuto en este tugurio putrefacto al que llamas corte —Aedion no pudo evitar admirarle por ello, por no ceder hasta que el Rey

mostró la mano. Chico listo, un chico valiente. Pero podía no ser suficiente para sacarlos de ahí vivos.

—Bien— dijo el Rey. —Yo tampoco.

Él agitó la mano, y antes de que Aedion pudiera ladrar una advertencia, los guardias separaron al Príncipe y a la chica. Cuatro retenían a Dorian y dos forzaron a Sorscha a arrodillarse con una patada detrás de las rodillas.

Ella gritó cuando golpeó el mármol, pero se quedó en silencio, la sala entera se quedó en silencio, cuando un tercer guardia sacó una espada y la posicionó suavemente detrás de su delgado cuello.

—No te atrevas— gruñó Dorian.

Aedion miró a Chaol, pero el Capitán estaba congelado. Esos no eran sus guardias. Sus uniformes eran de esos hombres que habían cazado a Ren. Tenían los mismos ojos muertos, la misma vileza, que había hecho que no se arrepintiera de matar a sus colegas en el callejón. Él había derribado esa noche a seis sin apenas daño alguno ¿A cuántos podría matar ahora? Su mirada se encontró con la del Capitán, y este echó un vistazo al guardia que tenía la espada de Aedion. Ese sería uno de sus primeros movimientos, darle a Aedion una espada así podría luchar.

Porque ellos iban a luchar. Ellos lucharían hasta salir de esto, o hasta morir.

El Rey dijo a Dorian —Yo elegiría mis próximas palabras con cuidado, Príncipe.



Chaol no podía empezar la lucha, no con esa espada apoyada en el cuello de Sorscha. Ese era su primer objetivo: conseguir sacar a la chica con vida. Después a Aedion. A Dorian, el Rey no lo mataría, no aquí, no de esta forma. Pero Aedion y Sorscha tenían que huir. Y eso no podría ocurrir hasta que el Rey echara a la guardia. Justo entonces Dorian habló.

—Déjala ir y te lo contaré todo—Dorian dio un paso adelante hacia su padre, con las palmas hacia arriba — Ella no tiene nada que ver con, lo que sea que esto sea. Con lo que sea que crees que ha pasado.

— ¿Pero tú sí?— El Rey todavía estaba sonriendo. Había un pequeño trozo grabado y redondo de una familiar piedra negra apoyado en una pequeña mesa al lado del Rey. Desde la distancia, Chaol no podía ver qué era, pero a pesar de todo se le revolvió el estómago. —Cuéntame, *hijo*: ¿Por qué estaban el General Ashryver y el Capitán Westfall reuniéndose estos meses?

—No lo sé.

El Rey chasqueó su lengua, y el guardia levantó su espada para el golpe. Chaol dio un



paso adelante cuando Sorscha contuvo el aliento.

— ¡No, para!— Dorian estiró una mano.

—Contesta la pregunta entonces.

— ¡Lo he hecho! ¡Bastardo, lo *he hecho*! ¡No sé por qué estaban reuniéndose!

La espada del guardia seguía alzada, lista para caer antes de que Chaol pudiera moverse una pulgada.

— ¿Sabes que ha habido un espía en mi castillo desde hace algunos meses, Príncipe? ¿Alguien proporcionando información a mis enemigos y maquinando contra mí con un conocido líder rebelde?

Mierda. *Mierda*. Se tiene que referir a Ren, el Rey sabía quién era Ren, envió a esos hombres a buscarlo hasta dar con él.

— Sólo dime quién, Dorian, y puedes hacer lo que desees con tu amiga.

El Rey no lo sabía, entonces, si era él o Aedion o los dos quienes habían estado reuniéndose con Ren. Él no sabía cuánto habían aprendido sobre sus planes, su control sobre la magia. Aedion estaba de alguna forma manteniendo la boca cerrada todavía, de alguna forma estando listo para la batalla.

Aedion, que había sobrevivido durante tanto tiempo sin esperanza, manteniendo unido su reino lo mejor que pudo... quien no volvería a ver a la reina que tan fieramente amaba. Él se merecía encontrarse con ella, y ella se merecía tenerle sirviendo en su corte.

Chaol respiró, preparándose para las palabras que le condenarían.

Pero fue Aedion quien habló.

— ¿Quieres un espía? ¿Quieres un traidor?— el general dijo arrastrando las palabras, y tiró su réplica del anillo negro al suelo. —Entonces aquí estoy. ¿Quieres saber por qué el Capitán y yo estábamos reuniéndonos? Fue porque el estúpido de tu bastardo Chico-Capitán descubrió que había estado trabajando con uno de los rebeldes. Él ha estado meses chantajeándome por información para dar a su padre y ofrecérsela a usted cuando el Señor de Anielle necesitara un favor. ¿Y sabe qué?— Aedion sonrió a todos, la encarnación del Lobo del Norte. Si el Rey estaba sorprendido por el anillo, no lo mostró —Todos vosotros monstruos pueden arder en el infierno. Porque mi reina está llegando, y ella los clavará en las paredes de vuestro condenado castillo. Y no puedo esperar a ayudarla a destriparos como los cerdos que sois— Escupió a los pies del Rey, justo encima del falso anillo que había parado de rebotar.

Fue impecable, la rabia y la arrogancia y la victoria. Pero mientras los miraba de arriba abajo a ambos, el corazón de Chaol se rompió.

Porque por un parpadeo, justo cuando esos ojos turquesa se encontraron con los suyos, no había nada de esa rabia o triunfo. Sólo un mensaje para la reina que Aedion



nunca podría ver. Y no había palabras para transmitirlo, el amor y la esperanza y el orgullo. La pena de no conocerla como la mujer en la que se había convertido. El regalo que Aedion pensaba que estaba ofreciéndole al salvar la vida de Chaol.

Chaol asintió ligeramente, porque entendió que no podía ayudar, no en este punto, no hasta que esa espada fuera retirada del cuello de Sorscha. Después lucharía, y aun podría sacarlos vivos.

Aedion no forcejeó cuando los guardias pusieron grilletes alrededor de sus muñecas y tobillos.

—Siempre me he preguntado por ese anillo— dijo el rey — ¿Fue la distancia, o alguna fuerza verdadera del espíritu que te hizo insensible a sus sugerencias? Pero a pesar de todo, estoy muy agradecido de que confesaras tu traición, Aedion— Él habló con un pausado y prudente júbilo —Tan agradecido de que lo hicieras delante de todos estos testigos, también. Hará que tu ejecución sea mucho más fácil. Sin embargo creo que...—El rey sonrió y miró al falso anillo negro. —Creo que esperaré. Quizás un mes o dos. Solo en caso de que a alguien se le meta en la cabeza que puede rescatarte.

Aedion gruñó. Chaol reprimió su propia reacción. Quizás el Rey nunca había tenido nada contra ellos, quizás esto solo había sido una estratagema para hacer que Aedion confesara algo, porque el Rey sabía que el general ofrecería su propia vida en lugar de la de alguien inocente. El Rey quería saborear esto, saborear la trampa que acababa de ponerle a Aelin, incluso si le costaba un buen general en el proceso. Porque una vez ella escuchara que Aedion había sido capturado, una vez que supiera la fecha de ejecución... ella correría a Rifthold.

—Después de que ella venga a por ti— Aedion prometió al Rey —tendrán que raspar de la pared lo que quede de ti.

El Rey sólo sonrió. Luego miró a Dorian y a Sorscha, quien parecía estar respirando trabajosamente. La curandera seguía en el suelo y no levantó la cabeza cuando el rey puso sus antebrazos en sus rodillas y dijo, —Y ¿qué tienes que decir tú, chica?

Ella tembló, negando con su cabeza.

—Es *suficiente*— espetó Dorian, sudor brillando en su frente. El Príncipe se contrajo de dolor cuando su magia fue reprimida por el hierro en su sistema. —Aedion confesó, ahora déjala ir.

— ¿Por qué debería liberar a la verdadera espía en este castillo?

Sorscha no podía parar de temblar mientras el Rey hablaba.

Todos los años permaneciendo invisible, todo su entrenamiento, primero de aquellos rebeldes en Fenharrow, luego los contactos que habían mandado a su familia en Rifthold... todo arruinado.

—Unas cartas muy interesantes las que le mandabas a tu amiga. En realidad, yo nunca



las habría leído— dijo el Rey —si no hubieras dejado una en la basura para ser encontrada por tu superior. Ves, vosotros los rebeldes tenéis vuestros espías, y yo tengo los míos. Y tan pronto como decidiste empezar a usar a mi hijo... — Ella podía sentir el Rey sonriéndole — ¿Cuántos de sus movimientos le has comunicado a tus amigos rebeldes? ¿Qué secretos míos has desvelado durante los años?

—Déjala en paz —gruñó Dorian. Era suficiente para hacerla llorar. Él todavía pensaba que ella era inocente.

Y quizás, quizás él podría conseguir salir de esto si él estuviera lo suficientemente sorprendido por la verdad, si el Rey viera la conmoción y el odio de su hijo.

Así pues Sorscha levantó su cabeza, incluso cuando su boca temblaba, incluso cuando sus ojos ardían, y clavó la vista en el Rey de Adarlan.

—Tú destruiste todo lo que tenía, y te mereces todo lo que está por venir— dijo ella.

Luego miró a Dorian, cuyos ojos estaban muy abiertos, su cara pálida como el hueso— No se suponía que debía amarte. Pero lo hice. Lo hago. Y hay demasiado que desearía... que desearía que hubiéramos hecho juntos, visto juntos.

El príncipe se limitó a mirarla, a continuación caminó hasta los pies del estrado y se dejó caer de rodillas —Nombra tu precio —le dijo a su padre —Pídemelo a mí, pero déjala ir. Exíliala. Destiérala. Lo que sea. Dilo, y será hecho.

Ella empezó a negar con su cabeza, intentando encontrar las palabras para decirle que ella no lo había traicionado, no a su Príncipe. Al Rey, sí. Ella había comunicado sus movimientos durante años, en cada carta cuidadosamente escrita para su “amiga”. Pero nunca a Dorian.

El Rey miró a su hijo durante un largo momento. Miró al capitán y a Aedion, tan callado y tan alto—El faro de esperanza para su futuro.

A continuación miró de nuevo a su hijo, de rodillas delante del trono, de rodillas por ella, y dijo —No.

—No.

Chaol pensó que no la había escuchado, la palabra que cortó el aire justo antes de que la espada del guardia lo hiciera.

Un golpe de esa poderosa espada.

Eso fue todo lo que se necesitó para cortar la cabeza de Sorscha.

El grito que salió de Dorian fue el peor sonido que Chaol había oído en su vida. Peor incluso que el húmedo, y pesado golpe de la cabeza golpeando el mármol rojo.

Aedion empezó a gritar, a gritar y a maldecir al Rey, forcejeando contra sus cadenas, pero los guardias lo arrastraron lejos, y Chaol estaba demasiado aturdido para hacer algo



más que contemplar cómo el resto del cuerpo de Sorscha caía al suelo. Y luego Dorian, todavía gritando, estaba arrastrándose a través de la sangre hacia ella, hacia la cabeza, como si él pudiera ponerla de nuevo.

Como si él pudiera unirla de nuevo.





Capítulo 65

*Traducido por Jeanna
Corregido por Melody*

Chaol no había sido capaz de mover un músculo desde que el guardia cortó la cabeza de Sorscha al momento Dorian, todavía de rodillas en un charco de su sangre, dejó de gritar.

—Eso es lo que espera a los traidores—, dijo el Rey a la habitación en silencio.

Y Chaol miró al Rey, a su amigo destrozado, y desenvainó la espada.

El rey puso los ojos. —Guarda tu espada, Capitán. No tengo ningún interés en sus travesuras nobles. Usted ira a casa de su padre mañana. No deje este castillo en desgracia.

Chaol mantuvo la espada desenvainada. —No voy a ir a Anielle—, gruñó. —Y yo no te voy a servir un momento más. Hay un verdadero rey en esta habitación, que siempre ha habido. Y él no está sentado en el trono.

Dorian se puso rígido.

Pero Chaol continuó. —Hay una reina en el norte, y ella ya le ha golpeado una vez. Ella le ganará a usted otra vez. Y otra vez. Porque lo que ella representa, y lo que su hijo representa, es lo que más teme: la esperanza. No se puede robar, no importa cuántos de sus hogares destruya y esclavice. Y no se puede romper, no importa cuantas de muerte hayan.

El Rey se encogió de hombros. —Tal vez. Pero tal vez pueda comenzar con usted. —Movi6 los dedos a los guardias. —Mátalo, también.

Chaol volvió a los guardias detrás de él y se agachó, listo para pelear un camino para sí mismo y Dorian.

Entonces una ballesta se rompió y se dio cuenta de que había habido otros en la habitación, escondido detrás de sombras increíblemente gruesas.

Sólo tenía tiempo suficiente para girar, para ver el cerrojo disparar por él con una precisión mortal.

Sólo el tiempo suficiente para ver los ojos de Dorian se ensanchaban, y toda la habitación sumergirse en hielo.



La flecha se congeló pleno vuelo y cayó al suelo, rompiéndose en un centenar de piezas.

Chaol miró a Dorian en mudo horror como los ojos de su amigo brillaron de un azul furioso abismo, y el Príncipe gruñó al Rey, —No lo toques.

El hielo se extendió por la habitación, hasta las piernas de los guardias sorprendidos, congelando sobre la sangre de Sorscha, y Dorian se puso en pie. Alzó las dos manos, y la luz brilló a lo largo de los dedos, una brisa fría azotando su cabello.

—Sabía que lo tenías, muchacho — el Rey comenzó, a ponerse derecho, pero Dorian echó una mano y el Rey se vio azotado en su silla por una ráfaga de viento helado, rompiendo la ventana detrás de él. Viento rugió en la habitación, ahogando todo el sonido.

Todo sonido, excepto las palabras de Dorian cuando se dirigió a Chaol, sus manos y ropa empapada con la sangre de Sorscha. —Corre. Y cuando vuelvas. . . —El Rey estaba poniéndose en pie, pero otra ola de magia de Dorian se estrelló contra él, derribándolo. Hubo lágrimas manchando las mejillas sangrientas de Dorian ahora. —Cuando vuelvas, — el Príncipe dijo:—quema este lugar hasta los cimientos.

Una pared de crepitante negro se precipitó hacia ellos desde detrás del trono. —Ve, — Dorian ordenó, volviéndose hacia la embestida del poder de su padre.

Luz explotó de Dorian, bloqueando la ola, y sacudió el castillo entero.

La gente gritaba, y las rodillas de Chaol se doblaron. Por un momento, debatió tomar una postura con su amigo, allí mismo.

Pero él sabía que esto había sido la otra trampa. Uno para Aedion y Aelin, uno para Sorscha. Y éste, éste para extraer el poder de Dorian.

Dorian lo había sabido, también. Sabido, y todavía entro para que Chaol pudiera escapar, para encontrar Aelin y contarle lo que había sucedido hoy aquí. Alguien tenía que salir. Alguien tenía que sobrevivir.



Él miró a su amigo, quizá por última vez, y dijo lo que él siempre había sabido, desde el momento en que se conocieron, cuando él había entendido que el Príncipe era su hermano en el alma. —Te amo.

Dorian se limitó a asentir, con los ojos todavía ardiendo, y levantó las manos de nuevo hacia su padre. Hermano. Amigo. Rey.

Cuando otra ola de poder del Rey llenó la habitación, Chaol empujó a través de los guardias todavía congelados y huyó.



Aedion sabía que todo se había ido al infierno cuando el castillo se estremeció. Pero ya estaba en camino a las mazmorras, obligado desde la cabeza a los pies.

Había sido una elección tan fácil de hacer. Cuando el Capitán había estado a punto de asumir la responsabilidad de los dos, había pensado solamente en Aelin, lo que haría con ella si su amiga murió. Aunque nunca llegó a verla, que era todavía mejor que tener que enfrentarse a ella cuando explicara que el capitán estaba muerto.

Por el sonido de la misma, parecía que el Príncipe estaba proporcionando una distracción por lo que el Capitán podía huir, y porque no había manera en el infierno que el Príncipe iba a dejar que su padre quede impune de la muerte de esa mujer. Así Aedion Ashryver se dejó conducir en la oscuridad.

No se molestó con oraciones, para sí o para el Capitán. Los dioses no le habían ayudado estos últimos diez años, y ellos no lo iban a salvar ahora.

No le importaba morir.

Aunque todavía deseó haber tenido la oportunidad de verla, sólo una vez.



Dorian se estrelló contra el suelo de mármol, donde el charco de sangre de Sorscha ahora se había derretido.

A pesar que su padre envió una onda cegadora, ardiente poder negro estrellándose contra él, llenando su boca y sus venas; incluso mientras gritaba, lo único que podía ver era ese momento, cuando la espada cortó la carne y el tendón y el hueso. Aún podía ver sus grandes ojos, su pelo brillando en luz, como él, también, se rompió.

Tendría que haberla salvado. Había sido tan repentino.

Pero cuando la flecha se había disparado a Chaol. . . esa era la muerte que no podía soportar. Chaol lo había sacado de línea, y Dorian estaba de su lado. Chaol lo había llamado su Rey.



Revelando así su poder a su padre no lo asustaron.

No, para salvar a su amigo, morir no le asustaba ni un poco.

La explosión de la energía retrocedió, y Dorian se quedó jadeando en las piedras. Se había quedado sin nada.

Chaol había escapado. Era suficiente.

Extendió un brazo hacia el lugar donde yacía el cuerpo de Sorscha. Su brazo quemado, tal vez estaba roto, o tal vez fue el poder de su padre aun le marcaba, pero no obstante llegó a ella.

En el momento en que su padre se puso sobre él, se las había arreglado para mover la mano unos centímetros.

—Hazlo, — dijo: Dorian con voz áspera. Se ahogaba en la sangre y los dioses lo sabían.

—Oh, yo no lo creo—, dijo su padre, cavando un rodillazo en el pecho. —No va a ser la muerte para ti, mi hijo superdotado.

Había algo oscuro y brillante en las manos de su padre.

Dorian luchó como el infierno contra los guardias fijando ahora sus brazos, tratando de arrastrar cualquier gramo de energía cuando su padre trajo el collar de piedra de Wyrđ hacia su cuello.

Un collar, como los usados por esas cosas Chaol había dicho que estaban en las Islas muertas.

No, no.

Él estaba gritando eso, gritando porque él había visto esa criatura en las catacumbas, y se enteró de lo estaban haciendo con Roland y Kaltain. Había visto lo que un simple anillo podría hacer.

Este era un collar entero, sin ojo de la cerradura visible. . .

—Sujetadlo, —su padre ladró, cavando su rodilla más profundo.

El aliento fue succionado de su pecho, y sus costillas gimieron en agonía. Pero no había nada que Dorian pudiera hacer para detenerlo.

Él arrancó el brazo libre de uno de los guardias. Sólo había tocado la mano inerte de Sorscha cuando la piedra fría se apoderó de su garganta, se oyó un clic y débil siseo, y la oscuridad barrió a despedazarlo.



Chaol corrió. No tenía tiempo para tomar cualquier cosa excepto lo que tenía sobre él, mientras corría como el infierno para los cuartos de Dorian. Ligera estaba esperando, como lo había estado toda la noche, y él la levantó por encima del hombro y la arrastró a la habitación de Celaena en el pasadizo secreto. Abajo y abajo se fueron, el perro inusualmente obedeció.

Tres explosiones sacudieron el castillo, sacudiendo el polvo de las piedras de encima. Siguió corriendo, sabiendo que cada explosión significaba que Dorian estaba vivo un poco más, y temiendo el silencio por venir.

Esperanza, era lo que llevaba consigo. La esperanza de un mundo mejor que Aedion y Sorscha y Dorian habían sacrificado así mismos por ello.

Hizo una parada, con Ligera todavía aún sujeta por encima del hombro.

Con una oración silenciosa a los dioses por su perdón, Chaol se precipitó en la tumba para agarrar a Damaris, empujando la hoja sagrada en el cinturón y el relleno de unos puñados de oro en los bolsillos de su capa. Y aunque la aldaba en forma de cráneo no se movía, le dijo Mort precisamente donde estaría. —Sólo en caso de que ella regrese. En caso. . . en caso de que ella no lo sepa.

Mort permaneció inmóvil, pero Chaol tenía la sensación de que había estado escuchando todo, lo mismo que él agarró la bolsa que contenía los libros de magia de Dorian y Celaena y huyó al paso que lo llevaría hasta el túnel del alcantarillado. Unos minutos más tarde, él estaba levantando la reja de hierro pesada sobre el arroyo de alcantarillado. En el exterior estaba totalmente oscuro y en silencio.

Como él, Ligera exhaló de nuevo en sus brazos para hacer pivotar a ambos alrededor de la pared y en la orilla del arroyo más allá, el castillo quedó en silencio. Hubo gritos, sí, pero el silencio se escondían debajo de ellos. No quería saber si Dorian estaba vivo o muerto.

Él no podía decidir qué era peor.



Cuando Chaol llegó al apartamento oculto, Ren se paseaba. — ¿Dónde está...

Había sangre en él, se dio cuenta. El rocío del cuello de Sorscha. Chaol no sabía cómo encontró las palabras, pero le dijo a Ren lo que había sucedido.

— ¿Así que sólo estamos nosotros? — Ren preguntó en voz baja. Chaol asintió. Ligera estaba husmeando en el apartamento, después de haber hecho su inspección y decidió que Ren no valía la pena para comer, incluso después de que Ren había protestado que el perro podría llamar demasiado la atención. Ella se quedaba; algo que era innegociable.

Un músculo emplumó en la mandíbula de Ren. —Entonces nos encontramos con una manera de liberar Aedion. Lo antes posible. Tú y yo. Entre su conocimiento del castillo y



mis contactos, podemos encontrar un camino—. Luego susurró, —¿Dijiste que la mujer de Dorian fue, era una sanadora?— Cuando Chaol asintió, Ren parecía que estaba a punto de vomitar, pero él preguntó, —¿Se llamaba ella Sorscha?—

—Tú eras el amigo al que enviaba esa cartas— Chaol respiraba.

—Yo seguía presionando su información, seguí. . . —Ren se cubrió la cara y dio un suspiro tembloroso. Cuando sus ojos por fin se reunieron con los de Chaol, que eran brillantes. Poco a poco, Ren le tendió una mano. —Tú y yo, vamos a encontrar una manera de liberarlos. Tanto Aedion y a tu Príncipe.

Chaol no dudó mientras agarraba la mano extendida del rebelde.





Capítulo 66

*Traducido por Meeny
Corregido por Flor M.*

—Morath —dijo Manon, preguntándose si había escuchado bien—. ¿Para luchar?

Su abuela se apartó de la mesa, con los ojos destellantes. —Para servirle al duque, justo como ordenó el Rey. Él quiere a la Líder de Vuelo en Morath con la mitad del grupo listo para volar en cualquier momento. Los otros se quedarán aquí bajo las órdenes de Iskra, para vigilar el norte.

— ¿Y tú... en dónde estarás?

Su abuela siseó. —Haces muchas preguntas ahora que eres Líder de Vuelo.

Manon inclinó su cabeza. Ellas no habían hablado del Crochan. Manon había captado el mensaje: la próxima vez, sería una de Las Trece de rodillas. Así que ella mantuvo la cabeza baja mientras decía—: Sólo pregunto porque no me separaré de ti, Abuela.

—Mentirosa. Y patética. —Su abuela se volvió hacia el escritorio—. Debo quedarme aquí, pero iré a Morath durante el verano. Tenemos trabajo que terminar aquí.

Manon levantó su barbilla, su nueva túnica roja se agrupaba alrededor de ella, y preguntó—: ¿Y cuándo volaríamos a Morath? Su abuela sonrió y sus dientes de hierro brillaron.

—Mañana.



Incluso bajo el manto de oscuridad, la cálida brisa primaveral estaba llena de pasto fresco y nieve, ríos derretidos, sólo interrumpido por el sonido retumbante de las alas mientras Manon llevaba el grupo al sur, a lo largo de Colmillo.

Se mantuvieron a la sombra de las montañas, intercambiando posiciones y sumergiéndose fuera de la vista para prevenir que alguien pudiera hacer una cuenta exacta de cuántos eran. Manon suspiró por la nariz, y el viento se llevó el sonido, justo como hacía ondear su larga capa roja detrás de ella.

Asterin y Sorrel la flanquearon, silenciosas como el resto del aquelarre durante las largas horas que habían volado montaña abajo. Cruzarían Oakwald cuando las montañas de Morath estuvieran más cerca, luego se elevarían sobre la cubierta de la línea de nubes durante el resto del viaje. Invisibles y tan callados como fuera posible, así era cómo el Rey quería que llegaran a la montaña fortaleza del duque. Bajaron por Colmillo, volando toda la noche, veloces y elegantes como las sombras, y la tierra debajo tembló a su paso.

La cara de Sorrel parecía estar hecha de piedra, mientras monitoreaba los cielos a su alrededor, pero Asterin sonreía ligeramente. No era una sonrisa salvaje, o una que prometía muerte, sino una sonrisa calmada. De estar volando y rozando las nubes. Donde pertenecían las Blackbeak. A donde pertenecía Manon.

Asterin captó su mirada y sonrió aún más, como si no hubiera un sin número de brujas volando detrás de ellas y Morath yaciendo al frente. Su prima volvió su cara hacia el viento, respirándolo, exultante.

Manon no se permitió saborear esa hermosa brisa o abrirse a esa alegría. Tenía trabajo que hacer; todos lo tenían. A pesar de lo que el Crochan había dicho, Manon no había nacido con un corazón o un alma. No los necesitaba.

Una vez que lucharan la guerra del Rey, cuando sus enemigos estuvieran sangrando a su alrededor... sólo entonces viajarían para reclamar su destrozado reino.

Y ella por fin se iría a casa.





Capítulo 67

Traducido por Meeny

Corregido por FranH

El sol naciente manchaba el Río Avery de color oro mientras los hombres cubiertos entraban a un estropeado muelle en los barrios bajos. Los pescadores esperaban el día, los juerguistas trastabillaban por la noche, y Rifthold seguía durmiendo, ignorante de lo que había sucedido la noche anterior.

El hombre sacó una encantadora espada, su pomo en forma de águila relucía con la primera luz del amanecer. Se quedó mirando la espada durante largo rato, pensando en todo lo que una vez había personificado. Pero había una espada nueva en su costado, la espada de un antiguo rey, de una época en que los buenos hombres habían servido a gobernantes nobles y el mundo había prosperado debido a esto.

Él vería a ese mundo renacer, incluso si le costaba su último aliento. Incluso aunque ahora no tuviese nombre, puesto o título; salvo Rompedor de juramentos, Traidor, Mentiroso.

Nadie se dio cuenta cuando la espada fue arrojada al río, su empuñadura atrapando el sol y ardiendo como fuego dorado, un destello de luz antes de ser tragada por el agua oscura, para no ser vista nunca más.



Capítulo 68

Traducido por Meeny

Corregido por Paz

Resultó que la parte de “sumisión” en un juramento de sangre era algo que a Rowan le gustaba interpretar como le conviniera. Durante sus dos semanas de caminata hacia el puerto más cercano en Wendlyn, se pasó dándoles órdenes a Celaena cada vez más, creyendo, al parecer, que al ahora ser parte de su corte, eso le otorgaba ciertos derechos innegociables respecto a la seguridad de ella, sus movimientos y sus planes.

Ella empezaba a preguntarse, mientras se acercaban a los muelles al final de la carretera de adoquines, si había cometido un error de adolescente al atarlo a ella para siempre. Habían estado discutiendo durante los pasados tres días respecto a su próximo movimiento, respecto a la embarcación que ella había alquilado para volver a Adarlan.

—Este plan es absurdo —dijo Rowan por milésima vez, deteniéndose en las sombras de una taberna junto a los muelles. El aire marino era ligero y fresco. —Regresar sola parece suicidio.

—Momento, voy a volver como Celaena, no Aelin...

—Celaena, quien no cumplió la misión del Rey, y a quien van a cazar.

—El rey y reina de Eyllwe deberían haber sido advertidos para entonces. —Ella había enviado una advertencia la primera vez que habían entrado a la ciudad, mientras investigaban los asesinatos de aquellas pobres personas. Aunque era casi imposible enviar cartas en el imperio, Wendlyn tenía ciertas formas de sortear esas dificultades. Y respecto a Chaol... bueno, esa era otra razón por la cual ella estaba aquí, en este muelle, a punto de subir a este barco. Había despertado esta mañana y se había quitado el anillo

de amatista del dedo. Se había sentido como una liberación bendita, una última sombra disipándose de su corazón. Pero, todavía había palabras sin decir entre ellos, y ella necesitaba asegurarse de que él estaba a salvo, y que seguiría de esa forma.

—Así que vas a quitarle la llave a tu antiguo maestro, encontrarás al capitán ¿Y entonces qué?

Someterse completamente—Entonces, iré al norte.

— ¿Y se supone que yo me siento en mi trasero durante sepan los dioses cuántos meses?

Ella rodó los ojos. —No eres, exactamente, discreto, Rowan. Si tus tatuajes no llamaran la atención, entonces el cabello, las orejas, los *dientes*...

—Tengo otra forma, lo sabes.

—Y *como acabo de decir*, allí la magia ya no sirve. Estarías atrapado en esa forma. Aunque he escuchado que las ratas de Rifthold son particularmente deliciosas, si quieres comerlas durante meses.

Él se quedó mirándola, luego escaneó el barco, aunque ella ya sabía que anoche él había salido a hurtadillas de su habitación en la posada para inspeccionarlo. —Somos más fuertes juntos que separados.

—Si hubiese sabido que serías tal dolor en el trasero, nunca te hubiera dejado prestar ese juramento.

—Aelin — Al menos no estaba diciéndole “Majestad” o “Mi Señora”. — Ya sea como tú o como Celaena, intentarán encontrarte y matarte. Probablemente ya estén rastreándote. Podríamos ir a Varese ahora mismo y acercarnos a los parientes mortales de tu madre, los Ashryvers. Ellos deben tener un plan.

—Mi oportunidad de tener éxito en sacar la llave del Wyrde de Rifthold yace en filtrarme como Celaena.

—Por favor —dijo él.

Pero ella simplemente levantó la barbilla

—Voy a ir, Rowan. Reuniré el resto de mi corte, nuestra corte, y luego levantaremos el ejército más grande que el mundo haya presenciado. Cobraré cada favor, cada deuda que se le deba a Celaena Sardothien, a mis padres, a mi línea de sangre. Y luego... —Miró hacia el mar, hacia casa. —Y luego voy a hacer vibrar las estrellas. —Puso sus manos alrededor de él, en señal de promesa. — Pronto. Enviaré a alguien por ti pronto, cuando sea el momento correcto. Hasta entonces, intenta ser de utilidad. —Él sacudió la cabeza, pero le dio un abrazo rompe huesos.

Él se echó para atrás suficiente para mirarla. —Tal vez iré a ayudar a reparar el Mistward.



Ella asintió. —Nunca me dijiste—dijo ella— por qué estabas orándole a Mala esa noche antes de que entráramos a Doranelle.

Por un segundo, pareció como si él no fuera a decirle. Pero entonces él dijo en voz baja—: Oré por dos cosas. Le pedí que se asegurara de que sobrevivirías al encuentro con Maeve, que te guiara y te diera la fuerza que necesitaba.

Esa extraña y reconfortante calidez, esa presencia que la había tranquilizado...

El sol poniente le besó las mejillas como confirmándolo, y un temblor le bajó por la espina. — ¿Y la segunda?

—Fue un deseo egoísta, y la ilusión de un tonto. —Ella leyó el resto en sus ojos. *Pero, se volvió realidad.*

—Peligroso para un príncipe de hielo y viento, orarle a la Portadora de Luz—ella se las arregló para decir.

Rowan se encogió de hombros, con una sonrisa secreta en su rostro, mientras limpiaba la lágrima que había corrido por la mejilla de ella.

—Por alguna razón, le agrado a Mala, y estuvo de acuerdo en que tú y yo hacemos una pareja formidable.

Pero ella no quería saber, no quería pensar en la Diosa del Sol y su agenda mientras se arrojaba sobre Rowan, respirando su esencia, memorizando cómo se sentía tenerlo. El primer miembro de su corte, la corte que *cambiaría* el mundo. La corte que reconstruirían. Juntos.

Ella abordó la embarcación al caer la noche, fue hacinada en la galera con los otros pasajeros para evitar que aprendieran la ruta a través del arrecife. Zarparon sin ningún alboroto, y cuando por fin se les permitió salir de la galera, ella emergió hacia la cubierta para encontrar un oscuro y abierto océano alrededor de ellos. Un halcón de cola blanca todavía volaba sobre sus cabezas, y descendió bajo para rozarle su ala de color plata como las estrellas, contra la mejilla en despedida antes de volver con un agudo gañido.

Sin la luz de la luna, trazó la herida en su palma, el juramento a Nehemia.

Recuperaría la primera llave del Wyrd de Arobynn y localizaría las demás, y luego encontraría una forma de poner las llaves del Wyrd de vuelta en su Puerta. Liberaría la magia, destruiría al rey y salvaría a su gente. Sin importar las adversidades, sin importar cuánto tiempo le llevara, sin importa cuán lejos tuviera que ir.

Levantó la cara hacia las estrellas. Ella era Aelin Ashryver Galathynius, heredera de dos líneas de sangre poderosas, protectora de lo que una vez fue un glorioso pueblo, y la reina de Terrasen.

Ella era Aelin Ashryver Galathynius, y no tendría miedo.



¡Deseamos que hayan
disfrutado de su
lectura, los esperamos
en la próxima
entrega de Throne of
Glass!

**TRADUCCIONES
INDEPENDIENTES**

